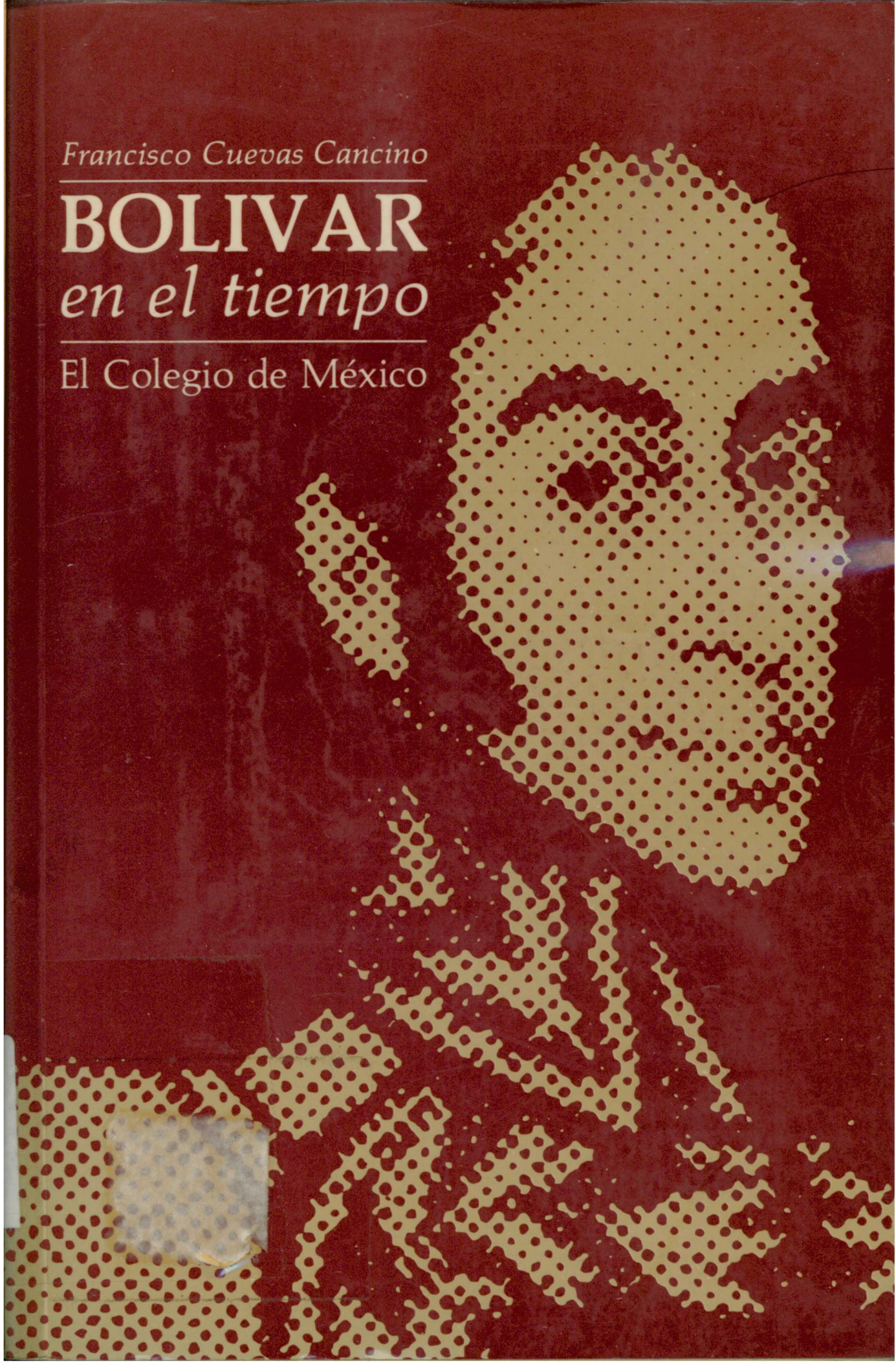
Francisco Cuevas Cancino

BOLIVAR *en el tiempo*

El Colegio de México



BOLIVAR

EN EL TIEMPO

FRANCISCO CUEVAS CANCINO

BOLIVAR

EN EL TIEMPO

EDICION CONMEMORATIVA DEL
SESQUICENTENARIO DE LA
MUERTE DEL LIBERTADOR
SIMON BOLIVAR

EL COLEGIO DE MÉXICO

Derechos reservados conforme a la ley

Primera edición, 1980, Biblioteca Banco Popular. Bogotá, Colombia
Segunda edición (2 000 ejemplares) El Colegio de México, 1982

© El Colegio de México
Camino al Ajusco, 20
Pedregal de Sta. Teresa
10740 – México, D.F.

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ISBN 968-12-0196-5

ÍNDICE

1. Tiempo carolingio	1
2. Tiempo de juventud	83
3. Tiempo bobo	103
4. Tiempo de muerte	127
5. Tiempo de mar	173
6. Tiempo de río	229
7. Tiempo de forja	289
8. Testimonios fuera del tiempo	353
9. El tiempo de Bolívar	424
Nota bibliográfica	439
Índice onomástico	445
Índice geográfico	455
Índice de documentos	463

I

Tiempo carolingio

España, bajo la férula incierta y la insegura guía de los últimos Austrias, aseméjase a un gran río que ha perdido su curso. A fuer de permanecer estancadas, sus aguas forman pantanos: ni cauce ni riberas, ni movimiento ni fin. Así la nación, bajo el Hechizado parece en efecto putrefacta, carente de objetivos y olvidada de su numen. De allí la importancia del advenimiento de los Borbones.

En una sociedad monárquica, los intereses dinásticos traen consigo cambios profundos. Nuevos afectos, odios diversos, intereses encontrados con los de antaño, ambiciones precisas se posesionaron de España. Fácil es criticar en abstracto a esta serie de monarcas franco-italianos de origen; fácil también compararlos desfavorablemente con las egregias figuras de los dos primeros Habsburgos. Mas en verdad renovaron el espíritu peninsular, dieron sentido a la existencia nacional en ese siglo XVIII, y sacaron de su falaz marasmo a una nación que se asfixiaba en sí misma.

Nuevos moldes sociales se formaron; nuevos canales pusieron en movimiento a esas aguas antes pantanosas. Unos y otros estaban bien configurados cuando subió al trono Carlos III. Este Carlos, cuya real voluntad fuera ley durante los primeros cinco años de la vida de Simón Bolívar, tipifica en persona todas las cualidades y defectos de su raza y época. En él hallamos la quintaesencia del Borbón español, y a ello se debe en gran parte la aureola con que una historia más equitativa que justa lo ha rodeado. En los repliegues de su largo reinado se esconden muchos frutos cosecha de su dinastía; en sus fracasos, muchas causas que condicionaron la independencia de Hispanoamérica; en sus reformas y en sus éxitos, un epítome de esa ilustración que alteró en su raíz la aristocracia de sangre y de toga de la vieja España, superponiéndole nuevas y diversas clases.

Los últimos años de su reinado, los que siguen a la paz de Versalles, los que vivió Bolívar, fueron los mejores. Esa ecuanimidad con hombres y cosas que hace a los grandes gobernantes se posesiona

al fin del ánimo del monarca, de por sí intranquilo e inquieto. Subsisten, es verdad, algunas de las sempiternas controversias que plagaron su reino (como la de los "aragoneses" contra los "golillas"); ni dejan de preocuparle los problemas causados por su propia y real familia, o los implícitos a la soberana carga de los armamentos, verdadero sino de la civilización cristiano-occidental en cuanto prerequisito para conservar la paz. Con todo, la roturación jansenista-regalista, al decir de Menéndez y Pelayo, o bien enciclopedista y liberal de la que quería fuese una nueva España, principia a dar sus frutos.

Para llegar a semejante equilibrio el soberano y su nación hubieron de pasar por infinidad de penalidades. Algunas, acompañamiento necesario de todo proceso de crecimiento; otras, las más, producto del empecinamiento del monarca, de esa "testa férrea" de que hacen mención algunos de sus críticos al atribuirle como única cualidad la de ser el persistente ejecutor de las políticas de sus ministros.

Si guerra y militarismo, según afirma Toynbee, son los grandes males que aquejan a las civilizaciones, hemos de mirar con especial cuidado la política exterior de este reinado. Todo pequeño incremento en el nivel de vida del español, todo aumento en el número de los caminos o canales que unían los diversos puntos de la península, toda mejora en la enseñanza, con desenfado y con frecuencia se jugaron en un solo instante. Una y otra vez interrumpió la guerra tan loables propósitos; afectados —de acuerdo con criterios asaz estrechos— los intereses y honor de la nación o de la dinastía, reiteradamente se escuchó el horrísono ruido de las armas. El ilustrado despotismo del que Carlos ha pasado a ser uno de los clásicos representantes no puede juzgarse en el vacío; debe superponerse a los ideales de su política exterior, y determinarse hasta qué punto éstos destruyeron o nulificaron a aquéllos.

Con Felipe IV dejó España de ser un elemento independiente en la política europea. Desde el tratado firmado en la isla de los Faisanes se convirtió en el hombre enfermo de esa comunidad, cuyas posesiones se disputaban acremente los vecinos. De todas partes, excepto en los anales de la gloria, desaparecieron aquellos tercios que iniciaran a la reina de las batallas por cauces definitivos; ni siquiera interesado ya en la milicia, el pueblo español vio con indiferencia el envío a América de auxiliares suizos y valones. Vivía la nación de crédito: no uno activo y fecundo, sino uno fundado en la esperanza, alimentado por las supuestas e inagotables riquezas de las Indias (las que por lo demás rendían por entonces bien escasos réditos). La población disminuía, los ánimos decaían, se abandonaban los pueblos por centenares, y nada ni nadie parecía

capaz de sacar a la nación española del íncubo de su imperial parálisis.

Mermaron, desaparecieron incluso, las posesiones europeas de España. No ocurrió lo propio en América; porque aquí los grandes hispanos del XVI construyeron para los siglos. Los envites de otros y ambiciosos países arañaron apenas el continente, e incluso fueron pocas las islas perdidas en el mar Caribe. El filibusterismo, con todas sus características, es la mejor indicación de la impotencia de los enemigos de España: reconocíanse incapaces de suplantarla en las grandes extensiones del Nuevo Mundo, y se contentaban con robar a mano armada parte de las utilidades de sus regios dominios.

Acremente se disputó la sucesión de los Habsburgos a la muerte de Carlos el Hechizado; los intereses dinásticos contrapusiéronse a los nacionales. La lucha trajo a su vera el despertar de un pueblo demasiado orgulloso para permitir que su destino fuese por otros designado. Los Borbones se entronizaron como verdaderos monarcas; aunque la paz de Utrecht marca el nadir del poderío español, renació al menos la vida y con ella la esperanza.

En Europa quedó España reducida a su mínima expresión. Por intereses personales, dinásticos, por ambiciones de su corona o de su familia, procuró Felipe V cambiar tan desfavorable situación. Guerreó por consiguiente, de modo constante e infatigable, más con mala fortuna que con buena, pero recalcando en éxitos y en fracasos por igual que era imprescindible tomar en cuenta a España.

Con el transcurso del tiempo parece posible distinguir las grandes líneas de la política exterior de Felipe. No creamos a pie juntillas cuanto se ha dicho acerca de las ambiciones de su cónyuge, Isabel Farnesio, cual si femeninos caprichos pudieran modelar por largo tiempo la política de todo un pueblo. España había dejado de ser una potencia mediterránea: sin posesiones de importancia, excepto Mallorca, sin marina, era indispensable para el fundador de la dinastía cavarse, a cualquier costo, una situación en aquel mar. Porque para ese monarca el Mediterráneo seguía siendo el ombligo del mundo, el cogollo de la civilización.

Hacia Italia volaron sus ambiciones. Creyó primero poder realizarlas solo, para encontrar que la alianza de Francia con las potencias navales de entonces (Inglaterra, Holanda) hacía imposible toda revisión del tratado de Utrecht. Procuró después desprender a los Borbones de Francia de dicha alianza, y el primer Pacto de Familia le permitió asegurar que los intereses españoles, quizá preferentemente borbónicos, volvieran a ser primordiales en el Mediterráneo. El príncipe que sería Carlos III pasó sucesivamente de infante a duque de Parma, Placencia y Guastalla, a rey de las Dos

Sicilias. Cuando ocupó el trono español, un hermano y un hijo suyos permanecieron como soberanos de aquellos dominios. Los días de Fernando de Aragón no parecían entonces tan lejanos.

A la par con todos estos episodios que hoy día intitularíamos la lucha por un espacio vital en el centro de Europa, España se vio compelida a oponerse con las armas a la Gran Bretaña. Intereses marítimos y de ultramar hicieron a Felipe V enfrentarse a Inglaterra, iniciando estos dos países la que había de convertirse en la guerra de sucesión de Austria; se comprobó entonces la capacidad en la que se hallaba España de reafirmar sus reales en las Indias y de defenderse bien en el Atlántico. De allí que no obstante sus muchos defectos y no pocas limitaciones, sus grandes ambiciones y sus numerosas aventuras bélicas, pudiera concluirse que Felipe contribuyó no poco a realzar el prestigio, y algo a defender los intereses castellanos en el orbe.

Por inclinación o por política, su hijo Fernando VI pudo sacar partido a las guerras de su progenitor. En el pasmoso realineamiento de las alianzas que ocurrió antes de la guerra de los siete años, España fue cortejada por Francia y por el Reino Unido a la vez, cual detentadora del fiel de la balanza. Un inteligente uso de la neutralidad permitiría al país pingües provechos, Gibraltar o Menorca según el caso, pues entrambas potencias mostrábanse deseosas de comprar su cooperación.

El buque de estado español pasó a manos de Carlos III cuando se hallaba bien adelantada la guerra de los siete años. Francia se ahogaba, y en su deseo de salvar algo del naufragio de sus sueños imperiales, cifró sus esperanzas en un cambio de la política española. Con esta nueva alianza confiaba, no en triunfar, sino en obtener una paz viable. Tal fue el gran objetivo de la política de Choiseul en esos años.

Los biógrafos de Carlos han afirmado con frecuencia que su antipatía y oposición a Inglaterra tenía raíces lejanas y personales. Señalan en efecto la insultante conducta que observó aquel capitán Martin quien puestos sus cañones al pecho de la napolitana capital, obligó al rey de las Dos Sicilias a aceptar la neutralidad durante la guerra de sucesión de Austria. Fue entonces cuando Carlos, con el inmenso amor propio que siempre le caracterizó, determinó una política anti-británica que conservó durante la mayor parte de su existencia, y que trajo para España fatales resultados. La explicación que se nos ofrece es débil. Pero en verdad que en vano se buscan las causas que pudo tener Carlos para firmar en 1761 un nuevo Pacto de Familia (que es el así llamado por antonomasia), ata

a su país al fantasma del poderío francés, y conducir a su nación a la más terrible derrota que hasta entonces se le infligiera.

De los documentos de la época parece desprenderse el temor que tuvo Carlos, de verse aislado en los nuevos y generales arreglos que determinarían el equilibrio europeo del futuro. Lo atemorizaba el pensamiento de verse solo frente a una Inglaterra victoriosa; solo, frente a un país agresivo, que sin duda volvería a la carga respecto a sus viejas pretensiones sobre el control del comercio atlántico y las varias y delicadas cuestiones limítrofes pendientes en la propia América. Quiso Carlos evitar que encarnara semejante hipótesis; mas de esa premisa llegó hasta la inconcebible conclusión de declarar una guerra en verdad suicida.

Wall y Grimaldi, ambos extranjeros, responden como los arquitectos de tan fatal alianza. Hábil en extremo, Choiseul se percató de los temores del monarca español; con tanta eficacia actuó, que lo convenció de que la única manera de defender sus intereses era declarar la guerra al lado de Francia: de una Francia que había visto esfumarse sus posesiones de ultramar, y cuyas tropas metropolitanas habían recibido esas terribles lecciones de táctica a manos del gran Federico, que Voltaire inmortalizara como maestro de la ironía, ya que no como patriota.

No puede el historiador llegar a intelegir con qué elementos pensó Carlos hacer la guerra a la Gran Bretaña; a una nación victoriosa en los siete mares y a punto de alcanzar el ápice en el auge de su primer imperio. Las flotas unidas de España y de Francia no igualaban siquiera la mitad de los buques de línea británicos; del ejército español poco había que decir, como lo comprobaría esa lamentable ofensiva contra Portugal que a fin de cuentas condujo el conde de Aranda. Para completar el sombrío cuadro, mencionemos que las posesiones españolas de ultramar se hallaban en patente inferioridad, en hombres y buques, ante los ingleses; y esta inferioridad, habría de pagarse muy caro. La Habana y Manila, las dos llaves del comercio colonial español, fueron tomadas por los británicos. Bien pudo afirmar Carlos que tales hechos no le preocupaban, y que después de recibir las malas nuevas había podido dormir con perfecta tranquilidad. Mas no menos se tambaleaba el imperio que, en una u otra forma, recibiera íntegro de sus ancestros, incluso de aquellos vilipendiados Austrias de la decadencia.

El rescate de esas grandes urbes fue deshonroso, en sus detalles y en su conjunto. El imperio había recibido un golpe de gracia, y era preciso cercenar de raíz el mal que lo aquejaba. De no hacerse así —y Carlos no lo hizo— era sólo cosa de tiempo que España dejara de ser un país americano y asiático.

Si al menos Francia hubiese tomado el Pacto de Familia como piedra angular de su política, quizá las derrotas y los errores hubiesen sido menos dolorosos. No quedó ni ese consuelo. Choiseul usó, desvergonzadamente, la beligerancia de España para conseguir la paz, que Francia ansiaba a cualquier precio. Y cuando Carlos —que no parece haberse percatado, aun entonces, de su verdadera situación, y que deseaba seguir en la pugna— se mostró un tanto reacio, ni siquiera se omitió la insultante compulsión. La madre de Carlos, Isabel Farnesio, se quejó alguna vez de la forma como trataban los Borbones de Francia a los de España; nos consideran niños, decía, y cuando desobedecemos, nos muestran la palmeta del dómine. En este caso la palmeta tomó la forma de una carta autógrafa: el soberano francés instó al español a no continuar una pugna en la que se inició como muestra de su afecto personal hacia él. ¡Pobre país que sacrificara hombres, honra y posesiones a tan falaces y débiles causas!

No extrañemos las terribles condiciones de paz que España hubo de aceptar. En cierto modo, parece incluso que superan la onerosa de Utrecht. Por vez primera se cedió una posesión en la tierra firme americana —Florida—, y allí también, se restringió en otro punto (Belice) la soberanía española. Frente a las costas mismas de España el pabellón británico ondeaba no sólo en ese mismo Peñón que antes se ofreciera a Fernando VI, sino en una Menorca que la aliada, Francia, no tuvo empacho en ceder. La marina quedó destruida; tambaleantes las finanzas, por la contienda misma y por la pérdida de un riquísimo cargamento de caudales provenientes del Perú. En cuanto a Carlos, se vio obligado a encarar esa soberbia inglesa que tanto le preocupara; sólo que ya no como neutral, sino bajo la ínfima condición del vencido. *¡Vae victis!*

A cambio de tantas pérdidas, morales y materiales, España recibió la Luisiana de una Francia en plena desintegración. Fue ésta una adquisición que trajo escasos beneficios: poco productiva para los malos administradores, de carácter poco afín con el resto del español imperio, de asimilación difícil, motivó continuos quebraderos de cabeza para el sistema español del Golfo de México y para con los vecinos en el valle del Misisipí.

Cualquier juicio que se haga sobre el reinado de Carlos III debe partir del hecho primordial de su injustificada y fatal intervención en la guerra de los siete años. Entre sus errores, éste sin duda fue el más grave. A España la colocó en una posición defensiva que reacentuó los signos de su decadencia. En América, puso fin al mito de la invencibilidad española en el continente; aguzó los apetitos británicos (y, a poco, norteamericanos) y de hecho abandonó a Hispano-

américa a sus propias fuerzas en las grandes corrientes mundiales entonces en curso.

Con Grimaldi a cargo de los asuntos exteriores se procuró reparar el desastre, a la vez que dar algún lustre a la política del monarca. Éste sostuvo con decisión sus derechos sobre las Malvinas, para verse abandonado por una Francia deseosa de interpretar el Pacto de Familia sólo a su modo y conveniencia. Contra Argel, después de secundarias victorias en Marruecos, se organizó una gran expedición. Grande fue también el fracaso: no fueron lauros los que recogió Carlos en su empresa contra los muslimes. El costo de este adicional armamento, su final impotencia, dejó muy mal parados los intereses de la nación y el bienestar de sus súbditos.

A todo esto, ni Francia ni España olvidaban lo ignominioso del tratado de 1763, ni la inigualada soberbia británica les daba oportunidad de desmemoriarlo. Se armaban las primeras, reparando en lo posible los grandes claros que en sus armadas dejaran las victorias inglesas. La segunda, en cambio, se olvidaba de enemistades y engreída, creía ser omnipotente: desmejoraba su flota y crecía su despotismo. Cuando se planteó su disputa con las colonias de Norteamérica, se encontró sin amigos, frente a países ayunos de venganza y con una marina que mucho distaba de la que sirviera al gran Pitt como instrumento de sus victorias.

Norteamericanos y franceses, en especial los primeros, han relatado con lujo de detalles y abuso de romanticismo las particularidades de esa alianza que sirvió de madrina a la primera nación aquende el Atlántico. De estudiar el episodio con desprecio de emociones, cabe dudar de la sapiencia de la política francesa; porque no procuraba otra cosa que el desquite, sin propósitos ulteriores, sin la debida consideración del significado del nacimiento de una nueva nación en un equilibrio que ya no sería europeo. Que voluntarios como Lafayette ofrecieran espada y fortuna, pase, sobre todo en aquel romántico período; que Vergennes en cambio comprometiese a su país en una contienda cuya única ganancia sería —caso omiso de los inevitables y ominosos gastos en un país ya arruinado—, reducir un tanto el poderío inglés (y, como él mismo dijo, contar con la supuesta buena disposición de los norteamericanos) nos deja pasmados. Más difícil aún es justificar el papel de España. Aceptemos por descontado la capacidad y visión que distinguieron a Floridablanca. Pero en verdad su participación en esta pugna trajo consigo un adicional debilitamiento del imperio americano y puso en juego fuerzas finalistas mal comprendidas y peor aún calculadas. Si hemos criticado la intervención española en la guerra de los siete años, otro tanto corresponde hacer respecto a la de la inde-

pendencia norteamericana, por razones diversas pero de igual gravedad.

Disminuir el poderío británico y restablecer un tanto el equilibrio en una balanza que el propio Carlos alterara en su perjuicio: ésta parece ser, en su forma más escueta, la filosofía que llevó a España a la guerra. Aranda mismo, como embajador ante la corte de Versalles, instó a su gobierno reiterada e insistentemente a que aprovechara esa oportunidad única de combatir a Inglaterra con algo que se asemejaba a una paridad naval. Carlos se dejó convencer. En un principio procuró sacar provecho de su neutralidad, mas al ver que los ingleses no mordían el anzuelo, volvió a pensamientos bélicos y aprovechó una fallida mediación para revivir el maltratado y malhadado Pacto de Familia, declarando la guerra a la Gran Bretaña.

Otra vez entraba España en una contienda provocada por Francia, y lo hacía tiempo después de iniciadas las hostilidades. Cierto es que desde un principio se había preocupado por sostener a los rebeldes colonos; las armas y los fondos españoles que llegaron a Norteamérica, si bien secretos y sin que mediara reconocimiento ni alianza, fueron abundantes y oportunos. Más débil Inglaterra, mejor preparada España, fue feliz la conducción de la guerra. La reconquista de Florida en América fue brillante, aunque no tanto las operaciones contra los cortadores de madera en Belice. También lo fue la reconquista de Menorca, bajo un general francés, aunque lamentable en muchos sentidos el fracaso frente a Gibraltar. Y la paz de 1783, concluida ese mismo año que nació Bolívar, puede decirse benéfica: reconocía a España sus reconquistas; redondeaba en apariencia el imperio español en América, y limitaba a Gibraltar las huellas de anteriores y fatales contiendas. Podía creerse que utilizando con arte la guerra norteamericana de independencia, Carlos había podido recobrar casi todas sus posesiones y buena parte de su prestigio, sin alterar ninguno de los grandes principios de la política española en el viejo y el nuevo mundo.

Cierto que España había evitado un reconocimiento formal del nuevo e independiente estado; cierto que se había rehusado a considerar siquiera sus derechos para participar en el comercio atlántico por la gran ruta del Misisipí; cierto, por último, que la mayor parte de sus préstamos al nuevo estado le fueron reintegrados. ¿Pero pueden aceptarse estas razones como primordiales y negar toda relación de causa a efecto entre la independencia norteamericana y la latina que ocurriría poco después? Porque la responsabilidad de un monarca español, en cuanto haya participado en una guerra que debilitó su hereditario imperio, aquél en el que no se ponía el sol,

es primordial; porque la causalidad de sus errores, en la eventual independencia de Hispanoamérica, debe hacerse resaltar.

Las opiniones emitidas sobre la influencia de la una en la independencia de las otras repúblicas abarca la más vasta gama: desde aquellos que pretenden que el valor del ejemplo fue primordial hasta los que prefieren realzar la causalidad accidental, producto de la napoleónica invasión. Y la posición del conde de Aranda ha sido discutida con empeño. Poseyó este estadista una inclinación congénita por las soluciones bélicas. Su deseo de reponerse, por medio de las armas, de la dolorosa derrota con que terminó la guerra de los siete años, chisporroteó en él intermitente. Otro tanto puede decirse de su preferencia por la alianza francesa: el Pacto de Familia era la biblia de la política exterior española. No debe asombrarnos pues que una y otra vez haya insistido en que su patria participara en la contienda que Francia, con apoyo en Norteamérica, había empeñado contra la Gran Bretaña. En varias ocasiones su correspondencia con Floridablanca adquiere un carácter acrimonioso; el subordinado se rebeló con frecuencia contra la conducta más prudente y cautelosa del ministro de estado y del monarca, la cual tachaba de negativa por su sanguínea disposición. Los hechos anteriores no deben hacernos perder de vista que su clara inteligencia se había percatado de los cambios políticos concomitantes a la independencia de Estados Unidos; pero los consideró como riesgos inevitables que valía la pena correr. Preferible le pareció atar a los nuevos Estados Unidos por medio de un fuerte tratado —quizá condición misma de su reconocimiento— que de una vez por todas protegiera los intereses españoles en el Golfo de México. No sin razón, tampoco, creyó que semejante negociación tenía mayores posibilidades de éxito de celebrarse con un estado apenas constituido que con la poderosa y agresiva Albión.

Desde este punto de partida, la feraz inteligencia de Aranda —cuya agudeza permanece todavía fresca en sus cartas y comunicaciones—, se adelantó hasta otras soluciones. La especulación sobre perder la mayor parte de la América española fue una; otra, la conveniencia de tomar ventaja de esos años en que la idea de independencia aún no prevalecía en los dominios españoles de ultramar para unirlos con los intereses dinásticos de la casa de Borbón, y de paso con el gran arquetipo de un imperialismo hispano de nueva especie. A él se atribuyen fundamentales comunicaciones al monarca por cuyo medio propuso, en una ocasión, permutar gran parte de los dominios españoles en la América del Sur con Portugal, a cambio de los territorios metropolitanos de éste; en otra —por medio de un famoso y bien conocido memorándum cuya autenticidad se

ha discutido y que presentó al monarca a su regreso de la embajada en Francia— llegó hasta sugerir la constitución de tres grandes monarquías en América; cada una tendría a su frente a un infante español y formaría con el gobierno de Madrid una asociación aún más estrecha y dependiente de la que existía con los principados borbónicos en Italia. Lazos comerciales preferentes, contribuciones pecuniarias a la Madre Patria, ligas con el sistema estatal europeo bajo el liderato español: todo ello sugirió el conde. Por parte de Aranda no hubo ni ignorancia del peligro, ni ausencia de soluciones capaces de superarlo de modo permanente. El conde se mostró estadista hasta el fin. Pero no era sino uno de los consejeros, y por entonces no de los más considerados, de Carlos, y el monarca no siguió la sapiente política que su embajador le sugiriera. Si hubo acaso una oportunidad para crear una asociación de naciones monárquicas y autónomas, como medio de transformar pacíficamente el imperio español, tuvo ésta lugar bajo Carlos III.

De las normas que siguiera Carlos durante la guerra de independencia de Estados Unidos no se desprende una ilustrada y completa consideración de lo que implicaba el nuevo elemento, que nacía apenas, en la política del orbe. Por antecedentes e inclinación era el rey un mediterráneo. Al militar contra la Gran Bretaña veía ante sí y como primordiales, la reconquista de Menorca y del Peñón. De lo situado más allá, no pudo o quiso reconocer lo variable e independiente del sistema que lo amparara. Carlos se empeñaba en seguir combatiendo a los ingleses en América como si el orbe se hubiese estabilizado en un momento situado antes o alrededor del tratado de Utrecht. Sus victoriosas campañas en el Nuevo Mundo, incluso la fallida expedición contra Jamaica, reiteraban la vieja política de reducir las posesiones británicas. Olvidaba que la desaparición de los dominios franceses en América no permitía a España seguir desempeñando el hacedero papel que hasta entonces ostentara, y del cual había gozado, por ejemplo, su padre Felipe. No percibió Carlos, por otra parte, los peligros que traía consigo su virtual alianza con Estados Unidos. Creyó posible posponer simplemente los problemas, negándose a todo compromiso escrito, rehusándose a todo arreglo limítrofe, absteniéndose de todo reconocimiento de *jure* —pues de *facto* ya existía— del nuevo estado, hasta que lo otorgara la Madre Patria. Al así hacerlo, en ignorancia de las claras advertencias contenidas en las negociaciones con el intransigente Jay en Madrid, o en el desprecio de intereses hispanos de que hizo gala Franklin al concluir los preliminares de paz en París, incurrió en gravísimos errores. Para el futuro de su patria y de Hispanoamérica por añadidura, éstos habían de ser fatales.

El ejemplo de una colonia que se alzaba contra la metrópoli no podía ser ignorado por las demás; todavía menos que en esta empresa fuese auxiliada por otras potencias europeas, las cuales preferían combatir al tradicional enemigo a sostener la comunidad europea de imperiales intereses. El ejemplo inolvidable no era el de la revuelta: los alzamientos se habían recrudecido desde aquellos años en Hispanoamérica, y eran desde luego diversas las condiciones que prevalecían en la Meridional y en la del Norte. Era el de la ayuda otorgada por potencias europeas en merma de otras de su misma especie, pues era ineluctable que dicho ejemplo penetrara profundamente en el ánimo hispanoamericano. Si la imperial España con algún y lejano empacho auxilió a los colonos ingleses que combatían a su Madre Patria, no era inapropiado el suponer que la Gran Bretaña, con pragmatismo ayuno de reparos, auxiliaría a los colonos españoles a romper sus lazos con la metrópoli: no ya para ponerlos bajo su tutela política —y he aquí la esencia de la nueva situación— sino para que se independizaran. La lección que la América española recibió, no tanto de la independencia misma de Estados Unidos, sino de que ésta pudo lograrse por medio del auxilio de otras potencias europeas, fue toral. El bloque colonial, como llamaríasele hoy día, se resquebrajaba, y había esperanza para pueblos que antecedían su independencia. De allí, con plena conciencia de lo que ocurría, las varias propuestas de Aranda; no todas coherentes entre sí, cada una indicativa de la urgente necesidad de que tomara España la iniciativa antes de que los pueblos de América pudieran seguir las nuevas rutas que principiaban a bosquejarse.

Nada hizo Carlos al respecto. Parece haberse contentado con el formulismo vacío de abstenerse de medidas que mostraran su reconocimiento de la independencia del nuevo estado. A propósitos inmediatos a su política europea, sacrificó una vez más los grandes intereses hispanos y latinos en el Nuevo Mundo. Para recobrar lo perdido en 1763 por errores del propio monarca, España debilitó grandemente su posición en ultramar: primero, porque contribuyó a constituir un estado cuyo crecimiento gigantesco e inacabables ambiciones, otros habían previsto; segundo, por facilitar a la Gran Bretaña la dúctil posibilidad de luchar no ya para sustituir a España como metrópoli en Hispanoamérica, sino para promover su independencia.

Después de esta guerra, a partir de 1783, la España de Carlos III alcanzó el equilibrio internacional de que gozó hasta verse envuelta en la vorágine de la Francesa Revolución. Mucho se había sufrido por llevar al país, casi, al punto de prestigio internacional donde estaba cuando lo recibió de manos de Fernando VI. Pudo entonces dedicarse a sostener un estado de cosas que le era favora-

ble. En estos últimos cinco años obró el monarca como estadista: más uso hizo de la amenaza, que de la fuerza misma. Intervino entre Francia e Inglaterra, y Prusia después, para evitar una nueva guerra con motivo de un choque de intereses con respecto al gobierno de los Países Bajos; en el Mediterráneo, para apoyarse en la flota británica y fijar a los intereses rusos un claro límite en ese mar. Con Turquía y los estados berberiscos logra por medio de la paz lo que no alcanzó por el uso de las armas.

En materias externas termina Carlos III su reinado con una nota de pacifismo que realzan los matrimonios lusitanos, ellos mismos secuencia del Tratado de Paz y Límites que se firmara con aquel reino a la caída de Pombal. El imperio español aparentaba ser un ente político estable y bien constituido. Mas los grandes errores que cometiera en el curso de su largo reinado permanecieron latentes; sus acerbos frutos se reconocerían al convergir con otros y mayores acontecimientos que ocurrieron durante el fatal reinado de su hijo y sucesor.

En la promoción del espíritu independiente en Hispanoamérica fueron fundamentales las características adquiridas por la España metropolitana de Carlos III. Debiéronse, en parte, a las tendencias coloniales borbonistas, en parte a su propia decadencia. Podemos incluso afirmar que de haberse variado a tiempo estas inclinaciones —como ocurrió en el caso del británico imperio con la pérdida de las trece colonias americanas, y en nuestros días, con la liquidación de caducos conceptos una vez terminada la segunda guerra mundial— nuestra independencia se hubiera retardado; mejor aún, evolucionado hacia un rompimiento menos completo en la comunidad de intereses hispanos en el orbe.

Gracias a los esfuerzos de Carlos, y en parte de sus predecesores, la población española en Europa había aumentado considerablemente. Se calcula que llegó hasta contar con diez millones de habitantes durante los últimos años del reinado. Mucho se preocuparon el monarca y sus grandes ministros por elevar su nivel de vida, por restaurar su riqueza industrial y agrícola. Pero por más que laboraron en estos campos, era imposible suponer que España volvería a ser la proveedora de sus dominios de ultramar, cuya población igualaba por entonces a la peninsular. En otras palabras: la maquinaria industrial española, aun reparada, era incapaz de suplir la demanda de una población creciente, con mayor poder de compra gracias a las mismas reformas de que era objeto, y que sumaba por entonces veinte millones de almas en su totalidad.

El rey y sus ministros hubieron de conformarse con que continuara la situación existente; hubo que aceptar la incapacidad de

los mercaderes españoles para satisfacer a los mercados americanos con productos patrios; que continuaran en la posición de agentes que de tiempo atrás tenían; que el beneficio final descansase en otras y pujantes naciones. Obvio resulta indicar que productores y consumidores (la emprendedora Europa y la sedienta América) al finalizar el siglo XVIII se hallaron unidos por una virtual alianza en que sus mutuos intereses coincidían: procurar la supresión del ya inútil intermediario español.

Algunos datos, poco conocidos, son harto reveladores de la situación que sobre este particular existía; nos hacen palpar el hecho omnipresente que España no estaba capacitada, económicamente hablando, para conservar su imperio, pues a partir del Tratado de Utrecht y hasta el de 1783, que reconoce la independencia de Estados Unidos, una evolución ininterrumpida asegura a comerciantes franceses y británicos un tratamiento extraterritorial y privilegiado. Este régimen especial ilumina con precisión las vastas caries de que adolece el cuerpo político imperial, y que la invasión napoleónica convierte en críticas. Veamos algunos ejemplos:

Una de las razones que más contribuyeron a que la corte de Versalles se mostrara asaz insistente en la celebración del Pacto de Familia, fue la de obtener para sus propios súbditos la igualdad de trato con los españoles. Cuál no será pues nuestro asombro al ver que esta igualdad fue criticada por los comerciantes franceses, quienes la hallaron insuficiente y perjudicial.

En Cádiz y en esos años, existían no menos de 154 casas comerciales francesas, de las cuales 72 se ocupaban exclusivamente del comercio al mayoreo con las Indias. Representaban más bien comerciantes medianos, los cuales luchaban con tesón, aunque con cierta aparente desventaja, contra las grandes empresas británicas; unas y otras compartían el virtual monopolio del comercio exterior español, en tanto las segundas absorbían incluso gran parte de los productos agrícolas del suelo peninsular. Pues bien, estas sucursales de casas francesas, después de vivir algunos años bajo el régimen de la igualdad, protestaron vigorosamente en su contra; afirmaron en efecto que las colocaba en una patente desigualdad con los británicos. Tras largas y tediosas gestiones diplomáticas, logró Versalles que Madrid aceptara en 1768 modificar esa igualdad; a los mercaderes franceses se les concedió el tratamiento privilegiado que se otorgaba a los británicos de acuerdo con el tratado de Utrecht, no obstante la política anglófoba que desde su entronamiento siguiera el rey.

Este tratamiento especial otorgado a galos y anglosajones comprendía también el de una jurisdicción especial, que los franceses intitulaban *for militaire*. Bajo el más distinguido de los Borbones,

España vivía pues un régimen de capitulaciones. Por ello mucho de lo que hizo Carlos en cuanto a reformas socio-económicas se estrelló contra esta extraterritorialidad, que ponía un alto al desarrollo del país.

Para las colonias el problema era aún más complejo, y fue por ello que Campomanes, profundamente consciente de las limitaciones de su patria, partió en sus especulaciones de un principio anti-imperialista, palpando —como lo hizo— el dilema del desarrollo interno de España y de sus adicionales cargas en cuanto centro de un sistema imperial. Era España, en lo económico, una potencia con graves atrasos. En lo político, en cambio, conservaba grandes privilegios cuyas obligaciones concomitantes no era capaz de arrostrar. La dualidad no podía subsistir. Carlos pudo resolverla de modo favorable para los intereses finalistas de su raza y civilización. Se limitó en cambio a tomar útiles y múltiples medidas que en gran parte contribuyeron a hacer de su administración en América un elogiado paradigma.

Bajo su activo despotismo muchos de los abusos que existían en la administración imperial fueron corregidos. Baste recordar el establecimiento de las intendencias, en sí resumen de amplias y complejas modificaciones en la maquinaria existente; así como la creación de nuevos virreinatos que insuflaron nueva vida en los dominios americanos. La herramienta se hizo flexible y suave en las hábiles manos del monarca: la obsoleta Casa de Contratación depositó casi todas sus remanentes facultades en el ministro de Indias (cuya jurisdicción, por cierto, se subdividió a la muerte del marqués de Sonora); en cuanto al comercio, se estableció la libertad para todos los puertos de la Madre Patria, y de las colonias entre sí; no de golpe, sino poco a poco, pero llegando a ese mismo y final resultado. Grandes y útiles reformas, indispensables: pero nacían taradas en cuanto que todo ello presuponía una poderosa maquinaria industrial que centralizara en la metrópoli ese comercio que aún defendía España con celosa y aun hosca exclusividad. Las reformas permitieron una mejoría en el nivel de vida de los americanos, y distribuyeron entre todos los comerciantes peninsulares lo que antes fuera privilegio de muy pocos; pero resulta incontrovertible que eran franceses e ingleses los que se beneficiaban al fin; y que, precisamente por esa mayor libertad y nivel de vida más alto, América resentía cada vez más guerras en que nada le iba a cuento: guerras que se decidían por intereses exclusivamente europeos, pero en las que llevaba su buena parte de sufrimientos y penalidades.

Carlos aligeró la carga de la administración colonial. Dio pasos para crear una productiva asociación entre las naciones hispanas a

entrambos lados del Atlántico. Pero era como si construyese un buen canal capaz de llevar fecundas aguas de uno a otro lado y que sin embargo permanecía seco, pues esas aguas deberían por fuerza ser producto del renacimiento de la industria española, el cual no ocurrió en la medida de lo necesario. Lo que Carlos hizo fue ampliar el mercado latinoamericano de productos manufacturados y poner a nuestras naciones en dependencia de otras europeas ya en proceso de industrialización. La creación de la Compañía de Filipinas es signífera: procura cerrar el comercio con el Extremo Oriente, que durante mucho tiempo había satisfecho el mercado hispanoamericano con productos no de lujo, sino de uso común; se ata la economía de estas islas directamente a España, y se abre a la vez nueva brecha para las salidas que una Inglaterra en creciente producción necesitaba más y más. En lo económico, triste es afirmarlo, el liberalismo y el anhelo reformador de Carlos trabajaron en pro de la nación que consideró como su tradicional enemiga. Para llevar a cabo el gran movimiento revolucionario que fue la independencia hispanoamericana se requirió despertar en los colonos el gusto hacia nuevos horizontes económicos; con el tiempo, éste haría irritante primero, insoportable después, el yugo español. Por medio de sus incompletas reformas Carlos contribuyó grandemente a crear este sentimiento. Si en lo político sus grandes guerras debilitaron considerablemente su imperio, en lo económico las reformas que emprendió lograron otro tanto. Llevaron hasta los americanos la convicción de que España era un adminículo inútil, un obstáculo en el desarrollo de una sociedad de terratenientes y de mineros que dependía, para su bienestar, del librecambio con las naciones industrializadas.

No poco contribuyó a esta idea la otra y primordial consideración que prevaleciera en los consejos del gobierno español acerca del estatuto del habitante de las colonias. Su origen fue netamente borbónico; el cambio que en relación con la tradicional política de los Habsburgo introdujo, preñado de inmensas consecuencias. Don Felipe II, en una de sus más previsoras leyes (Recopilación, II, ii, 13), estableció la identidad jurídica de los reinos de Castilla y de las Indias; sus regímenes gubernativos, sus leyes (con adecuada consideración a la diferencia de raza y de latitud), habrían de ser tan semejantes como posible fuese. Muchas dificultades se presentaron en la ejecución de esta política que intitularíamos hoy de integración; insistir sobre detalles harto conocidos, resulta inútil. Pero era intachable la idea matriz; y la eventual fusión entre reinos iguales bajo un mismo soberano, nunca se perdió de vista; siempre quedó abierta, como políticamente viable, una unión entre las varias

partes de la monarquía española, una vez salidas del cocuyo de la armadura colonial.

No fue ésta la idea que importó allende los Pirineos la dinastía borbónica. Imbuida del absolutismo del Rey Sol, combatió con actividad y tesón los remanentes de independencia que algunos antiguos reinos conservaban aún en la Península. Se acrecentó la autoridad real, pero a costa de la genuina tradición democrática regionalista. En los dominios de ultramar ocurrió otro tanto. La igualdad entre los reinos de uno y otro lado del océano no existió siquiera en principio. Mal podían monarcas enseñados a admirar los procedimientos colbertianos no pensar en unas colonias pobladas de seres inferiores, puestos allí por una graciosa providencia para su libre explotación por el hombre superior, el europeo. El desprecio sistemático hacia el criollo, el indio o el mestizo, lo introducen en España los Borbones. Subsiste a través de los años como una política bien establecida, y nada hay en el ilustrado despotismo de Carlos III y de sus ministros que indique su cambio o abandono.

Como antítesis de la real disposición —en más sentidos que en uno— de Felipe II, encontramos un concepto que se desliza en la autorizada pluma del conde de Floridablanca. Este ilustre estadista, en su famoso *Memorial* que tan bien resume los grandes hechos del reinado de Carlos, comenta favorablemente el resultado de la liberación del comercio con las Indias; por su medio se "ha triplicado el de nuestra nación con aquellas regiones, y más que duplicado el producto de las aduanas y ventas de V.M. en unos y otros dominios". Es difícil ser más claro: una cosa es el reino y la nación española, otra aquellas posesiones, parte del patrimonio real, mas no integrantes de aquél. El concepto propiamente metropolitano —el "sujetamiento" de los americanos de que nos habla Rousseau, el biógrafo francés de Carlos III—, que los grandes hispanos del XVI con su extraordinaria psicología de cruzados evitaron, penetra de golpe y para siempre en el cuerpo político hispano. Sus consecuencias fueron singularmente graves. Porque por una de esas contradicciones de que los hombres no se percatan, Carlos seguía políticas diversas que contribuían todas a debilitar su imperio. Por una parte, las reformas económicas que ponían a España en una situación de mayor inferioridad aún, y señalaban a las colonias las ventajas de su independencia. Por la otra, la imposición de un concepto metropolitano que no justificaba ni tradición ni actualidad. Se aguzaba allá el sentido de la independencia por las ventajas que traería aparejadas para el nivel de vida de la aristocracia criolla. Se le imponía, por la otra, un claro estatuto de inferioridad. Las reformas económicas empujaban a América hacia la independencia; los conceptos de un co-

lonialismo que pudiéramos denominar clásico, imponían, por la otra, un anhelo de igualdad que sólo podía satisfacer esa misma independencia. Los Borbones en general, y Carlos III en especial, con sus errores y reformas mucho hicieron por crear esa conciencia de clase y de nación sin la cual hubiera sido imposible nuestra independencia.

Un andamiaje complicado y completo fue el que estableció Carlos III en España y en sus extensos dominios. De sus consecuencias económicas en cuanto respecta a Hispanoamérica, algo hemos dicho. Examinemos ahora los aspectos políticos de su larga y activa administración.

Regalismo y enciclopedismo; españolismo y liberalismo a la francesa; todos estos rasgos, contradictorios a veces, a veces superpuestos, ocurren en el ánimo del monarca y en los de sus activos ministros que en larga sucesión gozaron de las reales confianzas. Para los años últimos, en los que Simón Bolívar sufriera el efecto de las decisiones carlinas, fue Floridablanca quien dirigió con mano segura, con espíritu entero, el timón estatal. Su política, que él mismo se encarga de justificar, se significa por la continuación de empresas internacionales; finiquitada la guerra contra el Reino Unido con motivo de Norteamérica, continúa España armándose: procura que por tal medio su peso se sienta. A la vez se adelantan infinidad de obras materiales de carácter público y se dan pasos (beneméritos) en aspectos críticos de la sociedad; lo fueron las medidas contra la mendicidad, el establecimiento del banco central, llamado de San Carlos, y la constitución de un verdadero sistema de gabinete bajo el nombre de Junta Suprema del Consejo de Estado. Encontramos, en conjunto, una política sólida y bien trabada; pero ésta exigía gran cantidad de numerario para llevarse a cabo, e imponía por su carácter reformista un peso adicional sobre poblaciones hasta entonces acostumbradas a solazarse en el tibio e indiferente sol de los malos monarcas.

Con acierto se ha dicho que en Carlos III encontramos las mismas grandes características del iniciador, como las tuvieron Richelieu o Federico-Guillermo; de haber contado como éstos con un realizador que diera cima a lo que él iniciara, fuera en verdad su reinado el augur de una nueva y floreciente época para España. No hubo tal continuidad; nos queda pues el boceto incompleto de lo que el monarca empezó, con plena conciencia de que no hacía sino bosquejar lo que podría ser el principio de una nueva era. Con la raedora de la justicia, no queda sino juzgar el bosquejo por lo que vale. El triste destino de los hombres es querer iniciar algo para la eternidad, cuando cuentan con menos que un instante para completarlo. Y así, hase de convenir que Carlos incurrió en muy graves

errores por el mismo sentido reformista, a veces exagerado, con que emprendió y continuó su administración, mismo que de prolongarse, se hubiera quizá justificado con el transcurso del tiempo. Los juicios que se han emitido sobre su gobierno y sobre el efecto que produjo en España han sido muy variados: desde aquéllos que como su gran eulogista Jovellanos estiman a Carlos como modelo del monarca absoluto, de rey por excelencia, hasta los que le niegan incluso talento, y nos presentan la política de un rústico más ocupado de los placeres de la caza que de la buena conducción de los negocios de estado. Nos referiremos de preferencia a las consecuencias que para Hispanoamérica tuvieron sus varias reformas; de cómo obraron, mediatamente, en esta parte del orbe que pronto había de luchar contra esa misma España por su independencia.

Todo reformador tiene, por la fuerza misma de su programa y la irrefragable lógica de las circunstancias, que imponer un grave peso adicional a sus súbditos o conciudadanos. Romper moldes ya insuficientes, crear conductos donde antes sólo había obstáculos significa chocar con intereses sedentarios, con medios de vida ya tradicionales, con actitudes mentales que tienen a su favor el peso del pasado y la facilidad de lo bien conocido. En lo político todo reformista debe medirse con cuidado y templarse por medio de otras y opuestas fuerzas para que la resultante no adquiera tanta magnitud como para romper el centro de gravitación de la renovada sociedad. En España misma, parece posible concluir que Carlos respetó ese centro de gravedad. Por la misma oposición de intereses que se movían dentro del reino, por los grupos que se combatían con encarnizamiento, por una opinión pública que nunca perdió oportunidad de expresarse contra el ministro responsable de algún desastre, por la misma y tácita resistencia del español —que salvo en las capas superiores no se entregó a estas nuevas doctrinas y prácticas— puede concluirse que guardó ese vital centro de equilibrio. De allí que haya pasado a la historia como un rey querido y recordado, y que en el fondo, a pesar de sus múltiples defectos, haya logrado apoderarse del corazón de sus súbditos.

Lo propio, mal puede afirmarse de América. El contacto entre la metrópoli y los nuevos reinos de ultramar siempre fue difícil. Desde Isabel ya se vio la dificultad de gobernar, desde tan lejos, extensiones inmensas. Con la nueva filosofía colonialista de los Borbones, y no obstante la mejora material en las comunicaciones —como lo fue el sistema de rápidos buques correos, llamados "paquetes"— la distancia aumentó. Carlos tenía por fuerza que procurar llevar avante sus reformas en la Península; los recursos de ésta eran insuficientes; había que echar mano de lo que se pudiera, y a manc

estaban esas colonias que parecían hechas a propósito para ser explotadas y permitir al rey llevar a cabo sus innovaciones. En su composición política Carlos añadió, a la levadura de sus nuevas ideas, la masa básica que fue América; de su mezcla pensó obtener una novel monarquía exclusivamente española. Y a la masa se la sujetó a una serie de medidas: algunas mal consideradas, otras de plano pensadas en términos no americanos, las de más allá impuestas sin importar sus consecuencias, cual corresponde a dominios que eran en derecho inferiores.

El insigne Alamán parece oponerse a semejante juicio; indica que la Nueva España (que podemos tomar como punto de referencia de lo que ocurría en el continente) mejoró considerablemente bajo los Borbones, llegando a su cúspide bajo la administración de Carlos III. La presencia de otros virreyes que en otras regiones dejaron bien sentada fama de justos y sabios administradores parecería, asimismo, negar validez al propio y anterior juicio. Mas no es menos verdadero que hemos heredado impresiones de autores que defienden el punto hispanista. Dentro del interés propio de las futuras naciones americanas, más aún, de aquellas condiciones bajo las cuales se vieron precisadas a hacer su independencia, ¿podemos acaso afirmar otro tanto? Alamán por ejemplo, que era por tradición e inclinaciones un gran minero, no podía evitar juicio semejante cuando durante el siglo XVIII la producción metalúrgica en América se septuplicó. Ya allí observamos una causa general de bienestar: los preciosos metales al circular en cantidad mucho mayor creaban prosperidad en sociedades sobre todo minales; daban la sensación de que había llegado esa ansiada jauja que bosquejaran los primeros Austrias, para dejarla perder después en manos de incapaces sucesores. Pero la que fue causa natural de un fenómeno preciso no debe hacernos ignorar los efectos mediatos de muchas de las medidas que adoptó Carlos, y que fueron capitales condicionantes de nuestra independencia.

Para hacerse sentir, la masa criolla requería mayor riqueza y educación. No estaba aún preparada para defender sus derechos; pero para cualquier observador apto, la constante oposición que se hizo en Venezuela a la Compañía Guipuzcoana de Caracas tenía el carácter de un mensaje profético. Fue ésta una compañía real fundada en 1728 por Felipe V para permitir a comerciantes vascongados explotar en su beneficio, y no ya el de los criollos, el virtual monopolio del cacao que tenían los plantadores venezolanos. No se trataba de producir nuevas fuentes de riqueza, sino de sustituir en el goce de las ganancias a los que las aquistaban como fruto de su trabajo. La Compañía además se estableció como vendedora de pro-

ductos manufacturados, cuyo precio variaba a placer; como importadora de esclavos, colonizadora y especuladora con productos agrícolas diversos, de mercado exterior seguro. Se explotaba en realidad a una provincia en beneficio de unos pocos peninsulares. Pero las protestas de los criollos o no llegaron a la Corte, o no quisieron atenderse; y la Compañía siguió su azarosa vida, combatida vigorosamente por el contrabando, hasta que cayó bajo esa no siempre silenciosa ofensiva que le hicieron sin cesar los venezolanos; sus remanentes, en óbice de trámites, en ignorancia de sus posibles efectos, se fundieron con la que fue la Real Compañía de Filipinas.

Donde los graves errores de estimación política de Carlos resaltan es en su trato de las grandes masas indígenas, intranquilas bajo un yugo que había perdido su grandeza y se convertía en puramente tiránico; excitadas ya por el mismo significado de las reformas que sentían en el aire, y sin duda por el descontento de las masas criollas que ante ellas se evidenciaba. De hecho, la lucha por la independencia empieza bajo Fernando VI, se continúa bajo los dos Carlos, y es sólo una reanudación, complicada con muchos otros factores materiales y espirituales, la que estalla en 1810. Una mayoría de población autóctona, en contacto con y al servicio de los españoles —y por ello consciente de sus suprimidos derechos—, existía en la Nueva España, en el Alto y Bajo Perú, en el Paraguay. En ella notamos el venteo de la independencia desde los reinados de Fernando y de Carlos III, y revueltas indígenas las hubo, como también en otros lugares donde no existía dicha mayoría. Todas ellas se debieron a protestas más o menos organizadas, más o menos sentimentales contra una tiranía que se hacía insoportable. A la mala administración que Carlos trató de mejorar, y no sin éxito, se añadía el peso de los adicionales impuestos, de las grandes cantidades de numerario que el rey pedía ahora, y que exigía con la mayor insistencia. Si de pronto se impone un peso adicional a una maquinaria que de tiempo atrás trabaja a su máxima tensión, incluso con el propósito de mejorarla, es muy grande el peligro de rompimiento. Y esto es lo que principia a ocurrir en el imperio de Carlos III, quien con mucha crueldad y ninguna ilustración, impuso de nuevo la tapa del silencio en la que quería fuese dócil y productiva América.

Las crónicas, con cierto aire de misterio, nos hablan de las revueltas de la mudéjar Quito en 1765, de las inquietas Cuba y Puerto Rico ese mismo año, de los indígenas de la región del Orinoco en 1776, cual si trataran de un fenómeno imprevisto, inexplicable e inexplicado. La mano dura de la represión se deja suponer, y aquellos ignotos precursores yacen en el polvo del olvido. Pero a ve-

ces trascienden detalles más concretos que nos señalan, sin dejar lugar a duda, su carácter de protesta contra medidas gubernamentales y peninsulares, de franca rebeldía contra decisiones que el lejano monarca adoptaba, sin preocuparle sus consecuencias, en dominios que eran, después de todo subalternos. Aquellos fieles aliados de Cortés, los tlaxcaltecas, se rebelaron al recolectarse uno de los nuevos impuestos. Y el visitador Gálvez, quien recibió órdenes de proceder a pesar de toda oposición, vio su mano fortalecida por la presencia de dos mil soldados mercenarios, pues los españoles poco militaban en las Américas: los cuerpos que de ellos se enviaban, desertaban con sin igual rapidez. Todo nos indica una creciente incomprensión por parte de la metrópoli de la verdadera situación que prevalecía en sus dominios, la cual se ocultaba bajo las rimbombantes reformas de intendencias y capitanías, la supresión de alcaldías y de encomiendas.

Medida que encierra en sí una síntesis de esa dúplice valoración característica de la época fue la expulsión de los jesuitas. La medida se tomó —al menos en teoría— por la supuesta participación de esos religiosos en el motín de Esquilache; en verdad, por la oportunidad ideal que dio a los grandes liberales españoles para apoderarse del ánimo del rey y suprimir una orden que de tiempo atrás odiaban y temían. Se ha dicho (Pajol) que la expulsión de la Compañía fue en Francia una emoción, en Portugal y España una tragedia. Si esto debe decirse de la Madre Patria, podremos sin duda afirmar que en Hispanoamérica fue una profunda causa de decadencia y de descontento contra la tiranía metropolitana, entrambas poderosas contribuyentes a la independencia.

Aranda preparó la expulsión de los jesuitas cual si tuviera entre manos una operación militar de grandes riesgos. No pareció que en América tales precauciones fueran exageradas. En San Luis de Potosí, en San Luis de la Paz, Uruapan, Valladolid, Guanajuato y Pátzcuaro hubo levantamientos y motines, los cuales fueron acallados por el mismo Gálvez con la mano dura y fuerte que parece haber personificado el ideal español de la represión. Y las precauciones que tomó el virrey Revillagigedo en el Paraguay, incluso hasta conceder un deje de independencia a los que fueran rebeldes otrora, no deja de indicarnos que la brutal imposición no contaba con fuerza suficiente para resolver sola el problema de la expulsión.

Las órdenes religiosas en América, con el transcurso del tiempo, habían perdido aquella integridad moral, aquella entereza propia del misionero. Los campos en erial así habían permanecido después de los grandes adelantos de dominicos y franciscanos durante el XVI. Sólo la Compañía de Jesús había continuado la gran obra evan-

gelizadora, y sólo sus soldados llevaron la marca del cristianismo más allá de los campos bien barbechados. Sus misioneros, verdaderas aquilíferas del Occidente, constituían lo único vital que ofrecía el cristianismo bajo el imperio de Carlos III. De su sistema educativo podría decirse otro tanto. Mucho se ha escrito sobre la decadencia de la escolástica en España y la desintegración de las universidades, sobresaliendo entonces los colegios de la Compañía. Quizás en un país con riqueza espiritual suficiente podía suprimirse, sin fatales consecuencias, la orden educativa más tesonera y emprendedora; pero a una conclusión fatalmente contraria se llega en cuanto a su expulsión de tierras americanas.

No creo que deba buscarse en sórdidas e imaginadas conspiraciones la influencia de los jesuitas en nuestra independencia. Mal parada quedó la Orden con la supresión que de ella hizo Clemente XIV: buen cuidado tuvieron las otras de procurar, si no reparar su ausencia, al menos llenar materialmente hablando el hueco por ella dejado. Tampoco exagerar la influencia, de por sí mediata, de aquellos panfletos de los que es modelo la justamente afamada *Carta a los españoles americanos* del peruano Vizcardo y Guzmán. Más bien debemos buscarla en la innata convicción que creó en los ánimos de que el monarca español no era ya el padre de sus súbditos americanos. Aquellas misiones pasaron a manos de clérigos carentes de inspiración; tenían por fuerza que decaer. Aquellos colegios quedaron ayunos de sabiduría y de metodología científica; por fuerza habrían de esfumarse. Y en la convicción de criollos y de individuos de casta quedó bien grabado el acto tiránico por excelencia: el ejercicio de la autoridad en contra del interés de los súbditos. La expulsión constituyó una gota de acíbar que se depositó en el ánimo americano: contribuyó, y no poco, a formar la gran corriente de opinión que a favor de la independencia desde entonces se configuraba.

Los jesuitas, como misioneros, han dejado en verdad eximios ejemplos: las misiones de California, con las que asociamos inevitablemente el nombre del padre Kino, y las famosas del Paraguay, que merecen comentario aparte. Entre los grandes sistemas fluviales que dividen el continente americano, es el Río de la Plata el que ha causado mayores malestares a sus riparios. Portugueses y españoles se encontraron en sus alrededores, y empezó desde el principio una larga pugna: de los hispanos por controlar todo el río; de los lusitanos por poseer la margen izquierda. De allí la lucha que durante este siglo XVIII se convierte en tradicional, y que giró alrededor de la famosa colonia de Sacramento que establecieron los portugueses sobre dicho flumen.

Este choque de atávicas querencias entre dos grandes corrientes europeizantes no es disímil al que acaeciera en Norteamérica; no poco influyeron estos opuestos intereses en las constantes luchas que hubo entre los dos estados peninsulares y que ocurren a todo lo largo de los últimos Austrias y de los Borbones. Fue hasta 1777 cuando Carlos, aprovechando la regencia de su hermana María a la caída de Pombal, firmó un omnicomprensivo tratado que se creyó por entonces definitivo. Por medio de él, España adquiría la disputada colonia y a cambio de que el Río de la Plata fuese puramente hispano, echaba en olvido la línea alejandrina y cedía a Portugal tierras que son base de la consolidación que hoy observamos en el Brasil, y que lo hacen la más extensa y maciza nación de Sudamérica. La reanudación de la pugna entre hispanos y lusitanos en ocasión de los triunfos napoleónicos, y después por sus sucesores —al enfrascarse argentinos y brasileños en la primera contienda entre naciones independientes en el Nuevo Mundo— nos señala la transitoriedad del tratado de 1777. Pero lo que aquí interesa es recordar, en cuanto afectan a la formulación de nuestra independencia, algunos episodios de esa lucha, en la que encarnó la política de sacrificar a lo europeo, lo americano.

Los intereses lusitanos tuvieron durante el reinado de Fernando VI un omnipotente defensor, no otro que su propia y portuguesa consorte, doña Bárbara de Braganza. Fue gracias a su influencia como se firmó el desastroso tratado de 1750, por el cual y a cambio de Sacramento, España cedía siete de las treinta misiones que fundaran, desarrollaran y llevaran a su auge los jesuitas en el Paraguay. La consideración de las misiones paraguayas, en sí o limitadas a su época, da por resultado el perder la perspectiva: lo que los padres de la Compañía hicieron para formar la que ha resultado una de las naciones mejor integradas de nuestro mundo. Ninguna, como la paraguaya, ha sufrido guerras tan destructivas ni ninguna ha conservado, a través y por encima de todo, ese soberano sentido, telúrico en su convicción, de su inextinguible destino. Y mal cabría, por lo demás, ignorar aquella idea del gran Paraguay que tuvieran los Solano López y que tanto preocupara a los brasileños. Es sólo con este discernimiento de la historia americana en su conjunto como reconocemos una de las grandes cuestiones geopolíticas de nuestro continente, entonces en sus principios, hoy quizás no resuelta del todo, y así debe enfocarse el sacrificio que hizo España de los paraguayos ante el ídolo fatuo de sus intereses dinásticos.

Por su preservación del ideal misionero del XVI, fueron los jesuitas los únicos que se aventuraron a ir más allá de las pampas o a descender de las bien explotadas mesetas del Perú. Fueron

ellos quienes en 1580 penetraron entre las tribus guaraníes: entre ellas iniciaron su conversión al cristianismo, su agrupación dentro de formas sociales más completas y mejor integradas que las tribuales, y la pacificación de ese inextricable mosaico de luchas locales que los precediera. Tras un primer intento que fracasó ante los ataques de bárbaras tribus salidas de las selvas brasileñas, y de expediciones de rapiña guiadas por los componentes de esos grupos híbridos que recibieron el nombre curioso de "mamelucos", se retiraron guaraníes y misioneros a tierras mejor protegidas, donde a partir de 1648 florecieron las treinta grandes misiones jesuitas del Paraguay.

Mucho se ha escrito sobre lo que significaron. Entre los autores que de ello se han ocupado hallamos la mayor divergencia. Algunos, repitiendo anhelos y propósitos de la Compañía, pretenden una completa evangelización aunada con una clara mejoría del nivel de vida de las poblaciones aborígenes; otros, en cambio, nos hablan de un sistema tiránico mediante el cual los misioneros explotaron a aquellas poblaciones, satisfaciendo así las cuantiosas necesidades pecuniarias de la Orden en Europa. Para los unos se trata de una feliz combinación de los ideales de dos civilizaciones; para los otros, no fue aquello sino un engendro inicuo, que sirvió para ocultar lo que escuetamente era una teocracia, destituida de su propio y fundamental justificante.

Con todo —y pasando juicio que se tachará tal vez de superficial— mal puede creerse que fructificara un injerto que no fuera del mismo género de la planta injertada. Del cuidadoso detalle de las instituciones y régimen de las misiones concluimos que existió seguramente esa convergencia de conceptos e ideales de dos civilizaciones, tal cual ocurrió en España occidental al entronizarse dentro del romano imperio los principios religiosos del judaísmo; tal cual, además, los propios jesuitas no pudieron llevar a cabo en el Extremo Oriente ante la prohibición que de este feliz mestizaje hizo el Papado a San Francisco de Borja y sus acompañantes. No puede creerse que unos cuantos misioneros, incluso con algunos soldados más decorativos que opresores. pudieran imponer un sistema que no fuese acorde al sentir y tradiciones de aquellos pueblos. Concluimos, con Lavelaye, que "los jesuitas, gracias a su perspicacia, pronto comprendieron cuán fácil les sería transformar en sociedad católica y cristiana la constitución agraria de los indios, y sus instituciones llamadas Reducciones, no son en realidad más que el desarrollo de costumbres ya existentes".

Fue esta comunidad la víctima de aquel infortunado despojo que aceptó España por medio del tratado de 1750. Habitantes y

misioneros de las siete misiones cedidas debían desalojar sus tierras, abandonar al portugués fruto de décadas de trabajo, y olvidarse de sus hogares. La disposición era tiránica, y no hemos de extrañar que haya provocado una verdadera rebelión. También en este caso, tratándose como se trata de una orden que fue en ese siglo objeto de las más profundas controversias, se ha discutido el papel de los jesuitas. Para algunos la rebelión tuvo por exclusiva causa el deseo de los padres de no quedar bajo el régimen portugués, echando en olvido el despojo que el tratado cometía en contra de los propios aborígenes; mostrativa de la época que detallamos es la prevalencia que esta opinión tuvo en Europa. Pero este parcial relato del hecho no puede hacernos olvidar que una medida que afectaba tan profundamente a un pueblo que siempre ha dado muestras de la mayor virilidad, tenía por fuerza que provocar el recurso a las armas contra el injusto monarca. Por mucha que sea la influencia que tiene un conductor, no puede ir en contra del sentir de las gentes que dirige, máxime si se trata de aquellos principios fundamentales que Unamuno llama la religión de cada ente. Y para el agricultor, para el hombre en general, nada hay que le toque tan hondo como la defensa de su hogar y de sus campos. Lo que los jesuitas podían hacer, nada más ni nada menos, era defender sus misiones, y de fracasar en la lid jurídica, unirse a la rebelión: una y otra cosa hicieron.

Desde la fecha de la firma del tratado hasta 1756 encontramos al Paraguay en estado de rebelión. Las primeras expediciones destinadas a ejecutar el tratado, portuguesa y española, separadamente, fracasaron ante la armada oposición de los guaraníes. El carácter mismo de la lucha nos señala su origen popular; más importante aún, subraya el hecho de que aquellas poblaciones híbridas, antes enemigas, tomaron también las armas en defensa de las misiones. Sale a la palestra como un caudillo nacional el cacique Sepé; a su muerte, ocurrida en el campo de batalla, es reconocido como jefe Nicolás Nenguirú, quien como emperador de los "mamelucos" se apoderó por un instante de la conciencia romántica de la Europa de entonces. Para vencer a estos americanos que ya luchaban por la causa de América al oponerse a la extranjera tiranía fueron precisas varias y cruentas campañas. Ante la superioridad técnica de las milicias europeizadas las cifras de los muertos, que se cuentan por miles, pierden con el tiempo su significado. Sobresaliente es el hecho —que todos admiten— de que esta guerra, destructiva y vandálica, inició la decadencia de las misiones. No obstante que a poco se rescindiera el tratado —contra el cual Carlos, como presunto heredero, había protestado— y jurídicamente quedaran las

cosas en el *statu quo* ante las misiones habían sucumbido: víctimas de uno de los típicos ejemplos del despotismo colonial europeo. La gran masa de los guaraníes y los chiquitos, destruidos sus hogares, abandonadas sus sementeras, de nuevo presa de la selva y de la miseria, quedaron como una de las mudas protestas que enguirnaldan nuestra historia colonial. Que Nenguirú firmara —a instancia de Revillagigedo y en ocasión a la expulsión de los jesuitas— aquella carta al rey don Carlos reiterándole su sumisión, más que otra cosa nos demuestra que España había podido someterlos por completo; pero ellos no habían olvidado, con la derrota, la afrenta de actos tiránicos que sólo desaparecería con la independencia.

Tenemos en el caso del Paraguay un ejemplo clásico: el sacrificio de intereses de comunidades aborígenes ante lo que se estima la gran política de la metrópoli. En el Perú, con igual clasicismo, la causa fue otra: la rebelión contra la ya insoportable tiranía del oficial colonial, contra la injusticia de la maquinaria de explotación en las colonias mismas. Me refiero, huelga decirlo, a la gran rebelión de Túpac-Amaru, que desde noviembre de 1780 y hasta junio de 1783, ensangrentara al Perú y al Alto Perú también. No puedo menos de hacer aquí una pequeña pausa, llena de respeto, frente a este rebelde que en unión de su familia murió despedazado por luchar por su pueblo, y que ha sido casi siempre olvidado; en cambio otro país hispanoamericano honra como padre de la patria al cura Hidalgo por haber hecho exactamente lo mismo que Túpac-Amaru treinta años después. ¡Cuán equivocados están aquellos que piensan poder deducir nuestra independencia de premisas claras y precisas, o que quieren comprender la contextura actual de nuestros pueblos de acuerdo con la más estricta lógica!

En la rebelión de Túpac tenemos, indiscutible, un gran movimiento nacionalista. El caudillo pretende descender de los Incas y a sus seguidores les promete, con el restablecimiento de la gran monarquía indiana, la expulsión de los "chapetones". Por lo demás sus ideas políticas no son totalmente racistas: con tañido de campanas que oiremos una y otra vez durante los años de la gran lucha independiente, llama a su lado a los nacidos en América para la amoción de los peninsulares. Ni debemos, por un momento, dejar de dar todo el debido relieve a la opinión del visitador Areche quien, como una de las medidas aconsejables para evitar la reanudación de la revuelta, recomendara que los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso no se imprimiesen ya, o en todo caso, sólo en lengua latina, para mantenerlos fuera del alcance de los aborígenes.

La historia de la revuelta es mostrativa de un patrón que después ha de verse con frecuencia: un gran movimiento popular de

masas aborígenes mal armadas que inevitablemente incurren en grandes excesos, resultado de décadas y décadas de pesante tiranía. Estos excesos arrojan a los moderados —particularmente los criollos— en brazos de los intereses metropolitanos, y hacen que el alto clero (con los mismos disidentes curas que hallaremos después), ponga en juego toda la maquinaria espiritual para defender los intereses del rey. Las ciudades se protegen bien; a su vera llegan las tropas europeizadas que penetran en la carne de la rebelión con el mismo estrago con que lo hiciera Pizarro centurias antes. Después, la usual secuela de juicios ya prejuzgados, de condenaciones en masa, de ajusticiamientos que en cuanto a crueldad, no dejan a la zaga al más bárbaro de los sultanes: el "tenaceo" o el despedazamiento por medio de potros fueron métodos usuales de ejecución y escarmiento; y se siguió la horrenda práctica de exhibir en puntos estratégicos los míseros remanentes de cuerpos que albergaran grandes espíritus.

En no menos de cien mil se calcularon los muertos que de la revuelta de Túpac-Amaru resultaron. Por ello y por su duración, nos damos cuenta de la importancia y de las ramificaciones del movimiento. Lo que parece más grave aún es que la Corona no mostró ya preocupación por superar las causas que motivaron la rebelión. En su informe, el propio Areche dio por legítimas las quejas de los indios contra las injusticias, que calificó de "violencia, extorsión, dolo, contrabando y otra infinidad de indignidades". Ante estas quejas, la Corona se encerró en el mutismo del convencimiento de su propia e ilustrada santidad: en cuanto ya nos ocupamos de reformas administrativas muy extensas, parece haber pensado, resulta inútil tomar en cuenta protestas que por su nimiedad, quedarán automáticamente subsanadas. Y 40 años después, el Libertador oirá exactamente la misma cantinela en las negociaciones de paz alrededor de la vigencia de la constitución de Cádiz. El leopardo no cambia de piel, ni las metrópolis tampoco.

En relación con las masas indígenas estos años trajeron consigo cambios fundamentales que precisa tener muy presentes. Porque constituyen elementos esenciales para combatir, con éxito, la peregrina idea de que la población indígena, durante la guerra de independencia, se contentó con seguir a un caudillo que pudiera entusiasmarla, o bien mostró parcialidad por permanecer bajo el que, quiere hacérsenos creer, era el yugo suave y benevolente del monarca español.

Los Habsburgo, por ínclita grandeza los unos, por inercia política los demás, desempeñaron el papel de padre y protector de los indios. Seguían el ejemplo de la católica Isabel, quien protegió desde un

principio a sus nuevos súbditos en contra de las pretensiones del Gran Almirante de esclavizarlos. Toda la legislación de Indias nos demuestra que, mal que bien, con los naturales obstáculos de tiempo y distancia, los grandes núcleos aborígenes pudieron siempre recurrir a la Corona en busca de protección. Ya con los Borbones no ocurrió lo propio. En la misma rebelión de Túpac-Amaru tenemos el ejemplo del cacique Catari, quien emprendió el largo y laborioso proceso de la protesta ante la autoridad virreinal sólo para ver esa protección convertirse en írrita para sus intereses y fatal para su vida: no bien había empezado la rebelión cuando fue capturado por los esbirros de la metrópoli y muerto como individuo peligroso.

La transformación del papel de la Corona ante la opinión de las masas aborígenes es de primordial importancia. Ya no podían contar con ella para protegerse de los rapaces explotadores; antes al contrario, parecía justificar e incluso empujar a los peninsulares a tales excesos, siempre y cuando le resultaran jugosos impuestos. Varía entonces el centro de gravedad político: deja de hallarse en España, queda sin brújula durante algún tiempo, para ubicarse finalmente en el grande y sintético movimiento civilizador del cual es Bolívar singular ejemplo.

Con la Iglesia ocurrió otro tanto. A la decadencia natural de una institución que se había convertido en gran terrateniente, en usufructuaria de las inmarcesibles glorias de los primeros obispos y misioneros, se agregó en tiempos de Carlos el regalismo y el enciclopedismo. A una gran construcción plena de resquebrajaduras le aplicó Carlos el ariete en lugar de la pala y el cemento; contra una autoridad que aún extendía sus alas en el ámbito moral del imperio, que tenía en América un significado vivo y profundo, el gobierno metropolitano empleó el arma terrible de la mofa y la vejación; mal que bien, nulificó todas las instituciones que guardaran un remanente de utilidad, que pudieran constituir un lazo de unión entre los sentimientos espirituales de la Madre Patria y los de sus ya intranquilas colonias.

Aquí, como en las reformas económicas, las ideas políticas de Carlos adolecen de ese sello europeísta que tan fatal había de ser en las Américas. No precisa definir el regalismo, que tan bien delineara Menéndez y Pelayo; baste hacer referencia a una sociedad que en gran parte y desde su fundación se apoyaba en la Iglesia; que dependía de ella para la multitud de obligaciones comunales que no eran entonces parte de las estatales; que contaba con su auxilio para servir de elemento componedor, independiente en cuanto iluminado por ideas más altas que las del Estado. A esta institución, digo, fueron fatales los golpes que Carlos III le asestó. Fija don

Marcelino la muerte de la Inquisición en el año de 1761. En América no murió; pero por desgracia se convirtió en fatal instrumento de despotismo, sometido totalmente al poder real, que no poco hizo —no ya para salvar a un régimen de por sí condenado a eliminarse—, para debilitar las ideas morales y religiosas en nuestro continente; coadyuvó, a mayor abundamiento, a iniciar esa falaz y fratricida a la par que inútil lucha entre conservadores y liberales, que puso en erial a todos nuestros adelantos por casi un siglo. Si la Iglesia, la de Motolinía, la de Gante, había sido la protectora de los indios, en tiempos de Carlos se convierte en la despreciable auxiliar del regio despotismo. La única Orden que se conservara independiente frente a la real casa fue la de los jesuitas: no en balde Federico de Prusia la tildara de "centinela adelantado" de la Corte de Roma. Al caer ella, y establecerse con las restantes Órdenes una curiosa y culpable complicidad, la Iglesia española abandonó su llamado histórico; quedó, pura y simplemente, sujeta al oscuro destino reservado a la monarquía hispana en el Nuevo Mundo. Hubo, pues, por parte del rey, y la Iglesia, una claudicación en años críticos; ésta condicionó, por consiguiente, el que será uno de los postulados de la gran guerra de independencia.

El nombre de la Inquisición —no la de Felipe II, sino la reptante del XVIII— trae a la memoria de los americanos el "autillo" que sufrió aquel criollo que por su viveza y actividad, por sus éxitos, se hizo de gran reputación. No otro fue don Pablo de Olavide. Brillante y rápida fue su carrera. Inevitables celos surgieron, que lo persiguieran en su patria y en España. A veces, lo vemos codeándose con los poderosos en actitud de realizar grandes cosas (como la reconstrucción de Lima después del terremoto, o el establecimiento de las famosas colonias de Sierra Morena). Otras, lo vemos agobiado por enemigos que por su propia ligereza, su imprudencia misma, parecía atraerse. Este americano más hombre de acción que de pensamiento, enciclopedista por presunción e ilustrado a la violeta, sirvió a la Inquisición para procurar readquirir algo del mucho prestigio perdido./ Al actuar así, más que a relumbrarse contribuyó a remover cuestiones de íntimo sentido colonial que todavía ahora nos preocupan.

A Olavide se le acusó de ser impío y profano, de ser ateo, de leer libros prohibidos, de haber obrado contra la religión. Como hereje se le condenó en ese "autillo" al que asistieron muchos de los insignes liberales que se contaban entonces entre los más influyentes auxiliares de Su Católica Majestad; entre ellos se distinguía el propio Aranda, uno de los protectores de Olavide. De su culpabilidad, si ella podía determinarse dentro de cánones caducos, no

cabe dudar. Lo que nos preocupa es el porqué se dejara caer sobre Olavide el ramalazo del decadente poder inquisitorial cuando muchos otros había que eran más culpables que él, o más publicanos en su pecado. Se acepta, por lo general, que sirvió de chivo expiatorio para la sobrecargada bilis de una Inquisición que cada día era más atacada, y cada día se mostraba más impotente; que como figura menor, y lenguaraz en extremo, pudo bien servir para lo que los afrancesados de la época llaman "cabrón emisario". Y en vano buscaremos en los autores que más se han ocupado de este ilustre americano otras causas de su condenación. Ni por un momento se sugiere que si el rey o el poderoso Aranda aceptaron que fuese víctima propiciatoria, lo hicieron porque se trataba de un americano.

Es este mismo silencio el que parece más sospechoso, el que coloca tremenda incógnita ante la historia. ¿No acaso fue sacrificado, no acaso sus amigos no quisieron o pudieron salvarlo precisamente porque se trataba de un español de segunda clase? ¿No encontramos en la propia inexplicabilidad del proceso una pauta del papel que el estado español quería que desempeñase una Inquisición que había perdido toda altura y valer espiritual? ¿No hallamos aquí, necesariamente, un ejemplo, el primero, de las muchas e inicuas condenaciones que hará después esta frustrada institución contra los caudillos de la americana independencia? Nada hay, desde luego, que nos autorice la afirmativa; pero todos los argumentos que quedan sin contestación lógica, todas aquellas incógnitas que en el proceso se encuentran, parecen tener como común denominador la advertencia que los españoles de vieja cepa, liberales o no, regalistas y enciclopedistas, estuvieron acordes en dar a los americanos. El "autillo" de Olavide era en efecto una advertencia. Pero no a los jerarcas de la española masonería; lo era a los americanos, y leía: Guardaos de imitar lo que aquí, en la Península y como gentes mayores, hacemos. Para vosotros esos conceptos que dentro de nuestra evolución hemos desechado, siguen siendo prevalentes. ¡Guay de vosotros si queréis, al imitarnos, seguirnos! Aún en cuestiones de liberalismo y de filosofía se establecía entre ambos continentes una inmensa distancia que los separaba más que el propio Atlántico. También en el ejercicio del liberalismo hallaron los americanos argumentos que los impulsaron a buscar, como única solución viable, su independencia.

PARA CONFORMAR la fisonomía clásica del imperio, que bajo Carlos IV se desintegra, cada dinastía y cada monarca aportó lo suyo. Alianzas, intereses estratégicos, regalismos, ilustración, de todo hubo en

la viña española. Pero fueron todas construcciones superficiales que tenían por cimientos conceptos que se suponían permanentes; sobre ellos, Borbones y Habsburgos levantaron su propia España y con apoyo en ellos le dieron un lugar en el orbe. El de una Europa monárquica, aristocrática, profundamente enlazada por su concepto unitario de clase y de cultura se destaca como el más vertebral entre ellos. Fundábase en la razón natural de la monarquía, institución a la que reputaban capaz de resolver todos los problemas políticos; creían firmemente en la tradición como producto de la sapiencia de generaciones pretéritas, y una progresiva eliminación de atavismos como método ideal para alcanzar un mejor gobierno. La política interna y la externa se deslizan por los horizontes bonancibles de las guerras dinásticas; con campear soberanos, el interés monárquico y el equilibrio estatal traen aparejados una cuidadosa eliminación de toda clase de excesos, un mantenimiento de las grandes líneas unitarias de la sociedad europea. Vattel, que tan bien retrató a su tiempo, con orgullo habla del abismo que separa al hombre civilizado y sus guerras, del salvaje y de sus contiendas.

Este mundillo, esta heredad que presuponía ciertas y definidas condiciones climatéricas, tenía un lugar para los Borbones de España y de Francia. Aquellos primos que a fines del XVIII se complacían en la caza y en la relojería, glotones ambos y furiosa aunque negativamente egoístas, que se hallaban mejor entre sus mozos que entre sus cortesanos, tenían su razón de ser en la Europa monárquica e ilustrada. Su propia debilidad hacía resaltar con mayor fuerza la institución a la que representaban, y teniendo por herencia todo, podían gozarse con no aparentar nada. En María Luisa y María Antonieta, de las casas de Toscana y Viena, hallamos esos ornatos fugaces que compensan la real y fingida oscuridad de sus cónyuges; entrambas dan lustre a la institución y con sus defectos mismos la justifican. Lugar había también para grandes ministros, y cuando no surgían, para los Maurepas y los Godoy, quienes en su vacuidad ensalzaban la poderosa mano que los elevara. La inmensidad de la institución permitía concebir la Europa cual una asociación estatal fundada en monarquías edificadas sobre el derecho de sangre. Todo el resto estimábase como detalles o defectos, insignificantes o incidentales, susceptibles de corregirse de una plumada y de una vez por todas, por la integérrima y omnipotente institución. En la Europa cristiana y monárquica, religiosa y aristocrática, predominaban las instituciones políticas; por sus mismos defectos los individuos coadyuvaban a aumentar su fuerza y su prestigio.

Aquella heredad que en 1788 recibió Carlos IV de las manos firmes hasta el final de su tesonero padre, precisaba de grandes

reformas. Continuar las de su antecesor y consolidarlas hubiese sido bastante. En todo caso, con querer lo más y procurar lo menos se habrían reafirmado las instituciones políticas. Carlos, como Luis su agnado, hubiera pasado a la historia con el epíteto —no ya infamante, ligeramente despectivo quizá— de simple o tonto; mas nada nos hubiera mostrado dentro de la herida el hueso, ni su pobre vida hubiera trastornado la monarquía que encabezó. Ni María Luisa, a la par con María Antonieta, hubiera merecido por su parte otras que ligeras líneas que reseñaran su volubilidad y escaso cacumen. Tan mediocre cuadro no llegó a plasmar. Por aquellos años ocurrió un cataclismo político que destruyó esa Europa cristiana y aristocrática sobre la cual, y desde Reforma y Renacimiento, se edificara el español imperio. Hasta entonces se había hablado, sí, de las naciones; pero en Europa se las trató en forma filosófica e impersonal. Los medios para mejorar sociedad o estado se habían discutido también; mas se creía que a flor de tierra se contaba con la capacidad auto-reformadora de la propia e insustituible monarquía. Para la Europa del XVIII no era el pueblo un conjunto humano identificable y temible; ni tampoco tenía ese pueblo conciencia de su valer y de esos derechos que en abstracto tanto debatían distinguidas mentes. Todas estas ideas, en su individualidad y en su conjunto, variaron por completo.

No, no fue una pasajera tormenta, violenta pero fugaz, la que azotó a la heredad. Trátase de cambios climatéricos fundamentales que precisan de un pensamiento político totalmente nuevo. Desaparecen las sucesiones estacionales de antaño: los dulces valles y las colinas ondulantes que circundaban a la heredad dejan su lugar a ariscos peñascos y hostiles estepas. Por entre la marejada de conceptos ideológicos que eran heréticos para la tradición, se requería guiar a una nación —y a un conjunto de ellas— que adquiría entonces conciencia de su nuevo ser. Había sonado la hora de la Europa pagana y democrática. Para hombres avezados esos cambios torales fueron previsibles de tiempo atrás. Pero nada más difícil que cambiar la institucionalidad. Por algún tiempo se hizo uso de conceptos políticos ya caducos, provocando un curioso contubernio entre ideas nuevas y moldes viejos. Reformadores y filósofos fueron festejados principalmente por aquellos a quienes atacaban, y la labor de zapa que preludió a la Revolución Francesa en gran parte fue obra de la aristocracia y de la monarquía.

Perceptible y aun poderosa era esa corriente en tiempos de Carlos III; incluso podemos decir que la Europa política principiaba a sentir su adolescencia democrática, pero se empeñaba en seguir

pensando en términos de aristocrática senectud. A la nación se la hacía obedecer, y no se le concedía beligerancia para decidir su propio destino. Ese espíritu activo y de auto-sacrificio de un monarca y unos ministros patriotas y devotos a la causa pública llenó de sangre las venas, a veces exangües, de la centenaria monarquía. Por su deseo de obrar, y de obrar bien, encontramos en el reinado de Carlos III una posposición de toda controversia filosófica: sin pensarlo, la monarquía se convierte en el primero y el más poderoso agente de la democracia y del nacionalismo incipiente. Antes de la independencia de Estados Unidos, de la francesa revolución, tal actitud era intachable. No podemos decir lo mismo de los años subsecuentes. Mas en ningún momento observamos una clara percepción de las fuerzas que variaban no ya la filosofía de la acción política, sino la acción política misma.

Tanto había realzado la institución su propio significado, tanto eliminado el valor del individuo, que se encontró desarmada ante los grandes acontecimientos. Francia y España habían conducido a su máximo el regalismo y el despotismo real; habían tomado pie en esas ideas para anonadar las demás instituciones nacionales. Por ello mismo se encontraron indefensas frente a los envites de los distintos elementos que hasta entonces suponían meramente pasivos. Al terminar el gran fenómeno de las guerras revolucionarias en Europa encontramos todavía a las mismas dos ramas reinando en Francia y en España. Pero son sombras de lo que fueron. En aquel país poco tardará en desaparecer del todo; y si dura más en éste, lo hace bajo condiciones fundamentalmente diversas: subsiste un monarca europeo, fenece el que fuera personificación de un gran imperio. El reinado de Carlos IV se distingue pues por esta desintegración de una institución que se había desarrollado bajo presupuestos que se creyeron permanentes. Nos trae a la mente aquellos grandes reptiles que lograron tamaño extraordinario, pero que fueron incapaces de readaptarse a condiciones climatéricas bien diversas. La gran monarquía española, la que privó en América, fue víctima bajo el reinado de Carlos IV de su propio y excesivo desarrollo. Incapaz de evolucionar, con hombres sólo distinguibles por su pobreza espiritual, pereció ante el empuje de fuerzas paganas y democráticas que suscitaron los iniciadores de la Revolución Francesa, condujeron a su términos sus innúmeros batallones —sucios, mal armados, peor disciplinados pero pletóricos de un fuego hasta entonces ignoto— y que trajo como una de sus consecuencias el nacimiento de las naciones hispanoamericanas.

Pareció en un principio que los sabios consejos de Carlos III guiarían el gobierno de su hijo y heredero. Siguió Floridablanca

como hombre fuerte del ministerio, el rey continuó las cinegéticas ocupaciones de su antecesor, y la reina —no sin tener para ello el ejemplo de otros monarcas Borbones— tomó principal parte en la administración. A Carlos en realidad podemos dejar de mencionarlo, como no sea a título identificativo de su época. Fue la reina la que desde un principio tomó las riendas del gobierno, y no las abandonó sino hasta el desairado sainete de Aranjuez. Ella recibía las cartas credenciales de los embajadores, ella aconsejaba sobre los cambios ministeriales, ella dictaba en verdad la política del reino. Su educación ni sus habilidades le permitían inteligir las nuevas fuerzas que cambiaban a la Europa. No extrañemos su singular falta de visión, ni que la política de todo el reinado (veinte largos y fatales años), se haya guiado por su ignorancia, se haya tropezado con sus pasiones. ¿Para qué recargar el claroscuro en un cuadro de por sí muy sombrío? Bástenos decir que nunca supo distinguir lo propio de lo público, y que sus afecciones se consideraron en su tiempo como la manera más segura de escalar altas posiciones en el reino. No nos hallamos frente a las pasiones de la gran Catalina; sino frente a una mujercita caprichosa, pronto aventajada, carente de la percepción y cualidades del hombre de estado, débil para con aquellos que alguna vez bienquiso.

De mala gana, según se ha afirmado, María Luisa aceptó que el poder siguiera ejercitándolo Floridablanca. Y durante cuatro años el fiel ministro siguió de timonel de un gran buque que iba a entrar en los más tempestuosos mares que imaginarse pudieran. Era a primera vista una muy feliz elección; lo hubiera sido de no existir esos terríficos cambios de los que hemos hablado. Floridablanca era el funcionario elevado a la nobleza por sus grandes servicios a la monarquía. Su mundo no podía existir de no apuntalarse con esos dos y tamaños conceptos. Continúa pues la que fuera la tradicional política de Carlos el tercero: hartura de recompensas, progresivas reformas en lo interior; en el exterior, la defensa inteligente de los intereses comerciales en América, del imperio en su integridad, y por ello mismo, la oposición a Inglaterra con apoyo en Francia. El Pacto de Familia era una verdadera arca de la alianza de la que Floridablanca ostentábase como sumo sacerdote. En ella confiaba a pesar de anteriores insuficiencias; en ella creía a pesar de la creciente debilidad de la aliada. a pesar también de que constituía sobre España una onerosa servidumbre.

Al iniciar su reinado Carlos IV, una encrucijada de alianzas y de equilibrios confrontaba al país. Por un breve instante, a iniciativa rusa, pareció factible una cuádruple alianza que pondría freno a la tiranía marítima inglesa; mas la idea feneció al iniciarse la revo-

lución en Francia. Semejante alianza se adelantó a su época, mas al fracasar, tuvo España que decidirse a jugar la carta francesa contra la inglesa, o bien (y cosa que fue sacrílega para Floridablanca), apoyarse en Inglaterra en contra de Francia. Por ser francófilo el Pacto y borbónicas las tendencias, Floridablanca siguió cuidando la flota con particular empeño, dejando al ejército con su barniz prusiano y omitiendo la atención que requería el de una gran potencia continental. En estos años, el reinado del último de los Carlos cifraba su orgullo en la armada: con 76 navíos de línea, cuya construcción elogiara el ojo experto de Nelson, llegó a contar la marina española. No eran pocos; tampoco eran suficientes para militar solos contra la Gran Bretaña. Sumados a la flota francesa, podían igualar o superar incluso a la inglesa; sin ella, continuaban en patente inferioridad. De allí la importancia de una alianza allende los Pirineos; de allí las graves repercusiones que toda crisis política en Francia tenía; de allí en fin que Inglaterra, bajo la magistral política del gran Pitt, procurara introducir una lezna entre las dos aliadas y confirmar su inmanente superioridad en los mares. Tal la política, se complicaba aún más por la situación prevalente en esos años.

Por una parte la guerra terminada en 1783 no fue decisiva; los contendientes quedaron en aptitud de reiniciarla en cualquier momento. Los grandes esfuerzos de Floridablanca para proteger al imperio americano y para hacer de su armada ese óptimo escudo quedan explicados. Esa fue también la causa, creo yo, del secundario lugar que principió a concederse a los asuntos berberiscos, y del consecuente abandono de la plaza de Orán que tanto se criticó a Floridablanca. Causa lo fue también de las reacciones española y británica en los primeros años de la Revolución: se consideró ésta como un fenómeno que debilitaba a uno de los grandes factores de la escena europea y permitía por consiguiente toda una serie de nuevos desarrollos y perspectivas, tan gratos a los hombres de estado del XVIII. La tradición política europea era demasiado fuerte y su institucionalidad en extremo cerrada para permitirles apreciar el fenómeno revolucionario de modo distinto del que lo hicieran sus ancestros. Europa había presenciado muchas revueltas y no pocas usurpaciones. Con un cinismo impregnado de historicidad, las había observado con ecuanimidad y hedonismo. Antes de que el regicidio la pusiera ante el dilema de la guerra sin cuartel o la sumisión al nuevo orden de cosas, los miembros de la comunidad europea vieron con complacencia el debilitamiento del estado francés; con excepción de la española es decir, pues la postración del aliado la colocaba en una situación incierta. Inglaterra, cual el rugiente león

de que nos habla San Pedro, circunvolucionaba a su alrededor; aquellos grandes océanos que unían a la Madre Patria con sus distantes posesiones —línea vital del imperio— mostrábanse, en consecuencia, aún menos susceptibles de protección.

No tardó en ocurrir un incidente que dio ocasión a la Gran Bretaña para comprobar hasta dónde se había debilitado el Pacto de Familia; para cerciorarse hasta qué punto podía minar el imperio español en el Nuevo Mundo. Hablo por supuesto del famoso incidente de la bahía de Nootka. Uno de los pequeños canales que circundan la isla de Vancouver se convirtió, a fines del siglo decimoctavo, en un importante centro trafagador. El comercio transpacífico había descubierto el valor de las pieles como elemento de intercambio, y en ese lugar llamado Nootka —que por única vez se asomó a la historia universal— se estableció el principal asiento del trueque. Españoles y británicos tuvieron conciencia de su valor casi simultáneamente. Enviaron los unos una expedición desde la Nueva España, los otros desde la India; por pocos días les ganaron de mano aquéllos, y cuando se presentaron los dos buques británicos encargados de tomar posesión de dicho y controvertido puerto, fueron capturados por el comandante español y enviados como presas al virrey Fuentes. Fue en esos días cuando éste dictó la orden de ocupación, que entregó el cargo al segundo conde de Revillagigedo; hombre ducho éste, consciente de la fuerza de España y de la potencia rival, se apresuró a reparar como pudo el incidente. Sin ceder en los derechos de la metrópoli, puso en libertad hombres y buques, y guardó la calma (lo cual no fue poco) ante las intemperancias del comandante británico, a quien no se le escaparon las razones de semejante cambio de conducta. Ocurrió lo anterior en el mismo año en que los Estados Generales se convertían en Asamblea Constituyente; y para principios del entrante, las grandes potencias tenían suficientes datos sobre lo ocurrido en las lejanas costas del Pacífico norte para poner el incidente sobre el verde tapiz de la gran política europea. Las consecuencias inmediatas y mediatas del hecho no podían escaparse al fino olfato de Floridablanca, y la movilización española procedió de inmediato. No se hizo tardar ni la orgullosa reclamación de Pitt —quien consideró inadmisible la que tildaba de restricción al comercio británico en el Pacífico, de ofensa a su monarca, de violación del derecho de gentes— ni la contramovilización británica, que alarmó a Francia. Por su parte, Prusia y Holanda manifestaron su voluntad de observar sus obligaciones y de cooperar con la Gran Bretaña si se llegase hasta la difidación. De Francia dependía pues la siguiente jugada; y Francia, como Pitt calculara y temía Floridablanca, no estaba en situación de afrontar

la guerra. El embajador Fernán Núñez hizo valer ante el monarca francés el Pacto de Familia, y pidió el apoyo armado de esta nación; pero no corrían ya las épocas de Choiseul ni de Vergennes, y aun queriéndolo, Luis era impotente para cumplir sus compromisos dinásticos. Era la nación la que habría de pronunciarse sobre ellos; el punto de vista de sus democráticos representantes, con ser diversos, curiosamente coinciden con las fórmulas que otros y absolutos monarcas usaran para evitar ir a la guerra en defensa de los intereses españoles en América.

Los destinos del estado francés ya no estaban en manos de Luis XVI. A la Asamblea turnó pues la delicada materia de las obligaciones derivadas del Pacto de Familia y de la petición de cumplimiento que hacía España. Los constituyentes consideraron esta cuestión dentro de esa curiosa mezcla de romanticismo y egoísmo nacional que caracterizan al período. La revolución en Francia, por igual con otros movimientos derivados de premisas universales, creía abrir una época totalmente nueva para la humanidad. Todos los males que a ésta aquejaban los atribuía a los corrompidos sistemas que atribulaban a los pueblos. Como se iniciaba una nueva era, y esta nueva era sería también universal, no habría menester de guerras: las contiendas entre las repúblicas se consideraban por definición imposibles. De ahí la entusiasta aprobación del artículo VIII de la Constitución por el cual se declaraban abolidas para siempre las guerras de conquista.

Mas tamaño ideal, compaginábase mal con las realidades francesas. Por una parte, la movilización inglesa no dejaba de provocar serias dudas entre los que descollaban en aquella histórica Asamblea; por la otra, había intereses verdaderos que ligaban a Francia con España y que no podían simplemente echarse por la borda. A Mirabeau se debe el esfuerzo de procurar coordinar dos ideas tan opuestas: el universalismo de la revolución con el deseo de salvar la alianza española y de proteger a la vez los beneficios consecuentes de que gozaba Francia. El Pacto de Familia, en cuanto esa familia quedaba sin derechos, caía por su base. ¿Mas por qué no un pacto nacional, que sin la característica agresividad de las monarquías ligara los intereses de dos estados vecinos y que de tiempo atrás luchaban por intereses semejantes? Estos eran más franceses que españoles; todos los constituyentes habían leído a Montesquieu y allí aprendido cómo España era incapaz de satisfacer su gran mercado americano; a lo que Mirabeau con sus prodigiosos conocimientos añadía datos más precisos: de los doscientos millones de libras que importa el comercio anual con América, sólo cubren setenta los productores españoles. Y de los ciento treinta restantes,

tenía la firme intención de salvaguardar buena parte para Francia. Para ello había menester de una nueva alianza.

En el chispazo de ese malogrado gran hombre hallamos la constante de la política francesa durante el período revolucionario y, en parte también, el napoleónico. Estriba en la proyección de intereses europeos sobre el mercado hispanoamericano; en el constante juego alrededor de ese gran elemento potencial, sea como futuro y rico monopolio francés, sea como elemento de transacción para satisfacer de algún otro modo las insoportables pretensiones británicas. Tal pensó Dumouriez durante el breve período en que se ocupó de las relaciones exteriores de la república. Al parecer, de él lo tomó Talleyrand, quien lo mantuvo como viable hasta el fin de sus días; lo reiteró también a los diversos soberanos a quienes subarrendó su genio centelleante como profundo, ególatra como inmutable.

Pero todo esto llevaba tiempo. Mucho apremiaba Fitzherbert, el embajador inglés en Madrid; aún más los amenazantes buques erizados de cañones. Fernán Núñez podía informar con acuciosidad sobre el progreso que experimentaba la idea de un pacto nacional entre los constitucionales franceses; pero eran argumentos de poco peso ante un Floridablanca cada vez más indefenso ante la exigente Albión. Y con el recuerdo de fracasos semejantes —cuando Francia interpretó el Pacto de Familia conforme a sus intereses— llegó Floridablanca a la conclusión de que era inevitable ceder.

No se cuenta la generosidad entre los atributos del gran Pitt. La superioridad de su flota pone a España a merced de su gobierno, y procede sin escrúpulos a sacar de la situación el mayor provecho posible. Las recíprocas declaraciones que firmaron Floridablanca y Fitzherbert no fueron óbice para que siguiera la presión británica; si ésta y por un poco de tiempo se aligeró —durante la convalecencia de Floridablanca, contra cuya vida se atentó—, no tardó mucho un nuevo ultimátum británico que hubo de obsequiar, concertando el 12 de octubre de 1790 el tratado del Escorial. Tiene este tratado fundamental importancia. En Europa y en América trajo consigo consecuencias que no poco debilitaron el poderío español y limitaron la libertad de maniobra que tuvieron los sucesores de Floridablanca en el campo internacional. Además de reparaciones honoríficas y de hecho por lo ocurrido en Nootka, España reconoció a Inglaterra su igualdad como potencia comercial transpacífica; el noroeste americano, especialmente, queda de hecho fuera de la órbita española. Como contraparte, a España se le reconoció la soberanía de sus posesiones americanas (hecho en sí muy significativo); se obligaba a Inglaterra a no comerciar con ellas —estableciendo de paso una curiosa zona de protección por diez leguas

que incluía las pesquerías— y quedaba el Reino Unido como detentador del equilibrio en la zona, en caso de que otro país fincara sus reales en la América meridional. Para celebrar este tratado Floridablanca fue en contra de la opinión de la Junta Suprema del Consejo de Estado. El dictamen de ésta, consideradas las consecuencias de la paz, favorecía la contienda. Escudándose en la decisión del monarca, Floridablanca firmó la paz y con ella, su caída. De sus sentimientos patrióticos no cabe dudar; de su sapiencia al no ir contra Inglaterra sin aliados, tampoco. Pero era por fuerza una solución impopular, y señalaba a la vez los resquicios por los que se entreveían los puntos blandos del imperial edificio que dejara a su heredero don Carlos III.

Tal como ocurrió para el romano en tiempos de Adriano, había llegado para el imperio español la época del renunciamiento. Las porciones fronterizas se ofrecían extensas y descarnadas; los brotes coloniales no fructificaban en nuevos adelantos; era ya aconsejable disminuir en lugar de aumentar los dominios. De allí la decisión sobre Nootka, con sus consecuentes sujeciones en el área noroccidental y transpacífica. De allí también la difícil línea de conducta que en otros territorios siguió Floridablanca. En aquella se vio apresado por circunstancias que de atrás venían y que él había contribuido a fomentar sólo indirectamente —con la expulsión de los jesuítas—; en cambio, en el Misisipí y en el Golfo de México recogía tempestades de los vientos que antaño él mismo sembrara.

Las consecuencias de los graves errores implícitos en el apoyo que otorgó España a Estados Unidos para obtener su independencia fueron a poco aparentes. Como vecinos se mostraron más ambiciosos y exigentes que los propios británicos; no estaban ligados además por la hermandad monárquico-europea, y escudaban sus naturales ambiciones en el especioso pretexto de extender una forma de gobierno que consideraban preeminente. La presión para obtener la frontera del Misisipí y el descenso progresivo hacia el sur de la línea divisoria fueron patentes y constantes. El valle del Ohio se pobló de aventureros eufóricos cuando ya no existían en tierras hispanas individuos de esa especie. Los vastos territorios de Kentucky y Tennessee hervían de gentes que se intitulaban, orgullosas, los "hombres de las aguas occidentales"; su medio de vida era el gran río a cuyo alrededor giraba su comprensión de la existencia. Para evitar estas secuencias, previsibles de tiempo atrás, se halló Floridablanca con las manos vacías. Creyó primero que con no reconocer oficialmente la existencia del nuevo estado evitaría cuestiones limítrofes; después, que la joven república se sentiría azorada ante la gloriosa monarquía y que no insistiría en obtener la línea del Misisipí; por

último, y con la misión Gardoqui —quien hábilmente negoció con Jay de 1785 a 1787— que serían suficientes promesas generales para evitar las vitales concesiones alrededor de la margen izquierda del gran flumen. Todas ellas resultaron inútiles; si bien la controversia de Nootka por su pronta resolución no dio oportunidad a Estados Unidos de intervenir, no era menos evidente que las porciones norteñas del imperio, particularmente las Californias y las Floridas, se hallaban en grave peligro. Éste había sido en gran parte causado por el propio Floridablanca; en sus últimos años en el ministerio, nada pudo hacer para aminorarlo.

El estadista que tipifica a su país y época toca a su fin. A los males imperiales se añaden los muy graves que motiva el desenvolvimiento, cada vez más ominoso, de la francesa revolución. El haber de Floridablanca cuenta aquí con varias medidas que demuestran cómo, hasta el fin, continuó siendo un consumado gobernante. Desechada la alianza francesa, abandonada España a sus propias fuerzas, tenía el gobierno de Carlos IV que encarar lo que ocurría al otro lado de los Pirineos. Malas eran las nuevas; hablaban de una constitución impuesta a un monarca ungido de Dios, de una fracasada fuga de la real familia, de la prisión del rey, de execrables gritos de masas revolucionarias en marcha, de bélicas reacciones de los otros monarcas quienes, bajo la activa dirección de Leopoldo de Austria, se preparaban para ahogar en sangre tan diabólico fenómeno.

Si Francia no servía ya a España como aliada, tanto valía unirse en contra de las peligrosas ideas que con su ejemplo patentizaba. Floridablanca empieza entonces una política antifrancesa que habría de ser, también, causa inmediata de su desgracia. Por medio de ella contribuyó a cerrar el círculo de hierro (el cordón sanitario) con que se pretendió rodear a la República; al auxilio de los refugiados y al mantenimiento de los miembros de la familia real francesa. Lo que es más importante, es que tomó ocasión para poner fin a ese régimen insoportable de la extraterritorialidad. Con motivo de lo ocurrido en Francia estableció Floridablanca un registro de extranjeros, los obligó a aceptar a todos el sistema jurídico español, y sacando motivos de la oportunidad, puso fin a tan considerable alteración de la soberanía española. Algo se hablará después en las negociaciones de la paz de Basilea; algo también en los preliminares de la paz de Amiens: los españoles la considerarán caduca como efecto de la contienda en tanto los británicos creerán que los tratados que la amparaban quedaban vigentes, aun al terminar las contiendas napoleónicas. Pero de hecho se había finiquitado y España no la dejará surgir más. Baste este ejemplo, como tarjeta

de despedida, para realzar las grandes cualidades de Floridablanca y de paso, para poner un baldón sobre aquellos que a su caída osaron procesarlo; y con él, a mucho de lo que había sido grande en la España de su tiempo, y en la de todo tiempo.

Cual fiera a quien las heridas sólo enfurecen, la Francia revolucionaria se revuelve sobre sus enemigos. Las grandes jornadas de Valmy, del Comité de salud pública, de la conscripción nacional, tienen lugar. El temor de combatir a tan peligroso enemigo, la reversión hacia la prudencia, la marcha atrás en esta política antifrancesa trajo interinamente al ministerio al anciano conde de Aranda. Por su francofilia extrema, por su íntima amistad con muchos de los originadores de la nueva Francia, se confió en él; creyóse que podría restablecer el buen entendimiento con el aliado tradicional. Volvíase a las medidas tradicionales también, sin percatarse que el río se había salido de cauce. La Francia que horrorizara a Europa no era la de Voltaire quien y tal como lo hizo Lutero con el revuelto campesinado alemán, habría renegado de la hijastra. Tratábase de una Francia tan ajena al conde de Aranda como a Floridablanca. Bien podría aquel recomendar como política la contemporización ("obrar, mediar y negociar" fue su fórmula); bien podía asentar que España no debía pensar en la guerra sin un aliado, sin un amigo; pero no menos empujaban los acontecimientos hacia la contienda franco-española.

El carácter interino con el que Aranda aceptó el ministerio marca bien su segunda administración. De nada hubo tiempo, y su huella en los anales españoles estriba esta vez en unas cuantas directivas, eso sí tan sesudas como las de su mejor época. Del extremo carlismo de Floridablanca al ramplonismo de Godoy había necesidad de un puente, de unos meses de transición; eso y esos fueron los del ministerio Aranda. La discrepancia entre los ideales aristocráticos del enciclopedismo y la horrenda realidad asaltan a Aranda. No se atreve a llegar hasta renegar de su liberalismo y de su francofilia, pero sí ve con certidumbre el peligro que esa revolución ofrece para el imperio hispano. Esta idea del futuro imperial de España vuelve insistente a la mente del viejo estadista; en esta ocasión nos deja un documento que debemos aquilatar con justeza. Por vez primera encontramos una observación sobre la consecuencia de los felices resultados que para la economía de las colonias tuvieron las medidas liberales de Carlos III. El comercio intercolonial y directo con la metrópoli ha permitido que se acumulen grandes riquezas. Colonias agropecuarias encuentran adecuados mercados y en veinte años, casi de golpe, se colocan entre las más prósperas regiones del imperio. Tal —y por ejemplo— ocurrió en Venezuela, donde al

principiar el decimonono toda clase de exportaciones habían sobreenriquecido a una élite (los "mantuanos") que consciente de sus antecedentes y potencialidad, tascaba con la mayor molestia el freno que le imponía una casta administradora venida de la metrópoli.

Riquezas propias, ajenos y bonísimos ejemplos; agreguemos a esto la posibilidad de que por Hispanoamérica se extienda el nuevo espíritu revolucionario y tendremos, tal como lo previó Aranda, una casi segura escisión en el cuerpo imperial. De allí que su política de francofilia no estribara en el solo temor de los ejércitos republicanos. Tenía puesta la vista en las colonias, y creía que la mejor manera de conservarlas aisladas del contagio revolucionario era consolidar la alianza que se llamaba ahora el pacto nacional. Que no andaba errado en sus temores lo demuestran, además de la historia misma de nuestra independencia, las revueltas que desde entonces principiaron en Haití: los antiguos esclavos tomaron allí las armas en defensa del que llamaban el derecho de los franceses. Y era este derecho el que Aranda pretendía, con su francofilia, con su política de paz, evitar que pasara al Nuevo Mundo. Pero la corriente antifrancesa iba entonces en aumento, y el conde sólo logró estrellarse contra ella: víctima injusta de un despotismo que no era ya ilustrado, sino simplemente tiránico. Y el leal servidor del reino fue también procesado y murió exiliado de la Corte.

La alcurnia de las armas disputó a la togada la primacía en la España del tercero de los Carlos; también lo hizo durante los primeros años del de su hijo y sucesor. De la controversia, del choque de los dos condes que encabezaron a las facciones "aragonesa" y de los "golillas", nada queda en 1792. Partidos y personalidades tuvieron sentido y razón de ser en medio de un aristocrático e ilustrado despotismo. Mas Carlos el cuarto volvió al sistema no sin precedentes aunque sí sin finalismo del "valido". En desprecio de la opinión cortesana y general, de servicios que familias e individuos prestaran a la corona, de capacidades adquiridas en los campos de la ciencia o de la milicia, auspició este monarca un sistema en el que todo lo decidía el favoritismo huero de la reina. Idas las épocas en que el estirado ceremonial de los Borbones españoles ocultaba, tras las costumbres más austeras, un régimen de verdadero sacrificio. Ahora la Corte, a su modo, se divierte; y en las diversiones, en los caprichos de la reina se halla la fuente de los favores, el nodo del poder que en nombre de su simplicísimo esposo puede ejercitarse.

Desde que era princesa de Asturias este favor de la reina se fijó en don Manuel Godoy, pronto creado duque de Alcudia, elevado después al de Príncipe de la Paz con que lo conoce la historia. Tal pareciera que el reinado de Carlos IV se dedicó por entero a

proteger la vertiginosa carrera de este hombre; caído en 1808, ante la furia de un populacho ya irreconciliable, allí mismo acabó el reinado. Desde el primer acuerdo que los monarcas concedieron —casi a los pies de la mortaja de Carlos III— se adelantó la fortuna de Godoy; y el nombre de éste aparece asimismo en el acto final, aquel despreciable y funesto tratado Godoy-Duroc por el cual, y en Bayona, Carlos entregó su trono al usurpador. Godoy personifica pues a una época que fija los pródromos de nuestra independencia. En su política encontramos muchas de las causas que la prepararon, en sus errores las piedras angulares del movimiento independiente. En sus patentes vicios y parcas cualidades, una síntesis de muchas de las causas por las que España se encontró tan desvalida frente a la triunfante y francesa revolución, frente al Corso gigantesco, frente a la Europa de Viena que lo sucediera.

No fue un monstruo Godoy: ni la inteligencia sutil, ni las acongojantes ambiciones encontraron cupo en su corazón, en su entendimiento. Hombre mediano en cuanto intentó, tuvo como característica la del ramplonismo. Si en efecto es, como lo ha llamado uno de sus biógrafos, el primer dictador en nuestros modernos tiempos, hemos de impregnarnos de un omnipresente pesimismo sobre esta época. Porque la medianía fue la nota característica de todos los dieciséis años en los que como ministro de estado, como confidente de la reina o como generalísimo, condujo los destinos de su noble país. El sibarita que tan bien retratara Goya, se preocupa sobremanera de sus amores y de sus cuadras; poco, eso sí, de la conducción de los asuntos públicos. Otras pinturas —literarias éstas— nos han llegado, en las que vemos a un hombre excesivamente preocupado por sus propios intereses, que dedica apenas unos minutos al día para garrapatear su firma en comunicaciones oficiales. La ardua labor del estadista le fue por completo desconocida, y ni siquiera llegó a inteligir las grandes premisas sobre las que había de guiar la conducta del país. Entre las muchas ordenanzas que promulgó bajo Carlos IV, Godoy se vanagloria de haber llevado a la ejecución la relativa a los cementerios. Quizá haya en ello más que una pasajera coincidencia; Godoy fue con su aplastante mediocridad, con su brutal incapacidad pública, el sepulturero de la España imperial.

Por su linaje ni por sus propias e integérrimas cualidades alcanzó Godoy el poder; su administración nació en consecuencia con una tara original que nunca desapareció. Valido fue de principio a fin, y buscó siempre mantenerse en gracia. Extraordinario en la intriga, dotado de habilidad sorprendente para desviar inclinaciones o afectos de sus soberanos, fue por esa constante preocupación incapaz

de elevarse hasta la gran política que entonces más que en ningún otro momento se requería. A través de su vida pública encontramos una obsesión por su propia seguridad, su fortuna, y una consecuente posposición de los intereses de estado. La frase que Izquierdo, el enviado español en París, dirigió a su contraparte Lacepéde resume bien lo que fue la política del valido: "España, dijo entonces aquel indigno representante, está dispuesta a ejecutar, aun a expensas de sus intereses, todo lo que sea agradable a Su Majestad Imperial." [1]

Ante este hombre que tuvo como norte sus propios fines iba a desarrollarse la maravillosa sucesión de fenómenos político-sociales que provocó la Revolución Francesa. Mas España no podía limitarse a atestiguarlos; creaban un remolino en su pos y para evitar sus fatales consecuencias, precisaba del más avezado piloto. Y el que por entonces guiaba la nave del estado español, ni siquiera llegó a vislumbrar lo que ocurría. Constitucionalismo, incipiente democracia, demagogia, manipulocracia, dictadura militar e imperio europeo fueron los actos de la gran tragedia revolucionaria. Para sacar avante los intereses españoles era preciso intuir el fenómeno en su totalidad, y hecho esto, labrar la política que más conviniera a la nación dentro de cada etapa. Podía manifestarse bajo una universal condenación y una guerra ininterrumpida, como en Pitt; o bien en una sucesión de habilísimas maniobras, constantes dentro de su aparente variabilidad, como en Metternich. Ni una ni otra ocurren en Godoy más bien hallamos una consideración parcial e interesada, o miope ante su continuada y ficticia elevación; una total inconsciencia ante el peligro inminente; una tozuda ceguedad, pura y simple, ante los instrumentos de que precisaba toda política.

Los acontecimientos hacían imposible una política francófila cuando Godoy se hizo cargo del ministerio de estado. Desafiante la República, en armas la Europa, ligada la corte española con la antigua francesa por razones de parentesco, odiando el pueblo la impiedad jacobina, era la guerra contra Francia cosa inminente. Y la oportunidad se presentó con motivo del regicidio cometido en la persona de Luis XVI. No se iniciaba aún el proceso contra el monarca al encumbrarse Godoy. Por conducto de su embajador Fernán Núñez primero, de Ocariz como su encargado de negocios después, el gobierno español procuró por múltiples medios salvar la vida al desgraciado soberano. Desligado de antecedentes diplomáticos, Godoy llevó a cabo lo que él llamó una mediación; en realidad intervino en los asuntos internos de la República ofreciendo la amistad española a cambio del respeto de las vidas de la real familia. Los

[1] A. Fugier, *Napoleón et l'Espagne, 1799-1808*. París, 1930, II, pág. 45.

detalles de la negociación en nada dulcifican el hosco rechazo; cuando Luis XVI sufrió la pena capital, Godoy encarnó los sentimientos peninsulares al tratar con dureza al enviado francés y movilizar al país para una guerra en que, cosa excepcional, las varias clases de la nación rivalizaron entre sí por el monto y carácter de sus aportaciones y esfuerzos. Popularísima en España era entonces la guerra contra Francia.

El guante que se lanzaba lo recogió gustosa la nueva Francia. Algún fogoso orador llegó incluso a declarar la guerra pirenaica como un nuevo triunfo de la libertad. Nada parecía capaz de anonadar a la Francia revolucionaria: si los enemigos se decuplicaban y amenazaban todas sus fronteras, ella por su parte se agigantaba y a todos también hacía frente. España se halló por consiguiente ante una situación internacional que rompía por completo con la tradición borbónica y que llevaba implícitos graves peligros militares y psicológicos. A la enemistad con Albión sucedía la alianza inglesa, preñada de nuevas posibilidades, ultramarinas en especial. Pero la nueva asociación bélica no era popular, ni natural tampoco en países que tanto habían combatido para preservar o agrandar sus respectivos imperios. De allí que requiriérase por parte de los dirigentes españoles, el ejercicio de un tacto sumo para evitar roces que pudieran trasponerla en motivo de grave escisión. Por parte de Godoy no se percibe ningún esfuerzo: en lugar de salvaguardar la alianza hispano-británica, la tomó como cosa incidental, la abandonó como despreciable gaje. Y era sin embargo toral para los intereses españoles: significaba la seguridad de los mares, la regularidad en las remesas metálicas de América, la implícita protección a aquellas regiones al norte del imperio que Estados Unidos miraban con crecientes apetitos. Las circunstancias justificaban —y los intereses nacionales secundaban— semejante cambio en la política antibritánica que fuera congénita y fatal a los Borbones. De llevarla a buen puerto, Godoy hubiera podido hacernos olvidar sus graves y múltiples defectos. No tardaron los roces en producirse. La flota anglo-española se posesionó de Tolón, pero en cuanto a la defensa del puerto y el reconocimiento de una regencia monárquica en suelo francés, surgieron profundas diferencias que Godoy nada hizo por atemperar. A poco entró Bonaparte en la historia, hubo que evacuar Tolón, y la momentánea cooperación de los irreconciliables contrarios tocó a su fin.

Tres años se combatió en la guerra llamada del Rosellón. Notamos en ella el hecho insólito de la cooperación de tropas hispanolusitanas, augurio nonato de la unidad política de una península opuesta a Francia. Las grandes dotes de algunos militares —espe-

cialmente el general Ricardos— iniciaron la contienda con brillante éxitos. Mas en tanto la República hacía esfuerzos sobrehumano para abastecer de tropas a todos sus muchos ejércitos, Godoy s recreaba en el tibio sol de las primeras victorias y de su inicia popularidad; de los sacrificios subsiguientes para nada se preocupó Las victorias en 1793 fueron sucedidas por la guerra defensiv del 94, y para 1795, el suelo patrio ha sido invadido.

Una completa incapacidad hallamos por parte del gobierno de duque de Alcudia. Estas derrotas debieran motivar un redoble e los preparativos, en la petición de subsidios a Inglaterra, en l utilización de la flota para hostilizar a Francia en algún otro teatro motivar asimismo un impulso del sentimiento popular cada vez má hostil a los invasores, cada vez más feroz en operaciones militare que derivan hacia la guerrilla. Brillan por su ausencia los esfuerzo viriles; se proliferan en cambio las negociaciones pacíficas. Con u miedo pánico por las consecuencias de estas infelices empresa Godoy se afana por conseguir la paz. Sus enviados en París, en Co penhague, en La Haya, en los Pirineos, parecen dispuestos a oír (aceptar en principio) cualquier propuesta. Todo lo prefiere a la con tinuación de la lid. A fin de cuentas es Iriarte quien en Basilea se en tiende con Barthélemy y se firma la paz que Godoy tanto anhelar

Pedida con empeño, solicitada con ahínco, no hemos de encon trar en dicha paz arreglos benéficos para España. Los haberes d ésta eran sus colonias, su flota y sus ganados; es a su costa, y e tanto en Europa los ejércitos se retrotraen a su situación de pr guerra, como se hace la paz. Firmada el 23 de julio de 1795, po ella cede España la mitad restante de la Isla de Santo Doming veinte buques de línea (casi un tercio de la heredada) y se com promete a entregar cierto número de escogidos ganados. Godo habla con orgullo de esta paz; a no dudarlo convenció a los m narcas de su bondad: de allí el nuevo título con que lo honraron Poco encuentra el historiador con qué justificarla, menos aún si l examina en sus tendencias; porque esa indiferencia con la que s prodigaban las riquezas nacionales a guisa de una muy alta política inicia una tendencia que festinará la caída del imperio. Insignif cante, despreciable, encuentra Godoy la cesión de Santo Doming y ni siquiera habla de la flota. Pero colonias y flota constituían patrimonio telúrico español, el eje histórico-político sobre el qu descansaba la grandeza del país; entregarlos a trueque del reasen tamiento del poder del valido era abandonar la heredad a cambi del consabido plato de lentejas.

La paz de Basilea termina la guerra con Francia. Podríase inclus y con buena dosis de optimismo, favorecer a Godoy y defender

como un mal necesario. Ante las tremendas mazadas que asestaban los ejércitos revolucionarios, varias otras monarquías optan también por la paz. Digno y prudente hubiese sido guardar por algunos años la neutralidad: dentro de los males europeos, conservar los beneficios de un comercio americano y la amistad —no importa cuán tenue— de la temible Albión. Nada de esto pareció digno a Godoy; con ímpetu digno de mejor causa y a pesar de su mermada flota, se lanza desbocado por la senda de la alianza francesa, despeñando toda prudencia, cambiando de faz sin el más mínimo rubor. Pruebas fehacientes patentizan que desde fines de 1794 Godoy trató ante el Consejo de Estado (la Junta Suprema del mismo, que tanto complaciera a Floridablanca, había ya caído en desuso), el retorno a la alianza francesa; para lograrla principió por negociar con Estados Unidos el malhadado tratado de San Lorenzo, que firmado el 27 de octubre de 1795, había de contribuir inmensamente al desquiciamiento del imperio.

Sin su deseo de pugnar contra Inglaterra no puede entenderse la precipitación de Godoy para celebrar tan falaz tratado. No se habían amilanado los Estados Unidos ante el fracaso de la misión Gardoqui, y por medio de su ministro en Madrid insistían en obtener adecuadas fronteras con el imperio. Se preocupan también por finiquitar los problemas pendientes con el Reino Unido, lo cual logran con la firma del tratado Jay a fines de 1794. Godoy desconoció este tratado en sus términos o en su significado; forzó en consecuencia la negociación y casi se puso a merced del nuevo ministro norteamericano, Pinckney, quien llegó a Madrid a mediados de 1795. La emancipación estadunidense colocaba a España en una situación delicada. Aranda y Floridablanca habían entrambos coincidido en la imprescindible necesidad de impedir el acceso de la nueva nación al Golfo de México, de negarle la frontera del Misisipí. Clara en sus principios, pobre en su ejecución, heredó Godoy una posición endeble; razón de más para pesar con el mayor cuidado una guerra contra Inglaterra y poner en el pasivo la debilitación consiguiente que esas mismas hostilidades implicaban en Norteamérica. Pero nuestro Príncipe procede con la misma seguridad que Alejandro al cortar el nudo gordiano. Ceder le parece lo más fácil, y ya puesto en ese plano inclinado, nada lo detiene. Se cuenta que el enviado Pinckney y su gobierno no podían creer su buena fortuna; la verdad es que en esos momentos no podían haber aspirado a más.

Cedió Godoy en el paralelo fronterizo, que baja hasta el grado 31. Cedió asimismo en cuanto al medioeste americano, y haciendo caso omiso de todas las intrigas y complejos proyectos de los administra-

dores locales, concedió sin más la margen izquierda del Misisipí. No contento con todo esto, obsequió los deseos de Pinckney y comprometió a España a conceder a los mercaderes norteamericanos un depósito libre en Nueva Orleáns; esta concesión habría de acicatear aún más los deseos expansionistas estadunidenses. De golpe, sin razones de peso, cedía España todo cuanto pudiera perjudicar su futuro en Norteamérica: colocaba en gran peligro a las Floridas, en inminente a la Luisiana, en potencial a Texas y Nuevo México; marcaba en fin, como lo afirma Bemis, el principio del ocaso final. La suma de todo sin que la monarquía pudiera mostrar la más mínima compensación. Godoy justificó a su modo la cesión afirmando que no se puede bordear un campo abierto; de haber seguido semejante principio los Cortés y los Pizarro, la gran expansión hispana no hubiera siquiera pisado el continente americano.

Para evitar que se creyera que el título de Príncipe de la Paz le impedía ocupaciones castrenses procede Godoy incontinenti a atarse a la máquina guerrera francesa. Y con el tratado de San Ildefonso, que firmara el 19 de agosto de 1796, lleva al colmo los grandes males que en estos primeros años apiló sobre España. La liga entre las casas de Borbón la hemos criticado; era contraria a la fortuna imperial de España. Tenía, como contraparte, la seguridad que ofrecía a los intereses españoles en la península italiana, en el Mediterráneo, y que personificaba la estrecha liga que en afectos y monárquicos intereses existía entre las ramas de una misma casa; eso, en una Europa monárquica y cristiana. Si el inconveniente subsiste, las ventajas han desaparecido para cuando se firma el malhadado tratado de San Ildefonso.

No era posible ignorar el carácter de la Revolución Francesa en 1796. Que implicaba un nuevo orden de cosas, y que este nuevo orden al fundarse sobre presupuestos universales iba a alterar (o a menos perecería en la demanda), todo el régimen público europeo era evidente. Los ejércitos revolucionarios predicaban la igualdad entre los hombres, aseguraban la libre determinación de los pueblos y de golpe desechaban toda la serie de intereses institucionales que ligaban a la Europa del XVIII. Tal como Austria, la monarquía española era la enemiga natural de la revolución; su régimen se fundaba en principios totalmente opuestos a los que ésta predicaba y aceptarlos implicaba sufrir a su vez un violento y completo cambio. Al aliarse con la Francia revolucionaria España combatía en contra de sus intereses, de su derecho público y en pro de una Europa que no era la suya.

La nación española mal podía simpatizar con estas nuevas doctrinas. La ilustración carlina se había difundido sólo por entre la

altas capas de la sociedad, y el pueblo se había refugiado en un acérrimo hispanismo. No era terreno propicio para el cultivo de tesis universalistas que principiaban por destruir todo lo que veneraba: la religión católica, la dinastía reinante, la secular identificación con su suelo y con las consiguientes costumbres. Jamás llegó la Península hasta ese contacto espiritual con los predicados de la revolución que produjo los grandes anhelos nacionalistas en Italia, que originó el romanticismo germano. Problema ajeno, cuerpo hostil la consideró siempre; por lo que no debemos admirarnos que haya provocado un considerable reasentamiento de lo tradicional y catalizado valores netamente populares, y por ello, nacionalistas y seculares. Y puesto que no podía, como otros países, servirse de los nuevos ideales para lograr una unidad nacional de tiempo atrás verificada, la intranquilidad espiritual y material resultante se revela en un renacimiento breve y fugaz, de la España del XVI: heroica, intransigente, capaz de los mayores sacrificios, impertérrita a todo cambio a su alrededor, fanáticamente convencida de poseer la verdad y toda la verdad.

No fue menos impopular una alianza con Francia. Poco contribuyeron los embajadores y comerciantes franceses a realzarla ante la opinión pública. La ficción de la igualdad que entre los de una misma dinastía existiera cae ahora por su base. España se ve obligada a proscribir a los nobles a quienes diera alojamiento, a entregar a los desertores, a poner su flota bajo la dirección francesa, a aceptar que en caso de actuar como auxiliar en alguna contienda, no tendrá derecho a verse representada en las negociaciones de paz, Godoy mismo había buscado tan infeliz situación: sus juicios eran, en efecto, diametralmente opuestos a los del pueblo español sobre la Francia revolucionaria. Por razón de su valimiento consideró a esta nación como más favorable a sus intereses. Veía allí hombres que, como él, se habían encumbrado sin antecedentes; y desconociendo las auténticas realidades, creía poder establecer con ellos el mismo contacto que antaño existía entre Aranda y sus compares franceses. Nunca percibió Godoy que su situación mal podía compararse con la de hombres erguidos sobre el regicidio, que el aventurerismo era por esencia distinto en uno y otros. De allí que antes y después de Bonaparte se empeñara en tratar con los hombres de la Revolución como con otros tantos validos; que aplicara a sus relaciones con ellos patrones que eran, por no decir otra cosa, esencialmente inadecuados. Esto explica sus grandes errores: aceptó el tratado de San Ildefonso como una manera de consolidarse en su valimiento; trató con el Primer Cónsul como si fuese hombre a

quien pudiera amedrentar un Godoy; habló después a Napoleón como si se pudiese tener con él la menor veleidad sin estar preparado para las más funestas consecuencias.

Inevitable secuela del malhadado tratado fue la guerra con la Gran Bretaña. Y ésta trajo en su pos terribles males para España. Las plazas fuertes en América y Asia se defendieron bien, pero Trinidad casi sin resistencia y de una vez por todas pasó a manos de los británicos, con la adicional pérdida de cuatro buques de línea. Se interrumpió por supuesto el comercio transatlántico, y como corolario vino el bloqueo de los puertos españoles, la ruina del comercio, las presas y los corsarios, los tesoros vacíos, las industrias muertas. A todo esto, Francia descansa sobre España en cuanto a la guerra marítima; más aún, después de la batalla naval de Aboukir. La maltratada flota combate con su acostumbrado heroísmo pero con su también acostumbrada inferioridad táctica frente a los británicos. El combate del cabo San Vicente, el de Algeciras que fue su secuencia, ponen de bulto la impotencia moral española. Previsible desde antes, para todo otro que Godoy, ésta merecía una cuidadosa meditación para el futuro.

La contienda contra Inglaterra creó una situación insostenible. La popularidad del valido peligraba, y con su habitual astucia principió por fortalecer el Consejo, incluyendo a hombres intachables como lo fueron Saavedra y Jovellanos. Poco después, en tanto la situación empeoraba, y apoyándose en lo que parece fue un pasajero capricho de la reina, se retira del gobierno en momentos bien difíciles. En los pocos meses en los que Saavedra actuó como ministro de estado recayó sobre él el peso de muchas medidas ya indispensables, pero cuya impopularidad evitó el valido. El 28 de mayo de 1798 se promulgó un real decreto que concretiza, por así decirlo, su breve administración: consistía en un llamado a un donativo voluntario y a un préstamo patriótico sin interés, como medida desesperada para levantar un tris las maltrechas finanzas.

Tanto habla Godoy en sus "Memorias" de sus reformas internas que pudiéramos pensar que Carlos III y sus grandes ministros fueron tímidos escolares. De realidades, queda poco: a más de la ejecución del decreto sobre la laicización de los cementerios que ya mencionamos, de nuevas restricciones a la Inquisición —la cual, no obstante, procuró utilizar en contra de Aranda— y de débiles esfuerzos por restaurar las órdenes monásticas, lo positivo fue su protectoría a las artes y a las letras. Por inclinación era Godoy un mecenas, y el amparo que dispensó a los artistas fue lo mejor de su gobierno. En cuanto a Jovellanos, mencionemos cómo quiso renovar la edu-

cación, principiando por la universidad salmanticense; adelante no pudo pasar, por su extraña enfermedad y pronta renuncia.

A Saavedra —continuando la transición de Godoy ministro de estado a Godoy generalísimo— sucede Urquijo. Era el hombre de buena presencia, quizá por ello vanidoso, superficial, mal administrador y regalista furibundo. En las postrimerías del siglo resulta un hombre de los que ya no se estilan; pertenece a la dinastía de los Tanuci y sigue en su anticruzada contra Roma cual si Europa no se hubiese transmutado con el advenimiento de los Estados Generales. La administración de Urquijo confrontó en verdad arduos problemas. Por sobre la guerra puramente defensiva que España hacía en los mares y en sus colonias, campean los problemas implícitos al estrecho contacto con el aliado imbuido de su propia superioridad, incierto primero de su rumbo, después exigente y tiránico. Tanto en las victorias como en las derrotas se patentiza la inconsistencia entre la alianza y los verdaderos intereses españoles. En el tratado de San Ildefonso se había convenido en preservar e incluso aumentar el ducado de Parma; mas Bonaparte procede como si los compromisos no existieran y asesta terribles mandobles a ese ducado y a los Borbones de Nápoles. En los preliminares de Loeben, en Campoformio y en el Congreso de Rastadt no hallamos ningún representante español; y es que este reino va adquiriendo el carácter que será el suyo durante todo el período que precede a la guerra de liberación: el de un aliado débil a quien se explota, de quien se exige todo, a quien amigos y enemigos desprecian. Significativamente, los triunfos franceses en Italia eliminan —esta vez para siempre— la influencia española. El capítulo espléndido que iniciaran las huestes señoriales del Gran Capitán, llega aquí a su término.

Urquijo y Ceballos —éste, hechura de Godoy que ocupará el ministerio desde 1801—, Godoy asimismo, son comparsas en la gran tragedia que entonces principia a desenvolverse: la carrera de Bonaparte.

El golpe de estado del 18 brumario empuja a España por una trágica pendiente que concreta bien su debilidad, que ha de llevar a su cima sus penalidades. Tal como ocurrió a los políticos franceses, el gobierno de Madrid se felicitó de que desapareciera el régimen incierto y corrupto del Directorio; sólo que a poco encontró que había surgido su señor y dueño, y que la corrupción campeaba por igual. La mano maestra se hizo desde luego sentir. España se vio obligada a contribuir a las empresas imperiales, cuya cifra era desde entonces la victoria sobre el Reino Unido. En lo inmediato, hasta que se firma la paz de Amiens, procuró Bonaparte reforzar su ejér-

cito del Nilo y sacar a Malta del dominio inglés. Contaba para ello con la marina española, mas las circunstancias y el propósito de los comandantes españoles de no desguarnecer sus propias costas sirvieron de dique a sus deseos. En cuanto a lo pecuniario, so pretexto de que España no colaboraba en la guerra continental, el Primer Cónsul exigió y obtuvo un estipendio de ocho millones de libras. Fue éste el origen de la deuda española; complicada después con los subsidios que pagó el gobierno de Madrid para conservar una hueca neutralidad, originó múltiples y acres negociaciones; no pocas aventuras financieras también, en que Ouvrard y Martínez Hervás aparecen como grandes intrigantes; ya cerca de 1808, motivó un arreglo general mediante el cual las grandes bancas de Holanda (por supuesto de acuerdo con los británicos), aceptaron hacerse cargo de la deuda española a cambio de libranzas en pesos fuertes que se les entregarían en México.

Medidas inmediatas, las anteriores se complementan con la guerra contra Portugal y con el ventajoso trueque —por supuesto para Francia— de un ducado italiano por el extenso y real dominio de la Luisiana. Unas y otras nos colocan redonda la cuestión de la política española de Napoleón. Fue la suya una personalidad gigántea que se apodera de la Revolución, la moldea a su sabor dinástico, la transforma en el gran instrumento de conquista y con ella por pedestal, se yergue sobre toda Europa. Mucho varió los destinos de España al invadirla y provocar con ello el cesáreo nacimiento de los países latinoamericanos. De allí que sea esencial preguntarnos lo que significó para la España de entonces y lo que él creyó que significaba para ella: sobre los presupuestos de su política española y los motivos por los que ésta fracasó. Porque en el complejo flujo y reflujo de la gran personalidad y del país al que pretende imponerse, encontramos vitales elementos para el desarrollo del nuevo cuerpo político que será nuestra América.

Para los unos —la gran masa renuente a seguir los nuevos dictados de la revolución— era Napoleón la gran incógnita: muchos de sus actos que se les antojaban tradicionales los inclinaban a aceptarlo; muchos otros que parecían contrarios a los grandes principios del pueblo español lo hacían repulsivo. No así entre la minoría ilustrada. En medio de los grandes cambios que había presenciado aquella generación, Napoleón aparecía como *deus ex machina,* como individualización de todo cuanto significaba la Europa del futuro. Si los unos veían en él la encarnación de la democracia, los otros lo admiraban como fuente de nuevos honores y nuevas riquezas. Si eran grandes sus exigencias, si la alianza era fatal para España, la opinión de esta minoría lo justificaba; prefería ensañarse contra

el valido a quien odiaba, y hacerlo responsable de sus errores y de las consecuencias de las medidas de aquel hombre que jugaba con los reinos como un gato con los ratones.

Por verlo de lejos, muchos españoles habían recubierto al emperador con la blanca armadura que reservamos para aquellos andantes caballeros que combaten contra los intereses creados y contra la tiranía. Los acontecimientos de 1808 causaron en ellos la más grande de las sorpresas: el pueblo creía que sus tropas sostendrían a Fernando; los nobles, que intervenía para ligar más los intereses dinásticos españoles con los de la nueva Europa. Traición y malandanza no se creyeron de él nunca: aún nos parece escuchar al duque del Infantado —preso él también en las mallas del artero tinglado de Bayona— preguntando, incrédulo, que cómo era posible que un héroe fuese capaz de tan gran bajeza. Exigencias e imposiciones para con España las hubo a granel; una verdadera política, amplia y previsora, no. Napoleón nunca pidió lo que España podía darle, ni lo pidió en forma que ésta pudiera acceder sin incurrir en tremendos sacrificios. Bonaparte nunca se ocupó de estudiar al país o a sus instituciones. A Madrid la trató como capital secundaria, y nunca contó con embajadores que pudieran informarlo o, incluso, aconsejarlo. Confundió a la Península con el resto de Europa y pretendió comprender lo que ocurría en las riberas del Guadalquivir por lo que sabía de la historia y de los habitantes del valle del Po. Armado con la Declaración de los derechos del hombre, Napoleón encaró los complejos problemas que la vecindad y la alianza española ponían sobre sus hombros.

A fuer de jacobinas, la Constituyente y la Convención pensaron hallar eco a sus palabras en los pechos españoles. Algunos fogosos oradores hablaron de recuperar la sangre y tesoro que sus ancestros emplearan en la Península, y de liberar a ese pueblo hermano de la tiranía a que lo tenían sometido la Iglesia y los Borbones. No pudieron percatarse de que ese pueblo, quizá, no querría despojarse de lo que eran para él sagradas arcas, sin las cuales no podía concebirse a sí mismo. Se ostenta la Francia revolucionaria como la salvadora del género humano. No puede percibir que un pueblo al que considera como hermano —como excepcionalmente dotado para la libertad, al decir de algunos— ignore el gran llamado que se le hace. Grave fue este error para la alianza franco-española: supuso siempre que los sacrificios que se exigían al gobierno de Madrid serían aceptados como un mal deleznable ante los grandes beneficios que la humanidad recibiría de aquella común empresa. Un mismo error por parte de Napoleón se encuentra en la trama de los acontecimientos de 1808: el emperador creyó que, tal como ocurrió en

Italia, sus tropas y su hermano serían recibidos como único medio de alcanzar la libertad y la democracia.

Es el anterior un error capital del que se derivan multitud de consecuencias graves y preñadas de ominosos resultados. Otros hubo, tácticos a la par que estratégicos, que no carecieron de importancia. La Revolución empobrecida soñó siempre con una España de inmensas e inagotables riquezas. Allí, al alcance de la mano existían los fabulosos tesoros del Potosí; para obtenerlos, sin haber sido buscones, bastaba con exigirlos. Ni Bonaparte ni la Revolución comprendieron que la España de Carlos IV era un país empobrecido; ignoraron siempre que cortada de América, explotada por Francia, no podía ser sino una rémora en la gran maquinaria bélica gala. Quedan así explicadas las constantes exigencias del Corso para recibir grandes subsidios, su impaciencia al no obtenerlos, sus ultimátumes y aún mayores exigencias como única respuesta a las excepciones hispanas. Otro tanto puede decirse como explicación de las exigencias secundarias —pero no menos importantes— que por motivos de soborno hicieron todos los funcionarios alrededor del trono imperial, y cuyo monto nos pasma.

La España que concibió Napoleón fue la garante segura de la aventurera Francia. Creyó además, leyendo la historia y no el presente español, que podía contar a ojos ciegos con una gran potencia naval. Al así hacerlo desconoció voluntariamente la debilidad de su propia flota y lo mucho que las constantes peticiones francesas habían desangrado la aliada; sobre ella descansaba, sin embargo, para su gran campaña marítima contra Inglaterra. Su genio intransigente complicó aún más las cosas: dependía de la flota española, pero negaba beligerancia a sus marinos; quería todo el instrumento naval español, pero para manejarlo por medio de sus comandantes, cortando de raíz todo independiente auxilio que la aliada pudiera darle en la mar. Este cúmulo de razones —objetivas las unas, subjetivas las demás— hicieron fracasar por completo la cooperación marítima franco-española.

Aunque Napoleón no ignoró el gran imperio cuya sede era España, éste vino poco a su mente. Algo precisó sus ideas cuando la expedición Leclerq a Santo Domingo, cuando obtuvo la retrocesión de la Luisiana, cuando incluyó en sus tratados preferencias para el comercio francés con América. Nada concretizó, sin embargo. Su corazón volaba gustoso a Italia, su imaginación con pena se detenía en el Cercano Oriente. Poco supo de América, menos aún pensó en ella. Sólo cuando todo se ennegrecía a su alrededor se le ocurría un posible imperio aquende el Atlántico, o incluso, hasta un simple refugio en estas tierras. Pero en la encarnación de sus grandes pro-

yectos, por los que luchó con tanto tesón, sólo contó con la España peninsular. Dado que nunca logró Napoleón dominar los mares esto fue, quizá, también obra de las circunstancias.

El Corso intentó asimismo servirse de España como aliada en sus empresas bélicas en el Continente. Menos aún logró entonces. Poco coadyuvaron las tropas de Etruria o las del cuerpo expedicionario del marqués de la Romana. Y dentro de su gran estrategia, la guerra con Portugal en 1801 fue un redondo fracaso. Mucho de sórdido hay en la forma como se preparó y ejecutó esta contienda que el pueblo español, con su apto sentido de lo ridículo, bautizó con el mote "de las naranjas". A los intereses nacionales anteponen los particulares; la razón de estado, nudo de toda acción política en el XVIII, desaparece: no en aras de un mayor entendimiento internacional, sino en pro de la promoción de beneficios personales, pasajeros y odiosamente egoístas.

El episodio se originó en el deseo que los nuevos hombres de Francia tenían de readquirir la Luisiana. No sin motivo consideraban la cesión como una afrenta a su orgullo nacional, y con la terminología de la época la calificaban de contraria a los derechos del hombre. Desde el tratado de Basilea había estado en pie la retrocesión, y el genio del entonces Primer Cónsul dio alas a la idea.

Pedir la retrocesión y pagar por ella —en los términos simplistas que por entonces usan los diplomáticos norteamericanos—, estaba muy por debajo del talento francés. El proyecto es infinitamente más complejo; huelga decir que era también mucho más perjudicial para España. La negociación que se celebró en Madrid entre Duroc y Urquijo (y que dio lugar al segundo tratado de San Ildefonso —tan perjudicial como el primero— firmado el 1º de octubre de 1800), principió por poner sobre el tapete el compromiso que España adquiriera en 1796 de obligar a Portugal a cerrar sus puertas a los ingleses. Para Napoleón, preocupado ya por obtener gajes con qué negociar la paz, la conquista del reino lusitano era de primera importancia; por sus otras empresas, contaba con que España podría realizarla por sí sola. A este tema añadió Duroc varias variantes. Halagaba la primera a los monarcas católicos con la promesa de crear un reino en beneficio del infante de Parma casado con María Luisa, hija de ellos. Así delineado el problema, ponía a la corte española en posición de solicitante; a cambio de tan hueca creación, pedía la retrocesión de la Luisiana con otro poquitín de la flota: otros seis buques de línea. A este paso, a nadie extrañará que en Trafalgar se encuentre el remanente y el todo del potencial marítimo español.

Godoy reproduce en sus "Memorias" las razones que tuvo para aconsejar a los monarcas aceptar las propuestas de Duroc. Luisiana había sido una colonia que la España del XVIII se mostró incapaz de gobernar: a otros hombres, los problemas parecieron excesivos; las fórmulas usuales fracasaron y las nuevas, nunca aparecieron. Para Godoy la Luisiana aparece como una carga que urge abandonar. Es verdad que no ignoraba la situación en que estaban las colonias en el norte del continente americano; con una de sus raras muestras de percepción geopolítica argumenta en favor de introducir de nuevo el elemento francés en el juego por el cual se decidía el futuro del Golfo de México. Francia podía servir en efecto de potente escudo hacia Estados Unidos, y de dejarse sentir la política del Primer Cónsul en América, no sin razón veía a las Floridas mejor protegidas. Es verdad que había un peligro: que Francia volviese a ceder la Luisiana, y lo hiciese en favor de una tercera potencia. De allí el artículo secreto por el que estableció un pacto de contracesión, que Napoleón habría de desconocer con olímpico desprecio, y que Godoy no sabría o querría aprovechar para sacar a su país del íncubo de la alianza con la república e imperio francés.

Ni con el mayor optimismo pudo creerse que este reino de Etruria —tan difícil de precisar como el de los antiguos pueblos de ese mismo nombre— restablecía los intereses españoles en Italia. Era un capítulo más en el largo camino que Napoleón se había trazado para llegar, él sí, al trono imperial y al de Italia. En cambio, exigirá su contraparte, se impacientará con las justificadas dilaciones, y llegará a gozar del precio de venta a Estados Unidos sólo para desbaratar, de otro plumazo, ese reino que tan caro pagara España.

Volvamos al doloroso episodio de la "guerra de las naranjas". Napoleón presiona; Godoy, encargado del ejército, teme no contar con fuerzas bastantes, y logra por el convenio de Aranjuez (21 de marzo de 1801), que participen fuertes columnas francesas. Hecho esto, se arrepiente; decadente y todo, el ejército español se basta para la campaña. De intervenir los ejércitos napoleónicos —teme por otra parte Godoy— su supuesta gloria y sus reales beneficios mermarán considerablemente. Plantea pues un doble juego, a espaldas de Napoleón, ignorando a sus representantes militares y contando con la interesada cooperación de Luciano Bonaparte, quien era por entonces embajador de Francia en Madrid. El nombramiento de Luciano, sin pasar por las usuales y secretas negociaciones previas, no predispuso a la Corte en su favor. Pero la habilidad del enviado, el lujoso palacio que amuebló, las suntuosas fiestas, las escandalosas aventuras y sobre todo, la íntima amistad que trabó con Godoy, pronto le franquearon todas las puertas. Luciano no trabajaba por

su país. Para él los puestos públicos significaban potenciales riquezas, y no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de emular a otros en la explotación del filón que significaba el manejo de los asuntos externos. El y Godoy hablaban pues un mismo lenguaje. La campaña contra Portugal, por consiguiente, se planteó en forma equívoca. No se propuso Godoy proteger los intereses de España, ni obligar a ese reino a cerrar sus puertos a los ingleses. También Luciano desconoció los intereses napoleónicos, y como objetivo total se tuvo el de sangrar al lusitano reino de muchos de los millones que le procuraban los diamantes brasileños. Godoy proyectó pues una campaña rápida y superficial, una paz negociada al vapor, y la firma (por él y por Luciano) de un tratado vergonzoso. Todo ocurrió tal y como había sido planeado. Los dos cómplices pudieron defender con cara dura los términos del tratado de Badajoz: ante España, por la insignificante posesión de Olivenza; ante la extrema cólera del Primer Cónsul, por las cuantiosas sumas que Portugal también se obligó a entregar a Francia.

Pudiéramos desechar esta contienda con algún jocoso comentario sobre el epíteto con el que ha pasado a la historia. Tuvo, para desgracia de España, más graves consecuencias. Napoleón se consideró engañado; era hombre que no perdonaba las afrentas. Luciano cayó en desgracia y no llegó a levantarse de ella. En contra de Godoy el Primer Cónsul lanzó terribles ataques; en sus ultimátumes a Madrid y en varias ocasiones, incluyó entre sus condiciones el retiro del Príncipe de la Paz. Aclaremos que Napoleón no tronaba contra Godoy porque éste defendía los intereses de España, sino porque se había comportado como un aliado desleal y un negociador venal. Que los monarcas protegieran siempre al valido impulsó a Napoleón a creer que en todo sostenían la política de Godoy (cuando en verdad ni siquiera la comprendían); de allí pasó a considerar como una ofensa de España cuantas torpezas e insultantes molestias le infligía el valido. Los motivos de cólera que Napoleón tuvo contra Godoy se convirtieron en pecados de España de los que ésta, al fin, habría de ser la víctima.

Desde ese año de 1801 se oye el retumbar lejano del trueno que anuncia la tormenta. Con una ceguedad suicida Godoy pretende justificar el tratado de Badajoz multiplicando hacia el Primer Cónsul las negativas secundarias y las respuestas irritantes. No sabe la clase de hombre con quien trata; por desgracia para su patria, no lo sabrá nunca. Porque desde entonces envió Napoleón una comunicación que, en su frase vertebral, equivalía para la corte de España a la famosa escritura en el muro: Si la monarquía española continúa con sus faltas a la buena fe debida a la alianza, y escabulle

con pretextos fútiles sus obligaciones, habrá llegado el día final para esa rama de la dinastía borbónica. Nada se hizo, ni entonces ni después de rota la paz de Amiens. Los reyes creyeron emular en Badajoz la gran revista militar con que Felipe II celebró la conquista que hizo el duque de Alba de la metrópoli del imperio lusitano. Causa pavor ver que ni el valido ni la corte se dieron cuenta del sainete. Y en cuanto al futuro del reino, podían descansar tranquilos: el antes favorito actúa ahora como un héroe y bajo la guarda de su victoriosa espada, dormirán seguros la nación y sus monarcas.

Llegamos a la paz de Amiens, la paz experimental, en que la gran potencia marítima y el gran poder continental pusieron a prueba la competencia pacífica. Descansaba sobre dos grandes presupuestos, ambos negativos, ambos destinados a tranquilizar al adversario: que Inglaterra no dominara el Mediterráneo, que Bonaparte no fuera el amo de Europa central. Sabemos ahora que ninguna de las dos premisas llegó a encarnar y que el experimento fracasó. Pero lo que nos interesa es la posición que España tuvo en las negociaciones y la dorada oportunidad que desperdició durante los años de paz. La exquisita habilidad diplomática de Azara —quien a fin de cuentas representó a España en Amiens— poco pudo hacer para salvaguardar la integridad española. Había necesidad de un cuerpo de transacción, y éste lo constituyeron los territorios coloniales holandeses y españoles. A falta de gajes portugueses allí estaban las colonias de los aliados; fue debido al mismo carácter experimental de la paz como los ingleses se contentaron, por parte de España, con sólo Trinidad. La situación estratégica de ésta y el papel vital que desempeñaría en la independencia latinoamericana se le escapa a Godoy: gozoso por la nueva paz, justifica sus errores por la cuantía de las pérdidas. ¡Huera política que ni siquiera partía del presupuesto de conservar todo el imperio o toda la flota!

Uno de los historiadores que con mayor penetración ha estudiado esta época —el marqués de Lema— concentra las más de sus críticas en la actuación de Godoy durante los dos años de verdadera tregua de que gozó. Causa dolor en efecto ver cómo este período vital, en el que se pudiera definir una política y preparar su ejecución, se deja pasar pensando en fruslerías. Vuelve el comercio americano, y con él el bienestar; el valido y la Corte cierran los ojos a los inminentes y trascendentales problemas que apenas se han pospuesto. Con que aumente la cotización de los vales reales, con que puedan todos seguir su vida fastuosa, con que Godoy reciba grandes honores (como lo fue el gran cordón de la legión de honor), se creen autorizados a asegurar que todo va bien. Y bajo el sol poniente de

estos "situados" del comercio e impuestos americanos, el valido procura olvidarse de la hosca y difícil, insolente y atrevida Europa en la que él y España viven.

No se halla la menor excusa para justificar inacción semejante por parte del gobierno español. Todo mediano estadista sabía lo que pasaba en Europa; buen cuidado tenía Azara de mantener a Godoy al tanto; el doble y opuesto juego de los enviados francés y británico, sostenidos por sus aliados, era asimismo patente. El valido hubiera podido justificar ante su rey y su patria los inmensos honores y el poder omnímodo. Nada de eso hizo; al llegar la tormenta, reanudándose la guerra, se encontró a la deriva el buque imperial.

Dos campos había en Europa, y los dos se preparaban para reasumir la contienda. Ambos ofrecían, en su alianza, ventajas e inconvenientes. Era el momento de estudiar serenamente unas y otros, y hecho esto, modelar toda la vida nacional para resistir con las mayores probabilidades de éxito la inminente ventisca. Inglaterra garantizaría el comercio trasatlántico del que dependía el equilibrio de la economía peninsular; serviría, también, de apoyo para conservar sujetas a las colonias y para evitar cualquier peregrino albazo a Estados Unidos; podía, además, y si ello fuere necesario, reforzar los cofres españoles con libras contantes y sonantes. Traía como inconvenientes esta alianza: la furia napoleónica, una segura campaña sobre los Pirineos y la probable invasión del suelo patrio; secundaria, pero no despreciable, traía aparejada la antipatía que pueblo y gobierno tenían por todo lo británico. Francia, por su parte, garantizaría la frontera norte, coadyuvaría en una nueva campaña portuguesa y, quizás, protegería los remanentes italianos. Fuera de estos beneficios, todo lo demás era pasivo en su alianza: exigencias pecuniarias, marítimas, de tropas y de política poco conforme con los intereses hispanos ultramarinos. Era grave el dilema. Un estadista hubiese podido decidirse por la una o la otra alianza con iguales probabilidades de equivocarse. Pero una decisión, cualquiera que fuese, era necesaria. Tomada, podría ponerse en movimiento la consecuente política: si la anglófila, fortalecer a toda costa el ejército y hacerlo reverdecer laureles un tanto marchitos; si la anglófoba, olvidarse de la tierra y cual un gran cetáceo, jugarse su destino en la mar. Como aliado fiel y como pieza independiente en el rompecabezas europeo llegaría España a la paz final con intereses precisos, con amigos conscientes y con enemigos respetuosos.

De todo hallamos en estos años menos la alta política requerida. La escuadra no se abandona, pero —sobre todo en cuanto a marinería—, tampoco se fortalece. El ejército se aumenta un tanto: demasiado poco para hacerlo comparable con los demás europeos,

bastante para intranquilizar al gran Corso, quien ya desde antes desconfiaba de Godoy. No se preparan las alianzas, ni se aprestan los instrumentos bélicos. Nada se hace a fondo, y con el transcurso del tiempo, la deriva es tanto más peligrosa. Se ha afirmado que España estaba ligada por el tratado de San Ildefonso, y que Godoy no deseando cooperar con Francia, tampoco tuvo oportunidad de alejarse de ella. Verdad es que la oportunidad vino; pero cuando vino, no estaba preparado para aventajarse con ella. Hablo por supuesto de la cesión de la Luisiana a Estados Unidos.

El tratado de San Lorenzo había concedido derechos y consolidado situaciones. El valle del Misisipí sufría entonces una inmensa transformación, y tocar siquiera este andamiaje de fronteras y adicionales derechos equivalía a azuzar un avispero. Por errores de cálculo o fallas en la maquinaria administrativa esto fue lo que hizo España al suprimir, sin aparente razón, el derecho de depósito en el puerto de Nueva Orleáns. Desde luego supusieron los norteamericanos oscuros propósitos, y como no era tan secreto como se quisiera el segundo tratado de San Ildefonso, creyeron que el golpe venía de París. Poco tardaron en compaginarlo con la campaña que contra los heroicos haitianos dirigía Leclerq. Fue grande la inquietud y sólo a costa de muchas maniobras logró Jefferson que el legislativo estadunidense le concediera la oportunidad de negociar; con tal propósito envió a Francia al ministro James Monroe.

Tienen las negociaciones de Monroe y de Pinckney, y los sendos tratados resultantes, una cosa en común: el punto de vista norteamericano estaba concedido desde un principio. La contraparte europea se había ya determinado a ceder en cuanto al fondo; bastaba negociar sobre los detalles. Uno y otro plenipotenciarios lo hicieron con habilidad, y en cuanto a la Luisiana, adquirieron más territorios del que el gobierno de Washington había, aun en sus momentos más eufóricos, soñado con adquirir. Napoleón necesitaba fondos para sus empresas bélicas próximas ya. Para no amedrentar el renacimiento industrial francés, era aconsejable abstenerse de adicionales impuestos. Como buen jugador, se desprendió de lo menos para jugar lo más. En lugar de las pequeñas e insignificantes cesiones que hubieran satisfecho a Monroe, le propuso la venta total de la colonia mediante el pago de ochenta millones de francos oro, lo que éste, tras debatir sobre detalles, aceptó.

Nula era la venta: violaba expresamente la retrocesión pactada en el segundo tratado de San Ildefonso. Amplia la oportunidad para España: desprenderse, por violación al segundo, de las obligaciones contenidas en el primer tratado del mismo nombre. Sea por temor a las bien conocidas cóleras de Bonaparte, sea por lo complicado

de la madeja de la deuda con Francia, nada se atrevió a hacer el gobierno de Madrid. Empleó sí el arma superficial de las reclamaciones diplomáticas, más o menos acres, ante París y ante Washington. Y allí quedó todo.

Todo en cuanto a lo aparente. En lo geopolítico trajo consecuencias trascendentales. A las Floridas las dejó en una situación insostenible; consideradas las vigorosas ambiciones estadunidenses sería antes que después cuando a éstas las absorbería también la nueva nación. Una posible venta (como sugiere el propio marqués de Lema) y ante los graves peligros que confrontaba España, parecía en efecto aconsejable; de hecho, las perdió sin obtener nada en cambio. Ponía asimismo en peligro las grandes extensiones del medioeste y del Pacífico, y aunque Godoy se preocupó por fortalecer los presidios de Tejas con cuatro mil hombres, era eso una paletada y no un muro.

La gran guerra entre los dos colosos recurrió. Poco había hecho Godoy para tranquilizar totalmente al uno o prepararse contra el otro. Y como buque al garete que mueven libremente las corrientes y los vientos, desarbolado ya y carente de instrumentos de dirección, España había al final de ser víctima de los elementos.

El azoro con que Godoy recibió los problemas sucedáneos a las hostilidades sólo iguala a su imprevisión. Exigía Napoleón el cumplimiento del tratado de San Ildefonso; carecía España del deseo de usar argumentos de fondo, y se optó por las componendas. De aquel grupo de financieros que rondaban por París salió la idea de un subsidio mediante el cual el emperador dispensaría a la aliada el cumplimiento de sus obligaciones. La idea era falaz; no había tal neutralidad al ejecutar tales actos, sino una no beligerancia contraria a los enemigos de Napoleón. Éste, por otra parte, tenía todo que ganar, y aceptó tras negociaciones que parecen pura fórmula.

Receloso miraba Pitt los subsidios españoles. Si ellos dotaban al adversario de adicionales medios para hacer la guerra, mal podía aceptar quedarse cruzado de brazos. El caso de Portugal era para él distinto; aunque es cierto que también cubría un subsidio, la neutralidad lusitana de modo apenas velado favorecía a Inglaterra, y los pagos (por lo demás mucho menores) en nada perjudicaban a ésta. La coyuntura no tardó en presentarse: cual aves de presa varios buques británicos se abatieron sobre cuatro fragatas que confiadas en su neutralidad y cargadas de caudales, venían de las Indias. Un último episodio de la neutralidad española, por típico y por doloroso, no debe pasarse por alto; en él vemos a la gran nación regateando cual mercachifle sobre el cómputo, en cuanto a días, de lo que le faltaba cubrir a Francia como subsidio. Inútil resulta

agregar que Napoleón no perdonó ni un real, e inútil también subrayar la situación financiera extremadamente difícil en la que se encontraba ya la Península y que no haría sino agravarse con los años de cerrado bloqueo.

Por las incertidumbres de Godoy, por la audacia de Pitt, España se ve una vez más envuelta en la pugna. Eran grandes sus limitaciones bélicas; no obstante, daba a Napoleón una gran oportunidad: la de duplicar la parcial superioridad conseguida por la flota franco-española en la guerra terminada en 1783. Como entonces, Napoleón procuró ahora desviar la flota británica hacia las Antillas, aislarla —o si posible vencerla— en esas aguas; así, y una vez domeñado el canal de la Mancha, vivir su gran sueño: la reconstrucción de la epopeya de Guillermo de Normandía. Una alta prioridad recibió su marina, y no menos la de España. Su hombre peninsular fue Godoy: a él se dirige constantemente y con el propósito único de habilitar a la marina bélica española. Su correspondencia con el Príncipe de la Paz duplica la que conserva con su propio ministro de la marina, Décasés, y no sin razón se ha afirmado que Godoy actuó, en este período, como plenipotenciario napoleónico en los asuntos navales de la Península. Sea por la calidad del acicate, sea por aquel principado de los Algarbes que comienza a ser su preocupación dominante, a poco Godoy puso en condiciones navegables cuanto quedaba en España de buques de línea y de fragatas. Esta flota, la última carta marítima de su país, para la cual se había vaciado la antaño bien provista alacena, continuaba con serias deficiencias técnicas. No está en tela de juicio la calidad de los comandantes y el valor de la marinería; sí las fórmulas de combate y la propia estrategia naval. Aquí los españoles repetirán sus dolorosas experiencias: si hombre a hombre pueden compararse con los ingleses, buque a buque no había término de enlace. ¿Qué otra cosa podía resultar de órdenes en las que Godoy hablaba de "precaución prudente, confianza cauta y presteza en el momento"?

A su gran campaña de Austerlitz compaginó Napoleón la marítima que terminó en Trafalgar. Destinada aquella al éxito por sus geniales cualidades, ésta lo estaba al fracaso. Napoleón careció de un verdadero sentido de las dificultades de la mar y los grandes movimientos que calculó para alejar a los británicos de sus bases —y eventualmente destruirlos— nunca tuvieron oportunidad de encarnar. A este error capital se añade la dependencia en que puso, a toda la flota aliada, de un hombre mediocre; porque en Villeneuve se personifica su némesis, y, también, la de España.

Encierra el nombre de Trafalgar el arcano de las grandes derrotas. Lo fue para un país y para grandes marinos. Pero en su estela

trajo consecuencias por entonces imponderables, hoy cristalinas en el desenvolvimiento de la historia latinoamericana.

Puso España en esa flota cuantos grandes buques le quedaban. Las pérdidas de los franco-españoles fueron tremendas en hombres y material. Mas en tanto Francia se erguía colosal con sus continuadas victorias, no contaba España con ningún otro elemento estratégico que pudiera restaurar su prestigio. Las reservas marítimas no existían y las de tierra desde antes estaban por debajo de los requerimientos de una gran potencia. La derrota, por su peso y por la falta de resistencias, penetró hasta la médula del poderío español. Se había jugado el reino el todo restante y lo había perdido. Los mares no verán ya ondear los estandartes de sus orgullosas flotas y quedaban rotas sus comunicaciones con las Indias en caso de hostilidades. El medio de decidir, por sí sola, qué política seguir en ultramar, había desaparecido.

Trafalgar es una derrota definitiva, como no la fue la que sufriera la Armada Invencible. España siguió, después de ésta, como una gran potencia naval, y la victoria de las huestes isabelinas fue defensiva. No así Trafalgar. En el gran tablero de la era napoleónica no tenía España otra carta que jugar. Perdida ésta, nada había que pudiera hacerla temible a sus adversarios, deseable a sus aliados. Quedaban sus costas desguarnecidas, intocable Gibraltar, lejano e inaccesible el imperio.

Elimina Trafalgar el poderío marítimo español. ¿Y podemos suponer que no tendría fundamentales consecuencias en la evolución de su imperio? La historia nos muestra otras ocasiones en que una gran metrópoli perdió su rango dentro del perpetuo cambio de la sociedad europea. Inevitable consecuencia fue siempre que un gran sacudimiento atravesase todo el cuerpo político a ella agregado, que grandes cambios concomitantes se produjeran. Lo propio ocurrió con el imperio hispano a consecuencia de Trafalgar.

Las Indias, desde 1804 y por una década, quedaron militar y totalmente aisladas de España. En guerra la Metrópoli durante esos años, hubo América de resolver a su modo los problemas políticos que le llegaron a consecuencia de las conmociones napoleónicas. La Península no era ya capaz ni de recolectar caudales en tiempos bélicos como lo hiciera en 1799 Alcalá Galiano; y en tiempos de la alianza inglesa dependerá por fuerza del omnipresente poderío naval británico y de la voluntad de ese gobierno de coadyuvar —o al menos de no oponerse— a cualquier empresa que Cortes o Juntas propusieran.

El corte definitivo de las comunicaciones trasatlánticas de que dependía el bienestar español fue Trafalgar. Quedaron las colonias

abandonadas a sus propias fuerzas y expuestas a verdaderos intentos de invasión, los que hasta entonces —y por temor a esa misma flota que los tres primeros Borbones tanto cultivaran— no habían materializado. La Gran Bretaña no luchaba en esa guerra por la elusiva gloria; lo hacía por proteger y extender sus bien definidos intereses. No emprendía expediciones militares para emular al Corso sino para adquirir derechos o posesiones contantes y sonantes. Si antes —y salvo golpes de mano contra islas o plazas expuestas— se había abstenido, ahora emprende su primera (y única) gran expedición destinada a suplantar la soberanía española en América. Poco después de Trafalgar aparecen sus flotas frente al Río de la Plata, y durante un año sus soldados persistirán en su propósito de conquista. El heroísmo bonaerense los derrotó; pero España sólo acongojóse, pues nada podía ya hacer en pro de sus colonias.

La debilidad naval española aparece también como causa coadyuvante en la expedición de Miranda. Este prohombre había maniobrado y proyectado de años atrás. Desde 1796 conocía Pitt sus planes. Sin embargo, y con el tácito asentimiento británico, es sólo en 1806 —también después de Trafalgar— cuando se traslada a América; y desde Estados Unidos, desde Trinidad después, lanza sus escasas huestes. El temor de una potente flotilla que saliera quién sabe de dónde, había pasado. Inglaterra procura plantar su pabellón, se conmueve Hispanoamérica, consciente de su soledad, y se agitan los caudillos.

Este hecho político fundamental —el corte del cordón naval con la metrópoli a partir de 1805— pone los cimientos de nuestra guerra de independencia. Sin tenerlo en cuenta no se podrá entender el por qué de la forzada estrategia, para España primero y para los independientes después; de las limitaciones de la reconquista, del papel de la Santa Alianza y de las sucedáneas tesis de Canning y de Monroe; del genio de Bolívar. Impotente España para mantener la integridad de su imperio, por fuerza éste ha de escindirse. Después de Trafalgar la independencia latinoamericana era un hecho. Dependía sólo de su grado de evolución política, y ésta, iba a madurarse violenta y momentáneamente ante los napoleónicos zarpazos.

En América, abandono y desguarnecimiento se hicieron sentir poco a poco. La maquinaria colonial contaba casi con tres siglos de antigüedad; por su mismo alejamiento había desarrollado considerable autonomía y con apoyo en la habilidad de cada funcionario, siguió de momento casi impertérrita. Nada indicaba que se tocaba al principio del fin. Otras guerras hubo antaño; en ellas también las comunicaciones fueron difíciles o inexistentes; y en un

principio creyóse posible que ésta fuere una más entre esas conmociones violentas pero superficiales. Que tales y optimistas previsiones no encarnaran se debió a un conjunto de factores que al entrechocar, constituyeron el remolino dentro del cual nació nuestra independencia. El primero —en tiempo si no en importancia— fue la política que por entonces siguió España en América, cuyos cambios no poco contribuyeron a permitir la geométrica progresión de esas fuerzas centrífugas.

Godoy se estimaba como un liberal; no creía en un liberalismo ilustrado y despótico, como lo ejercitaron los grandes ministros de Carlos III; prefería uno que su sola etiqueta justificara. Decíase liberal porque no tenía formadas ideas precisas sobre ninguno de los grandes problemas políticos de su tiempo, y llamaba liberalismo a esa vacilación consecuente con su propia falta de convicciones. Con semejante base de sustentación criticó acremente la política que anteriores ministros siguieran con respecto al imperio, y sugirió, a su vez, cambios que en su superficialidad tampoco carecieron de finalismo.

Dictatorial e injusta le parece la política de Floridablanca. Quiere hacer olvidar a los americanos la famosa frase del marqués de Croix quien, en ocasión a las revueltas ocurridas por la expulsión de los jesuitas, con términos de extraordinaria dureza recordó a los súbditos del católico monarca que habían nacido para obedecer y callar. Imaginaba Godoy que América precisaba de formas administrativas más dúctiles, formas políticas menos despóticas. El símil que se ha empleado para describir la que fue su política americana es, en lo acertado, harto significativo: pueblos que han salido de la niñez y entrado en la adolescencia requieren que se les trate con mayores consideraciones, cual la media rienda con que se conduce a un caballo brioso y noble, en quien se confía, y que se encabrita en cambio si su jinete lo somete a una indebida presión.

Esta media rienda de Godoy no parece haber encarnado para América en medidas muy concretas; por lo demás, tampoco en España fructificó su liberalismo. El vicio de origen —el valimiento— se extiende a toda su administración, y sus propios favoritos explotan por todos lados los puestos públicos. Sus "Memorias" en cambio nos hablan de una solución de fondo que él dice haber presentado al monarca cuando detentaba el poder, pero que da la impresión de haber sido confeccionada durante las largas soledades del destierro. Según afirma, el proyecto de Aranda (afrancesado y poco benéfico a España), nunca fue apreciado en la Corte. Pero él, Godoy, auspició en cambio uno que conservando al monarca la integridad de sus dominios de ultramar, daba a éstos la indepen-

dencia media en que estribaba la fuerza del esquema primitivo. Godoy sugirió en consecuencia, que a título de príncipes regentes, Carlos IV enviara a América miembros de su real familia, y que para administrar esos reinos, en cada uno de ellos, se crearan sendos senados compuestos por mitad de peninsulares y de americanos. Creía con ello haber resuelto el gran problema, calificándolo como uno de buen gobierno y no de luces. Lo único que hizo, como en tantos otros de sus actos oficiales, fue descubrir el Mediterráneo.

La corrupción general del reinado y el consecuente debilitamiento de la maquinaria administrativa tuvieron su influencia. A la represión implacable de los Wall y de los Grimaldi sucedía la taxativa del valimiento. No tenían los americanos por qué temer tanto a la Metrópoli, pues para todo había componendas. En su centro mismo el poderío hispano dudaba de la bondad de sus omnímodas prerrogativas; se relajaban los lazos que unían a la Península con sus posesiones, y por ello mismo progresaban las ideas separatistas.

Tienen las comunidades humanas, como todo cuerpo, un límite de resistencia. Alcanzado éste, reaccionan. Pero la exitosa reacción parece requerir un mínimo de debilitamiento en esa foránea presión: los grandes movimientos revolucionarios ocurren no en la época de mayor tiranía, sino precisamente cuando la maquinaria oficial procura menguarla un tanto. Es entonces cuando todas las iras —contenidas de tiempo atrás—, todas las venganzas —insatisfechas aún—, estallan; y la liberalidad (llamémosla así) de la más reciente política concluye por provocar la revuelta que anhelara evitar. Así ocurrió en América al principio del decimonono: con la media rienda de Godoy, en seguimiento del estricto despotismo de Carlos III, pudieron con mayor ímpetu reproducirse y propagarse las causas e ideas que darían origen a su independencia.

Afirma Godoy que a consecuencia de su sabia política colonial no ocurrieron revueltas. Algunas hubo, sin embargo. Y tienen su mensaje. Nos hablan de grandes masas de población hasta entonces inertes que adquieren conciencia de su ser. A diferencia de las ocurridas bajo Carlos III —sin duda por la brutalidad misma de la represión contra los aborígenes—, son otras capas sociales las que ahora se muestran intranquilas. Las revueltas contra el mal gobierno continúan. Se trata de un fenómeno coetáneo al imperio español en América. La carga metropolitana llega a veces a ser insoportable, y ayunos de una doctrina política trascendente, hombres de cualquier raza y extracción social se lanzan contra las autoridades. No procuraban más que mejorar sus condiciones de vida; por lo general sólo alcanzaron la picota. Tal ocurrió con la rebelión llamada del Socorro, que antedata un poco el actual reinado. Contemporánea

con la de Túpac-Amaru, protestó las nuevas cargas que el visitador Gutiérrez de Piñeres gravó a la Nueva Granada. Las hastiadas muchedumbres, acaudilladas por los criollos Berbeo y Galán, impusieron sus condiciones a una autoridad, que capituló vergonzosa, en Santa Fe de Bogotá. Mas llegaron refuerzos: también de acuerdo con la más pura tradición colonial se olvidaron promesas, se hizo escarnio de los rebeldes, se reimpuso el despotismo con toda su fuerza. Nueve años después (en 1801) y en el Cuzco, otro grupo encabezado por Aguilar y por Ugalde siguió la vieja querencia: protestar con las armas contra un gobierno de tiranía insoportable. Tampoco varió la tradición, y la secuela de ejecuciones y arbitrariedades continuó.

La población negra, en estos años y en Venezuela, muestra una singular intranquilidad. Dejemos sin mencionar las variadas revueltas de negros cimarrones o bozales, que más pueden explicarse como humana reacción doquiera que exista la esclavitud. Pero la de los negros de Coro, que terminó con la decapitación en 1795 de siete de sus cabecillas y el ajusticiamiento del principal en Caracas (José Chirinos), tiene características perdurables. Esclavos y libertos han bebido en la fuente ubérrima de las ideas revolucionarias: la desigualdad social que tanto los perjudica les parece insostenible; la "ley de los franceses" los deslumbra; a su frente tienen el ejemplo de la victoriosa revuelta de los negros haitianos. No es tiempo de dudar, y con fuerzas nimias y con esperanzas muchas —sin darse cuenta de que constituían en Venezuela menos de la octava parte de la población, y no como en Haití la omnipresente mayoría— se arrojan de lleno contra las fauces del poderío colonial. En la demanda perecieron algunos, en renovada miseria vegetaron los demás. Pero dejaron su impronta: la ductilidad de esta masa de esclavos a las ideas de libertad y fraternidad; el deseo de formar república y eximirse de las reales contribuciones —como simplistas a la par que realistas lo expresaron en su programa de gobierno— y no menos, la posibilidad de una guerra de castas en Hispanoamérica.

Intranquilo estaba el ínfimo proletariado del campo, el formado por los esclavos. No menos lo estaba el de las ciudades: En la conspiración llamada "de los machetes" hallamos en efecto un relevante ejemplo de la acción, políticamente consciente, del proletariado de las grandes urbes latinoamericanas. Pequeñísima por el número de sus fautores, sin consecuencia alguna en cuanto al orden del virreinato de la Nueva España donde ocurrió, tiene sin embargo la realidad de un ensueño. Los trece infelices que mandó apresar el vigilante conde de Revillagigedo no tenían idea de lo que era un

gobierno; los problemas de una revolución los columbraban muy de lejos: ni armas, ni cómplices, ni conexiones. Pero hay sin embargo un sentido finalista en su sacrificio: la idea misma de lanzarse contra el poder colonial, en uso de sus solos machetes (armas bien americanas por cierto), es altamente significativa. Y en su escueto programa político hallamos muchos de los elementos que hemos de ver resueltos antes de alcanzar Hispanoamérica su independencia. Existe entre ellos un sentido nacionalista: se invoca como patrona a la Virgen de Guadalupe procurando renovar la alianza con la religión y en contra de la tiranía colonial. A esto se une un sentido anti-colonialista que antecede a otros y más felices desarrollos; porque aquellos inconscientes precursores hablaron ya de eliminar a los "gachupines" como medio para reorganizar a su país. No faltaron tampoco elementos democráticos: una vez triunfante la revuelta, se convocaría al pueblo para que decidiese su futura forma de gobierno. Viejas intranquilidades y antiguos conflictos raciales adquieren una forma novedosa que precisamente por su simplicidad nos impresiona. Aquellos guardas de plaza, relojeros y plateros que confiaron en sus machetes intuyeron —mejor que muchos, más preparados que ellos— cuales eran los elementos torales a cuyo alrededor habría de nacer la independencia.

Otra parte de la población también principia a alterarse por estos tiempos: la aristocracia criolla. Contra los esfuerzos aborígenes, contra los que protestan por la pesada carga administrativa, los vemos unidos —en grupo— con la maquinaria imperial. La dureza de la represión contra estas primeras revueltas populares en gran parte proviene de su propio temor. Querían ya desprenderse de la tutela española, pero no para entregarse a una mayoría de color a la que menospreciaban. Su deseo era conservar el estatuto social de la colonia, suprimiendo simple y llanamente la capa superior (la de los funcionarios metropolitanos). Algunos, que veían más allá, cavilaban sobre cómo conseguir lo que parecía edificado sobre tan precario equilibrio; los otros, menos perspicaces, más conformes con la tradición, a toda costa desean la permanencia de la liga con España. Sin ella se sienten perdidos, cual intrusos en peligro de ser anonadados por la que llaman "canalla", a la que desprecian y a la que temen. Persuadidos de la bondad de la independencia, procurarán alcanzarla solos, sin que la lucha penetre hasta las grandes masas de la población llamada de color.

Pero han llegado los vientos de fronda. Constituyen los criollos casi la tercera parte de la población de Venezuela; poseen casi la totalidad de las riquezas agropecuarias que las reformas carlinas han permitido atesorar. Anhelantes ya, suspiran por asumir poder

y responsabilidades. Los presupuestos del pensar político dejan de ser entre ellos el respeto al monarca, la sumisión a su voluntad omnímoda. El rumor que Francia convirtió en frenético alarido encuentra en Hispanoamérica oídos perspicaces y mentes predispuestas. Tal como la aristocracia peninsular, la criolla lee, entiende y pone en práctica a los enciclopedistas; pero si aquéllos tuvieron un despotismo ilustrado para ejercitarlo, éstos resienten el solo despotismo, el cual adquiere por entonces la calidad de extranjero. Y la trabazón de ideales, anhelos y críticas que han de constituir la idea cenital de la independencia, aparece.

Los diversos factores se dan cita en Venezuela. Es allí donde encontramos, en estos últimos años del XVIII, ese maravilloso crisol que en la generación subsiguiente ha de producir la portentosa quintaesencia. Y es en La Guaira donde primero se reúnen. Escala en los viajes de buques franceses que iban o venían de las Antillas, remanso para los maltrechos intereses españoles en ese mismo archipiélago, era el puerto un mundillo en el que existía un perenne fermento de intranquilidad y revolucionismo. A él se unieron el genio de los dos malogrados dirigentes criollos que dieron su nombre a la conspiración y su sangre a la patria: Gual y España.

Al fermento general y a la intranquilidad específica de un grupo de criollos de la aristocracia agrícola, vino a dar conciencia y sentido el enciclopedismo español. Picornell el mallorquino, y otros varios con él implicados en la trama llamada de San Blas, habían en efecto conspirado para derrocar al poderío real. Capturados, su condena fue la prisión en las mazmorras de varios fuertes americanos. Por razones que la historia no precisa —fruto sin duda de la propia fortuna, que labraba ya el pedestal que tendría Venezuela— no llegaron a sus predispuestas prisiones; aquél primero, sus compañeros después, recalaron todos en La Guaira.

La comunidad de ideas enciclopedistas, la aureola del martirio, la indiscutible capacidad mental confirieron a Picornell el carácter de director intelectual de lo que después de su llegada se convirtió en incipiente revolución. La precipitada fuga de los españoles presos, las inevitables indiscreciones en una empresa de ese género pusieron sobre aviso al capitán general Carbonell. La captura de casi todos los implicados no se hizo esperar; escaparon los dos cabecillas, pero por poco tiempo: España después de breve exilio volvió a su hogar para verse ajusticiado con todo el formalismo que el nuevo y activo capitán general (Guevara Vasconcelos) reservaba para los reos de alta traición; Gual por su parte murió envenenado en Trinidad, no sabemos si a manos de un traidor o como efecto de sus propios infortunios.

No hay para qué subrayar las consecuencias inmediatas de la revuelta. Varían un ápice la línea de represión fijada por la metrópoli. Y salvo una pausa de honor para los muertos en loor del patrio ideal, corresponde reseñar lo trascendente en la fallida revuelta. Varias causas contribuyeron a hacerla memorable: además de la ligazón entre los elementos dispares que originaron la independencia, que hemos referido; además de lo significativo de su histórica conjunción en Venezuela, es notable por los motivos mismos de su fracaso, por los subsecuentes lazos que algunos de sus partícipes tuvieron con el Libertador.

Hay autor que ha creído entrever en la conspiración guaireña planes trazados, y proyectados más cumplidamente, que los del 19 de abril. Es claro que la España de 1799 no era la de 1810; también lo es que nada habría detenido a los patriotas en aquella fecha si su sino hubiese sido la independencia. Por ello creemos que su fracaso se debió a motivos otros que la sazón en la cual se rebelaron. La verdad causal se encuentra más bien en el carácter disímbolo de los elementos que superficialmente parecieron unirse en 1799. Tenían todos ellos intereses diversos; ofuscados por su virtual alianza, no quisieron percatarse de ello. Los españoles no querían la independencia: deseaban una república española, mal definida quizá, pero que ni en un ápice se apartaría de su perínclito carácter metropolitano. Los varios documentos salidos de la pluma de Picornell, dictados por la musa de Cortés Campomanes, nos lo reiteran a cada paso: enciclopedismo, que no americanismo. Los conspiradores de San Blas no procuraban debilitar al imperio, sino variar su estructura gubernativa. Si posible con mayor claridad aún, este principio nos lo expresa Sebastián Andrés, uno de los compañeros de Picornell. Éste y aquél se hallaban en Caracas cuando la primera república venezolana daba sus pasos iniciales. Ofreció el gobierno a Andrés el honroso cargo de director de la Academia militar de matemáticas, puesto que no aceptó el viejo revolucionario. Y las razones que adujo son fundamentales: porque su negativa estriba en que no deseaba "tomar parte en un gobierno que marchaba contra los intereses de su patria, España". A la hora buena, los revolucionarios españoles eran más españoles que revolucionarios.

Los infinitos problemas que implica el rompimiento del yugo colonial se esbozan apenas; mal podían decirse resueltos con la optimista adopción de la escarapela cuadricolor que imaginaran Gual y España. Allí encontramos, campeantes, la superioridad real y ficticia de los "mantuanos" sobre las otras castas; la antipatía con que éstas la reciprocaban; la insalvable distancia que separaba al esclavo del libre; los celos provincianos y, más que nada, la con-

fusión que bajo la categoría de blancos se hacía entre criollos y peninsulares. Cada una de estas contradicciones habría por fuerza de resolverse; y la sangre venezolana correrá a torrentes antes de abrirse paso hacia la libertad por entre los peñascos de los intereses tradicionales y de la incomprensión colonialista. Para 1799 ni siquiera se creía necesario que corriera la sangre; mal podía florecer el árbol de la libertad.

Movimientos interiores, cual los del ser próximo a nacer, se observan con insistencia en esos años. Pero a este mundo latinoamericano que comienza a pugnar por expresarse lo acechan enemigos externos. Estados Unidos, más ambiciosos entonces que capaces, de sobra tienen con la Luisiana y con el futuro de las Floridas. Francia se ocupa por entero en su gran lucha continental y Holanda ha dejado de ser un poder colonial americano. Queda Inglaterra, la cual se dispone a sustituir a España en el predominio del Nuevo Mundo.

De tiempo atrás habían soñado los gabinetes londinenses con suplantar al español en las Indias. Pero frente a la mampostería de la construcción de frailes y conquistadores, hasta ocurrido Trafalgar se pudo pensar en semejante empresa. Miranda había sido un instrumento útil para amedrentar a España durante el siglo XVIII; en el decimonono se convierte en uno de coacción. Y con apoyo en sus planes, directa o indirectamente, se lanza Inglaterra a la que se antoja como una gigantesca operación de pinzas. Por un lado, Miranda que desembarca en Venezuela. Cierto que lo hace como caudillo independiente, pero cuenta con y cree en el apoyo británico, el que Cochrane (quien aparece entonces en nuestra historia) no le negará desde Trinidad. Por el otro extremo, sobre el Río de la Plata, una expedición que sale de Sudáfrica y que conduce Sir Home Popham. Uno y otro (parece) actuaron sin órdenes inmediatas del gobierno inglés; pero los planes habían sido elaborados con conocimiento de éste, y se desprende el consenso de dejar solos a los actores para sacar provecho después.

Fracasó la expedición de Miranda. En sus dos desembarcos (Ocumare y la Vela de Coro, marzo y agosto de 1806), hubo a no dudarlo un claro movimiento de opinión en su contra. Auxiliares no los encontró, pero en cambio le sobraron enemigos. Criollos y gentes de color tenían coincidentes motivos para oponérsele: aquéllos porque no deseaban cambiar una metrópoli por otra; éstos, porque odiaban todo lo que era o parecía inglés. El Precursor se había europeizado; las nuevas corrientes que predominaban en su patria y en América le eran desconocidas: los ideales de Miranda no lo eran ya para los que se alistaron en su contra.

Las derrotas de Miranda tuvieron carácter local. Las pocas fuerzas que trajo consigo, los movimientos de la milicia venezolana y la facilidad misma de su derrota no hicieron repercutir el fenómeno. En cambio los acontecimientos de Buenos Aires gozaron de trascendencia continental. Sorprendió a Buenos Aires la expedición de Popham en 1806. Retiróse el virrey Sobremonte, abandonó el vecindario y solo de lejos consideró las operaciones de reconquista. Dio pues lugar a que con el apoyo de Huidobro en Montevideo, viniera al margen derecho del Plata don Santiago Liniers, francés al servicio de España, que organizó la contraofensiva; y en agosto de ese mismo año de 1806 infligió cruel y decisiva derrota a las huestes que conducía el inglés Beresford.

Grandes ilusiones se había forjado el comercio londinense sobre los efectos de la captura de Buenos Aires. Y el gobierno tampoco se preocupó mucho de indagar la autoridad de los expedicionarios en tanto los acompañó el éxito. De allí que unos y otros reaccionaran vocal y violentamente ante las noticias de la derrota, y que se decidiera sostener el honor de las armas inglesas con una segunda expedición, bien pertrechada, fuerte de doce mil hombres, que condujeron el almirante Murray, los generales Crawford y Auchmunty. Lograron apoderarse de Montevideo; desde allí, cruzando a su vez el río, marcharon sobre Buenos Aires sólo para encontrarse con la defensa de Liniers, tan eficaz como lo había sido su anterior ofensiva. Los doce mil ingleses fracasaron ante Buenos Aires; por medio de una capitulación honrosa sí, pero profundamente oprobiosa para los británicos, en julio de 1807, con hombres, armas y bagajes se retiraron de ambas márgenes del Plata. Gran alegría causó esta noticia en España y entre los enemigos de Inglaterra; Napoleón mismo felicitó a Carlos IV por la victoria alcanzada por sus armas sobre la común y odiada rival.

¿Pero eran realmente las armas carlinas las victoriosas? Incapaz de cruzar el Atlántico en son de guerra, España en nada contribuyó a semejante victoria. Fueron los ciudadanos de Buenos Aires los que, con odio profundo a todo lo inglés —como notaron los propios invasores—, combatieron con su corazón y arrojaron al que consideraron intruso. Hasta qué punto defendían sus hogares y tierras, hasta qué punto ellos y los pamperos (que ofrecieron sus auxilios a Liniers en contra de los "colorados") luchaban en defensa del lejano monarca, no queda muy en claro. Pero cabía la ficción de la unidad y la gran victoria lo fue también de España. Al general victorioso, como en la Roma imperial, se le unge como personificación del poder central, y queda Liniers como virrey. El imperio parecía reforzado con este insigne hecho de armas, y

Carlos podía congratularse de que las derrotas que Inglaterra infligiera a su padre durante la guerra de los siete años no se repitieron. De aceptar lo anterior, pecaríamos, sin embargo, de la más absoluta superficialidad.

Una y otra vez, con cierta razón, se ha insistido sobre la influencia del ejemplo estadunidense en la independencia de Latinoamérica. En cambio, ¿hemos de creer que la gloriosa victoria alcanzada en Buenos Aires sobre una de las grandes potencias pasó sin consecuencias? Al saberse la noticia de los triunfos en el Plata recorrió a América un estremecimiento de gozo. Los habitantes de una capital americana, sin otra ayuda que la propia, habían podido rechazar una invasión, perfectamente pertrechada, que enviara la Gran Bretaña. Luego era posible defensa semejante; luego la necesidad de España como escudo ante la Europa era otro mito; luego la independencia era una eventualidad preñada de verídicas consecuencias.

Extrema importancia debemos atribuir a estas victorias bajo Liniers: equivalen a una clarinada en la lucha común contra el único poder que pudiera reemplazar a España; convencen al Reino Unido que el desgranamiento del imperio español no significará un acrecentamiento del propio. Verdad es que Miranda continuó proyectando, y que esta vez el gobierno británico nombró como su contraparte nada menos que al futuro duque de Wellington. Verdad también que en ocasiones la querencia adquisitiva será fuerte, y que años después Albión manejará aún la idea de consolidar aquel mítico reino de los Mosquitos para controlar la ruta de un canal interoceánico. Pero en el fondo la derrota fue decisiva. A partir de entonces, olvidando el ofendido orgullo, aprendiendo de pasadas experiencias, siguiendo en fin su clásica y pragmática política, Albión se preocupará porque Hispanoamérica logre su independencia. Ella también se ha dado cuenta que el fermento existente ya no permite la sustitución de un colonialismo por otro; que la única fórmula aceptable para los hispanoamericanos es la independencia. Y adquirida esta convicción, sin por ello auxiliar nuestra causa, nos rendirá sin embargo señalados servicios.

Estos deseos de independencia se fortalecen aún más por el crecimiento económico de las colonias, efecto de las reformas carlinas. A poblaciones acostumbradas a la riqueza les causó enorme malestar y grandes perjuicios la continuada guerra contra Inglaterra. Sin el comercio intercolonial y trasatlántico no podían ya vivir, y no estaban dispuestas a aceptar que una lejana metrópoli, por razones que no entendían y en las que tampoco participaban, les impidiera sus lucrativas empresas y su contenido desarrollo. A las ideas de independencia se aunaban fuertes intereses económicos.

Durante estos años se siguió un constante comercio de contrabando con la Gran Bretaña; este intercambio era apenas atemperado por autoridades más conscientes de sus realidades que de las lejanas ordenanzas metropolitanas. Suspenderlo hubiera sido el caos. Y mientras más duraba la guerra contra Inglaterra más se desarrollaba éste, y más adquiría el carácter de una adicional —pero no menos importante— causa contraria a la tutela española. Recordemos que casi la mitad del reinado de Carlos IV se pasó en guerra contra Albión; a éste, había de seguir otro período de seis años en que España apenas y pudo cumplir sus más altas funciones coloniales; comprenderemos entonces el abismo que separaba a economías en pleno desarrollo de una metrópoli incapaz —material primero, políticamente después—, de satisfacerlas.

La magnitud de la derrota de Trafalgar la reconocieron todos: los españoles con tristeza, gozosos los británicos, con rabia los franceses. Como Austerlitz, traía en su pos multitud de nuevos elementos políticos que habían de encajar dentro del nuevo orden de cosas Para Europa entera, para España particularmente, grandes cambios eran indispensables.

Reafirma Albión, omnipotente en los siete mares, su arbitrario y efectivo bloqueo, aun a riesgo de obligar a los neutrales a arrojarse en brazos de Bonaparte. Un círculo de activos bajeles cubren las costas europeas, y por doquier procuran encontrar puntos débiles en la armadura del orgulloso César. Éste, por su parte, actúa de manera igual y contraria. Con una idea tan genial como irrealizable establece un contrabloqueo, con las mismas arbitrariedades inglesas con mucho mayores peligros. Parécenos asistir a una lucha de época pretéritas en que dos colosales animales, marino el uno, terrícola el segundo, sin salir de su elemento natural procuran anonadar a contrario.

Un realineamiento de las alianzas, temporal al menos, sigue a la derrota de la Tercera Coalición. Queda Europa postrada a los pies del coloso, y España —la que ya no tiene su gran marina, la que no ha contribuido con tropas a las insignes victorias, la que no ha podido cubrir los arbitrarios subsidios que le han sido arrancados— se pregunta por qué no se la toma en cuenta.

Pasmado queda uno ante la absoluta inconsciencia de Godoy Permanece impávido ante Trafalgar; pero no con estoicismo o heroísmo sino con el embrutecimiento propio a su valimiento. Trafalga para él careció de importancia; incluso no la estima como derrot y convence a los monarcas que le concedan (con sus cuantioso emolumentos por supuesto) el adicional título de almirante. En su comunicaciones oficiales se tildará desde entonces con los rimbom

bantes dictados del "Serenísimo Príncipe, Generalísimo, Almirante". Que su patria haya pagado cada uno de ellos con indignidades sin número y con la sangre y tesoros de sus hijos, poco le importa. Cual el grajo de la fábula se pavonea erizado de ajenas plumas. Ni él ni la Corte desean más.

Igual ceguedad demuestra en cuanto a los imprescindibles cambios políticos. Sigue considerando a España como una potente aliada del Corso y se sorprende —más aún, se ofende profundamente— cuando sus opiniones sobre la guerra y la paz ni siquiera se solicitan. No podía concebir que la pérdida de otros cuantos buques —de tantos que había ya despilfarrado— variaran su posición y la de España. Y con este motivo, cae en una serie de profundos errores fatales para él y para el país que tan injustamente tuviera que soportarlo.

Dilaciones, contemporizaciones y un alejamiento gradual de la contienda eran a todas luces deseables. Aconsejable en especial una tácita modificación de la alianza francesa que permitiera a España demostrar la mucha repulsión con la que se veía atada al carro del victorioso César, los graves escrúpulos con los que perjudicaba a sus enemigos nominales. Mas nada de esto parece adecuado a nuestro Príncipe. Cree seguir siendo uno de los grandes factores europeos; quiere seguir desempeñando un papel principal: por sus continuados anhelos al principado de los Algarves, por su creencia de que robustecerá su influencia mediante una nueva guerra contra Portugal. En vez de usar de un prudente mimetismo, satisfecho de que el Corso dirija esfuerzos y ejércitos al Norte de Europa, trata por el contrario de atraerlos hacia el Sur. No se percata de los inmensos peligros implícitos en su política: lo que la nueva contienda significará para la ya bamboleante economía española; lo que podrán hacer los poderosos cuerpos de ejército franceses que a guisa de aliados seguramente entrarán en España para evitar la repetición del tratado de Badajoz. Y los compromisos derivados de este instrumento —nada menos que salvaguardar la integridad portuguesa— los echa Godoy en olvido con gran cinismo. Tal pareciera que sus títulos de generalísimo y de almirante, cual ganados en buena lid, lo incitaran a obtener nuevos lauros.

Insiste Izquierdo, desde París, en que se lleve a cabo la expedición contra Portugal. Ni él ni Godoy parecen comprender que Napoleón se interesará en ella cuándo y cómo convenga a sus intereses imperiales. España no le merece mayor consideración; hasta Godoy —que no puede ser ministro de una marina ya inexistente— carece de paciencia. Agreguemos a esto que la diplomacia lusitana actuó con suma habilidad y no poco aceite de plata; contó pues

con defensores obstinados en la corte imperial, y bien poco adelantaron las ambiciones y los deseos del Príncipe de la Paz. Pero nuestro hombre no se amilana fácilmente. Si Napoleón se negaba a escucharlo, si los intereses peninsulares no le merecían una atención preferente, él lo haría cambiar de idea. Se trazó entonces un plan de acción cuyo único calificativo es el de suicida. España, que contra viento y marea había seguido a la Francia revolucionaria e imperial, que había por ella sacrificado finanzas, marina e imperio, decide en 1806 cambiar de frente. Por razones que no llegamos a percibir, Godoy cree que las fortunas del Corso van en descenso y juega a la baja. Sus conversaciones con los enviados ruso y prusiano son íntimas y largas; sus indirectas insinuaciones a Inglaterra, frecuentes; prepara para un momento propicio —que considera muy próximo— el abandono de la alianza francesa y la unión con los enemigos de Bonaparte.

Para llevar a cabo tan delicada maniobra precisábase de un talento diplomático excepcional. Godoy nunca llegó a desprenderse de la convicción de que los argumentos que María Luisa aceptaba y elogiaba valieran por igual a ojos de otros hombres. Tuvo pues la torpeza del novato; todos sus movimientos en poco tiempo fueron descubiertos por los franceses, conocidos por Napoleón. La ira de éste, contenida aún, aparece intermitentemente en esos años. Una y varias veces insiste en que Godoy sea separado del poder: conoce a fondo el doble juego del valido, pretende aún dividir los intereses de éste de la suerte de España. Que la corte volviera a inclinarse ante todas las exigencias napoleónicas excepto la desgracia de Godoy, tuvo que confirmarlo en su idea prístina; creyó pues que Godoy contaba en todo con el apoyo del monarca, que su política era española y no personal. Y la idea de derribar esta otra rama del carcomido árbol dinástico, comenzó a germinar en su prodigiosa cuanto temible mente.

Con sin igual desacierto escogió Godoy la Cuarta Coalición para declararse en contra de Napoleón. Tanto le había hablado el ministro prusiano de las fuerzas militares de su nación, tanto creía en las tácticas (ya obsoletas) del gran Federico, que no dudó del resultado de la contienda. El momento de cambiar de careta ha llegado; pero aún entonces lo hace en esa forma equívoca que le fue congénita. Lanza el 6 de octubre de 1806 un manifiesto, llamando a la nación a las armas contra un enemigo que no se define, pero que sólo puede ser Francia. Los españoles entendieron el manifiesto como debía entenderse, y se prepararon gustosos a una guerra contra el Imperio francés. Demasiado sentían en su propia carne los graves inconvenientes que la alianza traía aparejados, y con la intui-

ción que les es propia pensaban beneficiarse de todo golpe de timón, sobre todo uno que restableciera el comercio con las Indias. Los coaligados, por su parte, se fijaron más en sus equívocos términos; y si Godoy había menester para su nueva política de un franco apoyo de su parte, por los términos mismos de su manifiesto no pudo conseguirlo. Tampoco podía escaparse a la visión del César lo que el manifiesto significaba; pero por el momento prefirió disimular su ira, y aceptar en cambio las serviles explicaciones que a poco le ofreció Godoy. Tuvo éste la diabólica suerte de que su manifiesto coincidiera con las grandes victorias de Jena y Auerstaedt, que precediera apenas la toma de Berlín. Él, que había confiado en la derrota del coloso, lo encontraba ahora más encumbrado que nunca. Y su temor, las rastreras medidas que adoptó para hacer olvidar su traición al aliado, sólo se equiparan a su imprevisión original. ¡Pobre España, nunca tan mal servida, nunca en mayor peligro!

Como válidas aceptó Napoleón las excusas. Con el disimulo que tan bien le servía se contentó con pedir al aliado auxilios más precisos: el envío del cuerpo expedicionario que llevó al Elba el marqués de la Romana; el desguarnecimiento del reino de Etruria; la custodia —que no llegó a efectuarse— de prisioneros prusianos. Incluso pareció dar mayor importancia al proyecto portugués, y a poco Godoy e Izquierdo se congratulaban porque todo se había olvidado y sus apetencias marchaban viento en popa. En realidad no había tal. Aún no cegado por su delirio, Bonaparte se percataba del grave peligro implícito en guerrear a la vez en los dos extremos de su imperio. Los asuntos ibéricos sólo podían seguir a un arreglo general con Rusia, el cual ocurrió en la famosa entrevista de Tilsitt. Libre en el norte, dirigió su mirada hacia el sur; desde entonces observamos un incremento en su interés, un aumento en sus preparativos. En cuanto a Portugal, a poco fructificarán en el tratado Duroc-Izquierdo, el cual fijó las condiciones en que se haría, y finiquitaría, la nueva guerra.

Creyendo permanentes sus arreglos con el Zar, Napoleón hace un último y gran esfuerzo para estrangular a Inglaterra. Por medio de sus capitales decretos de Berlín y de Milán cierra hasta el último resquicio que aún quedaba abierto a su odiada bandera. Si Europa fuese el mundo, quizá esos decretos hubiesen significado el triunfo; dejando intacto —por necesidad— el comercio con América y con el Oriente, sólo lograron aherrojar con el bando contrario a los países europeos que a regañadientes soportaron la nueva presión de la bota napoleónica. Adicionales perjuicios sufrió España al tener que reforzar sus prohibiciones de comerciar con el Reino Unido

y que abstenerse de recibir buques suecos. Dichos decretos dieron pie para que Napoleón requiriera a Portugal; pretendía que rompiese con Inglaterra y se sumase al bloqueo. La familiar secuencia de verbales abusos, amenazas, ultimátumes, rechazo de la aquiescencia del débil (por definición siempre tardía), y la violencia final se suceden en esta ocasión. Ante los esfuerzos combinados —mal ejecutados y peor acoplados por cierto— de los franco-españoles, cae Lisboa; entre tanto, y salvándose apenas, bajo protección inglesa se embarca la corte lusitana para el Brasil. Sin hallar oposición las tropas invasoras se extienden por todo el territorio.

El tratado Duroc-Izquierdo dividía el reino lusitano en tres partes: la una para Godoy, la otra en compensación al heredero de Etruria, la central para Napoleón. Pero la fuerza con la que éste se engreía, su pobre opinión de España, su desprecio por el que consideraba un mal aliado y sus ambiciones dinásticas, le hicieron caer en la trampa que casualmente le pusieron las lamentables diferencias entre Carlos y su hijo Fernando. La conquista de Portugal fue un pretexto para que Bonaparte llenara de tropas a la propia España; que éstas se comportaron como conquistadoras y no como aliadas, está fuera de duda. Que había decidido establecer sus relaciones con la aliada inútil sobre otras bases, tampoco está sujeto a discusión. El elemento valorativo entra con respecto al momento en que el Corso decidió expulsar a los Borbones españoles y reemplazarlos con un miembro de su propia casa. No han faltado opiniones que afirman que ante sus crecientes dificultades con el monarca ruso, quería ganar la partida en Moscú mediante sus victorias en España. Seguía así su destino perpetuamente fugitivo: poco tiempo después tratará, también en vano, de ganar la guerra española por medio de una victoria en las estepas moscovitas. Y el dilema fatal de vencer para fortalecerse, y de fortalecerse para vencer, lo perseguirá hasta Waterloo. De un modo o de otro, dista mucho de ser sencillo el problema de determinar cuándo se decidió el César por la conquista. El más somero estudio nos revela cómo se agolpan diferentes intereses, proyectos opuestos y hasta contradictorios. La impresión remanente es que el propio Bonaparte dejó mucho a las circunstancias, y que fueron ellas las que a fin de cuentas motivaron su tremendo error.

Dos desviaciones fundamentales se observan en el silogismo napoleónico respecto a la expedición española: el valer de sus fuerzas, la resistencia que encontrarían. En cuanto al primero, la campaña de Junot contra Portugal había señalado la calidad paupérrima de las tropas bisoñas y de las levas adelantadas. En cuanto a la segunda (que derivaba de su propia y general incomprensión de España

y de sus problemas), ignoraba voluntariamente el ejército que, con todo, quedaba al gobierno de Madrid, y el carácter de las guerrillas —aparecidas desde la guerra del Rosellón—, creyéndolas iguales a las egipcias o a las calabresas. El emperador pensó tener a la Península en la palma de la mano cuando en verdad ni siquiera abarcaba las ciudades ocupadas por sus tropas. Éstas habían sido bien recibidas porque mediaban en la callada guerra en que pueblo y heredero procuraban de consuno derribar a Godoy. La carta decisiva que el de Asturias y el de la Paz pretendieron jugar fue —y no podía ser otra— el apoyo de Napoleón. De allí que en la intriga participara el embajador francés Beauharnais (hermano de Josefina). Vino entonces el lamentable proceso del Escorial, que en sus efectos perniciosos sobre la monarquía española podemos comparar con el famoso "del collar" sobre la francesa. El perdón del príncipe de Asturias y la sentencia absolutoria para sus cómplices en nada acallaron ánimos ya sobreexcitados. Se creyó que Napoleón apoyaba a Fernando, y se aceptaron las numerosas tropas que por todas partes pululaban como sostenedoras de los derechos del heredero.

El número de las tropas ya en España y las plazas ocupadas por los franceses con los más fútiles pretextos o las más elusivas argucias no podían tranquilizar al generalísimo. Tampoco la vigilancia a que se tenía sometidas a sus fuerzas en Portugal, ni la negativa de Junot de dejarlas libres para volver a territorio español. Pero lo que llenó a Godoy de miedo pánico, y lo hizo ver (demasiado tarde por supuesto) que había jugado con fuego, fue la brusca y amenazadora forma como Napoleón desechó el tratado Duroc-Izquierdo. Entonces los soponcios y el apretar de manos; entonces el procurar a toda costa obtener condiciones viables para España, satisfactorias al coloso; entonces el sufrir lo que poco antes se impusiera a Portugal.

Desde fines de 1807 Napoleón condujo una predeterminada y feroz campaña destinada a poner en la mayor incertidumbre a la corte española, amedrentarla hasta sumirla en la inacción, colocarla en situación de ofrecer todo, para él después rehusarlo, y ya como personificación del destino, tomarlo todo a la fuerza. Eran medios de los que se había servido contra sus enemigos; ahora los empleaba contra un aliado. Quizá para él la diferencia era sólo cuestión del número de soldados disponibles; pero su conducta tuvo fatales repercusiones. El Zar observaba atentamente qué tratamiento le merecería Carlos. y al verlo despreciado de modo tan palpable, por sí solo sacó sus conclusiones. Otra reunión entre los dos emperadores fue posible sólo dentro de condiciones bien distintas, y en Erfurt

comenzó a cavarse el foso que sepultaría en sus nieves lo que fue el "gran ejército".

La desesperada misión de Izquierdo —quien contribuyó al pánico al traer un ultimátum en que Napoleón exigía la desmembración del reino—, la llegada de Murat y el anunciado viaje del Emperador convencieron a Godoy de que a costa de España se pretendía repetir la hazaña portuguesa. Ideó entonces imitar la réplica lusitana y trasladar la Corte a la Nueva España. En sí el proyecto era bueno; con mayor razón aún que Portugal podía afirmarse que la España del futuro era la americana. Mas por su ciego e inconsciente apoyo al valido, la Corona se había colocado en una situación insostenible. Ni Carlos ni Godoy contaban con la popularidad necesaria; los preparativos se tomaron como un pretexto para debilitar los derechos de Fernando; y estalló en su contra el motín de Aranjuez. La nación española quería luchar, con o sin armas, y no toleraba que sus monarcas la abandonaran. Deseaba caudillos, no pretextos para someterse. De allí la renuncia de Carlos y el advenimiento de Fernando.

Aranjuez dio a Napoleón una última oportunidad para salir con bien de su ya gravosa empresa: reconocer al nuevo monarca y explotar su alianza le hubiera sido honroso y de provecho. Lo tomó en cambio como un motivo más para destronar a aquellos odiados Borbones, ligar a España a sus intereses dinásticos, librarla de las que creía sus medievales amarras y lanzarla de lleno a la corriente del modernismo. Creyó que el pueblo español lo esperaba con ansia; olvidó por consiguiente que él ya no era el caudillo de la democracia, que el concepto de nación no era exclusivo a la Francia que fue revolucionaria. Llegan, pues, esos últimos días que preceden a la gran tormenta, en que las iniquidades del Corso se suceden ininterrumpidas: sus esotéricas órdenes a Murat, la misión de Savary para atraer a Fernando hasta Bayona, la presión ejercida sobre él y sobre los ancianos monarcas, el uso de la persona de Godoy, la corrupción de los consejeros del heredero al trono; toda la cábala de ardides indignos que llegaron a su cima con motivo del levantamiento del pueblo de Madrid contra los franceses.

Entonces tuvieron lugar las célebres renuncias: de Fernando a Carlos, de éste a Napoleón; todo nulo y vacuo en tanto se aplicaban patrones privados a materia de derecho público; todo fantasmagoría que nos revela hasta qué punto el César se hallaba ensimismado en su genio, hasta qué punto resultaba éste ya estéril. Para terminar su fatídica carrera, fue Godoy quien firmó con Duroc el tratado por medio del cual cedió Carlos su corona. El nombramiento

de José como rey de España siguió de muy cerca a tan indignos sucesos.

Cual compuestos de hidrargiro se movieron en Europa los napoleónicos ejércitos. Tras de sí, a su paso, dejaron caóticos surcos. De ellos, de su caos primario, surgieron fuerzas nuevas. Renovados sentir y espíritu gentilicios, con frecuencia reiniciaron las naciones, con nuevos bríos, su ruta hacia la grandeza. Más profundos fueron en España los surcos. El caos subsiguiente mayor aún. Se elevó la nación hasta nuevas alturas —las inmarcesibles del sacrificio común y conjunto—; pero ni en la comunidad europea ni en el conglomerado de imperiales naciones logró recobrar, como otras, su rango y posición.

Poco favorable para su resurgencia era la Europa en la que España se vio obligada a batallar. Campeaba el Corso por doquier; aliados no los hubo, salvo Inglaterra; y ella, combatió por sus objetivos y bajo sus propias condiciones. Desde el principio de la ofensiva peninsular los persistentes errores de Godoy y los acuerdos de Tilsitt y de Erfurt pusieron a España a la defensiva. La gigantesca tarea de la guerra de liberación se realizó —sólo pudo realizarse— defensivamente.

Una gran conmoción ha afectado al centro metropolitano; tiempo hacía que se desangraba, que languidecía económicamente, que carecía de objetivos dinásticos y de anhelos internacionales. La malhadada renuncia de los Borbones y el establecimiento de un gobierno usurpador aún más acentuaron su servidumbre. Contra Napoleón no contiende como una gran potencia en guerra contra otra: como un país que perdido su prestigio y su categoría, hace armas por conservar su propia existencia nacional y expulsar al usurpador extranjero. Semejante y fundamental cambio se mostrará pletórico en consecuencias con respecto al imperio.

Mal había servido Carlos a su país. Los veinte años de su gobierno mostraban pocas cosas benéficas; proliferáronse en cambio las medidas que debilitaron su gloriosa e imperial herencia. Mucho contribuyó el último acto de su reinado a finiquitar el patrimonio nacional. Porque mientras él y su consorte —por supuesto acompañados de Godoy— marchaban al pseudodorado y miserable exilio, a jirones caía la herencia de los Pinzones y de los Balboa.

El desperezamiento político de las diversas capas coloniales se había iniciado ya. Pero devino entonces el napoleónico meteoro que puso a España en estado de insurrección contra el gran poder continental. Al privarla de su categoría de gran potencia, obligó a Hispanoamérica a acelerar su ritmo evolutivo; ésta adquirió por entonces, como hito único e inmediato, el de su independencia.

No por lo que significó, sino por lo que hizo con respecto a la monarquía española, a Napoleón debe Hispanoamérica su impulso final hacia la emancipación.

Cortó Trafalgar las comunicaciones navales entre la metrópoli y sus colonias. La usurpación de José Bonaparte corta las ligas de preeminencia política sin las cuales todo imperio se ve minado en su base. Para 1808 han dejado de existir los presupuestos fundamentales que hacían posible el mantenimiento del colonialismo en el Nuevo Mundo: el poderío británico ha sido derrotado en Norteamérica y en el Plata; el gobierno portugués finca su futuro en América y se asienta en Rio de Janeiro; pierde España la supremacía militar y política, con lo que deja —en el sentido más extenso del vocablo— acéfalo a su imperio.

Hispanoamérica se halla en la orfandad política al terminar el reinado del cuarto de los Carlos. Sobre ella descansan grandes responsabilidades. Sola habrá de encarar su ventura, cualquiera que ésta sea. Y sola habrá de labrarla, en medio de las portentosas corrientes políticas que privan en un mundo trastornado por el huracán de las napoleónicas ambiciones.

2

Tiempo de juventud

SIETE, SON SIETE las generaciones de los Bolívar que han enraizado en Venezuela cuando nace, el 24 de julio de 1783, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios. Los varones de la familia, todos casados tarde, cubren doscientos años de crecimiento constante. El primero de ellos, Simón también, llega en 1589 entre los colonizadores y pronto se hace de tierras y encomiendas. Serán los Bolívar una de las buenas familias; pero sólo se codearán con las primeras cuando uno de los suyos acepte entroncar con la hija natural de un español cuya dote aportó enorme riqueza; y con ese adicional ascendiente, los Bolívar se convirtieron en una de las familias mantuanas (las que llevaban manto, las que constituían la crema y nata de la Capitanía General). Ese entronque, al que se le llamó con el tiempo el *nudo de la Marín,* trajo también lo suyo de sangre negra. Y cuando el abuelo de Simón compró por muy buenos pesos un marquesado, la Corona española rehusó extender el título arguyendo la falta de limpieza de sangre. ¡Bienhadada Josefa Marín, que salvaste a los americanos del sur de ser liberados, como los del norte, por un marquesito!

La savia de los Bolívar y de los Palacios, parecía toda usada. Huérfano de padre a los tres años, un lustro después pierde a su madre. De ellos hereda esa constitución enclenque que lo hará ser despreciado por los que creen que sólo Hércules puede guerrear; y ya en el ocaso de su carrera, sus contradictores lo zaherirán con esos destemplados gritos de "¡longaniza!" que todavía duelen. Esa misma debilidad congénita hará que Simón se desgaste hasta la trama en la lucha libertaria: para 1824, con apenas 40 años, sufre esas bruscas y feroces enfermedades de las que nunca se repone. Los afanes que impuso a ese físico fueron, por lo demás, mayores que los de los conquistadores: con medios también exiguos, combatió a enemigos más poderosos, batalló más, sufrió más y triunfó al fin en mayor escala.

Por sobre los Andes cabalga, y cruza una y otra vez esos inmensos llanos colombo-venezolanos, de extensión y condiciones semejantes a las de Sáhara. Aun hoy, con toda nuestra mecanización, sus desplazamientos serían extraordinarios: para esos años, sin otra locomoción que la del caballo, son inconcebibles. Y no se nos diga que era inquieto como una ardilla, que donde no cabalgaba volvían los godos y perecía la república.

Muchos complejos heredó Simón de esa clase mantuana en la cual creció. Sus amistades caraqueñas contaron siempre con un amigo fiel que perdonó sus culpas, o que voluntariamente ignoró sus faltas. Y más allá de Venezuela, departió con familiaridad y se ligó con nueva amistad a esas familias payanesas y quiteñas, peruanas también, que le recordaban la suya. Nació en la aristocracia y trabajoso le fue desprenderse de sus pesados estatutos. La guerra, la guerra sola y el amor por esos hombres que a su lado hicieron la independencia le permitieron convertirse en el portavoz de cuanto hubo de democrático y de populista en América. Y fue así como él, que nació con cucharilla de plata en la boca, llegó a ser uno de los llaneros; y ellos, forjados en el molde heroico de los elementos, abandonaron todo para seguirlo hasta tierras tan distintas y ajenas a su llano como lo eran las montañas de la luna. Pero los resabios aristocráticos originales sólo desaparecieron con la muerte. Aquí y allá en la vida de Bolívar surgen choques e incomprensiones con los que sin ser héroes, tampoco eran de elevado nacimiento; de haber sido otra la relación, ellos también hubieran facilitado el gobierno vitalicio y la Constitución Bolivariana.

Una inmensa soledad permeó desde un principio la vida de Simón. La doble orfandad, aliada con una vasta fortuna, se cebó en el menor de los cuatro hermanos Bolívar-Palacios. A las hermanas pronto se las casó, y Juan Vicente, el mayor, pudo lidiar por sí mismo. Pero la fortuna de Simoncito quedaba allí, tentadora para cuñados y tíos, y ni unos ni otros dejaron de aprovecharla; éste se hace nombrar tutor; aquél, so pretexto de conseguir el famoso título de Castilla, vive con esplendidez en Madrid a costa del menor; y las otras, atadas a sus maridos, disputan discretamente el manejo de los pingües caudales. Hubo desde un principio pleitos, y los hubo también después, cuando Simón exigió cuentas claras a su tutor.

Con todo, Bolívar llegó a su mayoría inmensamente rico: en tierras, esclavitud, y como propietario de una mina de cobre, la de Aroa, cuyo metal era muy apreciado por su pureza; si ésta le recordaba a diario el nudo de la Marín, aunado al ocasional mayorazgo de Aristiguieta, redondeaba bonitamente una gran for-

tuna. Más rico aún lo fue al morir su hermano mayor en 1811, pero para entonces estaba en plena lucha libertaria, y ésta le consumirá su todo. El año de 1830 lo sorprende pleiteando todavía por ver reconocidos sus derechos sobre la mina de Aroa y poder vivir en Europa sin depender de los erarios de gobiernos antibolivarianos.

La fortuna se fue; la soledad, en cambio, quedó. Aquí y acullá, cuando sus cartas se salen de lo cotidiano, oímos los sollozos del niño que nunca se sintió amado ni protegido.[1] Doña Concepción no pudo darle el pecho, por lo que su exuberante cariño recordó siempre a la amiga de su madre, la señora Mijares, que lo amamantó unos días antes de que llegara su nodriza. Y a ella, la negra Hipólita, le conservó una devoción que no alteraron triunfos, derrotas, y ni siquiera el transcurso del tiempo. Concluida la epopeya, encarga constantemente a su hermana que le pase unos pesos a la antigua esclava para que viva sin miseria; pensión que, por cierto, nunca cubrió María Antonia.

¿Cómo creció este mantuanito que todo lo tenía? No era el momento para educaciones regulares y universitarias; aun las centenarias fundaciones dejaban a los estudiantes la libertad más completa, confiando en el azar o en el medio ambiente. El ilustre Fox, por ejemplo, no hizo otra cosa que transformar a Oxford en el peor de los garitos; y el siempre bien ponderado Alejandro von Humboldt, más adquirió al investigar por su cuenta que al seguir cursos universitarios regulares. Sin embargo, y disgustado por las observaciones de la prensa francesa en 1825, la que le suponía una descuidada educación, Bolívar envió a Santander una hoja de estudios que parece obra de circunstancia. Caracas no tenía por qué preocuparse por la ilustración de sus más ricos herederos y también se hizo poco, por ejemplo, por educar a Juan Vicente, el mayor de los Bolívar, o a los marqueses del Toro. En Madrid primero y en París después, más que un estudiante fue Bolívar un maravilloso autodidacto. En su vida leyó mucho y bien, cualquiera que fuesen las circunstancias, pues conservó siempre ese hábito. En 1815, por ejemplo, derrotado y proscrito de la Tierra Firme, caída la segunda república de Venezuela, maneja airosamente las últimas publicaciones sobre América, apenas circuladas en Londres. De sus lecturas sacó conocimientos sólidos que aplicó después con la oportunidad del estadista, pues tampoco podemos dudar de esa felicísima memoria que nos cita O'Leary. Bebió a grandes sorbos la literatura que preparó y promovió la francesa revolución y de ella fue uno

[1] Como *Apéndice I* se incluye la carta de 10 de julio de 1825, dirigida a Esteban Palacios, y denominada *Elegía del Cuzco*.

de sus hijos legítimos. A Voltaire lo leyó con deleite, pero su filosofía social la fundó en Rousseau. Es al ginebrino a quien ocurre para las citas del corazón, y aquí y allá —por ejemplo en sus ideales internacionales— nos es fácil comprobar lo bien y profundamente que conocía Bolívar su obra. Nadie duda que a Montesquieu lo siguió muy de cerca: lo estructurado y realista de sus grandes esfuerzos legislativos acusan la impronta imperecedera del gran maestro bordelés. En esa irritada carta de 1825 afirmó Bolívar que conocía a todos los clásicos: los de la antigüedad y los modernos de las naciones latinas. No exageraba. En ocasión a su victoria en Junín, el ilustre Olmedo escribió su inmortal *Canto* sobre el que consultó a Bolívar; y en las dos cartas que entonces dirigió al vate, demostró en efecto su completo dominio sobre todo cuanto pertenecía al poema épico.[2]

Una gran felicidad caracteriza todos sus escritos. Las fuentes francesas tiñen su corriente con el limo blanco del galicismo, pero surge potente la música interna del gran escritor. Algunos literatos, posesionados por la armonía de su prosa, hablan incluso de la influencia de Chateaubriand. No parece necesario ir tan lejos: uno y otro eran criaturas de las mismas inquietudes, y con diversas fuentes, reaccionaban con idéntica poesía. Incluso en un género tan trillado como el de las proclamas encontramos con frecuencia figuras radiantes (como en la de Ayacucho) en las que fija a perpetuidad hechos inmortales. Toda una panoplia de vocablos categóricos se alínea en sus cartas para transmitir a la posteridad un movimiento anímico excepcional. Y esa calidad la tuvo siempre: la carta al padre de Girardot, felicitándolo como patriota por la muerte heroica del hijo, en 1812, nos insufla el mismo hálito de grandeza que la de su agradecimiento al recibir el sable del Gran Mariscal de Ayacucho (1830). Por su lenguaje, Bolívar también liberó un idioma encerrado en un casticismo ficticio y flaco. Y cuando la necesidad lo requiere, las emociones se curvan para permitir el libre flujo de la razón: las pausadas notas de la *Memoria a los granadinos,* los graves acordes del *Discurso ante el Congreso de Angostura,* revelan al escritor sesudo que prefiere el lento planear del cóndor al gracioso vuelo del pintarrajeado colibrí.

Para llevar a cabo sus lecturas tuvo Simón maestros. ¿qué otra cosa eran los que, como diría Carlyle, le señalaban autores y le prestaban libros? De Humboldt aprendió, y de Miranda también; Bello no queda atrás, ni tampoco Zea. Pero de entre todos, recuerda

[2] Cartas: a Santander, Arequipa, 20-V-1825; a Olmedo, Cuzco 27-VI-1825 y Cuzco, 12-VII-1825.

a uno solo, a Simón Rodríguez, a quien con justicia apoda la posteridad *el maestro del Libertador.*

Curiosa personalidad la de este hombre. Y resulta especialmente difícil penetrarla por encima de las desfiguraciones que la leyenda y los mitólogos le han impuesto. Es indiscutible que el hombre fue un cobarde; salió huyendo de Caracas apenas descubierta la conspiración de Gual, en la que estaba implicado; y años después, ligado emotiva y pecuniariamente con Bolívar, se rehúsa acompañarlo en su empresa libertaria, permaneciendo tranquilamente en Europa hasta obtenida la independencia. La misma pluralidad de nombres que nos ha legado la historia revela en Rodríguez al cobarde amigo del mimetismo. Para empañar aún más su memoria descubrimos, no sin sorpresa, que sus obras escritas son bien pobres, por más que tantos ilustres escritores se empeñen en demostrarnos que la oscuridad es luz. Y sin embargo, es Bolívar mismo quien en una de sus más hermosas epístolas [3] eleva a Rodríguez hasta la más gloriosa plataforma; y todavía hoy esos elogios entonan un peán de cuyo ritmo hechiceresco no podemos desprendernos.

La educación es subjetiva: no estriba en la semilla que arroja el maestro, sino en lo que germina en el educando. Y Bolívar recibió de Rodríguez una osadía mental que jamás lo abandonará. Su mente voló por sobre tradiciones y su razón cuestionó, sin cuidarse de antecedentes, cuantos cánones o principios le testaba la costumbre. Sólo así nos explicamos, por ejemplo, que nunca aceptara el expediente de reconocer a Fernando VII por rey como medida preliminar para obtener la independencia: ¿para qué, si era tan claro que España desaparecería por entero de nuestra América? A lo largo de toda la carrera del Libertador, militar y política, encontramos la constante del pensamiento que vuela libre de telarañas. Nunca aceptó nada por venir de atrás, consagrado por el transcurso del tiempo, y pudo así renovar, una vez y otra, la revolución de la independencia; en cada etapa volaba hacia adelante, sorprendiendo por igual a enemigos y a partidarios. Esa fue sin duda la aportación de Rodríguez y el maestro no necesitaba de ningún otro pase para alcanzar la inmortalidad. Como se lo recordaría Bolívar, Rodríguez había sembrado la planta y tenía derecho a enorgullecerse de sus frutos. Todo el resto de cuanto se ha querido elaborar alrededor de Rodríguez carece de importancia.

Rodríguez estuvo cerca de Simón en Caracas; también lo estuvo en Europa, años más tarde, cuando el viudo se interesaba en los

[3] Incluida como *Apéndice II,* a Simón Rodríguez, Pativilca, 19 de enero de 1824.

asuntos del mundo a la vera de Napoleón. Juntos deambularon por Francia y por Italia durante los años de 1804 y 1805. Discutible parece que también visitaran Viena, Lisboa y Londres, como afirman los extractos de unas cartas publicadas después de la muerte del Libertador por aquella mujer errática y genial que se llamó Flora Tristán, cuyos padres fueron íntimos amigos del joven Bolívar. Pero estos detalles son baladíes: incluyendo España, el *grand tour* que hacían los jóvenes aristócratas para redondear su educación, mediante el contacto directo con las grandes capitales europeas, se había completado. Y esta experiencia formó también parte del bagaje anímico con que contó Bolívar desde temprana edad.

Caracas era, al finalizar el XVIII, una amable y pequeña ciudad en que convivían gentes y razas diversas bajo el débil imperio de los Carlos. Los viajeros se extasiaban ante el buen vivir dentro del cual florecían sus habitantes, y a poco tratarlos, descubrían en ellos una vasta cultura, en gran parte del género político. Una de las capitanías generales del imperio, Venezuela, dependía en principio del virreinato de Santa Fe; de hecho, gozaba de una virtual autonomía, asegurada por la bonanza agrícola y ganadera que era a su vez producto de las reformas liberales de Carlos III. Eran serenas las relaciones de Venezuela con su metrópoli, sobre todo en esos años en que la malhadada Compañía Guipuzcoana —que pretendía explotar doblemente a Venezuela, vendiendo caro productos manufacturados, y comprando a bajo precio las cosechas de cacao y de grana— había desaparecido. Pero las grandes familias resentían los frecuentes bloqueos que les imponía una Inglaterra en constante pugna con España, y que como soberana de la isla de Trinidad guardaba la desembocadura del Orinoco ejercitando una permanente amenaza.

De Caracas había que salir para completar una educación. El mantuano —como Bolívar— saldría de ese remanso feudal para sumergirse en las inquietudes y los placeres de Europa, de esa Europa hasta entonces monárquica, desde donde se gobernaba siempre a la América. El plebeyo, sin esclavitud y sin cacao, completaba su educación, cuando lo podía, yendo hacia el interior, comulgando con esas inmensas extensiones que Humboldt centró dentro de las equinocciales, y donde la naturaleza estaba virgen, pura y libre del hálito pestífero de los hombres, como diría el Libertador en uno de sus vuelos naturalistas. Conocer Europa y el corazón del continente americano, yendo más allá de los establecimientos que se agazapaban en las costas, era indispensable para todo caudillo. El tremendo Boves conoció ambos, y Bolívar hubo de superarse para domeñar llanos y grandes ríos, y llegar hasta poder hablar por la que era

su patria y que fue su todo. El nóumeno de las ideas europeas tenía que fundirse con la naturaleza americana para dar a luz el nuevo mundo que pondría fin al imperio español. No de otro modo se destruiría lo que tan bien habían construido frailes y conquistadores, ni cambiaría lo que era un insigne monumento del poderío de una raza y de una época. Pero la educación americana fue para Bolívar tardía y dolorosa.

Una oportunidad, bien prosaica por cierto, originó el primer viaje de Bolívar a España. Si el reino es el de Carlos IV, el gobierno es el de María Luisa. Discutir este hecho requiere una dolosa ignorancia de los informes de los embajadores y altos funcionarios de la época. Y como la reina era mujer galante, su lecho se consideraba segura antesala del poder. De ello, y siendo todavía princesa de Asturias, se aprovechó para siempre el nefasto Godoy. Pero en algunos de los parpadeos que sufrió su privanza, tomó su lugar —sólo en el lecho— el venezolano Manuel Mallo, también él Guardia de Corps de los monarcas españoles. Pronto se alborotó el cotarro caraqueño, viendo en las proezas de Manuelito algo propio. Todos exhumaron viejas amistades o relaciones, y algunos hipotecaron tierras e hicieron maleta para correr fortuna en Madrid. A sugerencia del tío Esteban —el que con tanto empeño buscaba desde Madrid la expedición del título nobiliario— se decidió el viaje de Simón. No era fácil el transporte, por el sempiterno y perjudicial bloqueo británico, pero por fortuna una flotilla de buques de línea, bajo el mando del insigne marino Alcalá Galiano, que recorría el Caribe en busca de numerario, recaló en La Guaira, y Simoncito se dio a la vela. Tampoco el viaje fue sin peripecias. Bloqueada La Habana, hubo que esperar largas semanas en Veracruz, anclado el San Ildefonso, y aburrida la marinería y los dos jóvenes pasajeros. Cansado de hacer tiempo, Simoncito decidió al fin pedir dinero prestado —cuyo pago motivó un regaño del avariento tutor— y conocer la ciudad de México.

A esa gran capital, la mayor y más opulenta de la América Española, que competía por su calidad y belleza con los grandes centros europeos, llegó todo azorado un caraqueñito que apenas contaba 16 años. El viaje a México fue precipitado: no bien había llegado cuando hubo que regresar, pues el San Ildefonso levantaba ancla. Sólo ocho días estuvo Simón en México, lo que no obsta para que tirios y troyanos se crean con autoridad para adelantar imposibles leyendas. Éste cree encontrar en Bolívar un libertador en agraz que como Cristo en el templo, confunde al virrey; aquél da rienda suelta a su imaginación erótica, y pone a los pies de Bolívar a la más encumbrada de las mexicanas de entonces, la Güera Rodríguez,

cuyo nombre llena toda la época de la independencia. Lo únicc positivo es la perenne sensación que Simón conservó de la riqueza de México, pues los adjetivos acudirán libremente a su pluma cuandc en el futuro se refiera a esta nación.

Poco queda de esos años españoles. La figura respetable de marqués de Ustariz, contrapeso forzado de los tíos calaveras, llega hasta nosotros. Por cierto que las ambiciones del tío Esteban se aguaron pronto, y quedó sometido a una larga y arbitraria prisión la que sin embargo no le hizo ni amar a Venezuela ni detestar a España, pues con todo se quedó en la península hasta 1824. Este parentesco incómodo causó a Simón un incidente —la guardia que lo detuvo e insistió en registrarlo— al que no debe suponérsele una historia de celos por parte de la reina: era más bien una adver tencia del siempre alerta Godoy a los venezolanos. Ya enamorado de María Teresa Toro, Bolívar estuvo algunos meses en Bilbao y de paso visitó Francia.

Brillaba entonces el sol de Amiens, y en las festividades de la paz, los adversarios de ayer se esforzaban por superar el legendario Campo de Oro donde Francisco I y Enrique VIII habían sellado su alianza contra Carlos V de España. Simón hizo lo que hoy llamaría mos turismo: no tenía la edad ni privaban en él sentimientos que lo interesaran por cuanto veía. Su corazón pertenecía a María Tere sa, y cada latido lo acuciaba por regresar con ella a su mundo caraqueño. Se casa por fin en Madrid, sin haber cumplido veint años, y toda su prisa es tornar a Venezuela. Pero su sino es el d la soledad: a los pocos meses, de fiebre amarilla, se le muere Marí Teresa.

Fue ella la primera de las mujeres del Libertador, y su cons tante presencia es indiscutible. La afirmación de que "quise much a mi mujer, y a su muerte juré no volver a casarme" tiene toda las características de la verdad. Oculta además un grito desesperad que confirma aquella carta misteriosa, fechada probablemente e año de 1822, y dirigida tal vez a la menor de las Garaycoas, apodad *la Gloriosa*. En ella Bolívar se cierra a toda idea de matrimonic Y este horror hacia la que fue una experiencia aciaga tuvo pro fundos efectos. Bolívar encontró fácil y llevadero el público adulteri con Manuela Sáez y olvidó, en su perjuicio, el sabio consejo d Don Quijote, que ningún mandatario debe quedar por largo tiemp sin mujer propia. Sucre se lo recordaría con particular delicadez al comentarle que el general Gamarra se decía su enemigo por lc supuestos amores del Libertador con doña Francisca su esposa.

María Teresa, mayor que Simón, heredera de la gran familia d los Toro, española, dulce y maternal, deja un nuevo y gran vací

en la vida de Bolívar. Él mismo lo reconocerá, años después, al contar cómo la muerte de su esposa lo impulsó a tomar interés en los grandes temas de la política; agregaba, también, que su genio no era para morir como alcalde de San Mateo, ese pequeño poblado donde tenía su finca azucarera. La historia le ha dado en esto toda la razón.

Si con María Teresa sólo ansiaba vivir en Venezuela, sin ella todo en Caracas le repele. La irritación del Simón de esos años es evidente: disgustos con el tío Carlos por las cuentas de la tutoría, con la Junta de Diezmos porque no le prestan el dinero que pide para viajar nuevamente a Europa. A pesar de todo tiene que irse: no puede soportar la presencia de lo que creyera la doméstica felicidad. Malbaratando aquí y emprestando allá, se hace a la vela a los pocos meses de muerta su esposa, llevando un cargamento de cacao que venderá en Cádiz. Por España pasa de prisa; no tanto que no se detenga para llorar con su suegro la pérdida de María Teresa. El gran romántico aparece ya, y su recuerdo se solaza en esas lágrimas, pues encuentra deliciosa la pena del amor.

A París va Bolívar, y es en París —ese París que como tantos otros añorará siempre —donde transcurren los años más productivos de su formación. Que jugó y fornicó e hizo locuras es indiscutible: ¿acaso no tenía veinte años y ansiaba todas las emociones de las que su orfandad y su provincialismo lo habían privado? Hubo también muchas noches y muchos días de tesonero estudio: al caraqueñito se le han abierto los ojos, y siente al fin que sus inquietudes son infinitas y que no se acallarán con el turbión de los placeres. Amo el fasto, dirá entonces, por su falso aire de gloria. Pronto sabrá que está destinado a servir esta última.

La época es profundamente romántica y Bolívar es uno de los que mejor la personifican. Las escuetas reglas de la razón a nadie satisfacen; Kant mismo, ¿no acaso se apoya en Rousseau para hacer la crítica a la razón pura? Los hombres de entonces quieren sentir, que no pensar, y caen por doquier los viejos moldes que elaboraran lenta y penosamente las civilizaciones. Todo ha de ser nuevo, desde la monarquía y el gobierno hasta los colores del vestido, y los tabúes del ayer son las obligaciones del hoy. Algo de esta inquietud indefinible, como la intitulara Montalvo, la encontramos en esas cartas que en extractos publicó Flora Tristán. No busquemos en ellas declaraciones juramentadas; son ejercicios de imaginación que hacía un joven que descubría recién su capacidad de escribir. Por ello tienen tanto encanto y por ello conservan su sabor de verdad. Diri-

gidas a Teresa, la compañera de Mariano Tristán y madre de Flora, yo me pregunto, sin embargo, si esas cartas no se escribieron a la Teresa Levasseur, la de Rousseau, ésa a quien los románticos de la época consideraban como arquetipo y a quien tomaban por corresponsal imaginario.

Se criticará a Bolívar, años después, el gusto con que relataba anécdotas de su vida erótica en el Viejo Mundo, en las cuales por cierto no siempre aparecía como héroe. Más bien debiéramos extrañarnos —lo que nunca haría Freud— que sólo estos detalles hayan sido conservados. El Libertador poseía en su interior una Ciudad Violeta en la que guardaba sus recuerdos más caros; pocos, muy pocos llegaron a percibir su existencia, lo que explica muchas de las incógnitas que ofrece su trayectoria. Pero sin duda habló de otras experiencias de su vida parisina y que sus oyentes no registraron. ¿Hemos de creer, por ejemplo, que jamás se refirió a su emoción al leer por primera vez *El contrato social,* a su asombro al oír las obras de Gluck o las de Mozart, o a su éxtasis ante las pinturas de David, con temas de la Roma clásica? Su vida en Europa fue intensa y completa, en lo físico, lo emotivo y lo intelectual, y de esos años de formación sacó las que fueron arquitrabes de su inmensa e ininterrumpida lucha por la independencia.

Ligas sentimentales las hubo en París. Flora nos habla de su lujoso apartamento en el Hotel de los Extranjeros —a un paso del Palais Royal, centro de los excitantes placeres que ofrecía París—, que tenía como natural pendiente el público amasiato con una bailarina de la Ópera. Para cosas más serias, tuvo la pública *liaison* con una lejana prima por lo Aristeguieta, Fanny du Villars, casada con un barón de Trobriand, enriquecido y ennoblecido bajo Napoleón. Nos hallamos frente a la segunda de las mujeres que ocuparon la vida de Bolívar. Morena y alta, sin ser hermosa, la madura Fanny recibió del joven indiano los aportes pecuniarios que su anhelo de brillar en la sociedad imperial requería. Al criollito le dio, en cambio, cuanto podía ambicionar entonces: el prestigio de una amante casada y francesa, los contactos con gentes de valer e importancia, las oportunidades para conocer cuanto ocurría en una Francia que era el centro de Europa, y no menos importante, todo ese dominio de las cosas llamadas del mundo que permitió al Libertador ejercer libremente sus dotes de estadista. Pasión la hubo también, aunque no amor; pero es difícil para quienes rehacen a su modo toda la vida de Bolívar aceptar esto, y de allí que haya circulado una supuesta carta por la que Simón, en su lecho de muerte, se despide de la que habría sido su único amor. Ni carta ni pasión resisten al análisis: Fanny no fue una Anita Garibaldi

dispuesta a dejar todo por seguir al amante y compartir las incertidumbres de una revolución; de hecho, olvidó a Bolívar hasta que, empobrecida bajo los Borbones, usó de sus viejas relaciones con el entonces Libertador para abrirse las puertas de las Tullerías y hacerse de algunos pesos, engatusando al bueno de Zea, quien todavía ahíto de Bolívar y del sol de Angostura, llegó como ministro de Colombia a París. Sus numerosas cartas a Bolívar son recuento de recalentados recuerdos que apenas disimulaban la petición de favores y de prebendas, a las que Bolívar no contestó jamás. El Libertador, en 1830, estaba en viaje hacia París donde pensaba establecer su residencia. Allí lo esperaba una Fanny envejecida y avarienta, a quien entonces envió, como dulcificante, su retrato. Quizás la muerte en Santa Marta lo salvó de caer en el París mediocre y mal oliente en el que Fanny muy probablemente habría enterrado su grandeza.

También se ha imaginado darle a Fanny un papel primordial en la Francia napoleónica. ¿Cómo, se preguntan estos malos bolivarianos, cómo hemos de aceptar que el futuro Libertador se desenvolviera en medio de grupos y en salones que no eran los primeros de París? Y sin embargo, así fue. El salón de Fanny era mediocre; que ocasionalmente llegaran grandes personalidades, y que los dineros de Simón permitieran suntuosas fiestas, no convierte la casa de los Trobriand —ni siquiera sita en uno de los buenos barrios de París— en un centro de cultura y de política. Allí conoció Bolívar a Oudinot, con quien tuvo un choque que quizá llegó hasta el duelo, pues el caraqueño se había convertido en un violento crítico del emperador.

Llegamos aquí a uno de los temas capitales de la historiografía bolivariana: el ascendiente de Napoleón sobre su vida y sus ideas políticas, y su influencia sobre la lucha libertaria bolivariana. No faltará historiador que olvidando a Melpómene, denigre a Bolívar haciéndole mero remedo del gran Corso.

Como heredero de los ideales de la revolución, Bonaparte benefició durante toda su vida del lustre de un movimiento cuyo idealismo no puede menguarse. Un velo semejante redibuja la figura que nos transmite la leyenda. Pero la realidad fue muy otra, y las mentes más connotadas de entonces se elevaron contra una tiranía que so pretexto de orden, desvirtuaba el movimiento mismo de que se decía hija. Nunca vio el francés —ni después los súbditos de un imperio que abarcó casi toda Europa— más limitada su libertad individual; nunca se coartó tanto su vida espiritual ni su actividad comercial. Bajo el imperio su único derecho era el de morir en el campo de batalla del momento. Al examinarlo de cerca, surgen también las inmensas lacras de toda tiranía: el César se complacía

en propiciar las pasiones de sus subordinados para sujetarlos mejor. La vieja aristocracia había desaparecido, pero la de nuevo cuño ostentaba las mismas características egoístas y antisociales, con el defecto adicional de que estrenaban su estatuto social. La corrupción de la corte imperial era inmensa, e incluso los proveedores del ejército hacían pasar antes su codicia que la vida de los soldados.

Cuando Napoleón era aún Bonaparte, Bolívar lo había amado con toda la ilusión de su juventud, y con toda la juventud de sus ilusiones. Esta pasión se inició tal vez en la misma España, donde una fuerte corriente de afrancesados veía en la persona y calidades de Bonaparte la antítesis de estos últimos Borbones que pesaban como una caja mortuoria. Para esos españoles —quienes todavía en 1808 no podían creer en la duplicidad del César— Napoleón aparecía como el guerrero armado de la luz del progreso y destinado a sacar a las naciones latinas de la inercia y del retardo.

Bolívar amó a Bonaparte con pasión. Pero si el asesinato del duque de Enghien fue para Chateaubriand la caída en el camino de Damasco, para Bolívar la coronación significó una invencible repulsión. En verdad que era imposible sostener la ficción de que se trataba del héroe de la democracia armada. Los argumentos para coronarse eran especiosos, y la solemnidad de la investidura papal, un sangriento sainete. Era imposible para un revolucionario hispanoamericano aceptar al emperador: imposible por las razones del corazón, pues descubría la demagogia de toda la prédica antecedente, e imponía a la fuerza un orden de cosas que el pueblo francés había superado a costa de inmensos sacrificios. Para un apasionado como Simón, el emperador Napoleón se convirtió en la gran bestia del Apocalipsis, y poco medido en sus emociones, tuvo diversos choques con funcionarios imperiales, sobre lo cual se excusó alguna vez en carta dirigida al hermano de Fanny. No hay pues misterio en saber si Bolívar asistió a la coronación en Notre Dame; suponiendo que lo hubieran invitado (pues sobraban en Francia gentes distinguidas dispuestas a dar su brazo derecho por estar presentes), es evidente que su pasión se lo prohibía. Bolívar no podía participar en una tragedia que hollaba esos ideales republicanos proclamados por los representantes del pueblo francés, y que él había hecho suyos. Seguramente se encerró ese día en su cuarto, en muda protesta que nadie entendió. Y no es argumento en contra que haya estado presente en Milán el año siguiente, cuando Napoleón se coronó como rey de Italia, pues lo que entonces presenció fue la revista militar que no la coronación.

Los que acusan a Bolívar de tirano no se dan por vencidos; se apoyan en los testimonios de esos "ultras" que, al caer Napoleón,

vinieron a América. Estos mercenarios franceses o afrancesados encontraron —¿y cómo no, si eso precisamente buscaban?—, que Bolívar admiraba encubierta e ilimitadamente a Napoleón. Resulta entonces muy fácil ver a Bolívar a través del cristal de la tiranía napoleónica, y el sofisma se convierte en motor para desvirtuar toda su obra. Que el Libertador tuvo presente al César —avizorando por ejemplo las consecuencias para nosotros si el derrotado de Waterloo se refugiaba en América— y que estudió con cuidado su vida y obra, es patente; ¿qué hombre de esa época, aun siendo antibonapartista, no hizo otro tanto? Parte de regímenes iniciados por cambios violentos, ambos, como gobernantes, ofrecen semejanzas; pero llegar hasta teñir la obra del Libertador con un pretendido bonapartismo es franquear una inmensa distancia que nada permite transponer.

Desde París Bolívar centra su vida sentimental sobre América: se siente profundamente ligado a ella y se interesa por todo cuanto puede afectarla. El interés que despierta en París el futuro de las colonias españolas es grande. La revolución primero, y Napoleón después, explotaron a España como testaferro de la expansión mercantilista europea; las colonias allende el Atlántico no eran para ellos sino depósitos de hombres y riquezas que el providente Creador había colocado allí para subsanar los errores y excesos de los europeos. Claro que se carga la mano a la "leyenda negra" y que bajo el nombre de Raynal, Diderot hace de la *Historia de los establecimientos europeos en las Indias* un brutal alegato contra el imperialismo hispano. Muchos leyeron a Raynal; muchos otros gozaron las novelas o siguieron los razonamientos que sobre la humanidad futura se apoyaron en los aborígenes americanos como punto de partida. Pocos, en cambio, estuvieron dispuestos a ir más allá. Para los unos, los intereses contantes y sonantes de la azucaría y del oro negro acallaban fácilmente una conciencia acomodaticia. Nada había que pudiera persuadirlos que la superioridad de la raza blanca no era un hecho que se confundía con la divinidad del cristianismo. Nadie estaba pronto a cambiar su bagaje anímico, o a descontar sus ganancias si así beneficiaba a los americanos. Ni la más leve protesta turbó la terrible represión que Napoleón ejercitó contra los negros haitianos, los que por supuesto sólo pedían que se les aplicara la "ley de los franceses", considerándolos como hombres y ciudadanos. Nadie objetó las sangrientas represalias que ejecutaron Leclerq y Rochambeau; nadie pidió que se liberara al insigne Toussaint, y una imborrable mancha cayó sobre el imperio.

Para los otros, liberales de vieja cepa, la América española no estaba lista para su independencia. La tesis la conocemos bien, pues ninguna metrópoli ha considerado jamás que sus colonias pueden

dispensarse de su explotación. Desde las orillas del Sena era bueno hablar de libertad para todos los hombres, pero no era serio el pensador que aplicaba los cánones europeos a pueblos por definición incapaces o inferiores. De estos marcos europeizantes tampoco se libro el insigne Humboldt. Aquí se ha forjado otra leyenda: la del joven Sigfrido que accede a su vocación frente a la meta inmensa que le señala el viajero sagaz que conoce a fondo las realidades físicas y políticas de Hispanoamérica. Ni la correspondencia de Humboldt entonces, ni las cartas que se cruzaron años después él y Bolívar, justifican la ficción. Humboldt tenía que mostrarse cauto, pues por razonamientos de primera mano suponía el increíble monto de los sufrimientos que traería a su zaga cualquier intento de independencia. A fuer de hombre de ciencia hubo de estimarlos insuperables, y a fuer de humanista, de amilanarse ante lo que calculaba como el precio excesivo de la libertad. Por lo demás, genuino admirador de Estados Unidos —a cuyo gobierno pasó todos sus estudios sobre la entonces Nueva España, causándole considerables perjuicios a la diplomacia mexicana— veía con escepticismo el genio político de los hispanoamericanos y negaba su capacidad para sobreponerse a la guerra de castas tras cuyo fantasma se erguía la intocable integridad del imperio español.

La convicción que surge avasalladora en Bolívar, y que lo obliga a considerar como ineludible nuestra independencia, es propia. Para alcanzarla se apoyó en sus lecturas, en sus limitadas experiencias, en sus infinitas emociones. Orden y gobierno español impedían el libre desenvolvimiento de un mundo nuevo en el que se cifraban todas las esperanzas de una humanidad fatigada ya de los excesos europeos. Ese mundo había sido sujetado por la fuerza y por el dolo, y la pesada corona de hierro que obsequiaron a Carlos V los conquistadores tenía que quebrarse. Al liberalismo volteriano, tan de boga en la época, amalgamó Bolívar el romanticismo naturalista: América tiene que ser libre porque así lo pide el decurso de la historia humana. Pero a fuer de hispanoamericano, siente asimismo lo insoportable de una centenaria tiranía que conserva en horrible esclavitud a la porción más bella del universo. Estas ideas crecerán hasta convertirse en un sangriento framboyán en el transcurso de su lucha, y él mismo se encargará de comentar los diversos acontecimientos que amplían y fortifican su credo libertario. Pero el cogollo racional (en cuanto hombre de su época), y el emotivo (en cuanto víctima de una metrópoli que se dedica a la desvergonzada explotación de sus hijos), jamás variará.

Muchas páginas y buenas razones se han aducido para explicar nuestra independencia como un movimiento genuinamente hispa-

nista: ya como continuación de esfuerzos de autonomía local, vencidos pero no destruídos por los primeros Habsburgos, ya por el florecimiento de principios democráticos y representativos que el propio sistema legislativo español plantara en América. Bolívar conoció y usó tales argumentos. En su Carta de Jamaica, por ejemplo, echó en cara a los españoles haber violado, en perjuicio de los criollos, el pacto social que ligó al propio Carlos V con los conquistadores. Fue también acérrimo defensor de las formas representativas del gobierno local, y al fincar un régimen de derecho, una vez acalladas las armas, procuró siempre restablecer las instituciones vigentes, que eran casi todas españolas.

No son éstos, sin embargo, argumentos que desvían sus fuentes anímicas ni sus convicciones racionales. Bolívar es un romántico que hace la independencia por la certeza de que una América libre es indispensable para el progreso y la felicidad del orbe. Y si reconoce la fuerza de 300 años de tradición en materias jurídico-políticas, se apoya constantemente en las brutales acusaciones del padre Las Casas para pintar la de España como la peor tiranía. El Libertador fue desde un principio revolucionario de corazón, y su nueva visión de las cosas sólo la atemperó el hombre de estado que mucho había meditado *El espíritu de las leyes,* esa obra que un hombre tan cercano espiritualmente a él, como lo fue Miranda, calificara como la más perfecta salida de cerebro humano.

Son estas premisas las que hacen inevitable el juramento en Roma. Otra vez intervienen los zoilos: como ese juramento les parece salir del vacío, niegan que haya ocurrido. Y sin embargo, todo indica que tuvo lugar. La primera y única mención que hace Bolívar de este hecho capital en su historia fue la carta que de Pativilca dirigió a Simón Rodríguez el año de 1824 y que ya hemos citado. En ella, y como punto de referencia a lo inmenso de sus hechos, le pregunta a Rodríguez si se acuerda de aquel día de gloria cuando, frente a Roma, juraron dedicar su vida a libertar a la patria. Nada más. Y Rodríguez guardó la carta no por esta mención, sino por cuanto significaba para él por parte de quien ya era el prohombre de América.

El juramento tuvo lugar porque el romántico que fue siempre Bolívar no podía vivir sin una formalidad que lo hiciera instrumento vivo de una gran causa. Si Don Quijote necesita ser armado caballero, ¿hemos de creer que Bolívar puede emprender su lucha por la libertad de América sin estar juramentado? Quizá el lugar y los acompañantes (Rodríguez y Toro), tal como lo sugiere Falcón Briceño, inspiraron a Bolívar una reiteración del juramento plasmado por David en su famoso cuadro sobre los Horacios; quizá fue

la presencia de un pasado heroico que estaba muy cercano a los hombres de la revolución y del imperio; quizá fue el ápice de grandes emociones en constante dilatación que sólo Bolívar intuía de modo trascendente.

Por virtud de su juramento, Bolívar se coloca en el conspicuo grupo de precursores, entre hombres como Miranda y Nariño que intuyeron lo inapelable de la lucha antes de que Napoleón invadiera a España. Este juramento —que seguramente tuvo otra forma que la repetitoria que imaginó Rodríguez, muchos años después, para consumo de niños de primaria— tiene por ello enorme trascendencia. Una de las razones de la influencia cenital del Libertador en nuestra historia estriba en que tomó parte en todas las etapas en que puede dividirse nuestro movimiento libertario. Desde 1805 se decide por la independencia, y acepta el camino del sacrificio. En 1810 se cuenta entre esos "rabiosos" que sólo consienten una independencia total y con las armas luchó para alcanzarla, durante la primera república venezolana. El tercero, el período homérico de la guerra a muerte, lo contará como uno de sus héroes, el único que se atreverá a impeler la pugna hasta sus aterradoras consecuencias. Vencido otra vez, al desaparecer la segunda república de Venezuela, vuelve a la carga con operaciones cuya envergadura crece como los círculos concéntricos que hace la piedra al caer al agua, y llegará hasta vencer, en las mayores batallas campales de la independencia, a los mejores ejércitos españoles. Aún hay más: se empeñará en asegurar a las nuevas naciones esos fundamentos de democracia y de igualdad que motivaron y sostuvieron la revolución de la independencia. Nadie más podrá ofrecer tantos timbres de gloria. Por ello la historia de la independencia hispanoamericana puede centrarse en Bolívar, pero resulta inexplicable fuera de él.

El Bolívar del juramento piensa ya como Libertador; lo preludia su ingreso al vapor en la masonería, pues a su regreso de Italia, el 11 de enero de 1806, se hermana en el Supremo Consejo de París; lo confirma el cambio de su lujoso hotel por una modesta residencia, tal como nos lo cuenta la propia Flora Tristán, su abandono del juego —cuya pasión sabe fatal a la gran causa que es ahora suya—, su alejamiento de Fanny, quien nada puede ya ofrecerle, y del mismo Rodríguez, incapaz de sacrificarse con el amigo hasta cumplir lo que el juramento exigía.

Europa ha perdido sus encantos. Lo acosa el deseo de regresar a la que es ya su América. Sólo que los océanos son ajenos: los ingleses, los eternos ingleses, se han posesionado de ellos. Ya no son los años de 1799 cuando Alcalá Galiano podía burlarlos. Él, y Churruca, y cuanto tenía de heroico y de sustancial la marina española,

habían perecido. Trafalgar había barrido del mapa de las potencias navales a todas las monarquías europeas. Ni una anguila podía cruzar el Atlántico contra la voluntad de los almirantes ingleses. La América española estaba aislada y la independencia principiaba a ser ineluctable. La marina había sido la columna vertebral del poderío español: ¿cómo sin ella manejar tropas, recibir impuestos y enviar gobernantes?, ¿cómo imponer castigos y dictar órdenes? La imposibilidad que Humboldt observara principia a desvanecerse, y la continuidad del imperio depende desde entonces de voluntades otras que las de la corte de Madrid.

Así lo entendieron Londres como los precursores. Los ataques a fondo en contra del orden colonial español y ya no como aventuras de guerra, como lo fueron la ocupación de La Habana y de Manila durante la guerra de los 7 años, principian. Miranda recibe el visto bueno para atacar la Tierra Firme, y como contraparte, Popham zarpa desde Sudáfrica para ocupar el Río de la Plata. Ambos fracasaron. Que Londres insistiera en ambos casos, demuestra que no se trataba de operaciones filibusteras. Una segunda expedición se envía contra Buenos Aires, la que también fracasa. Y los bonaerenses conservarán desde entonces su independencia. En cuanto a Miranda, una nueva expedición bajo el futuro duque de Wellington se prepara, cuando todo cambia de ruta al iniciarse la guerra en España. Era el campo de batalla en el continente que Inglaterra anhelaba de tiempo atrás: era uno que, según reconoció Napoleón en Santa Elena, se convertiría en el cáncer que le roería todo su imperio.

Bolívar había previsto la guerra de Napoleón contra los últimos Borbones de Europa. Su última carta a los Trobriand (1806) habla de su deseo de estar en Venezuela para cuando el gran emperador ataque España. No eran profecías: era el ejercicio de sus dotes de estadista, pues veía como inevitable la extensión de la guerra hacia el sur de los Pirineos a consecuencia de Trafalgar; en 1806 era factible el intento de apoderarse de Hispanoamérica a través de la mampara de una dinastía napoleónica en la península.

Partió Bolívar de Hamburgo y en buque neutral. Se le echa en cara esta elección como indicativa del rompimiento de lazos espirituales con España. El simbolismo es falso: no había otros buques que los neutrales para poder llegar con bien al Nuevo Mundo. Y Bolívar fue a parar a Charleston, entonces uno de los grandes puertos de la nueva república, y sede de la civilización agrícola que entonces surgía en las riberas occidentales del Noratlántico.

La investigación sobre la estancia de Bolívar en Estados Unidos ha sido mal dirigida: no se trata de saber lo que físicamente

hizo; lo vital es determinar lo que este viaje significó para Bolívar mismo.

Años después, Alexis de Tocqueville pasa por revolucionario por el hecho de visitar la nueva república. Claro que en 1830 prevalece el antiliberalismo como política, pero la oposición a todo cuanto era republicano no era menor en 1807. Por lo contrario: súbdito de una vetusta monarquía en que pasaportes y permisos eran indispensables para todo, Bolívar sabe que su visita a Estados Unidos lo expone grandemente. El hombre del juramento de Roma sigue cortando sus lazos de juventud: acrecienta su prestigio en cuanto revolucionario, pero queda en entredicho frente a las autoridades coloniales. Poca simpatía le merecían Estados Unidos a la corte de Madrid. Si Carlos III ayudó a la independencia, lo hizo como quien mueve un peón, sin liga alguna con Norteamérica, afectiva y menos ideológica. Y su sucesor, Godoy, ya había para entonces, con su acostumbrada ligereza, cedido frente a la nueva nación extensos territorios y no pocos derechos.

Quizá, siguiendo el ejemplo de Miranda, Bolívar dejó las Carolinas para subir hasta Filadelfia y Nueva York. Confirmará lo agudo y perspicaz de sus observaciones una clarísima visión de la fuerza expansiva de Estados Unidos, de sus ambiciones continentales, de su profundo egoísmo político. Años después, durante los preparativos del Congreso de Panamá, disputará con Alamán y con Santander sobre la presencia y participación de Estados Unidos, pero a diferencia de éstos, sabe precisamente de lo que habla, porque Bolívar, como Martí, conoce al monstruo porque ha vivido en sus entrañas. Sólo un hombre que penetró el arcano de entrambos pueblos pudo elevarse hasta plasmar aquellas frases que surgen del bronce de nuestro sufrimiento, y que se concretan en aquel pensamiento que repercute para siempre una vez leído: que Estados Unidos parecen colocados por la Providencia en nuestro continente para tiranizar a Hispanoamérica en nombre de la libertad.[4]

Regresa el viajero a Caracas a mediados del año de 1807. Fácil ha sido suponer que volvió a sumergirse en la dorada mediocridad del mantuano, y que toda su actividad se concentró en arreglar la Cuadra (quinta de los Bolívar en Caracas) y en emprender, de consuno con Bello, veladas literarias cuyo plato fuerte eran traducciones de obras francesas. Más bien debemos suponer que por estos años la administración colonial, y por consiguiente todo el mundillo caraqueño, lo sometió a un callado ostracismo. Para ellos el joven Simón era sencillamente un anarquista. De Francia lo habían precedido

[4] *Bolívar a Campbell.* Guayaquil, 5-VIII-1829.

noticias de sus calaveradas, y muchas de entre ellas eran poco propicias para hacerlo querido: ¿no acaso era un jacobino que se oponía a un Napoleón ya consagrado como ungido del Señor? Sus opiniones seguían siendo tan vocales como en París, y esto tampoco era para concertarle amigos; Simón quería cambiar todo el sistema dentro del cual vivía, ¿hemos de creer que contó con la simpatía de los poderosos? Y por entonces, ni su nacimiento ni su fortuna le han permitido entrar en contacto con las grandes masas que serán su instrumento para llevar a cabo la revolución de la independencia.

Bien podremos imaginar el recelo, oficial y social, con que se veía a este joven Ulises que regresaba volteriano de una Francia sacrílega, y que además había visitado sin permiso una república protestante. No era el caso de obrar contra él, pues eran tiempos de guerra. España estaba más allá de las flotas británicas, y las grandes familias mantuanas lo contaban como propio.

Pero sí se le marcó un disgusto oficial que motivó la intransigencia de Simón en sus pleitos de límites con Briceño, y lo altanero de su respuesta al Cabildo: cuando lo atacaban, el mantuanito mostraba las uñas. Fue Emparán, hombre que se sentía ilustrado, y que llegó a la Capitanía General poco antes de la independencia, quien enmendó el rumbo.

No que Bolívar demuestre prisa. Se sabía parte de un mundo por venir y esperaba confiado acaecimientos políticos que cambiarían su papel. Éstos se aproximaban con el paso lento pero ineluctable de la Némesis.

3

Tiempo bobo

DURANTE 300 años España ha fungido como cerebro de América. Todo cuanto se piensa, incluso cuanto se siente, viene de la metrópoli. No extrañemos pues el inmenso azoro con que se recibe la traición napoleónica, y la complaciente ilusión entre los americanos que provoca Bailén. No es del caso reiterar las peripecias que sufrió la tormentosa alianza franco-española; bástenos recordar que los tremendos errores de Godoy, sumados a las inconmensurables ambiciones del Corso, provocaron la segunda guerra contra Portugal, la ocupación de multitud de plazas fuertes españolas so capa de amistad, y el doloso aventajamiento de los intereses imperiales dentro de la pugna entre Fernando y sus padres. Libre de preocupaciones en el norte, tras sus acuerdos de Tilsitt con Alejandro I, Napoleón decide hacer de su hermano José el nuevo monarca español, y a través suyo, convertirse en soberano de casi toda América.

Un poderoso y aristocrático partido veía con agrado este cambio de dinastía. Casi extintos en Europa, nada ofrecían los Borbones a una España ansiosa de movimiento. Y el sainete que se jugó en Bayona hubiera podido cuajar de no atravesarse ese heroísmo —irracional y magnífico como lo es todo heroísmo— congénito al pueblo español.

El plan del César marchaba viento en popa; había, claro está, algunos levantamientos, Zaragoza resistía, y en Cádiz la flotilla francesa se rendía a una muchedumbre que había descuartizado a su afrancesado gobernante; Moncey, el más hispanizante de los mariscales, tampoco tuvo éxito contra Valencia; pero en fin, todo entraba en los altibajos propios a una operación arriesgada en que la mano dura —la misma que usó Murat en Madrid el 2 de mayo—, daría al traste con la oposición. En Bayona se aprueba una constitución dictada por Bonaparte a notables escogidos con la bayoneta, y José I desciende majestuoso para instalarse en Madrid.

Estamos en el mes de julio de 1808: mes de grandes calores donde ocurren, a veces, bruscas y terribles tormentas. Eso fue Bailén, la derrota que sacudió al Imperio. Avanzado hasta las Andalucías, con un ejército de malas tropas, mal armadas también, Dupont se ha dedicado al saqueo. Pero aún hay hombres en España y éstos rodean a Dupont, quien acosado por la sed y agotado por el botín, capitula con todo su ejército. Nunca, en parte alguna, había ocurrido tal cosa. Luego eran hombres los soldados de Napoleón y podían ser muertos y vencidos. E incapaz de mostrar una grandeza de ánimo que nunca tuvo, José huye hasta trasponer el Ebro, abandonando casi toda España a los fernandinos. La operación secundaria allende los Pirineos se ha transformado en una guerra mayor para Napoleón.

La imposición exitosa de la dinastía napoleónica hubiera encontrado eco en América: muchos eran los afrancesados, ansiosos de ver nueva sangre en un cuerpo que moría de aburrimiento. Pero Bailén permite una opción, pues España ha triunfado, y las fuerzas tradicionales han rechazado al intruso. Fernando es el legítimo rey, y juntas locales defensoras de sus reales derechos pululan en la península, entre ellas la de Sevilla, esa Sevilla que era para nuestros pueblos la estrella polar, y que se intitula Junta Suprema de España e Indias. Apta a percibir el gozne en la armadura, pendiente siempre de Portugal, Inglaterra abre su escarcela para proveer de armas y de dinero a las Juntas, y para desviar hacia Lusitania la expedición preparada para apoderarse de la Tierra Firme, Venezuela, y con ella toda Hispanoamérica, se halla frente a un trastrueque de las alianzas: el Atlántico vuelve a ser español puesto que Inglaterra ayuda a la Madre Patria; preocupada soberanamente con la derrota del Corso, Albión pospone asimismo toda idea de debilitar al imperio español; Londres opondrá pues una negativa discreta pero constante a todo intento independentista americano.

Sin los ribetes de ferocidad, Hispanoamérica atraviesa las mismas etapas que España: inquietud esperanzada de los afrancesados; motines populares en favor de Fernando, que se ve proclamado como legítimo rey con alacridad; a ellas siguen intrigas y complots por parte de los criollos, que ven en la multitud de Juntas una oportunidad para iniciarse en el camino de la independencia; y no tarda la brusca y sangrienta reacción de españoles e hispanistas, que reimponen la obediencia a la autoridad metropolitana —a la sazón la Junta Central— negando toda igualdad y toda autonomía a los americanos. La España que combatía a Napoleón deseaba tratar a sus territorios de ultramar como vastos depósitos de hombres y, sobre todo, de numerario; jamás soñó en aplicarles esa igualdad

entre los reinos que había servido de eje a la creación del imperio de los Austrias.

A La Guaira llegan los enviados de José Napoleón, recibidos con mal disimulada simpatía por el capitán general Casas y por las autoridades; pero preceden por pocas horas a los británicos, que dan la versión fernandina de los acontecimientos, con lo que provocan una gran manifestación popular que proclama a Fernando como legítimo rey. Llegan después las peticiones de auxilios, a las que los caraqueños responden con sin igual generosidad, y se siguen las diversas pretensiones, reconociéndose primero a la Junta de Sevilla, después a la Central. Ocurrieron también esos escarceos de los criollos por su autonomía, que provocaron las locuras de Manuel Matos y motivaron el sigiloso arresto o alejamiento de la capital de los posibles conspiradores; todo ello originó la investigación del oidor Mosquera, el primero de la gran familia payanesa que figuró en la época, y quien de la nada creó una conspiración que fue escalón para la brillante carrera que entonces inició como funcionario colonial. Bolívar estuvo fuera de todo esto. Nunca fue hombre para detenerse en pamplinas. Él sabía que no había otra lucha que la total ni otro fin que la independencia. Pero es personaje al que hay que tener presente, y lo buscan unos y otros: los autonomistas, para incluirlo entre los pugnaces; los metropolitanos para implicarlo y neutralizar a un sujeto peligroso por sus antecedentes y por sus ideas. El rumor de los chismes que nos llegan (los recados del hijo del gobernador general, las declaraciones de los testigos que oyó Mosquera, la protesta de Simón que no puede deshacerse de esos "gorrones", y el confinamiento final a la finca de San Mateo) ampliamente confirman que aunque castigado por el gobierno colonial, 1808 es una falsa aurora a la que Simón desprecia.

Bailén tuvo, también, fatales consecuencias para la guerra en España. El orgullo español transformó esta victoria en una prueba fehaciente de que habían revivido los ejércitos del Gran Capitán. Tropas de segunda y militares sin experiencia se ven transponiendo los Pirineos y dictando la paz de Pavía. La ceguedad española en estos últimos meses de 1808 es impresionante. Nadie cree que Francia reaccionará, y los preparativos son tardos, perezosos y totalmente inadecuados. La campaña de represalia de Napoleón, que reitera otro ajuste con el zar, esta vez en Erfurt, los coge totalmente impreparados. Y cuando desciende sobre la pobre España la ola de destrucción y fuego que comanda en persona el César, todo vuela en pedazos. Madrid es ocupada, y la península, toda de rodillas, parece indefensa.

No dio tiempo esta ofensiva a que Hispanoamérica reconsiderara su situación porque el ataque napoleónico se detuvo. El pequeño ejército del inglés Moore, que sale de Portugal, lo desvía hacia Galicia; ayuda el invierno a estabilizar el frente, y Napoleón, consciente ya de que la guerra será larga, pretexta problemas para abandonar la península a sus mariscales. Éstos, bajo un José que con el rabo entre las patas y a la sombra de su hermano ha vuelto a Madrid, reiniciarán las operaciones en 1809; pero otra vez el frente se estabiliza. Un ejército anglo-español logra rechazar al de José en Talavera de la Reina, las Andalucías siguen libres y continúa gobernando una Junta Central que ni con Jovellanos en su seno logra distinguirse. La modorra parece triunfante, y Bolívar desde Caracas se desespera.

Poco duró el falso equilibrio. Wellington se muestra un general de quien la cautela es sombra: para él una batalla donde su ejército corra riesgos iguales no es batalla, y rehusará siempre la acción donde no tenga todo a su favor. Esta manera de concebir la guerra, diametralmente opuesta a la española, permitirá al diestro lord retirarse a Portugal para guerrear por su cuenta. Y, si invencibles en la guerrilla, los españoles son incapaces de disputar batallas campales al francés. Se piensa en Bailén cuando los bronces tocan a muerte. Con la primavera del año de 1810 José reinicia su ofensiva, y tras la rota de Ocaña todas las Andalucías, con excepción de Cádiz, caen en manos del francés. La Junta Central desaparece y se crea una precipitada e ineficaz Regencia, de cinco miembros, cuya única razón de ser es convocar a las Cortes del Reino, esa institución inmemorial a la que se recurre en momentos de grandes crisis.

La conclusión en América fue unánime; no podía ser otra. España no es ya más una nación independiente; la metrópoli ha muerto; precisa a nuestros pueblos otorgarse ese gobierno propio que les permita, reconociendo siempre a Fernando como rey, defender sus derechos. Y en Caracas, como clarinada que repetirán todas las capitales y ciudades de América, resuena el grito de autonomía que pone fin a los ideales mercantilistas de los cuatro reyes de la dinastía borbónica.

Que estos criollos ilustrados que proclamaron la autonomía no pensaron en la independencia resulta claro; lo es también que juntas ni regencias, reyes ni cortes aceptarían jamás que hubiera por parte de las colonias americanas otra cosa que sujeción y obediencia. Son éstas las épocas de rimbombantes declaraciones en que se relega al pasado gótico la tiranía a la que se sujetó a los americanos; pero a vuelta de hoja aparecen concretas medidas que demuestran que ningún peninsular, habitante del Nuevo o del Viejo Mundo, habí

variado un ápice el dictado de aquel virrey que imponía a los americanos el silencio y la obediencia.

La Junta de Caracas cuenta con hombres de alcurnia intelectual que se muestran ágiles a la vez que miopes. Si sus ideas aspiran a la perfección, su gobierno muestra su inexperiencia y su total falta de realismo. Nunca creyeron que la vieja España pudiera actuar militarmente en su contra, nunca pensaron que los españoles domiciliados en Venezuela disputarían el nuevo orden de cosas. Se creó pues un régimen carente de sustantividad que Bolívar disecará con el más filudo escalpelo en el primero de sus grandes documentos políticos, la *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño,* y que publicará en Cartagena el 15 de diciembre de 1812.

En este movimiento autónomo no participó Simón Bolívar. Mucho se ha discutido su ausencia, y no faltan autores que se empeñan en demostrar que sí estuvo entre los complotistas del 19 de abril. Todo indica que se trata de un falso empeño. El hombre veía y sentía la independencia: ¿qué tenía que hacer entre quienes se empeñaban en seguir proclamando a Fernando VII? Era como un alcatraz entre las gallinas. El golpe de estado lo encontró en San Mateo, pero no hubo para él dilema entre españoles y autonomistas; eran éstos quienes merecían su ayuda. No le fue fácil dárselas. Los dirigentes de la Junta, Roscio en particular, desconfían de él, y precisa confesar que razones no les faltan. Esos hombres de cabeza delirante como Bolívar echaban por tierra todo ese andamiaje que creían tan sabiamente concebido como garantía contra la reacción española. La prédica por la independencia era tabú para la Junta. Y así, sin más, expulsaron del territorio venezolano a José Félix Ribas. Un puesto diplomático —exilio también, aunque dorado— encontraron para Simón Bolívar. A Londres se le envió con el propósito de negociar ayuda y reconocimiento por parte del gobierno inglés, pero no sin hacerle pagar sus gastos, no sin añadirle dos curadores: Andrés Bello, comprometido un tanto como viejo funcionario colonial, y Luis López Méndez, en quien se confiaba para guiar las verdaderas transacciones. Y todo se doró convenientemente con un injustificado nombramiento de coronel para Simón.

La política británica era clara: había decidido sacrificar a los revolucionarios hispanoamericanos en aras de la victoria contra Napoleón. Hasta Waterloo esta línea será inflexible. La Gran Bretaña procurará mediar entre Cádiz y América para proteger su comercio; intervendrá para morigerar un tanto la ferocidad española en América —que no en Europa— y protestará frecuentemente contra las actividades del ingrato aliado. Nunca, en cambio, alteró el apoyo sólido,

en armas y dinero, que diera al gobierno español, sin importarle excesos ni desperdicios, sin lograr alterar, tampoco, su cerrada tozudez a toda liberalización. Por otra parte, la omnipotencia inglesa de entonces permitía muchas cosas: con vistas hacia el mediano futuro, recibe bien a los enviados de las Juntas americanas, y les permite residir indefinidamente en Londres.

No tuvo dificultad la Misión venezolana —la primera que las Juntas revolucionarias enviaron a Europa— en obtener pasaje en la corbeta *Safiro,* de la marina de Su Majestad. Pero esta cortesía inicial no fue anunciadora de otros éxitos. La negociación estaba destinada al fracaso, pues ninguna base permitía el acuerdo. Las juntas ansiaban autonomía, que no independencia, en tanto España —de rodillas y casi aniquilada— no quería oír sino renovadas protestas de sujeción y de absoluta lealtad. Mucho lograron los noveles diplomáticos con ser recibidos en privado por el marqués de Wellesley, hermano mayor del duque de Wellington, a la sazón Ministro de Relaciones, y quien había ocupado el cargo de embajador británico ante la Junta Central. Nadie más enterado de la verdadera situación en España, nadie más decidido a evitar cualquier acto que pudiera debilitar la guerra contra Napoleón. Las dos entrevistas que Bolívar y sus acompañantes tuvieron con él cubrieron la gama que usualmente ocurre en esas negociaciones; pero ni el genio de Bolívar ni los intereses telúricos de la Gran Bretaña podían alterar la carta que ésta entonces jugaba.

Apoyándose en recuerdos que Bello transmitió a Amunátegui muchos años después, se ha afirmado que Bolívar se comportó como un joven alocado, falto de previsión y tacto. Aseguran los unos que ni siquiera conoció sus instrucciones, en tanto los otros señalan que con infortunada novatada entregó a Wellesley un documento confidencial que era para uso exclusivo de los venezolanos. El estudio de los informes de la Misión hace ver lo infundado de estas acusaciones. Bolívar, que por cierto manejó desde un principio a sus acompañantes, se muestra empapado de su tema, y sus exposiciones, en buen francés, harían honor a cualquiera de la carrera. No eran instrucciones en el verdadero sentido las que entregó: eran puntos de negociación, los que, además, habían sido suministrados por el mismo Roscio a uno de tantos representantes británicos que husmeaban por las costas de la Tierra Firme. Y si bien Bolívar supo, desde la primera reunión, que todo acuerdo era imposible, insistió, sin embargo, por escrito y verbalmente.[1]

[1] Cristóbal L. Mendoza, *La Junta de Gobierno de Caracas y sus Misiones Diplomáticas en 1810.*

Bolívar sabía que Roscio y la Junta deseaban mantenerlo lejos, como lo comprueban las últimas comunicaciones de Caracas que le ordenaban permanecer en Europa, y que ya no recibió. Satisfecho de haber hecho todo cuanto podía pedírsele, decidió separarse de la Misión. En Simón, pensamiento y acto se funden en un todo armónico y genial. Cuando Roscio le insta a que siga negociando, Bolívar ha cerrado su breve experiencia diplomática y ha roto con la política de la Junta. Va hacia Francisco Miranda, violando eso sí sus instrucciones, y lo convence de que regrese a Venezuela. Ha cruzado el Rubicón de la independencia absoluta en tanto Bello y López Méndez se pierden en el brumoso Londres.

En 1810, cuando Hispanoamérica balbucea su independencia, Miranda se yergue como una figura colosal. Es el único de los de su raza que ha traspasado el muro de silencio que rodea a la Colonia; es el primero en hacer oír el anhelo libertario americano a las otras grandes metrópolis. Traerlo a la palestra tamizada de las declaraciones de autonomía de las primeras Juntas equivale a sembrar de ahuehuetes lo que era entonces un campo de margaritas. Y la decisión de Bolívar de apelar a Miranda, y de traerlo a Venezuela, es el acto más trascendental de la primera época de la larga lucha revolucionaria.

El hombre a quien invitó Bolívar vive entonces en una pequeña mansión sita en Grafton Street; sus medios de vida se limitan a una exigua pensión que le pasa tarde y mal el gobierno británico. Nada indica al distraído transeúnte que en este hombre de 60 años se encierra una de las personalidades más geniales de su siglo. Sus hechos son en verdad extraordinarios: cual meteoro atravesó fronteras y sociedades para erguirse por la sola fuerza de su genio; y como tuvo la convicción de su valer, dejó huellas de todos sus deambulares y pensares en un inmenso monumento que le asegura el título de Precursor con que una agradecida posteridad lo ha bautizado.

Humilde y pobre es su nacimiento en Caracas. Fuera de la tienda de telas, nada parece caer dentro de su horizonte. Pero la palabra imposible no existe para Miranda. Es enrolado en el ejército español y lo que es más increíble, logra hacer carrera. Lo sabemos en las operaciones contra los muslines, y cruza el Atlántico para hacer, desde Cuba, la campaña para recobrar las Floridas. Los envidiosos no faltan, sin embargo, y las trampas legalistas aparecen, forzando a Miranda a dejar la milicia española. Sin otro recurso que el de su genio se dedica a viajar. Como sus viajes fueron el medio que escogió para entender la vida misma, ni hombres, ni lugares, ni monumentos, ni cuanto hay de notable escapa a su cuida-

dosa y sesuda meditación. Siguiéndolo a través de sus notas de viaje, reviven para nosotros los Estados Unidos de los primeros años, como también las sociedades de la vieja Europa. ¿Queremos saber, en esos años, dónde estaba y qué hacía uno de los grandes escritores, por ejemplo Gibbon? Consultemos los diarios de Miranda. ¿Tenemos duda sobre el lugar en que se exhibía alguna obra maestra? Miranda nos lo dirá, como también el estado en que se hallaba cada ciudad y cada pueblo, y cuáles eran las dificultades y goces que podía esperar el viajero.

Pero no es un Saint Simon el que escribe. Es un hombre de estado que ama profundamente a Colombia. Fue Miranda, en una silenciosa promesa que hizo ante la tumba de Colón, quien se prometió crear, de todos los dominios españoles, una gran nación que hiciera perenne la memoria del marino genovés. Desde entonces, distingue Miranda entre Colón, que nos descubrió, y los españoles, que esclavizaron y aherrojaron a los americanos.

El gobierno español sabe qué clase de hombre es, y acerbamente lo persigue. Valiéndose de multitud de medios y de no pocas argucias, Miranda los burlará. Aquí son los hermanos masones quienes lo protegen; allá es la gran Catalina quien le da fondos y un pasaporte ruso; y más allá será su perpetuo movimiento el que no permite a la lenta diplomacia española capturarlo. Poco a poco, de todas estas geniales andanzas va forjándose la idea matriz que justificará la vida de Miranda. A través de sus muchas y constantes lecturas —las ecuménicas de un autodidacto que todo lo quiere saber, y que se enseña a sí mismo el griego y el latín— se desprende la convicción de la profunda injusticia de un mundo que permite que América, su América, siga vejada y esclavizada por la monarquía española. Rehúsa destinos y declina ofertas pues a cada momento ve a esa América vencida y miserable que le pide amparo, y principia a cristalizar planes concretos para liberarla.

Se sirve de la masonería, y se sirve de todo cuanto cae en sus manos; es el primero que publica en efecto el famoso llamado del jesuita Vizcardo en pro de la independencia, y es el primero que, bajo el sigilo de la logia Lautaro, reúne a los jóvenes que irán a América a hacer prosélitos, y que mañana, como O'Higgins, serán los caudillos emancipadores. Y las raíces de la Lautaro se extienden, y es Londres el gran taller de su propaganda, y en el segundo de los Pitt cuenta con un estadista con quien se puede madurar la independencia.

Como tantos otros proyectos, sesudamente sazonados en el mundo aristocrático de 1788, el de Miranda cayó por tierra ante los cambios climatéricos que introdujo la revolución francesa. Sus planes que-

daron pospuestos; por lo demás, el nuevo evangelio que se predicaba desde las orillas del Sena coincidía con las tesis mirandinas; y como entonces se obliteraban las distinciones de nacionalidad entre hombres que pensaban igual, una carrera propia a sus anhelos militares se abre para Miranda en la revolución.

Pocos entonces los oficiales de gran relieve con los que cuenta la República, le es posible a Miranda reiniciar su carrera militar con alto grado. Al principio combate bien, y en muy poco tiempo lo encontramos como general de las fuerzas revolucionarias. Cosa extraordinaria que este criollo pudiera mandar, en cierto momento y como general en jefe, al ejército del Rhin, lo que le valdrá, años después, el ver su nombre incluido entre los que perennemente nos miran desde el Arco del Triunfo. Las envidias y las dificultades que entonces surgen no están dirigidas contra Miranda: son propias a los comisarios políticos que envía el gobierno revolucionario, y que quieren imponer a la guerra cánones muy otros que los militares.

Dumouriez vuelve a la jefatura del ejército y fracasa en la batalla de Neerwinden, después de la cual se vende a los realistas; Miranda, su segundo, queda destituido y preso. La causa que se le sigue le permite exhibir sus grandes dotes de tribuno, y sienta precedente al verse absuelto por el Tribunal del Terror. Pero su libertad será transitoria; se le acosa y se le vuelve a aprisionar, y no le queda más remedio que dejar a esa Francia de sus entrañas para volver nuevamente a Inglaterra.

Albión no tiene sentimientos, que sólo intereses. Recibe otra vez al ahora general jacobino y vuelve a pasarle su pensión, como si nada hubiera ocurrido. Miranda paga esta inversión después de Trafalgar: se le sueltan las riendas para que intente, con la callada cooperación de la flota inglesa del Caribe (que comanda entonces lord Cochrane, que se llenará de gloria en Chile), capturar la Tierra Firme.

Parco fue el éxito de la expedición de Miranda. Ajeno a Venezuela, amparado por la flota del tradicional enemigo, con un ejército compuesto de aventureros anglosajones, confrontado por un gobernador general activo y diligente, la empresa resultó un sonado fracaso. Pero lo glorioso del primer intento quedaba; una nueva bandera había ondeado en el santo suelo de Venezuela, y se había puesto en marcha esa revolución que buscaba cambiar no ya los hombres, sino el sistema colonial mismo. Para los jóvenes como Bolívar, que repugnaban las medias tintas de la autonomía. Miranda se ostentaba como el caudillo nato; su lucha, iniciada por él en 1806, la generalizará ahora por todo el continente colombiano.

La aureola que rodeaba a Miranda, así como sus hechos excelsos, ocultaban algunas realidades preocupantes. Bolívar y los "rabiosos" sabían que la lucha armada era inevitable; confiaban en Miranda como la figura militar más insigne con que contaban los americanos; despreciaban por consiguiente lo negativo de sus aventuras militares. Tanto en el Rhin como en la Vela de Coro, Miranda no se había mostrado a la altura de su generalato; sus soldados habían encontrado crueldad, pero ni mando ni claridad para la ejecución: gran teórico de la guerra, Miranda se había achicado ante la violencia y se había retirado antes de tiempo. En uno y otro caso le había faltado esa calidad suprema del comandante: el seguir luchando cuando todo a su alrededor se hundía, y no había logrado infundir a sus hombres la fe en el triunfo. Bolívar pasaba por alto, también, la edad del prócer y lo anticuado de muchos de sus conceptos; olvidaba que el mundo napoleónico nada tenía que ver con el monárquico antecedente, ni había semejanza entre una independencia lograda con el apoyo inglés (a la manera de la lucha en que alcanzó su mayoría Estados Unidos), con la guerra a muerte que sería la cifra de las pugnas de los hispanoamericanos por su independencia.

No vio, no pudo ver Simón todo esto. Y cuando con el sombrero bajo y la cabeza repleta de ilusiones convenció a Miranda que regresara a Venezuela —ofreciéndole, además, su influencia, su casa y sus riquezas—, fundadamente suponía que traía a la Tierra Firme al ínclito militar, veterano de muchos combates, hombre sin par en la guerra y en el consejo, bajo cuya guía genial se forjaría la Venezuela independiente. Y en la *Safiro* regresó Simón, antecediendo de poco a Miranda, para quien preparó una gloriosa recepción. A declarar la independencia, a defenderla después, se dedicaron Bolívar y Miranda desde marzo de 1811.

¡MIRANDA, VIENE MIRANDA! Y el inexperimentado Bolívar, bisoño en públicos afectos e intereses, cree ingenuamente que su regreso unificará Venezuela y la conducirá a su pronta independencia. Fuera del grupo de los "rabiosos" (Ribas, que retorna él también, Peña, Paúl y Muñoz Tébar) nadie sonríe al viejo revolucionario. La Junta lo trata con cuidada displicencia, y como gran merced le concede permiso para residir en Venezuela; pasa por alto sus grandes hechos militares, y le otorga un sueldo que no corresponde a su rango de general. Menos aún lo aceptan los mantuanos, quienes ven en Miranda al jacobino regicida que con su sola presencia los compromete; a éstos, por lo demás, los intranquiliza el curso que toman

los acontecimientos, y son muchos los que dan marcha atrás. Ante el colorido revolucionario de la revuelta, los mantuanos prefieren la tiranía española. Caso típico, y trágico para Venezuela, fue el brusco viraje que dio Juan Vicente. Enviado a Estados Unidos a buscar ayuda y comprar armas, con facilidad se dejó convencer de la unidad de los españoles de ambos mundos y obsequiando los deseos del representante diplomático de la Regencia, empleó los pesos fuertes tan difícilmente reunidos en adquirir maquinaria industrial. Ésta, junto con él, se fueron al fondo del mar al naufragar el buque en que regresaba de Filadelfia.

La situación que halló Miranda frisaba en la anarquía. La Junta no había logrado gobernar la Capitanía General y ésta se rompía en mil pedazos; si era posible para Caracas proclamarse autónoma, ¿por qué negar ese mismo derecho a las capitales de provincia? Cada una se siente con capacidad de decidir sus futuras relaciones con la metrópoli, y no pocas levantan el estandarte del rey. Entre todas se distingue la ciudad de Coro. Coro que reivindica sus derechos a ser la ciudad capital, Coro que recibe refuerzos del Caribe, Coro que encarna el hispanismo en la Tierra Firme.

La política de la Junta había fracasado por completo. Ni de uno ni de otro lado del Atlántico aceptaban españoles e hispanistas el delicado distingo de que autonomía no era independencia. Para ellos Caracas era simple y llanamente rebelde. Y tras algunos intentos infantiles, sangrientamente reprimidos por la Junta, contra ella se mueven las mesnadas que ansían restablecer la voluntad del monarca español. La Regencia los apoya, con decretos —como el que declara bloqueada la costa de la provincia rebelde— y con las tropas y elementos que no obstante su lucha contra Napoleón, enviará incesantemente a América.

El oficio de las armas, que Roscio y el canónigo Madariaga creían haber proscrito, se hace necesario. Pocos gobiernos estaban peor constituidos para ejercerlo: la Junta aborrece la conscripción y temerosa de la crítica, confía en las proezas de los voluntarios; carente de numerario, se achica ante medidas emergentes, y recurre a un papel moneda que da el golpe final a su popularidad y prestigio. Carece también de militares y subsana esta falta encargando al marqués del Toro una ofensiva contra Coro. El marqués —cuyo bisabuelo comprara el título al mismo tiempo que el de Bolívar— no tiene idea de la milicia: su regimiento, uno de ornato, era el de Nobles Leales de Caracas, y su derrota es aparatosa.

Se apela entonces a Miranda, y Miranda marcha. El objetivo es Valencia pues esta villa que controla los valles de Aragua y la laguna que lleva su nombre, se había declarado por el rey. Todos

esperaban el rayo de la guerra, y a su lado tiene Miranda jóvenes quienes pronto demostrarán excelsas cualidades. Encabeza José Félix Ribas la gloriosa revista. El cabello rizado, los bigotes largos y caídos, los ojos negros y tristes, y el todo enmarcado por el gorro frigio que lleva con orgullo, José Félix deja en la historia de Venezuela el mismo trazo que Bayardo en la de Francia. Lleva en su sangre el ímpetu de los viejos bretones, de donde proviene su apellido, y sus batallas son poemas; ver al enemigo y acometerlo hasta acabar con él es en Ribas un solo impulso. Subordinado difícil —aún más para Bolívar, de quien era tío político—, oculta su endeble salud tras una voluntad endemoniada, y con tal de vencer se hace llevar hasta en camilla al campo de batalla. Su nombre valía por una división, y con dejarle las manos libres Miranda habría tomado a Valencia en un santiamén.

Para los infinitos detalles que corresponden al estado mayor cuenta Miranda con Carlos Soublette; su familia, de origen vascuence y emigrada a Venezuela a mediados del XVIII, entroncaba con la linajuda de los Aristeguieta. Lejanamente emparentado con el Libertador, es menor que él 6 años. Frío por naturaleza, declinaba tomar parte en los movimientos que conducen al 19 de abril, a la inversa de Ribas quien fue factor primordial en el éxito de la jornada. Se cuenta que su presencia en la Sociedad Patriótica se debió más a la curiosidad que al interés, y fue sólo la influencia de Miranda la que lo hizo trocar las gracias del citadino por las incertidumbres de la milicia. Capaz en todo cuanto emprendía, llevó a través la guerra de la independencia su genio distante y preciso, de subalterno excelente, de conductor falto de inspiración y coraje. No en balde lo intitulara Bolívar el Berthier de los ejércitos de la independencia. Otro más, entre los muchos que entonces se iniciaron en la lucha y que seguirán los pendones de Bolívar hasta llegar a Bomboná y Ayacucho, fue José Laurencio Silva, humilde en su cuna, pero cuya lanza y caballo fueron siempre los de la república.

A Bolívar no quiso enrolarlo Miranda, de lo que toman pie algunos historiadores para hacer ver el principio de una escisión que explicaría, burguesamente, el trágico fin de su amistad. Hay sin embargo otras interpretaciones más pertinentes. Los hechos en la vida de Miranda apuntan que el gran hombre carecía, como militar, de las cualidades de percepción instantánea y de reacción visceral ante el enemigo; hay militares por vocación, y los hay también por ocupación, y Miranda era de éstos. La milicia, que heredaba como vocación paterna, le fue de forzosa elección para salir de la inferioridad en la cual naciera; pero el hábito no le concedió el hidrargirio sin el cual todo manejo de tropas es impersonal e insípido.

Miranda poseía, en cambio, la memoria y la elocuencia, la visión y la constancia propias al estadista, y a sus preferidos —inconscientemente tal vez—, siempre los dirigió hacia el campo de las negociaciones diplomáticas. Creo pues fundado pensar que fue su afecto el que le hizo excluir a Bolívar de una carrera a la que, por lo demás, nada parecía inclinarlo: ni el físico de Simón era el del soldado, ni sus antecedentes aseguraban proezas militares. Pero Bolívar no entendía verse desviado hacia labores de escritorio. y con la ayuda de Ribas logró verse incorporado como coronel en el ejército que marchaba contra Valencia.

Penosa operación la de Miranda contra Valencia: descartó la acción brillante y rápida, e impuso un ataque lento y ferruginoso; trincheras, artillería, y preparativos que nada justificaban, fueron empleados. Se seguían en verdad las reglas de los grandes capitanes, pero el general ignoraba que eran inaplicables contra una ciudad a la que no defendía un ejército digno de tal nombre. Las operaciones se extendieron durante varios días, y las pérdidas de unos y otros —todos americanos— fueron enormes. Al fin cayó Valencia, pero era imposible pensar en nuevas ofensivas. Ribas se había cubierto de gloria, Bolívar había probado su calidad, Miranda... Miranda había decepcionado.

Un equilibrio inestable surge entonces en Venezuela. Partidarios y enemigos de la autonomía se encuentran incapaces de tomar la ofensiva. Y los de la Junta se preocupan por encontrar una base legal de sustentación. Acosados por enemigos, sin señorear una tercera parte del territorio, los próceres siguen inconscientes su irresistible impulso jurídico: de elecciones se ocupan y en constituyentes se convierten. Miranda, de mal grado, tiene que prestarse a este teatralismo, y acepta que sus partidarios lo elijan como representante de una secundaria conscripción, la del Pao. Poco sabemos de sus contribuciones al Congreso; él se sabe grande, y no se digna desperdiciar sus dotes parlamentarias con la gentuza.

La Constituyente pronto se ocupó de la cuestión fundamental, la que amedrentaba a tantos de nuestros próceres: ¿éramos naciones, capaces de enfrentarnos cara a cara con una España implacable? O bien sin serlo, ¿no acaso convenía refugiarnos en el tibio sol de la autonomía, dejando entreabierta la puerta de la reconciliación? El dilema era vital, y ninguno de los dirigentes de la primera época de la lucha se atrevió a desprenderse de la posible componenda. Algunos años después, cuando Morillo declinó su título de Pacificador con multitud de fusilamientos, muchos de los prohombres de la Nueva Granada (el ilustre Camilo Torres, el insigne Caldas), fueron presos y procesados. Y de las actas se deduce que mentalmente

jamás cortaron ese cordón umbilical; no obstante actitudes dignas y esfuerzos notables en pro de la independencia, siempre se sintieron cercanos a España y aptos para reanudar la vieja filiación. Tampoco Miranda tuvo una actitud distinta. Durante muchos años habló de obtener una conversación privada, de sillón a sillón, con el entonces primer ministro, el conde de Floridablanca, seguro de que, solos los dos, sus malentendidos con España acabarían por disolverse. Una misma disposición explica la capitulación con Monteverde: no obstante su magnífico historial, el Precursor sigue creyendo que se trata de una disputa familiar siempre salvable. Son los hombres de la segunda época de la lucha los que entendieron que la guerra era sin cuartel, y que una vez dados los primeros pasos, era imposible negar la independencia. Y entre todos ellos resaltó también Bolívar, el único que se atrevió a racionalizar la guerra a muerte, y que a través del terror provocó la brusca maduración de la conciencia americana.

Es el gran tema de la independencia el que se debate en el constituyente de Venezuela. Y los partidarios de Miranda se inquietan, pues no parece que sus ideales prevalecerán. Usan entonces el ariete de la opinión pública, y la ponen en movimiento por medio de un club que fundaron a semejanza del de los jacobinos, y que se llamó la Sociedad Patriótica. De sus tormentosas sesiones, que con cáustica pluma reseñó el realista José Domingo Díaz, nos llega el eco de esa histórica sesión donde se resolvió la representación ante el Congreso que, a su vez, fijó la independencia. Las furias de una América tanto tiempo vejada surgen horrendas bajo las imprecaciones de Paúl; pero el tono que adoptó Simón Bolívar fue otro; no habla como tribuno sino como hombre de estado; no atiza emociones, sino que en cambio demuestra lo indefectible en ese lugar y en ese momento. Se nos pide calma, dice, ¿y trescientos años de calma no bastan? Y la Sociedad Patriótica lo sigue y actúa sobre la opinión caraqueña, y la independencia se declara el 5 de julio de 1811. El canto de un peso nos salvó de imitar servilmente a Estados Unidos adoptando la misma fecha de independencia. ¡Afortunada casualidad, que nos evitó parecer meros remedos del yanqui! Porque nuestra independencia venía de muy atrás, y surgía de las entrañas de un pueblo grande, sufrido y generoso.

La independiente Venezuela necesita una constitución. Y los trabajos jurídicos se prosiguen, desoyendo crecientes dificultades, para aprobar una constitución federal que sienta huella como insigne garantía contra toda dictadura, pero que hace imposible la defensa de una nación que apenas se proclama independiente.

Estas primeras experiencias políticas marcaron profundamente a Simón. En lo futuro manifestará un invencible horror por todo lo que sea federalismo, y llegará hasta creer maléfico el vocablo, atribuyéndole como inevitable consecuencia la fatal debilidad por la que encauza al estado. Su fe centralista lo acompañará siempre, y en la escala continental, le servirá de base para su Constitución bolivariana, a cuya vera trató de organizar a los estados que con su espada liberara. Mostrará también un realismo que bordeará, complaciente, la dictadura, pues poca simpatía le merecieron los cuerpos colegiados; tal como ocurrió en 1811, los creyó pesados obstáculos en la consecución de la independencia. Una relativa frialdad hacia los parlamentos permeó su carrera, y su dificultad en trabajar de consuno con ellos no pocas veces le fue lesiva.

Son frecuentes las observaciones que giran alrededor de las supuestas incongruencias en el desenvolvimiento de las ideas políticas del Libertador. Y se deja entrever que afinaba su instrumento de acuerdo con la música de las circunstancias, carente de melodía propia, sobre todo en cuanto a democracia. Se añade aquí otra incomprensión sobre lo que significó Bolívar. En el sentido usual de la palabra, no fue un demócrata ni pudo serlo. Las avasalladoras realidades estaban todas en su contra, y por si fuera poco, aumentaban en magnitud cada vez que sufría otra derrota que, no sin razón, aparecía como definitiva. ¿Quién habría dado un ardite por el coronelito que salía de Venezuela tras la captura de Miranda? Y tras la rota de la Puerta y la de Aragua de Barcelona, del motín de Carúpano, ¿alguien lo habría considerado como el futuro libertador?

Las luchas titánicas de Bolívar descansaron sobre una voluntad férrea y sobre un ánimo excelso; fueron éstas el punto de apoyo sobre el que se movió la palanca del patriotismo con el cual liberó nuestro mundo. Mal podía pues mostrarse conciliador con esos cuerpos gárrulos que habían sido contrarios al éxito de la lucha. Su parlamentarismo fue parco, aunque pudo y supo usar de ese instrumento, insuflándole toda la savia de su genio, como lo demostró en la aurora de Angostura. Nunca se apartó, sin embargo, de la creencia que naciones como las nuestras requerían de un ejecutivo fuerte, central, definitivo, alrededor del cual girarían, como planetas, todas las instituciones. Todavía aquí entrevemos al joven que se mordía los puños al ver que la Venezuela parlamentaria de 1811 nada hacía para opugnar a los enemigos que dentro y fuera del territorio, se daban la mano para finiquitar a la república.

Seguían entre tanto las sesiones del Congreso, y el frente de Coro parecía estable. Un intento para apoderarse de Guayana había

fracasado, pero en fin, no avanzaban los corianos y los independientes se sentían tranquilos; no querían reconocerse revolucionarios, ni aceptaban, por consiguiente, que al no avanzar, retrocedían. Esta situación crepuscular fue brutalmente rota por el estrépito de un terrible terremoto; fue el 19 de abril de 1812, precisamente dos años después de proclamada la Junta que ahora ya se decía independiente, cuando azotó a Venezuela. Caracas y Mérida quedaron semidestruidas, y maltrechas todas las poblaciones patriotas; las realistas en cambio, y por las veleidades de ese ignoto destino que guía los sufrimientos humanos, quedaron ilesas. ¿Qué más necesitaba una iglesia fanática que ansiaba el retorno de los americanos a la sujeción del preclaro hijo de la eterna Roma, el ínclito Fernando? Infeliz fue el papel que la iglesia desempeñó en nuestra independencia. Con pocas excepciones —que en México fueron la regla— curas y párrocos apoyaron al rey como ungido del Señor. Tenían para ello el ejemplo de los curas españoles, que brazo a brazo luchaban contra los impíos franceses, aliando patriotismo con religión, en una amalgama que será decisiva para la historia española de los subsecuentes siglos. Aún más decidido en favor del rey era el alto clero, todo español, con apenas un espolvoreo de criollos hispanizantes. Desde un principio había visto con prevención lo que consideró un nuevo brote de jacobinismo. Proclamó por consiguiente que la fe, en su inalterable pureza, exigía la continuada sujeción de América, y lanzó a la paupérrima Inquisición de entonces a ladrar excomuniones contra los que pugnaban por un mundo libre. Tan poco perspicaz fue la iglesia católica en este capítulo que en 1824, libres ya la Gran Colombia y México, Argentina, Paraguay y Chile, y siendo las vísperas de Ayacucho, todavía expide el pontífice una encíclica que proclama la soberanía del rey y ordena a los americanos someterse a su santa potestad.

La desgraciada coincidencia de la fecha, la singularidad del fenómeno —que llegó hasta increíbles concomitancias, como por ejemplo el hecho de que, al hundirse la iglesia de la Santísima Trinidad en Caracas, quedara sobre la faz de la tierra sólo la columna en que estaban esculpidas las armas reales—, y la opinión realista del clero, hizo inevitable que éste empleara toda su influencia para transformar el hecho natural en un acto de la cólera divina. Bajo sus imprecaciones el terremoto se convirtió en el ariete que echó por tierra a un gobierno bamboleante, que dio renovado vigor a los realistas y que hizo dudar a los muchos que se creían americanos de corazón, pero que no se reconocían como independientes. La ofensiva que pronto lanzaría desde Coro el capitán Monteverde tenía asegurado el triunfo.

Para los amantes del melodrama, de ese que reduce a quimeras los grandes hechos de los hombres, el infortunado papel de la Iglesia les da ocasión para desvirtuar (otra vez) uno de los episodios capitales de la vida de Bolívar. Éste se hallaba en Caracas cuando ocurrió el terremoto, y se contó entre los ilesos. Su primera preocupación, trepidante aún la tierra, fue socorrer a las víctimas; trepaba sobre las ruinas de la iglesia de San Jacinto cuando encontró al que sería, en vida de Bolívar, uno de sus enemigos más acérrimos: el venezolano José Domingo Díaz. Como director de la *Gaceta de Caracas,* Díaz falsificó e interpoló toda clase de documentos para ennegrecer la figura del Libertador. Al relatar este episodio, sin embargo, influido a pesar suyo por la grandeza telúrica del momento, se limita a referirlo con la sencillez del artista. Al verme Bolívar (dice Díaz), me dirigió estas impías y extravagantes palabras: "si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la venceremos".

No era a Díaz a quien Bolívar hablaba; razonaba consigo, y preveía las consecuencias políticas que tendría el terremoto; frente a la destrucción inmensa Bolívar se sabe solo y descubre a la posteridad lo intransigente de su lucha, lo inconmovible de su fe y lo inconmensurable de su espíritu. Si lo genial en el hombre es la visión que le permite horadar el muro del tiempo, nadie mejor que Bolívar lo muestra en ese instante. A una naturaleza en movimiento opone otra, y retrotrayéndose a fuentes espirituales que anteceden miles de años al cristianismo, se enfrenta a los elementos. Quizá, como buen volteriano, Simón tenía presente este opúsculo en que el filósofo atacó el uso que un clero sacrílego hizo del gran terremoto que años antes azotó a Lisboa. Pero el de Ferney habría recibido el desplante bolivariano con una leve e irónica sonrisa, pues salvo en su grandilocuente teatro, nunca se atrevió a ir contra las reglas de la razón. La corriente anímica del Libertador era tan constante como profunda. Aquí y allá, como los ojos de agua de un gran río subterráneo, hay acontecimientos que nos permiten percatarnos de su hondura y de su fuerza. El juramento en Roma, la aseveración de Pativilca, el delirio de Casacoima, he aquí unos pocos de los miradores que nos proporciona la historia para percibir su alma inmensa. Y el mayor de todos, quizá por su sentido telúrico, es el que se nos transmite sobre el terremoto.

Lo apolíneo de la actitud y la veracidad del testimonio parecerían motivos suficientes para que los mal llamados bolivarianos no bordaran el episodio. No es así. Con anticlericalismo de baja estofa, e ignorando voluntariamente las circunstancias reales del episodio, se nos pinta a un Bolívar en pública disputa con un fraile;

uno que, sin cuidarse de los ayes de los moribundos ni de los tremores de una tierra que aún se mueve, desvirtúa la sacrílega prédica con argumentos contundentes, y que termina arrojando al fraile de su improvisado púlpito. Todo falso, estéticamente falso. Ojalá que siquiera en este episodio se deje a la historiografía del Libertador su prístina belleza.

Un clero fanatizado, una población diezmada y adolorida, ahíta de republicanismo: todo, todo llama a los corianos. Éstos acuden gustosos. Del Caribe, trayendo refuerzos, ha llegado el capitán de navío Domingo Monteverde. Cuenta apenas con un puñado de hombres, pero no duda un instante. Su causa es la del momento, y sus pocas tropas se extienden por sobre la maltrecha Venezuela como reguero de pólvora. Nada le resiste, e incluso sin que le sea preciso ocuparlas, villas y poblaciones se declaran por su causa. La hora de la acción ha llegado para la república; los parlamentarios se borran para dejar el paso a los guerreros. Miranda recibe el mando y a poco, plenos poderes, proclamándosele generalísimo. En sus manos queda la república, y los mirandinos exultan.

Pero ¡ay!, exultan por poco tiempo. El Miranda inexorable como el destino por ningún lado aparece. A la generalizada ofensiva de Monteverde, que no responde a plan estratégico alguno, opone retiradas y más retiradas. Cuando ocasionalmente las tropas republicanas chocan con las corianas, la victoria es de aquellas, pero ¡guay! si se atreven a tomar ventaja pues el generalísimo monta en terrible cólera. Y perdiendo territorio y moral, Miranda se aferra en planes grandilocuentes que giran todos alrededor de una supuesta ayuda británica que sólo existe en su acalorada mente.

A Bolívar le había confiado la defensa de Puerto Cabello, punto estratégico impar y depósito considerable de las armas y municiones de los independientes. Con el equivocado ánimo de explicar acontecimientos subsecuentes, hay autores que procuran hacer de este mando algo secundario, indigno del coronel novel, y que Bolívar aceptó a disgusto. Nada de esto es cierto. Era una muestra de gran confianza, y Bolívar lo aceptó con alacritud, confiado en que se llenaría de gloria. Las órdenes que le dio Miranda para que hiciera de Puerto Cabello un punto de apoyo del eventual ataque no fueron cumplidas en los breves meses de su mando. Tampoco aquí hay que buscar el mediodía por la noche: la desintegración moral de la república era grande, y Bolívar no era el Libertador, es decir, que no poseía esa energía demoniaca que curvaba hombres y elementos a su voluntad de vencer. Pueden observarse también la flojedad de las precauciones para cuidar el castillo, donde además de los materiales de guerra, estaban multitud de prisioneros españoles.

Nada podía echársele en cara al comandante del puerto dentro de la letra de sus obligaciones; pero en la guerra, donde lo imprevisible debe anteverse, Bolívar mostró que todo tenía que aprender. Un oficial español al servicio de la república, Fernández Vinoni, aprovechó la que para España fue una feliz coyuntura, y con ayuda de los presos se hizo fuerte, desatando sobre la indefensa ciudad un inmisericorde bombardeo que Bolívar no pudo resistir. Tras pocos días de empeñosa defensa y aniquiladas sus tropas, el coronel Bolívar abandonó la ciudad.

Se cuenta que Miranda, al recibir la noticia, cayó exánime, pronunciando aquellas terribles palabras: ¡Venezuela está herida en el corazón! Para una eventual contraofensiva, una vez que Monteverde se hubiera adelantado hasta perder todo contacto con sus bases, era en efecto un golpe fatal. Verdad es que sus planes jamás hubieran podido llevarse a cabo, pues era la opinión la que secundaba la ofensiva de Monteverde, y no eran sus bases las de Coro, sino las villas que por doquier se pronunciaban por el rey. Pero el efecto moral de la caída de Puerto Cabello fue tremendo, y las pérdidas de materiales militares, enormes. Todos lo comprendieron así, Bolívar el primero, y es una patética tristeza —tan poco militar, tan inmadura—, la que impregna esos partes en los que relata su derrota. Él sabe lo fenomenal del desastre, y su corazón llora; como soldado bisoño cree que el mundo se ha acabado, y que nunca más volverá a mandar. Los despachos que cubren la caída de Puerto Cabello muestran un Bolívar deshecho, un Bolívar que no es el alma de la guerra, ni tampoco aquel que se sobrepondrá a toda derrota, por inmensa que sea, para arrebatarle a un enemigo triunfante la victoria final.

Para el viejo revolucionario, esta derrota fue definitiva. Todo su castillo de naipes cayó por su base, y sólo pensó en obtener algún armisticio que le permitiera salir de Venezuela para emprender, otra vez y desde Londres, sus incansables maquinaciones. Los pretextos que confirmaron su decisión a la mano estaban: la aprobación por las Cortes de Cádiz de una constitución liberal que auguraba un mejor futuro para las colonias, y la sublevación de los esclavos en las grandes plantaciones del noreste de Caracas, particularmente las de Curiepe. La presencia de esclavos rebeldes, que ajustaban cuentas con los blancos, llenó de terror a Miranda. Su revolucionarismo era europeo, y así como los constituyentes franceses despreciaron a los negros haitianos, el Precursor no incluyó a las castas ni a los esclavos como sostenes de su gran nación colombiana. Aquellos eran, para él, los estribos de que había menester su espíritu: imagen de esos silenciosos esclavos que permitieron el fuego

de San Telmo de la Grecia eterna. Miranda estaba dispuesto a todo con tal de someterlos, y desde luego a pactar con el español, de quien —como antes dije— nunca creía haberse separado. La idea misma de armisticio, respetando supuestas fronteras y garantizando los derechos de los rebeldes, indican bien los groseros errores en que incurría Miranda. Las exigencias de Monteverde eran predecibles, pues él luchaba por el restablecimiento puro y simple del régimen colonial; no podía tratar sino desde la base de la cesión completa, que restablecía plenamente un régimen jurídico dolosamente interrumpido. El propuesto armisticio se convirtió en capitulación, y Monteverde quedó como árbitro de Venezuela. Bien entendió la Regencia que era él quien había restablecido la obediencia al rey, y no tardó en nombrarlo capitán general. Miranda, en cambio, nunca penetró lo que esta capitulación significaba, y desde su prisión protestó mil veces contra una infracción del derecho de gentes y una descarnada violación de las garantías concedidas a quienes pugnaron por la república, sin darse cuenta que se trataba de concesiones incompatibles con el régimen colonial. Desde su punto de vista, ajeno a toda realidad. Miranda podía argüir que dejaba protegidos a los republicanos, y que su salida con destino a Londres no era, ni abandono, ni huida. En verdad, como ocurrió con los pobres soldados que lo siguieron en su primera expedición a la Vela de Coro, los abandonaba a la vengativa justicia del encumbrado Monteverde. Esto, aunado a esa incomprensible guerra defensiva que provocó la desintegración de los ejércitos republicanos y su completa derrota, lo hacían reo de traición. Y de traidor lo acusó siempre Bolívar.

Al firmarse la capitulación, y entregarse progresivamente todos los puestos aún en manos insurgentes, muchos se preocuparon por salir del país; Bolívar, cariacontecido, se halla en La Guaira, y en unión de otros oficiales, busca cómo trasladarse a las islas inglesas del Caribe y después, reanudar la lucha. Allí coincide con Miranda, y es en tal lugar —la noche del 30 de julio de 1812— donde ocurre uno de los más discutidos episodios de la vida de Bolívar. No ha faltado autor que con mucho odio y pocas razones trate de mostrar que el rompimiento anímico del Bolívar de Puerto Cabello lo lleva hasta la horrible traición de entregar a Miranda para congraciarse con Monteverde y así comprar su vida. Todo indica que no fue esto lo que pasó: las ocurrencias en el puerto antes de entregarlo a los españoles, el período sucedáneo, la trayectoria de los implicados con Bolívar en esa noche terrible, y no menos el afecto y admiración con que sirvieron a Bolívar los hijos de Miranda, señalan que la explicación es muy otra.

Bolívar reconoce lo terrible de su derrota, pero cree en el genio de Miranda para sobreponerse a ella. Su admiración por quien fue su padre espiritual no tiene entonces límites: ¿no acaso es el ínclito guerrero que ha conducido a los cien mil hombres del ejército del Rhin?, ¿no ha combatido a la tiranía desde antes que Bolívar mismo naciera? El joven lleno de ilusiones estaba seguro que el sol mirandino desbarataría la niebla de Puerto Cabello, y que surgiría más refulgente que nunca; y él, no ya como coronel sino como humilde soldado, se sentiría satisfecho. Pronto lo sacaron los hechos de este mundo ideal que no contaba con las resquebrajaduras terribles que tenía el ánimo de Miranda. No hubo victoria, ni siquiera defensa, sino una terrible capitulación que puso fin a la república, esa república por la que Bolívar había luchado en contra de la Junta, y cuya existencia era su primer artículo de fe. Y era Miranda quien mataba a la república, entregándola atada de pies y manos a Monteverde, traicionando así a Bolívar y a todos aquellos que con los poderes omnímodos, le habían entregado su vida misma. No había remedio: el hombre era un traidor, y la mejor prueba de su traición era que escapaba, sin detenerse a comprobar las supuestas garantías que, según afirmaba, le había otorgado Monteverde.

La Guaira, rodeada ya por las tropas reales, estaba bajo el mando del comandante Casas; Peña era el gobernador civil. Allí estaban también Soublette, y Mires y Carabaño, y Tomás Montilla, y cuatro oficiales más; todos se sabían traicionados y vendidos. A éstos, y en los momentos de quiebra, propuso Bolívar llevar a cabo un golpe de estado. Puerto Cabello ha sido en efecto el nadir del Libertador, pero su ánimo excelso se ha repuesto ya y vuelve a ser el hombre de acción capaz de encararlo todo para perseguir su refulgente imagen de una América unida y libre. Lo que propone es una medida desesperada, pero es la única capaz de sobreponerse a la desmoralización. Lo que Bolívar plantea es descabellado: ¿un golpe de estado cuando la capitulación se ha firmado, cuando todo el ejército republicano entrega armas y posiciones? Pero era al menos una alternativa al exilio y a la completa derrota. Y Soublette, Peña y Casas, y los siete conspiradores siguieron a Bolívar. y convinieron con él en capturar a Miranda, en proclamar una junta revolucionaria que desconocería la capitulación y que reanudaría la lucha. ¡Todavía podía salvarse la patria!

La primera parte del plan se lleva a cabo: Miranda es capturado. Más, no pudo hacerse: las tropas reales habían llegado a La Guaira, y Casas acataba órdenes de entregar la plaza. Es evidente que el epíteto de traidor con que Bolívar calificó a Casas se refiere a este momento: traidor para con sus compañeros com-

plotistas. La constitución de la Junta, la reanudación de la lucha, el enjuiciamiento y ejecución de Miranda, que Bolívar deseaba, todo quedó en proyecto. Y entraron en La Guaira las tropas reales, y se apoderaron de un Miranda ya preso. Nunca más dejarían escapar a quien por más de treinta años habían perseguido; y Miranda moriría en las bóvedas de la Carraca, en Cádiz, después de un largo martirio.

Pero en La Guaira quedaron también los complotistas. El plazo que transcurre entre un Bolívar que en La Guaira está listo para escapar, y el que casi un mes después pide su pasaporte a Monteverde, con el aval de Francisco Iturbe, hace pensar que hubo violencia para deshacer el complot, y que Bolívar quedó malherido. No era hombre para quedar inmóvil cuando a su alrededor se caía la república. Pero Bolívar, como los grandes conductores militares. tuvo particular cuidado en ocultar sus heridas. Sabía que su persona significaba el triunfo, y nunca reconoció golpes ni heridas. Después de la tremenda derrota del Semén y el albazo de Rincón de los Toros, el Libertador se retira "enfermo" a sus cuarteles. Después de la captura de Miranda, Bolívar se "refugia" unas semanas donde Casa León. ¿Y hemos de creer que ambos eclipses no se debieron a que sus adversarios habían logrado herirlo y que el hombre tenía, antes que nada, que reponerse? No faltan individuos romos que ciegamente aceptan esas explicaciones superficiales que nos hacen creer que un hombre que luchó con las armas por quince años —es decir, quince años en el ejercicio activo de la violencia— pudo pasar incólume; creen pues, porque la fe no es racional, que el tremendo Bermúdez en Güiría pudo ser detenido cuando sableaba al Libertador, él a quien no detuvieron los de Boves ni los de Morillo; y desvirtúan la rabia de Mariano Montilla quien escapado de Cartagena, va hasta los Cayos para abatirlo. Y siempre dentro de esta guerra inodora e inofensiva que suponen, les es posible concebir que se pudo detener a Bolívar en la ejecución del complot contra Miranda sin usar de violencia.

Monteverde ha triunfado, y el estandarte real ondea nuevamente en toda Venezuela. Tiene en sus manos todo el poder, y usa de él con la tiranía del momento. Aquí y allá aprieta, y son muchos los patriotas que quedan presos; acullá en cambio, el novel gobernante usa de liberalidades provocadas por fuertes donaciones, por la intervención de amigos, o por relaciones personales. Fue así como salieron de Venezuela Ribas y Bolívar, y los más de los conjurados quedando otros en libertad. El pasaporte de Bolívar lo otorgó Monteverde por intervención del español Iturbe. Simón nunca lo olvidó, y años después, cuando triunfante la república se embargan los

bienes de españoles, dirigió al Congreso una hermosa petición pidiendo que se eximieran los de Iturbe: si el Congreso me escucha el beneficiario soy yo, concluía Bolívar.[2] Pero esto no es óbice para que los enemigos del Libertador se apoyen en el pasaporte y arguyan que Monteverde se lo otorgó por los servicios prestados a la corona por la prisión de Miranda. Larrazábal, cuya colección de documentos se fue a pique al transportarlos a Europa, afirmaba tener declaración de Iturbe en que atestiguaba la airada protesta de Bolívar: ¡Capturé a Miranda como traidor a la república y no para servir al rey! Y completa el relato haciendo ver la pronta intervención de Iturbe que tranquilizó a Monteverde, quien al fin autorizó el pasaporte. A menos de que se ansíe calumniar a Bolívar, no tenemos por qué rebatir este testimonio. Es probable, además, que los implicados en el fracasado complot echaran la culpa a Bolívar, sobre todo si resultó malherido en la refriega y estaba por consiguiente ausente. No había pues contradicción entre lo que sabía Monteverde y lo que Bolívar decía sobre su propia actuación. El nuevo capitán general, por lo demás, se sentía todavía inseguro, y el exilio de los republicanos más connotados no era ni mucho menos una mala política.

La primera república venezolana ha terminado. Miranda yace en la prisión y Bolívar, exiliado, viaja por el Caribe. Va hacia Cartagena, la gran plaza fuerte de la Tierra Firme que se ha declarado independiente y que recibe a todo oficial que le preste su espada. El período de ilusiones europeas ha pasado. En adelante, habrá que hacer la guerra criolla. Pero su amor por Miranda y lo trágico de su destino dejará honda huella en Simón. Al insigne venezolano lo había enmarcado con el amor que nunca pudo dar a su padre. Su fracaso y el rompimiento brutal de sus ilusiones, fueron hechos decisivos que lo hacen crecer hasta la grandeza. Bolívar ha vivido ya el tremendo mito edipal por el que todo hombre pasa. Está ya listo para las grandes empresas, pues sabe que nadie hará lo que a él le toca sufrir. Ha tomado la responsabilidad del Libertador; sólo con la muerte la abandonará.

[2] Lecuona, *Obras completas*, I, núms. 448 y 518.

4

Tiempo de muerte

TRAS VARIAS peripecias en Curazao, donde sufrió el desdén inglés hacia el vencido, Bolívar encontró ruta para Cartagena. Y a la Ciudad Heroica llegó en diciembre del año de 1812. Muchos otros de los que lucharon con Miranda llegaron también, y le fueron preferidos. Poco valía su espada: ¿no acaso era la del comandante derrotado en Puerto Cabello? Cartagena lo destinó a servir bajo las órdenes del francés Labatut, y se le encomendó la guarnición del pueblo de Barranca, sobre el Magdalena.

En los altos valles de la Nueva Granada, y desde antes que llegaran hispanos y tudescos, se había centrado la civilización. Multitud de núcleos autónomos surgen al menor parpadeo del poder central, y el episodio del "florero" que abre las puertas a la revuelta contra el orden establecido, encuentra en todos ellos gran resonancia. Pero las dificultades no tardan: Santa Fe de Bogotá intenta en vano seguir la tradición virreinal; las otras grandes villas no la obedecen, y de cada una surgen abundantes talentos que defienden sus aspiraciones y hacen brillar sus particularidades. El valle del Cauca tiene su propio sentido histórico, e inicia una privativa guerra civil, sirviendo Cali y Popayán de centros adversos que se apoyan, respectivamente, en Bogotá y en Pasto para combatirse. Antioquia reclama su propio sistema, otro tanto hacen las ciudades del Magdalena, y las de la costa se polarizan alrededor de dos centros, Cartagena y Santa Marta, éste rabiosamente realista. En los aledaños de Santa Fe, Tunja aglutina aspiraciones federales, y llama en su auxilio a otras villas que. como Pamplona y Neiva, la escuchan.

El período que se extiende desde el 20 de julio de 1810 hasta la llegada de Morillo en 1815 ha sido calificado como el de la "patria boba". Autores hay que protestan el calificativo, y apuntan el brillo singular de los prohombres, los ingentes esfuerzos por la independencia, y el semillero de heroísmo que entonces fue la Nueva Granada. Me parece, sin embargo, que el calificativo es

justo. Con la excepción de Nariño, ninguno de los actores tuvo la visión para someterse, ni la fuerza para imponer intereses nacionales. Éste es santafereño, el de más allá cartagenero, el otro tunjano, ese otro payanés; y todos hablan y disputan y se entremezclan en aspiraciones y propuestas, cual si nada hubiera en el universo fuera de sus particularismos, y cual si la fiera España, en creciente lucha contra Napoleón, hubiera abandonado sus derechos.

Desde 1813 Bolívar entra en este mundo de politiquerías y de intereses encontrados que le causarán muchos sinsabores. Si se impone a un caudillejo regional como Castillo para llevar a cabo su Campaña Admirable, a poco lo volverá a encontrar, ansioso de venganza, y esta vez frente a Cartagena la victoria le será ingrata. Desde Cúcuta y en ese mismo año de 1813, choca con Santander, y su triunfo no tendrá mañana: 15 años después, muy cerca de allí, en Ocaña, el neogranadino logró neutralizar las fuerzas parlamentarias y hacer imposible el gobierno, forzando esa dictadura que a su vez motivó el atentado septembrino. Y en lo militar, la guerra civil neogranadina deja en el historial bolivariano gruesas manchas: La captura de Bogotá por asalto, cuando la defendían los propios americanos, y el triste abandono de su ejército frente a Cartagena, cuando se avizoraba la flota que traía el ejército pacificador. Pero todo esto se esconde en el futuro: por el momento prevalecen las ilusiones, y la imaginación de Bolívar precede apenas los que serán los hechos de su leyenda.

Cartagena advera, en el desenvolvimiento del Libertador, uno de los momentos más luminosos. El derrotado de Puerto Cabello y el fallido conspirador de La Guaira descubre que la guerra se hace también con la pluma, y que la suya es, entonces, más eficaz que su espada. No bien llegado, junto con Carabaño ofrece a los cartageneros una explicación de su conducta en Venezuela, la que es apenas el acorde inicial para el primero de sus documentos inmortales, que firma ya solo, y que intitula *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño.*[1]

Todo en este documento es extraordinario. La frase inicial tiene estupenda precisión, y la siguiente, en la que resume su vida, es de intensa belleza; una vez leída, nunca se olvida. Y estos son apenas los prolegómenos de un análisis político cuyo realismo y estrictez eran ignotos en nuestro mundo. Ni una palabra de justificación, ni un resabio de amargura; todo su ser, tenso ya hacia la victoria, desmenuza cada uno de los fenómenos que sufrió la infeliz Venezuela, y saca de ellos lecciones para evitar una misma suerte a la Nueva

[1] El texto aparece en el *Apéndice III.*

Granada. Todo está allí y cuando epiloga las cinco grandes causas del fracaso de la primera república de Venezuela, queda la convicción de que nada se nos ha escapado. Admirable el Manifiesto, lo es tanto más si recordamos los lacrimosos partes que explican la caída de Puerto Cabello. El cambio es astral, y nada ata a los dos hombres. Éste ha superado los complejos de su niñez consentida, de su juventud ociosa, y encara la vida con el realismo frío del triunfador. Si como dijera Simón Rodríguez los grandes hombres nacen cuando principian a alumbrar, es aquí donde fijaríamos el nacimiento de Bolívar.

El excelso análisis deja en la palestra dos grandes principios. Por el primero, que es de carácter político, Bolívar desecha los gobiernos parlamentarios y humanistas en tanto dure la pugna; cuando los tiempos son calamitosos y turbulentos, dice el Libertador, el gobierno "debe mostrarse terrible, y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes, ni constituciones, *interim* no se restablece la felicidad y la paz". Por el segundo se impone una norma militar que será la clave de la victoria: que la lucha contra España es una misma en toda América, y que nada de cuanto ocurre es ajeno a los independientes: "porque Coro es a Caracas, como Caracas es a la América entera", y si dejamos que la metrópoli domine al virreinato vecino, encerrados en una falsa autarquía, pronto resentiremos los efectos de nuestra improvidencia. Para el comandante de Barranca no hay claroscuros: el enemigo es el español, el campo de batalla el continente, y los medios, gobiernos terribles que forzarán a la acción a pueblos aún ignorantes de sus intereses, y tibios todavía en el ejercicio de sus derechos.

El calificativo de admirable, que se aplica a la campaña que libera a Venezuela, debe extenderse a las operaciones preliminares por las que Bolívar limpia de españoles el valle del Magdalena. Aprovechando las divisiones, atento a usar cada uno de sus parcos recursos, avanzando con su sombra de ejército hasta destruir cuantas guarniciones españolas encuentra, Bolívar se apoya en Mompox —donde estrecha amistad con los Gutiérrez de Piñeres, que morirán defendiendo Barcelona— y se ostenta como el único insurgente que conoce la cifra de la victoria. Cartagena queda libre del sitio que le imponían los españoles, y la queja de Labatut, que Bolívar había procedido sin órdenes, cae en el vacío que a su alrededor crea el triunfo. El mantuanito de antier, el coronelito de ayer, han muerto. Ha surgido el guerrero duro y fuerte por el que clama una América ansiosa de independencia.

Del otro lado de la cordillera, sintiéndose acosado, lo llama desde Pamplona el brigadier Castillo. Fue como llamar al diablo,

que no bien conjurado, aparece; y las avanzadas de las divisiones que envió Monteverde a la conquista de la Nueva Granada volaron en mil astillas. Hasta Cúcuta avanza Bolívar, y como caballo mucho tiempo enceldado, piafa de impaciencia por seguir adelante, adelante hasta llegar a esa Caracas que lo atrae con la misma fuerza que la gloria.

Bolívar era impar por la penetración de su estrategia, pero otros muchos igualaban su patriotismo y espíritu de sacrificio. Convencidos ya que el armisticio había sido craso error, y que la tiranía española era insoportable, varios fueron los patriotas que optaron el camino de las armas. Surgen en los llanos grandes guerreros, que pronto se unirán a Bolívar, y que lucharán con él: los más en Venezuela, algunos también en la Nueva Granada, unos pocos en Junín y Ayacucho. Son los dos Monagas quienes levantan caballería en los llanos de Maturín, Cedeño lo hace en los del Tigre, y Zaraza en el Guárico. Sus lanzas traen a la lucha una levadura democrática indispensable para compensar lo altanero de la primera independencia, y a la larga serán los pilares de la conquista espiritual que Bolívar hará de los llaneros.

Más al este, con apoyo en Trinidad, es otro el grupo de patriotas que se levanta contra Monteverde. Santiago Mariño es el alma de la rebelión, y reúne a su alrededor a otros 44 héroes que imbuidos todos del sentido de lo dramático, firman juntos el acta de Chacachacare y se lanzan a la conquista de Oriente. Muchos dejarán su estela de gloria: Mariño desde luego, tan impulsivo como generoso, tan valiente como mal estratega; Bermúdez, para quien la palabra imposible no existe y que lleva en su corazón un odio mortal contra todo lo que es español; caballeroso aquél, sombrío e inmisericorde éste, harán juntos una guerra de epopeya. También entre los 45 de la leyenda llegó Piar, el mulato apolíneo, el Luzbel de la independencia, cuya muerte nos arranca todavía un suspiro, y que combatió como un dios contra los españoles.

Las ciudades de la costa caen en poder de Mariño, y la rebelión de Oriente se convierte en una hoguera que el propio Monteverde quiere apagar; marcha pues hacia Maturín, seguro de dar una lección a esos bellacos. Pero éstos no son los hombres de Miranda: saben que las armas son para matar, y en cada envite se juegan la vida. El ostentoso y despreciativo ataque fue duramente rechazado por Piar, y maltrecho y meditabundo, regresó Monteverde hacia Caracas adonde ya lo esperaban las avanzadas de Bolívar. Mariño, entre tanto, ocupa Barcelona y se titula libertador de Oriente.

Para el vuelo hasta Caracas Bolívar requería la autorización de los granadinos, primero, y considerables refuerzos después, pues aún

los milagros se apoyan en la materia. Se cuenta que José Félix Ribas fue a Tunja a solicitar tropas; de buena fuente sé que fue al Olimpo, pues sólo los dioses podían enviarle esos mirmidones con los que Bolívar repetirá las hazañas del hijo de Peleo. Son casi todos barbilampiños, y muchos traen todavía los arreos del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en tanto otros abandonaron el seminario con todo y sotana en cuanto supieron que la patria necesitaba de santos en sus altares. Unos vienen con la experiencia de las campañas de Pasto, otros no han peleado sino contra Nariño; éste sale, caliente aún, de los muelles cojines de la aristocrática Popayán, en tanto el otro no sabe quien fue su padre, y hubo de mendigar el pan para hacerse hombre. Pero todos, sin excepción, llevan en el seno esa chispa heroica que estallará multiluciente bajo el soplo de Bolívar.

Nariño y Camilo Torres, los dos de acuerdo esta vez, comprenden a Bolívar y lo auxilian. El segundo lo hace brigadier y según se dice, chochea en su amor hacia Bolívar, a quien nada le niega. ¡Si sólo los demás americanos hubieran también sentido el alma atravesada por el mismo viento de grandeza! Los hay sin embargo que no quieren ver más allá de su pegujalito, para quienes la Memoria a los Cartageneros y la ecuación genial entre Caracas y América es como el griego; y se oponen al futuro Libertador y le crean problemas, y tratan de desertarle la tropa. Fue Castillo el principal oponente, pero tuvo a su lado a Santander, y éste no se quedó corto. Tropas, autorización, abastecimientos, todo ha llegado: el ejército está listo, y otea la victoria como el ganado el agua; pero Santander no entiende eso de hacer la guerra en la lejana Venezuela para salvar a la Nueva Granada, y en La Grita, a punto de emprender el vuelo, choca violentamente con Bolívar al tratar de desertar con un batallón.

La leyenda, que como todo cuanto se refiere a hechos en la Nueva Granada cuenta con plumas santanderinas, pinta el choque como de iguales, y nos hace creer que Bolívar planteó a Santander el dilema de quién fusilaba a quién. Poco probable parece esto; por los respectivos grados, por las tropas que le eran fieles, por la impetuosidad del uno y la reconcentración e insinceridad del otro, las cosas ocurrieron de otro modo. Fue el general Bolívar quien ordenó al sargento mayor Santander que marchara, so pena de ser fusilado; y éste y su regimiento marcharon, bien que el sargento quedara en la retaguardia y a poco desertara quedándose en la Nueva Granada.

¡Que se vaya! ¿Qué importa? Aquí está Urdaneta que ansía ser el único acompañante de Bolívar; Ricaurte, el del destino romano;

Ribas, que se muere por demostrar cuanto más vale que su sobrino; Maza, desde entonces tremendo; y a poco llegan Briceño Méndez, y Lara, el del caballo flaco y de larga lanza, y Silva que regresa a la lucha al igual que Soublette, siempre tan frío como capaz. ¿No falta nadie? Uno más, el primero, el más completo, el guerrero nato, el ejecutor ideal de todo cuanto pensaba Bolívar, el que resume en su ser todo lo que tiene de descabellado esta campaña: Atanasio Girardot, gloria y prez, y eterno paradigma de cuanto tuvo de heroico esta segunda etapa de la guerra.

Desmenuzar la Campaña Admirable en batallas ganantes y sonantes muchas veces se ha hecho. De poco sirve para dar una idea permanente de lo que fue esa aventura maravillosa del espíritu. Resume uno de esos momentos en la historia donde lo imposible ocurre, donde la luz efectivamente alumbra, donde el sol calienta, y donde oscuridad y niebla se derriban ante las armas de la libertad. En tres cuerpos de ejército marchan los de Bolívar, separados como las mallas de una red, siempre prontos a cerrarse a su voz de mando. No, no tan prontos, pues Ribas tiene su propia estrategia, y la lleva a cabo a fuerza de heroísmo, pero dejando de un lado al resto de la expedición. Ésta se desenvuelve con una plasticidad increíble. Bolívar piensa y Girardot ejecuta, y a veces pensamiento y acción se confunden en un solo instante. ¿Hay enemigos al frente, y son más poderosos? Girardot los rodea. ¿Se retiran a la montaña en posiciones fortificadas? Girardot los desaloja a la bayoneta, ¿Huyen, y no han sido destruidos? Girardot los persigue hasta por tres días y por mucho más de cien kilómetros, hasta que de ese cuerpo del ejército español sólo queda el recuerdo. ¿Que se ha perdido el ritmo, y hay que recobrarlo con marchas redobladas? Girardot ya las hizo. Y cuando Monteverde regresa de su malhadada expedición a Maturín, Ribas triunfa en Niquitao, y en Taguanes Girardot. Los restos con Monteverde, escapan a Puerto Cabello, viva aunque infructuosamente perseguidos por Girardot. Bolívar entra en Caracas donde una Venezuela jubilosa le confirma el título de Libertador que Mérida le otorgara (18-X-1813). La campaña libertadora parece concluida, y nace la segunda república de Venezuela.

Ya oigo la protesta de los antibolivarianos: la poesía no es historia, me gritan, y lo que aquí se afirma es tejido de verdades a medias. Nada se ha dicho del decreto de guerra a muerte, que crea el terror, y que fue el arma psicológica con la que Bolívar deshizo a Monteverde. Y ni una palabra de la Constitución de Cádiz, y de los inmensos esfuerzos que hacían los liberales de España para tender un puente a las antiguas colonias. Acepto el reto: bajo a la arena y encaro las objeciones. Porque la gran historia es poesía;

lo grave para los hombres es que hemos sido tan pequeños en nuestros hechos, por casi toda la eternidad de nuestra especie, que olvidamos que la poesía puede, también, existir en acto.

Principiemos por España. La Junta Central, la de los fracasos y circunscripciones, ha sido barrida. Los inmensos donativos de los hispanoamericanos, los mayores en toda la historia colonial, se han desvanecido: poco, muy poco se empleó en comprar armas y en abastecer a las tropas. ¿Para qué, si allí estaban esos ingleses que protestaban siempre, pero que proveían de todo cuanto pedían las milicias? Y en cuanto a los irregulares, a las guerrillas, no había que preocuparse, que los franceses muertos los abastecían con regularidad. Se perdió pues, Ocaña, y la defensa de las Andalucías fue exigua; pero en fin, Cádiz se salvó, se organizó la defensa, y provista de todo cuanto necesitaba por los herederos de Drake, la gaditana ciudad vivió una de las épocas más hermosas de su vida. Allá lejos quedan las tropas del César, y una vez estabilizado el frente, nunca ansían los mariscales asaltar la ciudad; los grandes cañones que metódicamente disparan hacen sentir a los gaditanos cierto cosquilleo que aumenta su placer de vivir.

Cádiz es la más mediterránea de las ciudades españolas, y es en un espíritu regocijado con el que las Cortes —que la Regencia convoca de inmediato— encaran el grave problema de fundamentar el reino. Cádiz es también, no lo olvidemos, el epítome del colonialismo de ultramar, y cualquier propuesta de los representantes americanos, que al fin llegan, cualquier sugerencia de limitar los privilegios metropolitanos, será abucheada desde las galerías, y combatida con todo el furor de una centenaria tradición, tanto más erecta cuanto que desmadejada y endeble.

Las Cortes se convocan, las Cortes se reúnen. De ellas se espera mucho; arrastran consigo todo aquel oscuro pero firme sentido que el pueblo español tiene por el autogobierno provinciano. Pero son Cortes que no representan a España; casi toda la península está ocupada por los franceses: ¿cómo hablar, pues, de elecciones y de verdaderos representantes? La Regencia hace lo que puede, y abre campo a las sociedades secretas, las que actúan con eficiencia y se valen de sus incondicionales, presentes en Cádiz, para llenar las curules. Pronto se rompe la tradición, cuando las Cortes (como los Estados Generales Franceses) rehúsan deliberar por "brazos", y queda constituida, en la ciudad menos española, una asamblea donde son mayoritarias doctrinas y teorías que la masa del pueblo español ni siquiera conoce.

Para el hecho americano las Cortes no presentan mayor realismo. Una curiosa y cuidadosa dosificación reduce los diputados ameri-

canos a números manejables; además, la manera de designarlos asegura que serán buenos hispanistas. Cierto es que en la convocatoria la Regencia usaba las frases gloriosas del poeta Quintana, y que reconociendo los males de la pasada tiranía, auguraba a las antiguas colonias una era toda de leche y de miel. Pero como Moisés, los americanos sólo llegaron a avistar la tierra prometida; vivieron y murieron en el desierto de la incomprensión metropolitana.

Reunidas en el otoño de 1811, la mayoría liberal a ultranza acalló a la oposición, y con rapidez hizo aprobar una constitución, que promulgada en marzo de 1812, causó historia en la península y en el mundo. Las Cortes barrían con precedentes, y apoyándose en la magnitud de la crisis, al estilo escolástico elaboraban sobre la tabla rasa del vacío político causado por la traición del César. La España que surge de la Constitución de 1812 nada tiene que ver con la que, con tozudo monarquismo y miope catolicismo, lucha a muerte contra Napoleón. Algunas concesiones a la primacía de la religión, y las reverencias al misterio de la Trinidad, no ocultan el carácter laico de la carta puebla. Al monarca, a ese deseado Fernando por el que mueren a diario tantos españoles, se le reduce en un santiamén a una mera figura decorativa, en todo movido y restringido por las Cortes; es una dictadura parlamentaria la que se establece, haciendo a los ministros responsables ante las Cortes, revisando los gastos reales, corrigiendo la política exterior, y sirviéndose de un poder judicial que con las excepciones de los fueros militar y eclesiástico, tiene plena autonomía.

Era ésta la constitución que como ramo de oliva ofrecían los liberales españoles a los americanos. La tesis era tan clara como atractiva: nuestros pueblos son hermanos, y somos todos víctimas de esa monarquía medieval que nos ha sometido durante centurias al atraso y a la opresión. Démonos la mano para emprender, juntos, la marcha hacia la felicidad de todo el mundo hispánico. La nueva España os ofrece su mano: no violéis las leyes de la caballerosidad que habéis mamado, ni os aprovechéis de las terribles circunstancias en las que nos hallamos para hacernos una guerra que ya nada justifica.

No era, no podía ser en verdad tanta belleza. Los diputados americanos encontraron que si bien generosas en extremo en cuanto a principios, las Cortes rehusaban escuchar las quejas y hasta los casos o reformas concretas que se les pedían. Venidos de las más diversas latitudes, los americanos encontraron su hermandad frente a la incomprensión española, y juntos dieron grandes batallas parlamentarias que fueron, todas, inútiles. Un ejemplo bastará. La nación

española, aquella cuya soberanía estaba representada en Cortes, se componía de los españoles domiciliados en el territorio. Para América, esa ciudadanía abarcaba sólo a los hijos de padre y madre españoles; una concesión histórica se hacía a los aborígenes quienes, por lo demás, estaban incapacitados por su estatuto de menores; nada, en cambio, permitía incluir a las castas. Por el contrario una suposición infamante flotaba sobre todo aquel que pudiera tener el más lejano parentesco con los esclavos africanos, y de un plumazo se excluía a la mayoría de la población de Indias. Allende el Atlántico, la libérrima constitución para la metrópoli recibía un tinte europeo y racista que por principio la inutilizaba.

La supuesta hermandad de los pueblos hispanos se rompía ante las realidades americanas. No era posible, ni para el *Divino* Argüelles ni para el conde de Toreno, percatarse del hecho colonial. Se requería repensar toda la historia de España, principiando donde la dejó Las Casas, para poder entender esas aspiraciones que tomaban entonces el camino de la violencia. No eran éstas por cierto las inclinaciones de los diputados americanos: en su *Exposición,* impresa en Londres en 1812, reiteran, una y otra vez, que sus voces son de protesta contra el mal gobierno y que, una vez escuchadas, tendrán fin los choques armados que hacen zozobrar a todo el continente americano.

Una misma intransigencia mostraron las Cortes en cuanto a desenlazar los fenómenos del momento. Los frecuentes llamados de los americanos quedaron sin mañana, y fue sólo tras mucho perseverar como obtuvieron ser oídos en sesión secreta. Ésta tampoco sirvió: las Cortes se recluían en un doble recinto amurallado, cuya primera defensa consistía en insistir en que todos los males de que se quejaba América desaparecerían bajo la monarquía constitucional recién creada; ¿para qué pues preocuparse de fallas y errores ya subsanados? Hacednos confianza, gritaban, que los hombres de la nueva España la merecemos. Por su segundo recinto, en actitud hoy día tan conocida, los colonos se encerraban en la absoluta condena de quienes aún conservaban las armas en la mano; esos insurgentes eran indignos del nombre de españoles, eran gentes viciosas y afrancesadas a las cuales había pura y simplemente que aniquilar. Y cuando los diputados americanos trataban de poner coto a los excesos realistas, o cuando los británicos ofrecían su mediación, las Cortes ponían oídos de mercader.

Resalta, pues, este hecho capital para nuestra independencia. Las Cortes españolas de 1812, lo más avanzado del liberalismo español, atalayeras de esa Europa que quedó cortada por la tiranía del Corso, son incapaces de entender el hecho colonial. Ofrecen, para supe-

rarlo, un novel sistema cuyas perspectivas son también las de la metrópoli, que se consolida por el uso irrestricto de la fuerza para acallar las protestas de quienes no confían en las promesas españolas. El pobre Miranda, que creyó en esta constitución liberal como una de las garantías de su capitulación, no alcanzó a pensar como americano. La Constitución de Cádiz fue solemnemente proclamada por Monteverde, pero ni un instante obstaculizó su feroz política de prisiones y de exacciones. El novel capitán general sí conocía el hecho americano; y como los conquistadores, obedecía pero no cumplía las órdenes reales. Estaba justamente convencido que España aceptaría a muy corto plazo cuanto significaba ventajas para el mantenimiento de su imperio.

Fue ésta la situación que confrontó Bolívar al iniciar la Campaña Admirable. En 1813 el hecho colonial subsiste en toda su inmensa amplitud. Nada se ha hecho en Cádiz para quitarlo de en medio: antes por el contrario, se abandona a los insurgentes al hierro y al fuego. No hay otra solución que la de arrojarse a los pies de la metrópoli victoriosa, esperando que se compadecerá de sus hijos descarriados. Los combatientes principian a sentir, vaga pero insistentemente, que ésta es la realidad. Han lanzado el guante a una metrópoli orgullosa y fiera, que lo ha recogido y que no dará cuartel. Tras la mediocridad de Monteverde pueden ya adivinarse los grandes carniceros (Zerveriz, Zuazola, Yáñez, Rosete, para no hablar de Boves y de Morales) que entienden bien la licencia de matar y de robar. Y tristemente nuestra América estaba madura para esas matanzas. Con diabólica percepción del futuro, la Madre Patria había ido, poco a poco, separando lo que los conquistadores unieron. Al mestizo, que era garantía del futuro, se le veja y se le superponen los nacidos de esas hembras españolas que nunca se consideraron iguales a las mujeres de la tierra; y llegaron después los africanos, y se armó todo ese infinito mundo de las castas en que los únicos capaces de acaudillar la independencia quedaban presos de un sistema que en todo los ataba. Si no querían perder su primacía y sus privilegios tenían que entregarse al español, y compartir las migajas del sistema colonial. No nos extrañe el temblor que recorrió a los mantuanos de Caracas después de los escarceos de 1808: basta leer el memorial del conde de Tovar para percatarse que nada querían con la canalla. Y muchos fueron también los que, como los Toro, dejaron caer o traicionaron incluso a la independencia cuando supieron que había que hermanar con las castas.

Desde las alturas de Cúcuta, Simón Bolívar comprende el enorme dilema; hoy día podemos comprobar que fue el mayor de su carrera.

Años después, y comentando el decreto de guerra a muerte, dirá a Santander que se trató de una medida necesaria para producir efectos que, si pequeños, fueron indispensables para la victoria. Esta cita, la más conocida, parecería indicar que no se percató de su alcance. En cambio, y a Penálver (24-V-1821), y recordando el aniversario del decreto, le dirá que la guerra a muerte "es la que nos ha dado patria, libertad y vida". Intuyó, pues, que de la manera más completa y total había encarado y resuelto la confrontación colonial que plagaba al mundo que nació de la revolución francesa.

Se entremataban americanos y españoles, y las crueldades de los unos eran con frecuencia duplicadas por los otros. Esto era lamentable, pero entre hombres presa de grandes pasiones, inevitable. ¿Qué necesidad había de hacer esto ley, y de decretar la muerte para todo español, extorsionándolo a servir la causa americana para no perder su vida? La responsabilidad de Bolívar es enorme, se nos afirma, pues inició una era de excesos que después no pudo represar; las tremendas matanzas de Boves y los suyos fueron consecuencia de una medida injustificable, tan loca como la del sádico Briceño, quien descompuesto en su sentido jurídico, estableció una grotesca proporción entre grados militares y las cercenadas cabezas de los españoles.

Quienes esto afirman desconocen, en uno cualquiera de los dos sentidos de la palabra, la dimensión bajo la cual debe juzgarse el decreto de guerra a muerte.[2] Cuando lo promulga Bolívar en Trujillo, el 15 de junio de 1813, no mira a las tropas españolas por derrotar, ni se fija en Monteverde; es el lascasiano que siente toda la fuerza telúrica de los americanos esclavizados, es el lector de Rousseau y de Diderot que sabe que la tiranía es mayor cuando se ejerce sobre pueblos lejanos y ajenos. Su decreto es la solución que ofrece al hecho colonial. Si cáustico y terrible, la posteridad debe reconocerle genio, pues se eleva por encima de conceptos humanitarios y cristianos que él, también, había absorbido y aceptado. Porque se trata, ni más ni menos, que de castigar a hombres inocentes, y de declarar inocentes a hombres que con frecuencia han cometido grandes crímenes.

Una de las consecuencias hoy bien definidas del colonialismo consiste en que los beneficiarios del sistema se hallan todos implicados en el vicio. No es posible distinguir, por actuaciones individuales, entre el buen dueño de esclavos y el malo; el mal estriba en que todo poseedor de esclavos realiza por ese solo hecho un acto malo que afecta su manera de ser y de pensar. Es pues culpable

[2] Ver para el texto el *Apéndice IV*.

aunque dentro de normas otras que las individuales. A la vez, y ahora se sabe, las víctimas del sistema colonial están sumergidas en una atmósfera que les imposibilita gozar de su libre albedrío. El sistema que las oprime las hace relativamente malas, pues tienen, para empezar, la calidad de víctimas.

Esto, implícito en las prédicas de Las Casas, mal formulado por Raynal, lo expresa Bolívar en términos de singular pureza. Se cuenta que dictó el decreto, que guardó el papel, y que a la mañana siguiente, tras leerlo a su Estado Mayor, lo firmó y promulgó. Tal vez así haya sido, pues sus párrafos son como bocanadas de sangre, cuya blanca rojez acusa su parte de entrañas. No está pulido, no podía estar pulido; un esteta como él habría corregido mucho si acaso fuese un documento puramente literario. Pero es el grito desorbitado del americano sometido por trescientos años que pide justicia y que exige vindicta, y que reclama la desaparición de los monstruos que infestan el suelo colombiano y lo han cubierto de sangre. Y viene pues la partición telúrica, la de españoles y americanos. Y no se nos diga que cavaba en la carne viva de una sola nación, que lo que hacía era vocear lo que sintieron Gonzalo Pizarro y Martín Cortés, lo que vivió Miranda, pero que ninguno había osado fijar con la espada de lo justo y de lo eterno. La frase final del decreto, como el veredicto del destino, queda clavada en lo más alto del espíritu, recta y enhiesta, pura y cortante como el acero, se revela como la perpetua oración que eleva un pueblo consciente al fin de su ser y de su destino.

La América después del decreto de Trujillo no será nunca la misma. Ha tomado conciencia de su esencia: la famosa unidad de los españoles de ambos mundos cae como una artimaña más de los colonialistas, y los puentes de la servidumbre quedan cortados para siempre. América vivirá como América o morirá como América, pero nunca aceptará el mito de que es una extensión ultramarina de la Madre Patria. Y este hecho, tantas veces arrinconado ante las terribles derrotas que impone el genio de Boves, tantas veces amenguado cuando la política aconseja la comprensión, nunca desaparecerá ya del firmamento americano. Será siempre la estrella polar que mantendrá vivas las esperanzas de una nación que, como tal, no puede morir; y será una de las causales del fracaso definitivo de la Expedición pacificadora, pues tanto los soldados de Morillo como sus adversarios americanos, incluso los monarquistas de ayer, saben que pertenecen a dos mundos distintos, y que el viejo trato de la condescendencia metropolitana ha muerto para siempre.

Mucho debe América a Bolívar. Hoy, tantos años después de promulgado el decreto de Trujillo, afirmo que éste es quizá su

mayor timbre de gloria. Fue el único de los caudillos que entendió que la guerra era colonial, y así combatió en ella; por eso fue revolucionario y por eso superó siempre sus derrotas. Él sabía que no necesitaba sino una victoria para triunfar, y que todos los sinsabores eran accidentes en una ruta que en su generación, o en la siguiente, o en la de sus nietos, alcanzaría la emancipación.

Fue éste el decreto con cuya ayuda se justifica la Campaña Admirable. Mucho hizo, sin duda, para crear en los americanos la seguridad y la confianza, para debilitar a los españoles quienes se sentirían en tierra extraña. Pero no apliquemos a esa campaña conceptos de la guerra moderna. Los pequeños cuerpos del ejército de Bolívar se movían con tal rapidez que no daban tiempo para crear esa aglutinante emigración que entorpecía la defensiva. El terror causado por el decreto —suponiendo que la vía oral haya podido extenderse con mayor prontitud que las bayonetas de Girardot, pues la imprenta de Juan Baillío pocos ejemplares producía—, afectaba la defensa de villas y ciudades, no la suerte de esas batallas campales que decidieron la victoria. Ni Correa, ni Tízcar tuvieron menos fuerzas por promulgarse el decreto; ni Girardot ni Ribas necesitaron de otra ayuda que la del arma blanca para acabar con ellos. El terror se utilizó para edificar la segunda república; pero para poner los cimientos, Bolívar contó con ese ejército granadino cuyos hechos increíbles y heroicos impusieron a Venezuela una eterna deuda de gratitud.

CARACAS PROCLAMA a Bolívar, Barcelona a Mariño; oriente y occidente se dan la mano para asegurar la expulsión final de los españoles. La segunda república de Venezuela parece asegurada, y no le queda a España sino reconocer a los libertadores... Mas no fue así. Para septiembre de 1814, apenas trece meses después de tan gloriosos triunfos, Mariño y Bolívar son prófugos, y el pabellón rojo y grana flamea por sobre la santa tierra de Venezuela. ¿Qué ha ocurrido?

Señalada por la victoria de sus grandes caudillos, e inerme por su situación al borde del Caribe, se abatió sobre Venezuela el primordial esfuerzo de la reconquista. Los españoles (serviles o liberales, monárquicos e incluso republicanos) nunca cejaron en su ansia de triunfo, y al abandonar la fortuna a Napoleón, la metrópoli contó además con una poderosa opinión. Los presupuestos de la guerra de independencia eran contrarios a los insurgentes; lo eran también los marcos coloniales dentro de los cuales, a la fuerza, tenía que

incrustar su gobierno revolucionario el Libertador. Todo le era entonces adverso. La guerra en España había seguido con fortuna varia. Tras su gran victoria de Wagram sobre los austriacos, y destruida la Quinta Coalición, Napoleón envió a Massena al frente de un gran ejército para acabar con los ingleses en Portugal y finiquitar la guerra española. El astuto Wellington preparó desde mucho antes sus posiciones defensivas, y al escapársele a Ney la victoria en Busaco, la ofensiva de Massena fue a estrellarse contra las líneas inexpugnables de Torres Vedras. A poco el gran ejército francés se retiraba, destruyendo cuanto podía para impedir una inmediata persecución. La pleamar de las conquistas napoleónicas se había marcado. En España se siguió la guerra, pero la suerte dejó de ser varia. Grandes cuerpos son llamados al norte para preparar la campaña contra Rusia, y la presión sobre el lord disminuye; éste ataca con la velocidad de la serpiente, y las plazas clave de Badajoz y Ciudad Rodrigo caen en sus manos. Era inminente su ofensiva pero los mariscales estaban tan profundamente divididos entre sí —pues José nunca contó— que deseaban todos la derrota del vecino. Wellington irumpe en León y una brillante campaña contra Marmont termina con la gran victoria de los Arapiles. Madrid es liberada, en tanto José recoge esas maletas que siempre conservó abiertas. Soult abandona las Andalucías y Cádiz queda libre, no sin que los gaditanos sientan profunda desilusión al ver partir crédito y gobierno, y volver al anonimato yacente del imperio que acaba.

Las fuerzas militares francesas son, con todo, superiores a las anglo-españolas; en su repliegue, los franceses ocupan Madrid, pero nada detiene la derrota, pues en España, al igual que en Rusia, Napoleón ha vivido ya. Los errores de José son aterradores, y la inmensa caravana de josefinos que con el corazón en las ruedas de sus carrozas siguen la ruta de Bayona son presa de un ejército anglo-español que sella los años de opresión con la decisiva batalla de Vitoria. Los Pirineos no son defensivos mucho tiempo, y Wellington avanza hasta tomar Burdeos y Tolosa. Es entonces, tras seis años de retardo y tras una apocalíptica destrucción, cuando Napoleón repara su error inicial y libera a Fernando, conduciéndolo como soberano a la frontera. En adelante, América tendrá que combatir una metrópoli orgullosa e intransigente porque los españoles creían, por razones válidas, que habían sido una de las grandes causales en la derrota del Corso. El regreso del rey era el advenimiento de una era nueva para todos aquellos millones de españoles que lo habían tomado como punto central de su gloriosa resistencia. Los presupuestos de la lucha independiente cambian de modo primordial al reentronizarse Fernando. Difícil es hoy concebir su trascendencia.

Recordemos que los primeros movimientos de autonomía habían tenido por razón de ser la prisión del rey y la ilegalidad de las juntas españolas. De allí, y con hartos vuelcos de corazón, se había llegado a la independencia, una independencia que, para muchos, sólo tenía sentido ante la inexorable derrota que aguardaba a todos los enemigos de Napoleón: era él quien personificaba el nuevo orden de cosas. Pero hete aquí que Napoleón cae, que su imperio pasa a ser un recuerdo, que los Borbones cubren Europa y, sobre todo, que Fernando legítima e indisputadamente ocupa el trono de Isabel la Católica.

La Iglesia subrayó hábilmente la trascendencia de este hecho. Bien europeizada, aleccionada por un pontífice también cautivo y que Napoleón liberó al mismo tiempo que al preclaro monarca, la Iglesia exige el cumplimiento de esos juramentos de fidelidad de los que era caución: el ungido del Señor ha vuelto, y es él quien os exige el cumplimiento de juramentos hechos en su favor. ¿Acaso no proclamásteis a Fernando como vuestro rey allá por los años de 1808 en medio del mayor alborozo? Ha llegado el momento de no ser perjuros ni quedar sujetos a excomunión. El doble llamado, civil y religioso, hizo encoger muchos ánimos. Combatir contra un rey legítimo y una España triunfante era poco atractivo. Si toda España se estremeció de gozo al saber que Fernando había pisado el suelo patrio, a toda América la sacudió un movimiento de terror al saber que todos los presupuestos de la independencia caían por tierra. Y muchos fueron los que entonces cambiaron de fe y voltearon de casaca.

Gobernar, en esas condiciones, es ir contra la corriente. A Bolívar nada le resulta fácil: los hombres viven de esperanzas, y nadie quiere apoyarlo cuando se vislumbran vacas flacas como destino de la Tierra Firme. Los españoles, esos que el Decreto de Trujillo declarara monstruos cubiertos de sangre, olvidan sus tribulaciones calentados por el sol naciente de una metrópoli victoriosa. Estos americanos, dicen, son poca cosa; degeneran del mismo modo que los animales domésticos que traemos a estas latitudes. Bastará con enviar cualquiera de los cuerpos que batallaron en el ejército anglo-español bajo el generalísimo inglés para barrer por completo con estos menguados que han triunfado sólo por casualidad. ¡Miradlos! Ved esa caballería que junto a la europea parece la de los estercoleros, esos batallones sin idea de orden ni de marchas, cuyos uniformes son tan abigarrados como ridículos; ved esas armas heterogéneas y reconocedlos como ineficaces contra tropas regulares; ved, en fin, cómo todo acusa la burda superchería de los triunfos americanos, pues son soldados que no conocen la táctica ni comprenden la estra-

tegia. ¿Y pensáis, bellacos, que nuestras tropas, incluso las peores, no barrerán con esta basura hasta a sombrerazos?

Bien puesto tenían el corazón esos independientes que en 1814 siguieron en la lucha. Pero los desertores, en el ejército y en la administración, en la opinión sobre todo, fueron caudal. Era mejor, decían estos cobardes americanos, olvidar toda esta novatada, cubrirse el cabello de ceniza y mendigar un perdón que, en esos primeros momentos de euforia, el monarca otorgaría tal vez. Y prometían gozosos nunca más pensar en la independencia, esa falaz independencia que tantos sinsabores y zozobras les había causado. Porque era éste, en verdad, el punto capital sobre el cual descansaba la fuerza del imperio español. Estaba constituido de tal modo que la cohesión entre sus partes aseguraba la derrota de los independientes. En América los peninsulares eran todopoderosos, y si bien ocupaban todos los puestos de la administración, los de la milicia y del alto clero, no detentaban más que de modo pasajero esas riquezas socialmente irritantes. Cualquier español podía hacer una gran fortuna, pero su heredero era ya un criollo. Eran pues éstos quienes, privados del poder, ostentaban esas inmensas riquezas que siempre han causado las revoluciones. A distancias siderales de españoles y de criollos, y despectivamente comprendidos bajo la denominación de castas, vivían la mayoría de los habitantes de las Indias en una profunda miseria, tanto más profunda cuanto que carecían de toda esperanza. Al implantar Bolívar un régimen contrario al imperial, se aflojaba la maquinaria gubernamental y los desórdenes eran inevitables. Estos desórdenes tenían por fuerza que dirigirse contra la clase poseedora, y esa en Venezuela era la criolla, la misma que coronaban los mantuanos. La metrópoli, aleccionada por una centenaria tradición, apostaba contra los criollos, sabiendo que no resistirían al ataque que contra el sistema mismo de las grandes propiedades dirigirían las castas. España creía en efecto que abandonarían el propósito de independencia antes que perder propiedades y estatuto social, y que aceptarían con alacritud la vieja servidumbre si, junto con los peninsulares, podían seguir reinando sobre la canalla.

Para combatir al segundo gobierno republicano —el de Bolívar— los españoles dejan que las castas americanas obren en su favor. Esas grandes masas desposeídas veían la oportunidad de salir de su infinita miseria desposeyendo al rico, y éste, en una inmensa mayoría, era el criollo. No se nos venga pues a hablar de una opinión pública que favorecía las Leyes de Indias, ni se nos cite la supuesta protección de una administración colonial profundamente corrompida por el cohecho, y cuyos elementos rectores eran el racismo y la esclavitud.

Poco, nada en verdad, podía hacer Bolívar para contrarrestar este movimiento. Su república no es aérea pero sí a usanza liberal, y se funda en los derechos humanos cuyo respeto beneficia a las clases acomodadas; salvo imponerle medidas de emergencia, respeta el derecho de propiedad, y fortalece el orden social existente, excluyendo sólo a los españoles peninsulares. El Libertador aspira a reemplazar el régimen gubernamental español por otro criollo, pero no a variar sus soportes. Nada ofrece entonces a las castas, y le será imposible convencer a hombres desposeídos que guarden su hambre para defender una patria cuyas instituciones no los favorecen. Su posición era insostenible si consideramos que con sólo cambiar de bando, esas castas tenían al alcance de la mano todos esos fabulosos tesoros acumulados por el centenario sudor de sus ancestros. Más difícil aún era para Bolívar convencer a los esclavos: concebía entonces su república como fundada sobre la producción agrícola, cuya mano de obra indispensable vivía en la esclavitud, y salvo ocasionales emancipaciones para reponer sus bajas, no se atreve a tocar la institución. Eran en cambio las autoridades españolas quienes por razones puramente tácticas declaraban libres a los esclavos, y una ancha sonrisa cubría su faz al considerar todo el mal que los africanos causaban a la república. Por lo demás, y una vez triunfante el rey, tiempo habría para poner todo en orden. Por entonces lo importante era forzar a los españoles americanos a confrontar el dilema que era fundamento de todo el imperio: ¿qué queréis, a España o a la canalla?

Y la canalla actúa pues siente que todos sus desmanes están justificados. Allá, desde Coro y Puerto Cabello, ¿acaso no asoman los farautes que condenan a los republicanos como enemigos del rey? Y a nombre de Fernando, se extiende una amplísima licencia para vejarlos, matarlos y, sobre todo, robarlos. Por toda Venezuela y en multitudes surgen bandas que encabeza el pulpero del pueblo, el buhonero de la región, el mayordomo del antiguo hacendado, que se arman de lanza o de machete, y se disparan contra el rico vecino sin otra consigna que la violación y el saqueo. Desde la conquista, el sistema colonial ha explotado implacablemente a estos hombres, reduciéndolos a un peonaje un poco peor que la esclavitud, pues ni siquiera tienen los derechos atribuidos a las cosas. La insurgencia les proporciona la oportunidad de vengar ofensas acumuladas desde centurias atrás. Sin siquiera dar a Bolívar la sombra de un pensamiento, siguen a su propio libertador: el caudillejo del lugar que les promete sacarlos para siempre de su desnudez y de su miseria, satisfaciendo de paso esos instintos de violencia que laten en todo ser humano. Esta revuelta, unida al brutal choque que sobre la

opinión pública americana significó el reentronamiento de Fernando, fue el arrecife contra el cual zozobró la segunda república de Venezuela.

No han faltado críticos —pues ninguno de los episodios militares y políticos del Libertador ha quedado impoluto— que señalen la incapacidad de Bolívar como la única causa del desastre: tenía en su favor grandes riquezas, toda la provincia de Caracas estaba bajo su gobierno, y con sólo mediana actividad y mediocre sentido común, habría triunfado. Las causas de su fracaso (nos dice por ejemplo Ducoudray-Holstein) fueron su inmensa ignorancia, su ligereza supina, y su constante búsqueda de fáciles placeres, descuidando las grandes labores del guerrero y del estadista.

La evolución de las guerras napoleónicas, por una parte, y la fuerza cohesiva del imperio constituido alrededor de la presencia indispensable de los metropolitanos, por la otra, echan por tierra tales asertos. Era imposible que por entonces nadie triunfara; y si echamos una ojeada sobre el resto de la América española, comprobaremos que el imperio, aun sin recibir ayuda de la Regencia, había resistido los envites insurgentes. En México los criollos abandonaron a Hidalgo cuando entró a saco en Guanajuato, y las insignes calidades de Morelos no fueron bastantes para convencer a las clases dirigentes que, ellas también, eran americanas. Caso semejante ocurre en Chile, donde fracasan los Carrera, y en Santa Fe, con el vacío que la "aristocracia" hace alrededor de Nariño, y la federación que suscita en su contra, pues ninguno de ellos acepta acanallarse. De hecho, la división de la sociedad hispanoamericana en castas, y la posición tan brillante como vacía de los criollos, hacía imposible la independencia. Ésta nunca se habría logrado de no haberse escapado dos elementos a los sapientes cálculos del marqués de Sonora y del conde de Floridablanca, quienes seguramente contribuyeron a desechar esas ideas de autonomía que Aranda y Campomanes bosquejaran. El primero de esos dos elementos que cambiaron la suerte de nuestro mundo fue la sociedad porteña de Buenos Aires, fundada en moldes ajenos a los racistas y clasistas del resto de América. Al triunfar sobre los ingleses, los porteños constituyeron un núcleo intangible que, con el tiempo, se extendió hasta Chile y el Perú. Fue el segundo el genio de Bolívar; sólo él, cual nuevo fénix, pudo resurgir de sus derrotas, transformar sus tesis en populistas, y enmarcar la lucha dentro de moldes coloniales funestos a España.

Lo admirable, en esta segunda república, es que Bolívar resistiera tanto tiempo los dobles embates de los españoles, atrincherados en la costa, y de las castas, que venían del llano. A Coro y a Puerto

Cabello llegaron considerables refuerzos realistas: flotas en regla y cuerpos de ejército enviados por la metrópoli para reducir a Venezuela. Y contra ellos combatirá Bolívar, con lo que no tiene, gritando a diestra y siniestra que cada victoria será definitiva, aunque sabiendo bien que marca apenas una pausa en el inevitable retroceso que entonces sufren los ideales republicanos.

Hay autores que señalan la campaña de Francia como la más admirable de todas las conducidas por Napoleón: perdida la batalla de las naciones, en Leipzig, el viejo César calzó las botas del general revolucionario para defender el suelo francés contra fuerzas muy superiores. Con semejantes razones podría afirmar que nada hay en la inmensa carrera del Libertador que merezca más nuestra admiración que su cruenta cruzada para mantener viva a la república en 1813-1814. Las grandes masas de las castas agrarias que se concentran en los llanos son el yunque, y desde la costa los ejércitos peninsulares completan el martillo con que se ha de majar la república. Bolívar no se amilana, y transfigura sus harapientas tropas en legiones de ángeles; con ellas, y como una gigantesca lanzadera, atraviesa cien veces el territorio de Venezuela, combatiendo contra unos y contra otros. El hombre se mostró estupendo, y cuando tropieza, sus réplicas son de magnitud incomensurable; una y otra vez, con sólo su genio aleja la derrota. Pero sus huestes quedan cada vez más menguadas y la segunda derrota de la Puerta resultará fatal.

Desde el punto de vista militar el período es extremadamente complejo. Tratemos de simplificarlo dando a grandes trazos el horizonte de la cordillera de batallas. En la costa atlántica, tras una fallida intentona de Ribas contra la flota auxiliar, desembarcan las tropas españolas, y de allí parten penetrantes ataques. El primero, todavía bajo Monteverde, pronto se desbarata; los demás, bajo Ceballos aliado al *Ñaña* Yánez, y bajo Cajigal después, son cada vez más osados. Contra ellos alcanza Bolívar las grandes victorias de Araure, y la primera de Carabobo. El propio Bolívar con frecuencia dirige las cargas, las de caballería y a la bayoneta: moneda menuda era entre esos hombres el valor, y el Libertador tenía que mostrarse, allí también, el primero. Todas son, sin excepción, victorias defensivas de las que su ejército sale cada vez más mermado. Muchos de los sobrevivientes llevaron a las guerras sucesivas un temple que sólo encuentra paralelo entre los conmilitones de Alejandro, pero muchos otros cayeron en la refriega. Entre ellos, el primero, el más querido, el que deja otro gran vacío en el alma solitaria de Bolívar: Atanasio. Su muerte, en Bárbula, cuando apenas principia la segunda fase de la guerra, lo tronchó en flor; la victoria

lo acompañó hasta el último momento, pero nadie quedaba para secundar a Bolívar en hazañas cada día mayores; Ribas, muchas veces enfermo, entendía la guerra a su manera; Urdaneta, el más fiel, era un militar cuyo ritmo no era el del Libertador; y los demás, todos biches (verdes) para los altos mandos.

A Girardot lo lloró Simón Bolívar; pero su propia tristeza no fue impedimento para que de su muerte hiciera el Libertador un gran espectáculo cuyos fines políticos eran obvios. Su amigo moría, y él, Simón, lo plañía; pero era también un héroe el muerto, y Bolívar sacaba todo el provecho que circunstancia y momento requerían. Creó por consiguiente el batallón de Girardot, y llevó el corazón del héroe en solemne procesión para entronizarlo en la catedral de Caracas, como vivo ejemplo del homenaje público que aguardaba a quienes morían defendiendo a la república. Este acto se le ha censurado, tachando a Bolívar de falso; esos críticos ignoran que los sentimientos públicos coexisten con los privados, y que éstos no excluyen aquellos. Tal vez al concebir la procesión, el inconsciente de Bolívar aquí también tuvo presente un cuadro de David: Roma atribulada, siguiendo cabizbaja las cenizas de Marco Bruto.[3]

Con todas sus inferioridades y quebrantos, Bolívar habría podido vencer de no haber aparecido entre las castas un caudillo genial. Las usuales aglomeraciones de llaneros, como las parvadas de cuervos, se cebaban sobre el débil, el indefenso; el ejército republicano las ahuyentaba fácilmente: tal hizo Ribas con Rosete, Mariño con Antoñanzas; pero las que conduce Boves tienen los atributos de los halcones de altanería. Los jefes llaneros ofrecen cualidades que son a la vez sus defectos. Hombres capaces de las más extraordinarias proezas físicas, pues combaten como animales de presa en la ancha tierra de Dios, son inhábiles en cuanto se les pide sobrepasar su horizonte geográfico. Nadie puede disputarles la victoria en encuentros parciales, en choques de caballería o en los que llevan a cabo en su propio llano; pero no se les pida formar parte de esa otra guerra que toma las provincias como unidades y a los países como etapas. Páez, invencible en Mucuritas y en Queseras del Medio, no secundará a Bolívar en la campaña de 1818 —cuando derrotado en el Sombrero, Morillo pudo quedar aniquilado—, ni obedecerá las órdenes de marchar contra Cúcuta para proteger el flanco de la ofensiva de Bolívar en la campaña de Boyacá. La expresión que entonces empleó para justificar su desobediencia es

[3] Todavía en 1820, recuerda Bolívar "el glorioso nombre del inmortal Girardot", y le da su nombre a uno de sus batallones. (O'Leary, XVII, núm. 297.)

la mayor confesión de lo que era su mundo: efectuar esa operación, dijo, era tan difícil como coger el cielo con las manos.

Estos fueron siempre los jefes llaneros, con una sola excepción, que por desgracia para Venezuela y para América, fue realista. Su nombre, que es mito, fue el de José Tomás Boves; su origen, el mar, aunque vio la luz primera en Asturias; sus cualidades, las de Timur el cojo. Demostrar en Boves un reformador social me parece vano empeño doctrinario; José Tomás destruía los marcos de riqueza colonial, tierras y ganado, y eliminaba físicamente a los criollos para dar salida a las castas llaneras: ésta era su doctrina, y para triunfar, no necesitaba ninguna otra. Su genio se revela en las operaciones militares, y de los más lejanos confines del Guárico y del Apure acudían aquellos que tenían una deuda por saldar, y que querían a Boves como caución. Ningún otro llanero llegó a manejar números semejantes —por más que errados bolivarianos traten ahora de menguar sus ejércitos— y sobre todo, ninguno fue capaz de posesionarse del territorio de Venezuela y de moverse sobre él como en un tablero de ajedrez. Guardia marina y piloto antes de ser llanero, Boves vio siempre más allá del llano; sus victorias las inicia en los llanos pero lleva la guerra contra el criollo hasta la misma costa, despreciando como incapaces a esos militaritos de la vieja escuela que enviaba España y que no entendían la guerra a la americana. Cuando el nuevo capitán general le manda su despacho de coronel, Boves, con el orgullo de sentirse respaldado por diez mil lanzas, le contesta que él también hace coroneles. Es Gengis Kan el que tintinea en nuestro recuerdo cuando pasamos en revista las cualidades de Boves; como aquel azote de Dios, José Tomás intuyó la fuerza explosiva que encerraban sus jinetes nómadas, y fue capaz de usarlos como ariete para dar al traste con toda una civilización.

El nombre de Boves está lleno de leyendas, y no faltan ensayos novelísticos que explotan las incógnitas de su inmensa figura. Mejor la entendió Montalvo al cantar —con Macpherson, el bardo cuya musa descubrió los viejos sones rúnicos de la Europa celta que tan de moda estuvieron en la era napoleónica— a un Swengal y a un Fingal que se combaten como los dioses de la guerra sobre el santo cuerpo de Venezuela. El hombre era cruel: ¿acaso no tenía mil razones para eliminar a esos criollos que habían despreciado a los suyos? Boves era un sádico, y los cuentos sobre sus bailes macabros son tan variados como espeluznantes; pero el que se ofrecía como caudillo de las castas ¿no tenía por fuerza que ridiculizar a esos dioses del ayer para asegurar su destrucción? Fue terrible y se supo terrible: encarnaba toda la destrucción implícita en el sistema es-

pañol, construido para eliminar cualquier intento de independencia por parte de los criollos.

En alguna ocasión he trazado un paralelo entre estos macabros bailes de Boves, y esos otros, llenos de movimiento y de imágenes que eran los de Bolívar. El Libertador bailaba mucho y bien, y conservó su afición por el baile hasta 1828: ya en Bucaramanga, Peru de Lacroix reseña el desgano del Libertador, y de cómo prefirió quedarse leyendo en lugar de asistir al baile del pueblo. Su ritmo reflexivo necesitaba del movimiento externo para desplegarse libremente: para dictar se paseaba, y otras veces, lo hacía desde su hamaca o desde la mecedora. Los bailes eran para él más que un ejercicio erótico o un motivo de divertimiento; eran oportunidades para dejar fluir libremente sus ideas, en forma semejante a los variados ritmos que, según se cuenta, Goethe encontraba tamborileando la espalda de la amante. Bolívar interrumpía su danza con frecuencia para celebrar entrevistas o dictar órdenes, pues el gran mundo de los destinos de América nunca lo abandonaba. Bailaba de preferencia el vals —también recuerdo de París— y es tradición que repite O'Leary que cuando encontraba una buena pareja, bailaba con ella toda la noche.

Tal vez una de ellas fue Josefina Machado, familiarmente apodada Pepita, quien es la tercera mujer en la vida del Libertador. De buena familia caraqueña, Pepita se acerca al Libertador desde su entrada triunfal en Caracas, y durante todos los altibajos de estos años de la guerra a muerte, permanece a su lado. No se conocen sus facciones; cartas de la época hablan de ella como bien parecida. Su clase, su juventud, y la inexperiencia de una moza consentida que de pronto se halla en el centro de una sociedad cuyos marcos caen a pedazos, la llevan tal vez a cometer imprudencias —seguramente más de palabra que de obra— que le suscitan terribles enemigos que la han calumniado ante la posteridad. De creerlos, con Boves al frente y los españoles a la retaguardia, Bolívar es un Luis XV cuyas campañas terminan en el *boudoir* de sus queridas, y nada podía hacerse entonces en Venezuela que no contara con la benevolencia de Pepita. Hubo entre ella y Simón pasión y amor, y el público amasiato se extendió de modo intermitente hasta las expediciones de los Cayos, cuando fue desplazada por Isabel Soublette. No acabó allí el *affaire* pues después del matrimonio de Isabel, Bolívar llamó a Pepita a Angostura, y ella vino en efecto de su exilio de San Thomas para convivir nuevamente con el Libertador. En Angostura queda cuando Bolívar inicia la campaña de la Nueva Granada en 1819; y en ruta para reunírsele, después de Boyacá, muere en Achaguas. Otra sombra femenina cruza por estos tiempos

la vida de Bolívar. Es insistente la leyenda de aquella francesa que siguió a Simón cuando iniciaba su Campaña Admirable, y que con él estuvo hasta su muerte, a manos de los llaneros de Boves. Se dice que se llamaba Anita Lenoit: también su muerte, como la de Atanasio, dejó otra gota de acíbar en el corazón de Bolívar.

Contra Boves hay que combatir, y si los primeros encuentros bajo el español republicano Campo Elías tienen éxito, pronto se voltean las tablas. Inexperto lancero —lo que elucida sus numerosas heridas y su pronta muerte— Boves aprende rápidamente la mejor táctica para su caballería, y la completa con fuertes destacamentos de infantería, haciendo de sus ejércitos los primeros cuerpos integrados de la guerra venezolana. Derrota a Campo Elías y como un rayo avanza contra Bolívar. Éste lo espera de tiempo atrás; sabe que Boves representa todo cuanto se opone a la independencia; cree que su nombre deletrea una revolución la cual estima entonces contraria a la república. Es un triángulo defensivo el que se opone a Boves. Ribas queda encargado de Caracas, en donde se ha levantado un gran campo atrincherado; Urdaneta en Valencia, donde recibe esa orden que Leónidas gustoso hubiera firmado: "Defenderéis Valencia, ciudadano general, hasta morir, pues estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndose, se perdería la república..." Y Urdaneta obedece, y Ribas ruge a lo lejos como un león herido, y Bolívar toma el vértice saliente, y ofrece batalla. Es en San Mateo donde se encuentra el ingenio azucarero de los Bolívar, y es allí donde el Libertador decide esperar a Boves. Y el choque es el más formidable que ha presenciado nuestra América: nunca las convicciones de unos y otros volaron más alto, nunca hubo más ansia de victoria, nunca combatieron mejores generales ni fueron más heroicas las tropas. El resultado es una batalla épica que debiera formar parte de la *Ilíada*. Son dos fuerzas de la naturaleza las que se combaten, y las oleadas del mar que del llano llegan se estrellan, una y cien veces, contra la roca que es Bolívar. Tras una primera etapa de furiosos remolinos Boves, herido, se retira; Bolívar sabe que volverá a la carga y pide ayuda adonde puede; cede pues ante Mariño —en lo político— con tal de recibirla, y los orientales acuden; pero no antes de que Boves intente, en una segunda parte de la batalla, arrancar lo que en la primera se le escapara.

Cerca anduvo esta vez la derrota. Fueron indispensables inmensos sacrificios, que epitomiza la muerte de Ricaurte al volarse con el polvorín y convertirse en el más romano de nuestros héroes. Con todo, no se habría escapado a José Tomás la victoria si Bolívar, imbuido de todo cuanto es grande y por ello genuinamente dramático, no mandara desensillar su caballo diciendo a sus hombres:

Aquí moriré yo el primero. Y se centuplicó la defensa y el asalto de los llaneros quedó sin mañana. Boves, rechazado, se retira para hacer frente a Mariño, que con sus tropas frescas no tiene dificultad en derrotarlo. No lo destruye en Bocachica, sin embargo, y Bolívar que se precipita en persona en su persecución, tampoco lo logra. Boves lame sus heridas, y desde su guarida de Calabozo, prepara su próxima ofensiva.

Las negociaciones que llevó a cabo Bolívar para lograr el auxilio de Mariño distaron mucho de ser fáciles. La unidad de Venezuela era indispensable para llevar a buen efecto la lucha, pero ambos libertadores se sentían superiores. Todo intento por parte de Bolívar tropezaba con rotunda negativa si antes no reconocía la independencia de Oriente y la igualdad, que no dependencia, con Mariño. Presionado por Boves, con dificultades cada vez mayores, Bolívar oyó a sus consejeros y convino en constituir un duunvirato en el que él y Mariño serían los dirigentes de Venezuela. Con esta garantía el jefe oriental avanzó en ayuda del estrujado Bolívar, y la calidad de su ejército y las cualidades de sus capitanes parecieron, por un instante, inclinar la balanza en favor de la república.

En tanto se guerreaba sin cesar, ¿qué hacía Bolívar para transformar la segunda república en un cuerpo viable? El nuevo estado se debate en medio de la mayor miseria, y todos los grandes expedientes revolucionarios son flexibles armas en manos de Bolívar y de sus ministros: la plata y alhajas de las iglesias, las propiedades de españoles —incluso los permisos para salir de Venezuela, o de liberarse de prisión mediante el pago de altas multas—, las "contribuciones voluntarias" de los potentados patriotas, el embargo del tabaco... y todo por medios feroces, que incluyen la pena de muerte contra los malversadores, pues la república se moría y no había lugar para contemplaciones. Se apoyó Bolívar en hombres de patriotismo intachable, como Cristóbal Mendoza, a quien encargó la gubernatura de Caracas; estableció a la vez varias secretarías de estado, en donde lo auxiliaron Tomás Montilla —que había estado entre los conjurados de Puerto Cabello y cuyo espíritu jocoso aumentaba sus méritos civiles y militares—, Muñoz Tébar —un joven que todavía lleva el bozo de la pubertad pero que personifica el más intransigente republicanismo—, y Diego Mérida, el sayón de la segunda república, antiguo funcionario colonial de cuya hiel se sirve entonces Bolívar y con quien, precisamente por esos defectos que dejarán de serle útiles, se disgustará en la siguiente etapa. Un núcleo legislativo se crea en el Consejo de Estado, por cuyo medio trata el Libertador de encontrar eco en sus esfuerzos administrativos. Los informes que rinden sus secretarías de estado, y que Bolívar mismo

presenta, ofrecen un incipiente parlamentarismo que es vivo ejemplo del tesonero patriotismo con que laboraron aquellos ilustres americanos en las condiciones menos propicias. Esos informes, sobre todo los debidos a la pluma de Muñoz Tébar, revelan la profundidad del pensamiento bolivariano y la visión continental que lo permea desde entonces. La unión de los países hispanoamericanos surge potente por encima de la lucha, y Muñoz Tébar la hace girar alrededor de una personalidad cesárea, única capaz de aglutinar intereses diversos y aun opuestos, y que no podía ser otra que Bolívar.

Las medidas eran terribles, pero no lo eran menos los tiempos. Tocó incluso a Bolívar la decisión tremenda de llevar a la práctica el Decreto de Trujillo. Presos en los calabozos de La Guaira y de Caracas, más de 800 españoles aguardaban el canje o la libertad. Pero Ceballos y Boves duplican sus esfuerzos, y nada parece ya seguro; muchos y poderosos los enemigos, pocos los patriotas, los prisioneros constituyen grave peligro. La terrible orden de ejecutarlos, en frío, y al arma blanca, pues las municiones son muy escasas, salió de los labios de Bolívar. Sobre Arizmendi recae el oprobio de la ejecución. Este margariteño, tan ilustre por sus hechos como por el heroísmo de su esposa —injustamente preso por los españoles y que alimentaba en su corazón un odio profundo contra ellos—, adquirió desde entonces esa aura roja que lo acompañó hasta el fin de la guerra.

Tamaño acto le ha sido profundamente criticado a Bolívar: como un ejercicio de innecesaria crueldad, como una manera de reponer el error que provocara el desplome de la primera república al caer Puerto Cabello. Las fechas que separan prisión de ejecución señalan lo porfiado de las negociaciones de Bolívar y su anhelo de no llegar a tales extremos: buena parte de las víctimas eran amigos suyos y de su familia. Pero esta vez su responsabilidad ante la república era rigurosa y no podía permitirse debilidad alguna; directamente recaían sobre él todas las exigencias de la salud pública. Otras ejecuciones semejantes, ante peligros inmensos, nos aporta la historia; incluso el derecho de gentes ha justificado esos actos desorbitados, y el ilustre Grocio admite esta práctica en tiempos de guerra y en casos de conflicto extremo. Las condiciones quedaban ampliamente satisfechas; démosle a Bolívar el mismo crédito que ha merecido Enrique V después de su victoria de Azincourt, pues tantas justificantes tiene el Libertador como el Plantagenet.

POR UN MOMENTO —como esas olas que se entrechocan y que permanecen un instante inmóviles, diría Bolívar— parece estática la

república de Venezuela. Los españoles de la costa han sido derrotados otra vez, y Bolívar prosigue sus preparativos: se apoya en Ribas para defender Caracas y destaca a Urdaneta para ocupar Barinas; queda Boves derrotado, sí, pero nunca vencido. Para vigilarlo e impedirle la entrada a la encrucijada de montes que constituyen el centro nervioso de Venezuela, Bolívar entrega a Mariño su último ejército. Como buen irlandés, Mariño es visceralmente hostil a la defensiva: desconoce la superioridad de Bolívar, ignora sus órdenes y se precipita sobre Boves quien lo espera al pie de los desfiladeros, en el punto neurálgico de la Puerta. Éste será siempre infausto a los patriotas: allí fue derrotado Campo Elías, ahora lo serán Mariño y Bolívar, y años más tarde, muy cerca de allí, triunfará Morillo sobre este último, y recibirá como recompensa el marquesado de la Puerta.

Supo Bolívar la desobediencia de Mariño, y a destripacaballo se lanzó en su alcance. A toda costa había que impedirle avanzar: adentrarse en los llanos era meterse en la boca del lobo, y las tropas republicanas eran harapos de los ejércitos de ayer. No lo logró: cuando Bolívar llegó a los linderos del llano, los dos ejércitos habían entrado en ese radio de atracción mutua donde la batalla es inevitable. Ya Boves avanzaba, buscaba el desquite, ya aullaba muerte y desolación. De nada le sirvió a Bolívar una sabia defensiva, que Boves barrió con ella; pudo salvar la infantería patriota, pero con su caballería y artillería, perecieron muchos de sus amigos y auxiliares, entre ellos el primero y el más querido, el irreemplazable Muñoz Tébar. Por sí misma no era la Puerta una derrota definitiva, y Bolívar se precipitó a Valencia y a Caracas para organizar la defensa; pero se sabía herido de muerte, pues conocía a fondo el valor excepcional del comandante Boves (como lo llama José Domingo Díaz). En sus manos el rechazo de la Puerta se transforma en una victoria estratégica de primer orden; como el pugilista que intuye la debilidad del adversario, Boves desprecia toda cautela y se lanza tras los independientes. Y las grandes masas de las castas se crecen y se multiplican, y acuden por doquier tras el terrible pendón negro, con la calavera y las canillas cruzadas bordadas en blanco. Imposible saber cuál de los innumerables jinetes de Boves tiene mayor hambre por finiquitar a la república.

En Venezuela tocan a muerto. Todos aguardan el abajón y se desquicia la defensa. ¿Para qué resistir, si todos los venezolanos saben que es la hora de Boves? Los cuadriláteros defensivos de Valencia y de Caracas son abandonados; los desesperados esfuerzos de Bolívar, quien desde la capital procura establecer un gobierno de salud pública, no encuentran eco. Nadie piensa sino en la fuga: los repu-

blicanos armados, para perderse en el monte; las poblaciones criollas, para alejarse cuanto antes de las implacables lanzas bovistas. El rechazo de las primeras avanzadas a nadie ilusiona, y toda la Caracas criolla decide seguir a Bolívar, quien con los restos de su ejército emprende la ruta de Oriente, la única por entonces libre. Esta emigración de casi toda la población acomodada de una ciudad capital adquiere, en la conciencia tradicional, los tintes surrealistas propios a un cuadro del Bosco. El número de los que la emprendieron, los sufrimientos para los paisanos, muy especialmente mujeres y niños, la proporción de los muertos, todo deja un sabor horrísono. ¡Qué hermosa oportunidad para que los antibolivarianos denigren otro poco al héroe! Porque —dicen— el responsable de la emigración fue Bolívar; el que decide tomar la ruta de Oriente, la más peligrosa y la más larga, fue Bolívar; el que nada hizo por salvar a los civiles, sino por el contrario los impulsó a seguir esa marcha desastrosa, fue Bolívar.

Poco de cierto hay en todo esto. Triunfante Boves, inerme la república, el cruel sacrificio de todo aquel que no fuera de las castas era inevitable. No eran los patriotas activos quienes peligraban: eran todos los que no eran pobres o miserables, y a quienes, por servicios prestados, no protegía expresamente Boves. Recordemos en efecto cómo fueron alanceados los mantuanos realistas que con todas sus galas, se acercaron al campamento bovista para rendir las llaves de Caracas. Los claroscuros de una lucha de clases son innegables; de allí que huyera como del diablo toda la llamada "gente decente", segura de que los lanceros de Boves les quitarían vida. honor y propiedades. Y saliendo de una modorra secular, sometiéndose a esfuerzos físicos que les parecían imposibles, con toda su humanidad los "decentes" siguieron a Bolívar y a los restos del ejército independiente. Era imposible detener a los "caraqueños bien": sabían lo que temían, y lo que temían llegaba. En la ciudad quedaron las castas pero nadie, fuera del arzobispo y de los connotados españoles ya en connivencia con Boves, nadie que supiera leer. Los riesgos de la emigración eran inmensos, pero ofrecía al menos una esperanza; y familias enteras, cogiendo lo que caía a la mano, sin preparación alguna, tomaron el largo camino de Oriente.

Pocos sus hombres, y menos todavía los republicanos de corazón, exigua fue la protección que les ofreció Bolívar. Muchos cayeron casi a la vista de Caracas; otros aguantaron unas pocas jornadas; muchos más perecieron víctimas del hambre, del agotamiento y de las patrullas bovistas. Hubo sin embargo algunos que lograron escapar; años después, ya mujer, Luisa Cáceres contaba cómo el Libertados la había llevado, cuando niña, a la grupa de su caballo. Sea

esto dicho en loor de Bolívar: para aligerar los sufrimientos de sus conciudadanos, y para ayudar a sus tropas en la ejecución de las medidas tácticas que él mismo ordenaba, nunca menguó sus esfuerzos personales. A grado tal llegó esta colaboración que O'Leary se creyó obligado a defenderlo al relatar los trabajos que en ayuda de la tropa ejecutó Bolívar en la campaña de Boyacá: esas mil faenas, nos dice, si impropias de la investidura del jefe y presidente, eran compatibles con el guerrero fuerte y el humanista profundo, consciente de la preeminencia de la victoria y de que la investidura sólo podía asentarse sobre una ilimitada responsabilidad.

La decisión de Bolívar de fijar en oriente una nueva línea defensiva era digna y propia. No así las otras medidas que adoptó entonces; ellas inician, por desgracia, el período negativo de la existencia pública del Libertador. Éste abarca, desde sus fallidos esfuerzos para detener a Boves, hasta que finaliza su estancia en Jamaica, septiembre de 1815. Acosado por sus amigos y familiares, por el círculo mismo de republicanos que consideraban que ellos, y sólo ellos, encarnaban la patria, Bolívar accede a pedir auxilio a los ingleses. Sus enviados, el general Lino de Clemente y el coronel Robertson, no fueron recibidos en Trinidad, y la gestión no tuvo consecuencias. Lo terriblemente grave fueron las instrucciones que normaron la conducta de los embajadores. No se les encargó obtener armas a crédito, lo que era comprensible, sino obtener auxilios directos de batallones completos del ejército inglés que, so pretexto de restablecer el orden social, desembarcarían en Venezuela en son de conquista; unas supuestas garantías sobre su eventual retiro quedaban borradas en tanto era la propia Albión la que decidiría si las condiciones quedaban cumplidas; además, Bolívar concedía el pago contante y sonante de la región ístmica: el futuro canal transoceánico sería pues británico. Por si todo esto fuese poco, Bolívar autorizó a sus enviados a sumarse a la política esclavista de las Antillas inglesas: acusa en consecuencia a los españoles de liberar a los esclavos y de producir revoluciones; promete seguir una conducta contraria, y se compromete, además, a devolver a sus propietarios los fugitivos de las plantaciones de azúcar.

La carrera pública de Bolívar es un fulgurante intento por quebrantar obstáculos inmensos con el fin de libertar a América. Muchas veces esos obstáculos la resisten y como Don Quijote en la aventura de los molinos, cae lejos de su objetivo, todo maltrecho y derrotado; pero sin siquiera mirarse la ropa (como diríamos para un torero) vuelve a la brega, seguro de la victoria. Su vida es una extraordinaria muestra de cohesión y de energía, de fe en sí mismo y en su causa. Hubo sin embargo una excepción, una sola excep-

ción. Al sentirse acorralado por Boves, sin contar con el respaldo de sus conciudadanos, por única vez muestra Bolívar un quebrantamiento en su moral. Los grandes marcos de su concepción independiente se le han venido abajo, y el Libertador no entiende el por qué. Su república nada significa para las castas venezolanas, y la combaten por razones e intereses que los presupuestos mentales del Bolívar de entonces no alcanzan a conocer. Menos aún entiende a aquellos criollos con cuyo absoluto patriotismo contara: le retacean su ayuda material, y prefieren aliarse al español antes que empeñarse en un sistema que terminaría por acanallarlos. Tamaña tragedia puede explicar, que no excusar, las infaustas instrucciones que dio Bolívar a sus representantes; puede también permitirnos entender la falta de espíritu bolivariano que permea entonces sus acciones.

La retirada a Oriente fue apenas un respiro en la ininterrumpida ofensiva bovista. Una escala en Puerto Cabello para reabastecer sus tropas aligera la presión que Boves ejerce sobre los vencidos. Es Morales, guerrero denso, cruel y falto de genio, quien la lleva adelante. Y en Oriente el respiro se aprovecha para organizar la defensa de la costa alrededor de Barcelona; después, de los llanos, cuyo centro será Maturín. Una defensa digna de tal nombre era imposible. Los caudillos independientes, que de mal grado escuchaban al Libertador, se rebelan ahora en su contra. Si bien difícilmente era posible para el héroe de San Mateo hacerse obedecer; acatar en cambio órdenes del derrotado en la Puerta, del Libertador que huía, ¡nunca! Los orientales desconocen de igual manera a Mariño, y serán Piar y Bermúdez quienes se alcen con el mando. Ribas, por su parte, se ofrece como el nuevo Libertador de Occidente.

El avance de Boves por los llanos es pausado como el destino. Casi toda Venezuela está en sus manos, y el Oriente tampoco escapará. Las operaciones en la costa quedan a cargo de Morales, quien tras Bolívar llega. Éste y Bermúdez deciden hacerle frente en Aragua. Pero una causa dividida entre los suyos nunca es fuerte ante el enemigo: Bermúdez opina esto, Bolívar aquello, y fueron dos las diferentes acciones que sucesivamente ganó Morales. El Libertador tuvo razón al afirmar la superioridad de su estrategia y culpar a Bermúdez de insubordinación; maduro ya, y veterano además, sabía que ese no era el momento de la república; no quedaba sino dejar pasar el vendaval y aprovechar las próximas debilidades del enemigo para reanudar la lucha. Todo esto es cierto, como lo es también el dicho de von Clausewitz, según el cual una vez iniciada la acción, pronto se sabe el curso de la batalla, y que es vano empeño insistir en contra de la evidencia hasta jugar sus últimas reservas, para después salir del campo como un limosnero. Se nos hace difícil, sin

embargo, aceptar la imagen de un Bolívar retirándose con sus tropas en tanto las de Bermúdez se baten desesperadamente. La derrota de Aragua de Barcelona elimina a Bolívar de la contienda; al mismo tiempo, concede a Boves el dominio de las costas orientales, lo que sella la suerte de los independientes. Estos creen todavía en la victoria y continúan preparándose para rechazar al invasor en la cien veces heroica Maturín. Ribas y Piar se confirman como grandes caudillos y se apoyan en la gloriosa caballería de los llaneros orientales todavía intacta; con un genio militar semejante al del tebano Epaminondas contra los espartanos, los orientales crean una falange de caballería a la que llaman "rompelíneas". Sus ilusiones de triunfo vuelan otra vez muy alto.

¿Qué hacían, a todo esto, los caídos astros? ¿Dónde están los duunviros, dónde los libertadores? La mala racha sigue para ellos: si permanecer en la Tierra Firme es imposible, les queda la flota; verdad que es pequeña, y que está casi compuesta de corsarios, pero no tienen más alternativa que embarcarse en ella con cuanto les queda: algunas armas, unos cuantos soldados, y buena cantidad de la plata recién confiscada de las iglesias de Caracas. Era imposible, en esa situación, que alguno de los corsarios no aprovechara el río revuelto de la caída de la segunda república. Fue el italiano Giuseppe Bianchi quien sacó a relucir viejas cuentas y se hizo pagar a la fuerza: a los duunviros impuso leoninas condiciones en el reparto de la plata y éstos, sin otra defensa que su palabra, tuvieron que aceptar. La reivindicación de su autoridad fracasó cuando la flota recaló en Margarita, pues en lugar de encontrar apoyo por parte de Piar, fueron recibidos a cañonazos. Los duunviros se vieron obligados a regresar a Carúpano, donde quedaron presos: ellos, la plata que dejó Bianchi así como los pocos pertrechos, todo quedó en poder de Ribas.

Podemos imaginar la terrible escena que ocurrió entre el tío y el sobrino: entre el hombre espléndido que nunca conoció el término medio, y aquella ave de alta mar que avistaba los nuevos horizontes de la lucha por la independencia. No puedo creer que Ribas acusara de traidores a los duunviros, ni que contemplara ejecutarlos. Entre Ribas y Bolívar hubo siempre una comunidad de amores, de odios y de grandezas que excedió las diferencias que las catástrofes de la guerra a muerte impusieran a su individualidad soberbia. Ribas sintió, eso sí, que él encabezaba el nuevo relevo de la guardia patria, y que ahora reemplazaba a Bolívar dentro de ese gran *maelstrom* de la independencia que inexorablemente sacrificaba a los débiles e incapaces. Con cierto ánimo de retribución expidió a Bolívar despachos muy semejantes a los que recibiera de

él al iniciarse la Campaña Admirable; y Bolívar los aceptó. A bordo del *Arrogante* —al mando del capitán Estévez a quien se atribuye su liberación— y siempre acompañado de Mariño, Bolívar se dirigió a la Nueva Granada a solicitar refuerzos para auxiliar a Ribas, quien como general en jefe, proseguía su lucha en Venezuela.

Ni el heroísmo de Ribas ni la capacidad maniobrera de Piar fueron bastantes para detener a Boves. La suya era la marcha de un río, y ya al frente de sus tropas barre casi sin detenerse el dique que Bermúdez le presenta en Magueyes; a Maturín se dirige, y Ribas, ya reforzado por Piar, le hace frente en Urica. Cuéntase en Indochina que incluso el Buda interrumpió su meditación para presenciar una lucha de elefantes; la de Urica no fue menor, y si los realistas triunfan, los escuadrones "rompelíneas" venden cara la victoria. Boves se cuenta entre las víctimas. La tristeza se amalgama con la venganza en el pecho de los bovistas, y los transforma en una manada de sedientos tigres. Quieren duplicar, en tierra americana, el homenaje póstumo que los suyos hicieron a Babar, el fundador de la dinastía de los grandes mongoles: si aquel gustaba de la pirámide hecha con las cabezas cercenadas de sus enemigos, a Boves se le ofrece el inmenso holocausto de Maturín. Nada de cuanto fue vivo respiró más, y sólo los graznidos de los zamuros rompieron aquella infinita soledad. La segunda república venezolana había sido aniquilada. Bermúdez pudo escapar, añadiendo otra cauda a su leyenda, y Piar también; pero el gorro frigio de Ribas rodó por el oriente venezolano, como mudo compendio de cuanto había sido heroico en esa lucha de gigantes. Otros, que se salvaron, persistieron. Todos los que serán generales de Bolívar, en su lucha por liberar la Gran Colombia, mostraron su grandeza de ánimo y también su buena fortuna; y Sucre, Anzoátegui, Pedro León Torres, y Cedeño y Zaraza salieron de esta prueba como el acero después de su inmersión, pues nada ni nadie podrá ya desviarlos de su invariable propósito de independencia.

Boves desaparece y, a poco, Bolívar triunfa. Boves desaparece y, poco después, surge Páez quien se convierte en el mayor de los llaneros, en su héroe carismático. Y para muchos, lo que es sucesión temporal se transforma en concatenación causal, y lo uno y lo otro se superponen y se priva a Bolívar de su carácter más permanente, el de portavoz de aquella levadura populista furiosamente igualitaria que permea la revolución de la independencia. No puede discutirse que la causa del rey perdió, en 1815, a su campeón el más fiero y el más penetrante. Cuando pudo elevarse sobre la compunción tremenda que le causaban los crueles hechos de Boves, así lo reconoció Bolívar; pero nada nos autoriza a pensar, como afirma

José Domingo Díaz, que "si Boves hubiera vivido, jamás Bolívar habría vuelto a nuestra patria. Su terror habría hecho desaparecer todas sus aspiraciones".

Boves no era invencible. La mayor gloria de Bolívar es quizá haberlo derrotado en la batalla de las batallas, en San Mateo. El caudillo asturiano surgió, además, en circunstancias que no se perpetuaron: había sido de las castas agrarias, y pronto llegaron tropas metropolitanas que nada quisieron saber de las reivindicaciones de aquellas. La política que ejecutó Morillo se debió, en gran parte, a los puntos de vista cruda pero eficazmente expresados por el padre Llamosas en su *Memorial* al rey; con todo y ser capellán de Boves, este religioso criticó fuertemente al abanderado de la causa española por su sistemática eliminación de todos los blancos. ¡Que no se permita una Venezuela de color! era el desesperado grito de que se hacía eco Llamosas al pedir ayuda militar a la península. Como tantos de los suyos, Boves habría sido relegado y despreciado por Morillo; otra vez se le habría ofrecido el coronelato para elevarlo, con el tiempo, a brigadier, siempre por debajo de La Torre, de Canterac y de otros que como militares no le llegaban al tobillo. José Tomás no tenía, como Morales, alma lacayuna; confrontado por una nueva realidad colonial que era a su vez producto de sus victorias, habría tal vez cambiado de bando. Y las riberas del Caribe habrían retemblado con su reto magnífico al monarca español. Habría tal vez cambiado de bando: ¿y su bandera? La calavera cruzada por las dos canillas representaba el alma del llano. Pero según se afirma, la masa inculta de los llaneros seguía al hombre y no a la causa. y con fruición se cita a Martí para presentar a Páez como el hombre de inigualadas proezas físicas que por ello mismo se convirtió en el primero entre sus pares. La banderola de Boves nos ha sido escamoteada: se han desdibujado las reivindicaciones que las castas tenían en contra de los criollos y que Boves personificó. Se desvirtúa también su lucha, y se nos deja la imagen de un Boves que desató las pasiones del robo y de la expoliación sin otro motivo que la maldad humana; y desaparecido José Tomás, se nos dice, los llaneros oyeron a su ángel bueno, escogieron a Páez y con él hicieron la independencia. Y como Páez no tuvo bandera propia, y sus victorias secundaron a Bolívar, se nos ha truncado la lucha de clases que acabó con la segunda república de Venezuela.

Todo parece aquietarse a la muerte de Boves, y todo volver a su sitio. ¿Cuál sitio? El de una América dividida inexorablemente entre poseedores y desposeídos; una América que se hizo independiente del poder metropolitano, pero que fue incapaz de variar los injustos marcos sociales heredados de la colonia. Es cierto que la muerte de

Boves marca el fin del período más ardiente de la lucha de clases, pero no por ello desaparece la pugna. Quien empuña el estandarte de la causa llanera, ese que cae de la diestra de Boves en Urica, es Bolívar, y al unirlo con el heredado de Miranda, eleva su personalidad hasta hacer posible la independencia. Que no se arguya que al morir Bolívar quedan intactos los marcos coloniales —como es desgraciadamente cierto—, porque lo que aquí nos compete es señalar que desde su regreso de Haití y de Jamaica, confirió a su lucha un carácter revolucionario que resume el hecho físico de enarbolar el propio pabellón de Boves. Recordemos cómo lo pinta el autor de *Campagnes et Croisiéres,* militar europeo poco afecto al Libertador. En la batalla del Semén, nos cuenta, Bolívar parecía buscar la muerte, tanto fue lo que se expuso; y la banderola que ondeaba en su pequeña lanza, esa que quedó tinta en sangre, era la de Boves, a la que había añadido su divisa, la de *Libertad o Muerte.* Que no se nos venga a decir que Boves fue uno de tantos caudillos que ganó a los suyos para la causa real, y que a su muerte los llaneros siguieron a Páez y a la república. Mucho se desluce así la figura de Bolívar, porque con él, y no con Páez, militaron los llaneros. Sólo Bolívar podía asegurarles que la revolución de la independencia sería igualitaria, y por eso hizo suya la causa de Boves. José Tomás no era llanero, como tampoco lo era Bolívar; Boves veía más allá del llano, al igual que Simón; y uno y otro provocaron entre los llaneros esa idolatría que se guarda no para quien ejecuta mejor lo que nosotros hacemos, sino para quien encarna todo cuanto no hemos osado pensar. Bolívar y Boves moldearon a los llaneros como el gran instrumento estratégico para sus campañas más allá del llano, cosa que ningún llanero se atrevió a realizar. Ni olvidemos tampoco que, si bien por razones distintas, ambos despreciaron las riquezas materiales, separándose de los verdaderos llaneros quienes tomaron la guerra como el medio más propio para hacerse de tierras y de ganados (Monagas, Páez, grandes terratenientes todos). Llámese Venezuela o España, rey o república, Bolívar y Boves iban rectos hacia el blanco soberbio del espíritu, y por igual buscaban, sobre todas las cosas, el bien de su Venezuela.

Para Morillo los llaneros eran un estorbo, y la guerra a muerte que habían aplicado, una maldición. Es pues probable que ese insistente rumor que nos llega sobre los caudillos llaneros que ejecutó Morales para afirmarse como sucesor de Boves se refiera, más bien, a la revuelta que ocurrió cuando Morales decidió secundar a Morillo en su política racista: esa fue la revuelta ahogada en sangre. Morillo, por lo demás, no tardó en desconocer los grados del ejército bovista, ni en enviar buena cantidad de las tropas irregulares venezolanas

a la Nueva Granada. Muchos de esos soldados perecieron bajo los muros de Cartagena, pero otros muchos sobrevivieron para formar los cuadros veteranos con los que Barreiro combatió a Bolívar en Vargas y en Boyacá. La muerte de Boves fue decisiva en el curso de la independencia en cuanto permitió a Bolívar reconocer sus aristocráticos errores. Tras las devastadoras lecciones de la guerra y las tremendas de la soledad y miseria en el destierro, Bolívar desandó camino para empezar en donde se desvió el curso de la revolución. Ya encontramos un análisis imparcial y el apunte de futuras soluciones en el manifiesto que firma en Carúpano, el 7 de septiembre de 1814, al salir por segunda vez hacia el destierro.[4]

La magnitud de la derrota, el momento en que el manifiesto queda escrito, lo sombrío de un horizonte iluminado por los rayos de las victorias conservadoras y realistas en el Viejo Continente, son circunstancias que hacen este documento —para mi gusto— el más sentido y profundo de cuantos salieron de la pluma de Bolívar. Cada palabra viene rubricada por una infinidad de actos heroicos, cada frase trae el lejano rugido de ese mar de los llanos que se había desatado hasta destruir todo cuanto construyera en Venezuela la civilización de los hombres. No niega Bolívar su responsabilidad, pero explica el por qué de sus fracasos; el individuo deja de ser el fantoche omnipotente que creamos en nuestras visiones de opio, y se muestra tan pequeño como lo divisaron los grandes pintores chinos, es decir, insignificante frente a una inmensa naturaleza que por doquier lo rodea.

El hombre que suscribe el manifiesto de Carúpano nada tiene en común con el joven que desde Cúcuta lanzó sus huestes a la campaña que se convirtió en Admirable. El baño en la sangre del dragón no transmutó tanto a Sigfrido como lo hizo esta inmersión en las pasiones humanas que sufrió Bolívar durante los dieciséis siglos, digo meses, que duró el segundo episodio de la república en Venezuela. Ninguno de los excesos pasionarios le son ahora desconocidos, y nadie siente mejor que él cuán tenue es la capa del patriotismo, y cuán sólida la corteza de una tradición de servidumbre ya centenaria. Lo extraordinario es que el Libertador no se amilana ante las más terribles pruebas que pueden confrontar a un hombre público. Una vez más analiza las causas de la derrota, defiende a los suyos de toda tacha, y señala que son los mismos venezolanos quienes ciegos a su destino, en gran mayoría sirvieron de auxiliares a Hephaistos para remachar las cadenas de la servidumbre de la heroica Venezuela. Y él, Bolívar, ¿acaso no es responsable? Ni por un ins-

[4] Ver *Apéndice V* para el texto.

tante lo niega; sólo que su justificación sale de todo cuanto es ordinario, tanto por la causalidad en que la funda, como por la proyección que le da. Para Bolívar la guerra de liberación es moralmente indispensable, y por eso no hay que reparar en su costo. Y Antígona no habría podido expresar mejor el motivo de su sacrificio si afirmara, con Bolívar, que nada hay más sublime que vindicar la naturaleza ultrajada por la tiranía, sin reparar en consecuencias; no es lo asequible lo que los americanos han de ejecutar, nos grita, sino aquello a que el derecho los autoriza. Ninguna de las excusas tibias y plausibles, propias a hombres del común ocurren en su manifiesto. Convocado ante el tribunal de la historia, señala que ha traído la libertad, aunque tras ella vinieron guerra y servidumbre: eran muchos los siglos de culpa para pensar que los intensos pero breves sacrificios de la segunda república borrarían instituciones cuyo fundamento se perdía en la oscuridad del tiempo. Una adusta providencia se había pues servido de Bolívar para colmar la medida de los sufrimientos de los americanos, pero los hacía en cambio inmunes a los inmensos sacrificios que todavía tenían por delante. Ni un momento se dobla el hombre hasta mermar su personalidad o empequeñecer su responsabilidad futura. Él se sabe ungido por sus conciudadanos para llevarlos hasta la victoria: en la lucha no habrá más que pausas, pues su resultado final sólo puede ser el de la libertad de América. Y en nuestra memoria, como suspendida por sobre toda la niebla de los horrores de la guerra a muerte, queda la premisa exquisita: Mereceré siempre el apelativo de Libertador, americanos, y ninguna potestad humana sobre la tierra detendrá mi curso, pues yo, Bolívar, voy hacia la libertad como el río hacia el océano. ¡Seguidme, que por encima de todos vuestros sufrimientos, yo os haré libres!

Del *Arrogante* desembarcó Bolívar. En Cartagena no se detuvo ni para limpiar el polvo de sus negras botas. Hombres y armas le habían sido confiados por el Congreso de la Confederación Granadina, y si con unos y otros había levantado la segunda república de Venezuela, regresaba ahora con una brazada de inútiles victorias. Ante el Congreso ansía justificarse; necesita saber que ese cuerpo de sabios, ese tribunal imparcial (como él mismo lo llama), comparte su derrota. Camilo Torres supo exonerarlo de culpa en una frase que como tantas otras suyas, fue pensada para la historia: "Vuestra patria no ha perecido mientras exista vuestra espada. El Congreso Granadino os dará su protección porque está satisfecho

de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un gran hombre..."

Bolívar necesitaba del Congreso; el Congreso, a su vez, había menester de Bolívar. Y la justificación deja a Bolívar profundamente obligado con Camilo Torres y sus confederados. La Nueva Granada sigue dividida, Santa Fe rehúsa formar parte de la Confederación, y la solución militar se estima improrrogable. Ésta es demanda que Bolívar no puede declinar. Cuenta, de hecho, con el ejército más importante en tierras granadinas. Urdaneta, destacado hacia el occidente antes de la ofensiva final de Boves, condujo una retirada comparable a la de Jenofonte: con su división casi intacta tramontó los Andes. Como en tantos otros episodios de la lucha por la independencia, encontraremos que sólo la personalidad prodigiosa de Bolívar permite a los americanos tener fe en sí mismos. Esta cualidad toral del Libertador ha sido insuficientemente destacada. Y es que Bolívar fungió como alma para el cuerpo inmenso de hombres que tomaron las armas y dieron su vida para que la patria naciera. A alguien tenían que asirse para sobreponerse a las más terribles tragedias, y ese alguien era Bolívar. Por encima de las derrotas, el patriota presiente que en el Libertador se esconde ese algo indefinible, sin lo cual nunca podrá soportar los sacrificios sin número que exige la lucha contra España. Y es así como encontramos que los sobrevivientes de la hecatombe en Venezuela, los de la retirada épica, se aferran a Bolívar, sólo a Bolívar.

Cuando el ejército sabe que su general ha llegado a tierras granadinas, que se ha salvado, ni Urdaneta, ni sufrimientos, ni órdenes, ni disciplina cuentan. Los grandes peroles del rancho quedan borbotando sobre la lumbre en tanto los soldados empeñan una desesperada carrera para saber quién divisará primero al Libertador. Los vítores se extienden de valle en valle cuando lo toman en hombros. Felices regresan al campamento: ¿y es acaso milagro que la presencia de Bolívar decuplicara las fuerzas de los ejércitos independientes?

El Libertador entiende a sus soldados; no es un disciplinario ni tampoco puede castigarlos cuando le otorgan la verdadera justificación de sus esfuerzos. En Cúcuta acuartelan los restos del ejército libertador, los hombres de Bolívar; con ellos está obligado a servir al Congreso Granadino. La toma de Santa Fe de Bogotá se les fija como objetivo. Para hombres que venían de los épicos combates en Venezuela, la operación no representaba, militarmente, problema alguno. Con la maestría del hábito tomó Bolívar sus disposiciones, rodeó a Santa Fe y pidió su rendición. Ésta fue ostentosamente rechazada. La opinión pública es contraria a la federa-

ción, y los gobernantes, en unión del clero, llevan a cabo una desorbitada campaña contra Bolívar. Ninguna calumnia les parece inútil, y redoblan cuantas acusaciones se le hacen, por bajas y repugnantes que sean: Se tilda a Bolívar de ser el peor de los jacobinos, de llegar como un tirano, todo cubierto de la sangre de sus conciudadanos, de encabezar un ejército de energúmenos de los cuales puede temerse toda clase de excesos. Y los santafereños, recordando que dos años antes Nariño había victoriosamente rechazado un ataque semejante, preparan optimistas su defensa.

Las condiciones eran, sin embargo, diametralmente opuestas. Nariño sufre la dura prisión española, y entre Bolívar y Baraya no hay otro punto de contacto que el uniforme republicano. Tras los primeros choques, en que la fácil defensiva en la ciudad hace algunas bajas entre los veteranos —entre ellos uno de los seis hermanos de Pedro León Torres, que murieron todos en el campo de batalla, pasando a la leyenda como los Siete Infantes de Lara—, Santa Fe queda inerme frente a Bolívar. Éste, que reiteradamente había ofrecido generosos términos de rendición, acepta con alacridad la que ahora se le ofrece; a los santafereños los protege en todos sus derechos, y proclama esa unidad que por tan desgraciados medios buscaba el Congreso entre los granadinos. Con un manto de olvido pretende cubrir toda esta infortunada violencia entre hermanos; una vez más cree Bolívar ser lazo de unión entre granadinos y venezolanos, y poder con todos ellos dar frente al enemigo común.

Se equivocaba grandemente. El triunfo era infausto por su carácter y pequeño en cuanto a su enjundia. Mal podía, con él, borrar las tremendas victorias de Boves. Tampoco se le perdonó la violencia ejercitada contra Bogotá; escasas pérdidas humanas y materiales, dado el tipo de la operación militar que se llevó a cabo, fueron de todos modos considerables, y los antibolivarianos las exageraron entonces (y las exageran todavía). La calumniosa campaña contra Bolívar tampoco se apagó con los generosos términos de rendición concedidos, ni cesó con la entrada a Bogotá de las autoridades confederadas, con Camilo Torres a la cabeza. Un aspecto de este episodio es importante en cuanto revela la psicología de Bolívar. Los ataques calumniosos, sobre todo tan injustificados por parte de un clero que lo pinta como el anticristo, le son profundamente dolorosos; pero rendida la ciudad, expide una Proclama que, en cuanto a él, confunde en el limbo del pasado cuanto se había dicho en su contra. Una y otra vez, durante toda la etapa de la emancipación, encontraremos ejemplos de esta soberana cualidad por parte de Bolívar: la de olvidar ofensas y agravios, si con el olvido se mantenía viva la unidad de propósito y la acción común en contra

de España. Ejemplos sobran: recordemos, casi de paso, los de Mariño, Bermúdez, Gual y Mariano Montilla. Hasta 1826, el Libertador siempre pudo someter sus propios sentimientos a la persecución del ideal. Esta cualidad, que fue inmensa, ha sido ignorada o de plano desechada por los antibolivarianos. Sólo así pueden torcer dolosamente situaciones que los llevarían a admitir la magnanimidad enorme que como Libertador acompañó siempre a Bolívar.

El peso de la oposición granadina es ahora preeminente; si el Congreso lo ha librado de responsabilidad en las derrotas, no así los militares que ven con temor la repetición de operaciones contrarias a todos los cánones y saldadas con inútiles sangrías. Todo esto se funde en la lucha civil que se ha desencadenado en Cartagena. En esta ciudad, que conserva su independencia, se oponen dos partidos: un populismo revolucionario que encabezan los Gutiérrez de Piñeres, amigos de Bolívar, y la aristocracia porteña que quiere independencia sin revolución. Son los partidarios de ésta quienes triunfan.

Cuando en camino hacia Santa Marta —cuya captura es el objetivo que le ha fijado el gobierno granadino— Bolívar con su ejército llega a las cercanías de Cartagena, la situación le es ya totalmente contraria. Su viejo enemigo el general Castillo es el comandante militar y en Cartagena se impone una ley de hierro contra todo aquel que haya militado con Bolívar. Muchos de los suyos que huyendo de Venezuela se han refugiado en Cartagena (incluso granadinos, como el insigne d'Elhuyar), son arrojados a las mazmorras del puerto; un temporal antibolivariano barre a la Ciudad Heroica, y no pocos venezolanos se dejan manipular. Entre ellos destaca Pedro Gual, para quien la vida de su santo patrón servirá de ejemplo más de una vez. Toda esperanza de encontrar ayuda en Cartagena cae por tierra. Y Bolívar se halla con un ejército insuficiente para la campaña contra Santa Marta, y condenado a perecer sin la ayuda logística que esperaba. El dilema era grave: o arriesgaba su ejército, el último, en una campaña difícil y quizás desastrosa, o bien participaba en la lucha civil cartagenera, confiado en que su presencia permitirá a los Gutiérrez de Piñeres y sus amigos demócratas recuperar el poder. Para su desgracia, Bolívar escogió este último.

Un sitio incompleto e imperfecto se establece; Bolívar, en tanto, y a todos los niveles lleva a cabo febriles negociaciones con las autoridades cartageneras. Éstas mantienen al rojo vivo el antibolivarianismo, y alargan mañosamente los tratos, confiadas en las defensas militares de la ciudad y en las plagas que los pantanos de los alrededores inevitablemente provocan entre los sitiadores. Y las ne-

gociaciones se prolongan y se dilatan y Bolívar se ve forzado a pedir al Congreso que intervenga, y éste, al fin, envía un mediador. Se trata del canónigo Marimón quien poco afecto a lo revolucionario y bien imbuido de todo lo estrictamente localista, pronto se solidariza con los enemigos del Libertador. La situación de éste se hace insostenible. Su ejército, ese ejército de héroes y de libertadores, se esfuma; y desesperado, Bolívar entra en un período de actividad militar que no tiene justificación. Sus operaciones contra Cartagena, mal concebidas son mal ejecutadas. ¿Qué general, digno de tal nombre —se preguntaba burlonamente Castillo—, pretendería apoderarse de una de las plazas más fuertes de América sin contar con artillería de sitio y con un ejército mayor siquiera que el de los sitiados? La pretendida ofensiva contra Cartagena fracasa ruidosamente; Bolívar se encuentra sin opinión, sin propósito y sin victoria. El cielo se cierra por completo para él —y también para los independientes— con la noticia de la inmensa expedición pacificadora que Fernando VII ha enviado para reasentar su imperio.

Una ola de entusiasmo atravesó la península cuando el 22 de marzo de 1814 Fernando cruzó el Fluvia y entró en Cataluña. El Deseado había vuelto, el felón había sido castigado, y los amados súbditos del monarca podían, con honra, gloria y provecho, iniciar una nueva era. Habría sido necesario, para ello, que la nación estuviera unida en sus grandes objetivos, mas la realidad era muy otra. La España que arrebatada recibía a Fernando estaba profundamente dividida. La larga contienda no había creado vínculos de solidaridad; la guerra se había hecho a la española y la presencia del aliado inglés —que utilizó a la península cuanto pudo como elemento militar— había exacerbado las opiniones regionales e individuales. Para la inmensa mayoría de la nación, eran los valores tradicionales los que la habían salvado. Su anhelo era, pues, volver las cosas al estado en que se hallaban al iniciar Napoleón su infausta aventura. Basta ya de horribles y sangrientas responsabilidades, gritaban, y en cambio, ¡que vivan las cadenas! Un ansia de paternalismo sacude a casi todos los españoles, ansiosos como estaban de encontrar la paz en la media luz del olvido. El choque había sido tan brutal como lo pintara Goya: el resorte quedaba roto, y no se quería cosa alguna que significara responsabilidades. No era ésta la opinión de esas minorías concertadas en Cortes para quienes la guerra había traído la revolución. Las Cortes entendían imponer sus estatutos al recién liberado monarca; confiaban en despegarse así del medievo y reiniciar la independencia con instituciones propias del siglo XIX. Apoyados en elecciones que se han llevado a cabo en territorios legitimistas, los constitucionalistas avanzan hasta Ma-

drid, se establecen como gobierno, y aguardan expectantes el regreso de Fernando. El largo y vilipendioso aprendizaje bajo Godoy, y la prolongada prisión en Valencey han desarrollado en Fernando un agudo sentido del disimulo; éste no embota, por cierto, una penetrante observación de cuanto ocurre a su alrededor, pues este Borbón dista mucho, con todo y sus mil defectos, de ser tonto. Nunca se preocupó por cumplir sus promesas, y jamás se ató a la observancia de principios éticos, pero encierra en su persona esa sombra de hispanismo que se apoya en su convicción de ser rey por voluntad divina, y sucesor por consiguiente de encumbrados monarcas. Imagina pues que sus inclinaciones e intereses son los de la nación española, y con esa peculiar mezcla de hipocresía y altanería, de familiaridad y crueldad que tanto han repelido a los historiadores, impone a la gloriosa España de la liberación su mezquina concepción de los intereses borbónicos.

Fernando, que como sus primos allende Pirineos y Apeninos nada ha olvidado, pero tampoco aprendido, jamás aceptará de buen grado la constitución, ni promoverá desde el trono una era de libertad y progreso. El rey ventea su popularidad y aviva aún más el sentimiento monárquico de sus súbditos con sus frecuentes muestras de devoción. Ni pensar siquiera que irá directamente a Madrid, que tiempo habrá para todo. Efectúa pues un largo rodeo, se exhibe ante poblaciones frenéticas y recibe adhesiones de militares y de políticos que con orgullo se intitulan serviles; estos últimos, en minoría en Cortes, incitan al monarca a desconocer todo lo hecho en su ausencia; es por medio del famoso manifiesto conocido bajo el mote de *Los persas* por el que lo invitan a tomar el poder como rey absoluto. Implica esto un golpe de estado, y Fernando lo prepara cuidadosamente. Con la ayuda de las fuerzas leales, y con el pleno apoyo de una opinión pública agotada hasta la incapacidad de albergar otro anhelo que el de las cadenas, desde Valencia y el 4 de mayo de 1814 Fernando reimpone la monarquía por derecho divino. Sentado ya en el solio de Felipe V, examina Fernando la situación de América. El cuadro que le pintan sus consejeros de Indias dista mucho de ser tétrico. Con la excepción de Buenos Aires, las fuerzas leales han triunfado en todas partes. Con justicia podía decirse que las instituciones coloniales habían resistido los envites de esos follones que se intitulaban independientes; al igual que en la Madre Patria, un pueblo fiel y genuinamente monárquico había él mismo combatido y muerto a los malos súbditos, ya se llamaran josefinos o insurgentes.

Hubo, sin duda, consejeros que optaron por una política de continuismo, confiando en la lealtad de los españoles americanos y

consagrando todas las energías de la nación a restañar las pérdidas causadas por la contienda. Se decidió, sin embargo, enviar una gran expedición a América. Me inclino a creer que prevalecieron, más que razones de reaseguro en América, motivos internos. Había, para alcanzar plenamente la paz, que reabsorber el ejército dentro de la civilidad. Esta operación fue difícil en todas partes: en Francia provocó la popularidad y el regreso de Napoleón, con la fatal aventura de los Cien Días; Inglaterra impuso licenciamientos en masa, acoplados con medidas financieras conservadoras que causaron violentos motines, reprimidos con mano de hierro, y que costaron la popularidad (y tal vez la vida) a Castlereagh. Y se trataba de países de cuya capacidad industrial y riquezas carecía España. Nada mejor, por lo tanto, que deshacerse de buena parte de esos hombres armados que constituían ahora un peligro, y sobre todo de aquellos que de un modo u otro habían sido contaminados por las ideas liberales; era pues ideal englobarlos en una gran expedición que tenía todos los visos de ser patriótica. Esas tropas consolidarían los dominios reales allende el Atlántico, serían allá buenos españoles por la fuerza misma de las cosas, y sobre todo reactivarían el envío de ese numerario americano sin el cual la corte española no podía subsistir.

Preparar la expedición era relativamente fácil. Con parte de lo mucho que dejó Inglaterra en la península, los soldados quedaron armados y abastecidos. Quedaba la marina. Aquí sí el esfuerzo fue considerable, pues después de Trafalgar nada se había hecho por ella. Sin embargo en poco tiempo quedó en aptitud de navegar una importante flota (con un solo buque de línea entre los que escoltaban el convoy, es verdad, pues no había más). La expedición que zarpó de Cádiz contaba con regimientos que habían luchado largos años contra los franceses y que, como en el caso del de la Unión —después el Valencey, de imperecedera memoria en Carabobo, siete años más tarde—, habían también participado en la invasión del sur de Francia. ¿Quién mandaría esa expedición? Se cuenta que hubo profundas diferencias entre los consejeros militares de Fernando, y que fue en definitiva la opinión del general Castaños, el héroe de Bailén, la que prevaleció. En consecuencia, fue nombrado el general Pablo Morillo. Mucho se ha escrito sobre su personalidad y sobre sus hechos. Los americanos, principalmente los granadinos, lo tratan con particular saña: de intrigante, de cruel no le bajan un punto, y niegan por supuesto sus capacidades militares hasta afirmar que el hombre político nunca existió; señalan, de paso, su baja extracción social para reprocharle su sed de honores y de títulos. Tal parecería, de creerlos, que en su jugada final en defensa de las conquis-

tas de los Cortés y de los Pizarro, España sólo pudo enviar un estropajo.

Si nos elevamos por encima de consideraciones sectarias, convendremos que la elección de Morillo fue, por desgracia para los americanos, eminentemente acertada. No era éste, por cierto, un militar salido de vetustas academias; había sentado plaza de marino, y fue la invasión francesa la que le permitió, ya trasladado al ejército, elevarse hasta los más altos cargos. Profundo su conocimiento de la guerrilla, mostró en la Tierra Firme una capacidad de adaptación a la guerra criolla que pospuso y dificultó grandemente el triunfo de Bolívar. De sus cualidades militares hablan largo las operaciones que condujo en ambos mundos: no era accidente que Morillo hubiese sido el militar español en quien Wellington depositó mayor confianza. Llegó Morillo a la América fresco de una guerra tan dura y tan cruel como la que se llevaba a cabo en nuestras tierras; para contener la independencia no pudo sino seguir luchando tal y como lo había hecho durante los cinco años de la guerra de liberación.

El Consejo de Indias le concedió facultades omnímodas; mal podemos creer que las ejercitó como cortesano o diplomático. Si la América se sometía de buen grado, Morillo no tendría más que felicitarse; si no, con todo el pesar del ánimo generoso de su católica majestad, siempre dispuesta a otorgar el perdón, habría un sometimiento a la fuerza. Y para ello traía diez mil hombres de tropas de primera calidad, a las que pronto seguirían dos mil quinientas más. La expedición era tan importante como las que cruzaron el Atlántico con Howe y Cornwallis en la guerra de independencia de Estados Unidos de América, mayor que los auxilios que envió Luis XVI bajo Rochambeau; que no se nos venga pues a contar que hay que aplicar la óptica del microscopio para juzgar los hechos hispanoamericanos. El adversario que tuvo Bolívar, por sus antecedentes y por las fuerzas que lo apoyaron, habría hecho honor a cualquier contienda y a cualquier teatro de la guerra americana de entonces. Los triunfos que al final alcanzó Bolívar fueron pues de primera magnitud.

Decidida la expedición, acuarteladas las tropas en las Andalucías, preparada la flota y nombrado el general en jefe, ¿a dónde han de dirigirse? Opinión general fue que era Buenos Aires el punto de destino. Madrid estaba convencido de que una gran parte de la opinión porteña era favorable a la metrópoli; y como además la latitud era benigna para el europeo, todo hacía creíble una campaña sobre el río de la Plata. Sólo en alta mar, cuando toda deserción era ya imposible, el pliego de instrucciones secretas ordenó

tomar la ruta del Caribe; con profundo desencanto marinos y soldados se enteraron que su destino era la Tierra Firme.

Mucho se han discutido las razones que motivaron el cambio; dos me parecen fundamentales, y ambas estriban en una incomprensión profunda, producto del mismo colonialismo. La primera razón es del orden militar. Para Fernando y sus consejeros era imposible creer que un ejército de esa magnitud y calidad no borraría, sin dejar rastro, con cuanta fuerza contaban los independientes. Si los americanos leales, que malamente podían llamarse ejército, habían aniquilado a los enemigos del rey, ¿qué no haría el espléndido y veterano ejército que ahora capitaneaba Morillo? Buenos Aires seguía como meta, y la campaña sobre el Plata sólo se retrasaba por cuestión de meses; pacificada la Tierra Firme, que seguía siendo la yugular del oro, y subyugada esa Cartagena, eje de todo sistema de recolección, Morillo daría la mano al virrey del Perú, y entrambos terminarían de consuno el periplo. A esta expresión del orgullo europeo se añade, como segunda razón, la social que proviene de los temores provocados por la guerra de castas. La anarquía social en Venezuela era incompatible con la renovación del imperio; como primera medida había que reencadenar a esos hombres sanguinarios que jamás debían haber salido de la caverna; si se les había soportado durante las tribulaciones de la guerra con Francia y del cautiverio de Fernando, ahora podía perdonárseles sus pasados excesos y volverlos a la gleba. La presencia de tropas metropolitanas era la mejor garantía de que en Venezuela se reiniciaría la hermandad y alianza entre los españoles de ambos mundos.

Morillo llegó a Venezuela el 4 de abril de 1815, y a pocos días intimó a Margarita su rendición. Contaba ya con los llaneros de Boves que ofreciera Morales, y desaparecida la barrera del mar, los patriotas podían hacer una de dos cosas: o despreciar el perdón, y escaparse por en medio de la flota en un gesto genial de rebeldía (como lo hizo Bermúdez), o someterse por el momento, aguardando mejor oportunidad para reanudar la lucha (como lo realizó Arizmendi). De la más absoluta mala fe se acusó a Arizmendi cuando poco después violó su juramento y otra vez se levantó en armas contra el rey. El carácter revolucionario de la lucha pudiera desde luego explicarlo; pero en su caso y en otros en condiciones semejantes, había una evidente causalidad: lo que era conveniente en abril de 1815 no lo era seis meses después. Para esta fecha ya se había reimpuesto la vieja división de las castas, ya se sabía que los caudillos bovistas opuestos al español habían sido ejecutados, ya había sentado ejemplo el comportamiento heroico de Cartagena, ya se sentía la presencia del Libertador. Sólo una nueva política

colonial hubiese compelido a Arizmendi a seguir leal y callado, cosa tanto más plausible para él cuanto que había hecho una larga y meritoria carrera en el ejército español antes de la independencia. Pero esa nueva política nunca existió: nunca pudo existir, pues por encima de decisiones humanitarias tomadas desde Madrid estaba la realidad americana; frente a ella era inevitable que Morillo actuara como tiránico ejecutor de una política de dominio ya centenaria, e inevitable que los americanos patriotas consideraran toda tregua como una pausa en una lucha cuyo único fin era la independencia.

De Margarita partió Morillo a La Guaira, y de allí a Caracas, donde fue recibido con grandes muestras de reconocimiento. No era para menos: españoles e hispanistas acogían clamorosos la adicional garantía de que las castas serían sometidas, y el ejemplo del menor de los Toro —que habiendo servido a la república se transformaba ahora en oficial de Morillo— señala muchas de las razones que hicieron posible el fácil asentamiento de Morillo. Era la clase alfabetizada, la clase acomodada la que recibía a Morillo con todos los honores; las castas, ellas, tardarían en penetrar lo que pasaba, y aún más, para hacerse hombres de Bolívar. Algunas indicaciones de los sentimientos de éstas surgieron desde luego. El *San Pedro,* ese único buque de línea de la flota, fue volado; y si muchas versiones se dieron, parece propio suponer que algunos de esos margariteños formidables (que a muy poco correr retomarían para siempre su independencia), aliaron patriotismo y conocimientos marineros para lograrlo.

Las victorias de Boves permitieron a los realistas manejar a Venezuela como si fuera arcilla; además, Morillo se confirmó como hábil organizador. Una vez restablecida la administración, aseguradas las bases militares de repliegue y aprovisionamiento, Morillo tomó la ruta de la Nueva Granada. No faltan críticos que le echan en cara el largo lapso de su estancia en Caracas; a mí me parece justificado, pues fue así como pudo enviar simultáneamente varias expediciones, las que cruzaron los Andes y aseguraron la pronta conquista del virreinato de Santa Fe. Reservóse Morillo el grueso de su ejército para con él sitiar a Cartagena.

Con la llegada de Morillo lo que era una desavenencia interna granadina se convierte en un peligro para América. No es posible que los americanos luchen entre sí frente a Cartagena cuando el Pacificador es esperado de un momento a otro en Santa Marta. Es indispensable poner fin a esa querella y hacerlo a cualquier costo; y lo único negociable es la presencia misma de Bolívar, pues con él ninguna transacción es posible para los cartageneros.

El exilio de Bolívar se ha convertido en un acto político indispensable. Tras obtener la anuencia de su Estado Mayor, el Libertador conviene en dejar el ejército al mando de Florencio Palacios, otro de los mantuanos que han dedicado su vida a la independencia. Palacios inicia inmediatas negociaciones para obtener esos abastecimientos y medicinas ya imprescindibles, y para integrar sus hombres en los cuadros defensivos de Cartagena. En tanto Bolívar coge viaje en uno de los ubicuos buques ingleses, uno que lleva la ruta de Jamaica, Castillo establece un principio de unión para hacer frente a Morillo.

Una multitud de glorias y de fracasos se confunden en la estela de *La Descubierta* que se aleja de la Tierra Firme. Como diría Shakespeare, las primeras se olvidan en tanto surgen con toda su hostigante fosforescencia los últimos. El Libertador ha sido ignominiosamente expulsado por los venezolanos en Carúpano; y su salida de la Nueva Granada, aunque menos violenta, no es menos deshonrosa. Peor aún: los cartageneros son profundamente antibolivarianos y será inevitable que su odio se extienda hasta inculpar al Libertador como principal causante de los fracasos ante Morillo. Muchos de los militares que se oponen a Bolívar lo acusarán: los unos, rabiosos buscarán el desquite, como ese Mariano Montilla que irá hasta la Dominicana con el único propósito de batirse en duelo con el Libertador; los otros, airados y violentos, se negarán a servir bajo Bolívar, tal como lo hizo Bermúdez, se opondrán ferozmente a concederle otra vez la jefatura máxima; otros hubo que lo cubrirán con la baba de la calumnia, como Ducoudray-Holstein; y, otros más, que profundamente divididos entre sus convicciones y sus afectos, perderán la razón, como ese mismo Florencio Palacios que en lugar de formar parte de la próxima expedición bolivariana, prefirió morir ahogado. El fracaso de Bolívar hace olvidar la justa causa que apoyó su triunfo en Santa Fe, y deja en evidencia sólo el hecho innegable de haber participado en la lucha fratricida; en adelante será fácil ponerle la etiqueta de antigranadino, y muchos hallarán pretexto para jugar a la oposición entre las dos naciones gemelas: Santander se convertirá en adepto en este juego trágico. Tampoco faltarán aquellos que, afectados en su inconsciente, guardarán este sentimiento antibolivariano como una larva durante muchos años, larva que se desperezará violentamente cuando el Libertador regrese de sus victorias en el Perú; deben contarse entre ellos muchos de los idealistas que participaron en el complot de los septembrinos.

Hemos llegado al nadir de la carrera de Bolívar. Su exilio de Venezuela, después de la capitulación de Miranda, era el de un

oficial insignificante que podía reintegrarse en su clase social. Tal les ocurrió, por ejemplo, a los Toro que nunca llegaron a cuajar. Pero el Libertador que abandona su ejército, diezmado e inerme, frente a una Cartagena hostil, y quien fue parte principal de la desorbitada guerra que destruyó a Venezuela, no tiene ya cabida en el mundo. En la popa de la fragata inglesa una pequeña figura mira desaparecer la costa atlántica de la Nueva Granada: inmóvil, con la barbilla apoyada en la mano derecha, con el pulgar extendido sobre el labio superior, Bolívar está ensimismado. Físicamente lo acompañan unos pocos de sus más fieles amigos: Briceño Méndez, su secretario, y John Robertson, el oficial canadiense que dejó carrera y posición por servir a Venezuela. En lo moral son sus espectros quienes lo atormentan, y una inmensa muchedumbre de muertos que claman venganza se esfuerza por transformar el buque en un nuevo navío fantasma: no merece otro, por el momento, ese falso libertador.

¿Qué hará Bolívar para resucitar a sus muertos? ¿Qué tesis opondrá a las lanzas coloradas, hoy triunfantes en Venezuela? ¿Quiénes le tendrán confianza para acaudillarlos frente a la inmensa armada pacificadora que ahora toca las costas de la Tierra Firme? Militar y políticamente el hombre está terminado. El capitán y los oficiales del buque inglés pensaron sin duda que se trataba de uno de tantos caudillos que entraba en la oscuridad de la historia. Sus cualidades habían sido insuficientes para sobrenadar la inmensa marejada de las emociones revolucionarias. Sus ideas y sus fórmulas habían sido barridas por los acontecimientos. No parecía que la América pudiera utilizarlo más. En abril de 1815 el dicho de Camilo Torres puede, sin dificultad, trastocarse: Bolívar es un general infortunado, pero nada indica que sea un grande hombre.

5

Tiempo de mar

A KINGSTON, puerto principal de la isla británica de Jamaica, llegó Bolívar el 14 de mayo de 1815. Permaneció en esa ciudad hasta el 18 de diciembre de ese año, es decir, 218 días. Durante ellos ocurrieron cambios fundamentales en el fuero interno del Libertador, y para captarlos tendremos que penetrar por entre sus sufrimientos, apartando el desgaire con que la mayoría de los biógrafos tratan el episodio jamaiquino; deslumbrados sin duda por la floración estupenda de la llamada Carta de Jamaica, éstos desprecian el resto del período que es, sin embargo, radical en la conformación final del Libertador. Por fortuna las 22 comunicaciones de Bolívar que cubren el período jamaiquino, ofrecen una radiografía mental que confirma los cambios cenitales que sufrió el Libertador.

Todos los revolucionarios hispanoamericanos eran mal recibidos en las colonias inglesas del Caribe, y Jamaica no era, por cierto, la excepción. Nada empañaba aún la hispanofilia del gabinete de San Jaime; por el contrario, la sombra napoleónica volvía a agigantarse sobre el continente, y el objetivo estratégico fundamental era una vez más la derrota del Corso. La inicial abdicación de éste había traído consigo el triunfo absoluto del conservatismo, y en esos primeros años de estrecho entendimiento entre los aliados triunfantes, ni el menor soplo liberal agitaba las vetustas selvas europeas. A fuer de partidarios de un gobierno legítimo, y Borbón por añadidura, nada querían los gobernadores ingleses con quienes se oponían a España en América. A estas razones de política general se añadían otras, de carácter local. Las revueltas de los esclavos en el Caribe, que eran endémicas, habían tomado otro sesgo desde que los haitianos lograron mantener su independencia; se vigilaba pues a la esclavitud con cruel atención, y los hombres que predicaban doctrinas teñidas de jacobinismo, en las que los africanos podían hallar apoyo, eran sumamente impopulares. Bolívar adolecía, además, de características que extremaban la antipatía de los colonos jamaiquinos.

Nadie le tendió la mano, y alrededor de su nombre —que para los ingleses venía manchado por sus crímenes contra la humanidad, siendo el fracaso el peor de todos— se creó un inmenso vacío. Los unos lo conceptuaban cobarde por el abandono de su ejército frente a Cartagena, en tanto los otros sentenciaban en su contra ante su fracaso como jefe de la segunda república; y todos, eso sí, coincidían en señalarlo como el monstruo desalmado que no excluyó de sus fieras medidas a los blancos de la Tierra Firme. La carta que recién llegado dirige Bolívar al presidente de la Nueva Granada (27 de mayo) oculta pues la verdad: no sólo no había sido recibido con amistad, sino que se le había recluído en el puerto de Kingston prohibiéndole pasar a la capital, que era entonces *Spanish Town*. En esto sí que se le concedió una distinción, pues otros de los refugiados de la guerra en Tierra Firme quedaron presos en los buques surtos en la bahía de Kingston.

Por primera y única vez, Bolívar se encuentra sometido a un ostracismo que era la antítesis misma de la vida del gran señor caraqueño. Es una sociedad de capas superpuestas la que existe en Jamaica. Los grandes propietarios primero, todos ingleses y con un pie en Londres, que poseen extensas plantaciones de caña de azúcar, abundantes esclavos y que encabezan la sociedad colonial; son ellos quienes más desprecian a Bolívar y quienes vocalmente condenan su causa. A distancias siderales existen los esclavos, sin más derechos que la cambiante voluntad o capricho de los amos; de esos amos que como insigne concesión, aceptan, un día al año, jugar a la igualdad con su negritud. En ninguna de estas dos grandes secciones cupo Bolívar, por lo que a la fuerza tuvo que recluirse en ese compartimento despreciable denominado de los blancos pobres; se componía éste de aquellos europeos que infortunados en las Indias, quedaban marginados, sin confundirse por ello con la clase de color: más pobres que los libertos, conservaban con el orgullo de su raza los vicios del aventurero. Fue entre ellos donde vivió Bolívar: la paupérrima posada donde se alojó, la penuria absoluta en la que pronto se vio sumido, y la ausencia de amistades, subrayan con fuertes relieves lo tétrico del período. No olvidemos, por lo demás, que si Bolívar entendía, estaba lejos de poder expresarse en inglés, y que a diferencia de Londres —donde en 1810 su dominio del francés fue signo de educación y de buen gusto—, aquí la lengua de Voltaire aumentaba el desdén con que se veía a este forastero pobre, fracasado y obviamente sin futuro. En Jamaica, Robertson se convirtió pues en el auxiliar insustituible, y su súbita muerte, en noviembre de 1815 fue una de tantas calamidades que se sumaron para sacudir a

Libertador: un lejano sollozo se percibe aún en la sentida carta de pésame que dirigió a la esposa de Robertson.

En un primer período, que se extiende hasta el 19 de junio, Bolívar resiente profundamente el desprecio con que se le rodea; escaldado aún por sus derrotas, sólo piensa en alejarse de su América. Las cinco cartas fechadas durante este período tienen un mismo tema: la ayuda británica es, desgraciadamente, indispensable, y yo, Bolívar, estoy dispuesto a humillarme hasta pedirla, porque "amo la libertad de la América más que mi gloria propia". Su anhelo es pues ir a Londres: al uno le pide dinero prestado, al otro su influencia —para ser bien recibido en Londres—, y al Gobernador General audiencia, para que le autorice el viaje en uno de los buques de la armada de su majestad. Ninguno de los destinatarios se dignó responderle. El gobernador, además, no ocultó el desprecio que le merecía el derrotado de Carúpano y de Cartagena. Era difícil esperar otra cosa de su excelencia, nada menos que el quinto duque de Manchester, uno de los hombres más cultos y elegantes de la sociedad georgiana, y que para reponer su fortuna, había aceptado la gubernatura de Jamaica (pues era el puesto uno de los mejor remunerados de la administración colonial). El duque sufrió años después una caída que disminuyó, permanentemente sus facultades mentales; en 1815, es todavía el hombre mundano y alerta que deslumbró a los londinenses, y que, además, ha llevado a cabo un gobierno perspicaz y efectivo. En la correspondencia oficial de Manchester, ni una simple mención de la estancia de Bolívar se desliza: no tenía importancia para él que Bolívar estuviera en Jamaica, y nada le obligaba a recibir a ese monstruo de crueldad que era la antípoda del *gentleman.*

Para fines del mes de junio Bolívar se ha convencido que su viaje a Inglaterra es imposible: ni puede costearlo, ni el gobierno británico manifiesta el menor interés. Su mente, sin embargo, sigue sumida en el pasado: se ocupa en redactar un largo proyecto de manifiesto explicativo de los sucesos que ocurrieron desde la toma de Bogotá. El final del proyecto epitomiza el tono lamentoso que impregna el documento. El hombre recio y vidente que firmó el Manifiesto de Carúpano ha desaparecido; ahora asoma uno de tantos generales revolucionarios que nos asegura que "mis enemigos han sido injustos, y yo, desgraciado". Un mismo patetismo priva en otra comunicación, está dirigida al presidente del gobierno granadino.

Otro período igualmente negativo sucede al lamentoso. El Libertador se cierra a las realidades y trata de demostrar que los hechos no fueron los que ocurrieron. Niega en primer lugar la guerra de

castas, a pesar de que fue ella la que derribó su república, y ofrece una paupérrima justificación de la esclavitud en Hispanoamérica, confundiendo de paso la miseria de los aborígenes con la dulzura de su carácter. No es pues extraño que entonces caracterice como demagógicas las máximas capaces de sacar a esos hombres de su centenaria incomunicación. Expresa estas ideas en un proyecto de artículo (no fechado y por fortuna tampoco publicado) que se equipara con otro que sí apareció en la *Royal Gazette* de Kingston, por supuesto bajo forma anónima. No se analizan en él las causas de la derrota, sino que se acumulan epítetos contra los excesos de quienes combatían por el rey, como premisa para justificar las represalias de los independientes. De leerlo fuera de contexto, aseguraríamos que su autor es otro que aquel estadista que alumbró a los independientes con el extraordinario documento que desde Cartagena dirigió a los ciudadanos de la Nueva Granada.

Sin duda que Briceño Méndez —el venezolano que todo lo dejó por seguir al Libertador— y Robertson —el único extranjero que sacrificó una carrera— se sintieron profundamente agobiados. Bolívar compartía con ellos las miserias del exilio, pero el Libertador no aparecía por parte alguna. Su mente yacía con sus muertos, allá en Aragua y en la Puerta, y su corazón se amurallaba con los defensores de Cartagena. Muchos había que podían impunemente, y hasta con visos de poesía, tañer el laúd de la melancolía, pero sólo Bolívar podía elevarse por entre las derrotas para conducir a los americanos hasta su independencia. Y nada indicaba a esos dos fieles bolivarianos que el Libertador de los primeros meses de la estancia jamaiquina había recobrado su grandeza; por el contrario, su espíritu parecía roto ante los tremendos golpes que le había asestado el sino. Tal vez con el ánimo de aquistar una reacción por parte de Bolívar, Robertson propició (a fines del mes de agosto), el mensaje cuestionario que provocó el extraordinario documento que la posteridad conoce como Carta de Jamaica. Hoy en día los hechos circundantes están bien esclarecidos. No hay duda en cuanto al destinatario, que fue Henry Cullen, uno de los ricos azucareros ingleses que vivía en Falmouth, villa sita al norte de la isla como a 150 kilómetros de Kingston. Fue Cullen quien, sin conocer personalmente a Bolívar, le dirigió una carta en la que incluía multitud de preguntas sobre la revolución de la independencia y sobre el futuro de Hispanoamérica. Este primer mensaje le fue entregado a Bolívar por conducto de un amigo común, un comerciante domiciliado en Kingston y apellidado MacComb. Resulta evidente que Bolívar, aun sin conocer a Cullen, había convenido en contestar su carta; como evidente es también que había otro destinatario ulterior, pues sólo

así se explica la extrema prontitud entre la recepción de la carta de Cullen, la contestación de Bolívar y su traducción al inglés, prontitud tanto más notable cuanto que la distancia que separaba a los corresponsales era, entonces, considerable.

Con su carta a Cullen el Libertador rompe el ensimismamiento en que se hallaba. La fecha, 6 de septiembre, merece contarse entre los fastos del Continente pues señala, por así decirlo, el renacimiento del Libertador. Ya no es el hombre que piensa seguir las huellas de Miranda para refugiarse en el brumoso Londres y soñar con una independencia que no pudo ejecutar; ni el caudillo derrotado que se duele lloroso por cuanto le ha ocurrido; ni tampoco el hombre que escurre su responsabilidad denostando a sus adversarios. El Libertador ha vuelto a ser ave de altanería, y su desprendimiento de la mediocridad es tan brusco que resulta difícil rastrear los casi insignificantes cantos en los que se apoyó para volar, como Icaro, hasta llegar al sol. Este cambio espiritual será definitivo: el segundo artículo que le publica la *Royal Gazette,* el 28 de septiembre (también anónimo) reafirma al hombre superior que impone su voluntad a los acontecimientos. La explicación que el artículo ofrece sobre las discordias internas y sobre el carácter de la lucha de los americanos —pues es con desesperación como combaten contra la tiranía— aporta las mismas ideas flamígeras a que nos tenía acostumbrados el estadista admirable. Waterloo, por ejemplo, y a diferencia de la precipitada carta que dirigió poco antes al presidente de la Nueva Granada, toma en el artículo el lugar propio que le corresponde como punto de comparación con una América que sólo será libre a través de inmensos y constantes sacrificios.

¿Qué puede decirse de la Carta de Jamaica?[1] Mejor dicho, ¿qué más puede decirse? El ditirambo no parece inadecuado, pues en este documento se encierra cuanto es consustancial a la América.

Es, ante todo, una violenta y convincente defensa del movimiento independiente. En su Decreto de guerra a muerte, Bolívar había intuido la diferencia fundamental entre colonizadores y colonizados; ahora aporta los mármoles racionales que dan solidez al edificio. Y no lo hace con la pasión del general en batalla, sino con la mente del estadista que se eleva por encima de emociones transitorias para observar el cuerpo político en su celeste peregrinar. La América que Bolívar nos descubre es un mundo aparte, cuyos lazos comunes (geográficos a la par que morales) la obligan a ser una. Una es

[1] El texto de la Carta que aparece en el *Apéndice VI,* es el de la nueva versión que justifica mi estudio, *La Carta de Jamaica redescubierta,* El Colegio de México, Jornadas 78.

en efecto, más que nada por la justicia que la asiste, pues Bolívar amplía, confirma y finiquita esa gran causa contra la España conquistadora e injusta que iniciara Las Casas tres siglos antes. Este mundo nuestro, que la tiranía colonial excluye del universo —exclama—, se encuentra como huérfano frente a las guerras que la Europa se hace a sí misma; pero ni aun vencida en su propio lar ofrece la metrópoli otra cosa que una parodia de justicia, por lo que la única ruta es la independencia.

Los datos materiales que circunscriben la América de Bolívar se vislumbran a todo lo largo de la Carta, y apretados mazos de caciques y de monarcas, de frailes y de oidores, siguen de lejos el alígero razonamiento. Pero sacar a un pueblo de su esclavitud es obra portentosa, y sus dificultades están presentes en el claro espíritu del discípulo de Montesquieu. Sin embargo, Bolívar descarta el pesimismo: si no fuera el mayor de los optimistas —él, que cree en la capacidad de mejorar al ser humano por medio de la libertad— se habría limitado, tal vez, a imponer la moda del gran sombrero a la Bolívar al hastiado mundo del imperio napoleónico. Si el raciocinio impide el vuelo, luego lo desecha, para dar rienda suelta a sus deseos irracionales. ¿Cómo tratar de otro modo, a un Continente cuya magnitud y riquezas por fuerza lo elevan hasta el mundo olímpico que engendró Alejandro al helenizar al oriente? Por sobre las pequeñas obstrucciones, las pretensiones insignificantes, Bolívar contempla una América que sobrevuela a todas las naciones por su ansia de libertad y por su gloria: ¿no acaso es la mayor entre todas?

Largo y difícil es el pasaje de la colonia a la república: y república es la nación hispanoamericana. ¿Una, acaso? No, que distancias y diferencias locales son inmensas; una serie de grandes repúblicas mejor, ligadas a perpetuidad por pactos de tal índole que iniciarán esa era que el arúspice Rousseau previó como verdaderamente nueva en la historia universal.

La ruta paradigmática no es, no puede ser sino la libertad. Antes todo giraba alrededor de España, material pero también moralmente. De ella venían todas las directivas espirituales que conservaban a los americanos en una infancia perpetua; el momento ha llegado para asentar la emancipación, pues cuanto antes los unía a la metrópoli, ahora los separa. Y Bolívar reitera su convicción en esa América aún desconocida que reemplazará la supuesta hermandad entre los españoles de ambos mundos. Es él quien por vez primera define esa especie intermedia de hombres y mujeres que, generados por españoles en matriz india, asentarán su independencia y libertad por encima de las ambiciones de los de allá, y de la oposición de los de aquí. Grande es la América de Bolívar, y su grandeza consiste en

pregonar sus valores propios y en afirmar su lugar, propio también, y definitivo además, en los asuntos del orbe. Son las utopías de Campanella y de Moro las que toman cuerpo bajo los hechos gloriosos de Bolívar, y basta leer este mensaje extraordinario para convencerse de cuán pobre era el mundo sin esta América nuestra, que viene en efecto a coronar su destino.

Tan hermosa y brillante es esta imagen de una América unida y libre que casi olvidamos que no es sino la visión de un hombre derrotado y miserable. Pero él no lo olvida. Los obstáculos son inmensos, dice, y América necesita del heroísmo de todos sus hijos para desprenderse del duro colonialismo que la agobia. España ha construido un falaz sistema que imposibilita a los criollos a encabezar la revuelta. Es ella, la vieja serpiente siempre ansiosa de nuevas víctimas americanas, la que ha violado los pactos originales que celebraron Carlos V y los conquistadores; ella la que ha desposeído a sus propios descendientes hasta de la tiranía activa, y ella la que, gracias a la adición fatal del mercantilismo borbónico, ha transformado a sus súbditos de ultramar en meras bestias de laboreo.

Pudiera pensarse en que tan digna causa, la del progreso humano, contaría con poderosos auxiliares. Ciertamente que no. Son los intereses preestablecidos los que descuellan, y Bolívar subraya la horrible indiferencia con la que tanto Europa como Estados Unidos abandonan a su suerte a Hispanoamérica. ¡Nada importa, grita el Libertador, que es una la causa y una la independencia! Y si los insurgentes fracasan aquí, al otro extremo del Continente triunfan, y comunes serán al fin victoria y libertad.

Todo, en este extraordinario documento, señala la unidad de ese mundo hispanoamericano al que padres y geografía fusionan en un común destino. Para aprenderlo en todo su esplendor, necesitamos en efecto de la intensidad del genio, pues para los más, días lluviosos y grises desdibujan la unidad de nuestra América, y si alguna vez la divisamos unida, es como en un ensueño.

La Carta de Jamaica forma parte de esas visiones singulares en las que individuos de excepción han podido elevarse por sobre penalidades y pasiones hasta ver de frente el rostro mismo de la América. Fruto estupendo de dos mundos que amándose se aparejaron, el primero en tiempo, el Inca Garcilaso la vio cuando nacía. Sor Juana en cambio la tuvo entre sus brazos como un cuerpo muerto, y se le apareció amoratada, ahogada bajo el peso de la división de razas, sofocada por esos principios falsamente religiosos que negaban su individualidad. A Rubén Darío cupo captarla en el correr libérrimo de sus días poéticos, hablando español y adorando a Jesucristo, pero criolla, mestiza y también mulata, y por ello

todo, ansiosamente nueva. Y Bolívar la vio bajo el color carmesí de los grandes sacrificios, porque su América es la de la entrega total, la del amor desorbitado por la libertad, la de la guerra a muerte, la del heroísmo singular. Y la Carta de Jamaica queda como latente testigo de uno de los más hermosos momentos que iluminan la historia, pues si muchos otros lo igualan en cuanto a heroísmo y sacrificio, ninguno lo supera.

Los hitos de todo un mundo aparte, cuya unidad se nos sigue escapando, son los que deja en pie el Libertador. Y sólo podremos intuir la Carta de Jamaica si nos elevamos por encima de los datos de nuestra razón para participar en el impulso telúrico que propulsó a Bolívar. Aun sin quererlo, la Carta se convertirá entonces en nuestro evangelio, y nuestro corazón fluirá en muda adoración ante esa América bolivariana sin la cual no seremos ni americanos ni independientes. Es éste el Bolívar a quien siguen las multitudes, sabiendo que sólo él las conducirá a buen puerto. Y es tan extraordinario el Libertador que nos revela esta Carta, que olvidamos gustosos al hombre de carne y hueso que sufría en Jamaica y que, por ese mismo sufrimiento, alteraba radicalmente los presupuestos que recibiera de su aristocrático mundo caraqueño.

Dos personalidades se entretejen en Bolívar, y nunca debemos olvidarnos de esa complejidad de su genio. Hay, en verdad, el hombre de estado que alígero se eleva por sobre sus emociones e intereses para abarcar con su pensamiento el futuro de ese mundo al que con su espada libera. La calidad suprema de su pensamiento nos ofrece un Bolívar apolíneo que es el que más llama nuestra admiración: sobre todo, en cuanto que surge de esa inmensa hecatombe de sangre y de crueldad que fue la guerra de independencia en Venezuela; su talento para explicar telúricamente los sufrimientos americanos y justificar tanta violencia y tanta muerte, no tiene igual.

Lado a lado con este Bolívar apolíneo, existe otro; y éste aparece como dionisíaco. Un inconsciente extremadamente sensible y fuertemente marcado por los sentimientos más extremos del alma, hace que Bolívar resienta los golpes de la fortuna como aumentados mil veces; su genio estriba en que supera esos tremendos sufrimientos, y lo hace por medio de reacciones portentosas que con frecuencia cambian los mismos marcos de su pensar. Tal ocurre cuando comprueba la que estima traición de Miranda, o cuando promulga el Decreto de guerra a muerte; y ahora, en Jamaica, resuelve en acción los intensísimos pesares que directamente le plantea la esclavitud.

Que un hombre pudiera intitularse Libertador, sin estar totalmente opuesto a la esclavitud, era del todo inconsecuente. Y sin embargo, incluso durante los primeros meses en Jamaica, ése fue

Bolívar. Por lo contrario, desde que regresa a Venezuela en 1816, la índole antiesclavista de la revolución es permanente; es el propio Bolívar quien lo reitera cien veces, en las distintas formas que circunstancias y colaboradores se lo permiten, pero siempre con particular esplendor. Este cambio, hasta la fecha, ha sido atribuido al presidente Petión: como contraparte de la ayuda que prestó a Bolívar, Petión exigió la libertad de los esclavos en la América del Sur. Esta explicación es inadmisible para un bolivariano. ¿Acaso en un tema tan absolutamente vital Bolívar sólo cambió sus convicciones ante la imposición de un aliado? Diríase que fue pues un vulgar oportunista, que no otorgó a esa parte de su América, la más necesitada de su afecto, otra que la pasajera reflexión que le merecían los temas humanitarios de sus discursos. ¡Cuán triste es que esta interpretación, tan derogatoria para Bolívar, haya sido generalmente aceptada!

Yo mantengo, en cambio, que en los últimos meses de su estancia en Kingston, Bolívar se vio sometido a inmensas presiones morales de un género sin precedente; y que fue a consecuencia de esas emociones volcánicas como cambió radicalmente su actitud hacia los esclavos. Una vez hecho esto, era inevitable cambiar también en su disposición hacia las castas, y ya como paladín de ellas, natural y fácil que empuñara el negro pendón de Boves. El Libertador dionisíaco coexiste con el apolíneo: el hombre capaz de dictar la Carta de Jamaica tiene que mendigar apenas cien pesos para sobrevivir; el estadista que veía con diáfana claridad lo que sería mañana el Continente ya libre, es también el que medita sobre el cuerpo de su amigo Amestoy, asesinado en su lugar por equivocación del homicida. A Bolívar nunca lo comprenderemos si desconocemos las dos caras por las que "soliza", ni tampoco si pretendemos reducir a una sola especie las calidades de su alma, y en consecuencia, simplificar todo ese mundo de sus realizaciones. Bien intuyó Rodó esta riqueza espiritual cuando afirmó que San Martín más Artigas, ese fue Bolívar.

Para fines de octubre (es el 30 cuando escribe a Maxwell Hyslop) Bolívar no tiene un duro, y se ve obligado a "sablear" no al amigo, sino al interesado comerciante quien lo cultiva como futura inversión. Y su miseria es tanta que podemos adivinar hasta falsos motivos (tales como la impresión, tal vez imaginaria de una Memoria, en español por cierto, y cuyos ejemplares nunca aparecieron; o la hostilidad, quizá gratuita, de una insoportable casera) en sus repetidas peticiones para obtener de Hyslop otros cuantos pesos con los que poder vivir.

Esta miseria —la de un hombre que no puede ganar el pan en una tierra ajena y hostil, y la del refugiado político a quien se ha negado todo auxilio— motiva incluso la contemplación del suicidio. No se trata de un vano desplante; el Libertador ha llegado hasta los límites extremos que le permite su dignidad, y fue desde esa hondura como revisó, sin proponérselo, todos los conceptos que enmarcaban su existencia como hombre público. El varón espléndido que fue Bolívar echó de ver cuán inconsecuentes con su filosofía rousseauniana eran esas ideas que sobre su prójimo conservaba al sentir, en su carne y a su alrededor, toda esa infinita miseria de los desposeídos. ¡Ah! Hasta entonces y a pesar de todo seguía influido por conceptos europeos: todavía despreciaba Bolívar esa América sucia y sin cultura, que desconocía sus derechos, y que luchaba sólo por el inmediato botín. Pero su experiencia jamaiquina transfigura sus ideas: entre el fracasado libertador, que no tiene qué comer y a quien han cerrado sus puertas todos los poderosos de la isla, y los pobres esclavos apilados en los bajos menesteres de Kingston, no hay diferencia. Así lo reconoció Bolívar, y al cambiar sus convicciones, quedó apto para ser —total y absolutamente— el Libertador

Estos cambios mentales ocurrieron dentro de circunstancias trágicas que, ellas también, han sido trastocadas. Me refiero al intento de asesinato, que llevó a cabo el negro Pío, y que sin alcanzar a Bolívar, costó la vida al comandante Amestoy. Dos versiones existen sobre el asesinato. Peru de Lacroix, en su *Diario de Bucaramanga,* pone en boca de Bolívar la versión que todos conocemos. Difícil me resulta creer que fue el Libertador quien hizo ese relato tan inverosímil y confuso, por lo que me inclino a aceptar la otra versión, la que nos transmite Mosquera, quien por lo demás tuvo mayor intimidad con Bolívar que Lacroix. Mosquera nos dice que "cuando hablé alguna vez con el general Bolívar encontré que le afectaba aquel suceso, y no quiso entrar en pormenores". Con apoyo en las actas del proceso —cuyo término fue ejecutar a Pío, no sin previamente haberle cercenado la mano culpable para escarmiento de los otros esclavos— trataré de bosquejar lo que factiblemente ocurrió.

Es muy probable que en los últimos meses de su estancia en Jamaica el Libertador recibiera ayuda de una mujer pública con la que tuvo amores. Nos llega su nombre como el de Luisa Crober, y en oposición a aquellos que la creen dominicana, señalamos como verosímil su origen haitiano, pues los refugiados hispanos invariablemente encontraron acogida en Cuba o Puerto Rico. Mulata lo fue sin duda, y sin otra riqueza que su cuerpo, Luisa se estableció

en Kingston como mujer galante, en profesión que con los años transformó en la de comadre: fue entonces cuando la conoció Mosquera, que por cierto la llama *madama* Juliana. Luisa, o Juliana, nunca olvidó a Bolívar, y años después seguía considerándolo como un ser excepcional. El papel que Luisa desempeñó en el episodio del asesinato jamás lo sabremos a ciencia cierta. Ella se vanagloriaba de haberle guarecido aquella noche nefasta; no anduvo pues tan desencaminado Ricardo Palma cuando imaginó que la estancia de Bolívar en casa de Luisa le salvó la vida. Por todo ello, Luisa es acreedora a un lugar —el cuarto en cuanto al tiempo— entre las mujeres a quienes cupo desempeñar un papel en la vida del Libertador. El fallido asesinato carece de interés. Lo importante del episodio estriba en que el asesino haya sido ese esclavito (pues contra lo que se dice no era liberto) quien servía muy de cerca a Bolívar, y por el que éste sentía especial afecto: ¿no acaso lo había traído consigo después de la derrota frente a Cartagena? Comprado en esa ciudad había acompañado al Libertador en los altibajos de sus últimas campañas; los otros refugiados lo trataban con familiaridad, y para todos era Piíto, el negrito de Bolívar.

¿Qué movió a ese jovenzuelo frágil a empuñar un cuchillo, y dar de puñaladas a un bulto acostado en la hamaca de Bolívar, que debía ser Bolívar, pero que era el pobre Amestoy? La encuesta judicial no puso en claro los motivos; no cupo duda, en cambio, que el asesino había querido matar a su amo. Un hombre como Bolívar no podía dejar de sentir profundamente que su esclavo —ese esclavo al que había declarado, con los demás de Hispanoamérica, contento con su suerte— había intentado asesinarlo. Y la trágica muerte de Amestoy forzó sus cavilaciones sobre el sino de los hombres y sobre la causa de América, para reconstruir de nuevo el edificio donde todos fueran efectivamente iguales. Nace entonces el Libertador iconoclasta. Admiremos la intensidad de sus emociones, pues su populismo y su antiesclavismo no fueron resultado de fríos razonamientos; como conclusiones íntimamente sentidas, perduraron sobre los muchos altibajos que todavía le reservaba la fortuna. Por eso los verdaderos bolivarianos no podemos evitar sonreír con escepticismo cuando se nos habla de los proyectos monárquicos del Libertador allá por los años de 1829. ¿Coronarse él? ¡Si le resultaba visceralmente imposible aceptar la púrpura!

Este Bolívar ha sufrido el hambre verdadera, la que estriba en no poder comprar qué comer; su ropa raída y sin lavar —para él, tan cuidadoso de su persona— lo era no por desplante, sino por estricta necesidad. Es en Jamaica donde su doctrina social se consolida como la del verdadero revolucionario. Anímicamente se ha

elevado hasta una independencia que corresponde a todos los americanos: iguales en la lucha, lo serán también en los goces de la libertad. La hermandad de la miseria, y el rompimiento de la barrera social del color, dejan a Bolívar obligaciones imprescindibles; pero éstas, en lugar de ser una carga, le sirven para superar los desastres del ayer.

La carta de Bolívar a Petión, junto con la que dirige a Brion (19 de diciembre y 16 de julio respectivamente), confirman esta interpretación. En la última citada Bolívar habla de su imposibilidad de ir a Haití "porque no quiero perder la confianza que hacen de mí estos señores, pues como usted sabe, las manías aristocráticas son terribles". En cambio a Petión, ya transpuestas esas manías —que por supuesto, eran las de Bolívar— le habla de una patria común. Todo nos indica que el Bolívar que llega a Puerto Príncipe admite su terrible equivocación: reconoce que una América libre no puede coexistir con una que sea a la vez esclava; sabe que la independencia no pasará de ser una farándula si no ofrece una esperanza a las castas, y a la esclavitud su libertad. Sobre castas y esclavitud se apoya para expulsar de América a Morillo y a las fuertes tropas que avalan la reivindicación española.

Las tales tropas, entre tanto, no estaban ociosas. Todo el poderío español se concentra sobre la Nueva Granada; los varios cuerpos de ejército, despachados por Morillo, cruzan la cordillera, y en tanto el pacificador acosa Cartagena, reblandecen las posiciones defensivas. La Ciudad Heroica habría podido tomarse por asalto, pero para ello se requería artillería de gran calibre que Morillo no poseía. Tras las operaciones preliminares de rigor, se decidió por el sitio; con los conocimientos adquiridos bajo Wellington —los mismos que Bolívar echaba en cara a los ingleses como actos inamistosos hacia los americanos—, poco a poco fue Morillo cerrando el cerco. Era, para Cartagena, la hora de los hombres, y aparecieron esos guerreros fuertes que destituyeron a Castillo, cuya capacidad de intriga no corría pareja con su aptitud militar. Desde Margarita llegó Bermúdez, y pronto quedó a su cargo la defensa de la plaza; nadie más apropiado, pues con su odio hacia los españoles convirtió las piedras en fusiles. Y la Ciudad Heroica resistió, un mes, y dos, y tres, y cuando los últimos reductos de los alrededores se perdieron —por debilidad física, que no por falta de aliento—, cuando comer ratas fue el más insigne lujo, y cuando las plagas de la costa americana no fueron bastantes para menguar el impulso de los sitiadores, no quedó sino rendirse.

¿Cómo, rendirse Bermúdez? Ni él ni Cartagena. La España había raspado cuanto quedaba en los rincones de su alacena marítima

para enviar esa expedición; pero los navíos que a América llegaron eran del todo insuficientes para bloquear las extensas costas de la Tierra Firme: más aún, cuando también se contaba con ellos para mostrar el pabellón en las otras posesiones del Caribe. Poco después de llegado a la Nueva Granada, Morillo se percató que apenas le habían dejado unas cuantas unidades, suficientes para que su amigo Enrile se intitulase almirante, impropias para secundar sus operaciones. Cartagena tuvo pues siempre abierta comunicación con el mar, y los corsarios penetraron casi a voluntad. Cuando toda defensa fue imposible, por la mar escapó Bermúdez con cuanto cartagenero pudo ponerse en pie. Morillo entró en Cartagena el 6 de diciembre de 1815, y a continuación se desquició toda la defensa granadina. En mayo de 1816 Santa Fe de Bogotá recibe al victorioso Morillo. La pacificación del Nuevo Reino está para entonces concluida.

La fatal sucesión de hechos inclina a los historiadores a exaltar las calidades heroicas de los cartageneros y a solazarse en los relatos de la misérrima humanidad que halló Morillo en la plaza, como si quisieran desdorar su victoria. Cometen así una doble injusticia: con los que guerrearon en Cartagena, primero, pues sitiadores y sitiados sabían lo que se jugaba, y empeñados en esa trágica pugna, nunca dieron ni pidieron cuartel; con la misma defensa de Cartagena, segundo, pues su desesperada resistencia dio a la América un respiro que fue definitivo para el resultado final de la lucha. El Libertador había previsto (con optimismo que resultó infundado) que el ejército de Morillo se rompería el alma frente a Cartagena. No fue así; pero retrasó de 4 a 6 meses la cronología ideal que para la pacificación seguramente se fijó Morillo. Y esos 108 días de impertérrita defensa fueron concluyentes: no para variar la suerte inmediata de la Nueva Granada, sí para el replanteo que a poco hizo Bolívar. Sin la defensa saguntina de Cartagena la marcha festiva de Morillo en Venezuela se habría repetido en Nueva Granada, y la expedición de Bolívar (desde Los Cayos, en marzo de 1816) se habría topado con un Morillo intacto que ansioso lo aguardaba. Con él al frente, los inevitables fracasos de Ocumare y de Clarines no habrían, para los españoles, quedado sin mañana.

Se me dirá, otra vez, que simplifico indebidamente el relato, pues es versión bien conocida que Bolívar emprendió viaje para Cartagena y que fue milagrosamente salvado de caer en manos de Morillo —quien, desde esa misma Cartagena, aprovechaba el código de señales de los antiguos defensores para apoderarse de los incautos—; el fortuito encuentro con un corsario que le comunicó la caída

de la plaza, permitió a Bolívar poner proa hacia Haití. Esta narración no es aceptable ni con el condimento racional con el que José Manuel Restrepo procura hacerlo gustoso.

Era imposible para Bolívar regresar a Cartagena. Su rivalidad con Castillo, por desgracia, había contribuido a menguar considerablemente los preparativos de defensa; la opinión le seguía siendo contraria, y el antibolivarianismo de Bermúdez había aumentado los prejuicios: Nada, nada podía hacer para defender la plaza. Su carta de 2 de diciembre, dirigida a Maxwell Hyslop, es paradigmática: con donaire se defiende de los ataques que a su amor propio le dirige el interesado comerciante, a quien afirma "que un americano no puede ser mi enemigo ni combatiendo contra mí bajo la bandera de los tiranos"; es evidente que Bolívar se aplicaba el Decreto de guerra a muerte, pero Hyslop no tenía por qué conocerlo. Añade, a continuación, delicadas razones para justificar su negativa: mi súbita llegada a esa plaza provocaría un caos que beneficiaría únicamente a los españoles. Impone pues una condición que era de sentido común, y que en su caso será la regla de oro: que Cartagena me llame, y entonces (no antes) volaré a su defensa.

Para Hyslop tan sensata respuesta carece de fondo. Como tantos otros comerciantes jamaiquinos, con la ayuda de los corsarios llevaba a efecto un fructuoso contrabando con la sitiada plaza, pues cuanto abastecimiento entraba en Cartagena se transmutaba en oro. Había pues que conservar la plaza, y si en vez de 100 el sitio duraba 300 días, las ganancias aumentarían en proporción geométrica. Acicateado por su codicia, Hyslop se desvive por tener un general de la talla de Bolívar al frente de la plaza. Y el jamaiquino tiene la sartén por el mango: en tanto no acepte partir para Cartagena, le dará a Bolívar sólo lo indispensable para que no muera de hambre. Ni así cede el Libertador, y prefiere seguir mendigando una a una esas pocas onzas de oro antes que consentir algo tan inconveniente a su América. Otra vez se hace una insigne injusticia al Libertador: porque nunca varió sus muy válidas razones para no ir a Cartagena, ni tampoco se dejó persuadir por resolver sus intereses personales e inmediatos.

Se cuenta que hubo ocasión en que el león con todo y ser señor de la selva, no desdeñó vestir la piel de la raposa para lograr sus fines. Y fue esto lo que hizo Bolívar. Nunca accedió a ir a Cartagena: en cambio se sirvió de la codicia de Hyslop para promover sus propios planes. Si su regreso a Cartagena era imposible, necesitaba en cambio del buque aparejado por Hyslop para llegar a Haití a reunirse con los patriotas. Convencer a éste que le fiara

esos elementos para una nueva expedición contra la Tierra Firme era imposible, pues la empresa no ofrecía garantía alguna. No le quedó más remedio que fingir que cedía a las importunidades del comerciante, aparentar dirigirse hacia Cartagena y, ya en alta mar, de consuno con el capitán, que era hombre de Brion, variar de rumbo hacia Puerto Príncipe. Tal vez recordó Bolívar un precedente que en esos mismos mares había ocurrido trescientos años antes: para desprenderse de la insoportable tutela de Velásquez, y para conquistar, él solo, el imperio de Moctezuma, Cortés había actuado de modo semejante.

Varios indicios comprueban que Bolívar preparaba su viaje a Haití de tiempo atrás. El primero es la presencia en Kingston del comandante Amestoy. Este militar servía de mensajero entre Bolívar y los patriotas refugiados en Puerto Príncipe. Para diciembre de 1815, son ya varios los viajes que ha realizado; su partida, prevista para la madrugada del día siguiente, el 11, motivó que se quedara dormido en la hamaca del Libertador. Esta vez partía como avanzada, y Bolívar siguió efectivamente el 19, sin esperar el proceso contra Pío. No estaría de más preguntarnos si esta secuencia de fechas no acusa una conspiración de fondo: que el asesinato del Libertador se decidió precisamente cuando los españoles tuvieron la seguridad de que partiría para encabezar la nueva expedición que se preparaba en Haití, expedición de la cual estuvo perfectamente enterado Morillo.

El segundo indicio que fortalece la elección de Puerto Príncipe como meta que se ha fijado el Libertador, estriba en el papel que desempeña Luis Brion. La carta que le dirige Bolívar desde Kingston el 16 de julio, y con la que le abre paso a la grandeza, es una obra maestra de diplomacia. El curazaleño pedía consejos al Libertador sobre dónde y cómo vender una preciosa carga de fusiles ingleses que no encontraron comprador en Cartagena, porque no eran las armas sino los alimentos los que allí faltaban. El Libertador pasa por sobre esta petición con ligereza para ensalzar en seguida la generosidad, el patriotismo y la bondad de su interlocutor. Y su poder de persuasión es tal que Brion con sus fusiles (sin los cuales no habrá expedición) aguardará a Bolívar en Haití, olvidará sus intereses personales y será efectivamente todo lo patriota, bondadoso y generoso que lo concebía el Libertador.

Extraordinario personaje, este Brion, que aporta a la independencia todas las complejidades de esa vieja raza que nació de la lucha contra el mar. Bolívar hallará en él un auxiliar cuya eminente capacidad superará su ausencia de imaginación y su excesivo formalismo. Brion luchó contra los ingleses, tanto en defensa de

los Países Bajos como de su tierra curazaleña; estudió luego marinería, y su carrera en la armada libertadora no fue cosa de suerte. Maduraba sus planes con cuidado, y ya formulados, los defendía acerbamente contra opiniones ajenas, así provinieran éstas de las visiones geniales del Libertador. Pero Brion reconoció siempre la grandeza, y si fueron considerables sus diferencias con Bolívar, nunca dejó de ayudarlo de manera óptima. Este hombre, que resumió en su persona casi toda la gloria de la marina independiente, entendió la puntualidad como un rito y cada detalle como un deber; fue él quien hizo posibles los grandes triunfos navales, pues su firme sentido común de viejo lobo marino niveló con frecuencia la flamígera imaginación de Bolívar, para quien las dificultades no contaban.

Para diciembre de 1815 Brion necesita a Bolívar: no en Cartagena, pues nadie mejor que Brion conoce su próximo fin. Intuye en efecto que sólo Bolívar podrá reemprender la gran guerra, y lo quiere en Haití. Ha abandonado la comodidad de su vida de mercader por la gloriosa aventura de la revolución, y no acepta la derrota. Hay en él una esquirla del acero que mantuvo a los "limosneros" holandeses en su desesperada lucha contra Felipe II; y en el fulgor de sus profundos ojos negros hallamos, tal vez, el deseo de abajar una siquiera de las enhiestas lanzas con las que Velásquez conmemoró la rendición de Breda.

Es hacia Haití adonde se dirige el buque de Brion, el *Nuestra Señora de la Popa:* lo saben Bolívar y el capitán; pero para engañar a Hyslop se adopta el expediente de salir rumbo a Cartagena, lo que también facilita las cosas con las autoridades del puerto. La correspondencia de Bolívar acusa un significativo viraje: él, que se había limitado a mendigar seis, y después otras seis, y seis más hasta un total de 18 onzas de oro, bruscamente cambia de tono y exige a Hyslop cien onzas para sufragar los gastos de su partida. ¡Qué poco suponía el codicioso Hyslop que el Libertador (ese mismo día 19, el de su partida) le ha escrito a Petión anunciándole su llegada a ese oasis de libertad, donde lo esperan algunos de sus amigos con quienes tratará de la libertad de la América del sur. Otro Rubicón se ha cruzado: en la vida de Bolívar fueron muchos los ríos de ese nombre.

Cuando el Libertador embarca en la *Popa* su crisis de confianza ha pasado por completo. Es otra vez el hombre capaz de cortar pérdidas para empezar de nuevo. Ya no mira hacia atrás, que tiene su vista fija en la Cruz del sur. Los terribles episodios de Cartagena son sólo un recuerdo. Su tarea se extiende frente a él con la rectitud de una espada: aprovechar el favor del presidente de Haití, unir bajo su mando a todos los refugiados americanos y

organizar una expedición que tome pie en la Tierra Firme antes que retorne Morillo.

¡Pronto, pronto, que cada día es ahora vital!

ERA HAITÍ, la isla de la "dulzura enmarañada", la única que en 1816 ofrecía refugio a los insurgentes, y hacia ella convergen por desusadas rutas, los de Cartagena y los de otras costas de la Tierra Firme también. Exhaustos y sin alientos llegan a la pequeña república sita al sur de la parte occidental de la antigua Hispaniola. Todos quedan hacinados en el puerto de los Cayos, todos sobrecogidos frente a una Tierra Firme inconmensurable y hostil, todos azorados frente a un Ejército Pacificador descomunal e invencible. Este ejército, por cierto, no está ocioso. Una vez quebrada la dura nuez de Cartagena, airosamente completa la ocupación de todo el territorio granadino hasta darse la mano con las fuerzas del Virrey del Perú. Descansa entonces el guerrero y el verdugo trabaja, y perece cuanto había de ingenuamente heroico en la Nueva Granada. Camilo Torres, el tribuno inmortal de la patria boba, y el sabio Caldas, que osó hacer de la ciencia una servidora de la libertad, encabezan la larga lista de víctimas. Es un sudario el que cubre a nuestra América. Tal parece que Morillo —como lo temía el Libertador— ha obrado con oportunidad y con acierto, y completado con mano de hierro la reconquista.

Hasta Haití llegaron también, y por desgracia para la patria, algunos de esos mercenarios cobardes e interesados que medraron en el río revuelto de nuestras contiendas. El primero es el pirata Luis Aury, que aspira a quedarse con toda la flota cartagenera para robar en jauría protegido por la heroica bandera. Y otros hay a su alrededor que si menos ostentosos, no le ceden en cuanto ambición. Campea entre ellos el ubicuo Ducoudray, dos veces desertor de los ejércitos imperiales, que falsamente se intitula coronel como falsamente se ha ennoblecido añadiendo al suyo el apellido de Holstein. Soldado de fortuna, Ducoudray formó parte de esas tropas de ocupación de Cataluña que mostraron ser la hez de los tercios napoleónicos.[2] No extrañemos pues que durante el sitio de Cartagena, ni Ducoudray ni sus secuaces padecieran la plaga general del hambre. El y Aury conspiran en esta hora maligna para la república: por experiencia saben que los restos de nobles y grandes empresas redondean con frecuencia pingües fortunas.

[2] Sobre los antecedentes militares de Ducoudray, me publicó un artículo analítico *El Nacional* de Caracas, en 1974.

No era totalmente sereno el cielo de la reconquista. Algunas nubecillas había, que casi parecían colocadas adrede para hacer más enjundioso el viejo orden imperial. Otro mercenario, el francés Serviez —éste generoso y valiente— ha conducido los restos de los ejércitos granadinos hasta más acá de los Andes, hasta Casanare, en donde penosamente se levanta un esbozo de estado que incluía a los llaneros. ¿Pero acaso los lapitas pueden colaborar con los centauros? El episodio resultó desastroso: Serviez, y también el padre de Atanasio Girardot, mueren asesinados, y no hay otra autoridad que la fundada sobre el canto de la lanza del más fuerte de los centauros. El cogollo de juridicidad que penosamente avanzara Santander es barrido de plano frente a la omnipresencia del nuevo semidios de los llanos, de José Antonio Páez.

Casanare, visto desde Haití, es el fin del mundo; pero no parecen más próximas las otras partidas que cruzan los llanos de Maturín, del Tigre y aun los de Caracas. Para los sobrevivientes de Urica la guerra no ha cesado, y con sus irregulares esfuerzos procuran inquietar los grandes centros nerviosos de la capitanía general. Muy otro, por cierto, es el caso de Margarita. Aceptada su rendición, y para mantener sumisos a los naturales, Morillo había dejado una guarnición; como precaución adicional había pedido que en Margarita hicieran escala todos los buques que de España llegaran. Ni estas ni otras previsiones se tomaron, y seis meses después de pasadas las horcas caudinas que impuso Morillo a su llegada, Arizmendi y los margariteños reemprenden la insurgencia. Apartada un tanto de la Costa Firme, abierta a los auxilios del Caribe, constituía Margarita un gozne peligroso; además, confirmaba a Morillo en lo írrito de su política de conciliación, reafirmándolo en esa brutal represión que tan perjudicial le fue en la Nueva Granada. Pero incluso Margarita parecía lejana e inasible a los derrotados de Cartagena. En nada creían: su ritmo vital parecía haber cesado, e inertes veían pasar el largo rosario de las negras cuentas de los días nefastos.

Al centro de ese huracán desalineado por la intervención del ejército expedicionario español, a la república de Haití llegó Bolívar. Y fue pésimamente recibido. Muy pocos de los derrotados de Cartagena condonaban la presencia del que creían el sonámbulo de la libertad; menos aun estaban prontos a escuchar su incansable prédica para que otra vez se enrolaran al servicio de la patria; nadie, eso no, estaba dispuesto a obedecerlo. ¿Por qué Bolívar, gritaban, cuando hay otros caudillos más patriotas y mejores militares que él? Muchos entre los allí presentes se ufanaban de haber remediado los grandes desastres que Bolívar provocara. Bermúdez y Piar, ¿no acaso

habían salvado a los sobrevivientes de las lanzas de Boves? Y en Cartagena misma, ¿no eran Bermúdez —otra vez él— Aury, Montilla, Salom y Palacios quienes se habían partido el pecho en tanto Bolívar huía al solo eco que suscitaban los pasos de los soldados de Morillo? Pasados por el rasero de la revolución, los triunfos de Bolívar parecían elocuentemente vacuos. Otros eran los hombres del momento; Bolívar mostrábase ya parte del pretérito.

Una caimanera era este ambiente de los Cayos en el que se sumergió Bolívar. Los más de los varados en Haití llegaban de un largo y sistemático ejercicio de la violencia, y sus pasiones no eran de las que engendran escrúpulos entre seminaristas. La presencia de Bolívar elevó esas pasiones al rojo vivo. Nadie mejor que Mariano Montilla encarna la brutal reacción antibolivariana: Montilla, el oficial pulquérrimo, el caballero del ejército libertador, el aristócrata caraqueño, el amigo de los Bolívar, el hermano de Tomás quien fue secretario de guerra del Libertador después de la Campaña Admirable... A pesar de todos estos lazos de amistad y afecto, los terribles días del sitio han incubado en Montilla un odio desorbitado contra Bolívar: a él le atribuye las derrotas, a él la reconquista española, a él el fracaso del sistema republicano. Su pasión es tan grande que parece haber venido hasta Haití sólo para matar a Bolívar, y lo gallea sin cesar, tachándolo de cobarde y de militar inepto, y so pretexto de vengar a los patriotas muertos, llega hasta desafiarlo. La personalidad de entrambos militares y el ambiente que prevalecía en Los Cayos hacen verosímil que el duelo se llevara a cabo. El mismo empeño que toma Ducoudray en desestimarlo nos hace suponer que en efecto tuvo lugar. Quizá Bolívar, cuya puntería con la pistola fue proverbial, abrumó con su generosidad a Montilla, razón por la cual éste continuó odiándolo y prefirió exiliarse. El tiempo, y el patriotismo de uno y otro, permitieron a Mariano reconciliarse con Bolívar y regresar a tiempo para cubrirse de gloria en la liberación del Bajo Magdalena. Cosas de la vida: fue Montilla quien albergó al Libertador en sus últimos meses, y quien se contó entre los pocos que lo acompañaron en la agonía de Santa Marta.

Que Bolívar se impusiera por sobre este coro de rechazos y condenas da la medida del hombre y del momento; bien dice Schiller que la propia naturaleza se supera cuando se lucha por la libertad de un pueblo. Era Bolívar el único que impugnaba las consecuencias perentorias de la catástrofe hispanoamericana, el único que hablaba de arrebatar la iniciativa a los invasores agrupando a todos bajo un mismo mando y poniendo en juego los grandes resortes de la guerra: el espacio, traspasando las defensas costaneras, y el

tiempo, explotando la lejanía en que los españoles se hallaban de sus centros de abastecimiento.

En esa hora aciaga, es Bolívar quien presenta planes, quien impulsa proyectos y quien cuenta con recursos. Tiene a su lado a Brion, y Brion era, en ese momento, el hombre del destino. En *La Dardo,* uno de sus dos rapidísimos veleros, había llevado hasta Cartagena (para extraerlos inmediatamente después) doce mil fusiles ingleses. Ellos encierran la cifra de la victoria, como bien lo sabe Morillo quien procura, por todos los medios a su alcance, impedir que lleguen a manos de Bolívar. Brion los tiene ya comprometidos con Petión, el presidente de la república de Haití, y hasta él va Bolívar apenas desembarcado.

Poco afectos a meditar sobre la historia, buena parte de los biógrafos del Libertador se contentan con las sombras que proyecta su período haitiano. Los justos homenajes que Bolívar rinde a Petión (padre de todos los verdaderos republicanos, hombre que ha edificado su poder sobre la bondad), las reiteradas muestras de amistad y confianza con que éste distinguió al revolucionario desgraciado, y el hecho portentoso que de esa pobre isla salieran dos expediciones decisivas, han popularizado la ayuda de Petión como masiva y concluyente. Los hechos, sin embargo, no justifican tamaña conclusión.

Haití era —como todavía lo es— la parte más pequeña y más pobre de la Hispaniola. Bajo el látigo del amo y gracias a una ininterrumpida importación de esclavos africanos, la colonia llegó a convertirse en la perla de los dominios franceses de ultramar: ella sola abastecía a la Metrópoli de todo su azúcar en tiempos anteriores al cultivo de la remolacha. No extrañemos pues que esta isla azucarera valiera más para Luis XV que el inmenso y nevado territorio del Canadá. La sociedad sandominicana, esclavista por excelencia, se vio sumergida en un doble caos al iniciarse la Revolución Francesa. Con todo y ser discípulos de Raynal, constituyentes y convencionistas hacían más caso de los intereses azucareros que de extender los derechos del hombre a los negros esclavos. A su vez, monarquistas y republicanos llevan a cabo un complejo juego racial que provoca feroces represalias; de los horrores de una cruenta lucha de castas surge la figura señera de Toussaint Louverture, a cuya vera se constituye la primera república negra. Pero cuando Toussaint triunfa, las circunstancias en Francia han variado, y tiene que vérselas con un César que pisotea los derechos humanos y que mira codicioso a la isla caribeña, hecha a propósito para consolidar y ampliar la recién readquirida Luisiana. A reimponer la esclavitud, a doblegar esos negros que habían osado pensar como hombres, envía Napoleón un poderoso ejército que conduce su cuñado Leclerq.

Las crueldades francesas para restablecer en Haití la ley del látigo dejan horripilantes huellas: todavía hoy se habla de los fantasmas de los sacrificados por los sanguinolentos perros que de Cuba importó Rochambeau, el sucesor de Leclerc. Capturado a traición, "papa" Toussaint muere en el exilio en tanto el triunvirato heroico de Dessalines, Christophe y Petión aniquilan cuanto hay de blanco en la isla. Sobre un montón de humeantes ruinas se yergue Dessalines, reconocido como emperador y pronto asesinado. A su muerte, y por una de esas contradicciones siempre reñidas con la historia, todavía se subdivide la pequeña Haití: al norte, con la parte mayor y más feraz, queda Christophe, que se proclama rey, en tanto que al sur el mulato Petión se coloca a la cabeza de una república. Estas dos naciones guerrean entre sí como los gemelos bíblicos, y para cuando desembarca Bolívar, son dos los ataques provenientes del norte que ha rechazado el pueblo de Petión.

La bondad de Petión era en efecto su rasgo distintivo y brillaba tanto en su vida pública como privada. Desde su primera juventud había tomado una decisión reñida con todos los precedentes coloniales, venerando a su madre negra y renegando de su padre blanco. Trece años mayor que Bolívar, Petión lo recibe como si fuera primogénito, y entre ellos se establece una amistad sincera. Como uno de los detalles que hacen amable esta época de feroces luchas nos llega la preocupación del Libertador por aligerar los dolores reumáticos que padecía su amigo, y de los específicos que a petición suya y renovando sus conocimientos botánicos, preparó Zea, el futuro vicepresidente de Grancolombia. Pero la bondad no es gobierno, y la querencia de Petión hacia soluciones que vitales en el África de sus ancestros no tenían cabida en el moderno Haití, fijan derroteros cuyas consecuencias pueden todavía observarse.

Se bifurcaron entonces los caminos: Haití podía reconstruir la economía azucarera y hacer de su independencia un emporio; o bien, negar valor a esta política (que no haya negros que quieran ahora hacer el papel de blancos sobre las espaldas de sus semejantes, diría Petión) y establecer una economía agrícola de subsistencia para que el antiguo esclavo fuese funcionalmente libre. Era éste el Haití de Petión, y si durmiendo día tras día, y haciendo de cada noche una fiesta eran felices sus conciudadanos, no existía en la república un tesoro público y prevalecía en la administración la mayor indolencia. Acueductos y cañaverales cuadriculaban las tierras, puertos y ciudades surgían por doquier en el reino de Christophe, en tanto eran relajamiento y desorden el santo y seña de la república. De los breves años del reinado de aquél datan esas obras militares y civiles

que aún hoy nos maravillan; la herencia de Petión, por el contrario, no es sino el principio de una secular pobreza.

Poco era pues lo que Bolívar podía obtener de Petión. Y para obtener ese poco se engarzó en negociaciones delicadas que lo obligaron a permanecer en Puerto Príncipe casi todo el mes de enero, alojándose en casa del inglés Sutherland. Mal recuerdo conservó Bolívar del gobierno haitiano: dos años después, al esforzarse por disuadir a Piar de su rebeldía, se le escapa esta expresión que nos hace ver que la amistad de Petión no le ocultó la anárquica situación que en esa isla prevalecía; dígale a Piar, le escribe a Briceño Méndez, que no debe temer nada: que se presente a la capital, donde será escuchado con garantías y despachado con justicia, que Angostura no es Constantinopla, ni tampoco Haití (19-VI-17).

Los resultados de sus negociaciones en Puerto Príncipe fueron sin embargo fundamentales. Bolívar obtuvo la cancelación parcial de la contrata con Brion, liberando varios miles de fusiles (que por supuesto quedaron a cuenta de Brion), algunos pertrechos, dos pedreros y una vieja imprenta; ésta, francesa de origen, encantó a Juan Baillío, un viejo revolucionario francés venido a América en busca de la libertad, que había sido el impresor durante toda la Campaña Admirable, y que seguía al lado de Bolívar ocupado en dar libre juego a la savia de la revolución. A estas concesiones Petión añadió la de racionar como tropa a los refugiados de Cartagena (salvándolos de perecer de hambre), y le otorgó a Bolívar el cenital reconocimiento de ser él quien representara al estado independiente de Cartagena, apoyando así su jurisdicción sobre esos buques y pertrechos entonces surtos en el puerto de Los Cayos. A Bolívar no se le proporcionaron ni tropas ni mayores abastecimientos: los haitianos de Petión no querían ir a ningún lado, y en cuanto a mayores elementos bélicos —como lo comprobará Morales después de la rota de Ocumare— simplemente no los había.

Con el reconocimiento de su jefatura por parte del estado huésped regresó Bolívar a Los Cayos. No pierde un instante para enfrentarse a sus enemigos. La reunión de cuantos han ejercido mando en el ejército libertador, de cuantos civiles tenían influencia, se celebró el 7 de febrero; puede sin desaire compararse con la que nos pinta Homero al iniciar su Ilíada. Una historia agradecida nos recuerda que fue una mujer, Juana Bovril, quien prestó su casa, tal vez ante la negativa del comandante militar, Marión de nombre, de comprometerse demasiado con ese grupo heterogéneo de díscolos y pleitistas, que ignoraban el espíritu de sacrificio y seguían empeñados en zanjar sus cuitas personales. Las leyes del maldito duelo eran las únicas que privaban en esa abigarrada compañía donde

brillaban, eso sí, los dientes que con feroz sonrisa descubría Ducoudray.

Casi nadie quiere guerrear bajo Bolívar. Sus amigos (Anzoátegui, el del fuego fatuo, Soublette y Salom) carecen de argumentos frente a sus adversarios; Piar, el táctico genial, Bermúdez el caudillo invicto, y Mariño, el que nunca aceptó la superioridad de Bolívar, los encabezan. Tampoco lo apoyan los civiles, que allí está su viejo oponente Marimón, y Diego Mérida que de su amor ha pasado al más categórico odio contra Bolívar. Aún menos dispuestos están los mercenarios: Aury aceptaría un hombre de paja que cubriera sus piraterías, y Ducoudray exige el grado de general y un mando independiente. Y si por acaso alguno menguaba en su antibolivarianismo, allí está Montilla para azuzarlo.

Lo que Bolívar entonces dijo no quedó registrado. Fue tal vez el mejor de los discursos de su apretujada y elocuente vida. Nunca antes había sido tan difícil el objetivo, nunca después fueron tan exiguas sus armas. Los calificativos que le dedica O'Leary nos lo hacen ver como recto y descarnado, venusino en su forma, como los de Julio César. Y fueron tres sus temas obligados: la culpabilidad de los americanos frente a la derrota, los medios de acción para reanudar la guerra, y la elección de un supremo comandante para llevarla a buen fin.

De la incomprensión de la guerra total, la guerra verdaderamente revolucionaria, se desprende lo inevitable de nuestra derrota, dijo; estos errores permitieron el triunfo de Boves, primero, y el de Morillo después. Si Bolívar acepta su propia responsabilidad, en cambio se muestra frontero en su anhelo de corregir la situación, cosa posible frente a un ejército de españoles europeos (colonial, diríamos hoy), cuyos soldados tenían prohibido casarse con americanas, e incluso tener concubinato con ellas. Es la presencia metropolitana la que obliga a los americanos a sentirse hermanos y la que permite restablecer el equilibrio bélico. La más extraordinaria audacia debe conducir las armas americanas pues no hay otra táctica para menguar la superioridad numérica y técnica de los españoles.

Ahora, es ahora cuando existe la oportunidad para atacar de inmediato: Morillo con lo mejor de su ejército está en la Nueva Granada, y su flanco, el de Venezuela, queda abierto. Desde Margarita penetraremos al interior y formaremos con los llaneros independientes una masa bélica capaz de alcanzar el desquite. Los errores políticos de Morillo obligarán a los llaneros a abandonar las banderas del rey, y la república acogerá como propio el pendón de Boves, el de la calavera cruzada por las canillas sobre fondo negro. Una

nueva estrategia permitirá a los americanos luchar desde tierra adentro contra un ejército intruso al que empujarán hasta el mar.

Todo esto, agrega Bolívar, es imposible si no contamos con la unidad de mando. Su ausencia ha sido causa primordial de nuestro infortunio y ahora, en condiciones aún menos ventajosas, no podemos seguir combatiendo de la misma manera dispersa e insulsa. Uno sólo debe ser el comandante de los hombres libres, y éste debe escogerse ahora. Yo —termina Bolívar— daré mi voto por aquél que merezca los sufragios de los patriotas aquí reunidos; pero estad seguros, advierte, de escoger a un soldado adornado por el "valor, desprendimiento, patriotismo, actividad, celo y talento militar", un soldado bajo cuyos estandartes sirvan ufanos todos los americanos; un soldado capaz de conservar a nuestra lucha su carácter revolucionario y de sustentar nuestros ideales, pues estas guerras terribles purifican a la humanidad y son las que acrecientan su libertad y su gloria.

Los sólidos apoyos con los que contaba Bolívar —Brión, desde luego, y allí presente además, así como las concesiones de Petión— surtieron efecto. Obró también en su favor la repulsa que tachaba a todos los demás candidatos, pues divididos entre sí, los caudillos se odiaban cordialmente. No menos ayudó a Bolívar el convencimiento general que la expedición abortaría. Pensar en vencer a un Morillo victorioso con los elementos que se tenían en Haití era motivo de hilaridad para aquellos hombres de guerra. ¿Para qué exponerse a un nuevo desengaño? Y Bolívar fue el único que no tuvo empacho en jugar entonces la carta de su prestigio y de exponerse, una vez más, al fracaso. Como la plata martillada, el gran caudillo se iba formando poco a poco por el golpeteo incesante de un destino que lo obligaba, cada vez, a superarse a sí mismo. Con el entusiasmo de pocos y el asentimiento de todos, Bolívar quedó proclamado capitán general del ejército libertador.

A partir de este momento, y hasta que a fines de 1820 Morillo abandona para siempre nuestra América, presenciamos uno de los más extraordinarios duelos militares de la historia. Por pertenecer a nuestro mundo hispano, los dos personajes centrales nunca han sido debidamente valorados; además, el condimento americano hace que se desprecie como mitológico lo que es simplemente maravilloso. Las campañas del Libertador, desde la profunda perspectiva de la historia, y por la magnitud de sus consecuencias, merecen compararse con las del gran Alejandro; pero griego éste, y por consiguiente europeo y civilizado, tiene por definición que ser muy superior al nuestro, mestizo y bárbaro, y entre los dos nunca se establece paralelo. Habría además que realzar al Libertador como militar, cosa

que desgraciadamente combaten incluso multitud de hispanoamericanos. Muchos son los que se empeñan en menguar de mil maneras sus triunfos, diciendo los unos que no fueron tan grandes como lo demuestran los hechos, o bien atribuyéndolos a otros. Y sin embargo, ninguno de sus tenientes combatió con la inspiración que lo hizo cuando reflejaba el sol bolivariano. Y en cuanto a resultados, ¿son nuestras repúblicas menores o menos importantes que los reinos que fundaron los conmilitones del Macedón?

No ha faltado autor —este europeo, es cierto— que pone en duda el valer del Libertador señalando que no se midió con ningún militar de gran talla. Que yo sepa nunca se ha justipreciado a Alejandro por la valía de Poro o de Darío. La milicia es un arte y a la vez una ciencia. Se puede objetivamente juzgar a un general por las dificultades que hubo de sobrepasar, las medidas que tomó para alcanzar sus metas salvaguardando la vida de sus hombres, por lo efectivo de sus maniobras, lo profundo de sus concepciones estratégicas, por el aniquilamiento, en fin, del enemigo y el establecimiento de un nuevo orden fundado en la victoria. Es así que las campañas del Libertador se ofrecen como patentes muestras de su genio: desde el lirismo de la Admirable hasta las clásicas de Carabobo y de Junín, sin omitir la dura lucha de los encuentros de encrucijada que se originan en las expediciones de Los Cayos, ni los secos choques que hallamos en la campaña de 1818 o en la de Bomboná. El general brilla inigualado en todas ellas por cuanto se refiere a su percepción de la multifacética realidad militar de nuestra América. Adentrémonos en el incesante correr de sus órdenes militares y veremos cómo surge naturalmente un Libertador muy otro que el romántico que combatía por inspiración. Ya hemos hablado de la ciudad violeta de Bolívar, de su templo secreto donde guardaba celoso sus propios sentimientos, templo que sólo ocasionalmente y para muy pocos, se abría. Y ante individuos cuyo profesionalismo no aprecia, adopta actitudes de aparente ligereza —resabio aristocrático, sin duda— que han impresionado mal a los historiadores. Lo que resulta imperdonable es la inconsideración de tomar en cuenta aquellas, despreciando la realidad de su archivo, donde multitud de diarias órdenes, con frecuencia despachadas bajo la firma de secretarios y auxiliares, revelan al hombre de guerra duro y macizo. Su verdadera correspondencia bélica nunca confirma al aventurero militar dispuesto a jugarse toda una campaña en un solo golpe de dados. Claro está que es más fácil repetir, por ejemplo, el dicho de Páez —empeñado en sus Memorias en menguar la estatura militar y política del Libertador— que compulsar los cientos de documentos de colecciones como la de O'Leary, que confirman

la presencia de un guerrero metódico y cuidadoso, audaz hasta la temeridad cuando así lo exigen las circunstancias, jamás por espíritu de aventura. Y el estudioso imparcial confirmará el dicho de Bolívar cuando afirmaba que nunca procedió sin la más cuidadosa meditación, y que cada una de sus campañas fue producto de su razón, y no de sus pasiones.

Morillo por su parte es un castellano viejo de la estirpe de los Cortés: profundamente imbuído de su religión y convencido de su causa, se revela en estos años torales como un gran comandante. Recordemos como punto de comparación cómo fracasó, total y absolutamente, el general Pakenham, el brazo derecho de Wellington, cuando al frente de un brillante ejército inglés vino a apoderarse de la Nueva Orleáns. ¿O es que los fusileros del Kentucky valen más que nuestros llaneros, o que Jackson era mejor general que el Libertador? La guerra americana posee dimensiones de tal magnitud que no se comprenden desde la vieja Europa, y sólo grandes militares pueden mostrarse capaces de brillar también en nuestro continente. Recordemos los innúmeros mercenarios que se vuelven defraudados, al comprobar que lejos de ser jauja, la guerra americana es mucho más dura que la europea.

Entre Morillo, que se muestra a la altura de lo que las circunstancias demandan, y Bolívar cuyo genio se confirma en cada campaña, se desenvuelve el más extraordinario juego estratégico. Morillo tiene fijos los ojos en Bolívar: desde un principio intuye que es él el verdadero enemigo y que sus triunfos quedarán cortos si los varios grupos insurgentes se reúnen bajo ese caudillo a quien cita nominalmente aun antes de las expediciones de Los Cayos. Procura pues evitar que le lleguen los fusiles de Brion y presiona a Petión para que guarde su neutralidad e impida a los insurgentes armarse en su territorio; y la amenaza de que tales actos serán considerados inamistosos no era vana por parte de la España de entonces. Morillo sabe el peligro de una Margarita en manos independientes, conoce las inmensas y perjudiciales consecuencias que traería aparejada la liberación de Guayana, y sabe, tácticamente, que Bolívar tendrá que atravesar sus defensas en la costa venezolana. Por consiguiente toma sus medidas: algunas felices, como las encomendadas a Morales, otras en que los hombres le fallan, como es el caso de Real o de Moxó. Pero en cada campaña, en cada operación, Bolívar encontrará un adversario que sabe lo que busca, que ha prevenido sus movimientos y que al igual que él, lucha con profundo patriotismo. Uno y otro, por lo demás, arriesgarán muchas veces su propia vida.

Los triunfos de Bolívar son posibles porque él también conoce a fondo a su adversario; en ningún momento desprecia ni desestima

las cualidades y la fuerza de Morillo; sabe que al otro lado del campo de batalla —que se prolonga por cuatro años y que abarca una extensión cuatro veces mayor que la superficie de Francia— está un adversario que lo observa, que descubre con frecuencia sus debilidades, que elude sus maniobras, que a veces lo sorprende, y que siempre encontrará medios de devolverle sus golpes.

Este duelo militar, único por su duración y extensión, se lleva a cabo enmarcado por el implacable ritmo que marca un reloj de agua. Las montañas costaneras de Venezuela, y las grandes cordilleras de la Nueva Granada, tienen como punto de unión los grandes llanos creados por el milenario correr del Orinoco. Humboldt los describe como semejantes, por su extensión y calidades, al Sáhara. De este llano saldrán los elementos para hacer la guerra: las potencialidades bélicas de los centros de civilización están agotadas: Boves por una parte, y la larga lucha civil en la Nueva Granada, se han encargado de ello. De los llanos saldrá la sangre y la carne para hacer esta nueva guerra. Y valga la ocasión para recordar la precisión con que el Libertador conoce el número de reses —por día, por semana y mes— que su ejército necesita para sus grandes ofensivas (la de Carabobo, por ejemplo), y los infinitos cuidados que toma para alimentar a sus soldados, pues sabe que sin menestra no habrá ni ejército, ni campaña, ni victorias, ni libertad. Este Bolívar preocupado de heridos y de enfermos, de herraduras y de mulas mansas, de reses gordas y de piedras para fusiles, de pólvora seca y de resmas de papel para cartuchos es aquel que amaban sus soldados, aquel que seguirían hasta el Potosí o hasta el fin del mundo. El guerrero descuidado de la leyenda no aparecerá por ninguna parte si nos molestamos en consultar sus propios documentos.

La nueva guerra que ahora inician los grancolombianos para aniquilar el ejército invasor tiene como teatro a los Llanos. Desde la primera expedición de Los Cayos, en marzo de 1816, hasta la victoria de Carabobo en junio de 1821, la guerra tiene por eje estratégico el Orinoco y sus afluentes. Y el Orinoco impone a los actores su propio tiempo, uno que gira alrededor de las lluvias, de las inundaciones y de las sequías. A partir de abril principian las lluvias, y desde mayo el gran río ha inundado los llanos circundantes. Toda especie de vida incapaz de transformarse en acuática entra en invernal sopor, en tanto el río sigue creciendo: alcanza su auge en agosto, para volver a su cauce en octubre-noviembre. A partir de entonces y hasta el siguiente abril, las grandes operaciones militares son posibles; no que sean fáciles, como lo comprobó Morillo al descender de Bogotá con sus regimientos victoriosos a principios

de 1817 para toparse con plagas de garrapatas y de otros animalejos que atormentaron terriblemente a la tropa. Durante los meses de noviembre a abril los dos grandes guerreros se engarzan en operaciones que giran alrededor de ese río que los indios consideraban como el padre de todas las aguas. A veces intentaban un albazo que estropeaba toda una campaña y forzaba al adversario a mantenerse en la defensiva hasta el siguiente año. Otras veces aprovechaban los meses de sequía para lanzar una ofensiva relámpago bajo la aurora de las lluvias, y ganar victorias que quedaban selladas al sucederse el ritmo inmutable del Orinoco.

Aun para el Libertador, que con sus maltrechos buques mira a lo lejos la inhóspita costa venezolana, están bien lejos las defensas realistas, antes tiene que poner en marcha su expedición. Por esa inevitable reacción humana de desvirtuar a un hombre a quien se eleva sobre los demás, un sinfín de tribulaciones acosan al flamante general en jefe. Bermúdez, desde luego —para no hablar de Montilla— retira su apoyo, pone una vez más en entredicho las cualidades del jefe, y se autoproclama comandante supremo. Su rebelión es tan patente que Bolívar se ve obligado a separarlo de la expedición, e incluso a prohibirle que regrese a Tierra Firme. Los civiles por su parte rechazan la república castrense, y se entretienen en tejer multitud de intrigas en las que brilla fosforescente el odio de Mérida, y en que campean la debilidad de Marimón y de Zea. Estos se atribuyen sin más la representación del estado libre de Cartagena y convienen en ceder a Aury —so pretexto del pago de servicios prestados— el mejor buque de los muy pocos con que cuenta Bolívar. Se nos cuenta que al enterarse, Bolívar montó en una de sus súbitas cóleras, de esas que tanto temían los de su alrededor: hizo pedazos el acta y puso bajo arresto al pirata Aury. Fue inevitable el rompimiento, y Aury se separó llevándose consigo sus otros buques, los corsarios que lo seguían y casi toda la marinería. Si la expedición de Bolívar era antes pequeña, ahora es liliputiense.

Más generalizada fue la sorda oposición de aquellos a quienes la proyectada invasión les parece quijotesca. Una cosa era proclamar a Bolívar comandante en jefe, en el calor del momento, otra muy distinta jugarse el pellejo en una desesperada aventura. Fuera de la rebelión de Margarita, nada se sabía de la opinión de los pueblos de Venezuela, y sin su ayuda, no podría hacerse la guerra a España. Y los tercios españoles, que en efecto habían vencido a los Massenas, Victores y Dupones (como se gloriaba Morillo), ¿no barrerían de un solo revés las endebles fuerzas que Bolívar encabezaba?

Para contrarrestar esta corriente de desaliento el Libertador se preocupó por difundir datos y cifras que sólo existían en su ima-

ginación. A Salom le habla de fuertes contingentes haitianos que actuarán como auxiliares; a Petión le pide oficialmente grandes cantidades de pertrechos que de antemano sabe que no le enviará; a sus corresponsales en Jamaica y en las otras islas del Caribe, de grandes flotas, de abastecimientos suficientes para hacer la guerra hasta por diez años... ¡Ah, pero la verdad era muy otra! Cuando finalmente zarpa la expedición, en esos cuantos barquichuelos que Bolívar ha logrado aparejar, poco lleva: los cuatro mil fusiles de Brión, eso sí, pero navegan casi sin tripulación; de hombres de guerra, 240 son los que lo acompañan. Salom nos cuenta que durante la travesía los oficiales la hacían de marinos, y como todos, sin respetar galones, se encargaban de las guardias.

En parte para ocultar lo paupérrimo de sus preparativos, en parte también para evitar la deserción, Bolívar hizo salir a cada uno de sus barcos a medida que quedaba abastecido. Fue en la isla de la Beata, al sureste de Haití, donde se concentró la flotilla tras una espera de varias semanas que preocupó mucho a Petión, responsable ante Morillo de esa expedición cuya existencia negaba. Con toda su energía demoniaca, Bolívar no pudo superar el poco entusiasmo de gente harto dudosa del éxito de la empresa, ni la lentitud en la entrega de los fusiles de Brión; hubo que embarcar éstos en la oscuridad de la noche pues no convenía enterar a Christophe que la república de Petión quedaba desguarnecida. Se ha criticado a Bolívar su lentitud, sin tomar en cuenta que las dificultades eran de tal suerte que lo admirable es que en tan poco tiempo haya organizado, preparado y lanzado la expedición; cualquier otro que el Libertador todavía estaría en Haití rechinando los dientes. Con todo, y en la pluma de Ducoudray, esta lentitud así como la gradual concentración en la Beata, origina otra calumnia: todo se había detenido porque Bolívar esperaba a su querida, a Pepita Machado, a quien había enviado buscar.

El artificio de Ducoudray y las causas que lo impulsaron son patentes; por desgracia los historiadores, en lugar de examinar los hechos, se conforman con excusas elaboradas al vapor que soslayan el fondo de la acusación. Que a Bolívar lo atrajo siempre el bello sexo, y que durante su vida amó a muchas mujeres, es cosa que hemos reseñado; pero ni ésta ni otra pasión alteró su destino, que fue como una flecha dirigida a la libertad de un mundo. Para redimir a su América era su ejército el instrumento divino dado por el Creador y es imposible principiar siquiera a entender a Bolívar si no reconocemos que fuera de su lucha libertadora, todo, incluso las mujeres fueron elementos secundarios. Él se sabía el motor de la gran máquina de la libertad, y a este fin sometió sus pasiones, curvó

sus deseos y purificó su vida. Aquel viajero inglés que cuando lo vio todo flaco y todo tenso comentó que la llama había quemado el aceite, dijo más de lo que sabía sobre el personaje y sobre su pasado. Por ello merecen tan poca consideración los que se rebajan hasta examinar como posible, que Bolívar almorzaba cuando se peleaba en Boyacá (¿otro duque de Maguncia?), o que andaba de picos pardos cuando movía cielo y tierra para hacer marchar esos pocos buques que eran su apuesta genial contra el destino. No se crea que niego la humanidad del Libertador; pero empequeñecerlo hasta enmarcarlo dentro del cartabón de hombres ordinarios equivale a desvirtuar por completo lo profundo y grandioso de nuestra independencia. Sin la fe y sin los hechos de ese hombre impar nuestra libertad habría tardado por lo menos otra generación más, y se habría realizado en condiciones muy distintas, tal vez semejantes a las que aherrojaron a la Cuba ya no española. Aceptamos que Bolívar amaba y comía, pero nunca que por amar o por comer pospuso sus grandes fines, o hizo peligrar proyectos meditados de tiempo atrás, y en los que se jugaba la vida de sus hombres, a más que la gloria de la naciente república.

Era por lo demás imposible que Bolívar distrajera un barco para todo otro propósito: simplemente no lo tenía. Tampoco se trataba de una partida de día de campo: no era el lugar ni el momento para que mujeres refugiadas en las Antillas se unieran a sus guerreros, y nadie podía pensar que el regreso de Bolívar a la Costa Firme se haría sin muy duras batallas. La flotilla que finalmente partió, casi sutil por cierto, no llevaba sino a los soldados patriotas. Pepita no estuvo al iniciarse la expedición, y no obstante lo que afirma Lecuna, yo pongo en duda que se haya unido a Bolívar antes de 1818, cuando al fin abandona su refugio en San Thomas para trasladarse a Angostura. En Haití se iniciaba otro romance en la vida de Bolívar, el de Isabel Soublette; pero éste forma parte del período de la Tierra Firme.

Siete, como las generaciones venezolanas de los Bolívar, siete son los barquichuelos con los que Simón inicia su tercera salida. Tres de ellos son buenos veleros: los otros, nuevos Rocinantes, renquean penosamente sobre las indiferentes aguas del Caribe. Es con estas briznas, frente a un enemigo victorioso y potente, como Bolívar lleva a cabo operaciones de profunda belleza. Lejos de marcar una sucesión de errores, el año de 1816 señala su madurez estratégica y apunta las intuiciones geniales que lo llevarán victorioso hasta el Potosí.

Al narrar este período, no puedo menos de recordar la multitud de veces que he negado el valor del individuo, y afirmado que éste no es sino el producto de sus circunstancias históricas. Y sin embargo, por más que me empeño, resulta imposible explicar cómo triunfó la primera expedición de Los Cayos sin contar con la centelleante personalidad de Bolívar. Adversos totalmente los hechos, nunca mejor demostró ser el hombre de las dificultades. Es su voluntad la que doblega oposiciones, tramonta obstáculos, la que impregna con nueva alquimia aquellos pobres maderos que huelen a buque viejo, y la que bombea sangre fresca a esos americanos que se le esconden y que suspiran por el olvido en medio de la oscuridad de la tiranía y del frío del coloniaje.

Tomemos, como punto de comparación, los titánicos preparativos aliados para invadir la Europa nazi en 1943. Tenían, sin embargo, multitud de ventajas: un frente oriental que sangraba abundantemente al ejército alemán, un bombardeo aéreo que había reblandecido todas las defensas, una extensa red de guerrilleros que los informaba de cuanto ocurría y efectuaba con oportunidad actos de sabotaje; más aún, contaban con una inmensa superioridad en hombres, en materiales, y calculaban con frialdad las inevitables pérdidas. Y sin embargo, nadie que yo sepa, ha discutido los méritos del triunfo en una operación que se consideró como extremadamente riesgosa.

Ninguno de los haberes anteriores eran parte del de Bolívar. Salvo la rebelión de Margarita, sólo le llegaban rumores de que los llaneros patriotas seguían en la brega; nada sabía sobre el modo de sentir de las poblaciones venezolanas, y era bien posible que fatigadas de una guerra sin fin, las encontrara anuentes a soportar el yugo español. Bolívar comandaba una expedición tan pequeña que no podía mirar con tranquilidad las pérdidas implícitas en todo desembarco, y tampoco poseía el dominio del mar, pues con todo y ser insuficiente para prestar un efectivo apoyo al ejército pacificador, la marina española fue siempre superior. Ni olvidemos que muchos de los buques que militaban bajo el pabellón independiente eran adventicios, es decir, que pertenecían a corsarios que obedecían sólo esas órdenes que no contrariaban sus intereses.

Enmarcan estas limitaciones la genial estrategia bolivariana. Y no se nos venga a decir que los impedimentos se originaban en su incompleta preparación, pues si se hubiera quedado en Haití otros diez años, hubieran disminuido en lugar de aumentar sus tropas y efectivos. En 1816 contaba Bolívar con pocos amigos; sus adversarios por lo contrario, eran muchos y poderosos, y eran multitudes las que negaban su genio.

La primera decisión bolivariana fundamental para la campaña, concierne a la marina. De acuerdo con Brion fija un programa de acción que será la regla de oro durante las campañas que liberarán la Grancolombia. Someter el Caribe es imposible, pues Brion con todo y su grandeza no es Cochrane. La marina independiente se limitará pues a operaciones bien concretas en cuanto al tiempo y al espacio. Al salir de la Beata, Bolívar sólo aspira a dominar las costas de Margarita; desde esa isla lanzará numerosas fintas; así podrá introducir al interior de Venezuela, y con un mínimo de pérdidas, esas fuertes divisiones, bien pertrechadas con los fusiles ingleses de Brion, que harán posible las victorias del mañana. Valga anotar aquí otras aplicaciones de este gran principio estratégico que inmediatamente se nos ocurren: ya en Guayana, Bolívar logrará dominar momentáneamente el Orinoco con la batalla naval del Cabrian, la que le permite, además de ocupar Angostura, consolidar su dominio sobre la margen derecha del Orinoco. Más tarde, la aplicación del mismo principio hará posible el transitorio dominio de la desembocadura del Magdalena, aislando a Cartagena y a Santa Marta, conservando a Maracaibo y dejando libre a Urdaneta para completar el precioso movimiento envolvente que asegura el triunfo avasallador de Carabobo.

Hacia Margarita avanza penosamente la flotilla: más que los vientos, la impelen los sueños que ribetean la voluntad de gloria de Bolívar. Y para sorprender a los buques españoles que bloquean la isla, hacerse de víveres y si es posible de nuevos reclutas, describe un gran arco, bordeando las pequeñas Antillas. Es durante este trayecto cuando la escasez de marinos experimentados, extremada por la rebelión de Aury, imprime a la expedición un carácter bucanero de que gustan no poco los escritores; algunos, además, no muestran empacho para trasponerlo a episodios posteriores.

El largo mes de navegación, sin embargo, se justifica cuando llegan a aguas venezolanas y sorprenden al escuadrón que bloquea el oriente de Margarita. A la altura del archipiélago de Los Frailes, Brion da caza al bergantín español el *Intrépido,* y a la corbeta que lo secunda. Sin marinos, el abordaje del primero es obligatorio, en tanto Renato Beluche —corsario francés que prestará muchos y valiosos servicios a Grancolombia— se encarga de dar caza a la corbeta. La captura de ambas naves abre para Bolívar las costas de Carúpano y de Paria; el bloqueo de Margarita queda roto, y la primera parte de la expedición es un éxito.

Se ha novelizado con exceso el combate naval de Los Frailes: algunos quieren demostrar que encierra una victoria concluyente; otros toman pie en él para denigrar frenéticamente al Libertador.

No tiene el combate otra importancia que la pasajera de una exitosa sorpresa. La marina española siguió siendo preponderante: incluso después de Carabobo, Morales no halla oposición para trasladar su ejército hasta el corazón de Grancolombia, apoderarse de Maracaibo y echar a temblar la república. Las calumnias que en otro extremo del espectro le dedica Ducoudray para tildarlo de cobarde, y que como perro ciego repite Madariaga, deben tratarse con el desprecio que merecen. Ducoudray es un paranoico que cubre con la misma venenosa baba a cuantos le eran superiores. ¿A quién y en qué ocasión creéis que se aplican los siguientes epítetos: *no energy, no activity, no talents, occupied himself with his pleasures, sunk in great apathy?* Nada menos que a Bermúdez en el sitio de Cartagena. ¡Lástima que Morillo no lo hubiera sabido a tiempo!

Es imposible que Bolívar mostrara cobardía en Los Frailes, pues ninguno de los 240 héroes que lo acompañaban habría aceptado, ni por un segundo más, seguir a un infeliz hasta entonces aureolado por la derrota. Piar, Mariño, ambos arrojados hasta la temeridad, ¿no lo habrían despojado del mando al adivinar la menor flaqueza? Durante un año Bolívar ha guardado vivo el fuego de la venganza, y cuando apenas un tablón une a entrambos buques, sobre el enemigo se lanza como un golpe de agua. Al fin terminaban las esperas sin ayer, al fin sus grandes velas se henchían sin rasgaduras, al fin se derretía la frialdad del astro dormido. Era otra vez su espada la que atestiguaba sus ideales y la que deletreaba libertad repartiendo muerte a los tiranos.

Margarita recibe a Bolívar con exultación; trae consigo prestigio y trae armas, y la isla se siente protegida. En Juan Griego le entrega Arizmendi su bastón de mando, y allí mismo fija Bolívar los tres puntos capitales de su campaña de emancipación: la continuación implacable de la contienda hasta la expulsión total de los españoles, pero evitando ya las crueldades de la guerra a muerte; la libertad de los esclavos, acto indispensable en un país que lucha por su manumisión; y el respeto de las formas democráticas, erigiéndolas en gobierno representativo tan pronto lo permitan los avatares de la guerra.

Estos tres objetivos, claros como soles rituales, se transforman inexorablemente ante el roce constante de la realidad. Bolívar condiciona la libertad de los esclavos a que se enrolen como soldados, y los denosta airado cuando prefieren la ergástula al ejercicio de las armas. En cuanto a democracia, el hombre espléndido que fue Bolívar se vio arrastrado por dos corrientes contradictorias y opuestas. La una, la del roussoniano puro, le hace creer en la voluntad general y respetar el pacto social resultante como eje de todo go-

bierno. La otra, y en forma semejante a los cambios que el decurso de la Revolución Francesa impuso al Comité de Salud Pública, lo empuja a la dictadura, en el sentido romano del término. Por sobre las creencias republicanas de Bolívar, genuinas e inmutables, prevalecen las necesidades que le señala su instinto bélico y americanista. Y con el correr del tiempo y la consolidación del mando, esta doble y contradictoria tendencia dará origen a una de las grandes tragedias de la historia moderna.

Su razón lo impele sin cesar hacia una democracia militante, y antes de que transcurra el año de 1816, llamará con frases inmortales al canónigo Madariaga —el del 19 de abril— para que coadyuve a establecer un gobierno institucional. Pero, ¿cómo pedirle a un hombre que encarna todo cuanto tiene de legendario nuestra América, que se incline ante las corruptelas y pequeñeces de un sistema que no parece hecho para los tiempos de crisis ni para los pueblos en formación? Poco tiempo después choca violentamente con Madariaga, pues éste pretende poner en práctica ideas que no son las que Bolívar considera propias a su América. Y este patético dualismo se extenderá a todo lo largo de la vida de Bolívar: el episodio con Luna Pizarro, diez años después y ya en la cúspide de un Perú libre, será en todo semejante al del canónigo.

Pero volvamos a Margarita, que apenas se reinicia la lucha. Para Bolívar era esa isla como un santuario privilegiado, tal y como durante décadas lo fue la Tortuga para los filibusteros. Por desgracia, otra vez lo acordado en principio se aplicó de modo contrario a los planes de Bolívar y a los intereses de la república.

Anejo a los margariteños fue el heroísmo sin par. La defensa de su isla frente a Morillo, por ejemplo, permitió a Bolívar consolidar su triunfo en Angostura. Ello no fue óbice, sin embargo, para que vieran la independencia con miopía: dispuestos a los mayores sacrificios para defender su desamparada tierra, examinaban con displicencia cuanto se refería a operaciones en la Costa Firme. Todavía en vísperas de Carabobo y con todo el prestigio de sus victorias, no logrará el Libertador doblegarlos.

En mayo de 1816 se halla atrincherada en Pampatar la guarnición española; de Bolívar esperan los margariteños el auxilio de sus hombres y de su flotilla, pues rendirla es lo único que anhelan. Como portavoz de sus sentimientos cuentan con un hombre recio y de tremendo relieve: Juan Bautista Arizmendi. Militar de profesión, pues sirvió con distinción en el ejército español hasta 1810, Arizmendi representa cuanto hay de adusto y de heroico en Margarita; pero a diferencia de sus isleños añade Arizmendi una gran flexibilidad en sus procederes, lo que ha motivado que se le acuse

de hipócrita. Seguro de sus fines y sin ceder nunca en sus principios, sin empacho se inclina para dejar pasar contrarios vientos: fue así como acató a Morillo a su llegada, para encabezar seis meses después el levantamiento en su contra. No extrañemos pues que quien ayer cedió el bastón de mando, pretenda hoy imponer a Bolívar la estrategia margariteña. Y no se crea que Arizmendi usaba de sutilezas, que para asentar su voluntad surgía un hombre brutal que se abalanzaba sobre sus interlocutores como si fuera a boxearlos (como lo relata el propio Bolívar). Es un dilema el que plantea Arizmendi: o presta Bolívar todo su concurso y se completa la libertad de Margarita, o no podrá contar con el apoyo de la isla en sus operaciones sobre la Costa Firme.

Examinó Bolívar Pampatar, por mar y por tierra, y concluyó que agotaría inútilmente sus escasas fuerzas en una operación tan difícil como secundaria. Decidió pues, seguir hacia Carúpano, pasando sobre Arizmendi y dejando de lado a Margarita. Sabía que toda ofensiva que pierde su impulso muere, y no contaba sino con una incesante audacia para cubrir sus propias debilidades. Por lo demás, era imprescindible armar y asimilar los cuerpos volantes de llaneros antes de que cundieran las aguas; retardar ese objetivo era quedar de rodillas ante Morillo, pues a no dudarlo, éste regresaría a Venezuela en la subsiguiente estación, y de no haberse efectuado la fusión, barrería los cuerpos patriotas con la misma facilidad que a su llegada.

Las peripecias que a continuación sufre Bolívar, son inexplicables si no se acepta el cierre de Margarita para él y los suyos; son muchos los historiadores que ignoran la pérdida de su gozne marino, de su santuario y de su centro de resistencia, y que en cambio nos condimentan una disparatada odisea digna del Corsario Negro. Este error se debe, en buena parte, a que interpretan en sus términos literales el manifiesto de 26 de mayo por el que Arizmendi proclama ante los margariteños su formal aprobación de la partida de Bolívar hacia la Costa Firme. Lo esencial del manifiesto se ve contradicho por los hechos; además, es indispensable no olvidar que este documento lo hizo imprimir Bolívar en Carúpano, más de dos semanas después de su salida, y que tuvo como único propósito el de reafirmar ante extraños y enemigos la unidad de los independientes. La hipótesis de que este manifiesto había circulado en Margarita bajo forma manuscrita, es inaceptable, pues fueron varios los que en la isla y en esos días imprimió Baillío; mal podemos creer que no se usó la imprenta para el de mayor importancia. La que aquí se avanza lo confirman la carta de Brión a Arizmendi (23-VII-1816), excitándolo a la unidad y el hecho, de otro

modo incomprensible, de que Arizmendi mandara llamar al Libertador hasta Haití: ¿para qué, si la isla no le había sido cerrada? Realcemos otra vez esa cualidad insigne del Libertador: la de olvidar cuanto lo ofendía personalmente, de ocultar cuanto estorbara a la gran empresa libertadora. Arizmendi por lo contrario no cambió sus objetivos: tres años después, cuando el Libertador planeaba en las alturas de Boyacá, y en Angostura se le supuso derrotado y perdido, fue el margariteño quien encabezó un golpe de estado que terminó al regresar el Libertador Pantocrator.

A Carúpano va Bolívar, y otra vez lo impulsan sus sueños. La sorpresa permite a Brion apoderarse de otros dos buques españoles, pero en tierra los resultados son fatales. La población rechaza violentamente a los libertadores, y se defiende codo a codo con el español. Y Bolívar toma la población a la fuerza, y hay violencia y hay saqueo, y queda desierta la ciudad presuntamente liberada, y el Libertador condena al fuego a uno de los villorios de los aledaños ante la persistente negativa de sus habitantes de volver a sus hogares. ¿Era esto la liberación? ¿Eran estos los venezolanos heroicos con los que Bolívar contaba para transformar a su América en la nación impar por su libertad y por su gloria?

No es éste tiempo de lasitud, y la actividad del genio se multiplica: le da armas a Piar y lo envía hacia la gloriosa Maturín, Maturín la llave de los llanos orientales, la antesala del Orinoco; a Mariño le entrega armas y le encarga defender a Oriente; y con los soldados que ha podido enrolar, el propio Bolívar decide cambiar el teatro de operaciones. Utiliza los últimos instantes que le dejan lluvias y corsarios, y se traslada al centro de las costas venezolanas, a Ocumare, desde donde tiene a su alcance los valles de Aragua y la Capital. Claro que una rimbombante proclama habla de un fulgurante avance que lo hará dueño de Caracas; y esta proclama, destinada a sus enemigos, hará caer en el garlito a muchos de sus biógrafos, que excusarán o condenarán esta lamentable querencia. ¡Qué poco han estudiado las campañas de Bolívar! Buscó siempre la destrucción del ejército enemigo, y además sabía, mejor que nadie, que esa supuesta conquista ni era factible, ni significaría otra cosa que el sacrificio inútil de sus hombres. Y otros soldados que esos, no más no los tenía.

A Ocumare llega Bolívar en julio de 1816. Confía en sorprender a los españoles y en penetrar hasta los llanos donde, unido a la caballería de Zaraza y de los Monagas, formará su gran ejército. Valga notar, como viñeta de las realidades de nuestras guerras, que de Carúpano hubo de llevar a bordo las tropas, pero también sus soldaderas: ¿cómo dejarlas, cuando sobre ellas se cebaría la venganza

española? Pero en un equilibrio tan tenue como el que conservó Bolívar durante esos meses, resultó una carga adicional que le perjudicó no poco.

Aunque es difícil elevarse por sobre la multitud de críticas y de denuestos, la operación del Libertador en Ocumare merece, por su imaginación y talento, y también por sus consecuencias, parearse con la de Marengo. Apenas desembarcado buscó Bolívar penetrar al interior. La vanguardia de su ejército —eufemismo para encubrir el todo de la masa combatiente— la encomienda a Soublette. Sus directivas son esparciatas: atacar con la mayor velocidad, con la mayor fuerza, con la mayor audacia. Pero este plan no puede llevarse a cabo por la previsión de Morillo. Anclado en Santa Fe el general español no quita el ojo a Bolívar; cree posible la expedición de Haití, y prevé por dónde será el ataque. Por ello envía a Morales —este general cuyo solo nombre en Venezuela vale por un ejército— con una corta brigada y con el encargo de rechazar el desembarco de Bolívar. La grave pérdida de tiempo sufrida por Bolívar significó que cuando llega a Ocumare, Morales está en Valencia. No era éste hombre que escabullía la batalla, y con cuanta fuerza halla a su alcance, se lanza sobre los independientes. De haber conservado la iniciativa Soublette lo habría tal vez rechazado; pero su ánimo está profundamente compungido. Es Ducoudray el responsable: muerto de envidia ante ascensos que él creía merecer, desde Haití se ha dedicado a atormentarlo; todos los rumores, los chismes sobre los amores del Libertador con Isabel Soublette eran corregidos y aumentados por ese libelista profesional, y cuando llega la hora del combate el corazón de Carlos Soublette no está con sus compañeros de armas. Se pregunta si no desempeña el papel de Urías, y en lugar de la extrema audacia que se le ha ordenado, se muestra cauto, acepta inconsultas versiones de los miles de hombres con los que dicen que se acerca Morales, y retrocede precipitadamente. Morales toma entonces la iniciativa, y persigue a los insurgentes hasta Ocumare, con tropas crecidas y sin detenerlo el punto de los Aguacates, considerado inexpugnable.

De inmediato comprendió Bolívar que el movimiento retrógrado de Soublette le había hecho infinito daño; y no había sino un remedio que él mismo y perentoriamente, prescribió: cortar la persecución de Morales, reforzar su ejército con los pocos hombres conservados en Ocumare, y hacerlo escapar por el flanco derecho de Morales. Esta maniobra, extremadamente riesgosa, necesitaba un señuelo: había que hacerle creer a Morales que toda resistencia se había desvanecido, y que en Ocumare sólo quedaban los restos

de la expedición; se ocuparía así en recoger despojos, y perdería el tiempo de la persecución.

Fue esta doble maniobra la que concibió y dirigió Bolívar los días 15 y 16 de julio: el retiro ordenado de la vanguardia, primero, que sin tocar Ocumare convergió hacia Choroní, recibió allí los refuerzos que condujo Anzoátegui, y se internó de inmediato; segundo, conservar en Ocumare los elementos que fingieran un desastre y que atrayendo a Morales, le dieran a Soublette 48 horas de vital ventaja. Esta última parte de la operación, sin estado mayor, sin auxiliares en quien confiar con la inevitable pavura que provocó la cercanía de Morales, con la carga de las soldaderas de Carúpano —esas que Salom, antiguo cadete del batallón de Blancos de Aragua, calificó de multitud de negras— no pudo redondearse. Hubo al fin pánico (del que se ha culpado al edecán de Soublette, Alzuru), los corsarios reimpusieron sus intereses y Bolívar se encontró solo en la playa, todavía rodeado de sus preciosos fusiles. Dispuesto a suicidarse antes que caer en manos españolas, fue finalmente recogido por un bote que le mandó Bideau, pero sus pérdidas fueron considerables. En su parte de victoria, Morales cita mil fusiles, dos pedreros, una imprenta... ésta, la francesa que le cedió Petión, había reavivado la nostalgia del viejo Juan Baillío, quien prefirió perecer con ella que abandonarla. Y en tanto Morales, frente al fuego de vivac contaba esa noche, con su grueso acento canario, cómo Bolívar nunca se atrevía a dar el pecho a hombres verdaderos, el Libertador, todo maltrecho por el encontronazo, iba a parar hasta Bonaire. En esa isla holandesa lo esperaba Brion, quien no por ser almirante menguó lo altísono de sus expresiones ante la que consideraba una traición a la causa.

Lo que ni Brión ni los historiadores percibieron fue que por sobre el aparente y estrepitoso fracaso, el propósito original de Bolívar se había cumplido. Morales se engolosina en Ocumare, y para fijarlo en la costa, el propio Bolívar, con un par de barcos, amaga Choroní y Chuao, fingiendo renovar sus desembarcos. Entretanto, la división de Soublette ha escapado definitivamente: su comandante, otra vez el acerado patriota, se sabe culpable de la derrota inicial; pone al general MacGregor al frente de la división, y lo secunda tan magistralmente que todo ocurre tal y como lo había planeado Bolívar. Para el 21 de julio el ejército está en la Victoria, el 6 de agosto se reúne con los llaneros de Zaraza y el 10 con los de Monagas; juntos ya, derrotan en Quebrada Seca a Quero y a Segundo López en el Alacrán; detenidos por los empantanados llanos, remontan hacia la costa, ocupan Barcelona y bajo el mando de Piar obtienen la decisiva victoria del Juncal (26 de septiembre),

sobre el mismo Morales que tardía e infructuosamente viene a reparar sus errores. Y desde Barcelona los triunfadores llaman a Bolívar: hasta el último de ellos le atribuye sus triunfos, y lo reconocen, además, como el único centro entre caudillos incapaces de acordarse. Este llamado de su ejército triunfante justifica plenamente a Bolívar, pero entre tanto llega la llamada, e ignora la suerte de sus compañeros pasa algunos de los más amargos meses de su vida.

Es cierto —como no tardarán algunos en señalarlo— que esta versión la contradicen los apuntes que Soublette hizo para los boletines del ejército durante esos días y en los que sutilmente pinta un Bolívar atemorizado e incierto. Tampoco dejó Soublette de vengarse (freudianamente, claro está) achacando a Bolívar el supuesto fracaso por actuar como Marco Antonio, siguiendo a Cleopatra lejos de la batalla y de la gloria. Los documentos decisivos, sin embargo, provienen de los comandantes españoles. Morillo cita la implantación de la fuerte columna y culpa a Morales de haberse dejado engañar como un niño; por medio de esas victorias, admite, se hicieron dueños los independientes de Barcelona y Cumaná, aislando también a Guayana. Moxó por su parte, como José Napoleón después de Bailén, se apresura a retirar sus fuerzas de Margarita apenas sabe a los insurgentes en los valles de Aragua. Las fuentes españolas confirman, pues, como decisiva, la penetración de la división de Ocumare: sin ella ni el triunfo del Juncal ni la consecuente invasión de Guayana habrían ocurrido. Ya no podía hablarse de cuatro revoltosos, que eran los que suponía Madrid como los únicos que mantenían en alto el pendón de Miranda.

Todo esto lo supo Soublette, y a fuer de hombre honrado, desvirtuó los boletines años después, ante el historiador Restrepo; además y en enero de 1817, recibió de Bolívar su perdón con agradecimiento y con lealtad. Él mismo lo recuerda en una carta dirigida al Libertador el 20 de octubre de 1826, carta cenital para explicar estos hechos. Soublette había merecido su absolución, pues MacGregor, quien nominalmente mandó, no era para tales cumbres. Este mercenario escocés, que había sido expulsado del ejército portugués, llegó a Venezuela en la época de Miranda, intitulándose coronel y conde. En Cartagena estuvo, y en Haití también, pero salvo esta campaña —que ya justifica su presencia— nunca mostró otro calibre que el de pequeño filibustero; su invasión de Porto Bello, tres años después, fue lamentable. MacGregor aparece en verdad como el Falstaff de las tragedias bolivarianas.

No faltará algún lector que se pregunte por Isabel. ¿Eran justificados los celos del hermano, los chismes de Ducoudray? Todo nos inclina por la afirmativa. Era Isabel una preciosa rubia que casi

contaba 18 años —cinco de ellos de guerra, por cierto— cuando conoció en Haití al Libertador. Y no nos venga a decir Lecuna, que era una niña, que niñas como ésa muchas veces han cambiado la historia. Tengo por lo demás la sospecha que si de belleza se trata, Isabel no desmerecería de comparársela con Yang-Kuei-fei, aquella concubina del último emperador Tang que los chinos consideran todavía como epítome de la hermosura femenina. Imposible precisar desde cuándo se amaron: hallamos a Isabel en Angostura al lado del Libertador durante las terribles campañas de 1817 y 18. A ella recurre Bolívar en busca de quien cobijarse para recobrar su aliento, de quien apoyarse para reemprender sus vuelos prometeicos. Fue Isabel tan discreta que apenas si deja huella como la quinta de las mujeres que acompañaron la vida de Bolívar, y con la misma aristocrática discreción, ese mismo año de 1818 decide casarse con un comerciante italiano de Angostura: sin duda valía más un Dalla Costa en mano que un Libertador volando. Muestra adicional de la grandeza anímica de Bolívar es que superados sus primeros impulsos, como regalo de bodas hizo a Isabel el don de una de las mejores casas de aquel puerto.

Pero todo esto queda en lontananza, y entre tanto Bolívar emboca en su Monte de los Olivos. Todo lo acusa y todos lo condenan. ¿No acaso se empeñó en lanzarse a la Costa Firme en contra de todas las opiniones de sus conmilitones? Y ahora, ¿cómo justificar la pérdida de esos fusiles que valen su peso en oro, y de tantas vidas, sacrificadas por su insensata necedad? Los corsarios son los primeros en abandonar a un hombre que zozobra, e incluso Brion se hace nombrar representante del gobierno insurgente ante el de Estados Unidos para poder alejarse.

Poco puede hacer un hombre que toca el nadir de su prestigio. Por algún tiempo se mantuvo Bolívar expectante cerca de la costa, para alejarse en seguida buscando agua y víveres. El cierre de Margarita hace de su buque, el *Indio Libre,* un doble fugitivo, y no es de extrañar que un velo cubra los lentos y dilatados días que toma para llegar a Güiría, en el golfo de Paria, donde se une a Mariño y a sus orientales.

Güiría no rompe el laberinto de niebla que entonces rodea al Libertador. Su presencia suscita una inevitable revuelta: nadie cree en él, y ni Mariño ni Bermúdez —que al fin y en contra de la prohibición de Bolívar se halla en Tierra Firme— aceptan su comandancia. El motín se dirige directamente contra su persona, y Bolívar con espada en mano se abre paso hacia el muelle en medio de una ululante multitud. Los güireños parecen incapaces de detenerlo, pero allí está Bermúdez quien se le abalanza con la espada desnuda

para asestarle un mandoble de los suyos. De algún modo alcanzó Bolívar su buque, y partió de esa tierra que reiteradamente lo rechaza, no sin antes entregarle a Mariño cuantos elementos de guerra todavía le quedaban. Fatal rechazo fue éste, pero de ningún modo improductivo. Mario y Bermúdez formaron el ejército de Oriente, el mismo con el que auxiliarán al Libertador en Barcelona el año entrante, y el mismo que participará en la liberación de Guayana. También en Güiría la denigrada campaña sirvió para sembrar dientes de dragón: aquí tampoco se haría esperar la heroica cosecha.

La saga bolivariana afirma que también de Güiría escapó ileso el Libertador. Las pasiones del momento y la calidad guerrera de Bermúdez, capaz de haber esperado a pie firme al hijo de Peleo, y que nunca fue hombre de gestos vanos, nos llevan a la conclusión contraria. Creemos, pues, que salió herido de Güiría y que durante su travesía hasta Haití, entonces su único refugio, Bolívar tuvo tiempo de curarse en secreto. Había que conservar la leyenda de su invulnerabilidad. Convaleciente, pues, tuvo que explicar al bondadoso Petión por qué se malograron planes tan excelentes, y tuvo otra vez que implorar ayuda: en medio de sus mayores incertidumbres, nunca dudó que su destino era el mismo que el de América. Fue durante estos preparativos para nuevas operaciones cuando el comerciante inglés, Sutherland, se convirtió en su mecenas, pues también son artistas los que dedican su vida a la libertad.

Desde el albergue que nuevamente le concede Haití, el Libertador olvida insultos, se sobrepone a infidelidades, supera errores y finge no ver las nimiedades a su alrededor. Llega en efecto derrotado, pero todos los haitianos que lo tratan, atestiguarán que no piensa sino en la victoria. Su tiempo es el de Grancolombia, y duplica sus esfuerzos para inventar victorias, para ocultar derrotas, para reanimar a sus compañeros de armas y para transmitir a los extraños un sentido de finalidad, ausente hasta entonces en la lucha independiente. Era en efecto un caudillo grande y noble que en los días nefastos mostraba toda su magnificencia.

Pronto lo proclamarán los abigarrados caudillos que luchan por los pueblos de Venezuela. El único santo y seña de la victoria es Bolívar, y todos vuelven a alinearse tras él: Brion, el primero, refugiado en Jamaica después de un desgraciado naufragio, y quien suspira por la más noble de las banderas; lo sigue Arizmendi, pues los margariteños creen en Bolívar cuando comprueban que las guarniciones españolas son evacuadas al quedar victorioso el ejército de la Costa Firme; y los bravos de los bravos, los de Ocumare, que también y desde Barcelona le envían un mensajero pidiéndole que venga a avalar a sus campañas y a redondear su gloria. Todos estos

hombres experimentaban la gran estrategia de la libertad a través de los hechos de Bolívar; sólo en su compañía advertían ese rumor de noches estrelladas sin el cual la guerra sería una insulsa matanza; y sólo en él reconocen todos (esclavos o mercenarios, llaneros o mantuanos, hombres de guerra o de pluma) la única columna sobre la cual podrá asentarse la república.

Los hechos, esos hechos que Lincoln quería como sus únicos testigos ante el tribunal de Dios, le han dado razón a Bolívar. Es así exculpado como recibe el llamado de los suyos; rápidamente ultima sus arreglos y apresta la expedición conocida como la segunda de Los Cayos. Fue incluso más pequeña que la primera, pues los siete barquichuelos que la formaron eran de menor tonelaje. Llevan fusiles y pertrechos. ¿Que cuántos? Nada importa, que en la *Diana* bajo el mando de Brion, y sin esperar el resto de la flotilla zarpa Bolívar. Su viaje es rápido y preciso como el del halcón: toca otra vez Margarita, donde renueva promesas y reafirma políticas, y casi sin detenerse sigue hasta Barcelona, donde llega el 30 de diciembre de 1816. La conjunción entre el Libertador y su América, al fin se ha hecho; sólo la muerte la cortará.

Con Bolívar, y durante su segunda estada en Haití, coincidió un español que buscaba unirse a los independientes de México. Llamábase Francisco Mina, y era oriundo de Navarra. Se contó entre los primeros que hicieron la guerrilla contra Napoleón, y pronto capturado, quedó preso en Vincennes hasta el término de la guerra. Ya en su patria, vio con disgusto profundo el sesgo que tomaba el gobierno fernandino, y en compañía de su tío —Espoz y Mina, quien lo sustituyera en la guerrilla Navarra— se lanzó de lleno contra el absolutismo. Fue inmediato y completo su fracaso, y se refugio en Francia, de donde cruzó a Londres; en esta capital obtuvo auxilios que le permitieron contratar un selecto grupo de mercenarios, con los que pasó a Baltimore, en donde armó y abasteció el esqueleto de un ejército. Protegido por un gobierno norteamericano que ponía oídos de mercader a las quejas de Onís, el ministro español en Washington, se hizo a la vela hacia Puerto Príncipe, a donde recaló el mes de octubre de 1816, después de una travesía en la que él y los suyos quedaron maltrechos por las tormentas.

La expedición de Mina era esencialmente cosmopolita, y la unidad de mando y de propósito hacían un haz de hombres con antecedentes contrarios. Uno de ellos, que hasta Mina llegó huyendo de su destino, fue Mariano Montilla. Fue a través de él, quizá, como Mina se enteró de la situación nefasta en la que por entonces

se hallaba Bolívar, a quien escribió (21-VII-16) invitándolo a unírsele en su expedición libertadora. No era poco para el caudillo español poder desembarcar teniendo como su segundo al que sus conciudadanos intitularan Libertador: aún más era guerrear, en América, al lado de un americano cuyo historial independiente era ideológicamente intachable.

Bolívar recibió a Mina con ilusión: era un guerrero venido de ultramar el que lo buscaba, que le traía nuevos planes, y sobre todo en esos momentos aciagos, le aportaba esperanzas. Mina pensó poder mudar los proyectos de Bolívar y llevarlo con él a luchar en otras latitudes: ¿por qué no enfrentarse a los godos en México, si existían allí mayores oportunidades de triunfo? De la primera de sus entrevistas con Mina informó Bolívar a Brion (14 de octubre); nada dijo de las subsiguientes. Quizá en el fondo no simpatizaron y el más joven de los dos —Bolívar era mayor por seis años— no comprendió la visión bolivariana que fincaba en la formación de Grancolombia. Quizá tampoco entendió el generoso navarro la crueldad que privaba en una guerra que, por tratarse de pueblos hermanos, entendía como diversa de la que había llevado a cabo contra los franceses. Poco después de entrevistarse, conservando cada cual sus sueños y sus ideales, se separaron. Siguió el uno esa malhadada estrella que lo condujo al sacrificio misérrimo en medio de la indiferencia de los mexicanos, que nunca comprendieron su causa; y el otro, para iniciar la etapa fulgurante de su odisea, llegar hasta el ápice inenarrable del Potosí, y terminar después a orillas de ese mismo mar Caribe, en la agonía tremenda de Santa Marta, cuando tocaban a muerto en toda América.

En una biografía de Bolívar pudiera considerarse bastante la síntesis anterior. La expedición de Mina, sin embargo, merece profundizarse, pues además de ser única en los anales de nuestra independencia, acusa la gestación de tendencias internacionales que a poco aflorarán en favor de Bolívar. Veámoslas pues en su agregado.

Aniquilado por las huestes de Boves, consciente de sus propias debilidades, era inevitable que Bolívar pensara en obtener alianzas. Era la de España una situación diametralmente opuesta. La máquina de su imperio y el luengo ejercicio del poderío militar y político le concedían todas las ventajas. Con sólo conservar los presupuestos que inicialmente enmarcaron la lucha independiente, la vieja serpiente (como dijo alguna vez el airado Bolívar) podría engullir a esas tiernas naciones que la renegaban. El peligro, el único peligro que admitían los metropolitanos —siempre renuentes a aceptar aptitudes y talentos americanos—, estribaba en que intervinieran otras potencias europeas. Era entonces posible que a España le ocurriera

lo que le aconteció al Reino Unido en 1776: lo que parecía seguro triunfo contra unas pobres colonias, se transformó en derrota por la enemistad declarada de Francia, y también de la propia España.

Fuerte del apoyo inglés, y secundada por los fracasos del emperador en América, los sucesivos regímenes españoles gozaron de una fácil prepotencia hasta 1815. En la correspondencia de Bolívar podemos distinguir una constante corriente de mensajes que a veces bajo la forma de cartas, a veces bajo la de manifiestos, alertan la opinión de Europa y de Estados Unidos. Hasta esa fecha todos los llamados de Bolívar carecieron de eco: el mundo hispanoamericano permanecía cual compartimento estanco, pues en Europa nadie quería hostilizar a la heroica nación que luchaba a brazo partido contra el César.

Libre ya de la doble pesadilla de imperiales y josefinos, segura de su religión y de su rey, la nación española se siente con arrestos para aniquilar a esos pobres americanos que osaron soñarse independientes. Es cierto que este asentamiento nacional coincide con el finiquito del empeño napoleónico, tras el cual y simultáneamente afloran los antiquísimos recelos y ambiciones que siempre opusieron entre sí a las potencias coloniales. A los diplomáticos españoles toca entonces impedir que esos malsines americanos reciban el apoyo de los enemigos de España. Toda la política del primer período fernandino se dirige a evitar la internacionalización del conflicto. El *leit-motiv* de la diplomacia española en esos años consiste en hacer aceptar el carácter interno de la rebelión americana, y en que se apliquen —principalmente a rioplatenses y caraqueños— las reglas clásicas del derecho internacional negándoseles toda ayuda.

Observa Marx con su habitual perspicacia que Napoleón encontró un gobierno español muerto pero un pueblo vital que se le enfrentó y puso fin a sus victorias. Es este pueblo, consciente de su personalidad y de su fe, el que le impone su propia visión de la historia a partir de 1814. La política colonialista fue popular en España, y para llevarla a buen fin, Fernando contó con el apoyo de todas las clases. La decisión de conservar las colonias —como hubo de comprobarlo Mina en carne propia— no provenía del secreto de una diplomacia tenebrosa, ni de las exclusivas ambiciones de un monarca más apocado que pujante. Después de la guerra que los españoles llaman de liberación, prevalece el sentimiento heroico de un pueblo que veía en sus recientes hazañas la prueba fehaciente de su misión universal.

Se nos dirá, claro está, que bordamos en el vacío, pues Fernando fue un horrible tirano que nunca entendió ni a su pueblo ni a su tiempo; y a su personalidad de ogro de guiñol se atribuyen los

mil errores que hicieron inevitable el quebrantamiento del imperio, asegurando, como de paso, nuestra independencia. Recientes trabajos de investigadores españoles permiten, sin embargo, penetrar por entre las mallas de la leyenda negra tejida alrededor de ese monarca.

Pocas, muy pocas siguen siendo sus cualidades; ¿hemos de extrañarnos, cuando su padre lo ignoró por completo, y cuando su madre, con la complicidad del amante, mesalinamente lo educó para que fracasara? Es un hombre débil e indeciso, un hombre menguado que recuerda con añoranza su cautiverio en Valencey, el que hoy gobierna a España. Demasiado listo para no percatarse de sus propias limitaciones, es incapaz de superarlas. Entregar el gobierno en manos de un ministro todopoderoso le es imposible, pues tiene a su frente, siempre, el recuerdo del odiado Godoy. Se rodea pues de hombres a quienes desecha en cuanto demuestran aptitudes o revelan alguna independencia, y esconde su ignorancia crasa y su inseguridad inmensa tras una hipocresía que lo hace odioso. Para completar el cuadro del calvario de la España heroica agregaremos que descubre tardíamente una fuerte propensión a lo erótico —que por cierto no hurtaba— y se rodea de amigos de rompe y rasga a los que una historia más pintoresca que profunda intitula la "camarilla", atribuyéndole una inmensa influencia y un gobierno maléfico y secreto.

Son muchos los contemporáneos de Fernando que nos recuerdan cómo ese monarca, que con los años llegó a ser tan deforme como su madre, conservó siempre su popularidad. Tenía cualidades que lo acercaban al pueblo, y éste aceptaba con agrado un absolutismo amanolado que consideraba propio. El rey estuvo siempre en contacto con el pueblo, siempre enterado de la opinión pública, y en sus primeros años de reinado —después de larguísima ausencia— se apoyó especialmente en los sentimientos populares. Ningún ejemplo mejor que el colonial comprueba este fenómeno.

Coinciden los autores que han descrito el sentimiento español sobre nuestra independencia. Durante esos años la vasta gama de opiniones, que en otros campos se aparta a distancias siderales, es aquí unánime. Liberales a ultranza como el conde de Toreno, el divino Argüelles o incluso el publicista Blanco White, refugiado en Londres, se expresan de idéntico modo que don Marcelino Menéndez y Pelayo. Cuando la heroica España lucha a brazo partido contra el terrible invasor, cuando por millares mueren los buenos españoles, los felones americanos aprovechan el momento infeliz de la patria en dificultades para apuñalearla a traición. Toreno, siempre tan pulcro, no nos baja un punto de "ingratos y villanos". No extrañemos estas reacciones que reverberan todavía en Benavente y

en Salvador de Madariaga: todo cuanto se estima como bajeza horada el alma española.

La opinión de los habitantes de España el año de 1814 es pues concorde, y rechaza cualquier pacto con los traidores americanos. Los liberales aseguraban que la insurgencia carecía de causa pues los pueblos de una y otra España eran víctimas por igual de un mal gobierno; borrado éste por la constitución, no había razón para seguir en rebeldía. En cuanto a los absolutistas, a la ausencia del amante padre atribuían ellos los extravíos ocurridos en quienes habían siempre sido fieles súbditos; argumentaban pues en favor de una nueva hermandad ya recobrado el deseado monarca. Hasta perdonar y olvidar la sedición llegaron unos y otros; entrambos también desconocieron por completo los verdaderos motivos de nuestra revolución, y condenaron al fuego y al exterminio a esos hijos relapsos que persistían en desconocer a una metrópoli siempre gloriosa, y ahora heroica.

Fernando y su pueblo coinciden en su deseo de retrotraer las cosas coloniales a donde se hallaban en 1808, es decir, volver a la integridad del imperio. No hay quien dude entonces que las colonias son don divino para asegurar a España su bienestar y grandeza. Azanza, el principal ministro de José defiende la nueva dinastía como la más segura garantía de conservar la América. Y si el más ilustre de los españoles, don Gaspar de Jovellanos, llega a mantener la igualdad de derechos entre metropolitanos y americanos, lo hace dentro de los moldes clásicos, pues según afirma "estas medidas perfeccionan, en lugar de menguar, la constitución del reino". Más abierta fue la Junta Suprema de Valencia, que desde 1808 manifestó su temor ante la gloriosa pobreza que aguardaba a una España sin colonias, por lo que asentó como punto sumamente esencial el de "la conservación de nuestras Américas y demás países ultramarinos". Esta fue la política que encontró Fernando, y la siguió tanto por satisfacer sus intereses dinásticos como por complacer al pueblo que lo liberara. El gobierno real podía adoptar cierta aparente moderación, como lo hizo con sus circulares de 24 de mayo de 1814 —que extiende a las Américas el decreto del 4 del mismo mes, añadiéndole un llamado a la unión— y la de Lardizábal como presidente del Consejo de Indias fechada casi dos meses después; en ésta se habla de olvidar extravíos y del deseo de Su Majestad de que los americanos sean en lo futuro leales vasallos y honrados españoles. Pero al tiempo en que se hacían estos llamados a la concordia, se apresuraba el envío de la expedición pacificadora de Morillo; en cuestiones imperiales, ni Fernando ni su pueblo se inclinaban a transigir.

Para poder llevar a cabo esta política, la España fernandina hubo de negociar en medio del complicado tinglado que planteaba el Congreso de Viena. Los historiadores —incluso el marqués de Villa Urrutia— han preferido fijarse en la calidad de los representantes y en lo menguado de las aspiraciones españolas frente al Congreso. Mal aprecian, me parece, la debilidad de la posición española, pues era un abismo el que separaba la heroica nación, elemento esencial para la configuración del mundo occidental, y el remedo de ella que era el único que admitían en su Congreso las llamadas grandes potencias. No fue capaz de entenderlo el Ministro de Relaciones, Cevallos (aquel cuyo folleto sobre Bayona asestara tan gran golpe a Napoleón), y España resultó fácil presa de aventureros que se sirvieron de ella para adelantar sus intereses. Recordemos, como triste ejemplo, cómo la usó Talleyrand para romper el monopolio que ejercían los cuatro grandes de entonces, sólo para despreciarla una vez que Francia había sido admitida como parte del cuerpo directivo del Congreso.

Poco podía ofrecer España a una Europa que blandía el rasero del poderío militar. La vitalidad nacional se había usado defendiendo palmo a palmo su territorio, y la pujanza restante se empleaba en reconquistar el imperio. Gómez Labrador, el embajador español en Viena, se encierra en una actitud de orgullo tradicional, pero ahora inoportuna y ofensiva. Sirve de portavoz a mínimas pretensiones en el campo europeo que todas, sin excepción, son rechazadas. Los congresistas vieneses no creyeron que en esa privilegiada región valía la pena complacer a España.

Todo cuanto no afecta la recuperación neta del imperio colonial, sin embargo, es secundario. Y este objetivo queda incólume no obstante las derrotas diplomáticas y los errores de Gómez Labrador. Alrededor del cogollo europeo que constituye la labor principal del Congreso de Viena, surgieron una serie de acuerdos, tácitos por cierto, aunque de orden mundial. La continuada aplicación de las reglas marítimas inglesas es un ejemplo; otro, el equilibrio que entre esta potencia y Rusia se fija alrededor de la India. Entre ellos quedó incluido el reconocimiento de las revueltas hispanoamericanas como cuestión interna de España.

Parece difícil creer, a primera vista, que se acordara esa preeminencia, que hoy nos parece desmesurada, a una potencia que se clasificaba ya entre las de segundo orden. ¿Cómo, nos preguntamos, cómo era posible imaginar que esa España, ya menguada, pudiera reconquistar los inmensos territorios que en América se le escapaban? Aquí también la respuesta estriba en la falsa superioridad con que siempre se consideró desde Europa el fenómeno colonial.

¿No es el mismo conde de Toreno, para citarlo otra vez, quien critica el parco envío de tropas a América durante la guerra contra José el usurpador, pues unas pocas hubieran cambiado el curso de la revolución? Las de segundo orden aquí, agrega, hubieran bastado, pues allá en los dominios son de primera. Y como esta es la opinión prevalente en toda Europa, nadie en Viena pone en duda que España sea capaz, por sí sola, de reconquistar su imperio.

La tácita aceptación en Viena de que es interno el conflicto hispanoamericano, es expresa en los sendos tratados que en la segunda mitad de 1814 firma el gobierno de Madrid con Inglaterra y con Francia. Aspiraba aquella potencia a continuar su protectorado más allá de la contienda, pero era imposible, sin enemigo común al frente, superar las antipatías y desconfianzas que suscitaban los británicos. Fue pues el tratado anglo-español uno de amistad, que no de alianza, y dejó las grandes cuestiones pendientes; nada dice, por ejemplo, sobre el comercio americano. Sólo a cambio de secundar a Inglaterra en la supresión de la trata —que es entonces elemento fundamental de su diplomacia— conviene ésta en no prestar ayuda a los insurgentes. El acercamiento hacia la Francia borbónica es también inmediato, y en contra de las pretensiones inglesas, de archivar para siempre el Pacto de Familia, se firma en París un tratado de amistad; en él se incluye el compromiso francés de no auxiliar a los insurgentes.

Tal parecía que la reivindicación colonial española había sido admitida como de la exclusiva jurisdicción de Madrid. Fuerte en la callada complicidad de sus pares, España podía soñar con la rápida terminación del periplo que se encomendaba a Morillo y a su ejército pacificador. Mas ocurrieron entonces bruscos cambios que alteraron otra vez el equilibrio en Europa, y en la nueva hegemonía resultante, se vio precisada España a soportar una cierta intervención por parte de los angloamericanos. Contra ella, y como antídoto, se apoyó en la alianza rusa.

De catalizador sirvió el regreso de Bonaparte en 1815. Las diferencias entre los otrora aliados como por ensalmo desaparecieron, y de inmediato se firmó la declaración colectiva que puso a Napoleón fuera del derecho de gentes. Si Gómez Labrador se contó entre los firmantes, lo esencial era poner ejércitos sobre el nuevo campo de batalla. Un Wellington hispanizante detalló contingentes y objetivos, pero a pesar del odio general contra Bonaparte, fue hasta el 10 de mayo cuando apareció la real orden que alineaba a España entre los miembros de la gran alianza. Aún más lento, ferrugiento incluso, fue Castaños en la preparación de sus tercios, y cuando ocurrió Waterloo, ni un soldado español había cruzado los Pirineos.

Francia queda inerme y se desmorona el prestigio de los Borbones, también los de la rama española. Sólo unas pocas grandes naciones osan moderar un tanto a los vencedores de Waterloo: ¿qué de raro que España, como desesperadamente lo hizo presente Gómez Labrador, quedara por completo excluida de los consejos de Europa?

De comparar las fechas claves de la expedición pacificadora con las de los Cien Días, resulta un paralelo interesante. Morillo zarpa de Cádiz apenas diez días antes de que Napoleón desembarque en Francia; y cuando la planicie de Waterloo presencia la inmensa carnicería, Morillo revista su flota en Puerto Cabello para trasladar su ejército e iniciar el sitio de Cartagena. Incapaz de atender a dos grandes objetivos, España ha sacrificado su posición en Europa a su empresa de reconquista. Durante algunos de los meses subsiguientes se encontrará totalmente aislada, y sólo una nueva intervención de Wellington le permite firmar, en conjunto, los varios tratados sobre los que se asienta la nueva Europa (V-1817). Ello no oculta, sin embargo, su debilidad, de la que pronto se percatan los otros países de presa. Su escasa flota de guerra está en América, y para proteger a sus mercantes en el Mediterráneo se ve obligada a aceptar el lamentable tratado de Alcalá de Henares (VIII-1816) con los Países Bajos; por él consiente que otro pabellón, ni siquiera de una nación mediterránea, ampare sus navíos en ese mar. Fue esta debilidad la que también aprovechó Francisco Mina para iniciar su empresa mexicana.

Los historiadores liberales han hecho de la expedición de Mina una antorcha que ejemplifica el anticolonialismo de su partido. El examen de los documentos del período no justifica punto de vista semejante. En ningún momento entre 1808 y 1830 existe indicación de que una parte cualquiera de la población española haya estado dispuesta a transigir con Hispanoamérica. No en balde se quejaba el embajador francés Lagarde —ya restablecido Fernando en la plenitud de sus derechos, después del trienio constitucional— de que le era imposible hacer entender a un solo español, en la cuestión colonial, lo que el resto de Europa consideraba como de sentido común. Y el proyecto de Mina de pasar a América para seguir su lucha contra el absolutismo fernandino, dista mucho de ser anticolonial en el sentido en que se aceptaba este vocablo en 1816.

Derrotados en su revuelta contra Fernando, los Mina pasan a Francia, esta vez como refugiados. Allí intimaron con algunos de los miembros del muy considerable grupo de josefinos que siguieron al fracasado usurpador, y que alcanzaban el número de doce mil familias. Las derrotas acercan a los liberales, e ideológicamente surgen entonces las semejanzas entre constitucionales y josefinos, seme-

janzas que todos reconocían, pero que la presencia del régimen intruso había desfigurado. Es este grupo de liberales, derrotados y proscritos, el que alimenta ideas de venganza. Sólo entre ellos puede hallar eco el proyecto de apoyarse en los insurgentes americanos para continuar la lucha contra Fernando VII, ese anticristo del liberalismo, ese enemigo personal de todos los josefinos.[3]

La muy larga prisión de Mina lo ha cortado de la evolución patria; si a esto añadimos el brutal rechazo que sufre en su revuelta por liberar "su" España, entenderemos el por qué de su actitud josefina. Ni pronta ni fácil fue su decisión de apoyarse en los rebeldes: huellas de su profundo drama se encuentran tanto en su proclama de Galveston (22-II-1817), como en la misiva final que envía, ya preso, al general Liñan, su vencedor. Es a los españoles de ambos mundos a quienes dirige el documento primero citado: "no soy traidor ni degenerado (les afirma) al separarme para siempre de la asociación política por cuya prosperidad he trabajado desde mis tiernos años". Y en las apretadas líneas que componen el largo documento, procura reiteradamente igualar la causa de los americanos con la que persiguen los defensores de los derechos del pueblo español. Es preciso combatir al tirano, sigue diciendo, donde los esfuerzos sean más benéficos a la patria aprisionada; de las provincias de ultramar saca aquél medios, luego allí se combate contra la libertad y la causa de los americanos es la mía.

Otras dos proclamas, que confirman al doctrinario apartado de las realidades españolas e ignorante de las americanas, nos dejó Mina. En la del 12 de febrero del mismo año de 1817 declara su intención de hacer la guerra "respetando la religión, las personas y las propiedades"; y en la dirigida a los soldados españoles y americanos que combaten en la Nueva España, los invita a abandonar, detestar e incluso destruir, a aquellos americanos abanderizados con los malos españoles, pues ellos son peores que los mismos tiranos.

Bases ideológicas comunes no había pues entre Mina y Bolívar. Éste luchaba por la independencia absoluta de Grancolombia y de todas las naciones hispanoamericanas. Esa nueva comunidad de naciones que renovaría el ensueño de Isabel la Católica sólo se plantearía desde el plano superior de la autonomía y de la igualdad. El Libertador había intuido el fenómeno de la guerra colonial hasta abarcar sus consecuencias más recónditas. Su genial Decreto de la guerra a muerte sentaba principios no ya distintos, sino contrarios a los de Mina. Éste jamás podría aceptar como inocentes a los cri-

[3] Artola, *Los afrancesados,* Madrid, 1953, pág. 243 y ss.

minales porque eran americanos, ni culpar a los españoles aun cuando fueran inocentes. Mina seguía luchando contra el absolutismo peninsular; su venida a México era un cambio en el teatro de una misma guerra.

La expedición de Mina, por las limitaciones psíquicas del caudillo que hacían endeble su causa misma, y por sus errores doctrinales, estaba destinada al fracaso. Como lo reseña Alamán, fue un relámpago que procuró en vano reanimar una causa por entonces vencida.

Antes de terminar con Mina parece oportuno recordar que también el tío, Espoz y Mina, buscó después la ayuda de Bolívar. Cuando en 1824 prepara desde Londres una nueva revuelta contra Fernando, vuelve a pensar en Bolívar, y le escribe pidiéndole buques y dinero. Valga la mención para hacer ver la intransigencia española en cuanto a nuestra independencia; ni aun entonces llega el exiliado guerrillero, quien además se dirige ya al Libertador presidente, a ofrecer otra cosa que su influencia para que fuese reconocido el hecho, ya portentoso, de nuestra manumisión.

También a Espoz y Mina han recurrido algunos para hacer valer sus decretos de muerte como antecedentes o paralelos al que promulgó Bolívar desde Trujillo el año de 1813. Demuestran los comparantes una ceguera peor todavía que la sufrida por el cíclope después de la visita de Ulises, pues éstos, simplemente, se niegan a ver. ¿Qué de común tienen las torpes líneas que sin juridicidad alguna condenan al exterminio a poblaciones enteras, sea por represalia, sea por haber participado en actividades contrarias a las que entonces perseguía ese otro Boves? El decreto de Bolívar establece doctrinas, abre horizontes, arma el esqueleto espiritual de las nuevas naciones y comprueba, para siempre jamás, que el colonialismo es un crimen colectivo que sobrepasa los cánones de la bondad individual. Los de Espoz, sea contra los josefinos, sea contra los carlistas, son papeles que levantan horcas y que ensangrientan cuchillas; puede perdonárseles, en aras de las brutales conmociones que entonces sufría la comunidad en la que este bárbaro laboraba, pero justificárseles, jamás.

Otras preocupaciones, éstas de orden geopolítico, acosaban a la España fernandina. Godoy había tenido la debilidad de firmar con Estados Unidos el malhadado tratado Pinckney que les daba pie en la desembocadura del Misisipí; desde entonces —1795— tomaron este río como propio, y lejos de considerarlo barrera lo transformaron en punto de avanzada. A la sazón, fuertes por su victoriosa defensiva frente a Inglaterra, soberanos ya de la Luisiana, se empeñan en redondear sus posesiones sobre el Caribe, forzando a España

a cederles, de grado o por fuerza, las Floridas. Encargado de las negociaciones, que se centran en Washington, encuentra Onís un "gobierno que no conoce trabas en su política... y que en el entusiasmo de su presuntuoso orgullo y de sus agigantados proyectos", emplea todas las argucias posibles para imponer un tratado que pronto se convierte en transcontinental.

España se encuentra particularmente desprovista frente a una potencia que sabe lo que quiere, y que está dispuesta a usar de cualquier medio para alcanzar sus objetivos. A la vieja metrópoli le es difícil, si no imposible, continuar una guerra colonial que la desgasta continua y progresivamente, y enfrentarse a Estados Unidos con la actitud firme de una potencia segura de sus fuerzas. Sobre todo en el mar, nada tiene Fernando que le permita contener a esas fragatas americanas que empiezan a hacer historia. Le es pues preciso recurrir al apoyo de una de las grandes potencias del momento. Desechada la Gran Bretaña, la alianza con Rusia es obligatoria.

Conviene elevarse sobre la confusión con que se trata este tema, el de la alianza rusa, en la historia de España. Tiene para la independencia soberana importancia, pues es ella la que permite a España seguir actuando como gran metrópoli hasta 1820, es decir, continuar hasta entonces y a nuestra costa, la guerra. Es propio que seamos los hispanoamericanos quienes lo tratemos con desprendimiento y con visión de conjunto.

Todo tenía España que ganar de la alianza rusa. Había, desde luego, una comunidad de actitudes religiosas que en ese siglo de ateísmo, patentizaba la simpatía entre los dos pueblos. Además y único entre los monarcas, fue Alejandro I el que protestó por el sainete de Bayona. La amistad entre ambas naciones la convirtió en alianza el tratado de Veliky-Louky, alianza que se refrescó al aceptar Fernando la invitación del Zar y unirse a los soberanos firmantes de la Santa Alianza. En 1817, era indispensable para España contar con un apoyo firme en los grandes consejos europeos. Gracias a la influencia rusa, la conferencia de embajadores aliados de París impuso a Francia sustanciales reparaciones, tanto para resarcir a la nación española, como para reconstruir las fortalezas fronterizas. El Agamemnón de los monarcas, como se llamaba entonces a Alejandro, coincide totalmente con las tesis coloniales españolas. No olvidemos que era Rusia una potencia americana, y que fijaba el paralelo 45 como límite meridional a las cabalgatas de sus cosacos, es decir, que bordeaba el norte de California. El conservatismo del Zar, siempre en aumento, veía con preocupación todo brote de *liberalismo,* y combatía los triunfos *liberales* en América, temeroso de que estos hicieran inevitables los de Europa.

Para 1817 España sabe que no le será fácil reimponer su soberanía en América. Recurre pues a Rusia, y a la Francia borbónica también, para lograr que Europa reconsidere su neutralidad. No que abandone su tesis de que la revuelta de sus colonias es problema esencialmente español; sí para lograr auxilios, sin entregar por ellos concesión alguna. Gira alrededor del Congreso de Aquisgrán, que tiene lugar en 1818, este gran esfuerzo diplomático. Principal objeto de ese Congreso era finiquitar la ocupación aliada del territorio francés: España se empeña en obtener, también, la consideración de sus nuevas pretensiones coloniales. Cuenta para ello con la simpatía del duque de Richelieu, el primer ministro francés, y con la ayuda de los plenipotenciarios que llevaban a efecto la política que marcaba Alejandro. El anhelo español fracasó. Se opuso, es cierto, la Gran Bretaña, pero el principal obstáculo fue sin duda la intransigencia española. Los embajadores fernandinos no tenían margen alguno de maniobra. Se les pedía obtener el apoyo de las otras potencias sin ofrecer contraparte, simplemente en razón de los intereses generales de Europa. Madrid, además, desoía los consejos de sus amigos. Existe por ejemplo un memorándum dirigido a esta Corte por Pozzo di Borgo, el embajador del Zar en París y él mismo compenetrado de la situación española. Por medio de este documento, fechado en junio de 1817, Pozzo aconseja al gobierno español llevar a cabo una oportuna cesión que corte sus pérdidas. Es indispensable, dice el documento, reconocer la independencia de Colombia y de Buenos Aires, y restringirse a conservar lo todavía conservable, es decir, la Nueva España, el Perú y Cuba. Inadmisible era esto para Fernando y para su pueblo, y sin cortapisas triunfó la tesis británica: Europa continuó aislada de la contienda entre España y sus colonias. El camino para un acrecentamiento progresivo de las fuerzas insurgentes, hasta que por sí solas superaran a las españolas, quedaba pues abierto.

Aunque nos adelantemos un tanto a lo narrado en posteriores capítulos, creemos cardinal evidenciar que las aspiraciones españolas no escaparon a la perspicacia de los hombres de Angostura. *El Correo del Orinoco* publicó un cuidadoso artículo que revelaba las intenciones de Madrid, y para el 20 de noviembre el Libertador reunió a todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de Venezuela para manifestar a las potencias europeas la posición de América. Si recordamos que el protocolo final del Congreso de Aquisgrán se firmó el 15 de ese mismo mes, admiraremos la oportunidad de los estadistas venezolanos.

Con frecuencia me pregunto si no somos nosotros, los hispanoamericanos, nuestros peores enemigos. Cooperamos, por ejemplo,

en hacer creer que existe un arcano en la doctrina Monroe, en vez de afirmar sin ambages que no es otra cosa que la amoral declaración de una nueva esfera de influencia que nos incluye como pueblos conquistables. En cambio, ninguno hemos transformado en doctrina el manifiesto que firmó Bolívar tres años antes que el de Monroe y que fue expedido, además, en momentos cuando la intervención europea era mucho más amenazante. Y sin embargo, en ese mensaje hallamos ideas claves para una doctrina anticolonial de que debiéramos ufanarnos.

Contiene el Manifiesto (Apéndice VII) una parte declaratoria, semejante por lo demás, a la de ese otro Manifiesto emitido en Aranjuez por la Junta Central en 1808, en el que señalaba las condiciones bajo las cuales haría la paz con Napoleón. Contiene también otra, reiterativa de los males causados por España al negarse a aplicar el derecho de guerra en su lucha contra los americanos. Más acá vienen los grandes principios, pues parten de la incapacidad de la metrópoli de restablecer su dominio. De esta premisa, en efecto, deduce Bolívar: que recobrar su independencia y libertad es, para cualquier pueblo, la realización de un principio de derecho natural; que para esos fines, la misma ley metropolitana autoriza al pueblo hasta ahora sujeto, el uso de las armas; que una vez recobrada por un pueblo su soberanía, la antigua metrópoli carece de todo derecho para reimponer su imperio; y en cuanto a potencias extrañas, ellas carecen hasta de la sombra del derecho para coadyuvar a reimponer una servidumbre ya extinta, porque la única hipótesis en que los lazos coloniales pudieran reanudarse sería si el pueblo ahora soberano así lo pidiera.

El fracaso diplomático en Aquisgrán obliga a Fernando y a sus consejeros a optar por el camino de la fuerza; deciden pues llevar a cabo otra gran expedición, pacificadora de nombre, punitiva de hecho. Ésta era ya indispensable. Confirmados los triunfos de San Félix y de Chacabuco, piden los capitanes españoles grandes refuerzos. Y puesto que Europa no se muestra dispuesta a secundar al legalismo español, no le queda a éste sino asestar un gran golpe que haga ver a todos que aún ruge la vieja España.

Las remesas de tropas a América nunca habían cesado. Para 1819, y contando los soldados de Morillo, más de 27 000 hombres se habían enviado. Ahora aprueba el Consejo Real el envite final, el del jugador perdidoso que pone sobre la mesa todo cuanto le queda. Y se organiza la expedición que debería haber salido de Cádiz a principios de 1820.

Una aventura militar de esa magnitud no era posible sin una armada protectora; un convoy inerme frente a los corsarios riopla-

tenses, o bien descubierto ante las fragatas norteamericanas, era un riesgo inaceptable. Como medida previa requería España de una flota de guerra, y para obtenerla recurrió a su aliada Rusia. Por el tratado Eguía-Tatischef (11-VIII-1817) le fueron cedidos, completamente equipados además cinco buques de línea, más tres fragatas de potencia equivalente a las norteamericanas; a ellas agregó el Zar, sin sobreprecio, otras tres.[4] La ayuda rusa permitía a España —y sin otro pago que la cesión de las libras esterlinas que una opinión pública antiesclavista forzaba a Londres a entregarle como medio de suspender la trata— reconvertirse súbitamente en gran potencia naval.

Tocamos aquí uno de los puntos más controvertidos de la época fernandina. Salvo Pérez Galdós, es un coro infamante el que elevan los historiadores. Tildan el tratado de perjudicial en extremo, pues a cambio del sudor de su pueblo, Fernando obtuvo unos cuantos buques podridos que para nada sirvieron. Para América tiene este episodio soberano interés. Algún día podrá escribirse, al estilo de Mahan —el estratega naval estadounidense que tanta influencia tuvo al decidirse la guerra hispanoamericana de 1897— una obra que se intitulará "La influencia del poderío naval en la independencia de Hispanoamérica". Si bien encontrarán cabida en ella los grandes episodios de Cochrane, sin olvidar por cierto la voladura del navío San Pedro frente a Margarita, destacará el hipotético autor dos fechas fundamentales. La primera la de Trafalgar, en 1805, cuando desaparece el poderío naval español y principia verdaderamente la autonomía, a su vez antesala de la independencia. Será la segunda, la de 1821, cuando triunfantes los constitucionalistas, tras el desmantelamiento ordenan la venta como inservible de aquella flota encargada de proteger la segunda gran expedición contra América, la de 1820. Desde ese momento España deja de ser metrópoli y toda reconquista es imposible. A lo más, podrá enviar cuerpos aventureros, como el que llevó Barradas contra México, que no merecen distinguirse de los filibusteros que plagaron siempre el mar de las Antillas.

Barcos de guerra rusos hubo; de hecho, España utilizó las fragatas y pudo aprovecharlos todos. Pero como era la armada la yugular del imperio, los enemigos de Fernando se cebaron contra ella. Desde que arriban a Cádiz cubre a estos buques una inmensa mistificación. Toda la francmasonería, ya en guerra contra Fernando, convence a la marina, primero, y al ejército y a la nación

[4] Estas últimas por sí solas, borraron de un golpe las pérdidas sufridas a manos de Cochrane, en el Sudpacífico.

después, que se trata de "cachuchos inservibles". Sin flota no habrá expedición, y sin expedición resulta posible alterar el gobierno absoluto. Las logias de Cádiz rivalizan para denigrar los buques, y los sucesivos informes que rinden los funcionarios responsables, y que comprueban que se trata de naves en buen estado, quedan borrados por la avalancha de rumores. Y la historia no recoge sino éstos, y da por sentado que hubo mala fe por parte de un aliado que entonces y después, demostró fehacientemente su constante deseo de sostener el absolutismo de Fernando y de apoyar sus pretensiones legitimistas en América. Quizá convenga, a guisa de comparación, recordar el caso del acorazado Potemkin, el que fue principio aparente de la revolución rusa de 1917. Encontramos entonces un curioso paralelo, que concretan las acusaciones que contra las malhadadas naves lanza Quintana en su proclama a las tropas de Cádiz en 1820. Para justificar su pronunciamiento, se apoya en efecto en el "peligro de embarcarse en buques medio podridos, aún no desapestados, con víveres corrompidos, sin más esperanza para los que lleguen que morir víctimas del clima, aunque sean vencedores".

Para 1820 la situación internacional que privaba en 1815 ha variado por completo. Europa se ha negado a alterar la tesis española original, según la cual la independencia hispanoamericana era cuestión interna y propia de la soberanía española. A instancias inglesas ha prevalecido el aislamiento del conflicto, sólo que éste favorece ahora a los insurgentes. La larga guerra colonial, como inevitablemente ocurre, ha principiado a minar las fuerzas vivas de la metrópoli. En cambio las nuevas naciones descubren cada vez nuevos recursos.

A partir de 1817, cuando vuelve Bolívar a la Costa Firme para no abandonarla más, la situación internacional lo favorece. Nunca obtendrá una alianza formal como la que sirvió de hada madrina a Estados Unidos —pues el sino de nuestras naciones era nacer bajo el emblema de lo épico—; sin embargo, una corriente de hombres y pertrechos, principalmente ingleses, traerá consigo su parte de levadura, y decidirá el triunfo en varias de las grandes batallas con las que Bolívar amalgamará su Grancolombia.

6

Tiempo de río

TORALES SON, en la vida de Bolívar, los siete primeros meses de 1817: es entonces cuando su estrategia provoca al fin la inasible lluvia de estrellas que altera por completo la lucha independentista. El mes de agosto, en efecto, advera la desaparición de la omnipotencia española en la Tierra Firme. Ese gran ejército expedicionario, el único en su género, ya no se ostenta como triunfador, y los progresos de la opinión en favor de la independencia grancolombiana son definitivos. Aun para los generales del rey parece dudosa la suerte de las armas, y Morillo el Pacificador, se queja ya de ver malogrados tantos trabajos, tantos sacrificios y tantas victorias. En los anales de Hispanoamérica San Félix y la Guayana ocupan un lugar tan relevante como el de Chile y Chacabuco, coincidiendo aquél con éste en cuanto al tiempo.

Para Bolívar resuenan los diáfanos clarines de la victoria desde su desembarco en Barcelona. El día del Año Nuevo, y a pesar de estar rodeado por gruesas fuerzas españolas, se dirige al ejército formado alrededor del cogollo de la división de Ocumare. No lo halla a mano, que es Piar quien lo ha llevado hasta las márgenes del Orinoco; pero por sobre la distancia estrecha a sus soldados contra su corazón, los llama hermanos, los intitula los Bravos de los bravos, y los laurea como libertadores de Guayana y, además, de la América entera.

Esa gran isla formada por la confluencia de los ríos Orinoco, Amazonas y Negro —como la delimita el propio Morillo— [1] parecía entonces tan lejana como lo había sido para el malogrado Raleigh; la Guayana se hallaba protegida por círculos de agua y tierra, en todo semejantes a los que Poseidón trazó para resguardar a su Atlántida. Penetrar por en medio de ellos es el objetivo funda-

[1] Ésta, y otras citas del general Morillo, se encontrarán en la correspondencia que publica Rodríguez Villa, en su biografía del gran militar español.

mental que trae el Libertador desde Haití. Este objetivo Morillo lo ha adivinado, y comprobándolo después, pone en juego toda su ciencia militar y sus abundantes recursos para evitarlo. Del choque de estos dos grandes generales en el gigantesco escenario de Grancolombia, proviene el color rembrantino del período.

Desde las alturas de Santa Fe, en medio de sus tribunales de depuración y de sus consiguientes ejecuciones, Morillo no quita el ojo a Venezuela. El experto caudillo sabe que allí se halla el corazón de la revuelta, pues los venezolanos tienen madera para suministrar jefes y oficiales a los insurgentes grancolombianos y a los de todo el continente. Morillo ansía regresar, pues no confía en las gentes mediocres encargadas de ejecutar sus instrucciones; pero su impaciencia tiene que moldearse al calendario de las aguas, y nada puede hacer antes de que los llanos sequen. Piafa pues como caballo sobrado, y en cuanto puede, nombra virrey al insignificante Sámano para acompañar a sus veteranas tropas. Su ejército es como un árbol en marcha, como una roca que se desprende de las alturas para caer con estrépito en la roja tierra de Venezuela.

Para escarmentar a la multitud de guerrillas, para consolidar su dominio sobre el interior, decide Morillo acompañar el curso del Apure. Desde noviembre abandona las muelles plumas del palacio santafereño; en Barinas se reúne con las fuertes divisiones que comandan Latorre y Calzada. Es el suyo el primer ejército europeo que pisa el terreno del león, y el ataque de éste no se hace esperar: la roca encuentra la lanza, y el roble español el rostro de América. Tras una serie de estratagemas que reblandecen al invasor, como una centella desciende el llanero Páez. Es en Mucuritas donde ocurre el choque. Fácil resulta para José Antonio dividir y alancear gran parte de la caballería realista, pero la infantería es otra cosa. Los cuadros españoles, con buenas armas de fuego, son pariguales a los batallones ingleses, y si éstos resisten las cargas de los coraceros imperiales en Waterloo, impertérritos aguardan aquéllos las embestidas del león. Hasta 14 cargas dieron sobre mis cansados batallones, cuenta Morillo, interesado como está en convencer a la Corte que no son unos cuantos malhechores los que mantienen en alto el pendón libertario; y esas 14 cargas de Mucuritas entran derechamente a formar parte de la zaga americana. Pero por debajo del arco iris, era patente la realidad táctica: la mejor caballería del llano era incapaz de romper la infantería española. El desequilibrio que Boves fijara en favor de la caballería quedaba roto; el mismo Páez, en medio de sus bravatas, confiesa su incapacidad de atajar la ordenada marcha de los españoles hasta San Fernando de Apure, 400 kilómetros río abajo (a Bolívar, 18-II-1817). No le queda al general

llanero sino retirarse a lamer sus heridas en tanto Morillo redobla en presteza.

Con visión que los acontecimientos confirman como genial, Morillo parte el territorio de Venezuela con dos grandes ejes: uno norte-sur, que sale de La Guaira, pasa por los valles de Aragua, se apoya en Calabozo y termina en San Fernando de Apure; sobre él puede mover sus fuerzas con la firmeza y seguridad de una torre de ajedrez. El otro, perpendicular al primero, estriba en mantener el dominio del Orinoco: no bien llega a San Fernando organiza una gran flotilla de 37 embarcaciones a cuyo bordo, y bajo el comando de Latorre, envía una veterana división para reforzar las dos grandes plazas que son llave del Alto y Bajo Orinoco. Dominado el río, y preservadas Angostura y Antigua, Bolívar se verá forzado a una guerra de desgaste alrededor de las costas y la defensa —pues ya habla Morillo de defensa— conservará en Guayana su estructura imperial.

La provincia de Guayana, sobre la margen derecha del Orinoco, había sido prontamente reducida por los realistas durante la primera época de la república. Fuera del radio de acción de Boves, colonizada por capuchinos españoles que habían introducido con mano de hierro una economía agrícola capitalista, se ofrecía como una de las pocas regiones todavía capaces de proporcionar los elementos para hacer la guerra. Poseía la Guayana inmensas ventajas para los independientes quienes, apoyados en el gran río, invertirían la estrategia de contención: ellos acularían entonces a los españoles contra el mar. Al frente de una Guayana de extensión y riquezas mayores que las de muchos estados que hoy se ostentan como independientes, Bolívar habría definitivamente sobrepujado la categoría de caudillo ocasional: plantearía entonces una secesión y una verdadera guerra.

La preocupación primordial de Bolívar, desde que llega a Barcelona, es la de penetrar hasta la Guayana al frente de un poderoso ejército, bien pertrechado con los elementos que trae de Haití. Pero para cambiar el teatro de operaciones tiene que vencer a las fuerzas españolas que lo cercan; sería de otro modo, acosado y perseguido por tropas más aguerridas que convertirían la operación en desastre. Impúsose pues una secuencia y una táctica que parecen contradictorias de no examinarlas bajo el fanal del objetivo estratégico fundamental que perseguía.

Primero, convencer a tirios y troyanos que la conservación de Barcelona es primordial, y que él, Bolívar, la considera indispensable. A los españoles, demostrarles que el éxito estriba en ganar Barcelona, y obligarlos a centrar todos sus esfuerzos en la recon-

quista. También consistía en convencer a los barceloneses que permanecería con ellos hasta la muerte, pues ¿quién acepta perder la vida para que sean otros quienes cosechen triunfos? Su pluma, sus desplantes, las defensas que organiza, los auxilios que pide a Brion y a su flota, a los llaneros y a sus lanzas, todo indica que Bolívar hará de Barcelona una nueva Sagunto.

Sus escritos militares, sin embargo, revelan que desde un principio consideró a Barcelona como una plaza sacrificable; quiere mantenerse en ella hasta que lleguen los pertrechos, pues Villaret, que conduce la flotilla desde Haití, no aparece; mantenerse en ella hasta contar con los medios de transferir a las tropas llaneras (de Monagas, Cedeño y Zaraza) todos sus nuevos elementos de guerra; quedar en Barcelona en tanto le sirva de punto de apoyo para dar batalla campal a las fuerzas españolas de Oriente, y se multiplica tratando de que Piar regrese: porque sólo entonces, ya triunfante, podrá Bolívar internarse hasta el Orinoco.

Este plan fracasó por completo. Ya en Guayana, como jefe independiente que siente el gran triunfo al alcance de su mano, Piar se niega a colaborar. Tampoco pudo contar con los taimados llaneros, a quienes nunca faltaron multitud de pretextos para limitarse a lo que querían. Bolívar encara pues una situación que le es contraria, y que le obliga a mostrar todo de cuanto es capaz. Casi sin dar tiempo a que se seque el olor salino de que viene impregnado, con unos pocos hombres mal armados —incluso flecheros se cuentan entre ellos— busca la ofensiva, y para descontrolar al adversario se lanza sobre Clarines. Sobre esta población, un poco al oeste de Barcelona, desciende mediante una operación anfibia que pregona por medio de una campanuda proclama: un nuevo ejército a mi mando inicia la etapa final de esta guerra, libertará la capital y restablecerá la república.

Era el ataque sobre Clarines una operación que se justificaba por su ejecución, y no por su éxito. La victoria habría ocurrido de sorprenderse al enemigo, y esto no se logró. La columna patriota, recibida con nutrido fuego, pronto se desquició, y los ataques que el propio Bolívar condujo, cual si fuera oficial de infantería, nada lograron. Bolívar había querido que la parroquia de Clarines, inmenso pájaro rojo echado frente al Caribe, extendiera sus alas y volara con él hacia el infinito azur de la independencia; pero la piedra siguió siendo piedra, e impávida observó la derrota y el triste reembarque de los independientes que, menguados y mohínos, retornaron a Barcelona.

¡Otra derrota más! ¿Es que Bolívar jamás podrá romper el fatal ciclo que lo persigue desde la Puerta? Fracaso táctico lo había sido,

pero sus consecuencias estratégicas —como Bolívar prontamente lo hizo notar— fueron benéficas y profundas. Ni Moxó en Caracas, ni Real al frente de las tropas sitiadoras —pues Morales había caído en desgracia, no por sus crueldades como lo cree Restrepo, sino por haber dejado escapar la división de Ocumare y haber sido derrotado en el Juncal— tienen la garra de los conquistadores. Real, sobre todo, se amilana ante el desplante de Clarines, y en lugar de redoblar su ataque, se pone a cavar trincheras. Y Bolívar gana todo un mes, y cuando al fin asaltan Barcelona, ya ha organizado sus defensas y recibido pertrechos. En su mano la pluma es tan eficaz como la espada, y propaga la idea de "su casa fuerte de Barcelona" cuando no cuenta sino con un pobre edificio de bahareque. Pero Real lo cree y pide artillería de sitio, y cuando ataca carece de convicciones y pronto desiste. Cuando lo supo, Morillo montó en la más violenta cólera: ¿cómo, con fútiles pretextos, dejaba escapar ese cobarde a todos los cabecillas de la revolución? Sin más retira al pusilánime y lo somete a corte marcial, en tanto ordena a Aldama renovar el ataque.

Prorrumpe Bolívar en exclamaciones de gozo al rechazar el ataque de Real, mas no por ello olvida lo endeble de sus defensas. Y como no vienen en su ayuda ni Piar ni los llaneros, apela a Mariño. En la península de Paria y secundado por Bermúdez, Mariño ha podido disciplinar una brillante división. Tampoco con él fueron fáciles las negociaciones, pero al menos existía una base de entendimiento, pues entrambos anhelaban una misma patria. Le envía a Soublette, le ofrece el mando supremo del ejército, y logra convencerlo de que marche en su ayuda. A Barcelona se acerca el nuevo ejército de Oriente del que Bermúdez es alma; este guerrero sigue lleno de desplantes, pero ninguno es en vano; cuando le envía a Bolívar su mensaje de arribo (general, dígale a Real que se retire, que Bermúdez ha llegado) es todo el pueblo oriental el que se yergue, orgulloso de las hazañas de su más pintoresco héroe.

Pronto se percató Bolívar que Real se había retirado con las narices rotas pero con su fuerza íntegra. Le resultó imposible concentrar sus tropas en el llano, que los españoles se mostraron capaces de impedirlo. Tuvo apenas que idear alguna maniobra para evitar la persecución de Aldama, cuyas tropas seguían siendo más aguerridas y más numerosas que las suyas. Y la única posibilidad era insistir en la defensa total de Barcelona, ganando también otro poco de tiempo, pues a paso de marcha se acercaban las lluvias, y las inundaciones pronto separarían a los insurgentes de sus perseguidores con la misma eficacia que las aguas del Mar Rojo distanciaron a Moisés del Faraón.

Fusionado este nuevo y bien pertrechado ejército con el de Piar, contaría Bolívar con una gran masa de tropas capaz de enfrentarse a los españoles en batalla campal. Anheloso de este objetivo, repiquetea contra toda operación parcial cuyas consecuencias aun en caso de triunfo serían fatales para la república. El Libertador ha adquirido ya la solidez militar de sus grandes jornadas. Reserva las operaciones audaces para las columnas destinadas a probar o a reblandecer al adversario, pero guarda con avaricia sus grandes masas de hombres, suputando con frialdad su "capacidad de obrar de un modo cierto, después de bien calculadas y comparadas con las enemigas, y después de consultar a los jefes para proceder de común acuerdo". Condena por ello la actuación independiente de Piar, rechaza la querencia de Mariño de sitiar a Cumaná, y sacrifica todo, incluso su prestigio, con el fin de reunir en Guayana el ejército nacional que utilizará como el instrumento de las grandes victorias.

Pero estamos a fines de marzo y Bolívar sigue atado a Barcelona. Febriles son sus preparativos de defensa, pero los de partida no lo son menos. Aldama toma su tiempo, que no quiere exponerse a la suerte de Real, y permite a Bolívar salir hacia el Orinoco, acompañado de unos pocos oficiales y precediendo, apenas por unos días, a todo su ejército. No comanda éste Mariño: todo enfurruñado y casi solo, ha vuelto a encerrarse en el extremo del oriente venezolano. Singular sino el de este hombre, tan valeroso como amable, pero que como los halcones demasiado jóvenes, no se atrevió nunca a alejarse del espacio vital alrededor de su primer nido. Lo abandonan entonces la fortuna y sus conmilitones: una y otros saben que su destino es el de Bolívar, y al Orinoco van, encabezados por Bermúdez —definitivamente reconciliado con el Libertador— y por Urdaneta, quien se ha separado de Páez y atravesado todo el territorio venezolano para reunirse a Bolívar.

Para Aldama la maniobra obligada era atacar al ejército en retirada; vencido éste, Barcelona habría caído como pera madura. Sea por su insuficiente espionaje, sea por ostentarse como conquistador de la heroica ciudad, descuidó aquél para atacar de firme ésta. Freites dirige la defensa, y lo secundan muchos otros que no han podido o querido seguir a Bolívar: los Piñeres por ejemplo, aquellos cartageneros populistas por cuya causa se vio Bolívar implicado en luchas intestinas cuyos pésimos resultados ya conocemos. Freites no está en el secreto: no comprende que él y los suyos están destinados al sacrificio, y desesperadamente pide ayuda. Sus mensajeros alcanzan al ejército a pocas jornadas de Barcelona, y plantean ante Bermúdez y los suyos el más terrible dilema: desobedecer al Libertador

y volver, para sacrificarse en unión de sus hermanos, o bien abandonar éstos a la muerte más cruel. Critica Urdaneta la insuficiente previsión del Libertador, y le atribuye la convicción de que Freites podría desenvolver una exitosa defensa. La escueta consideración de los hechos nos indica lo contrario: ni la independencia de Barcelona podía prosperar sin el dominio del mar, ni las fuerzas de Freites eran otra cosa que los desechos que no se llevó Bermúdez, ni podía pensarse en una verdadera intención de victoria cuando no obstante fuerzas sitiadoras mayores, Bolívar había ordenado la partida de toda la división de Oriente. Es insoslayable la conclusión de que Bolívar decidió sacrificar a Barcelona para llevar a cabo la liberación de Guayana. Urdaneta escribió sus Memorias después de las terribles críticas que le valió su firmeza —de intolerable la calificaron muchos— en los años de 1828 a 1830, y decidió presentarse con los arreos del humanista más que los del militar. Bolívar por su parte tenía que envolverse en la suprema soledad del estratega: ¿podía acaso confesar que había sacrificado tantas vidas, e incluso aparentado escuchar los ruegos de los barceloneses para que no los abandonara, con la frialdad que requería una jugada magistral y mediata? Su decisión fue sabia y necesaria, y así lo comprueban las fechas de los acontecimientos: apenas reocupada Barcelona, Aldama se percata que no es el ejército libertador el vencido, y se lanza en su persecución. Pero las lluvias han llegado y la división de Bermúdez puede libremente transitar hasta el Orinoco. La crítica de que Bolívar se dejó ablandar permitiendo la desdichada defensa de Barcelona es injusta. La bizarra ciudad fue el anzuelo que mordió el miope comandante español y que permitió a Bolívar cambiar su teatro de operaciones sin convertir su retirada en desastre.

Con todo, la reconquista de Barcelona forma parte de los días nefastos de la patria. Los españoles se empeñaron en castigar para siempre a esa villa tantas veces heroica, y desabrocharon toda su crueldad, esa crueldad que carente de la levadura del patriotismo, surgía como la hidra en las tropas españolas. El vecindario se defendió calle por calle y casa por casa; pocos, muy pocos vivieron para contarlo. Todo se centró alrededor de ese convento de San Francisco que el Libertador intitulara Casa Fuerte. Lo había dejado bajo el mando de un oficial jamaiquino de nombre Chamberlain, quien había seguido a Bolívar hasta Haití, lo acompañó a Ocumare donde se disgustó con él, para volver a militar bajo sus órdenes en Barcelona. La defensa de la Casa Fuerte retrasó otro poco las operaciones de Aldama; Bolívar contaba con esa defensa desorbitada, y había adivinado en Chamberlain esa alma de acero de la que Freites carecía. ¿Lo puso acaso en el secreto de que sería sacri-

ficado? ¿Fue Chamberlain el hombre de Bolívar en Barcelona, dispuesto a dar su vida para ganar otras pocas horas? No parece probable. Junto a Chamberlain estaba su joven y flamante esposa, hija y hermana de héroes, Eulalia Buroz. Cuando el ataque ya no puede rechazarse, se cuenta que antes de volarse con la Casa Fuerte, Chamberlain la sacrificó. Con ella sin duda se confió el Libertador, y con el oído de Esquilo podemos percibir los ecos de aquel diálogo de la Grecia homérica en el que Bolívar pide a la heroína inmolarse. Años después, en sus días de gloria, sin duda vería Bolívar pasar a su lado esas dos sombras de fuego que reclamaban su lugar entre los triunfadores. Sea éste el lugar para hacer una pausa, en respeto de aquellos dos amantes que murieron juntos para que naciera una patria.

No careció de incidentes el viaje que Bolívar y su escolta hicieron al sur; varias veces tuvo que exponer su vida, y lo hizo con la misma sencillez con la que montaba a caballo. Me maravillo, pues, que haya todavía quien se atreva a hablar de la supuesta cobardía de Bolívar cuando tiene a flor de agua las abundantes muestras de su temeridad. A pesar de los españoles atraviesa el Orinoco el 4 de abril, reuniéndose al fin con los Bravos de los bravos, por cuya suerte, y como él mismo lo expresa, sufrió los mayores tormentos de su vida militar. Piar lo reconoce como jefe, y en buena compañía, ambos examinan la situación que presenta la "operación Guayana".

La rebelión de Piar, que sigue muy de cerca este período, y su ejecución por los patriotas, han motivado que se desvirtúen con frecuencia sus cualidades; o bien, y por el contrario, que en su favor se disminuyan las concepciones estratégicas de Bolívar. La secuencia de los acontecimientos que conducen a la liberación de Guayana es en sí convincente. Bolívar no podía anhelar otra cosa que no fuera la posesión de esa provincia; todo otro objetivo era insensato e indigno del gran caudillo que pudo conducir a buen fin una lucha colosal. Mantenerse en la costa, sin superioridad naval, era un suicidio, como ese mismo año lo comprobó el empecinado Mariño. Atacar Caracas con las paupérrimas fuerzas con las que obró en Clarines, era entrar en la categoría de esos generales que Napoleón criticaba como fautores de sus propias alucinaciones, y a los que la victoria les era sempiternamente contraria. Desde enero de 1817 los partes de Bolívar comprueban que Barcelona era un trampolín para brincar hasta el Orinoco; sólo desde allí podría hacer la verdadera guerra, pues ésta "no se hace con comer y montar a caballo, que es lo único que (ahora) nos suministran los llanos". Si desde Barcelona le pide a Piar que regrese, es porque se opone

a su fuga hacia adelante, y desea avanzar hacia el gran objetivo con medios seguros y oportunos.

Para el mes de abril Bolívar está ya en aptitud de aprovechar esa operación de largo alcance que Piar inició adelantándose a su voluntad. No sólo ha cruzado éste el Orinoco, sino que se ha apoderado de los territorios llamados de las Misiones, en la margen derecha del río, que constituyen la parte más rica de la provincia. Latorre lo sabe, y cuando llega Bolívar, encuentra que el español ha emprendido una campaña de enjundia para readquirir el dominio de las Misiones y repeler a los insurgentes a la margen izquierda. El objetivo de Latorre era perfectamente conocido de Bolívar, quien examinó por sí mismo la situación de ambos ejércitos, e incluso interrogó directamente a tres prisioneros de reciente captura. Como lo afirma el propio Piar (a Bolívar, 6-IV-1817), es con pleno conocimiento de la inminencia de la batalla como Bolívar se retira. ¿Cómo, dirán algunos, es que hablamos del mismo general, de ése que Páez nos pinta como excesivamente dado a la batalla? Pues es el mismo que ahora deja el mando a Piar, recruza el Orinoco y humildemente va a buscar la división de Bermúdez, cosa que podría haber hecho cualquier edecán.

El porqué de este retiro en apariencia inexplicable y frente a un enemigo que busca batalla —y desechando de plano a esos ignorantes de todo lo castrense que pretenden hacernos creer que regresaba a Barcelona— nos lo da el *Diario de Bucaramanga*. Cuenta allí Peru de Lacroix cómo Bolívar afirmó que sus frecuentes derrotas "habían corrido la voz entre la tropa que yo era desgraciado y que todo me salía mal". A cualquier costo había que superar esta reputación de infortunado, pues con esa tacha ningún general puede alcanzar el triunfo. Fue consciente de este hecho por lo que Bolívar dejó el mando a Piar, y le encomendó una victoria cuyos destellos hicieron olvidar su mala estrella.

Autores hay, como Lecuna, que protestan vehementemente contra esta explicación que consideran indigna de Bolívar. Y sin embargo, la historia comprueba a cada paso que en la ejecución de una ciencia tan llena de incógnitas como es la militar, la suerte desempeña un papel capital. Hoy sabemos, por ejemplo, cuán importante fue en las batallas navales que decidieron la suerte del Japón durante la segunda guerra mundial. Bolívar siempre tuvo conciencia de su valor, y antes de designar un general se interrogaba reiteradamente sobre su suerte. A Santander le comunica las dudas que lo asaltan sobre la personalidad del comandante que ha de sustituir a Anzoátegui —súbitamente fallecido— en el mando del ejército del Magdalena; y Bolívar menciona hasta tres veces el criterio de la

suerte para preferir a éste o aquel candidato (19-XI-1819). En vísperas de San Félix, el Libertador se aplicó fríamente la misma norma: prefería saber a su ejército al mando del vencedor de Juncal y no bajo el derrotado de Clarines.

Latorre había recibido órdenes de sostenerse en Guayana, de evitar cualquier otra cosa; pero este general se sabe al frente de tercios que por ser españoles estima muy superiores a los americanos, y toma riesgos que en otras circunstancias evitaría. Busca pues con insistencia a Piar y cree maniobrar a modo de sorprenderlo con sus tropas cansadas; pero Piar obtiene del padre Blanco, que entonces administra las Misiones, una caballada fresca con cuyo sostén se enfrenta a Latorre en una posición previamente escogida. De San Félix sólo Latorre y unos pocos oficiales escaparon; muerta quedó gran parte de su división, agregados a las filas independientes los americanos sobrevivientes, y ejecutados los prisioneros españoles, violentando las órdenes de Bolívar. A la par con Páez, Piar se erguía en sus lares como señor de horca y cuchillo.

La victoria de San Félix es la primera definitiva en la guerra con Venezuela. Así lo comprendió Morillo, quien se quejó amargamente de la desobediencia de su subordinado, y quien con su pintoresco estilo reconoció que "un porrazo allí se resiente en todas partes y rompe el nudo de las operaciones". Bolívar, que de inmediato nombró a Piar como general en jefe, cuenta con un ejército unido superior a cualquier fuerza que pueda España enviar al Orinoco: su objetivo siguiente es rendir las plazas de Angostura y Antigua.

Ocurrió en esos días de gloria un triste episodio que ha servido a muchos para ennegrecer la figura de Bolívar. José María Obando, por ejemplo, y muchos años después, pretende tomar pie en la responsabilidad de Bolívar en la masacre de los padres capuchinos para justificar su revuelta contra el Presidente Libertador. Esos capuchinos, esos misioneros que habían convertido a la Guayana en el emporio que permitió a Bolívar hacer la gran guerra, fueron en efecto asesinados por los patriotas. Eran como dos veintenas esos religiosos, y todos se mostraron siempre tan opuestos a la independencia como furibundos borbonistas. Su captura ocurrió cuando Piar ocupó las Misiones y fue realizada mediante un golpe de mano. Lo tenso de la situación y el inevitable odio que recaía sobre los poderosos del ayer los hizo víctimas de toda clase de vejámenes, y si varios escaparon, pronto recapturados morían después a resultas de los malos tratos. A la llegada de Bolívar todavía quedaban presos un grupo de veinte, los que a poco fueron villanamente asesinados en Carhuanchi.

Bolívar no fue culpable: este hecho era del todo contrario a la política de altitud con la cual se empeñaba en prestigiar a la Tercera República; el asesinato, además, era contrario a sus declaraciones en favor de los españoles, las cuales, valga recordarlo, cumplió siempre, religiosamente.

Su inocencia la reconoció desde 1829 un testigo tan inobjetable como Monseñor Jiménez, el obispo de Pasto, que se había contado entre los acérrimos enemigos del Libertador y de la república; pero todo esto no es óbice para que aún hoy la acusación se reitere, y para que los defensores de Bolívar se muestren flojos. Éste, en efecto, aplica al episodio la misma causalidad que motivó el sacrificio de Tomás Beckett a manos de los esbirros de Enrique II, y atribuye a Bolívar una expresión de malhumor que tomaron en serio sus ayudantes; aquél pretende justificarlo inventando la más burda confusión: que al ordenar Bolívar trasladar los frailes a la Divina Pastora, entendieron Lara y Monzón —los oficiales encargados de la custodia de los reos— que se trataba de enviarlos al otro mundo; y el que menos, se lamenta de que Bolívar no haya podido ejercer firmemente su autoridad, que califica de bamboleante, dejando sin castigo a los asesinos.

Pensar que el Libertador permaneció imperturbable ante un hecho como éste es no conocerlo. El padre Blanco, por ejemplo, se hace eco de los gritos en que prorrumpió al enterarse del asesinato. Con su tropa, además, actuó frecuentemente como disciplinario, y a todo lo largo de su carrera podemos recoger actos de severidad, indispensables para conservar la subordinación entre sus huestes y la voluntad de las poblaciones por liberar. Todos los mal condimentados cuentos con que se gozan los que no conocen al ejército libertador, de "violeos" y robos al placer de cualquier sargento, son historias que apuntan la insatisfacción sexual de que sufren sus autores. Tamaños actos nunca fueron condonados, y ya en la cúspide de las campañas del Perú, todavía reseña O'Leary cómo fueron ejecutados cuatro soldados culpables de haber violado una mujer, y cómo sus cuerpos descuartizados fueron expuestos en los villorrios de los alrededores. La gran guerra, como la hizo Bolívar, estriba en forjar una violencia que se aleje de las bajas pasiones humanas.

Las anteriores consideraciones me permiten adelantar una hipótesis que ocurre como inevitable. Los indios de las Misiones habían sufrido una explotación que negaba los derechos humanos; pocos años antes Humboldt presenció esas cacerías humanas que se conocían bajo el eufemismo de "evangelización". Agreguemos a lo anterior el acérrimo realismo de los padres, quienes actuaron siempre como soldados del monarca español, y hallaremos un activo acervo

de odios en su contra. Los maltratos sufridos en el cautiverio y la malograda fuga, señalan el ambiente de encono que rodea a los capuchinos al cambiar el régimen. Era inevitable que esas pasiones populares se volcaran hasta llegar, como en Fuenteovejuna, al lamentable linchamiento que en la inexorable dialéctica de la historia sufren hoy los victimarios del ayer.

La victoria de San Félix inicia un nuevo episodio. Ambos estrategas, Morillo y Bolívar, apresuran la nueva etapa. Preferente es para éste dominar el gran río; ordena pues a Brion que reúna los corsarios, que los margariteños construyan mil flecheras, y que el corazón de los americanos tome el ritmo de las aguas del Orinoco para que sólo los buques libres naveguen por ellas. Bolívar sabe que el ataque frontal sobre las dos plazas es inútil, como lo ha comprobado Piar desobedeciendo órdenes; pero no basta la presencia de la flota: precisa estrechar el sitio, tomar a la fuerza los varios apostaderos que conservan vivas las esperanzas de los sitiados, y quebrarles del todo su moral. Como fuego de bengala luce la portentosa actividad de Bolívar, que con la misma precisión se ocupa de lo muy grande como de lo muy pequeño.

En uno de tantos acontecimientos alrededor del sitio de Angostura ocurrió el episodio de Casacoima que nos llega con el rumor de cigarras en un día de pleno verano. Contrariado al ver que los tripulantes de sus flecheras no se comportan como americanos, se precipita Bolívar con todo su estado mayor para obligarlos a volver caras; pero la geografía le es contraria, y se encuentra aislado en medio de uno de los rebalses del Orinoco que en ese tiempo de aguas se ha transformado en inmensa laguna. A su alrededor pululan, además de los caimanes, las patrullas españolas, y no le queda al Libertador otro recurso que ocultarse en medio de las aguas hasta que, tras largas horas de humedad y de fiebre, fue rescatado por los patriotas. Durante esa tiritante velada habló a sus compañeros de baño de la estrellada ruta que por encima de patrullas enemigas y de aguas incómodas, se unía con la del Inca para llevarlos hasta plantar la bandera grancolombiana en la cima del Potosí. ¿Habrá mejor ejemplo de lo que significa el mito de Icaro?

Si Bolívar se ocupaba en rendir las grandes plazas del Orinoco, no estaba ocioso Morillo. Recursivo era este general, educado en la más dura escuela, y proveniente de las capas populares de ese pueblo español para quien el honor es norma de vida. Admite Morillo que ha perdido una batalla, pero rechaza del todo la noción de haber naufragado la guerra. Destituye a Moxó, quien maneja todo con la calma propia a las épocas más felices, pone en pie de guerra a la provincia de Caracas, y para borrar la derrota de Latorre apro-

vecha la oportunidad que le ofrece una división española auxiliar que destinada al Perú, llega de la Península en junio de 1817 bajo el mando de Canterac. Morillo la detiene y efectúa con ella una campaña que le ha sido injustamente criticada. Recordemos que era época de lluvias y que toda operación contra la Guayana era imposible. Pero si Latorre pudiera sostenerse en las plazas fuertes hasta noviembre, Morillo marcharía entonces en su auxilio. Había pues que restarles recursos a los insurgentes, y la operación natural consistía en cerrarles sus puertas al Caribe.

La navegación en el Orinoco distaba mucho de ser fácil: no sólo sus innumerables bocas, que hacían imprescindible la presencia del práctico, sino la poca hondura de las mismas que tampoco permitían el paso de buques de gran calado. Pocos años después, por ejemplo, el comodoro Perry no pudo conducir su fragata directamente hasta Angostura; se vio obligado a transportarse, con todos sus legajos reclamatorios, a un simple bergantín con el que remonta el río, en busca de injustificados pagos, pero también de la muerte, que allí lo aguarda. La violencia que Bolívar ejercitaba sobre las plazas españolas de la Guayana era como una palanca que se apoyaba en la península de Paria y en la isla de Margarita. Era éste el gozne endeble en la armadura bolivariana, pues toda la marina republicana estaba concentrada en el Orinoco; forzado ese gozne, Morillo reanimaba a Latorre, dificultaba inmensamente las operaciones de Bolívar y dejaba abierta la posibilidad de retomar la ofensiva. La Guayana sin Margarita podía convertirse en un catafalco.

El carácter de Canterac, tan dado a la gasconada, no ha sido para hacerle adeptos; si sus cualidades como estratega nunca estuvieron a la altura de las oportunidades que le brindó la vida, no podemos discutir que fue un militar valiente y leal. Él también llega a América todo imbuido de la supremacía europea; a Morillo lo mira con benevolencia: el general se hace viejo —piensa— si en todo este tiempo no ha sido capaz de barrer con estos miserables que a lo más merecen que les demos de sombrerazos. Ni tardo ni perezoso aprovecha Morillo su juvenil celo, y con ayuda de sus frescas tropas barre con cuanto Mariño le opone en Oriente. No fue el episodio un día de campo, pero en fin, todo auguraba un éxito semejante en Margarita. Y contra ella va Morillo con todos sus españoles.

Verdad es que el Pacificador lleva el corazón lleno de ira contra Arizmendi y sus margariteños. Para aquel castellano viejo, el código de honor no podía violarse. Los margariteños se habían sometido, Arizmendi no había seguido el ejemplo de Bermúdez: la rebelión era pues inexcusable. Esos felones y mal nacidos merecían la muerte,

y para castigarlos por propia mano, con frecuencia inició Morillo la batalla; tenía ansia de ajusticiar a los indignos traidores.

Dicho esto, no pensemos que la operación contra Margarita estaba dictada por su pasión. Sin Margarita la presión de Bolívar sobre Angostura se habría debilitado, y carente de puerto franco, la flota de Brion pronto se habría desbandado. La lucha es entonces contra el reloj: un gigantesco péndulo oscila entre dos señales de muerte, y según caiga el latido final, serán cautivos o independientes estados y provincias. Si Brion llega y Bolívar triunfa, la guerra de independencia se desarrollará dentro de condiciones adversas al poder español. En cambio si Margarita cae y si Angostura resiste, Bolívar se hallará en la situación anterior a San Félix, y además sin costas hacia el Caribe. Y desde lejos, pero presintiendo admirablemente lo que el adversario hace, ambos grandes militares redoblan sus golpes y acrecientan sus esperanzas.

Fueron los margariteños los guerreros que en ese instante requería la patria. En defensa de su suelo lucharon con extraordinaria decisión. Para Canterac desde luego, pero para Morillo también, era milagroso encontrar que esa pobre isla estaba poblada de mirmidones. Cada minuto de la presencia de los españoles en Margarita fue de batalla. Los ataques más violentos y mejor combinados se vieron rechazados con una sangre fría y un coraje sin igual. Los partes de Morillo durante su expedición margariteña son la más hermosa página en los anales del heroísmo americano. Bajo la pluma de quien los odiaba a muerte surgen hombres estupendos que se batían "con un denuedo y osadía de que apenas hay ejemplo". El ataque de los españoles sobre Juan Griego es homérico: aquellos isleños, "llenos de rabia y de orgullo, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y a las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo". Quien esto decía, las había visto en batalla, y contra ellas había combatido, por lo que es lamentable que Restrepo haga gala de una pesada ironía para reírse de la ofuscación de Morillo, en lugar de resaltar el heroísmo extraordinario de los margariteños. Sin ellos y su sacrificio, la independencia habría variado de rumbo.

Es otro margariteño, Antonio Díaz, quien conduce las flecheras que entran al Orinoco; y es él, nuevo Nelson, quien establece como única meta de la lucha fluvial, el aniquilamiento de la flota adversaria. De cerca lo siguen Brion y sus corsarios, que siempre habrá voluntarios para concurrir al reparto del botín. Cuando llegan, el tiempo de Guayana es ya el de Bolívar. Latorre y los suyos abandonan Angostura en julio; por breves días recalan en Antigua, y recobrado su aliento, siguen hacia el Caribe. Atacada por la jauría

de Brion, la flota española se dispersa, se captura y se destruye en la llamada batalla del Cabrián. Muy pocos escaparon, algunos incluso para perderse en esas bocas sin salida donde dejaron la semilla de la que germinarán, cien años después, todos los Buendía.

Contraparte naval de San Félix es el Cabrián: la derrota española es completa, y una Guayana independiente queda en manos de Bolívar. La eutaxia lo domina: a López Méndez, todavía en Londres, le asegura que son sucesos que aportan ventajas incalculables, en tanto a Páez le vaticina que el Orinoco será siempre nuestro y que la prepotencia de las armas americanas será eterna; Guayana, Barinas y aún la Nueva Granada (dice, omitiendo Caracas, siquiera para despertar a los que creen que sólo oía sus plañidos), fijan inexorablemente el destino de la causa independiente.

Así lo estima también Morillo. Apenas recibe aviso de Latorre, que desde Trinidad le informa lo ocurrido, abandona la lucha en Margarita. Militar experto, no se empeña en una empresa que no vale la vida de sus hombres, y se retira para preparar la siguiente etapa. Entre las cualidades que más perjudiciales fueron a la América, cuenta la presencia de ánimo de este castellano frente a las grandes derrotas, ánimo que nos hace lamentar que no limitara su militancia a luchar contra Napoleón.

Termina así el primer encuentro entre Morillo y Bolívar. No se habían visto las caras, pero sabían bien contra quién combatían. Aplicando términos geográficos, diríamos que el divorcio de las aguas de la independencia ha sido ya tramontado. Durísimas pruebas aguardan al Libertador antes de que pueda afirmar que la república se ha consolidado. Pero con todo y el inevitable vaivén de las armas, nunca volverá Bolívar a tener problemas de la magnitud telúrica de los del año de 1817.

Cuando Bolívar llega al Orinoco al frente del ejército de Oriente, el 2 de mayo de 1816, una profunda irritación en su contra conmueve a Venezuela. ¡Otra vez presente aquel que sus propios conciudadanos han varias veces expulsado y los españoles tantas veces vencido! Salida apenas del estado exangüe en que la dejó Boves, Venezuela se acostumbra a vegetar bajo Morillo e impugna al hombre tremendo que la sacude por el pescuezo y la obliga a reemprender una guerra total contra el invasor. Los venezolanos ansían, si no paz, al menos tranquilidad, y rechazan a aquel que vuelve, como la conciencia, a urgir sacrificios inacabables.

En parte, esta irritación contra el Libertador y los métodos dictatoriales que impone para obtener la independencia desaparece

con la primavera de las grandes victorias. Como jefe de estado de Guayana, Bolívar adquiere una dimensión que cambia todos los presupuestos políticos, y obliga a los venezolanos a reconsiderar, a través de él, su futuro. Pero antes, durante los meses que precedieron y los que inmediatamente siguieron a la toma de Angostura (de mayo a octubre de 1816), Venezuela atravesó una profunda crisis política.

Los antibolivarianos son multitudes: los hay de todas clases y surgen de todas partes. Aparecen primero los estrategas acartonados que jamás entendieron las realidades de nuestra guerra revolucionaria, y que nunca aceptaron aquel camino empedrado de derrotas que con los ojos bien abiertos escogió el Libertador. Muy de cerca los siguen los demócratas a ultranza: se apoyan en las mismas convicciones que Bolívar, y con él denuncian la fuerza castrense como origen del gobierno; pero a diferencia de él, desconocen la mortal pugna y proclaman principios y derechos inaplicables entonces. No lejos, aparece la multitud de llaneros que desconfían del mantuanito y que sólo de dientes afuera aceptan su mando y su presencia. Algunos, como Monagas y Cedeño, comprenden desde un principio el sino histórico del Libertador; pero ¡hay tantos otros que jamás secundaron sus iniciativas americanas y que desvirtuaron su pugna entre naciones! Aquí está Zaraza que desobedece una y otra vez, siempre con fatales resultados, y allá asoma Páez que lo hostigará con una sucesión de cartaproclamas en que aparece como el demiurgo de una gesta que dice ganada, y que siempre soslayará toda ayuda que no crea conforme a sus miopes intereses.

Por encima de esta comitiva de críticos y oponentes, brota del horizonte un quejido profundo: proviene de quienes resienten en la médula la hecatombe de Barcelona, la ocupación violenta de Cumaná, y que se rehúsan a continuar esa lucha que parece insulsa; de aquellos venezolanos que tienen hijos, esposos o parientes enrolados a la fuerza, y que a veces los hallan fusilados porque fueron desertores. Y es un coro general el que se eleva contra este hombre que persigue su propio ideal en desprecio de consideraciones humanitarias y que impone a todo un pueblo su propio concepto de la lucha y de la independencia. ¡No, no, grita esta Venezuela cansada ya de tanta sangría, no más Bolívar! Su causa nos es ajena y preferimos seguir encadenados a morir en el holocausto con que este hombre iluminado nos rodea, conceptuándolo indispensable para nuestra felicidad. ¿Cuál felicidad, si lo único que nos ofrece es la muerte?

Reforzando el cacofónico conjunto surge también la protesta de las castas: ven con desconfianza al que hasta poco ha, fuera el pala-

dín de la imposición mantuana, y dudan de la reciedumbre de su populismo de nuevo cuño. Tampoco confiaban en Bolívar los de su clase, que pertrechados con los restos de sus grandes fortunas, desde las Antillas ven con displicencia a uno de los suyos que se niega a pactar con los españoles y que otra vez, como Boves, pone en peligro la dominación blanca en Venezuela.

La atmósfera propicia, la oportunidad viva, hicieron inevitable que algunos de los opositores bajaran a la palestra. Fue Arizmendi, cuya presencia en Tierra Firme era candidatura al mando supremo, el primero que esboza el golpe. Pero astuto y prudente, pronto sabe el margariteño que la tropa no lo acompañará, y como veterano en intrigas, desiste en espera de mejor ocasión. Otros en cambio apresuraron el paso: Manuel Piar el primero, que a su resentimiento como militar une la convicción de que ha sido postergado por mulato; y casi al unísono, Cortés Madariaga, el canónigo del 19 de abril, quien retorna de los presidios de Ceuta precedido por su estruendosa trompeta, profetizando el fin de todo cuanto no se asiente en apolíneos patrones democráticos. Si Piar inicia su movimiento en Guayana, Madariaga, auxiliado por Mariño, desembarca en Oriente; a poco Piar marchará al norte, y en su persona reunirá ambas disidencias.

El fracaso de la rebelión, sumado al equivocado deseo de blanquear la figura de Bolívar, han desvirtuado esta insurrección que contó con variadas y profundas raíces. Ni Piar, ni Madariaga, ni Mariño se arriesgaron por el placer de la aventura; aspiraban al poder supremo, y para alcanzarlo, meditaron fríamente eliminar a Bolívar. Con facilidad podían haber triunfado, y habrían entonces variado todo el contexto de nuestra independencia; se habría obtenido, sin duda, pero habría privado a nuestra historia de esas secuencias que la engarzan como uno de los más brillantes florones en el devenir de nuestra especie.

Bolívar, Bolívar... ¿Y por qué no Piar, Piar? ¿Quién acepta ser general en jefe bajo el yugo de Bolívar? Brilla ahora el sol de San Félix, e ilumina a Piar como el único militar de genio: sólo él parece capaz de llevar a buen fin la guerra. Su historial es relampagueante: se cuenta entre los cuarenta de Chacachacare, y desde entonces guerrea incansable contra el español; a Boves no le dio nunca la espalda, ni escapó, después del retorno de Haití, al primer descalabro. Incluso su desobediencia, que lo impulsó a trasladar la guerra a Guayana, se mostró providencial; por si fuera poco, ha mostrado en la batalla ser el único capaz de aniquilar a la temida infantería española. Todo esto platican sus áulicos, y lo encumbran de tal modo que cuando Bolívar le ofrece el mando de la

división sitiadora de la Antigua, lo rechaza ostentosamente. El Orinoco cruza y se dirige a la villa de Upata para solizar airado. Nos asegura Piar que se ocupará del manejo de las misiones; de hecho, confía en que su retiro y los fracasos que le augura a Bolívar, provocarán una avasallante reacción en su favor. Ésta tarda, tarda... y en la mente huracanada de aquel hombre principian las brujas sus guisos infernales.

Si la tropa no me sigue, se dice Piar, es porque el mismo sistema de la llamada independencia se lo impide. De ser yo blanco, de ser yo legítimo heredero de un gran hombre, yo y no Bolívar, sería el caudillo nato, y con general aplauso eliminaría a ese cobarde que nada merece. Todas las inseguridades del hijo natural salen a flote; todas las cortapisas que con su heroísmo creía superadas, vuelven a acosarlo. ¿De qué sirve todo cuanto he hecho, si sólo por mi tez mulata me desprecian? Y repite y amplía el mito bajo el cual quiere encubrir su humilde nacimiento, y oculta o disfraza a la pobre negra partera de Curazao que fue su madre, para inventar un origen principesco y asegurarse así del voto de la tropa.

Esto en su fuero interno; en la realidad, Piar se dedica a conspirar. Se empeña primero en doblegar al padre Blanco, que él mismo ha designado para administrar las Misiones, e intenta constituir un tesoro propio, aparte del del Estado; y cuando el honrado patriota rehúsa secundarlo, Piar lo acusa de toda clase de intemperancias hasta lograr que Bolívar —y sólo por complacerlo— lleve al padre Blanco a otros destinos. Se disputa también con Arizmendi, pues éste pronto se da cuenta de sus manejos y, el primero, pone sobre aviso al Libertador.

Piar va más allá de los jefes: al pueblo y a la tropa predica, y lo hace con toda la fuerza de su investidura triunfante. Acusa a Bolívar de aspiraciones monárquicas, y califica su régimen de racista y de contrario a las castas. No eran sus cargos de los que caen en el vacío. Alejada de los centros virreinales, Venezuela revela una firme trabazón democrática, no disímil por cierto a la de los romanos de la república. Caudillos, presidentes, incluso tiranos soporta el pueblo; pero reyes, ¡nunca! Años después en las postrimerías del genio, cuando Páez toma pie en el malhadado proyecto de Urdaneta para acusar a Bolívar de codiciar la corona, será el país entero el que reaccionará contra el otrora héroe aplicándole por incontenible impulso el ostracismo. Mirad al Rey Bolívar —sigue diciendo Piar— miradlo rodeado de toda su caterva de blancos mantuanos que desvirtúan república e independencia: ¡A seguirme los hombres, que llegó la hora de poner fin a su empeño de pervertir una lucha que es nuestra, y por la cual morimos! Y la prédica de Piar

se multiplica y varía con la iridiscencia del moviente escarabajo: aquí es racista, allá es heroica, acullá contraria al sempiterno derrotado, más acá moderada y escueta. Con los partidarios de Bolívar es suave e insinuante: al bueno de Briceño Méndez le asegura que no se trata de ir contra el jefe, sino sólo de ampliar el sistema para unir a todos los que militan contra España y evitar a Bolívar sus actuales tropiezos. Y los desplantes de Piar producen efecto: muchos dudan y muchos más se preguntan si realmente habrá que variar esa univocidad de mando y de propósito que el Libertador ha fijado como condición indispensable a la independencia.

Más humano, más generoso, más trascendente es el filón que explota Madariaga para iniciar su golpe de estado. El canónigo ha escapado de los presidios españoles: fue en la árida Ceuta donde fermentó durante largos meses sus planes libertarios. Cuando llega a América se siente con los arrestos del joven Faetón, y al Padre Eterno le pide conducir los caballos de la libertad por uno solo de los días de la independencia. El inexperto auriga produjo una conmoción que bien pudo arrasar a la incipiente república, y que ciertamente terminó con su vida; la democracia, como los caballos del sol, necesitaba guiarse en nuestra independencia con la fuerte mano del providente genio de Bolívar.

Esa frecuente ilusión que ciega a los ausentes, y que impide reconocer que algo de importancia ha ocurrido durante su alejamiento, desvirtúa para Madariaga la Venezuela del año de 1816. Sigue viviendo la Patria Boba y afirma que bajo la vara de los alcaldes y la campanilla de plata de los síndicos podrá reanudarse la augural jornada del 19 de abril de 1810. Desde luego que al actuar así toca una cuerda que hace vibrar el corazón de todos los hispanoamericanos, la del gobierno propio, porque nuestra América, con menos aspaviento que la anglosajona, también estuvo profundamente impregnada de la que hoy se apela autodeterminación. La representación del pueblo y para el pueblo, dentro de las formas propias a un sistema jurídico profundo y feraz, fueron parte del bagaje de todos los independientes. La renuncia que de su mando hizo Bolívar en medio de la guerra a muerte y ante las autoridades de Caracas no fue —como lo suponen sus críticos— un gesto vacío; era el reconocimiento sincero que el hombre de espada hacía de instituciones que lo antecedían y que lo sobrevivirían, y que sabía parte consustancial del pueblo que se empeñaba en emancipar. El llamado de Madariaga hacia una forma democrática de autogobierno encontró, pues, un eco inmediato, tanto más cuanto que se apoyaba en los mismos actos con los que Bolívar reiniciaba el proceso institucional en la Tercera República. Al pasar por Mar-

garita, y en las dos ocasiones, el Libertador ha convocado a elecciones. Sabe mejor que nadie, que el mandato recibido de sus conmilitones en Haití es transitorio; quiere apoyarse sobre un régimen de derecho que sustituya al español y que lo aleje de la pasajera revuelta. Su segunda convocatoria, la de diciembre de 1815, es perentoria: que sin mayor dilación elijan representantes los pueblos libres de Venezuela, y que sean éstos quienes ejerciten la soberanía nacional.

Madariaga llega en triunfador: ¿Acaso no es Bolívar mismo quien le ha rogado que regrese a auxiliar a la patria con sus luces? Además, el propio Libertador públicamente ha reconocido que los elegidos por el pueblo durante la Primera República tendrán un puesto privilegiado en el gobierno que ahora se forma. El canónigo llega en plan de reivindicar lo que considera propio; está convencido que es el hombre providencial que el país aguarda, y la euforia le hace perder la cabeza. Desde Jamaica negocia con los británicos como si en su mano tuviera ya la suerte de la contienda, y a Bolívar lo reprende con airada carta en la que jabona al Libertador como a un subordinado. ¿Cómo, le dice, cómo es que sabiendo que yo venía no me ha esperado para rendirme informes? Y para remediar su falta, le ordena remitirle, sin excusa ni pretexto, aquellos datos que necesita para llevar a buen fin sus grandes transacciones.

Estas excentricidades del canónigo, que en otros momentos pasaran inadvertidas, se transforman en una vredadera rebelión contra Bolívar por obra y gracia de Mariño. Recordemos que éste había sido nombrado segundo jefe de la república. Marginado por una estrategia que desaprueba, recibe con beneplácito la presencia de Madariaga. Para Mariño es evidente que la culpable dictadura de Bolívar debe tener fin, y nada más propio que hacerlo a través de los supervivientes de la Primera República, de los padres conscriptos que anteceden, con su representación, a todos los hechos bolivarianos. A instancias de Mariño se reúnen pues en el pueblecillo de Cariaco, sobre el golfo del mismo nombre, ocho de los primeros diputados, a quienes entrega Mariño su mando, renunciando, además, el ejercicio del poder en su nombre y en nombre de Simón Bolívar.

Buen número de historiadores hacen befa de aquellos ocho que con Morillo al lado y sin dominar territorio alguno se decían gobierno. Y pasan por sobre el episodio, calificándolo de Congresillo, cual si se tratara de un capítulo humorístico de nuestra independencia. La verdad fue muy otra; el número de los congresistas era secundario, pues lo capital era el principio de continuidad que representaban y que por su sola existencia —como Bolívar lo había

reconocido en su segunda convocatoria de Margarita— señalaba lo endeble del nuevo orden legal. Pero además de esos ocho patriotas, estaba Mariño que los protegía con sus huestes, Brion que prefirió olvidarse de Bolívar para poner la marina a disposición del Congreso, y el mismo Zea, cansado quizá de sentirse solo entre tantos guerreros. Mariño había logrado establecer un centro de poder que postergaba al Libertador. Al aceptar el Congreso la supuesta renuncia de Bolívar, al constituir un ejecutivo plural que Madariaga manejará de inmediato, y al otorgar a Mariño el mando de todas las tropas independientes, surge en Oriente un segundo gobierno autónomo que debilita a la república y que sirve inmensamente la causa de España.

Terminadas sus breves sesiones el 9 de mayo, el Congreso se trasladó a Margarita, que rebautizó Nueva Esparta, nombre que la posteridad le ha conservado. Es a principios de junio cuando Bolívar y Piar se enteran de las decisiones de Cariaco. Ambos se percatan de su extraordinaria importancia, pues todavía está en la balanza la suerte de Guayana, y se habla además de una gran expedición que Morillo en persona conduce para romper el sitio de Angostura. Piar no tiene empacho en mostrarse en franca rebeldía: incrementa sus diferencias con Bolívar, abandona ostentosamente el mando en las Misiones y obtiene pasaporte para viajar a su guisa por el territorio nacional e incluso por el extranjero. Prefiere por el momento residir en Angostura donde, auxiliado por sus incondicionales, trata de alterar en su favor la lealtad de las tropas. Bolívar actúa también, y sus movimientos nos recuerdan los del tigre de las selvas de Orinoco por lo callados y eficaces. En apariencia no concede ninguna importancia a lo ocurrido en Cariaco; en realidad, toma una serie de vitales medidas que destruyen el supuesto gobierno de Oriente y que lo consolidan como el indiscutido caudillo de la revolución. Si recordamos la historia de Richelieu, bien pudiéramos intitular este episodio en la vida de Bolívar como la jornada de los engaños.

El Libertador ataca primero —¡y con cuánta suavidad!—, a los prohombres de Cariaco. A los intransigentes los posterga para aniquilarlos después; pero a los que sabe dudosos les ofrece participar en proyectos en los que hay gloria y provecho. A Brion vuelve a llamarlo para que al frente de sus corsarios capture las muchas naves en las que, como los galeones de antaño, pretenden los españoles salvar las riquezas amasadas en la Guayana. A Zea y a Maiz —otro de los congresistas— les encomienda puestos de importancia que requieren su inmediata presencia en Angostura. Se ocupa también de intimar con las tropas que fueron las de Piar. Al tiempo en que éste llega a Angostura visita Bolívar las Misiones, reimpone al padre

Blanco, y con su actividad portentosa —pues el episodio de Casacoima es norma y no excepción—, convence a soldados y oficiales que sólo él llevará a buen fin la operación de Guayana y la guerra misma. Tal vez por las arbitrariedades de que se ha acusado a Piar, mejor aún por la misma fuerza creadora del genio, los resultados no se hacen esperar. A principios de julio (Lecuna da como fecha la del 24), todo el gran ejército formado en batalla y cerca del poblado de San Miguel en la margen derecha del Orinoco, reconoce y proclama a Bolívar como jefe supremo.

Estamos en presencia de uno de los hechos fundamentales de nuestra historia. El apoyo que el ejército otorga a Bolívar es definitivo: Piar queda aislado, derrotado ya sin haber combatido, y a Mariño no le quedará más que someterse. Pero el significado de la proclamación es mucho más hondo. Frente a una posible secuencia jurídica surge un ejército deliberante. Los investidos del pueblo en las únicas elecciones libres quedan barridos por la voluntad del ejército. Se nos dirá que esa decisión era inevitable e improrrogable, que toda otra habría traído consigo derrotas y a la vez la eliminación de Congreso y de ejército, como le ocurrió trágicamente a Morelos después del Congreso de Zitácuaro. Esto desde luego es cierto; pero hay que señalar que la democracia dentro de la guerra revolucionaria principia a ser objeto de determinaciones castrenses, las cuales se transforman en fundamento de un nuevo derecho. La proclamación de San Miguel pone fin a la continuidad ideal de la Primera República; establece en cambio los fundamentos de la Tercera, y constituye un precedente que se repetirá constantemente en nuestra América, incluso cuando la presencia de fuerzas coloniales o extranjeras no lo justifique.

Fueron éstas las medidas de hecho que adoptó Bolívar. Quedaban pendientes las grandes incógnitas implícitas en las rebeldías de Madariaga y de Piar, a saber, el lugar que correspondía a la democracia representativa dentro de la lucha, y el futuro de las castas, supuestamente postergadas por Bolívar. Como lo haría tantas veces en el curso de su carrera, el hombre genial aportó soluciones que dejaron muy atrás cuanto habían ofrecido los disidentes.

Por definición jurídica y por inferioridades de hecho, existían las castas en la colonia. En manos de Bolívar la revolución elimina la una y supera las otras. Venezuela no reconoce entre sus ciudadanos otras diferencias que las que provienen del mérito, pues nuestra independencia, a imagen de la francesa revolución, abre la carrera a todos los talentos. Bolívar recordaría, en uno de sus escritos contra Piar, que incluso habían desaparecido hasta los esclavos para que nada empañara la total igualdad de los venezolanos. Esta igualdad

jurídica había que sustentarla. Y Bolívar promulga un decreto (10-X-1817), que ordena la repartición de los bienes de los españoles y de los americanos emigrados entre los soldados de la independencia. Fijaba el decreto un patrón acorde con los rangos militares, pero como la carrera de las armas no tenía cortapisa alguna, muchos de los hombres llamados mal nacidos o de color se contarían entre los nuevos ricos. Era ésta la verdadera independencia, la satisfacción del anhelo que había movido a Boves y a sus llaneros, la que permitiría la transformación de las clases poseedoras al término de la independencia. Si por desgracia el principio bolivariano se pervirtió ante la constante presión de intereses espurios, esto en nada disminuye su mérito. A la muerte del Libertador reconoceremos, con tristeza, que la estructura jurídica y la presencia de compradores de expectativas jugaron en contra de la repartición. Pero eso se esconde en el futuro. Por el momento Bolívar se ocupa en dar forma a su democracia. Reunir de inmediato el Congreso convocado desde Margarita es imposible; en cambio, instituye un Consejo de Estado (30-X-1817), con funciones cuasi legislativas, crea tribunales de primera y última instancia y establece en la capital de Angostura, apenas liberada, un régimen municipal que también restringe, otro poco, la prepotencia de las armas.

Apoyado por la opinión, respaldado por el ejército, Bolívar se consagra a eliminar a los tres cabecillas. El zarpazo contra Piar es inmediato: por medio de Bermúdez, quien comanda en Angostura, intima a Piar que se le presente. Éste ignora la invitación, y abandonando mujer, amigos y bagajes, como de huida, cruza el Orinoco buscando el norte; confía en su estrella y en la ayuda de Mariño, pero calcula mal su momento y desconoce el ánimo de la patria. La aureola del triunfo rodea ya al Libertador: como se da cuenta Morillo, es él quien encarna la revolución, y toda Venezuela lo reconoce. Fiado en el tiempo, Piar habría podido acogerse a la magnanimidad de Bolívar y volver a ser útil a Venezuela; pero al elegir el camino de la deserción y de la franca rebeldía se cerró para siempre las puertas de la gloria.

No parece desertor el que arriba a Maturín. Es todavía un espléndido jinete; cree en su gloria y confía en su pasado prestigio: la independencia sin Piar es imposible, y alrededor de su nombre ve pulular nuevos ejércitos. Llega Mariño y con él hace Piar sus paces. Nada se opone a que ambos resuciten aquella república de Oriente, que ahora será independiente de Caracas y de Guayana a la vez. El destino conspira para que Piar se empantane en su descabellada empresa. No ve llegar, con su volar incierto, a los primeros búhos. Desprecia el hecho de que Mariño le llega herido

y derrotado, pues Morillo y Canterac han barrido con los suyos; tampoco atribuye importancia a las rotas de Yaguaparo y Güiría que acaban con cuanto hubiera podido ofrecerle Mariño. El hombre sigue gesticulando cuando todo cae a su alrededor; en menos de un mes se encuentra sin fuerzas, sin posición y sin amigos.

Desde Guayana sigue Bolívar paso a paso cuanto se refiere a Piar. Conoce a fondo a sus adversarios. Sabe que Mariño es débil y mal militar, y sabe también que acabará por humillarse; su disidencia ofrece molestias pero no peligros. Sabe también que la apostura de Madariaga es flor de cantueso y que su supuesto Congreso no vale ya un comino. El desprecio del Libertador bastará para reducir al canónigo al anonimato y después a la miseria. Pero Piar es de metal heroico y dejarlo libre cuando se le cuenta como adversario sería pecar contra la república. Bolívar sí oye el graznido de las cornejas, y apenas se entera de las derrotas patriotas en Oriente, envía a Cedeño. Actúa éste con particular acierto: todos abandonan al fracasado caudillo y Cedeño puede sin derramamiento de sangre ponerlo preso (27-IX). Al héroe de San Félix se le remite preso a Angostura, caballero en una mula y rodeado de un piquete de soldados: ¡Guay de los vencidos!

Piar preso, Bolívar triunfante... terminado el trastrueque de fortunas, ¿había necesidad de llevar las cosas más adelante? ¿Era propio, era patriótico enjuiciar e incluso ajusticiar a quien apenas ayer era principal columna de la república? Claro que aquí también asoman los acusadores del Libertador: fue éste un crimen político para deshacerse de un peligroso rival; una severidad llevada a su extremo para advertir a los otros caudillos que desmanes semejantes no serían tolerados. Y de un modo u otro, queda otra vez menguada la estatura moral del Libertador.

Hasta el momento de su deserción, Bolívar tuvo hacia Piar consideraciones extremas. Mejor que nadie sabía lo que implicaban las divisiones entre patriotas, y sacrificaba cuanto podía para evitarlas. Sus cartas al curazaleño están redactadas en términos de consideración y afecto, dándole siempre airosas salidas a las que eran actitudes arrogantes. Con el desertor, en cambio, no contemporizó. Cuando se entera que ha escapado de Angostura como un vulgar malhechor, monta en una de sus terribles cóleras. A principios de agosto dicta un tremendo manifiesto que su emoción convierte en lava. Ninguno de los hechos, ninguna de las batallas de Piar le merecen consideración, y con imágenes de singular belleza desenvuelve a través de varias páginas un desaforado ataque que hace trizas con Piar y con cuanto representara en el movimiento independiente. Terrible documento, en efecto, pero que en vez de servir para acusar

a Bolívar nos da pie para percatarnos de su grandeza. Atestiguamos en efecto uno de los primeros movimientos del alma de Bolívar, de esos que decía Don Quijote que "no son en manos de los hombres"; pero es un movimiento que no trasciende. No es éste en efecto un manifiesto, sino tan sólo un proyecto que no llegó a circular. De haberse publicado, no habría escapado a la atención de O'Leary, ni a la de Yáñez; en cuanto a José Domingo Díaz, ¡cómo le habría servido para denigrar a los nuestros! Como tantos hombres públicos, ante la irritación del momento, Bolívar se descargó de cuanto le sobrecogía el alma al saber la deserción de Piar; pero como no en balde era estadista, evitó las secuencias de sus primeras reacciones. Respecto a Piar, Venezuela esperaba magnanimidad, y el Libertador respondió a sus expectativas.

Enjuiciar a Piar era indispensable: toda otra medida iniciaba un ciclo de resoluciones tiránicas profundamente inconvenientes. Pero había que enjuiciarlo dándole garantías, desde luego, y además la oportunidad de salir airoso. Es por ello que para fundar las acusaciones de conspiración, deserción y lesa patria, Bolívar transmite al tribunal militar nada más los documentos indispensables. Además, y como lo confiesa a Bermúdez por carta de 4 de octubre de 1817, toma todas las precauciones para que el tribunal esté inclinado a favor del reo: son amigos y compañeros de Piar los que lo integran. Soublette, a quien nombra fiscal, es primo segundo del acusado, pues era Piar el apellido de su abuela paterna; para presidir el tribunal escoge Bolívar a "su paisano y su más íntimo amigo", al almirante Brion quien por su reciente flirteo con los de Cariaco estaba doblemente inclinado a la misericordia. En cuanto a vocales, Bolívar vá más allá de una ausencia de resentimiento: nombra a Anzoátegui y a Pedro León Torres, ambos elevados al generalato en el mismo campo de San Félix; al cartagenero Ucrós, que había hecho con Piar la campaña de Guayana; a Carreño, a Piñango y a Conde, todos patriotas y militares viejos, conocedores de la marejada de emociones que acompañaron a la independencia, y que no eran hombres para mostrarse intransigentes ante flaquezas que surgían, a veces, hasta en los pechos más valientes.

Llega Piar a Angostura el 2 de octubre; al día siguiente el Libertador nombra a Soublette, y a Galindo como defensor; actuará como secretario Ignacio Pulido. Con diligencia se evacua el proceso. Ya confirmados los cargos y careados los testigos, es el 14 cuando Bolívar nombra la corte marcial. Ésta examina el proceso el 15, escucha las conclusiones del fiscal y del defensor, y por unanimidad condena a Piar a la pena de muerte. Ese mismo día confirma Bolívar la sentencia sin degradación. Al día siguiente se ejecuta. Y el corazón

se nos encoge al saber que aplicando la ordenanza española, en parte todavía vigente, se obligó al héroe a ponerse de rodillas para escuchar la sentencia, antes de ser fusilado. ¡Cómo quisiéramos que Bolívar se hubiese preocupado de ordenar al solícito Pulido que no aplicara esta disposición, tan contraria a la dignidad de quien, por momentos, había tan bien servido a la patria! A veces las pequeñas cosas nos parecen muy grandes, como cuando en ocasión semejante tampoco O'Higgins evitó que al padre de los Carrera —siempre aplicando la malhadada ordenanza— se le cobraran las costas del juicio que condenó a sus hijos al paredón.

Queda para el historiador la convicción de la culpabilidad de Piar. Todos los que intervinieron en el juicio, incluso el Libertador cuando confirmó la sentencia, tuvieron conciencia de algo que trascendía los testimonios y documentos, y que podemos llamar el alma de la Venezuela independiente. El hombre había ofendido el tabú de la tribu, había tocado el arca de la alianza y era reo de muerte. Eran sus faltas demasiado grandes para reducirse a los simples capítulos de la acusación. Piar trascendía éstos y su figura trágica se nos revela como la expiación de la grandeza, la que trae consigo a la muerte cuando no llega a cuajar. Lo eminente de sus pasados servicios lo condenaba; sus pasiones habían crecido hasta convertirse en geniales, y desde allí había pecado contra las instituciones que poco a poco se daba la república. Tenía pues que morir.

Existen en su vida todos los elementos que configuran al héroe trágico de Aristóteles. Fortaleza física, capacidad mental, todo lo tiene este joven que corre desesperado a anunciar al Oriente que la libertad ha llegado. ¡Si sólo aquel portantorcha, todo cualidades, hubiera subsistido siempre! El adulto se debate en la interna agonía que no puede evitar aquel que careció de padre, que dudará siempre de la virtud de la madre, y que atribuirá a estos deleznables accidentes la oposición que hacen los hombres a todo aquel que vale o puede más que ellos. Y vienen entonces los redoblados retos, contra el español, contra el compañero, contra el destino mismo, para demostrarse que vale más que todos los que contaron con aquello de cuya falta se queja. Por mucho tiempo sus retos son válidos: antes que los otros caudillos insurgentes llega a coronar con la libertad las riberas majestuosas del Orinoco, y las selvas antaño vírgenes le retornan su grito de victoria. ¡Ah, pero sólo para perderlo! Ya en esas alturas no acepta que nadie pueda tocar la que imagina su grandeza: ¡Yo valgo más que Ribas, más que Mariño, más que Bolívar, más que nadie! Luego es mío el primer puesto: yo seré quien salve a la patria. Y al honor de servir prefiere el insolente

reto del que pronto desciende a la conspiración vulgar en la que externa todas sus dudas e inseguridades, poniendo en peligro la base de igualdad en que por definición se asentaba la república. ¿Hemos de asombrarnos que nadie lo siguiera en su insensata aventura? Y cuando todos lo abandonan, rechaza orgulloso toda componenda, y prefiere caer como los grandes árboles, entero y enhiesto. Es en medio de esa caída sin fin como llega a la capital de Angostura, donde no faltaron hombres bajos que insultaron su excelsa figura y que se solazaron al saber que uno de los grandes no había resistido el vértigo de las alturas. En vano bracea entre los cepos que le tienden sus acusadores, pues se sabe culpable de crímenes de lesa patria, de pecados que no pueden pronunciarse, y sabe también que ha ido demasiado lejos para poder ser perdonado. Llega solo a la soledad final de la descarga, la que le hacen sus soldados, sus hijos de ayer que condujera, como Ney, a la victoria y a la gloria. Descansa ahora en paz, guerrero infeliz, descansa: tu tragedia contribuyó a hacer nuestra independencia más rica y más hermosa.

El Manifiesto de Bolívar, expedido al siguiente día del fusilamiento de Piar, no se cuenta entre sus mejores escritos. Breve y conciso, pone sin embargo, demasiado énfasis en la intervención de las fuerzas celestes, cosa innecesaria y en la que además el Libertador pocas veces incurre; pero es un documento que confirma su magnanimidad y que al corregir los muchos excesos del proyecto de manifiesto al que nos referimos, confirma que este último no pasó de ser un apunte. El Libertador reconoce los importantes servicios que prestó el general Piar a la república, y deja que el velo del silencio cubra todas sus faltas; con objetividad delinea sus fallas, y en el más elocuente párrafo, expone y defiende la política de igualdad y de libertad que lleva a cabo como caudillo de la independencia.

El trágico episodio se ha cerrado. Al tiempo que caen sobre la tumba de Piar las últimas paletadas de la tierra guayanesa que había contribuido a liberar, se ocupa Bolívar de la siguiente etapa. Ha consolidado su gobierno: en Venezuela "no manda el que quiere, sino el que puede", y él ha demostrado tener el genio para llevar adelante la magna empresa. Cuenta la república con un extenso territorio que toma la espalda al enemigo desde el Caribe hasta Santa Fe, pasando por el Orinoco, el Meta y el Arauca. A partir del entrante año fluvial se iniciará la terrible guerra de desgaste; el diagnóstico del Libertador es esparciata: "mantener el territorio y prolongar la campaña, pues, el que más logre esta ventaja será el vencedor". Golpes terribles serán dados, pero no menores serán los recibidos. Para resistirlos, necesitará de toda su fortaleza.

Lo que la historia de Venezuela intitula la campaña del año 18 se inicia en realidad en el otoño de 1817. Conscientes del latir del reloj de agua, los dos adversarios esperan apenas que entre en cauce el Orinoco para reanudar la lucha. Los descalabros españoles han sido marginales y la posición de Morillo sigue siendo formidable. Con gruesas divisiones protege el territorio real y se apresta a la ofensiva: no da por perdida la Guayana, y su frente central se extiende por Calabozo hasta San Fernando de Apure, desde donde cuenta enviar, una vez domado Páez, otra fuerte columna, para acabar así con los sueños de gloria de Bolívar. Por la derecha sus fuerzas se dan la mano con las que amparan la Nueva Granada, en tanto por el Oriente un cuerpo de ejército al mando de Latorre se encarga de vigilar la línea del Guárico. Torales son sus ventajas: líneas internas de comunicación, buena disciplina, armamento renovado, excelente infantería, unidad de mando y aceptación general de la bondad de la causa que defiende.

Conoce Bolívar todas y cada una de estas ventajas, y sabe igualmente que con frecuencia es antítesis de la española la situación independiente. Claro está que sus críticos nos enrostran que se ufanaba de prontas y fáciles victorias, tomando por estrategia las que no eran, sino proclamas y comunicaciones para infundir ánimo a los suyos. Mejor que nadie conoce Bolívar la calidad del enemigo y sus propias debilidades; a López Méndez, para que norme su conducta ante la opinión y las autoridades inglesas, no tendrá empacho en anunciarle que la república se prepara para resistir una "guerra obstinada cuya duración nadie puede determinar ni aun prever". (Angostura, 20-XI-17.) Era en verdad la guerra de desgaste que el Libertador había aceptado como ineludible etapa, y al planearla se muestra sobre todo avaro de la sangre americana; su cantinela durante aquellos días es prudencia y más prudencia, y a Zaraza (como a Páez) le martillea la necesidad de soslayar todo encuentro con los españoles, de evitarlos "aun cuando el enemigo sea más débil y aunque todas las ventajas estén de parte de usted".

Ni Bolívar se inclina por la defensiva, ni era ésta aconsejable entonces. Tras meditar con cuidado cómo conservar la iniciativa, decide actuar por su derecha por el frente del Guárico: allí ha situado la división de Zaraza, y la moldea para el ataque agregándole la infantería de Pedro León Torres; se apresta para mandarla, conduciendo en persona nuevas tropas desde Angostura. Su estrategia nos parece paradigmática: rebasar al enemigo por su flanco izquierdo, allí donde cuentan los republicanos con buenas líneas de retirada, con abastecimientos fáciles (relativamente hablando)

y con la reserva de Oriente; aspira a rechazar a Latorre sobre Calabozo, donde chocará con un Páez que surgirá del Apure y completará el movimiento de pinzas. Sea esta ocasión para reiterar la falacia de los que hablan con desprecio de la estrategia bolivariana, sobre todo la de estos años, como si fuera la de un militar primerizo que no pensaba, sino en repetir la "ocasional hazaña" de la Campaña Admirable para posesionarse nuevamente de Caracas. Excusemos a Baralt y a Restrepo que no tuvieron a la vista los documentos que publicó O'Leary, pero tachemos de falsarios a los que escribieron después de 1886, fecha en la que se terminó de publicar la documentación olearíana. Órdenes, proyectos, movimientos y combates señalan el aniquilamiento del ejército español como la preocupación primordial de Bolívar. Apoderarse de la capital de Venezuela, sin antes haber destruido al ejército español, era asegurar el fracaso final de la expedición. Tenía como ejemplo inmediato e inmejorable el de las campañas napoleónicas, todas concebidas para demoler las fuerzas armadas contrarias primero, y ocupar la capital inmediatamente después, redondeando el triunfo militar con el político. Nunca se apartó Bolívar de estas normas estratégicas; incluso, si examinamos con detenimiento su Campaña Admirable, veremos que la ocupación de Caracas ocurrió únicamente cuando las fuerzas de Monteverde, y su poderío político además, se habían desintegrado.

Hacia el Guárico marcha Bolívar, y Zaraza recibe órdenes de retroceder, soslayando toda acción con los españoles. Morillo, que conoce bien su oficio de general, adivina por dónde le viene el golpe, y desde Calabozo remonta hacia el noreste, con suficientes refuerzos para sostener a Latorre. El paralelo de los dos generales es revelador de sus intuiciones y del recíproco conocimiento de su táctica. En su cuartel general de Calabozo desde el 20 de noviembre, Morillo sale en ayuda de Latorre a fin de mes. Y Bolívar, quien parte de Angostura el 23, se halla desde el 25 en San Diego Cabrutica, aguardando su fusión con la división Zaraza.

Entretanto, Zaraza ¿qué hace? Sigue tranquilo en sus posiciones de Chaguaramas como si nada supiese de Bolívar ni hubiese un solo español en cien leguas a la redonda. No quiere saber nada de un Latorre ansioso de borrar con sangre independiente su fracaso en Guayana. ¡Ah, pero después se echará en cara al Libertador haber utilizado a esos llaneros como generales! ¿Y acaso había otros que tuvieran madera de jefes? ¿O es que las grandes masas rurales, que entonces luchaban por la república, reconocían, por cierto, otros jefes que los que ellos mismos eligieran?

Tiempo después se excusó Zaraza por haberse dejado sorprender, culpando al edecán de Bolívar, quien equivocó el nombre del poblado a donde se le citaba. Tal explicación cae por tierra cuando encontramos las órdenes escritas que, completando los mensajes de su edecán, le transmitiera Bolívar. La razón de la sorpresa fue que Zaraza seguía pensando en guerrillero, y que creía todavía posible dejar acercarse al adversario para improvisar entonces la réplica adecuada. Tales medidas eran de imposible ejecución para un ejército, pues la infantería quedaba peligrosamente expuesta. Sobre ella en efecto cayó Latorre, quien sin esperar a Morillo avanzó hasta cruzar la línea del Guárico. El 2 de diciembre inflige a Zaraza la desastrosa rota de La Hogaza: toda la infantería preparada por Bolívar durante los meses de lluvias —Morillo afirmó que era la misma que Bolívar lanzara desde Ocumare bajo el mando de MacGregor—, todos los pertrechos obtenidos a precio de sangre, todo el plan estratégico cayeron por tierra. La empresa yacía hecha pedazos. Después de La Hogaza no le quedaba al Libertador más que entonar un De Profundis por su campaña, y tal vez, por su Tercera República también.

Era multifacético el genio de Bolívar, pero nunca brillaba a mayor altura que cuando la suerte le era del todo adversa; demostraba entonces calidades y cualidades sobrehumanas, y con frecuencia lograba reparar con creces lo perdido. Si otros, incluso los grandes, se habrían contentado con una defensiva que les permitiera justificarse ante la historia, no así Bolívar. Enterado del desastre y suputada su magnitud —aun cuando también y con fines de convencimiento, procure menguarla— se traslada de inmediato a Angostura. Encuentra allí un desquiciamiento general: los prohombres de nuestra independencia sienten que se hunden y aprestan su huida: otra vez el Caribe, otra vez la carencia de territorio propio... Pero llega Bolívar y como por ensalmo las cosas cambian. Un decreto que proclama el estado de urgencia y que establece la ley marcial infunde confianza. Este diablo de hombre transforma ciudad y provincia en una gran maestranza y como de la nada recrea nuevas fuerzas. Un primer buque de los contratados en Inglaterra llega con pólvora y municiones, y en menos de un mes tiene Bolívar en pie otro cuerpo de ejército. Para ponerlo en pie de guerra Bolívar deja inerme a la Guayana, y Bermúdez, al hacerse cargo de su defensa, recibe una desagradable sorpresa: no halla ni marinos ni soldados, ni municiones ni armas; todo, todo se lo han llevado el Libertador y ese nuevo ejército que por la fuerza de su genio hace marchar hacia el oeste.

Tomar de nuevo la línea del Guárico y hacer su defensa lejos de la Guayana era posible, pero esa estrategia no es la bolivariana. Intuye que sólo la audacia puede ocultar su inferioridad, y busca otra vez la ofensiva. El año nuevo encuentra a Bolívar y a su ejército en marcha. Remontan el Orinoco y van hacia el Apure. A toda costa hay que evitar que Morillo, con sus fuerzas unidas, se imponga a Páez; será ahora la rapidez la que le permitirá echar por tierra la maniobra del general español. El objetivo estratégico fundamental es, repitámoslo, confrontar a Morillo con una masa superior de hombres y elementos. "Si usted —le dice a Páez— en todo caso busca la reunión conmigo hacia esta parte (la de Arauca), desentendiéndose de la provincia de Caracas que es insignificante, y si me trae estos dos objetos (una parte de su caballería y caballos para remonta), no debe dudar de que triunfaremos." (Angostura, 19-XII-17.)

Viejas crónicas reseñan algunas expediciones que siguieron la corriente del padre de todos los ríos; Latorre mismo lo había hecho en 1817. Pero remontarla era otra cosa; eso, sólo Bolívar lo ha hecho. ¿Y con quiénes cuenta para realizar esta gran aventura? Casi no merece llamarse ejército el conjunto que impulsa su voluntad genial; briznas de los escapados de La Hogaza, brigadas desmontadas del Guárico y del Oriente, y una masa compuesta de la leva de guayaneses que no quieren guerrear; para ellos la libertad no implica sacrificios, ni entienden tampoco lo que es la patria. Por ello Bolívar los hace marchar apretujados contra las aguas del gran río para impedir que deserten. Historiadores hay que hablan con desprecio de esta infantería colecticia y que hacen ver cuán imprudente fue Bolívar al presentar con ella, batalla a los tercios españoles. Las guerras se hacen con lo que cada nación tiene, y éstos eran los hombres de Venezuela. Son el fierro que lenta, pero seguramente forja en acero el fuego del Libertador. No le era posible retirarse a santuarios privilegiados para formar con tiempo su infantería. No cabía sino someter las colecticias al trance de la campaña y de las batallas para ir formando ese núcleo a cuyo alrededor, y para 1819, tendrá ya un ejército nacional y una infantería de maravilla.

Estos cuerpos, que son los de Bolívar y todavía no los de Venezuela, marchan siguiendo la orilla derecha, apoyándose en una flotilla con la que cruzan y entrecruzan las márgenes del Orinoco para avanzar mejor. Trasponen primero las bocas del Pao, para marchar después en dirección del río Caura... y el viento los abandona frente a la Boca del Infierno por lo que atracan, cuando otra vez los impele, en la isla de Sacubón, y después en la de Tacura-

gua... pero hay que marchar, que lo recorrido no basta, y el Libertador apremia... y suben por el río Cuchivero, para navegar después por el Caicara y tomar respiro, apenas, en el pueblo de Cabruta a la orilla izquierda... con el naciente sol reinician la marcha: primero el campo del Tigre, después el puerto de la Arenosa, y hacen alto para racionarse en el caño de Guaratura... son ya veinte los días de marcha, de marcha sin descanso, y reclutas e incluso veteranos comienzan a desfallecer... no se los permite la voluntad impertérrita que los impulsa, y siguen adelante: adelante, hasta pasar la noche en el hato de La Concepción (que hasta allí llevaron los españoles sus mitos), y marchar siete leguas más hasta el caño de Maniapure, y otras ocho para alcanzar el de Calpurobo... son seiscientos kilómetros los recorridos desde Angostura, pero el Libertador los acosa como el primer día... bajo su mirar duro principian a navegar por el Aragua, y hacen alto en el potrero de Araguaquén, y siguen, siguen con dirección a Caujaral, que es el punto de reunión... ya la geografía se hace amable, y el Alto Orinoco los recibe en el morichal de la Aguadita, y tres leguas más lejos topan con las aguas del río Claro... el ejército —porque éste ya es un ejército— ha remontado otros doscientos kilómetros... su maniobrera carrera toca a su fin: es en el hato de Cañafístolo donde efectúa su fusión con Páez y sus llaneros... unidos ya, bajo la mirada ahora fosforescente de Bolívar, pasan el Arauca, empezando por la infantería, y se encaminan hacia el norte... trasponen los cálidos arenales de San Juan de Payara, y con las cañoneras que capturan Páez y su caballería de agua, atraviesan también el Araure: por el paso del Diamante, que aquí también la hidrografía rinde pleitesía a los nuevos argonautas...

Una de las más extraordinarias operaciones militares de la guerra de independencia se ha completado. En poco más de un mes Bolívar ha reconstruido todo un cuerpo de ejército, y casi sin pérdidas lo ha transportado 800 kilómetros para unirse con el del Apure y dar frente a Morillo siéndole superior en hombres y elementos. Tras el desastre de La Hogaza llevar a cabo esta operación merece los más altos elogios; incluso los historiadores españoles de entonces se los prodigan. En verdad que en ningún otro momento mereció más Bolívar la victoria.

La vida y la historia, sin embargo, no se apoyan en merecimientos sino en cuestiones objetivas que desde nuestra escasa perspectiva nos parecen amorales. Y el triunfo no llegó. Bolívar se había colocado en aptitud de golpear fuerte a un Morillo desprevenido —por una vez— e incapaz de concentrar todas sus fuerzas. Casi a la carrera los soldados libertadores sorprendieron y encerraron en San Fer-

nando de Apure a la guarnición real. Sin detenerse, redondeando la maniobra bolivariana, como un relámpago cruzaron otros cien kilómetros hacia el norte, y esta vez es Morillo el que cae entre sus mallas. El éxito frente a Calabozo es total. Incrédulo hasta el fin, convencido de que después de La Hogaza Bolívar no tendrá alientos para ninguna ofensiva, Morillo estuvo a punto de ser muerto en una escaramuza. Varios de sus regimientos y escuadrones fueron atrapados y anonadados. Al español no le quedó más remedio que encerrarse en Calabozo. Las fuerzas sitiadoras eran mayores y él estaba privado de todo auxilio. La maniobra bolivariana se había completado. La libertad de Venezuela era, ahora sí, para mañana.

Que esta victoria no haya madurado señala resquebrajaduras profundas entre los independientes, causa a su vez de errores tácticos que permitieron a Morillo escapar y retardaron tres años la emancipación de Venezuela. El ejército libertador estaba muy lejos de ser un cuerpo nacional. Infantes y llaneros se preciaban de su provincialismo; rehusaban incluso combatir más allá de su pegujalito, y obraban dentro de planos parroquiales contrarios a los inmensos anhelos del Libertador. Entre los llaneros, por ejemplo, surgieron constantes roces: los del Apure aparentaban despreciar a los del Alto Llano y del Oriente, procurando así relegar al olvido las gloriosas cargas de los *Rompelíneas* que en Maturín dieran éstos contra aquéllos. Muchos de los que militaban con Páez eran antiguos bovistas, y veían con desconfianza a ese mantuanito en cuya corta lanza ondeaba el negro pendón, entrecruzado por canillas y calavera, que fuera del *Taita*. En verdad que durante esos días hubo Bolívar de superar quizá la mayor prueba a la que fue sometido en su larga y tormentosa vida: la de demostrar su calidad de jefe llanero frente a sus antiguos enemigos, los del Apure.

Como en 1818 podemos relegar al Bolívar Pantocrator, repensemos ese campamento de San Juan de Payara, cuartel general libertador donde por unos cuantos días convivieron Bolívar y Páez. La pequeña población, irregular y mal construida, cálida en extremo por la reverberación de los arenales que la rodean, presenciaba una aglomeración que más tenía de aduar que de campamento castrense. Inmensas caballadas —pues los llaneros gustaban siempre de contar con varios potros— e innúmeros rebaños de ganado mayor, de entre los que sin cesar se entresacaban toros para desjarretarlos y descuartizarlos —el ejército es totalmente carnívoro— se confunden con esa otra multitud, de las hembras y críos, que como mejor podían seguían los desplazamientos del amo. Ése fue el cuadro que halló Bolívar al reunir con el de Apure su ejército guayanés; otros antes que él, y de los mejores por cierto, habían quedado repelidos

por esa vida salvaje y cruel, y con el mote de "generales de pluma" se habían refugiado en los estatutos clásicos de la guerra, condenando como bárbaras a esas masas que más les parecían de tártaros que de americanos.

Páez, ya ungido como señor del Bajo Llano, había reconocido la jefatura del Libertador desde 1817. Mas era el suyo un reconocimiento lejano y formal que en nada menguaba su autonomía feudal. Y ahora que le llegaba hasta San Juan de Payara, ni él ni sus llaneros tenían la menor intención de doblegarse ante una autoridad ajena y extraña. Para deshacerse de ella se proponen calar al mantuanito: pronto le harán ver cuánto se equivocó al adentrarse en el Apure. Ante hombres bragados, todo cabizbajo y en un santiamén se alejará Bolívar con la corriente del río, igual que lo hicieron esos auxiliares suyos (Santander, depuesto en Casanare, Urdaneta e incluso José María Córdoba, a pesar de su maestría como jinete) que hoy se atreven a regresar acogidos a su sombra.

La autoridad en el ejército del Apure era la del más fuerte. Páez se encargaba de someter con sus propios brazos al indisciplinado. Pero Bolívar, el del físico endeble, ¿qué podía hacer para obtener el respeto de aquellos hombres? Buen cuidado tuvo Páez, bajo el pretexto de festejos, de someter al Libertador a toda una serie de pruebas destinadas a ponerlo en evidencia frente al ejército. Que Bolívar sorteara los ardides del taimado llanero y obtuviera el respeto y la obediencia de los apureños, constituye uno de los hitos fundamentales de su carrera.

Páez mismo, en el retrato que incluye en su *Autobiografía* (que en tantas cosas es mendaz), nos señala por qué se impuso el Libertador. A regañadientes, por sobre su escasa robustez, reconoce Páez que era Bolívar diestro en el manejo del caballo; sin dificultad, pues, imaginamos cómo participó en esas domas colectivas en las que cada llanero tomaba su potro al mismo tiempo, hasta demostrar cada cual si él o el noble bruto era el amo. Y seguramente desde que supo la venida de Bolívar, reservó el malicioso Páez algún garañón particularmente rebelde para ridiculizar a su agrado al generalito de pluma. Pero Bolívar domó sus potros, y acompañó a los llaneros en esas locas galopadas en que sin perros —en proeza de que se ufanaban los Valois— alanceaban al ciervo del llano. Rememora Páez el mirar de águila del Libertador; lo que no reseña es que éste se extendía hasta distinguir, más allá que ningún otro, cuanto ocurría en el llano, y en tener, como Agamemnón respecto a la jabalina, una excelencia indisputada en el tiro de pistola. Si agregamos, en cualidad que Páez no tuvo ni tampoco menciona, que era Bolívar un nadador fuerte y arriesgado, entenderemos por

qué aquel hombrecillo flaco, que vestía con la misma miseria que el resto de los llaneros y que tampoco usaba distinción alguna, pudo triunfar donde otros fracasaron.

Del ejercicio de la voluntad de Bolívar para exceder cuanto hacían sus nuevos soldados nos llegan rumores de radiosas mañanas; como aquella en la que se empeñó en repetir la hazaña de su edecán Ibarra, y brincar por sobre las ancas del caballo para caer sentado sobre la silla: y lo logró no obstante los porrazos que por dos veces seguidas sufrió en sus fallidos intentos. Se reseña también aquella otra ocasión en que desafió a Martell —considerado como el mejor nadador del ejército— y le obligó además a liarle las manos para darle suficiente ventaja. Lo que muchos estiman teatral en Bolívar era, como lo anota Peru de Lacroix, la manifestación indispensable y constante de su superioridad: sólo así lo respetaban sus llaneros. El desplante de brincar sobre la roca que se hallaba al borde del Salto del Tequendama, de trepar por el Chimborazo hasta llegar más alto que ningún otro, no eran los actos de un romántico ni tampoco demostración —como lo quisieran algunos zoilos— de vesania. Era la reiteración perseverante de su primacía, la afirmación irreemplazable para conservar la devoción de aquellas tropas revolucionarias que veían más allá de honores y de grados.

Si Bolívar, y desde San Juan de Payara, ha sido entronizado, de manera alguna significa esto que acepten los llaneros su especie de guerra, o que cambien su idiosincrasia; siguen guerreando como las fieras de Dios, despreocupándose de la infantería tal y como los reyes nómadas despreciaran a los agricultores, y rehusándose a combatir más allá del Bajo Llano. El mapa tectónico de Venezuela nos revela los límites de la actividad llanera ese año de 1818: se encabritaban los jinetes cuando se trataba de guerrear a alturas superiores a cien metros sobre el mar. Esas tierras altas eran tan ajenas como los poblados de Nubia para aquellos hombres semidesnudos y para caballos domados sí, pero nunca herrados. Páez, por supuesto, es quien personifica esta oposición cerrada a la estrategia del Libertador. Inigualable en los encuentros de guerrilla, era en la batalla un jefe peligroso: frente a grandes masas de hombres combatía en trance, y tras esfuerzos que Chirón no desdeñara, caía por tierra presa de ataques epilépticos. Semejante a los elefantes de Aníbal, Páez se lanzaba sobre el enemigo haciendo prodigios de valor; pero incapaz de contenerse, o de pensar siquiera lo que más convenía a los suyos, se empeñaba en locas cargas que, como las de Ney en Waterloo, con frecuencia fueron fatales para los insurgentes. Hay incluso ejemplos (como en Cojedes) de cómo se empeñó en alcan-

zar objetivos secundarios, dando tiempo a que el enemigo le ganara la batalla.

En muchos sentidos —quizá en todos— es Páez la antítesis de Bolívar. Afecto a las familiaridades del campamento, el joven hércules se complace en juegos de manos y en toda clase de pruebas que le permitan exhibir su superioridad física. No aspira al respeto sino al dominio sobre sus hombres. Taimado y astuto, decide sus actos de acuerdo a sus conveniencias inmediatas. En 1818 le preocupa redondear su imperio en el Apure, y desprecia la guerra en Venezuela; del mismo modo se preocupará después por consolidar su dominio sobre ésta, ignorando Grancolombia y la América Española. Signo distintivo de su carácter fue su capacidad de aprender de los demás cuanto podía servir a sus fines; el dominio que adquirió sobre la palabra escrita es el mejor ejemplo. Los jefes llaneros sabían apenas firmar su nombre, y preciándose de sus hechos, poco se preocuparon por dominar el idioma. Recordemos, con una sonrisa de simpatía, los sinsabores del pobre Cedeño que como gobernador de Guayana llegó hasta renunciar frente a las burlas implacables del vicepresidente Zea y de sus magistrados, que lo escarnecieron por no entender la jerga jurídica en que arropaba sus actos el nuevo estado. O bien, y como ejemplo igualmente patente, recordemos a Zaraza, a quien Bolívar hubo de amonestar por sus partes, siempre breves y escasos, y en los cuales era "imposible entender lo que usted ha querido decirme... sus conceptos y sus expresiones son todos oscuros y casi ininteligibles". No así Páez. Desde un principio, y en la misma forma como gobernaron su imperio los antiguos pastores otomanos, supo Páez servirse de los letrados. Desde 18, y hasta el rompimiento en 1830, envió a Bolívar un torrente de comunicaciones, muchas de ellas concebidas para eximirse del cumplimiento de sus compromisos, y apoyadas en ardides de leguleyo. Páez, como apunta O'Leary, era profundamente ambicioso, y aspiró siempre a un poderío que se extendía más allá de sus llanos inmediatos. Y a Bolívar lo servirá sólo en tanto éste le respete sus feudos: el Apure en 18, Venezuela en 26.

Volvamos ahora a Morillo, cercado en Calabozo. Para el 12 de febrero de 1818 el genio militar de Bolívar ha alcanzado el mayor éxito: tras una terrible derrota, por medio de una marcha sigilosa y de odisea, y agrupando fuerzas mayores y más móviles que las del contrario, ha encerrado en una población aislada en el llano a la principal división española, capitaneada además por su generalísimo. Apretar el cerco, impedir la penetración de refuerzos —cosa fácil para los escuadrones llaneros—, haría inevitable la rendición de una plaza no preparada para un sitio. Y la consecuente victoria

habría retumbado por América con la misma intensidad que en Europa lo hizo la de Bailén. A la euforia de la anticipación de lo que parecía seguro y completo triunfo debemos adscribir la proclama que a Morillo enviara Bolívar. Cosa rara, rarísima en él, ella fue altanera y de mal gusto.

Olvidaba Bolívar que sus anhelos no eran los del llano. A esos hombres no les interesaba el ejército español, sino los territorios y objetos que el español abandonaba. So pretexto de contar con buenos pastos y abundantes aguas, convencen a Bolívar que establezca su cuartel general en el Rastro, a unos diez kilómetros al norte de Calabozo; se le asegura además que los escuadrones apureños son como rugientes tigres alrededor de Calabozo, y Bolívar asiente en conceder a su exhausta infantería unas cuantas horas de bien ganado descanso. No era, por cierto, la táctica llanera la de estrechar el cerco: no veían ventaja en ultimar a un enemigo ya vencido. Para ellos era axioma el ofrecer puente de plata al que huía, y con Morillo establecen una tácita complicidad. Siempre fértil en recursos, no tardó Morillo en descubrir la ruta descuidada que permitía el escape, y por ella se lanzó sin perder un instante, amparado por la noche y llevándose hasta sus heridos. Ni la accidental voladura de unos cajones de pólvora, ni la lenta marcha por el desnudo llano fueron capaces de alertar a llaneros sordos a toda retirada. Sólo a la mañana siguiente, cuando Morillo llevaba varias horas de ventaja, dieron aviso a Bolívar; le aseguraron, además, ignorar por qué ruta habían huido, y violando todas las reglas tácticas insistieron en retroceder a Calabozo dizque para determinar desde allí la dirección que tomaran las tropas de Morillo. Y con un corazón que pesaba tanto como una rueda de molino, cabizbajo y cariacontecido, hubo Bolívar de acompañarlos, alejándose de un Morillo que se distanciaba, y con él la victoria. Otra vez una campaña cuidadosamente concebida y largamente preparada se frustraba. ¿Hemos de extrañar que los legionarios ingleses que entonces conocieron al Libertador nos hablen del aire de profunda tristeza que lo acompañaba?

Relata la tradición —que Páez se empeña en refutar— la violenta cólera de Bolívar ante la inobediencia de los apureños y el altercado que tuvo con el propio Páez. Pero por muy Libertador que fuera no le quedó sino agachar la cabeza: sin caballería no podía perseguir a Morillo, y el mal ya estaba hecho. Como dijera a Brion, "la acción del 12 de febrero nos entregó a Venezuela y al ejército español, mas nosotros no hemos sabido aprovechar la fortuna que de todos modos se nos ha presentado" (San Fernando, 15-V-18).

La culpa de Bolívar estribó en confiar la continuación de operaciones vitales a aliados que le eran virtualmente desconocidos y cuyos intereses bélicos no coincidían con su estrategia. La levadura neolítica de sus jinetes le obligó a contentarse con una victoria que no llegó a cuajar. Claro que una vez saqueado Calabozo sí supieron los llaneros por dónde escapara Morillo, y efectuaron una loca galopada, inútil demostración de lo que nunca debe hacerse con la caballería. Al día siguiente se continuó la persecución, pero el momento de rodear la infantería española a campo raso había pasado. Cuando finalmente chocaron los dos ejércitos, frente a la población del Sombrero, las cargas de la caballería se estrellaron ante los cuadros españoles bien pertrechados en posiciones defensivas. Y Morillo completó su retirada, y encontró en Caracas una situación anárquica, pues todos daban por perdida la causa real. ¿Qué mejor prueba de cuán cerca anduvo Bolívar de la victoria definitiva?

El rechazo del Sombrero confirma a Páez que la guerra no consiste en abatir al adversario; la suya estriba en encuentros parciales, en completar su dominio sobre el Bajo Llano. Piensa sólo en San Fernando, y ni ruegos ni razones le impiden separarse de Bolívar. Éste prefiere comisionarlo para conservar siquiera la fachada de la unión. La campaña de hecho ha terminado. Aconsejable era limitarse a esperar las lluvias, por lo demás ya próximas.

Nunca se contó la poquedad entre los defectos de Bolívar. Audaz, orgulloso y obstinado, se empeña en doblegar los hechos para hacer la gran guerra, y ésta —como años después afirmará el general Magin— era el ataque. Sin el auxilio de Páez y con una infantería ya menguada, decide avanzar contra Morillo, ocupando los valles de Aragua. Atestiguamos ahora una de sus campañas que le han sido mayormente criticadas. Lo cuerdo, lo prudente era quedarse en los llanos, completar su dominio sobre ellos y no meterse en los terrenos de Morillo con una infantería colecticia y una poca caballería mal acoplada; empeñarse en lo contrario, nos dicen los historiadores, desde Restrepo, era emprender operaciones imprudentes y aun temerarias que tenían por fuerza que terminar en desastre.

Los censores, sin embargo, se apoyan en apenas una parte de la verdad. Los movimientos de Bolívar no fueron los mejores dentro de lo posible, sino los únicos que le permitían las circunstancias. Abandonado por Páez, y habiendo remontado hasta el Sombrero, halla Bolívar —como lo temía— una pronunciada deserción: sus noveles tropas entendían retroceso como derrota, y abandonaban sus estandartes. Es esto lo que Bolívar transmite a Páez, y le dirige un rosario de comunicaciones —cuyo texto, que reproduce O'Leary, demuestra la mendacidad de la *Autobiografía*— pidiéndole ayuda.

Ni ellas, ni la presencia de Cedeño, enviado expresamente, logran alterar el egoísmo magnífico del apureño. No quedó a Bolívar otro remedio que empeñarse en un ataque para evitar la desaparición de un ejército que sin combatir, se disolvía como la sal en el agua. ¿Atacar qué?, se nos preguntará. No a Caracas —¡por el amor de Dios, no os pongáis más en evidencia!—, sino las divisiones de Morillo. Pero recordemos las fechas. Varias semanas han transcurrido desde la retirada de Morillo, y no puede hablarse de persecución. Además, y por Cedeño (Bolívar a Páez, 26-II-18), Bolívar sabe que la división del oeste, la de Calzada, llega con tropas frescas a reforzar los derrotados en Calabozo. Todos estos datos, aunados al hecho de meterse en las líneas internas del enemigo, nos hacen ver que no era el propósito de Bolívar atacar separada y sucesivamente a Latorre y a Morillo antes de que efectuaran una fusión que de hecho existía. Era otro su objetivo; pero éste, como tantos otros de su gran estrategia, era inconfesable. Se fundaba en el frío cálculo del sacrificio de los soldados propios para adquirir sobre el enemigo mediatas ventajas.

Surge aquí, y una vez más, la decisión genial: continuar la guerra de desgaste; obligar a los americanos a morir matando; además, y siendo la victoria sobre la infantería española entonces imposible, presentar la batalla dentro de las condiciones menos desfavorables. Diremos, con Don Quijote, que Bolívar preparaba un encuentro de encrucijada del que no sacaría honores ni laureles, pero donde menguaría la personalidad y la gloria del contrario. Con la frialdad indispensable a los grandes estrategas decidió Bolívar jugar su infantería sabiendo que sería vencida, pero confiado en que causaría importantes bajas al ejército expedicionario. Y fue esto precisamente lo que ocurrió.

Siguiendo su hipótesis de la desastrada campaña, nos pintan los historiadores un Bolívar desprevenido que se fijó en Latorre, presentando a Morillo un flanco abierto que éste no tardó en aprovechar. Y nos afirman que desde los primeros encuentros el español provocó entre los patriotas una retirada que bordeó en pánico. El examen de los lugares y de los tiempos donde ocurrieron estos encuentros no confirma este juicio. Se observa, por el contrario, un avance endeble destinado a provocar la embestida del adversario; una vez lograda ésta, se inicia una retirada rápida y de antemano preparada hasta el terreno elegido para dar la batalla. Era éste el dintel de los llanos, la quebrada del Semén, donde tenía Bolívar ventajas que compensaban la superioridad española en número y calidad. Sólo esta hipótesis permite entender cómo esas tropas colecticias pudieron retirarse en buen orden y presentar batalla

inmediatamente después; y no se nos venga a decir que fueron los torrenciales aguaceros de esos días los que las salvaron, que igualmente llovía sobre los españoles, y éstos, descansados y disciplinados, no pudieron alcanzar a los insurgentes.

Para el 16 de marzo Bolívar ha completado su repliegue, y presenta batalla. Fuerzas de detención estorban hasta el final el avance español y lo obligan a atacar de frente la posición escogida, protegida por el riachuelo del Semén. El avance ha separado las fuerzas atacantes, y es la división que comanda Morales la que inicia ella sola la batalla. Ésta fue una de las más gloriosas que dio Bolívar. Estuvo en medio de la acción desde el primero hasta el último momento; testigos presenciales nos relatan su valor sin tasa, la generosidad con la que prodigó su vida, y sus actos heroicos que con frecuencia cambiaron el rumbo de la contienda. Él y sus republicanos se batieron como lacedemones, y la división de Morales fue derrotada tras larga lucha. Por enésima vez cruzaron los insurgentes el riachuelo del Semén, persiguiendo en esta ocasión a los batidos españoles para tropezarse con las tropas que a paso redoblado conducía Morillo en persona. Y el español, como Bonaparte en Marengo, pudo restablecer la batalla, no sin extraordinarios esfuerzos que él mismo dirigió, y que le valieron una lanzada que lo atravesó de lado a lado y que de milagro no acabó con su vida. No persiguieron los españoles; apenas les alcanzaron las fuerzas para posesionarse del campo de batalla. Y sin ser molestado, aunque perdiendo sus mapas y archivo, el Libertador se retiró hasta Calabozo con los girones de su infantería.

¡Ah! Pero la batalla se había perdido, y los críticos acuden en tropel contra el Libertador. Éste nos afirma que tras la rota del Semén se cimbró otra vez la república; aquél saca a relucir extrañas consejas y nos asegura que fueron los laureles ganados en Chile los que evitaron que esta derrota tuviera las mismas y fatales consecuencias que la batalla que casi en ese mismo lugar ganó Boves cuatro años antes; y el de más allá nos habla de los legionarios extranjeros que permitieron sobrenadar el desastre. Todos, todos se muestran acordes en que el Libertador cometió desastrosos errores que sólo su buena estrella, y no sus calidades anímicas, le permitieron superar.

Contra todas estas imposturas nos vemos obligados a protestar enfáticamente. Ninguna semejanza tienen la segunda y tercera batallas de la Puerta (como llaman los españoles a la del Semén). Bolívar luchaba ahora desde el llano, y el español triunfante fue incapaz de tomar la iniciativa. Una vez ocupado San Fernando, donde las pérdidas españolas no fueron despreciables, Páez alcanza a Bolí-

var, y juntos dan batalla a Latorre en Ortiz, el 26 de marzo. ¡Apenas diez días después del Semén los independientes son capaces de presentar batalla! Que ésta haya sido un choque frontal en que ninguno de los contendientes obtuviera ventaja en nada obsta para comprobar que el ejército español fue incapaz de penetrar por los llanos.

Las pérdidas patriotas, sobre todo en infantería, fueron terribles. Pero las españolas no les fueron a la zaga. Basta leer las memorias que en 1826 publicó Morillo para comprobar cuán menguados quedaron sus mejores batallones (en particular el Unión, después denominado Valencey, y el Barbastro). Bolívar había debilitado al ejército español en la misma progresión que el suyo, con la ventaja que las pérdidas de aquél en veteranos peninsulares no podían reponerse. En cambio, los independientes forjaban una infantería heroica, pues a la táctica aprendida en los campos de batalla se añadía el ansia de desquite. Con los restos de la infantería del Semén formó Bolívar el Batallón Sagrado, del que fue coronel. Este cuerpo, tan heroico como el de Alejandro, aunque sin conservar su nombre homérico, fue núcleo de la infantería de las grandes victorias.

Urdaneta, cuyo Memorial parece redactado para justificarse ante una posteridad poco intrépida, nos habla de las fatales consecuencias del Semén, pues muchos caudillos llaneros que consideraban favorecer a la república cambiaron de opinión. Es Lecuna quien repite y amplía esta versión que magnifica la rota del Semén. Difiero de sus opiniones, pues después de ocho años de durísima guerra era menester mucho más que una retirada para mover a los llaneros realistas a cambiar de bandera. Muchos combatían por el rey para tener mayor libertinaje, y muchos también odiaban personalmente a Bolívar. El volteo de casacas de que habla Urdaneta se llevó a cabo después del armisticio, cuando el futuro ya para nadie era dudoso.

Nunca fue la acción del Semén una derrota definitiva. Ni comulgamos con ruedas de molino, ni necesitamos de los triunfos de San Martín para salvar a un Bolívar que con mano maestra dirigía la única guerra posible en ese momento. Pensar que esos lejanos triunfos influyeron en la lucha del Bajo Apure, en un Páez seguro en su bien redondeado imperio, es no conocer a nuestra América. Recordemos además que a diferencia de La Hogaza, después del Semén no hubo en Angostura ni un conato de pánico. Batallar en la zona del Apure de todos modos protegía la Guayana.

Tampoco admitimos la tesis de otros varios autores que desvirtuando los esfuerzos hispanoamericanos, atribuyen la victoriosa reac-

ción a la presencia de mercenarios ingleses. Bolívar no quería esos soldados: desde 1818 instruye a López Méndez que suspenda su contrata, y que en cambio redoble la de armas y pertrechos. Pero la situación de los militares, licenciados por millares en la Europa postnapoleónica, era difícil, y muchos se precipitaron para hacer la que creyeron una guerra de Eldorado. Y hubo también americanos que difirieron de la opinión de Bolívar: como el vicepresidente Zea que dio la bienvenida a los ingleses en una rimbombante proclama, muy hispanizante por cierto. Pocos fueron para ese año los mercenarios, y pocos sus servicios. Como dijera Soublette, si abundaban coroneles y oficiales, en cambio no se encontraban soldados. Fueron 857 los contratados por López Méndez y de ellos llegaron a Venezuela, para la campaña de 1818, sólo 150. Muchos no alcanzaron a remontar el Apure, y podemos concluir que fueron los nuestros, esos pobres guayanenses llevados a la fuerza por Bolívar, los que castigaron de tal modo al ejército español que hicieron posibles las campañas posteriores. Con regimientos enteros y jefes que no habían sido seria y repetidamente heridos, las subsiguientes audacias de Bolívar no habrían tenido consecuencias torales.

La estrategia del Libertador, dura y sangrienta, habíase mostrado adecuada. La segunda parte de la campaña de 18, la del Semén, había impuesto a los españoles pérdidas tan cuantiosas que sus cronistas califican su ejército de "esqueletizado". Ante Páez y los suyos probaba Bolívar que podía combatir por su cuenta; como caudillo, hacía enorgullecerse a soldados que nunca olvidaron su heroísmo en el Semén, ni que él había logrado, por vez primera poner en fuga a la infantería española combatiéndola mano a mano Era gracias a estos terribles sacrificios como Bolívar había fincado los grandes cambios militares posteriores.

La suerte había roto lanzas en favor de los soldados del rey desde la segunda parte de la campaña; en la tercera, que se llevaa cabo al filo del agua, se convierte en mejor fortuna y corona la empresas metropolitanas con felices sucesos. No poco contribuyó esa tercera a ennegrecer los colores del limo que ese año de lluvia dejó para la causa de Bolívar.

La lucha entre ambos ejércitos había tenido por vórtice el triángulo formado por las poblaciones de Calabozo, Ortiz y Sombrero Incluso después del Semén las había Bolívar mantenido en mano patriotas, confinando a Morillo a la parte accidentada de la provincia de Caracas. Para defenderlo contaba todavía con las divisiones de Páez, de Cedeño y con una más que él mismo formaba, recogiendo desertores y sobrevivientes de pasadas contiendas.

Aplicando a los llanos una estrategia que nos recuerda la naval, había dispuesto Bolívar que Zaraza hendiese la inmensa sabana con un cuerpo volante, apoderándose de los recursos del enemigo, cortando sus escuadrones, destruyendo los grupos aislados, causándoles, en fin, todo el daño posible allí donde menos resistencia había. Si Zaraza tampoco esta vez obedeció, la cruzada en cambio la realizó Rafael López por cuenta de Morillo. Apodábase el Segundo a este llanero, por haber tenido ese lugar entre los lugartenientes de Boves, y era común consenso que no había entre los realistas mejor comandante de caballería. Con su división volante destruyó impunemente la división del comandante Blancas, después del Semén, y rondaba por esos mismos llanos donde Bolívar reformaba su división. La suerte le sirvió, y pudo llevar a efecto una dolorosa sorpresa que infligió terribles pérdidas a los insurgentes, sobre todo en cuanto a la calidad de las bajas. El lugar se llamó Rincón de los Toros, y la fecha fue la noche del 15 de abril.

Mucha tinta se ha vertido sobre esta malhadada sorpresa. Muchos son también los testimonios de lo ocurrido, e incluso Peru de Lacroix pone en boca de Bolívar una versión más, que por cierto no aclara las inconsecuencias que en otras resaltan. El cuidadoso examen de los hechos y de su secuela, sin embargo, nos inclinan a desechar todas las explicaciones tradicionales: muchas nos parecen provocadas por el deseo de prestigiarse relatando un episodio que nos acerca especialmente a la persona del Libertador; otras, en tanto —como la propuesta por Santander—, están destinadas no a esclarecer la verdad, sino a comprobar la actitud histórica del relator.

La sorpresa del Rincón de los Toros no puede entenderse si no partimos del hecho de la nueva rebelión de Páez. Tranquilo el apureño con su posesión de San Fernando, se negaba a cooperar en la conservación de las poblaciones del triángulo central. Actúa pues de modo centrífugo, y aduciendo la ausencia de instrucciones en contrario, abandona al Libertador confiado en poder sorprender a los españoles en los llanos del noroeste. El pillado fue él, pues allá lo esperaba Latorre; aconsejable hubiera sido retirarse, pero Páez no cejó. Ofreció batalla —Cojedes, 2 de mayo— e iniciada ésta, condujo otra vez sus desorbitadas cargas, abandonando totalmente su infantería; ésta, no obstante los prodigios de Anzoátegui, fue destrozada. Y de nada sirvió al centauro el vano desplante de permanecer en el campo de batalla, que la jornada no era suya. Y el culpable era Páez, y no los comandantes de la infantería, a quienes se empeñó en aherrojar para ocultar sus limitaciones como general en jefe.

La marcha de Páez con el grueso del ejército debilitó considerablemente la posición de Bolívar. Junto a él quedaba la división Cedeño; uno y otro procuraban, con constantes movimientos, impresionar a los españoles y soslayar la inminente ofensiva. Fue entonces, y puesto que de Angostura se habían recibido algunos abastos y uniformes, cuando Bolívar, rompiendo sus esparciatas hábitos en el vestir, endosó un dolmán rojo, tan inglés como impropio para la guerra del llano.

Había transcurrido casi exactamente un mes desde la batalla del Semén cuando acampó Bolívar en medio del llano, en Rincón de los Toros. Él y su estado mayor colgaron sus hamacas en una mata (grupo de arbustos que se destacan dentro de la desnudez del llano), a escasa distancia del resto del ejército. Una circunstancia fortuita enteró a Rafael López de la exacta colocación del enemigo, y con la mayor audacia planeó un doble golpe: uno de comandos para eliminar a Bolívar y a su estado mayor, otro, inmediatamente después, contra el campamento patriota. Las dos operaciones tuvieron lugar al amanecer del 16, encargándose de la primera el venezolano Renovales: con ocho de los suyos suprimió a los centinelas, y a boca de jarro hicieron descarga tras descarga contra cuanta sombra divisaron en la penumbra. Varios oficiales fueron muertos; otros, heridos, fueron fusilados después. Y en medio de la balacera, sin medios de defenderse, no le quedó a Bolívar sino escapar como pudo. Que resultó herido parece probable, aunque otra vez tropezamos con el silencio con que Bolívar —al igual que otros caudillos— impele la leyenda de su invulnerabilidad. Escapó, pues, y se perdió en el llano, pues ni el mejor llanero puede hallar su ruta sin contar con el sol. De oídas atestiguó el brutal ataque con el que López redondeaba su inicial sorpresa, y el galope de una caballada patriota que huía confirmó sus presagios. No podía sino continuar su fuga: primero, en un caballo que le cedió uno de sus soldados, y cuando éste cayó, a pie, despojándose del malhadado uniforme inglés que tanta desventura le trajo. A poco lo alcanzaron Rendón e Infante, dos de los suyos, que le ofrecieron un caballo que resultó ser el de López, muerto en la refriega. En él pudo seguir hasta Calabozo, donde forzoso le fue curarse.[2]

No corrió Cedeño mayor fortuna. Confiado en su mayor número y cerca del Cerro de los Patos trató de detener a Morales, quien

[2] "Una sorpresa (Bolívar a Zaraza 28-VI-18) es un golpe decisivo que consterna o destruye para siempre un cuerpo o división"; a Bolívar le tocó sufrirla, y a manos de quien "no es de extrañar (que el Segundo López) intente sorpresas u operaciones atrevidas" (a Monagas, 19-XII-17).

avanzaba hacia Calabozo; abandonados por la caballería apureña, otra vez resultaron derrotados los independientes. La rivalidad entre los llaneros de diferentes regiones llegaba, como en este caso, hasta la traición; pero imponer la disciplina era punto menos que imposible. Cedeño acusó al coronel Aramendi, pero con la protección de Páez éste logró esconderse y evadir la corte marcial. Cedeño, por lo demás, era el blanco favorito de los odios apureños, y un elemento de desquite se halla en su heroica muerte.

También para los patriotas de Oriente acabó mal la campaña: Bermúdez y Mariño sufrieron sendas derrotas. Con las lluvias encima ya nada más podía hacerse, y Bolívar retoma el río: para el 7 de junio está en su capital de Angostura. Los terribles altibajos de los últimos meses no habían alterado al incipiente estado: si hombres e instituciones se han conmovido durante el primer año de guerra, a nivel nacional el edificio subsiste. Todo gira alrededor de ese hombrecillo que regresa más flaco que nunca, pero cuyo prestigio como hombre de guerra se ha acrecentado. Todos miran hacia él, y todos anhelan que fortalezca y que embellezca (¿y por qué no?) al nuevo estado. A ello dedicará Bolívar sus inmediatos desvelos.

EL MOMENTO ha llegado: no se puede hablar del tercer período de la Venezuela independiente si se sigue atado a la voluntad del jefe supremo. Es patriótica, es heroica y es necesaria su lucha, pero sin una estructura jurídica que confirme la sucesión de aquella primera república que parpadeó en 1811, Bolívar no es sino el primero entre muchos caudillos. Ni cejan, tampoco, quienes todavía le disputan la preeminencia. Allá en el Apure, con la tácita complicidad de Páez, uno de los ingleses —de nombre Wilson, y a quien se supone espía de los españoles— organiza un pronunciamiento que declara a José Antonio, jefe supremo. Desde Margarita sigue actuando Arizmendi como si fuera independiente, y niega su ayuda a toda empresa en Tierra Firme. Mariño continúa inquieto, a veces colaborando lealmente, a veces echando a perder, por su discolería, los esfuerzos de muchos meses de sacrificios.

En Angostura, y a su regreso, encuentra Bolívar impostergables problemas militares. Nada queda de cuantos hombres y elementos llevara del Oriente y de Guayana. Hay que inventar, que rearmar otro ejército, y los meses de lluvias (de invierno, como en esa tierra se llaman) son breves para tan grande empresa. A pesar de todo confiere Bolívar prioridad a la reorganización civil del incipiente estado, pues lejos él, nadie se atreve a tomar decisiones, y

Angostura sombrea en la inactividad. Por doquiera se siente la personalidad solar, y es la presencia de Bolívar la que imprime movimiento a la mal montada máquina. Y se ocupa de policía local, de contrabando, y de suprimir moneda falsa que so pretexto de independencia, pulula; autoriza la libre compraventa de buques (cosa que la legislación española prohibía), y reprende a Brion por negarse a extender patentes de Corso (lo que este marino profesional vio siempre con desconfianza) pues son los corsarios quienes mayor daño causan al comercio español; y se enfrenta a las pretensiones infundadas de algunos mercenarios, haciendo de paso enemigos (Hippisley, por ejemplo), cuyas calumnias le perjudicarán. Poco después de su retorno puede Bolívar gloriarse de la tranquilidad de que disfruta el territorio liberado: ya sin riesgo transitan los correos de Cumanacoa hasta Chaguaramas.

Quedan pendientes las grandes medidas, las de organización del estado mismo. Algunas son desde luego posibles; para otras tendrá el Libertador que plegarse a puntos de vista distintos de los suyos. Resalta entre las primeras la fundación de un periódico, pues sin medio oficial de comunicación, no hay gobierno estable, como lo comprueba Bolívar cuando trata de instruir a la Alta Corte sobre la proscripción de la esclavitud: sus varios decretos, jurídicamente endebles además, se superponen a sus proclamas, y a veces se contradicen; incluso hay casos, como le ocurre con la de Ocumare, en que el archivo del Libertador no conserva ningún ejemplar. Decide pues la publicación de un periódico, el primero del estado libre de Venezuela, que se llamará *El Correo del Orinoco.*

Lo endeble de la humanidad, y a la vez su capacidad de hacer cosas trascendentes con medios etéreos, hallan en la historia de nuestra emancipación vivos ejemplos. Es el primero la hojita que Nariño imprimiera él mismo para dar a conocer la Declaración de los Derechos del Hombre a una América sedienta de novedades. Contamos como segundo —y hablando siempre de papeles— la doble hoja semanal que Bolívar publica en Angostura a partir del 27 de junio de 1818. Hoy, cuando con los motivos más nimios se gastan toneladas de papel, conviene recogerse ante este glorioso impreso con igual devoción con la que visitamos las iglesias románicas, cuyo vuelo feérico desafía las inmensas moles góticas. *El Correo* lleva al mundo exterior la convicción de que allá en la oscuridad de la América, cuyo mapa está todavía lleno de incógnitas, hay hombres pensantes que pugnan por ser libres; es la llamita que atestigua el paso de Prometeo y que afirma la presencia de poblaciones opuestas a la oscuridad del coloniaje. Igual importancia tiene *El Correo* como instrumento de gobierno: periódico oficial, medio

para atraer a los expatriados, de comunicarse con las otras naciones, la pequeña hoja coadyuva también a reavivar la fe de quienes desesperan de la lucha, y de quienes están condenados a morir lejos de sus hermanos. Ni menos importante es su labor correctiva, pues permite superar el inseguro rumor que acompaña las operaciones militares patriotas y oponerse con la palabra escrita a la *Gaceta* realista que desde Caracas dirige, con su emponzoñada pluma, José Domingo Díaz.

¿Es posible que un americano vea hoy sin emoción un ejemplar de *El Correo del Orinoco?* Ese impreso es fehaciente prueba de los insignificantes elementos con los que nuestros libertadores realizaron sus magnas empresas. El hebdomadario era, además, el único medio para informar a los patriotas de cuanto ocurría en el exterior. Su regularidad era esencial, pero ni aun sabiendo los trastornos que sus retrasos causaban pudo Bolívar mantenerla. Hasta el 4 de agosto de 1821, fecha en la que Angostura dejó de ser la capital de Grancolombia, faltó en 49 ocasiones. Contaba la república con territorio y con imprenta, pero no siempre tenía impresor, por lo que leemos con ternura las dos cartas por las que Bolívar pide la ayuda de Arizmendi para localizar a un tal Pérez: ese joven se embarcó en la Vieja Guayana en el bergantín *Apure* y sabe el oficio de impresor; a ese Pérez lo necesito con urgencia, dice el Libertador, pues en Angostura no cuento sino con un maestro achacoso (Andrés Roderick), y fuera de él no hay quién sirva la imprenta.

Todavía confronta Bolívar el problema fundamental de cómo transformar su jefatura suprema en una función delimitada jurídicamente. Para un hombre superior, y convencido de su superioridad, el asunto distaba mucho de ser sencillo. Bolívar había atestiguado la incapacidad de los legisladores, su incomprensión de las necesidades bélicas, la inevitable filtración, en esos cuerpos colegiados, de intereses espurios; su juego de influencias y su querencia hacia compromisos oportunistas, así como el debilitamiento que conllevaban a la unidad de mando, sin la cual era imposible la liberación. Ni eran óptimas tampoco las condiciones para una consulta democrática: buena parte del territorio seguía ocupada por Morillo, y en el republicano, privaban caudillos que eran también señores de horca y cuchillo... ¿Convenía pues poner en peligro la salvación patria por sólo acceder a un remedo de democracia?

La vieja lucha, tan española por su sentido trascendente, entre los hombres de acción y los de pensamiento, los conquistadores y los santos, se repite en el alma de Bolívar. Y así como sus antecesores, los malqueridos Austrias contra cuyos apocados sucesores combate, Bolívar se somete a conspicuos amigos y doblega su voluntad.

Pudiéramos incluso decir que así como en el XVI fue Las Casas quien impulsó las nuevas leyes de Indias, en el XIX fue Peñalver quien convenció al Libertador que diera curso al método democrático en Venezuela. Es un extraordinario proceso dialéctico el que entonces se desarrolla en la mente de Bolívar, y es él mismo quien lo exterioriza a lo largo de sus cartas. Tenerlo en cuenta es primordial para librarlo de la tacha de hipocresía frente a las formas democráticas que algunos —como Marius André— le hacen. No es así y nunca fue así. Estamos en presencia de un guerrero que no pertenece al mundo amoral de la Europa clásica y que siente en su fuero interno que nada permanente puede fincarse sobre la superioridad de las armas; conoce todos los inconvenientes de la democracia, pero a pesar de ello conviene en limitar su libertad de acción, plegándose a fórmulas jurídicas de valor universal. Atestiguamos en verdad las convicciones que imponen al Libertador el alma de su raza y su configuración histórica. Una vez tomada la decisión, Bolívar acepta también sus consecuencias, y el otrora plenipotente dictador pedirá al Congreso que confirme los ascensos militares, y reiterará su convicción de que el poder de un individuo es por esencia transitorio.

Convoca Bolívar al Consejo de Estado el 1º de octubre. Su mensaje acepta lo trunco de sus empresas y lo imperfecto de sus victorias: para que los americanos seamos libres, dice, hemos de acudir a la fuente más sagrada, a la voluntad del pueblo. Al Consejo pide pues que formule un reglamento que dentro de las condiciones anárquicas en que se debate Venezuela, permita llevar a cabo elecciones e instituir el segundo Congreso de la República, uno que llamaríamos constituyente. Ni tardo ni perezoso presenta el Consejo su proyecto de reglamento, el cual fue promulgado por Bolívar el 24 de ese mismo mes. Es el reglamento un documento verboso que algunos atribuyen a la pluma de Roscio, y cuyo extenso preámbulo procura resumir toda la historia independiente de Venezuela. La proclama con que lo acompaña Bolívar es en cambio de buena cepa. En pocas líneas justifica haberse tomado atribuciones dictatoriales para salvar una patria en agonía, y termina con dos párrafos de gran belleza y de profundo significado: el ejército libertador siempre ha luchado por el pueblo, y es éste quien entra ahora en posesión de sus imprescriptibles derechos; a ese pueblo pide, además, que por sobre hecatombes pasadas decida lo mejor para la Venezuela eterna, olvidando incluso los méritos de quienes la defendieran en el campo de batalla, si acaso encuentran ciudadanos más virtuosos para representar su soberanía.

Nos hallamos en un mundo ético incomprensible para muchas de las naciones que se pretenden civilizadas. ¿Podemos pensar en un Napoleón afirmando cosa semejante? ¿O en un Buckingham, un Moltke? Aquí también es Bolívar el portavoz genial de una larga evolución que magnifica nuestro mundo hispanoamericano, pues la comprensión ética de la vida que trajeron los conquistadores encontró en los pueblos aborígenes campo feraz; y en todos los altibajos de nuestra historia, jamás hemos olvidado tales principios.

Las elecciones se llevaron a cabo lo mejor que se pudo: por los ciudadanos directamente, en las parroquias de provincias libres (Margarita y Guayana), y por los soldados patriotas en el resto del territorio. Y fueron electos 35 representantes, incluyendo los 5 de la provincia de Casanare, la primera entre las granadinas; el constituyente continuaba el ideal mirandino, que era también el del Libertador, y quería desde un principio contar con representantes de un pueblo que era parte integral de Grancolombia.

Otros cuidados reclamaban al Libertador cuando se envió por todo el territorio la Convocatoria. Las aguas habían bajado, y era urgente reanudar las operaciones militares. Una vez más partió Bolívar hacia Oriente, donde sus iniciativas se anublaron, y por segunda y consecutiva vez se trasladó al Apure. Pero los problemas constitucionales no se apartan de su mente. Por el orden en que los incluye O'Leary, pudiéramos creer que antes de su salida había elaborado unas bases para el proyecto de constitución, e incluso un primer proyecto, que con alguna adición importante fue el mismo que sometió finalmente al Congreso. Éste no pudo reunirse en la fecha prevista, la del 1º de enero de 1819; es hasta el regreso del Libertador del Apure —supuestamente para encargarse de la agregación de tropas inglesas— cuando se completan los dos tercios que forman quórum. Y fue como encargado de una dictadura impuesta para salvar a la zozobrante patria como Simón Bolívar inauguró las labores del Congreso el 15 de febrero de 1819.

Lo extraordinario en los hombres se mide por su capacidad de elevarse sobre lo inmediato para plantear los problemas que cifra la perspectiva de la historia; no en balde se ha dicho que el genio estriba en la aptitud para horadar el muro del tiempo. Una de estas oportunidades fue la apertura de la constituyente, y Bolívar supo aprovecharla. Su discurso (Apéndice VIII), es uno de los más luminosos monumentos que ofrece la historia de América. De tiempo atrás había pensado, preparado, escrito lo que allí diría. Algunos atribuyen particular importancia a las pláticas con sus conmilitones, que le permitieron comulgar de lleno con la naturaleza americana y con los ideales que defendían las lanzas patriotas; otros piensan

en la fuerza vital de su biblioteca interna; los de más allá encuentran como causalidad inmediata los anhelos y ansiedades que había hecho suyos desde que decidió salvar a la patria a pesar de Miranda; tampoco, y por último, faltan quienes señalan al genuino demócrata que desde el primer momento procura temperar el ejercicio de la voluntad popular con las conclusiones que imponen las duras lecciones de la guerra a muerte. Sabemos, eso sí, que la versión final la elaboró el Libertador cuando descendía el Orinoco en una flechera: cuando lo permitía la navegación, y cuando lo obligaban las breves pausas que imponían a su desesperada impaciencia el cansancio de los bogas, adelantaba la redacción de esas grandes ideas que de él esperaba la América. Fue sobre el gran río, o meciéndose en la hamaca colgada en sus riberas, o paseándose sin cesar por sus orillas, con los brazos cruzados y con la mano derecha sobre el mentón, extendido el pulgar hasta cubrir el labio superior —el que era en efecto demasiado largo para su rostro—, como fueron tomando cuerpo los augurales párrafos que compusieron su peroración.[3]

Excepcional sin lugar a duda es el discurso que por antonomasia se llama de Angostura. Quien nos habla es un guerrero que conoce todas las debilidades humanas, que ha proclamado la guerra a muerte, que llega de organizar una nueva campaña en la que morirán brutalmente muchos hombres; sin embargo, se sitúa en una perspectiva tal que toda la violencia como por encanto se diluye. Extraordinario es que sea ese gran destructor quien nos hable de la superación de la especie por medio de la educación y de la práctica de la virtud. Tal pareciera que leemos la pieza de un orador crecido en el estudio, cuyo único campo de acción ha sido el de sus estantes cargados de libros. Un optimismo luminoso es el de Bolívar, y su ejercicio de la violencia —como la presencia del pecado en quienes ahora practican la santidad— nos asegura la firmeza de sus creencias en la perfectibilidad humana.

Nunca adelanta el Libertador falsas ilusiones: la realidad americana está en él; pero el rosario de sus argumentos nos permite entrever ese gobierno ideal que podremos alcanzar una vez transcurrida la violencia: ese gobierno garantizará a los ciudadanos la mayor suma posible de bienestar, de seguridad social y de estabilidad política. El ardimiento que entonces circunda a toda América realza aún más la fe del orador en la democracia inmanente, pues deja de ser el ejercicio ciego de la fuerza para convertirse en elemento de

[3] La publicación que sobre los borradores del Discurso hizo Pedro Grases hace posible otra interpretación.

construcción social. Lo bárbaro de nuestra lucha pierde trascendencia, y bajo la inspiración bolivariana se transfigura en un movimiento augural de honduras semejantes, por ejemplo, a las que motiva el final de la Novena Sinfonía. Otro tanto hizo Pericles cuando allá en la lejana Atenas, justificó los primeros muertos ocurridos en la terrible guerra que entonces iniciaban las ciudades griegas como un hermoso y necesario sacrificio hecho en el altar de la democracia. Un mismo hálito regenerador, que nos enorgullece de ser hombres, permea ambas oraciones.

Posee el discurso una gran belleza, que realza tal vez la revisión que el Libertador encargó a Palacio Fajardo para su impresión, la cual por cierto ocupó cuatro números de *El Correo*. El exordio inicial es como el campanilleo de bronce que justifica los excesos de una ineludible pero ya pretérita dictadura; y hasta el orgasmo final, en que Bolívar proyecta su Grancolombia sobre el universo, florece un pensamiento cuya tensión profunda impregna cada párrafo. Una de las más felices producciones del genio de Bolívar es sin duda esta oración. ¿Acaso nos encontramos ante la más bolivariana de sus obras? Tentados estamos de aseverarlo. Por lo cadencioso de sus períodos, por lo feliz de sus imágenes, por lo cerrado de su argumentación, por lo elevado de su pensamiento, por lo constructivo de sus conclusiones, por lo novedoso de sus ideas y por su cercanía con el pensamiento que la Europa ha llamado clásico, podría en efecto así proclamarse. No olvidemos, sin embargo, que nos hallamos frente a una sola de las facetas del genio, y que el de Bolívar es vario, complejo y diverso. El del discurso de Angostura es el Libertador apolíneo, capaz de elevarse por sobre la sangre que apenas ayer entintaba su corta lanza, y capaz también, como Casandra, de dejarse arrastrar por el dios de la profecía. ¿Pero hemos acaso de olvidar la parte dionisíaca del alma de Bolívar? Es el ejercicio de esa otra faceta de su genio la que más ha contribuido a convertirlo en Libertador. No releguemos la desorbitada energía de que hubo menester para continuar la lucha, ni olvidemos cómo —cosa que atesta O'Leary— un increíble cambio transformaba sus facciones cuando lo invadía la cólera.

Quedémonos con el Libertador apolíneo, y rastreemos las fuentes que inspiran su discurso. Sus citas son cuidadosas, medidas y oportunas, y confirman lo claro de su pensar. Abundan los franceses, pues el Libertador se nutrió mucho y bien en sus filósofos. Casi de paso se apoya en Rousseau; mucho más en Montesquieu; no falta una referencia a Homero, y de aportes más recientes entresaca a Volney —cuya filosofía convierte a las nuevas naciones hispanoamericanas en portantorchas de la historia— y a Carnot, cierta-

mente el constructor de la victoria, pero también uno de los dos únicos senadores que votaron por la democracia y contra el imperio.

Un autor hay, que Bolívar probablemente no conoció, aunque encontramos extraordinarias coincidencias entre su discurso de Angostura y la Memoria en defensa de la Junta Central, que publicó don Gaspar de Jovellanos en 1811. Uno y otra se elevan sobre la inmensa destrucción provocada por el injusto ejercicio de la fuerza para afirmar que es la violencia la que ha abierto las fuentes de la libertad política, pues al alcance del pueblo queda la instrucción pública, con cuya ayuda se desterrarán antiguos desórdenes y se corregirán inmemoriales agravios. Jovellanos, como Bolívar, se apoya en el derecho del pueblo a insurreccionarse contra la injusticia, y a la par con él se niega a aceptar que la situación política resultante permita desconocer todo cuanto era antes, y sigue siendo, la entraña viva de la nación. Elaborar nuevas y peligrosas teorías con el pretexto de alejarse de lo transitorio e inconveniente lleva a negar la esencia del pueblo, que no cambia, y a legislar para un cuerpo social distinto del que es. "No nos olvidemos de lo que fuimos, concluye Jovellanos, ni dudemos aun de lo que somos."

Si Bolívar fue siempre roussoniano, los ideales del ginebrino fueron para él punto de referencia que temperaba con las realidades históricas y antropológicas de los pueblos americanos. Por ello el discurso de Angostura se acerca mucho más a Montesquieu. Otra vez aparece el dilema dentro del cual se debate con frecuencia el pensamiento bolivariano, y que otorga a su vida un carácter supremamente interesante. Por vocación, por el ejercicio del poderío militar, por necesidad histórica, es Bolívar la punta de lanza de uno de los grandes movimientos revolucionarios que transformaron el mundo moderno. Pero cuando se trata de valorar esa revolución para asegurar la felicidad de los nuevos ciudadanos, recurre Bolívar a lineamientos clásicos: entre ellos se hallaba por nacimiento y por inclinación, por educación y por convicción íntima. Nunca fue un demagogo, ni tampoco confió en el ejercicio irrestricto de la democracia como medio para asegurar las conquistas de la revolución. Profundo conocedor del hombre americano y de sus pasiones, hizo un tremendo esfuerzo por limitar el libre juego de las que contrariaban el bien público. Tiene hondo interés comprobar que al hablar de las diferencias sociales que provienen de la fusión de diversas razas, ésas que han creado a nuestra América, usa Bolívar el vocablo "reato": la pena que se impone por la comisión del pecado aunque éste haya sido perdonado. El discípulo de Las Casas sabe que nuestra herencia es acre, y que si la independencia ha superado el pecado de la conquista, no por ello las naciones independientes pueden

olvidar que conllevan —por así decirlo— un pecado original. Bolívar antecede aquí, y por muchos años, las teorías ético-políticas hoy en boga, y que bajo la guía de Niehbur tratan de encontrar soluciones partiendo del hecho de la maldad natural del hombre.

¿En qué se apoya Bolívar para superar este pecado original de Hispanoamérica? La trama y urdimbre de su discurso es áurea: nuestro pasado de ignorancia y de servidumbre no es óbice para que aspiremos a la virtud, y para que nos empeñemos en alcanzarla a pesar de los tremendos crímenes que la lucha emancipadora ha irrogado. Es la suya una virtud social, laica, activa y poderosa que Séneca habría reconocido. Tiene como anhelo convencer al individuo que pertenece más a la sociedad que a sí mismo: que debe por consiguiente moderar sus apetitos para estar en aptitud de servir mejor. Anhela Bolívar que todos se impregnen de un espíritu de sacrificio que llegue hasta ofrendar la vida misma. El camino de la virtud queda abierto a todos, pues la educación es la palanca de la que un estado liberal se servirá para sacar al pueblo de la ignorancia y de la ineptitud, síntomas irrebatibles de la esclavitud. La virtud activa ilumina muchas de las propuestas que delinea Bolívar en su proyecto constituyente, pues sólo un pueblo virtuoso puede ser independiente. Moral y luces, dice, son las obligaciones primordiales de un gobierno libre, y la práctica de la moral se reflejará en el progreso de las luces, con lo que una y otra duplicarán el impulso de la virtud. Ella misma, empleada como rasero, normará la vida futura de la nación, presidiendo por ejemplo la formación hereditaria de los senadores, quienes se prepararán desde niños para ejercitar virtuosamente tan grave cargo. También la virtud le sirve para proponer el establecimiento de un cuarto poder, el moral, al que encarga justipreciar los actos públicos de los funcionarios y la conducta de los ciudadanos.[4]

Son cinco las partes que resaltan dentro de la riqueza extraordinaria del discurso. Del exordio toma pie para enjuiciar los acontecimientos de Venezuela, a los que con acierto califica de verdadero torrente infernal que ha dado al traste con todas las obras de la civilización; declina pues toda atribución de heroísmo, pues se trata de fuerzas que con mucho sobrepasan las de cualquier individuo.

Examina Bolívar, en la segunda, las bases sobre las que puede apoyarse la república de Venezuela; compara la caída del imperio español a la del romano, aunque añade —en tesis también esbo-

[4] No extrañemos que Bolívar, precediendo por muchos años las más modernas teorías constitucionales, añada a los derechos individuales un segundo capítulo en que consagra los deberes del ciudadano.

zada en la Carta de Jamaica— que los hispanoamericanos estábamos además privados de la tiranía activa y doméstica. Glosa después las bases generales sobre las que funda su proyecto de constitución, y a pesar de ejemplos históricos que no por cierto auspician el optimismo, insiste en la democracia como única aspiración congruente con una América independiente. Censura a continuación la primera carta puebla venezolana, inspirada en modelos ajenos e incluso contrarios a nuestro modo de ser, pues son las realidades presentes, el carácter y la formación histórica de nuestros pueblos los que deben servirnos de modelo. Por ello le place al Libertador el ejemplo —y nunca arquetipo— de la constitución británica, cuyo pragmatismo merece ahondarse, evitando de paso los obstáculos que provienen de nuestra misma revolución.

Advertimos, en la tercera parte, cómo Bolívar se preocupa por evitar el aniquilamiento de su república bajo el choque de elementos internos. Aquí encontramos un llamado hacia la unidad, fusionando las diferentes sangres, uniendo las diversas leyes, compaginando los sucesivos gobiernos y creando al fin un espíritu verdaderamente nacional; allá cautela contra una sociedad díscola y tumultuaria, y se preocupa por evitar que las armas hoy libertadoras sean mañana liberticidas; acullá se acoge a una estricta división de poderes, oponiéndose al crecimiento gigantesco del legislativo que en la república sería fatal. Propuso pues su senado hereditario, el cual fue rechazado por todos, que lo tacharon de aristocrático y de adverso a los anhelos independientes. Lo defendió el Libertador, diciendo que se trataba de un moderador que quitaría vigor a esas quimeras que fácilmente degeneran en tiranía; ningún medio le parecía más aconsejable que contar con un grupo de hombres cuya responsabilidad hereditaria los alejaba de presiones inmediatas y a veces espurias. No es coincidencia que frente a problema semejante, Jovellanos haya propuesto dividir las cortes españolas en dos cámaras: la popular y la de dignidades, compuesta esta última por los prelados y grandes del reino. A esta institución estable y permanente, y con el propósito de acelerar la práctica de la virtud, de unificar el desarrollo nacional, agregó Bolívar un cuarto poder, inspirado en el Areópago ateniense, y que llamó el Poder Moral. Lo dividió en dos cámaras, la propiamente moral que actuaba como un tribunal inquisitorio, y la de educación, cuyas funciones coinciden, extrañamente, con lo que los estados socialistas conciben hoy como las funciones que atañen a sus ministerios de educación. A toda costa quería el Libertador ciudadanos ejemplares, y para alcanzar una república que no sin razón se ha equiparado con la platónica, llegó hasta afirmar que la única vio-

lencia justa es la que se emplea en hacer a los hombres virtuosos, y por consiguiente felices.

El detalle de los órganos propuestos y de su probable desenvolvimiento conducen a una reafirmación del centralismo, que Bolívar estima indispensable para el bienestar de Venezuela. A esta declaración de principio añade sendas peticiones para que el Congreso ratifique los actos más importantes de su reciente administración. Resalta en particular la encarecida y elocuente súplica para que se confirme la abolición total de la esclavitud, y su arrebatamiento llega a tales cimas que bien podemos creer a los testigos que aseguran que a los oyentes se les llenaron los ojos de lágrimas. Defiende también Bolívar los privilegios concedidos a los libertadores. No había preeminencia más justa: algunos habían seguido al Libertador por convencimiento, muchos obligados por la fuerza que despedía su voluntad magnética, pero todos habían ofrendado sangre y vida por hacer posible la instalación de ese Congreso.

Es en su quinta parte en la que proyecta Bolívar a su hija predilecta, a su Grancolombia, sobre el concierto de las naciones. Una pasajera referencia a su Declaración ante las potencias sobre la inalterable decisión de su pueblo de ser libre, le da pie para recomendar el respeto a la deuda nacional: por gratitud hacia quienes tuvieron fe en harapientos debientes cuyo único crédito fue el reflejo de la luna en las puntas de sus lanzas, como por creerlo elemento indispensable en el trato internacional. Y termina proponiendo formalmente la fusión de esas dos grandes entidades, el corazón y el cerebro de Grancolombia, armonizando un bellísimo canto que otorga algo de la poesía de Esquilo a su perorata final.

En manos del Congreso renunció Bolívar su jefatura; afirmó también que no volvería a aceptar el mando. Él y todos sabían que su desaparición como jefe de guerra era inconcebible; la negativa inicial, varias veces reiterada, y la aceptación de facultades presidenciales bien determinadas —así como de extraordinarias sólo en las provincias donde se hacía la guerra— no pueden sin embargo tacharse de teatralidad; había que educar al pueblo y a los legisladores, y lo contrario —como nos lo recuerda la historia de Coriolano— era terriblemente peligroso. Por lo demás, mal podemos comparar al Libertador presidente con el jefe supremo de una revolución informe.

Al Apure y a la guerra retornó Bolívar. Los legisladores continuaron el examen del proyecto, que aprobaron seis meses después. Observadores superficiales afirman que no hubo grandes diferencias entre la segunda constitución de Venezuela y lo propuesto por Bolívar. Lo contrario es la verdad. Las facultades del legislativo

no quedaron estrictamente limitadas; la prohibición al ejecutivo de reelegirse inmediatamente desaparece; el senado se hace vitalicio pero no hereditario, y el poder moral se proscribe como intento peligroso e inconveniente. Peor aún: olvidando la aristocracia de virtud con la que Bolívar proponía moderar la democracia, los legisladores se acercaron fatalmente a la plutocracia. Desde entonces las indicaciones son innegables. Se nos habla de moderación gubernativa, de limar las asperezas de leyes retaliatorias ya fuera de uso, y se trastrueca en gran parte la política de expropiación que afectaba los intereses de los españoles peninsulares y de los americanos realistas. Los tribunales conservan sus riquezas a los antiguos propietarios, con lo que se obtiene un resultado dúplice y fatal: la introducción de elementos antirrevolucionarios y antiindependientes en el cuerpo social venezolano, que vienen a pervertir lo logrado en su ausencia, y que tienen los medios para obtenerlo; a la vez, la mengua del acervo de bienes que se repartían a los soldados patriotas. Y como tener una propiedad era indispensable para el ejercicio de la ciudadanía, y eran los pobres soldados y sus herederos los que sufrían de la disminución en cantidad —y calidad sobre todo— del acervo distribuible, inevitablemente se recreaba en la república esa aristocracia del dinero que despreciaba profundamente a la canalla que con Bolívar había hecho la revolución. Presenciamos el inicio de un fenómeno que será continental: la minoración de las facultades dictatoriales del Libertador acelera la explotación de las clases desposeídas, y refuerza esa estructura jurídica pseudoliberal cuyo objetivo será perpetuar la diferencia de castas que de España heredamos.

El impulso bolivariano había convertido a Angostura en la capital de un estado beligerante; no tardó en resentir allí, por consiguiente, las repercusiones externas que algunos de sus actos motivaron. Potencias hubo que reaccionaron de modo pugnaz: no extrañaremos que haya sido Estados Unidos quien inició tal procedimiento.

Para liberar a Guayana Bolívar había impuesto un sitio terrestre y un bloqueo fluvial a las dos grandes plazas de Angostura y Antigua. No faltaron, por supuesto, buques que lo desafiaron; se contaron entre ellos dos goletas mercantes norteamericanas, la *Tigre* y la *Libertad,* que fueron capturadas, juzgadas por el Almirantazgo y declaradas buena presa. Que sus capitanes aceptaran la jurisdicción venezolana, que acataran la sentencia, no fue óbice para que de regreso a su país renegaran todos sus hechos y que los armadores pidieran la intervención de Washington. Fue para presentar

la reclamación como llegó a Angostura —en la flota de Brion y con fecha de 12 de julio—, el norteamericano Bautista Irvine.

La opinión pública venezolana no podía creer que este individuo fuese un litigante; le parecía imposible que una república liberal y americana, que nada había hecho por cierto para auxiliar la independencia suramericana, iniciara sus relaciones trabando un procedimiento contencioso. Bolívar, consciente de este sentimiento, hizo cuanto estuvo en su mano para confirmarlo, y nunca permitió que permeara nada de su intercambio de notas con Irvine, que llegó a ser bastante desapacible. Durante los ocho meses que permaneció Irvine en Angostura, se le trató siempre como enviado diplomático, e incluso en la apertura del Congreso se le concedió el lugar de honor que correspondía a su supuesto rango.

La controversia sobre las goletas norteamericanas tiene, por desgracia para nuestro mundo, características que serán permanentes y que nos serán siempre contrarias. Irvine plantea el problema desde un punto de vista jurídico, pero cuando las réplicas de Bolívar destruyen su argumentación, utiliza sin sonrojarse argumentos de muy otro orden. El Libertador, con una claridad jurídica que muchos abogados envidiarían, delinea preciosamente el problema: los hechos giran sobre la violación del bloqueo; si se demuestra que bloqueo y sitio existían, que habían sido comunicados a las demás naciones, y se comprueba que las dos goletas lo violaron, el derecho internacional aplicable las declara buena presa y es propia la sentencia del Almirantazgo venezolano. Mal podía pues el jefe supremo declarar ilegítimo un procedimiento jurídico que era a todas luces consecuente y convincente. El norteamericano se esfuerza entonces en probar la insuficiencia de los medios bélicos con los que Venezuela bloqueaba las plazas: hace mofa de la flotilla sutil, que llama sombra de una sombra, y se burla de esa caballería de agua a la que atribuye la captura de las goletas. No contento con esto, le echa en cara a Bolívar la aplicación de un procedimiento que estima ilegítimo, pues cubre con mal disimulado desprecio a los tribunales venezolanos, los que declara inaceptables para una nación civilizada. La cortesía tajante en la que el Libertador envuelve sus notas no impide lo imprudente de las respuestas del norteamericano, y habrá veces en que sin perder la compostura dejará Bolívar traslucir su disgusto, pues no comprende que una república hermana se escude en una ficticia neutralidad para favorecer en todo la causa española.

Del mayor interés resulta para un bolivariano analizar las diez notas que cruza el Libertador ese año de 1818. La forma como plantea los problemas, el uso de la doctrina, el manejo de la termi-

nología del derecho internacional, así como la originalidad de sus soluciones, realza en algunos quilates su figura. Huelga decir que sus propuestas fueron desestimadas, y que Irvine no aceptó ni el juicio de árbitros ni la repetición del procedimiento, que como transacción posible y honorable le ofreciera Bolívar. Sus instrucciones eran, obviamente, las de obtener una indemnización total, y si para ello había que rebajar la calidad del gobierno venezolano, tanto peor. Esta reclamación era aún más inoportuna si consideramos que el presidente Monroe, con fecha de 2 de diciembre de 1817, había declarado que su gobierno miraba a los hispanoamericanos no ya como insurrectos, sino como beligerantes; que en adelante serían considerados con iguales derechos por una nación neutral, como era la suya. Por desgracia, y como Bolívar no dejó de señalarlo, el derecho era para los débiles, y a los fuertes quedaba aplicar las normas según los dictados de su interés. Los derechos de la Venezuela beligerante eran reconocidos por Estados Unidos sólo para presentar demandas.

Regresó Irvine a su patria, y el gobierno de Washington —en lo que era en verdad una cuestión nimia— decidió usar de la malhadada "diplomacia de las cañoneras". Casi de inmediato comisionó al almirante Perry, el héroe de la batalla del lago Erie, para que con una fragata la hiciese de cobrador. Perry, quien hubo de llegar a Angostura en un bergantín, pues no quiso aventurar su fragata por el Orinoco, encontró en Zea un negociador de otro tipo, y obtuvo todo cuanto el Libertador había negado. Nuestros países comenzaban a sufrir frente a los apetitos gargantuescos de la nueva potencia.

No todo en lo internacional era, sin embargo, desagradable. A su retorno del Apure lo esperaban un mensaje y una proclama que desde noviembre de 1816 le enviara el Director Supremo de las provincias de Río de la Plata. Era una mano admirativa la que le tendía el otro gran centro de la revolución americana: la personalidad de Bolívar y los sacrificios de Venezuela constituían para Pueyrredón imperecederos monumentos en la gloriosa carrera de la América por su libertad.

Para Bolívar no fue una simple tarea diplomática contestar sus mensajes a Pueyrredón. Hay acero en sus respuestas (Apéndices IX y X). Hallamos en efecto detalles prácticos sobre la aplicación de los principios fijados en la Carta de Jamaica. Si Venezuela, dice, cuyos sacrificios en la lucha común son inmensos, se une a Buenos Aires, que desde el fracaso británico ha conservado su independencia, la América podrá aspirar a presentarse como esa nación grande y majestuosa con la que han soñado los insurgentes desde que ini-

ciaron su larga y cruenta guerra. Para el mundo hispanoamericano no habrá verdadera libertad si no logra unirse, y Bolívar propone como divisa la de *Unidad en la América meridional.* Un pacto americano es el que ansía establecer el Libertador, uno que cubrirá a todos los ciudadanos con el manto de una nacionalidad común, y que permitirá a sus gobiernos actuar de consuno en su defensa y en la promoción de sus legítimos intereses frente a otras naciones.

En Bolívar la preocupación por la unidad es coetánea con su lucha. Si la independencia no logra superar la división que la metrópoli ha impuesto entre sus colonias, la lucha se habrá en gran parte malogrado. Pensar en nuestra América como conjunto de estados pequeños e indefensos era anatema para el Libertador; intuía con claridad que esa debilidad propiciaría la imposición de una nueva metrópoli, más fuerte quizá, o más solapada. Por ello insiste con Pueyrredón en establecer cuanto antes el Pacto americano, incluso antecediendo el triunfo final que coronará la lucha independiente.

Poco hizo Buenos Aires, por desgracia, por continuar los contactos que estableciera Pueyrredón, y no le quedó a Bolívar sino avalar sus ideales con los clarines de sus victorias. A conseguirlas se dedicó de lleno otra vez.

7

Tiempo de forja

¡OTRA VEZ a la brecha, americanos, que las aguas bajan y el invasor porfía! ¡Otra vez al frente! Y el clarín bolivariano penetra por todos los resquicios de la tierra libre al iniciarse, en el otoño de 1818, la campaña que se llamará del año de 19. Son pocos los americanos que se detienen a escucharlo: ¡Han sido tantas y tan inútiles sus prédicas! Sus luchas, sus batallas, ¡se han revelado tan infructuosas! Muchos se preguntan si acaso alguna vez terminará la guerra de Bolívar.

Todo es dinamismo y diligencia, por el contrario, en el bando español. Con la precisa e incansable actividad del castor, Morillo ha aprovechado los meses de lluvias para poner nuevamente en pie un excelente ejército: bien armado y equipado, mucho más numeroso y disciplinado que el insurgente. Otra vez los azorados apureños ven avanzar la máquina de destrucción: y la guerra se hará a costa de los patriotas, en su territorio, esquilmando sus ganados, destruyendo sus pocas posesiones. O el rey o la nada, sigue siendo la implacable divisa del viejo soldado castellano.

Por la consabida ruta de Ortiz y Calabozo avanzan los tercios españoles, y a Páez no le queda sino incendiar San Fernando de Apure antes de abandonarlo. Morillo, retardado un tanto por una terrible caída del caballo, que le destrozó la pierna izquierda, se reúne con sus tropas y conduce en persona las brillantes operaciones con las que sin pérdidas cruzan los suyos el Apure, y en seguida el Arauca, pasos ambos que Páez no supo defender. Y la aplanadora avanza, y busca una gran victoria para retrotraer el tiempo y reiniciar la reconquista de Guayana.

Un resquicio había, sin embargo, en la gigantesca máquina de guerra que avanzaba hacia el sur. Como tantos otros generales, Morillo estaba conceptualmente preparado para ganar la guerra recién pasada, la que le hizo el Libertador en 1818. Recordaba en efecto a su maestro Wellington, y digeridas sus derrotas, ha desarro-

llado iniciativas insuperables dentro de los viejos cartabones. El genio de Bolívar estriba en haber intuido cuál sería la reacción de Morillo en la subsiguiente campaña, y en haber adoptado la única estrategia capaz de derrotarlo.

De sencillez aterradora es el problema que confronta Bolívar. Muy superior al independiente sigue siendo el ejército español. Las cuatro divisiones que guerrean en Venezuela forman una malla estrechamente unida que imposibilita cualquier sorpresa; y sin la ayuda del elemento sorpresa, es imposible triunfar de esa infantería que resiste, además, las más osadas cargas de la caballería llanera. Para el guerrero frío y calculador que fue el Libertador —pues el caudillo emocional, dispuesto a jugarse hombres y campañas por una corazonada, no existe sino en los sueños de opio de escritores que voluntariamente ignoran a Bolívar—, no hay sino una sola posibilidad estratégica: atacar la tercera división española, sita en la Nueva Granada, susceptible de ser aislada y destruida en detal. Pero para poder efectuar esa operación, dificultades inmensas y en apariencia insalvables se presentan. La forma como el Libertador las superó, no ya las materiales de por sí colosales, sino las psicológicas que le permitieron horadar las defensas del adversario, y las morales para superar las humanas flaquezas en su propio ejército, lo elevan en verdad a la categoría reservada a los grandes conductores militares de todos los tiempos.

Nadie debía sospechar siquiera que Bolívar había variado el juego estratégico. Todo caería por tierra si traslucía algo de lo que proyectaba el Libertador. De inmediato readaptaría su táctica el general español, y los mismos caudillos independientes perderían interés en continuar la inmediata guerra en un teatro ya secundario. En apariencia, pues, nada ha cambiado: Bolívar dedica los meses de lluvias, y los del otoño de 1818, a preparar ostentosamente una repetición de la anterior campaña. Abastece a Mariño, y con el ejército de Oriente propone operaciones semejantes a las que iniciara con Zaraza; a la vez cuida el frente del Apure y confirma a Páez que oportunamente avanzará sobre los valles de Aragua para cerrar las pinzas. Todo hace creer en una nueva e idéntica embestida, que es precisamente la que Morillo previene con sus recias operaciones sobre el Apure.

Con la perspectiva que otorga el tiempo, sin embargo, pueden observarse significativos cambios en los planes y actividades del Libertador. Atacar por la costa de Barlovento de Venezuela, sin el dominio del mar, frente a plazas bien guarnecidas y ejércitos móviles a distancia de pocas marchas, no era factible. Los refuerzos que le envía a Mariño, además, no son de calidad; le anuncia por ejemplo

la partida de la Guardia de Honor, pero casi de inmediato cambia ésta de rumbo, pues Bolívar la dirige al Apure. Es perceptible que el Libertador actúa de muy otro modo que el militar osado y orgulloso que ha sido y seguirá siendo: magnífica la insignificante derrota de Mariño en Cariaco y deshace camino desde Maturín para volver cuanto antes a Angostura. Queda uno con la firme impresión que se trata más de un simulacro que de una verdadera campaña.

La proyectada operación granadina descansa, en segundo lugar, sobre un ejército ofensivo dotado de una fuerza de choque colosal; nada que se le parezca existe en julio de 18, máxime cuando que habrá de componerse de infantería, pues también en América se ha impuesto esta arma como la reina de las batallas. Indiscutibles pruebas de que el Libertador se preocupó por organizarlo cuando todavía guerreaba contra Morillo en la campaña del Semén, existen. Es el coronel English, apenas serenado el polvo de la batalla de este nombre, quien le escribe a Hippisley: con fecha de 24 de marzo de 1818 le comunica el deseo del Libertador "de conservar a los ingleses para la expedición a Santa Fe en la próxima campaña". (O'Leary, XII, 412.) Propósito inicial de Bolívar había sido en efecto apoyarse sobre un cuerpo veterano de soldados británicos; pero esos ingleses, por más que se nos afirme lo contrario, nunca llegaron. Las únicas tropas con las que pudo contar Bolívar para su campaña granadina, fueron aquellas que formaron la llamada Legión, que no llegron a trescientos, y que condujeron Rooke y MacIntosh en las grandes batallas, eso sí con resultados felicísimos. No debemos olvidar, en cuanto a los británicos, a los excelentes y dedicados oficiales que dieron al batallón *Rifles* su inigualada reputación como fuerza de choque; tampoco ignorar que casi todos los mercenarios siguieron a McGregor en la malhadada empresa de Portobelo, o formaron parte de aquella Legión irlandesa que Urdaneta no pudo disciplinar, y que tomó a saco a Barcelona. ¡Con razón Bermúdez maldecía la presencia de aquellos que más que aliados parecían filibusteros de nuevo cuño!

Uno de los primeros actos del Libertador al regresar a Angostura fue ordenar la formación de la Guardia de Honor, pues ni confiaba en la venida de los británicos ni quería depender de ellos. La formación de este cuerpo no oculta, como algunos malévolos comentaristas han supuesto, la aparición de una guardia pretoriana; marca el nacimiento de la infantería de maravilla, del instrumento de las victorias caudales. La Guardia se forma alrededor del Batallón Sagrado, al que se agregan otros supervivientes de la campaña del Semén, así como los mejores reclutas guayaneses. Fue Anzoátegui el alma de este cuerpo, desde su concepción hasta su transfigura-

ción en Boyacá. Para dotar a la Guardia de un corazón de león, nadie más indicado. De su Barcelona nativa, poco recuerda; de su juvenil Oriente, apenas sus pininos en la academia militar, apenas su matrimonio con la novia del terruño, a la que vio poco, no amó más que como el hombre que ya no era, y a la que empreñó dos veces en sus brevísimas visitas. Desde el grito inicial de *Cabildo abierto* se cuenta Anzoátegui entre los insurgentes, y en las inmensas tribulaciones que siguen a ese desesperado grito de infantil esperanza, muestra que está hecho, todo él, de acero; y el acero es duro y flexible, y es de los que vuelven con Bolívar desde Haití, de los que con Piar vencen en Juncal y San Félix, de los que conquistan Guayana con Bolívar, y de los que se distinguen en las terribles campañas de 18. Dentro de este guerrear tan incansable como el mar, Anzoátegui desarrolla ese sexto sentido que está reservado a los favoritos de Marte. Nadie sintetiza mejor las cualidades de esa infantería, heredera directa de los tercios de Gonzalo de Córdoba, que este hombre siempre ensimismado, profundamente solitario, que regaña sempiternamente (al decir de O'Leary), pero que era el general más querido en la infantería: Anzoátegui es el Lannes de las guerras de Bolívar.

La Guardia de Honor, dentro del propósito mediato que abrigaba Bolívar, tenía que usarse sin usarse. Era su presencia necesaria en el principal teatro de la próxima campaña, pero había que evitar que esa presencia degenerara en acciones excéntricas que la mellarían sin objeto. Lista desde fines de noviembre, Bolívar la envía al Apure en una flotilla, y ya frente a Morillo, el Libertador se ingeniará para evitar comprometerla, atesorándola siempre: sobre ella había depositado todas sus complacencias.

Las cuestiones que hoy se apelan de logística eran, en tercer lugar, punto menos que insolubles. Llevar a efecto la operación granadina equivalía para Bolívar a jugarse el todo por el todo. Su teatro de operaciones se extendería desde Chaguaramas, sobre el Guárico, hasta el altiplano de Bogotá, y en una extensión comparable a la que abarcaba Napoleón en su campaña de Austerlitz, le era imposible a Bolívar establecer líneas de abastecimiento o fijar etapas para una posible retirada. Por ello, y como militar avezado y prudente, contrarrestó sus limitaciones tácticas introduciendo elementos de orden superior. El primero, en orden y en importancia, fue la fuerza revolucionaria del pueblo granadino. Si la tiranía del virrey Sámano había despertado los sentimientos heroicos de ese pueblo, que Bolívar conocía como el que más, la invasión podría descansar sobre la activa ayuda que los granadinos prestarían a los libertadores. Para determinar si ese sentimiento efectivamente exis-

tía, y también antes de que terminara la campaña de 1818, envió Bolívar al coronel Justo Briceño. De la Nueva Granada retornó Briceño con informes positivos que a principios de agosto entregó a Bolívar. Trajo consigo, como inesperada dádiva, a peticionarios casanareños: hastiados de los delitos que bajo pretexto de liberarlos cometen fascinerosos como Nonato Pérez, estos patriotas viejos piden a Bolívar formar parte de la república. No sólo acepta Bolívar el envite sino que decide de inmediato convertir a Casanare en la avanzada de su gran operación: en ello invierte todo el capital militar disponible entonces, y nombra a Santander para que organice la vanguardia del ejército que tramontará los Andes. La elección de Santander era particularmente feliz: conocía militarmente la nueva provincia libre, había demostrado ser un excelente oficial de estado mayor, y era un acendrado patriota que pondría cuanto estuviera de su parte para liberar a la que volvía a su nombre aborigen de Cundinamarca.

Atento estuvo el Libertador a percibir esos otros elementos militares que favorecían su empresa. Se enteró pues, y comentó con complacencia a sus conmilitones, de los triunfos de San Martín en Chile; calculó en efecto que desviarían la preocupación de las autoridades españolas hacia el sur, menguando los elementos defensivos a los que tendría que enfrentarse. La envidia y el falso deseo de superación, tachas que pretenden enrostrarle sus enemigos, no aparcen por ninguna parte.[1]

Disfrazar la formación de la Guardia de Honor como cuerpo destinado al Apure era posible. No lo era atribuir a la vanguardia de Casanare otro propósito que aquel para el cual había sido creada. Excelente seguía siendo el espionaje español: había oro y había patriotas flojos. Y escaldado por la sorpresa de Calabozo, a la menor indicación Morillo habría venteado el nuevo proyecto y variado en consecuencia su plan de ataque.

Este episodio es el que mejor revela el genio de Bolívar. Su valoración de la psicología del adversario es perfecta. Abiertamente proclama su propósito de invadir la Nueva Granada y expide una de sus altisonantes proclamas (15-VIII-18). Asegura en ella que el ejército de Morillo ya no existe y que "el sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo nuestro territorio (el granadino) altares levantados a la libertad". Nos extasiaríamos, de interpretar esta proclama como destinada a los granadinos, frente a su carácter augural; de así hacerlo desecharíamos su principal mérito, pues sirvió para engañar a Morillo sobre los verdaderos objetivos

[1] Bolívar a Justo Briceño, 20-VIII-1818.

de Bolívar. Por supuesto que la proclama llegó a manos de Morillo, e irritó su reciedumbre castellana. Si la desestimó como inútil balandronada, como buen militar tomó precauciones. Al general Barreiro, quien comanda la tercera división, le ordena limpiar de insurgentes los llanos de Casanare, pues no conviene que los chacales se acerquen demasiado al rebaño. Hecho esto, prosigue engolosinado, su campaña en el Apure: pregona el paso del Arauca como una operación digna de figurar entre las mejores de su género, e impulsa sus marchas sin percatarse de que obtiene resultados cada vez más exiguos, y de que inútilmente cansa sus tropas.

Demuestra Bolívar que conoce a fondo a Morillo, y prevé con matemática exactitud la repulsión y la repercusión que provocará en aquél su proclama de agosto de 18. Sabe que el general español reaccionará lo suficiente para aquietar su conciencia militar, pero no lo bastante para desvirtuar el colosal proyecto que acaricia Bolívar. Un general desprovisto de poesía nunca podría tomar en serio lo que tan abierta, tan ostentosamente se le dice. Ni una sola de las divisiones sitas en Venezuela se distrae, ni se refuerzan tampoco las tropas españolas en Nutrias, desde donde de consuno con Barreiro un movimiento de pinzas habría podido destruir a Santander. Como esos grandes jugadores de ajedrez que mueven la pieza precisa para no suscitar inquietudes en el contrario, el Libertador ha desalineado de antemano los reflejos de Morillo. La tercera división sigue desprotegida en tanto Santander completa su cuerpo de ejército casanereño y transforma esa provincia en punta de lanza del proyectado ataque. Tiempo, también, para que lleguen las lluvias sin que Morillo triunfe en Venezuela.

Durante todos esos meses los movimientos de Bolívar nos recuerdan, por su seguridad, los del halcón, cuyo vuelo en apariencia incierto se debe a que sólo su penetrante vista percibe la elegida presa. Tras el fracaso de Mariño, retorna a Angostura; no se precipita por cierto, y permanece varias semanas en la capital. Remonta finalmente el Orinoco y se incorpora al ejército del Apure en San Juan de Payara el 16 de enero de 1819. Todo el frente patriota vibra entusiasmado, seguros los soldados que a su llegada, como en 1818, Bolívar iniciará grandes cosas. "Nuestras operaciones van a principiarse y todo está dispuesto", afirma el boletín del ejército; pero nada ocurre. Apenas cinco días después de haber llegado, este guerrero audaz toma el pretexto del arribo de numerosas tropas inglesas para ausentarse, y con destino a Angostura desciende otra vez el Orinoco.

Con credulidad excesiva han aceptado los autores las razones que dio Bolívar. ¿Era realmente indispensable que el general en

jefe en persona recibiese las tropas inglesas? ¿No contaba acaso con generales como Urdaneta, como Soublette, que por cierto poco después hicieron excelentemente esa labor? Y con el ejército de Morillo al frente, ¿era cónsona su ausencia? Pero como su estancia en Angostura le dio ocasión para pronunciar el excelso discurso con el que inauguró el Congreso, todo lo demás quedó desde entonces en la penumbra.

La verdadera razón para ausentarse del frente del Apure no eran los ingleses, ni la apertura del Congreso. A Santander, en larga carta (Caicara, 25-I-19), le habla de circunstancias que lo han movido "a hacer esta suspensión de operaciones para asegurar más y más la suerte de la campaña". Su ausencia por fuerza ralentaba el frente: Páez, muy golpeado por sus anteriores fracasos, se refugiaba en la guerrilla, y Anzoátegui, al mando de toda la infantería, recibía como instrucciones las de no aventurar batalla "sin una probabilidad vehementísima" de triunfo.

Un mes y trece días permanece Bolívar en Angostura, casi la cuarta parte del tiempo hábil para la campaña. Y él, tan impaciente, no tiene empacho en aguardar, durante días y días, la llegada cada vez más problemática de los regimientos ingleses. Ya empezado el mes de marzo regresa al Apure, en medio del universal regocijo: el ejército clama por la batalla y cuenta con la fogosidad del Libertador. Avanza en efecto, pero evita entrar en el radio de acción en que el combate sería ineludible; sigue hostigando a Morillo, y se escuda en la fuerte resistencia que le opone un batallón español que sorprende en la Gamarra para volver a la guerra de maniobras. Celebra hasta el ditirambo, eso sí, el encuentro de Páez con la caballería enemiga en Queseras del Medio, pero este solo manjar ofrece al orgullo militar independiente en esa huera campaña.

No faltarán quienes, ante la narración de este episodio, vuelvan a tacharme de artificioso. No era esto lo que Bolívar quería, me dirán, que ardía en deseos de medirse con el español. Y traerán a cuento, claro está, la famosa carta de Bolívar a White (4-IV-19), en la que él mismo se pinta como un guerrero impetuoso, pero (afirma) "he tenido que reprimir mi resolución y evitar el combate por conformarme a los consejos reiterados de todos nuestros amigos... todo en fin me aconseja la conducta de Fabio que, con harta pena, me veo obligado a seguir". Al responder señalaré que dirige esta carta al que hoy llamaríamos agente de publicidad de Bolívar en el exterior. Al Libertador le interesa que la opinión europea lo acate como el caudillo de la revolución, y éste por definición no puede ser cauto. Se presenta como un Fabio a la fuerza,

aunque contraríe profundamente la realidad. Y puesto que de citas se trata, ¿por qué no referirse a la carta que el 10 del siguiente mayo dirigió a Bermúdez y en la que de muy otro modo define su estrategia? "Como mi objeto no ha sido sino entretenerlo y molestarlo (dice Bolívar de Morillo), no he querido presentar una batalla general, pero nuestras guerrillas han logrado quizá el mismo suceso que habría tenido aquélla."

¡Cuán extraordinaria es la memoria humana! Para darles mayor relieve, superpone emociones a los acontecimientos, y la secuencia real le tiene sin cuidado. Encontramos, por ejemplo, que O'Leary nos afirma que las lluvias empezaron el 26 de mayo, al salir el ejército insurgente de Mantecal, cuando existen abundantes pruebas de que habían empezado desde mucho antes. Nada en efecto alteraba el ritmo implacable del reloj de agua. Toda la campaña de 19 se había ido en preparativos. ¿Qué esperaba Bolívar para iniciar su magistral ofensiva? Ligado estaba a su propia estrategia. No podía comprometerse irrevocablemente sin tener en mano todos los cabos sueltos. Era preciso que Morillo reconociera su fracaso en el Apure, y que Santander le informara que las operaciones encomendadas a Barreiro sobre Casanare, tampoco habían alcanzado éxito.

Engolosinado hasta el final había estado el general español. Otra vez los deslumbró el complejo colonial: estimó gran triunfo demostrar la superioridad técnica de las tropas reales sobre las "hordas indisciplinadas" que representaban la revolución. Espoleado por las aguas evacuó Achaguas, y dejando bien fortalecido a San Fernando de Apure, llegó a sus cuarteles de Calabozo el 12 de mayo. En forma divergente movió Bolívar la Guardia de Anzoátegui hacia el oeste; cuando el ejército español cruzó el Apure, Bolívar remontó otro poco, siempre hacia el oeste: hasta Mantecal, donde hizo descansar a su Guardia, en espera de la última pieza que le permitió completar su rompecabezas de Boyacá.

Barreiro había demostrado ser un general de cuño corriente, y preparó la expedición punitiva que Morillo le ordenara con una calma propia a adversarios estancos. Su tercera división descendió a los llanos casi al filo del agua, y la destrucción que causó —incluso el saqueo de Pore— no afectó las fuerzas vitales de la vanguardia. Descansa Bolívar en las cualidades militares de Santander, cuya fortaleza radica en lo redondo de sus preparativos, en la cautela de sus movimientos. No tuvo pues empacho en contener al invasor con simples guerrillas, condimentadas con alguna sorpresa que contribuyó a convencer a Barreiro de la inutilidad de una campaña que siempre creyó ociosa. Para el 18 de mayo, con apoyo en los varios partes de Santander, concluye Bolívar que la expedición de

Barreiro ha fracasado: los sucesos que me anuncia, le dice al primero, "aunque pequeños, son preliminares seguros de otros más completos y decisivos".

¡Al fin! Todos los elementos existen, y sin perder un minuto el Libertador pone en juego ideas, hombres y elementos preparados de mucho tiempo atrás. El 20 de mayo previene a Santander que reúna toda la vanguardia; tres días después convoca a una junta de guerra con los generales del Apure, la cual tiene lugar en la aldea del Setenta, al sur de Nutrias; ésta, que nos llega con resplandores homéricos, endosa la invasión, y da pie para que casi todos los glosistas exalten el momento, como si allí se hubiese decidido una campaña incubada desde hacía un año. Pero el jefe de guerra está condenado a la soledad y al secreto, y Bolívar será el primero en hablar de la campaña granadina como de una que había sido generalmente recomendable y aprobada.

Aún en Setenta sigue Bolívar pensando en Morillo, su gran adversario; sabe que el español cuenta con espías que lo informarán sin tardanza de lo allí decidido, y sabe igualmente que Morillo reforzará su tercera división. Por ello es que el secreto, pero un secreto encubierto siempre bajo operaciones evidentes y plausibles, es el signo distintivo de esta campaña. Ya con sus tropas en movimiento, todavía elabora Bolívar varios otros planes ficticios, conservando para él sólo su norte magnético. Desde Setenta proclama una operación conjunta que emprenderá con la división de Páez para invadir la Nueva Granada por los valles de Cúcuta. Días después, en Guasdualito y con sus tropas a la puerta del valle del Casanare, todavía ordena a Páez que persista en ese proyecto; y más adelante aún, cuando su vanguardia rechaza en Paya la guarnición española, hace creer el Libertador que invadirá por el camino de Labranza Grande, cuando de antemano había determinado que la única ruta que le convenía era la considerada como imposible, la del páramo de Pisba.

No se equivocó el Libertador en sus cálculos respecto a Morillo. Al general español le llegaron efectivamente informes de lo ocurrido en la aldea del Setenta, y a Cúcuta fue el mariscal Latorre con buenos refuerzos. Y Bolívar sabrá, en todo momento, que tiene a Latorre en peligrosa cercanía, y duplicará el ritmo de su ofensiva para impedir que caigan proyectos equilibrados sobre el filo de una navaja. Agreguemos, como elemento de juicio que incrementa todavía la estatura de Bolívar, que por parte de Páez no obtuvo colaboración alguna: no ya la operación sobre Cúcuta, pero ni siquiera recibió de él las prometidas madrinas de caballos. Nada que

no redundara en su propio poder e inmediata influencia tenía importancia para el apureño.

Hemos llegado a la acción por tanto tiempo aprestada: la marcha de la división Anzoátegui hacia Cundinamarca... la marcha de Bolívar contra el destino... la marcha ha empezado y las lluvias también... lluvias que transforman la ardua empresa en marcha de titanes... hasta las serpientes se acogen al cobertizo, pero los hombres de Bolívar marchan... marchan en tanto llueve en toda la inmensa extensión de llanos que se pierden hasta formar horizonte... hasta transformarse en un mar de lluvia... marchan los de Bolívar de Mantecal en tanto llueve en Setenta... y llueve cuando acaricia el ejército la comba del Alto Apure para torcer hacia el suroeste... y en tanto llueve marchan... marchan hasta Palmito... atrás, atrás quedan los rebaños, que con las marchas viene el hambre... y las mismas lluvias deciman a los potros... pobrecillos, con sus alas mojadas, ¿cómo iban a trasponer los llanos? Son infantes los que marchan... tropiezan a veces y caen, pero siguen marchando... marchan tras un hombre de fuego, más pertinaz que la lluvia y más inmenso que los llanos... donde flaquea un escuadrón allí está... donde desmaya un regimiento está allí... comparte las marchas con sus hombres, todas las marchas... por entre la lluvia martillea su convicción del triunfo... triunfar marchando, porque antes de verse a las manos con los españoles hay que vencer a la tierra y al agua... elementos primigenios... elementos contrarios... pero los que marchan cuentan con el fuego de Bolívar... y si llovía cuando iniciaron la marcha, llueve días, siglos después... llueve cuando marchan por Palmito, llueve cuando entran en Guasdualito... llueve, pero la geografía ha variado... han transmarchado los bajos llanos... ahora los gigantescos contrafuertes de los ríos impiden la marcha libertadora... aquí es un caño convertido en inmenso torrente... allá un estero que es ahora turbia y desmesurada laguna... y en las pesadillas de estos hombres que marchan tornará siempre una imagen que escapó al Dante, la del estero del Cachicamo... otra ruta no había... marcharon por el medio del estero... y marcharon con la lluvia a la cintura, y a veces con el agua al cuello... un sol de lluvia anochecía y un sol de lluvia amanecía... los hombres marchaban y el Cachicamo no terminaba... pero entre ellos marcha Bolívar... monta ahora un potro rucio que los llaneros distinguen como nadadores... y cruza y entrecruza el estero para llevar sobre la grupa a quienes ya no marchan... y también a las soldaderas... a pesar de las lluvias, ellas con sus llaneros marchan... la lluvia redobla cuando los libertadores avistan Guasdualito... y llueve también cuando marchan

hacia el soberbio Arauca... no amaina la lluvia cuando entran a la cuenca del Casanare... y llueve cuando marcha el ejército hacia el valle del Sogamoso... marcha por el río Lipe, y llueve cuando cruza el Cuiloto... llueve en Tame donde encuentran un festín de reyes: unos pocos plátanos condimentados por marchas y por lluvias... y siguen marchando porque así lo quiere Bolívar... Tame, y llueve el 14 de junio... como llovía en Mantecal el 26 de mayo... y por entre la lluvia cruza el ejército el Chira y marcha por el Ariporo, y llueve cuando llega a Pore... llano y luvia se inclinan ante el caudillo cuyos hombres marchan por donde no cruzarían caimanes... bajo la misma lluvia marcha ahora el ejército unido... marcha por el Pauta y toma impulso en el Tocaira... marchando siempre escala los Andes... la vanguardia rechaza en Paya el primer destacamento español... con esta marcha —que combate apenas fue— principia la campaña de la Nueva Granada... y llovía cuando esto ocurrió, que fue el 30 de junio... y marchan, marchan hacia la niebla, la otra niebla más alta que la del llano... niebla que cristaliza en inmensas moles que se entreabren apenas... y por allí marchan, que Bolívar marcha él primero... una cañada de color café verdoso, un collado gris ayuno de vegetación enmarcan sus marchas... y siguen marchando más allá de la montaña... marchan hasta confundirse con el cielo de lluvias... lluvias que esconden el Pisba, donde las marchas deletrean muerte... pero Bolívar marcha y sobre el Pisba marcha su ejército... marchan aunque cobra el Pisba su peaje en sangre... y contramarcha Bolívar para revivir a sus emparamados... y poco a poco, triunfantes de lluvia, de llano y de montaña, marchan por el pueblecillo de Socha extraños grupos... marcha de sombras, sombras que marchan, pues allá en la lluvia del llano dejaron la perecedera materia... son espectros que marchan... son generaciones que tras Bolívar marchan... son universos que marchan en la marcha infinita de la libertad...

Los límites que encuadran la estrategia de Bolívar en la campaña propiamente de Boyacá —la que empieza en Paya— son tan estrechos que cualquier otro se habría por completo descorazonado. En Socha no había ejército: apenas un hacinamiento de hombres exhaustos. Aún no cruzaban el Pisba los británicos, ni había llegado la artillería, ni Soublette había podido transportar el parque. Y la Guardia, la de Anzoátegui —que era la columna vertebral del ejército, pues hablamos de veteranía y no del origen de los soldados libertadores—, había sufrido terriblemente. Casi como en susurro nos llegan datos que nos hacen suponer que en sus marchas la Guardia perdió entre un tercio y un cuarto de sus efectivos, lo equivalente a una considerable derrota. Y sin contar con esta fuerza

de choque, Bolívar no puede pensar en arrostrar la tercera división española.

Fue entonces cuando el Libertador se convirtió en alguien muy cercano al dios de la guerra. Conservó la iniciativa, mantuvo al enemigo en la incertidumbre y sustentó a sus hombres, convenciéndolos que la ofensiva iniciada en el Apure no se había represado. Con elementos que merecen a otras generaciones una sonrisa de conmiseración —como son las vestimentas que recibieron los libertadores de las beatas de Socha, en versión que no tenemos por qué rechazar— creó en 72 horas lo que aparentaba ser un ejército. ¡Y con ese remedo avanza! Era urgente atemorizar a Barreiro, impedirle que atacara pues nadie hubiera entonces evitado la desbandada y la catástrofe. Ataca pues Bolívar, sin propósito de batallar, pero ocultando con sus ataques su inmensa debilidad. Y ataca no obstante que se aleja de Socha, de Socha que es punto de arribo de sus abastecimientos, de reunión para los mil y uno de los emparamados sin los cuales no habrá Guardia ni habrá victoria.

Se ha discutido, a todo esto, la calidad militar de las tropas españolas, y procurado menguar la estatura de Barreiro, negándole incluso el grado de general que sin duda poseía. Nos hallamos por desgracia en pleno anti-mito, y con tal de reducir a Bolívar a proporciones parroquiales, para así destruirlo, incluso las armas bajas se permiten. Las tropas eran tan buenas como las que triunfaron en Cojedes o en el Semén, y para enardecerlas además, Barreiro había hecho alancear públicamente a los primeros prisioneros tomados en suelo granadino. Como general en ciernes, y para hacer olvidar sus faltas en la campaña de Casanare, Barreiro ansiaba una gran victoria. Actúa con circunspección y concentra todas sus tropas. Barreiro contaba además con poderosos refuerzos: a un paso, en el Socorro, el excelente regimiento de Lucas González; un poco más lejos, en Cúcuta, Latorre que desde Venezuela ha llegado con el Primero de Navarra; y más lejos todavía, pero a distancia hábil para una larga campaña, las divisiones realistas de Pasto y del Bajo Magdalena. Bolívar en cambio no tenía más reserva que las guerrillas granadinas, pero éstas no alteraban la suerte de una campaña en que los ejércitos obraban por grandes masas. El tiempo favorecía a Barreiro: cada día menguaba la fuerza de la ofensiva, en tanto aumentaba la del defensor; cada día confirmaba que con su irracional audacia Bolívar se hundía en una trampa de la que nunca saldría victorioso.

Hacia el sur, con su remedo de ofensiva, se mueve lentamente Bolívar. Su guerra es de maniobra, y los combates de Tópaga y de Gámeza son para sentirle el fierro al adversario. Las cosas toman

otro cariz cuando el Libertador cruza el Chicamocha: Barreiro no puede, sin batalla, dejarle abierta la ruta de Tunja y de Bogotá. El 25 de julio se sitúa pues en las alturas de un valle entonces encenegado que la historia conoce como el Pantano de Vargas. Veinte días han transcurrido desde que llegó a Socha el ejército, y el Libertador cuenta con todas sus divisiones. Ni una situación desventajosa, ni una retirada cortada por el río le impiden aceptar con alacridad la batalla: su excelsa Guardia, cree él, aniquilará a los españoles.

La batalla de Pantano de Vargas —aunque por razones diametralmente opuestas a las generalmente admitidas— es el eje de toda la campaña. El boletín de la batalla y sus consecuencias, tanto en Cundinamarca como en la misma Angostura —pues coadyuvó al triunfo de un golpe de estado contrario al Libertador—, confirman todos que fue desfavorable a Bolívar. La vanguardia libertadora primero, la misma Guardia después, y la Legión británica que fue terriblemente castigada por los españoles, fueron todas barridas. Azorado, y ya sin reservas, como último recurso lanzó el Libertador una desesperada carga que con caballos recién llegados ejecutó Rondón con catorce de sus llaneros. La carga espléndida de San Rondón —como la apelará Bolívar— contuvo la ofensiva española y niveló el frente, terminando la lluvia y la noche una batalla tan sangrienta como indecisa. Pero precisamente por ser indecisa implicaba una derrota: la fuerza de la ofensiva libertadora se agotaba sin que lograra Bolívar ventajas decisivas. Barreiro podía vanagloriarse —como en efecto lo hizo con el virrey Sámano, que oculto tras sus alas de murciélago veía desde lejos los combates, allá en el palacio de Santa Fe de Bogotá— que el Libertador tocaba su nadir.

La percepción inmediata de esta realidad, y la energía demoniaca que en el acto engendra Bolívar, comprueban su inconmensurable grandeza. En la calidad bélica de su Guardia descansaba su campaña, y ella, al igual que la Vanguardia, le había fallado. El parte de la batalla es un latigazo que cruza el rostro de los patriotas: fuera de Rondón y de Carvajal (éste también llanero), un despectivo silencio encubre a los soldados de América. Los legionarios británicos, en cambio, que por primera vez combatieron bajo el mando directo de Bolívar recibieron todos —¡todos, sí!—, la estrella de los Libertadores. A este aguijón añade Bolívar sustantivas medidas. La ayuda prestada al ejército por los granadinos, con ser generosa, era insuficiente. Desde Duitama, adonde ha retrogradado después de Vargas, proclama Bolívar la ley marcial. Lo hace pasando por sobre la airada oposición de sus generales granadinos. Éstos, como Aquiles, se retiran agraviados, pero no impiden a una voluntad

ígnea poner en pie de guerra a toda la región. En seis días, como los de la Creación, reorganiza por completo el ejército, moldea hombres y potros para reemplazar las muchas bajas, y forja el instrumento que permitirá a los libertadores borrar su vergüenza y saciar su venganza.

Con apoyo en la ley marcial soliviantó Bolívar las poblaciones aledañas. Al Socorro envió a Antonio Morales, bogotano de cepa y patriota desde la primera hora. Su encomienda era vital: impedir la fusión del regimiento de Lucas González con el ejército de Barreiro. Todo medio era bueno, e incluso aceptó Bolívar los servicios bastardos de Pedro Agustín Vargas, guerrillero infame, culpable del fusilamiento de Antonia Santos. En esos días terribles no se hablaba de absoluciones sino de matar españoles, y Pedro Agustín, el asesino, fue tan útil como Antonio el del florero. Uno y otro, secundados por el patriotismo insigne de la población de Charalá, realizaron el milagro: Lucas González fue detenido. Por tres días, largos como siglos, encontró González un pueblo que hacía honor a Sagunto y Zaragoza. Y cuando al fin triunfaron los profesionales del arma, fue para entregarse a todas las bajezas que los tiranos permiten a sus esbirros, dizque para ejemplo de otros. Ya para entonces las víctimas habían sido vengadas, y los soldados de Lucas González eran tan inútiles a España como si fueran hileras de espantapájaros.

Punto central del ciclón de Duitama fueron las transformaciones psicológicas que impuso Bolívar a su ejército. La moral de éste había fallado: sus hombres, por así decirlo, seguían emparamados, y no había podido sacar de ellos la inigualable melodía marcial con la que contaba para obtener el peán de la victoria. Transmutar esos hombres exhaustos en los perros de guerra que requería la patria es el mayor título al renombre del general Bolívar. Y sus esfuerzos, por supuesto, se concentraron sobre los comandantes. A cada uno tuvo que herirlo en lo más hondo de su ser, que estrujar sus más íntimos complejos, que hacer aflorar sus más secretas pasiones para convertir esos capitanes exánimes en máquinas de muerte en seres iracundos, ansiosos de volver a medirse con el español.

La confrontación entre Bolívar y sus generales fue un choque sideral. Sus efectos y consecuencias alteraron la secuencia de nuestra independencia. Fue uno de ellos la brusca muerte de Anzoátegui cuyo corazón poco después se quebró. Otro, el odio ardiente que suscitó en los pechos de Santander y de Antonio Obando. Destila este odio el relato que confeccionaron sobre la junta de guerra ocurrida en el Llano Miguel, cuyas coordenadas hasta ahora nadie conoce. No hallamos el relato, por cierto, en la relación que anónimamente publicó Santander el mismo año de la campaña. (O'Leary

III, 464 y ss.) Fue hasta 1830, cuando era Santander enemigo mortal y declarado de Bolívar, cuando apareció. La supuesta junta, en la cual el Libertador propuso dejar sin mañana la campaña, no pudo celebrarse al iniciar el ascenso de los Andes: todo cuanto hay de militar y de humano hacían imposible considerar siquiera esa decisión. Pero en Duitama, después de la derrota en Vargas, ocurrió en efecto, y en ella tuvo Bolívar que ofender mortalmente a sus lugartenientes. Imaginemos el tremendo encuentro: un Libertador que arroba, y que con la mayor dureza hiere en lo más profundo del alma a sus antiguos amigos. En esos momentos él es la patria, y no tiene otro interés que salvarla. Con su fría cólera echó en cara a Santander su cobardía, a Obando su ineptitud, a Anzoátegui sus amores con Cecilia Gómez (pues este guerrero, cuyo único amor ha sido la guerra, tras la fatiga inmensa de esta campaña, encuentra la vida en una mujer); a MacIntosh, quien sustituía a Rooke, el coronel de la Legión muerto heroicamente en Vargas, lo acusó de ser inferior a los soldados americanos, y a Rondón, de que mucho le quedaba por hacer para saldar su vieja cuita con esa patria a la que como realista vejara. No había más dilema que ése: o hería a esos hombres en lo más íntimo para obligarlos a combatir rabiosamente, como nadie hasta entonces había combatido en Cundinamarca, o se dispersaba en insignificantes guerrillas el que hasta ahora fuera un gran ejército. Y todos, todos furiosos respondieron airados, y juraron superarse, y clamaron por la batalla, y regresaron a sus comandos con la decisión indestructible de desmentir a aquel que así los desafiaba. Guardaron también, eso sí, un odio inexorable contra Bolívar, pues jamás perdona el hombre a aquel que ha osado develar su inconsciente.

Con sus soldados vibrantes como cuerdas de ballesta, toma Bolívar la ofensiva: su ofensiva, la napoleónica, la que busca al ejército enemigo desentendiéndose de toda trata, ardid o artificio para forzarlo a batalla y aniquilarlo. La melodía marcial surge potente, y no hay intervalo entre el pensamiento del general y su ejecución por el soldado. Mediante una maniobra nocturna muy elogiada —pero que no es el eje de la campaña, que éstas nunca se ganan con maniobras—, Bolívar engaña a Barreiro y ocupa Tunja; estamos a 5 de agosto. Sin atribuirle importancia, descuidando incluso un espionaje hasta entonces excelente, sigue Barreiro al Libertador; al comprobar que Tunja ha sido efectivamente ocupada, prefiere replegarse sobre Santa Fe de Bogotá. Ésta es la marcha provocada por Bolívar: desde las alturas de Tunja él mismo observa la ruta que toma el ejército español, y cuando comprueba que elige la de

Boyacá, escucha complacido el grito de la multitud tunjana, y suelta a sus ángeles exterminadores para atajarlos en el puente.

Son muchos los comentaristas que armados de pasómetros, e incrédulos ante el arcano de la historia, se empeñan en demostrar que la victoria no fue todo lo grande y heroica que realmente fue. De creerlos, y contra todo cuanto señalan los antecedentes y confirman los testimonios e indicios, la gran batalla buscada por Bolívar de meses atrás y provocada desde su marcha de Duitama, se transforma en un encuentro casual y fortuito. Es sin rubor, cómo esos polemistas rechazan el testimonio del virrey Sámano, para quien no cupo duda que Bolívar preparó una sorpresa a Barreiro, y que ésta tuvo lugar en el puente de Boyacá. Porque fue en un santiamén como marchó el ejército libertador de Tunja a Boyacá: era la última de sus marchas, era la batalla en la que todos —desde los generales hasta los soldados rasos— desmentirían todo cuanto Bolívar les había enrostrado. El puente era su objetivo y a él llegaron mucho antes que los españoles. Y agazapado el ejército como un tigre, atalayó la pausada marcha del desprevenido Barreiro en los lomeríos que aun hoy, a pesar de la carretera, rodean y ocultan el puente de Boyacá. Sin descubrir sus cuerpos, destaca el Libertador su caballería; una vez detenido el enemigo, mueve de súbito sus grandes masas de infantes, y antes de que Barreiro sepa lo que ocurre, su ejército ha sido dividido, y por todos lados se le ataca. Dos batallas simultáneas componen la de Boyacá (la de Santander, que combate la Vanguardia de Tolrá sobre el río Teatinos, y la de Anzoátegui, que acula el grueso del ejército real contra la Quebrada de las Piedras); y desde el centro, desde la altura que aún hoy se conoce por la Piedra de Bolívar, dirige el Libertador una y otra. Y todavía —como lo reseña el general Wright—, todavía hiere Bolívar el amor propio de cada una de sus unidades, a medida que entran en liza y se transforman en mirmidones. Bajo el ojo prodigioso del halcón de altanería de nuestra independencia, ocurrían al fin las cosas como desde el Semén las había imaginado. En Boyacá el ejército libertador fue todo lo que él, Bolívar, había soñado: Anzoátegui fue implacable como el destino y certero como la muerte; él y sus batallones cortaron, rodearon y destrozaron el centro de Barreiro; incluso la vanguardia de Santander luchó ese día como los grandes.

En un tiempo tan breve que no era tiempo, un ejército de maravilla aniquiló al contrario: un tercio de sus efectivos muertos o heridos, la mitad prisionera, su general y casi todos sus comandantes, muertos o rendidos; de la orgullosa Tercera División española no quedan ni sus colores. Esa infantería incubada bajo e

martilleo vulcánico de las guerras venezolanas engendraba batallas alejandrinas: Boyacá, Carabobo, Pichincha, Ayacucho... todas breves, completas, definitivas, y tan absolutas que por no entenderlas procuran los zoilos explicarlas acogiéndose a las fallas del vencido y no, como debieran, a la excelencia del vencedor.

Boyacá, como lo será Junín, es una victoria solar a cuya vera se instaura un nuevo sistema.* Bolívar, que resabe su Homero, confiesa que las victorias son obra de los dioses, aunque advierte que es la industria humana la que las dignifica y consolida. Su actividad subsecuente a la victoria del 7 de agosto es también portentosa. A los que apenas ayer eran enemigos, los incorpora a sus filas como americanos, y encarga a los fortalecidos batallones, sin darles tiempo de respirar siquiera, consumar la destrucción del enemigo. Éstos recogen rezagados, heridos y desertores; aquéllos trituran los pequeños grupos que aún militan; los de más allá secundan a los patriotas del Socorro, en tanto aquellos otros marchan a liberar Pamplona; y a los de aún más allá, bajo un teniente coronel en quien asoma el guerrero que fulminará en Ayacucho, liberan Antioquia, y después el Chocó; no tardarán en unírseles Popayán, Neiva y Mariquita para completar las nueve provincias que ya serán siempre independientes.

Con la misma prontitud que impone a sus tropas sigue Bolívar hacia la capital. En camino se informa de la huida del virrey y de todo cuanto es español; presa de un miedo pánico, sin tomar siquiera tiempo para calzarse, huyen todos, abandonando archivos, mercaderías, y hasta esos preciosos metales por cuya búsqueda colonizaran América. Con la impaciencia de los interminables días de marcha —que fueron 75 los que marchó el ejército desde Mantecal— apresura Bolívar el paso. El pintor José María Espinosa que lo vio entrar, relata que llegó solo, absolutamente solo, fiado en su estrella. Y reconocido apenas, entró a Bogotá donde aquella vieja que exclamó al verlo ¡Bendito seas, fantasma!, habló por una ciudad incapaz de comprender lo que tan violentamente ocurría. Ya entrada la tarde, sin embargo, fueron multitudes las que presencian ese acto que pone fin al tricentenario imperio: cuando aquel hombre pequeño, flaco, consumido por su genio y por sus innúmeros quehaceres, toma posesión del solio de los virreyes, es un mundo nuevo el que principia.

Entre los que ese día se acabildaron con Bolívar se contó Hermógenes Maza, una de las lastimosas víctimas de la Campaña Admirable. Al lado de Atanasio en Bárbula, Maza siguió a Bolívar

* Ver el parte que rinde Bolívar en el *Apéndice XI*.

durante los terribles altibajos de su duelo contra Boves. Capturado al término de esta epopeya, fue brutalmente vejado por los realistas; y Maza se refugió en la más terrible de las pasiones para sobrevivir a sus años de prisión y después a aquellos otros de constante fuga en que fue cazado como fiera salvaje. Cuando Bolívar entra a Bogotá, la venganza hierve a borbotones en el pecho de Maza, y allí y entonces empieza él su propia guerra a muerte contra todo cuanto es español. Para él —como para los norteamericanos que guerrearon contra los pieles rojas— el único español bueno es el español muerto, e inmola a su Moloch insaciable a cuanto español cae en sus manos. No hay cuartel en la guerra que hace Maza, y si bien contribuye a la zaga bolivariana con hechos de sublime valor e inigualable audacia, le agrega también sombras que una crítica más justa que ecuánime califica de manchas. Quizá la historia, al contrapesar la síntesis de la conquista con la antítesis de Maza, justificará la locura de éste, sus innúmeras crueldades y su humorismo amargo que aún ahora nos escuece.

Otro acto de expiación hubo, y éste tuvo lugar en el teatro mismo de Boyacá, Fernández Vinoni, el oficial encargado del castillo de Puerto Cabello, el que con su traición infligió a Bolívar la más dolorosa de sus derrotas, el que contribuyó no poco a echar por tierra a la primera república, se cuenta entre los oficiales prisioneros. La carrera militar de este traidor se centró en poner entre él y Bolívar la mayor distancia posible: de nada le sirvió trasponer los Andes, que hasta allá lo alcanzó su Némesis. Cuéntase que Bolívar, al reconocerlo, le preguntó la pena que merecía un oficial traidor; y el culpable, que durante años había convivido con la pesadilla que ahora se realizaba, balbuceó la sentencia a la que de tiempo atrás se había condenado. Sólo que esta vez el nudo se apretó hasta asfixiarlo, pues el fallo se ejecutó de inmediato. Fue la única condena que hizo Bolívar en la gloriosa campaña de Boyacá.

En tiempos de paz, España y sus colonias se asemejan a un conjunto de vasos comunicantes que lenta y duraderamente, suben o bajan al impulso que les imprimen los Austrias o los Borbones. Diez años de guerra colonial han destruido esta imagen tranquila y equidistante. Para 1820 el viejo imperio aparece como un cuerpo enfermo, y cada nación se ve violentamente afectada por los acontecimientos que ocurren en las demás. Los eventos que echaron por tierra el absolutismo de Fernando están profunda y directamente ligados a nuestra independencia. La revuelta de Riego fue efecto de los esfuerzos heroicos —y no del oro, como afirman algunos—

de los libertadores. La búsqueda del pueblo español de formas de gobierno liberales no fue la que salvó a caudillos que, como Bolívar, se hallaban supuestamente empantanados en una lucha sin mañana. Fue por el contrario el irracional heroísmo del propio Bolívar el que permitió a la metrópoli dotarse de instituciones liberales. Rechacemos pues a aquellos autores, enemigos de nuestra emancipación, que desde falsas perspectivas intentan empañar las gloriosas campañas del Libertador. Nada tuvo nuestra independencia que pudiera calificarse de accidental o de barato: su enjundia es homérica, y su fulgencia se redobla por las mismas limitaciones que nuestra historia posterior acusa.

Tarea sencilla resulta determinar la influencia del hecho americano en las conmociones de la Inglaterra de 1776: el parlamento efervescente, la prensa ubérrima, la opinión pública vocal, los grandes opositores escuchados y rebatidos, todo nos es hacedero; sin dificultad podemos comprobar que había, entre la metrópoli y sus rebeladas colonias, una inextricable simbiosis. Muy diverso es el problema en la España fernandina. El odio contra todo lo afrancesado es la espina dorsal del gobierno, y ese odio abarca por igual a josefinos y a constitucionalistas. La nación queda privada de todas sus luces y de sus talentos más conspicuos: ¿hemos de asombrarnos que se hable del desierto de hombres que singulariza a la España de entonces? Es un oscurantismo pesante e inepto el que envuelve a toda la nación, y ésta no alcanza ni siquiera a quejarse. El silencio que señalan los que han estudiado la prensa de entonces no es de extrañar: ¿cómo iba a permitir ese apocado gobierno que se hablara de una revolución que, maniqueísticamente, no existía?

El hecho americano está presente en todo cuanto ocurre en la Península desde 1810, pero a partir de 1819 se convierte en "la pesadilla americana". El pueblo español toma conciencia de sus sufrimientos frente a una interminable guerra colonial. Bárbaramente roturada por los ejércitos, regulares e irregulares, que durante cinco años recorrieron en todos sentidos su territorio, España requiere importantes reinversiones públicas. El país estaba internamente agotado, y las únicas fuentes de financiamiento eran externas. La guerra consumía en la América misma, la casi totalidad de los productos coloniales; nada enviaba el Perú, preocupado por contener el impulso que del sur venía, y menos aún Buenos Aires o la Nueva Granada; sólo la Nueva España, ya pacificada, había reasumido sus "situados", esta vez a la Metrópoli. En cuanto a los dineros ingleses que compraron la cooperación española en la suspensión de la trata, ellos se emplearon en adquirir una armada, y no muy diverso

fue el destino de las indemnizaciones francesas: de este país se adquirieron, por ejemplo, otra fragata y varios navíos menores.

¡Si siquiera la nación entera hubiera tenido conciencia del esfuerzo! Porque sacrificándose en común, el sufrimiento del pueblo hubiera sido menor. Pero nada turbaba el olímpico desprecio con que Fernando veía todo cuanto no afectara a su real persona; si sabe lo que cuestan las ofrendas al altar de Bellona, pronto lo olvida, y se dedica a decorar y amueblar sus palacios, como si todavía contara con los tesoros del Preste Juan, y como si sus antiguos dominios no le negaran pleitesía. Tampoco su gobierno ofrecía ese paternalismo ilustrado que los pueblos aguardaban como privativo de sus facultades absolutas. Firmeza no hubo, y a los pocos años, una tremenda inestabilidad era la que permeaba todo el sistema.

Los constituyentes de Cádiz habían atacado las clases privilegiadas; su revolución, como bien apunta Marx, consistía en trasladar esos derechos usurpados a la nación soberana, ordenada en Cortes. Fernando se encargó de borrar tal empeño: en sesenta días los necesarios decretos habían desvanecido todo lo hecho por gaditanos y josefinos para modernizar a España. Al ejército, al clero, a los grandes y a la nobleza togada les devuelve la monarquía prebendas y privilegios. El régimen debería haberse consolidado, mas no fue así.

Surgido del pueblo, formado en la guerrilla, era difícil reintegrar al ejército a la vida civil; más aún convertirlo en un instrumento de gobierno cuando era fruto de la anarquía. Muchos licenciamientos hubo, muchos oficiales a media paga y sin futuro que se sintieron defraudados. Había una guerra, es cierto, y ésta era fuente de riquezas y de ascensos; pero los militares no la manejaban, y de los soldados enviados a la Tierra Firme e incluso al Perú, llegaban rumores cada vez más preocupantes. Y los responsables eran —no podían ser otros que— el rey y los suyos, quienes habían despreciado y sacrificado al ejército; éste, secundado por oportunos auxilios, de tiempo atrás habría barrido con esos infelices insurgentes.

Restablecido en su prístino brillo, todo había sido devuelto al clero: incluso, y con el escándalo de Europa, se había reimpuesto la Inquisición. Pero aun el clero no se sentía seguro ante una administración que cambiaba de ministros como los hombres ricos de camisas, y entre los cuales se contaron muchos que no fueron clericales. Bastó, por ejemplo, que Garay en 1818, ante las dificultades del reino, esbozara una contribución sobre los bienes del clero para que éste proclamara el dogma en peligro. No olvidemos, por lo demás, que al faltar los pingües diezmos americanos, la iglesia española tenía que aferrarse a lo que producía la tierra, apenas suficiente por cierto para mantener su boato.

No mayor satisfacción muestran los nobles; repuestos en sus privilegios, no reciben con ello su "partecita" en el gobierno. Los grandes puestos coloniales, las ricas prebendas en que los amigos de los favoritos se enriquecían en pocos años, ya no existen. Ni siquiera los togados se sienten tranquilos, pues nadie sabe lo que les traerá el mañana. Así, y de un plumazo, desaparece el sucesor del Consejo de Indias en 1816, y desde entonces toda la guerra colonial queda en manos del fatídico Ugarte. A él y a la "camarilla" se atribuyen todos los males del reino, y por el desconsolado ejército principia a transmitirse el preocupante rumor: ¡Hemos sido traicionados!

Un sentimiento de frustración permea a España a medida que avanza el año de 1819. A una inmensa dejadez, la de un pueblo agotado por tremendos esfuerzos, se superpone la convicción de estar sumergido en una lucha que nunca terminará. Hace cinco años ya que partió esa expedición pacificadora, y de ella sólo regresan, y subrepticiamente además, noticias de muertos o desaparecidos. Agreguemos a esto las dobles cargas que a las pocas clases contribuyentes se imponen para financiar la nueva expedición americana —la definitiva, la invencible—; tendremos entonces como hecho indiscutible que el país está dispuesto a la revuelta, a cualquier revuelta que lo saque de su incertidumbre y le refute su fatalismo. Sufre España, en esos meses, ese período de descorazonamiento que hemos visto prevalecer en las metrópolis en un momento dado de sus guerras coloniales, y al que sigue inevitablemente una reacción extrema; ejemplos modernos nos lo proporcionan Francia con Argelia al llevar a De Gaulle al poder, Portugal al triunfar Spinola, y Estados Unidos al rechazar a Johnson. La victoria en Hispanoamérica, el único elemento capaz de consolidar el absolutismo, se escapa, y cualquier cosa es preferible a la continuada incerteza.

El grisú penetraba ya por todos los socavones, pero para explotar necesitaba detonantes. Dos fueron los factores que como tales sirvieron: la masonería y los triunfos independientes. Aquélla, iniciada en España a mediados del XVIII, habíase configurado como refugio de librepensadores. Si recibió considerable impulso con la invasión francesa, ese impulso se vio menguado por el libre juego del patriotismo. Pero al perseguir Fernando a todo cuanto oliera a liberal, negándole incluso un lugar bajo el sol, forzó a éstos a servirse de clubes y de talleres como instrumentos de conspiración y como medio de readquirir el poder. No poco ayudaron los oficiales prisioneros, que casi todos regresaron afiliados, y a partir de 1814 logias ricas e influyentes concentran su acción en las ciudades y en los puertos, principalmente el de Cádiz; la ciudad menos española, según se nos

cuenta, tenía a su favor la tradición de haber sido la capital en la época heroica; agreguemos que los gaditanos, más que otros, sentían en lo hondo el fenómeno colonial, y entenderemos por qué sus logias actuaron como ariete en el empeño liberal por readueñarse del poder. Nada tienen en común estas logias con aquellas que, bajo la mirada satírica de Carlos III, permitían al conde de Arana discurrir sobre su correspondencia con Diderot. Estamos frente a grupos de hombres decididos a poner fin a esa administración "rastrera y miserable", y a sustituirla por un régimen ilustrado sí, pero también provechoso.

Los masones gaditanos aspiraban a impulsar al ejército a levantarse contra el monarca. No era ideológica la alianza castrense, pues muchos oficiles no eran liberales; era una oportunista, en que las logias se servirían de las tropas como fuerza de choque. Claro que entre los primeros, muchos conservaban como estrella polar esa constitución de 1812 que consideraban la panacea para España y para América también; pero fuera de los extremistas —como Alcalá Galiano, el hijo del gran marino héroe de Trafalgar, y que se convirtió en el verbo encarnado de la revolución— pocos entre los masones creían en su inmediata vigencia. Recordaban cómo en 1814 ni un hombre se levantó para defenderla, y comprendían que para ese pueblo todavía ignorante, nada significaba. Una larga y brillante campaña de convencimiento se llevó entonces a cabo para mover al ejército contra el monarca. Desde que se supo que llegan los buques rusos, toda clase de imputaciones de imposturas, de acusaciones falaces y aseveraciones mendaces se lanzaron; no tardó en cosecharse el fruto, y sin temor a ser contradicho, el Libertador pudo asentar que se trataba de buques "enteramente podridos... que no pueden salir al mar ni atravesar el océano". (Angostura, a Páez, 17-IX-1818, a Zaraza, 18-VIII-1818.) Son los masones, que tienen en sus manos los únicos medios entonces capaces de alertar o alterar la opinión pública, quienes aumentan, corrigen o trastruecan todos los rumores que hacen de la guerra colonial no ya una coyuntura, sino un pase al cementerio. Y ningún soldado, que no sea japonés, irá a la guerra sabiendo que será muerto.

No les era necesario, a esos masones españoles, inventar mucho respeto a los triunfos americanos. Los dos grandes centros de oposición a España habían extendido, en lugar de menguar, sus radios de acción. Del Río de la Plata, fracasado el intento de tramontar el altiplano peruano, salen las tropas libertadoras hacia el oeste. Pronto serán los patriotas chilenos quienes gobiernen su tierra. Pudieran estos triunfos parecer lejanos, perdidos como estaban en lontananza de las brumas que cubren casi siempre el estrecho

de Magallanes, y quedaba además, firme como Gibraltar, el virreinato del Perú. Otro es el caso de Bolívar y de Boyacá. Esta batalla fue definitiva sobre la opinión española. En términos modernos podemos compararla con la derrota francesa de Dien-bien-fu, o si se quiere restringirse a valores puramente militares, a lo que significó para la Alemania nazi la destrucción del ejército del mariscal von Paulus en Stalingrado. Una de las cinco grandes divisiones que formaban el ejército antes pacificador había sido allí aniquilada. Otro de los grandes virreinatos pasaba a poder de los insurgentes. Y si la composición de los ejércitos derrotados en Chacabuco y Maipó no se sabía con precisión en España, era indiscutible que en Boyacá habían desaparecido cuerpos y oficiales salidos en 1814, y por consiguiente metropolitanos. No había artificio capaz de disminuir su soberana importancia.

La forma como la prensa inglesa se hace eco de la gran victoria confirma la hipótesis anterior. Es hasta fines de octubre cuando *The Courier,* con apoyo en una carta recibida de San Thomas, señala la invasión del Nuevo Reino; y es el *Morning Herald* con fecha del 23 de ese mismo mes, repitiendo también noticias de San Thomas, el primero que detalla campaña y batallas, dando como un hecho la ocupación de Santa Fe gracias a una insurrección general de los granadinos, la cual permitió a Bolívar superar sus primeras derrotas. Para el 10 de noviembre, este mismo diario reproduce informes que le llegan de Estados Unidos: confirma en efecto que el pabellón colombiano ondea en Santa Fe, y comenta de paso el disgusto de los mercenarios ingleses ante el mando austero y firme del Libertador. Pero es hasta el 26 de noviembre cuando el precitado *The Courier* resume el boletín oficial de Boyacá, el que —como se recordará— también había sido publicado en inglés por el *Correo del Orinoco.* Es con esa misma fecha cuando *The Times* le da a la noticia el espaldarazo definitivo al publicar el texto mismo del comunicado bajo los siguientes subtítulos: "Parte oficial de la batalla de Boyacá: Destrucción del ejército real y captura de la capital, Santa Fe." Conscientes de la importancia de la noticia, los editores de este periódico imprimen el comunicado en la página central, en columna paralela a la que comenta el discurso con el que el monarca inicia anualmente las sesiones del parlamento. Fue esta noticia la que se recibió en Cádiz unos diez días más tarde; el número de *The Times* cayó en aquel puerto como una bomba, y fue sin duda decisivo para precipitar la revuelta de Riego y de Quiroga. Súbitamente carecía ya de todo sentido la expedición: nadie quería embarcarse para ir a morir lejos del terruño. El decurso de la independencia parecía inevitable. ¿A qué derramar más sangre por una

causa ya sentenciada? Y si antes el ejército había oído con precaución la prédica de las logias, ahora le parece que cantan como las sirenas.

La versión oficial de la causalidad de la revolución de Cádiz es de una sencillez que raya en la ingenuidad. A lo largo de los seis años que transcurren desde que se restableció el absolutismo, surgen una serie de revueltas; la de Cádiz es la oleada que al fin barre el obstáculo. Se ignora así, convenientemente, que ni todas esas revueltas fueron liberales, y que nunca pasaron de simples levantamientos; algunas, incluso, como la del Triángulo en Madrid, más parecen exteriorización del descontento que verdadera oposición. Todas, eso sí, fueron castigadas por cortesanos celosos de hacerse distinguir por un monarca débil y cruel. No, no son estas revueltas los antecedentes de la revolución de Cádiz; pudiera incluso argüirse que dada la violencia de la contienda contra José, y el número de guerrillas que por años tuvieron por único dios a sus deseos, esas revueltas fueron pocas. La de Cádiz es consecuencia directa del reblandecimiento psicológico que sufre el pueblo español ante la permanencia de la contienda colonial; ante el hecho portentoso, también, de que esos rebeldes no son cuatro malhechores, sino hombres capaces de aniquilar a los soldados metropolitanos en batallas campales.

No faltarán algunos que invoquen una primera revuelta que incluso fracasó antes de Boyacá; fue en julio de 1820, dirán, cuando O'Donnell traicionó a sus cómplices y cuando Fernando aprovechó el respiro para dividir los cuarteles de la tropa, cambiando los altos mandos. Tengo para mí que O'Donnell se pasó de listo, y que su denuncia de los manejos de los fracmasones estaba destinada a fortalecer su generalato; por desgracia para él, tropezó con el más desconfiado de los monarcas, y resultó la primera víctima. De su posterior conducta deducen algunos su traición, pero ésta, a su vez, podría explicarse por despecho. La verdad es que el régimen fernandino cosechaba las tempestades de los vientos que sembrara. Simplemente no contaba con los hombres que el momento requería. Consciente de la magnitud de los problemas americanos, desde la Tierra Firme, Morillo clamaba por un sucesor que le fuese superior en visión, conocimientos y calidad de mando; como buen español, afirmaba que tales hombres existían en los dominios de Su Católica Majestad. Se equivocaba por cierto, pues en España no había ninguno en aptitud de servir. Si la intención de la revuelta existía antes de Boyacá, fue la realidad de esta batalla, aliada con la vejez e incapacidad del nuevo general en jefe —aquel Calleja, el verdugo de México— lo que provocó la explosión.

Cuando es nombrado para mandar la expedición, Calleja está más allá del bien y del mal. Abierta queda la oportunidad de la revuelta. ¿Para los generales? Ciertamente que no: masones y absolutistas, todos se muestran renuentes a sacrificar una guerra de la que siempre sacarán —como Moxó o Enrile— pingües riquezas. Son los militares de jerarquía media, que ganarán más en la Península que ofreciendo el pecho a las lanzas de Páez, los que prefieren la asonada. El Pronunciamiento de Cádiz no cuenta con ningún caudillo; el de más alta graduación, Quiroga, es apenas coronel, y la Proclama de Arcos no provoca ningún levantamiento. Varios de los regimientos acuartelados alrededor de Cádiz la desconocen; incluso combaten a los rebeldes, y Quiroga se encuentra sitiado en la isla de León. Todo parece augurar el pronto fin de la asonada cuando surge Riego: Riego, captura a Calleja, quien intuye que el motín castrense ha fracasado, y Riego, se lanza al interior del reino transformando la revuelta en revolución.

Hastiado de mediocridades, ahíto de indecisiones, el pueblo español santifica a Riego. Son sus desplantes los que encienden la imaginación nacional, y son sus decisiones temerarias las que transmiten un soplo de juventud a un pueblo que principia a sentirse decadente. Riego fue quien hizo la revolución, pero fueron otros quienes medraron. El ejército se halla neutralizado por su división; el gobierno, que dependía enteramente de un rey apocado y medroso, se muestra impotente; la única fuerza política capaz de aprovechar el momento son las logias. Ellas encauzan el sentimiento de novedad y esperanza que sacude a España, ellas consuman lo que en manos de Riego era apenas un esbozo de revolución. No fue pequeña su tarea, pues como bien indica Marx, la constitución de 1812 era, para el pueblo español, semejante al dios desconocido que adoraban los atenienses. Todo lo cambia, sin embargo, el hastío que han impuesto las cargas, siempre crecientes, que provienen de la guerra colonial. El pueblo prefiere entonces creer en la constitución y evitar recaer en la insensata mediocridad del absolutismo fernandino. Y los pronunciamientos de las ciudades y de los ayuntamientos, que ahora pululan, cambian el mapa de España: primero se pronuncia la Coruña, a la que pacíficamente sigue toda la provincia, y después lo hacen Zaragoza, Barcelona, Pamplona y finalmente la propia Cádiz, cuya alegre población es la que libera a Quiroga. Y sólo en Cádiz hubo derramamiento de sangre, pues fue el ejército supuestamente rebelado el que combatió contra sí mismo.

Quedaba el rey: ¿y el rey no haría cuanto estuviera en su mano, incluso provocar una cruenta guerra civil, antes de aceptar una constitución que borraba sus derechos divinos? Pero, ¿de qué

rey se trata? El que ocupa el trono en Madrid se dice heredero del rey sol, pero por la más extraordinaria metempsicosis, parece gemelo del apocado Carlos que tan misérrimamente terminó con la dinastía austriaca. Un miedo cerval se apodera de Fernando, un miedo que lo paraliza, que le impide dictar órdenes, escuchar consejos; el rey está como alelado y ni siquiera puede gozar de la tertulia de su "camarilla". Frente a sus ojos y siempre presente, está su tragedia edipal: la asonada de Aranjuez en que la figura del padre se superpone a la del amante de su madre; y para evitar que el sacrificio se repita, desempeñando él el papel de víctima, está pronto a todas las bajezas.

Ese miedo pánico lo impulsa a adelantarse al progreso de la revuelta: es él mismo, en Madrid, quien se convierte en el principal propagandista de la constitución. Como monarca antes absoluto se declara dispuesto a aceptarla, y temeroso de que incluso esta actitud sea insuficiente, la proclama e inmediatamente después —7 de marzo— la jura. Y lo hace, por cierto, ante un ayuntamiento de marras que confirma lo melodramático del período.

El triunfo liberal es completo. En menos de tres meses la que parecía la más firme de las monarquías absolutas se ha desvanecido como un monigote de cera al que toca el sol. Para marzo de 1820, aun cuando todavía ausentes los diputados, las Cortes se hallan con el mismo y omnímodo poder que se habían cavado, desde Cádiz, sobre la carne viva de una nación en guerra a muerte contra el invasor. Todo les es posible. ¿Qué harán pues los liberales desde el poder, con respecto a España, pero sobre todo con respecto a América?

Los ubicuos observadores ingleses anotaron, por parte de las Cortes y apenas éstas iniciaron sus sesiones, una excesiva preocupación por las pequeñas cosas. En verdad que su mirada era miope, pues desde el primer momento se lanzaron a la ejecución de un desorbitado programa legislativo, que sin pausa y sin límites se proponía cambiar la realidad política que era entonces España. Las Cortes, al igual que la dinastía que combatían, tampoco habían aprendido ni olvidado nada durante sus años de exilio. Atestiguamos en efecto el desmantelamiento de todas las instituciones sobre las que se asentaban las clases privilegiadas. Quieren reinstalar, lo antes posible, y esta vez para siempre jamás, los cambios progresistas que de diversa aunque de coincidente manera efectuaron josefinos y constitucionales. A los nobles se les suprimen sus derechos jurisdiccionales; también, los reales que detentan sobre las tierras de pastoreo que eran de la nación; se les prohíben además los mayorazgos. Al ejército se le licencia —principalmente al de Cádiz, pues ya

había servido— y se le suprime su fuero. De sus riquezas privan al clero, tanto el regular como el secular; se le somete al fuero común y se le descabeza, extinguiendo la inquisición y expulsando de paso a los jesuitas; suprimen además, tal y como Napoleón lo hizo en Chamartín, todos los pequeños monasterios y conventos que eran, casi, los dos tercios de los que había en España. Y en cuanto a la repartición de la riqueza, se empeñan en individualizar los bienes comunales y en poner a la venta los baldíos de la nación.

Al idear la constitución del año 12, los padres conscriptos habían creído posible apoyarse en el rey para combatir a las clases privilegiadas; era su ideal una alianza entre el pueblo y una monarquía militante (casualmente igual a la que había establecido la constitución de Bayona). Fueron ellos mismos quienes introdujeron en el sistema su inestabilidad congénita. La España ilustrada con que soñaban las Cortes era incompatible con una monarquía fundada en la reconquista secular, que se había apoyado para su magna obra en las órdenes militares y en la unidad impuesta por la fe. El monarca no estaba, no podía estar, del lado de las reformas que buscaban el bienestar del pueblo. La incompatibilidad era evidente, y la coexistencia entre unas Cortes reformistas y una monarquía por derecho propio era intrascendente. El choque definitivo, en efecto, poco tardó: el mismo año de 1820 presenció la crisis.

En uso de sus derechos constitucionales, acuciado por un clero que veía caer todos sus baluartes, el rey vetó la ley que disolvía monasterios y conventos. Los liberales triunfantes se habían dividido en dos alas: la moderada, que se agrupaba alrededor de los constituyentes de Cádiz, y la jacobina, que tenía por portavoces a los revolucionarios del 20. Estos últimos acicateaban sin cesar al gobierno, y fueron ellos los que determinaron superar el veto real imponiendo, por sobre el proceso constitucional, la acción del populacho. Un motín sabiamente organizado aterró a Fernando y le arrancó el asentimiento. Fatal decisión, fatales consecuencias. El rey no tardó en sacar conclusiones: luego habían sido inútiles todos sus sacrificios e improcedentes todas sus bajezas; tal y como se lo advirtieran sus áulicos, era imposible gobernar con los liberales, pues no era un nuevo derecho el que promovían, sino la preeminencia fáctica de intereses que eran opuestos a los del rey.

La decisión de las logias de usar las vías de hecho pone fin al régimen constitucional. Para octubre de 1820 podemos constatar que está muerto. Nada detendrá a los jacobinos, quienes usarán de todos los medios para perseguir objetivos que los impopularizan y que fortalecerán también la creencia conservadora de que sólo la fuerza limitará sus desmanes. Más grave aún para España fue que

habían herido al monarca en lo más hondo de su inconsciente, y que al someterlo a una réplica del motín de Aranjuez, se crearon un enemigo que no desfallecerá en su sed de venganza. Desde el momento en que logias y talleres se deciden por el gobierno de la plebe, la lucha civil queda planteada. En varios planos se combaten ya constitucionales y monarquistas, y desde entonces se empeñan en buscar aliados. Los primeros recibirán ayuda de los carbonarios y de otras sociedades secretas; el rey por su parte se apoyará en la Santa Alianza. Las escaramuzas tienen lugar incluso fuera del territorio español. Y cuando los Borbones de Nápoles son reimpuestos en su absolutismo por las bayonetas austriacas, se oyen ya los primeros acordes del réquiem del liberalismo español.

Pero a todo esto, al iniciarse el régimen liberal, ¿qué hay de América? Por el natural juego de la política, los liberales son incapaces de alterar los presupuestos de la lucha colonial. No pueden ir en contra de una opinión pública ya profundamente dividida, ni exponerse a recibir el desprecio que se guarda para los malos españoles. Les es imposible aceptar para su partido el sambenito de haber perdido la América; con tanta mayor razón, cuanto que eran blanco de las críticas que tildaban su revolución de salvadora de los insurgentes. Reiteran pues la afirmación axiológica que España nunca reconocerá la independencia de esos reinos que, desde 1808, ya han sido tratados como iguales. Desde la perspectiva de los principios era suficiente esta actitud; pero ¿qué decir en cuanto a una verdadera política hacia la guerra colonial? ¿Tendrían los liberales las agallas de un Lenin, y aceptarían una paz desventajosa para consagrar sus energías al éxito de sus reformas internas? ¿Estimaban la libertad institucional del pueblo español más que la conservación de las colonias?

No, no se atrevieron. Ni siquiera pudieron elevarse hasta contemplar el hecho americano desde un punto de vista novedoso. Las Cortes de 1820 aspiran a mantener intactos los derechos españoles en el Nuevo Mundo. La independencia, repiten, es imposible, y además innecesaria. Otra vez se escuchan, ahora en Madrid, los argumentos que en Cádiz se emplearan para acallar a los diputados americanos: no hay un hecho colonial distinto del hecho político español, y en la constitución hallamos los medios para resolver las diferencias, secundarias por cierto, que separan a pueblos hermanos. Riego, que en tantas cosas resume la opinión liberal de entonces, enfatiza que la simple vigencia de la constitución es bastante para poner fin a la revuelta en América. Dadnos tiempo, decían, que juntos nos salvaremos alejando para siempre el fantasma del despotismo.

Las Cortes no podían entender la oportunidad de una mediación extranjera, y menos aún aceptar la cesión de uno cualquiera de los derechos metropolitanos. Esta actitud encierra una razón de fondo que no ha sido puesta en relieve. Lectores de textos franceses, imbuidos de soluciones generosas y universales, no pueden los liberales concebir que los hombres que cruzaron el Atlántico para formar un mundo nuevo repitiesen allá las jerarquías sociales de cuyos dañinos efectos supuestamente huían. Su ceguera doctrinal se hizo patente en el impulso que de Picornel recibieron los que revolucionaron con Gual a Venezuela allá por el año de 1798. Creían que la sociedad igualitaria de Estados Unidos era también la de la América española, e ignoraban que en toda ésta, sobre todo en los grandes virreinatos de México y del Perú, existía una aristocracia tan sólidamente fincada como la española. Esta dialéctica les permite insistir, tanto en 1814 como en 1820, en una igualdad de causas que trasciende el océano: están convencidos que los sentimientos liberales de la burguesía que triunfó en la Revolución Francesa existen en todo el imperio. A los burgueses americanos ofrecen la palma de las instituciones liberales; y como base de transacción —en forma asaz metropolitana— toman la masa de esas castas mayoritarias cuya impureza de sangre las privaba, en la propia constitución española, de todo derecho activo.

La política americana de las Cortes se fundó en principios que ellas consideraban inmutables, y se redondeó con apreciaciones de hecho que eran, también, inexactas. Observemos esa peculiar cotaneidad aplicada a la solución de hechos disímbolos con la que los políticos ocultan su falta de ideas. Las Cortes insisten en considerar los acontecimientos americanos cual si el reloj se hubiera detenido en 1814. ¿Qué tenía de común la América de 1820 con la España de ese año? Acullá el imperio se mostraba incólume; acá los dos grandes centros revolucionarios han cimbrado todos sus cimientos. Nadie mejor que los liberales españoles conocen la trascendencia de esos triunfos, pues de ellos se han servido para impulsar su propia revolución. Era imposible pensar que el Libertador Presidente consideraría siquiera los términos que rechazó un Bolívar acosado por Boves.

Lo impostergable era, de todos modos, poner término a una guerra en que los españoles principiaban a llevar la peor parte. Desde abril de 1820 se preocupa el gobierno constitucional por poner fin a las hostilidades; órdenes se giran a todos los comandantes militares en América para que por todos los medios pongan fin al lenguaje de las armas. Observemos que aun entonces, al iniciar tratos directos con los insurgentes, prohíben a sus enviados siquiera hablar

de reconocimiento o de independencia: ésta sigue siendo tabú para todo el pensamiento español, tanto o más el liberal que el conservador.

Detengámonos un momento para ver lo equívoco de estas negociaciones. Los generales españoles han de esforzarse por obtener armisticios; pero al negociarlos, les queda prohibido el reconocimiento de aquello que las armas independientes ya habían asegurado. Se trata pues, y simplemente, de lograr una pausa que permita a un gobierno, internamente endeble, consolidarse. Por eso es que con el mayor desprecio rechazamos a los que se atreven a acusar de mala fe al Libertador en cuanto al cumplimiento del armisticio de Santa Ana. ¡Quitaos de allí, miserables, que bien sabéis que no hubo la menor lealtad por parte de los testaferros que os enviaron!

El monarca constitucional, por medio de un manifiesto que envió a sus súbditos americanos, en junio de ese mismo año de 1820, fue quien resumió mejor la política liberal. Llamó en efecto a los descarriados hijos para que volvieran al redil, y para poner fin a la revuelta les pidió que enviaran sus diputados a Cortes. Además, y sin el menor asomo de humorismo, ofreció el monarca conservar a los caudillos rebeldes en los puestos que desempeñaban por la misma fuerza de su rebeldía. Todavía se aplican esos patrones colonialistas según los cuales puede absorberse en la estructura imperial a los caudillos disidentes. No existe la menor indicación de que los liberales españoles se percaten de que la revolución de independencia es un fenómeno esencialmente diverso de todo cuanto antes ocurriera en el imperio. Ni un ápice, pues, hemos adelantado hacia ese entendimiento telúrico, como el que realizaron Inglaterra y los Estados Unidos de América; y a ese entendimiento supranacional teníamos derecho para salvaguardar el papel y la contribución de la raza hispana al destino universal.

Esta política de metropolitanismo militante, impone a las Cortes la obligación de soslayar cualquier otro conflicto. Por entonces el único enemigo de cuidado es Estados Unidos. Las prolongadas negociaciones conducidas por Onís en Washington pasaron por multitud de peripecias, y no pocas veces las presiones norteamericanas —un Jackson tomando por la fuerza la Florida oriental, un Monroe que hace surgir como de la nada grandes reclamaciones contra España, aliada de Inglaterra en la guerra de 1812— llevaron a las partes al borde de la contienda. Cuando Fernando optó por la colosal expedición contra los insurgentes, decidió su Consejo poner punto a esta otra controversia. Onís recibió instrucciones para firmar un tratado de amistad y límites que en la etapa final de las negociaciones, bajo el impulso diabólico de John Quincy Adams, se había

transformado en uno de envergadura continental. Lejos quedaban Floridas y Luisianas, que ahora cede España inmensos territorios hacia el noroeste, y que dejan firmemente establecidos a Estados Unidos como costaneros del Pacífico. El tratado Adams-Onís (22-I-19) convierte a los antiguos trece estados en una gran potencia que no tardará en mostrar su destino manifiesto. Las cesiones eran tan exorbitantes, tan fuera de lo previsible, tan inconsideradas por el hecho de que no era un tratado surgido de las armas, que provocó en los pechos españoles un sentimiento de enojo. Y el Consejo Real se negó a ratificar un tratado en que España no obtenía nada, absolutamente nada, y en el que Estados Unidos ni siquiera se abstenían de reconocer la independencia de las nuevas naciones americanas.

El plazo para ratificar el tratado pasó sin que España lo cumpliera, y por un momento pareció, incluso, preferible ir a la guerra. Se interpusieron entonces los acontecimientos que conocemos, y el tratado Onís quedó para ser considerado por las Cortes. Cohibidas ante una nación a la que ideológicamente consideraban afín, agobiadas por los problemas coloniales que eran incapaces de resolver, las Cortes pronto decidieron sacrificar el norte del imperio. Para agosto de 1820 el tratado Onís fue ratificado, simple y llanamente. Otros elementos hubo que también tienen su importancia. Onís se contaba entre los masones de alta graduación, y a su regreso le fueron confiadas las delicadas negociaciones con los carbonarios. Es natural que con el diplomático se sintieran ligados todos sus hermanos, y éstos eran muchos en las Cortes. En cambio, y esto sí que afectó profundamente todo el porvenir de las naciones hispanoamericanas, la hermandad masónica no jugó cuando se trató de favorecer a una nación hermana. Hablo en concreto del rechazo que merecieron a las Cortes los Tratados de Córdoba, no obstante el papel de O'Donojú, otro distinguido masón. En cuanto se trató de colonias, la masonería española fue incapaz de doblegar los tremendos complejos imperiales y europeizantes que heredó.

Fuertes del Tratado Onís, los Estados Unidos siguieron su ruta, ya detentadores de un poder inmenso. Víctima del rechazo de los Tratados de Córdoba, quedó a su frente una nación con instituciones endebles y por ello predestinada al papel de víctima. En tanto era México la marca norteña de los pueblos hispanoamericanos, sus varios cercenamientos repercutieron sobre todos. Así lo comprendió Bolívar, y reaccionó en consecuencia. Pero éste es tema de otro capítulo.

CHOCANTE PARECE, y no a pocos, todo el boato con que acompaña Bolívar sus victorias. Las entradas triunfales, los paseos en medio de los vítores, de los arcos alusivos, los grandes bailes, ¿eran realmente útiles? Las giras por poblaciones granadinas que se desgañitan bajo el embrujo de Boyacá, ¿acaso necesarias? O más bien, como lo señalan gustosos los antibolivarianos, ¿no muestran la vanidad del hombre, su falta de seguridad, esos pies de barro que niegan trascendencia a su estatura?

Puede el ritual ser complemento del dogma, pero hay veces, cuando éste flaquea, que aquél se convierte en eje histórico. Los griegos se contentan con levantar un trofeo en los lugares y sitios de sus victorias; Roma, en cambio, ansiosa de mantener en los antiguos lacios su vocación imperial, instaura el triunfo como elemento de gobierno. No pueden juzgarse en abstracto las festividades que como nuevo ritual acompañan las victorias de Bolívar. En su lucha revolucionaria la celebración triunfal era, romanamente, indispensable. Lo era además para contrarrestar la fuerza cohesiva de las instituciones coloniales que pretendía derribar. La presencia de Bolívar, el fulgor del triunfo, el poder de convencimiento de entrambos, unidos frente al pueblo, fueron muchas veces el único elemento de gobierno con que contó Grancolombia en su primera infancia.

Para completar la liberación de Grancolombia, y desde un principio, hicieron los granadinos grandes sacrificios. Ellos sin embargo, duraron poco: apenas transcurrido un año desde Boyacá, reaparecen en grandes regiones (Ocaña, por ejemplo, y después en la Guajira) guerrillas realistas; en otras hay que enviar a los desafectos hasta los Llanos, atados codo con codo, como lo ordena Bolívar para los samarios. Más acá de los Andes las cosas no cambian, y si el Libertador se encanta con el patriotismo de los trujillanos, el de los meridanos le merece acerbas críticas. En todas partes resulta virtualmente imposible obtener hombres para continuar la guerra. Fue incluso preciso ocultarle a los reclutas su incorporación a batallones veteranos, pues al saber que se les destinaba a servir más allá de su campanario, todos desertaban. La aversión a las armas era tal que inclusive los esclavos preferían retornar a la gleba antes que combatir. La deserción es el cáncer que carcome el nervio de la guerra. De seis mil reclutas para el batallón de Tiradores, por ejemplo, llegan a Carabobo seiscientos, y eso contando a los veteranos. No extrañemos que Bolívar hablara de querer que en su ejército todos sus oficiales fuesen Argos. Es pues la deserción la que dicta en gran parte la estrategia de Bolívar en los años siguientes a Boyacá; es la deserción la que nos señala que aun en 1820, buena

parte de la población grancolombiana se siente ajena a los ideales de independencia.

Confronta Bolívar un terrible dilema a la vera de Boyacá. Cualquier parpadeo en la marcha de una revolución trae consigo una pérdida en su moral y en sus partidarios; en cambio, el inmenso campo de batalla, complejo e irregular, donde en no menos de siete frentes dan los suyos la cara a los españoles, lo inclina a la prudencia. El período que va de Boyacá a Carabobo nos revela cómo manejó —y magistralmente— la política y la guerra para apresurar el magno movimiento que haría desaparecer la imperial alfombra que sobre nuestra América tendieron las huestes metropolitanas. Siempre motivadas por el ritmo invariable del gran reloj de las aguas, seis son las oleadas que pueden distinguirse. Esboza Bolívar, primero, una ofensiva que habría empezado en diciembre de 1819. Una vez convencido de su imposibilidad, ejecuta una serie de maniobras destinadas a evitar que el adversario explote sus debilidades tácticas. En seguida promueve una ringlera de batallas parciales que tienen éxito, pero que no desembocan en las maniobras definitivas que anhela, por lo que acepta finalmente el armisticio que le brindan las Cortes. Los breves meses de inactividad militar comprueban la inconveniencia del armisticio para los americanos, por lo que decide Bolívar —en sexto y último lugar— reemprender la guerra activa, y lo hace en condiciones tales que desde un principio la victoria de Carabobo estará asegurada.

Ultimar a Morillo pareció realmente posible en la cauda de Boyacá. Con esa visión magistral que crecía a la par con sus triunfos congela Bolívar el frente de Cundinamarca. Y este Libertador, este guerrero a guien no bajan muchos un punto de intuitivo, se muestra otra vez extremadamente cauto. A Soublette, quien hace frente a Latorre en Cúcuta, a Anzoátegui, que capitanea un instante el ejército del Norte, y a Santander, siempre en Bogotá, a todos les recomienda una prudencia extrema; prohíbe en todo caso la batalla, pues incluso "una infinita probabilidad no será bastante para exponer una acción". La época de las cargas irracionales donde no había más arma que la audacia, ha pasado. Hoy quiere el Libertador un ejército digno de la gran nación que ha creado, y exige en consecuencia una vigorosa disciplina, para conservar el amor de los recién liberados pueblos, para mantener en alto la moral del soldado. Ya fijado su frente occidental, se traslada a Angostura. Allí comprueba que el Oriente está exhausto y que nada puede esperar de él. Es en Páez en quien confía, y le envía dos mil reinosos (como llama a los granadinos). Cree Bolívar que con este ejército tomará Páez la ofensiva.

El injerto no fue feliz. A su regreso de Angostura, donde permaneció apenas lo necesario para que jurídicamente naciera Grancolombia, encuentra Bolívar que en el Apure pululan enfermos y desertores, todos granadinos. Páez los ha tratado mal: ni los entiende ni los quiere a su lado. Los cambios climáticos, además, son tremendos, y sin multitud de precauciones, morirán en los llanos los montañeses granadinos, en tanto los llaneros venezolanos se ensorocharán en las mesetas andinas. Esta incompatibilidad climática en territorios adyacentes complica la guerra al infinito, y al comparar nuestras campañas con las de Europa o Estados Unidos, no ha sido suficientemente valorada. Contribuye, sí, a realzar más la figura militar de Bolívar.

A cubrir la Nueva Granada, a dar tiempo a que se disciplinen los batallones destinados al Apure, regresó Bolívar a Bogotá a fines de enero de 1820. Recibió desde luego malas noticias del sur. Antonio Obando, desmañado como lo era, se dejó infamemente sorprender en medio de un baile, y su división entera fue capturada como parvada de codornices. Había pues que desalojar a Calzada de Popayán, y Bolívar envió a Valdés, acompañado de Mires, el viejo compañero complotista de Puerto Cabello. Irritante en extremo, lo anterior no era primordial; sí lo era en cambio el frente de Cúcuta: los españoles seguían posesionados de Cartagena y de Maracaibo, y aún no habían sido desalojados del Magdalena y del Bajo Cauca. Otras veces se había precipitado Morillo con la fuerza y velocidad de un toro sobre el punto endeble de los insurgentes: a toda costa tenía Bolívar que impedir que el general español le arrebatara en los Andes venezolanos las primicias de Boyacá.

Anclar a Morillo fue pues el nuevo propósito estratégico, y por medio de la amenaza de la llamada expedición irlandesa logró Bolívar mantener quedo a aquél; pero fueron los huracanes políticos que de Cádiz llegaron los que echaron por tierra toda posible ofensiva. De los veinte mil soldados de la segunda expedición pacificadora, una buena parte estaba destinada a Morillo, y éste contaba y recontaba sus nuevos regimientos, y con ellos rehacía sus flamantes planes: ya se veía duque de Santa Fe cuando le llegaron preocupantes rumores. Algo ocurría entre las tropas gaditanas, algo detenía la partida de la flota. Para abril se le confirmó el éxito de Riego, la caída del absolutismo y la instauración del régimen constitucional.

Si en España el sacudimiento fue terrible, en América constituyó un maremoto. Todo el sistema de reconquista cae por su base. Nadie conoce a ciencia cierta cuáles son los derechos de Fernando VII y cuáles los de la nación frente a sus colonias; ni faltan hombres, de garnacha e incluso de espada, que afirman que la igualdad entre

todos los miembros del antiguo y feudal imperio trasciende los presupuestos de la lucha. Los llamados serviles, y había muchos de ellos entre los españoles peninsulares, se sienten traicionados, y los liberales no están seguros de poder profesar en América lo que en Europa parecía tan claro. La guerra colonial, hasta entonces paladina, precisa de nuevas directivas.

No tardaron éstas en venir. El ministerio constitucional conoce perfectamente la debilidad de una metrópoli agotada en vano por una expedición que no zarpó. Ni puede ni debe considerar soluciones militares. Y si las armas de España son ahora impotentes, no queda otra vía que la negociación. Los representantes políticos y militares de la metrópoli recibieron en consecuencia la orden de concertar, con esos insurgentes hasta entonces despreciados, un inmediato armisticio.

Se cuenta que Morillo cumplió la orden con la rabia en el corazón. Tal vez no fue tanta, pues desde que se le escaparon los de la columna de Ocumare (como él mismo y reiteradamente lo confiesa) el curso de la guerra le fue adverso. Continuarla pues sin grandes masas de tropas europeas, era ir a un inevitable fracaso. Los dioses habían ya sentenciado, y como veterano que era, Morillo declinó toda operación mayor. Se limitó a lanzar sobre el Orinoco a los pequeños canes de entre su jauría, poniendo en ascuas a los que creían poder gobernar en Angostura sin contar con el Libertador. Pero los meses secos, los de guerra activa del año 20, transcurrieron sin que el español emprendiera operaciones decisivas.

Celebró Bolívar con repique de campanas el éxito de la revolución de Riego. Para él y para su causa equivalía a una victoria de primera magnitud. Esos miles de soldados frescos y bien armados no reforzarían al enemigo; su falta agrietaría, además, la moral de los restantes, acorralados en un continente ajeno y ahora enteramente extraño. Frente a una administración colonial incierta e incluso anárquica, inició esas operaciones ofensivas que hasta entonces fueron imposibles. Cierto que los meses secos del año de 1820 habían pasado; pero en el frente vastísimo de entonces, otros campos eran los de batalla.

Como dos inmensos espinazos, enmarcados por los músculos de las cordilleras, aparecen los grandes ríos del Cauca y del Magdalena que dividen a la Nueva Granada de sur a norte. Sin el dominio de esas arterias, ni estaban comunicados con el exterior los grandes centros urbanos del altiplano, ni podía decirse reasegurada la independencia granadina. Cuando Bolívar supo que tenía a su frente a generales cautivos de la inseguridad política de su metrópoli, doblemente redobló sus golpes sobre las riberas de los grandes ríos.

Invierte la estrategia del primer período: es ahora el Apure el que se inmoviliza en tanto se lucha en Cundinamarca. Y con esa fulmínea actividad que se contó siempre entre sus mayores cualidades como caudillo, bombeó sangre nueva a frentes hasta entonces cautelosos y callados.

Córdoba y Maza son guerreros que, como los jaguares, cazan en pareja. Con igual galanura que el inolvidable Girardot —aunque con mayor dureza y mayor crueldad— barren con cuantas flotillas o regimientos ponen los godos en esos ríos. Hacia el Caribe adelantan para darse la mano con Lara y con Mariano Montilla. Retornaba éste de muy lejos. Su ostracismo le roía el alma cuando sin él luchaba su patria por la libertad, y volvió a la ventura, sin saber qué esperar. Fue recibido por un Libertador que había borrado de su memoria al antiguo y mortal enemigo, pero que en cambio abría sus brazos al guerrero y patriota. A Montilla le dio Bolívar la comandancia de la Legión irlandesa. Regalo griego, pues más que tropas estos insulanos eran un abigarrado conjunto de aventureros que sin haber nunca militado, llegaron a Venezuela con todos los odiosos vicios del condotiero. El desembarco sobre Río Hacha resultó una tragedia, pues la soldadesca tomó a saco una ciudad que los recibía como amigos. Hubo que expulsar a la fuerza a los malandrines, y con sólo unos cuantos patriotas —apoyados eso sí por la escuadra de Brion— inició Montilla la campaña que le aseguró un lugar en la historia. Desde la cabeza de playa de Sabanilla, y bien recibido por la población, se adentra Montilla por el Magdalena hasta darse la mano con Córdoba. El fracaso del patriota Montesdeoca en Valledupar no impide el bloqueo de Cartagena y de Santa Marta, y hasta Panamá, que se conmueve, llega el viento de fronda de Bolívar. A grandes trozos se reduce el territorio español: Latorre es expulsado de la vertiente occidental de los Andes, en tanto alcanza Valdés, por su parte, la victoria de Pitayó que asegura la libertad a Popayán y pone a la defensiva a patianos y pastusos.

Para dirigir todas estas operaciones se ha situado el Libertador en la población de Cúcuta. Desde el centro geográfico de Grancolombia irradian las instrucciones que aceleran esa guerra que adquiere dimensiones fenomenales. Es durante esos meses del verano de 1820 cuando el caudillo se transforma en jefe de estado: ya dispone de recursos y también de medios para hacer ejecutar sus decisiones. O'Leary, con esa terrible ligereza que tienen los testigos para generalizar lo que adveran (quizá y apenas un pasajero instante en la vida del gran hombre) nos lo pinta activo sí, pero tan campante que hasta de versificar se ocupa. Difícil me parece aceptar esta parte del testimonio, a no ser que se refiera O'Leary a esa musa

satírica que, esa sí, acompañó siempre al Libertador. Por su profundo sentido de la música del lenguaje, por la felicidad de sus imágenes, por su conocimiento de la poesía clásica, Bolívar se sabía un hombre de prosa. La guerra, por lo demás, distaba mucho de estar terminada. A través de Briceño Méndez despacha un flujo constante de órdenes que cambian, enmiendan, reforman y rectifican cuanto se hace en todos los ámbitos de su Grancolombia. A Bogotá pedirá incansablemente dinero, para sus soldados y para armamento, y a los llanos ganados, para la menestra de los suyos, pues no había sino reses para alimentar a esa inmensa masa de hombres que pesaban duramente sobre la exangüe república. Los problemas logísticos de un frente demasiado extenso principian a ser colosales, y lo son tanto más cuanto que conserva Morillo esos cuatro cuerpos de ejército que son superiores a todo cuanto puede poner el Libertador sobre el campo de batalla. La guerra de Tierra Firme no se terminará sin haber antes aniquilado al ejército pacificador. A preparar el ejército de la victoria dedica Bolívar sus mejores horas de Cúcuta. Lo acuartela en el noreste de Cundinamarca, y lo articula alrededor de la Vieja Guardia, la de Anzoátegui. Poco a poco le añade batallones de excelsa categoría, y el todo de este cuerpo de ejército recibirá como patronímico el de Guardia, la Nueva Guardia para nosotros. Bolívar la considera el arca de la república, y para forzar las grandes puertas de la Venezuela libre, durante los meses de guerra de 1821, la tiene toda tensa y toda lista.

Inerme frente a esta ofensiva —pues sus tropas se sienten abandonadas, y los súbditos de su rey inseguros—, decide Morillo negociar. Pretende al principio ignorar quién capitanea a los insurgentes, y dirige comunicaciones a granel, cual si todos los generales, e incluso el Congreso en Angostura, pudieran acceder al armisticio. Llegan al fin los negociadores, y encuentran en Bolívar poca voluntad. Cierto que las instrucciones de los enviados españoles se limitaban a proponer el reconocimiento del nuevo régimen metropolitano sin ofrecer contraparte; pero engolosinado con operaciones que reducían rápidamente el bolsón realista en la desembocadura del Magdalena, Bolívar no estaba interesado en tratar. Por pluma de Briceño Méndez nos deja (22-VII-20) una excelente síntesis de las razones por las cuales era militarmente indeseable el armisticio: éste paralizaría nuestras operaciones, reanimaría la moral del enemigo, expondría nuestro inmenso frente a un total desconcierto, y enfriaría el espíritu público, entonces tan favorable al triunfo de la revolución. Sin calor por una parte, y con franco desinterés por la otra, tras una breve pausa de 30 días siguieron las hostilidades.

Frente a Cartagena se hallaba Bolívar durante estas negociaciones. Del gobernador español recibió una desairada respuesta que provocó una de sus terribles cóleras y originó una carta que más parecía latigazo. Con tal motivo hizo nuestro español de tripas corazón y montó una miniofensiva sobre Turbaco que dejó mal paradas las fuerzas sitiadoras. Otra vez surgen los críticos para echar en cara a Bolívar su falta de moderación. Olvidan sí que nuestra independencia no se hizo por el amor de Dios, y olvidan también que hombres que se entrematan requieren de otros condimentos que los de la vida cuotidiana. Por lo demás, y mostrando la excelencia de su ojo táctico, Bolívar había prevenido a Montilla que el frente de Turbaco estaba mal protegido. Esta advertencia, como tantas de las suyas, quedó sin efecto.

Las bases políticas para un armisticio que fuera atalayero de una verdadera paz no existían. Las dos partes en guerra continuaban aspirando a objetivos incompatibles. La situación sin embargo, cambió brusca y diametralmente para Bolívar. Como nos lo relata también Briceño Méndez, la ofensiva de Bolívar se había adentrado hasta pisarle los terrenos al león. Morillo no podía permitir la presencia del ejército libertador en los Andes venezolanos, y apenas supo la caída de Mérida y de Trujillo, avanzó hacia los independientes. Con la mayor parte de su ejército fuera de combate, ni desea Bolívar la suerte incierta de una batalla, ni tampoco abandonar las provincias liberadas. Es él quien ahora usa el arma de la negociación. Su primera nota a Morillo tarda en ser contestada, por lo que sin aguardar la respuesta envía Bolívar una segunda (26 de octubre) en la que delinea las bases del propuesto armisticio. Fue fácil para los negociadores ponerse de acuerdo sobre el tratado, al que por sugestión de Bolívar se agregó otro, regularizando la guerra.

Dejemos de lado, por el momento, los aspectos políticos de los tratados firmados en Trujillo en noviembre de 1820. Tuvieron, en lo militar, extraordinaria importancia. Delimitar los territorios que cada contendiente controlaba, e imponer silencio a las armas por un plazo de seis meses, constituye el reconocimiento de que España no puede reimponerse sobre lo que apenas ayer era suyo. Regularizar la guerra, además, significaba el triunfo de la tesis que Bolívar asentara en su famoso decreto de guerra a muerte. ¿Quién habría osado señalar siquiera, durante estas negociaciones, que eran unos mismos los españoles de entrambas riberas del Atlántico? Todo el mundo, incluso la metrópoli, reconocía que eran dos naciones las que guerreaban, y los contendientes aceptaban conducir sus futuras hostilidades aplicando esas normas extraídas por el derecho del remolino de la violencia entre las naciones. Ejecutar a los inde-

pendientes sumariamente como traidores, quedaba desautorizado. Son americanos y no ya insurgentes los que combaten contra el rey; y en cuanto a los peninsulares, ellos mismos se tachan de extranjeros frente a quienes apenas ayer apelaban sus hijos. Que Bolívar firmara Decreto y Tratado en la misma ciudad de Trujillo, no fue simple coincidencia.

El armisticio, que creaba una semejanza de paz, permitió a Morillo llevar a efecto su retorno. Había servido a su rey con eficiencia y con lealtad. El juicio de O'Leary, que equipara sus esfuerzos a los de Bolívar, es su mejor elogio. Antes de regresar al que erróneamente calculó reposo, quiso el español conocer a Bolívar. La entrevista se llevó a cabo en la población de Santa Ana.

Entre hombres que durante años han vivido en función de entrematarse surgen lazos de afecto fuera de lo común. Si ahondamos en crónicas militares encontraremos —por ejemplo entre esos soldados británicos y franceses que se combatieron como leones en la península ibérica— una hermandad de las armas que amadrinada por la muerte, merece clasificarse aparte entre las humanas pasiones. No extrañemos que Morillo quisiera conocer a Bolívar, y que entre ellos surgiera una simpatía profunda. Al Libertador, por ejemplo, le complacía haber combatido contra un hombre de armas cuyo valor y pundonor habían dado a su Grancolombia el colmo de su gloria. Marcó Bolívar la pauta de la entrevista, y ambos se despojaron de toda prosopopeya. En Santa Ana corrieron libremente las emociones de hombres cuyas calidades y defectos son epítome de toda una época. Es pues singular muestra de ruindad que algunos se rebajen hasta insinuar que no hubo en Santa Ana más que una vulgar francachela. ¡Cuán triste es encontrar hombres de nuestra raza que dejándose llevar por odios inconfesables convengan incluso en ensuciar sus propios altares!

Un armisticio, dice Vattel, es la suspensión de la guerra, no es su fin. Y sabiendo esto lo restringió Bolívar a seis meses en lugar del año que proponía Morillo. El plazo menor le permitía conservar abierta la posibilidad de terminar en 1821 la guerra en Venezuela. Ni podía el Libertador engañarse sobre el fracaso de negociaciones en las que los españoles evitaban mencionar incluso la palabra independencia. Desde principios de 1821, Sucre (entonces jefe de estado mayor) y Briceño Méndez (como secretario de guerra), redactaron sendos proyectos ofensivos y complementarios; la iniciación de operaciones estaba prevista para el 1º de mayo, fecha en la que fenecía normalmente el armisticio. También dentro de los cánones, y no con mala fe como afirman algunos, aprovechó Bolívar los meses

de paz para consolidar su territorio, fortalecer su ejército, y sobre todo transmitir al enemigo la convicción del triunfo americano.

Éste, en efecto, es ya inevitable. Desaparecido Morillo, el último de los conquistadores, un miedo cerval se apodera de los peninsulares. Latorre, fundido en el bronce verdáceo de los días de duelo, los confirma en su opinión de que presencian el ocaso del imperio. Los americanos realistas, por su parte, se preguntan si no deben aprovechar esta última oportunidad para hacer las paces con aquel que considerado por ellos como su mortal enemigo, nunca dejó de invitarlos a incorporarse a la patria. Y los "pasados", como se les llamó, fueron multitudes: regimientos enteros, como el de Barinas; poblaciones que como Carúpano por sí solas se proclamaron independientes; y también funcionarios, soldados e incluso caudillos que habían encanecido haciendo la guerra a la república, como Remigio Ramos el llanero, Reyes Vargas, el cacique que se creyó de abolengo real, e incluso el cura Torroellas, que siempre tildó a Bolívar de engendro de Satanás.

Y Bolívar, ante esta avalancha de hombres que habían retardado la independencia, ¿qué hizo? Les conservó grados, rangos y prebendas, pero más extraordinario aún, los empleó a su lado, y contra sus antiguos amos, al igual que sus otros lugartenientes. Y todos coadyuvaron con él e incrementaron la marea montante de la patria. Pero cuando Bolívar faltaba se ausentaba también su generosidad, y algunos de sus segundos forzaron a los "pasados" a volver otra vez al servicio de España. Y la cólera de Bolívar fue terrible cuando supo de un americano que vuelto a pasar, había sido capturado y ejecutado, pues para él los crímenes de sus conciudadanos se borraban siempre: todos tenían su lugar en la patria nueva que él labraba.

No duró el armisticio ni el término convenido. Acontecimientos supervenientes lo acortaron. Es creencia general, aunque errónea, que fue causal la insurgencia de Maracaibo. De la importancia de la plaza no puede dudarse, y en su proyecto ofensivo incluía Sucre la ocupación de ese puerto apenas reiniciadas las hostilidades. De lo que ni él ni Bolívar se percataron fue que Urdaneta, al mando del ejército del norte, veía la ciudad con ojos de maracaibero. La pronta ayuda que prestó Urdaneta a los insurrectos de Maracaibo ha hecho suponer mala fe por parte de Bolívar: incluso Baralt pierde su habitual compostura para denostar al Libertador, enrostrándole la mala manera como se hizo de ese puerto, lo que según él aminora el brillo de Carabobo. Verdad es que Baralt no conoció la colección O'Leary, pues existe allí un documento que lo desmiente. El 21 de enero prohibía el Libertador a Montilla y a Urdaneta efectuar una operación sobre Maracaibo, la cual infringiría un tratado "cuyo

cumplimiento interesa a la buena fe y honor de la república". (O'Leary, XVIII, p. 36.) Por sobre las órdenes de Bolívar actuó Urdaneta. Inflexible por naturaleza, nunca se inclinó cuando sus convicciones eran diversas a las del Libertador. En su oportunidad veremos la inmensa responsabilidad que le toca en el malhadado proyecto para establecer una monarquía en Grancolombia. Pero volvamos a Maracaibo. Surgió la revuelta y Urdaneta la protegió. Junto con la Guayana era ese puerto la llave de Venezuela: ¿Iba Bolívar a abandonarlo? ¿A desairar a los patriotas, a entregarlos a las represalias godas? Pero para Vattel, entonces el máximo internacionalista, el caso no era dudoso: aceptar a Maracaibo como parte de la república era violar el armisticio.

Un intercambio de notas tuvo lugar entre Bolívar y Latorre. Hizo gala aquél de una excelencia forense que no le ha sido reconocida. Sus argumentos en favor de la accesión de Maracaibo son excelentes; incluso avanza apreciaciones sobre la vigencia del derecho en las luchas libertadoras tan novedosas como notables. Previendo, sin embargo, que sus argumentos no serían aceptados, propuso el procedimiento de árbitros, y con gesto cuya generosidad nunca entendió Latorre, escogió como su representante al brigadier español Correa. Pero Latorre, al ver desestimada su justa queja, ni denunció el armisticio ni se atrevió a iniciar las operaciones.

Fueron las necesidades hoy llamadas logísticas las que obligaron al Libertador a denunciar el armisticio. Tampoco aquí hubo mala fe, que el caso había sido contractualmente previsto. Bolívar halló que su ejército era excesivo para una tierra tantos años asolada; sobre una economía agrícola muy descuidada, y una ganadería explotada inmisericordemente, resultó imposible mantener los dos ejércitos que batallaban en Venezuela.

La preocupación primordial de Bolívar durante estos meses que preceden a su ofensiva sobre Caracas son los ganados. A todas partes los pide, y para vencer la inevitable inercia de Páez, manda hombre tras hombre —incluso de la categoría de Cedeño— para obtenerlos. Los términos que emplea su secretaria para ordenar la remisión de ganados llega, casi, a ser poesía. Ordena Bolívar que se le remitan todos los animales capaces de marchar, sean vacas, toros o novillos, mansos o cerreros, chicos o grandes, y que no se respete ni se separe al macho, ni a la hembra, ni al flaco ni al chico. Con todo, sólo al final obtuvo la subsistencia para sus tropas. Y los otros abastecimientos no andaban mejor. Muchas de las remesas de fusiles fueron objeto de las intervenciones de estrategas en agraz, como los del Congreso de Angostura, que redistribuyeron libérrimamente los fusiles que Sucre llevaba para la Nueva Guardia. Constante fue tam-

bién la preocupación del Libertador por el vestuario, y ya iniciadas las lluvias del año 21, así como la tardía ofensiva, todavía ordena la remisión de alpargatas para que sirvan de calzado a sus oficiales. Es por ello por lo que debemos aceptar con cierta escepsis el óleo que cubre la cúpula del Capitolio en Caracas, y donde combate un ejército libertador uniformado como si fuera la Guardia Napoleónica.

Producto de la imposición del ritmo de las aguas fue el momento escogido por Bolívar para reiniciar las hostilidades. En los Bajos Llanos toda operación era irrealizable a partir de abril, pero en las regiones donde Bolívar planeaba su ofensiva —de una altura media sobre el mar entre 150 y 500 metros— era posible combatir hasta junio inclusive. Su directiva estratégica primordial, en esta fase final de la campaña, es clarísima. Enfermedades y sobre todo deserciones han disminuido considerablemente al ejército libertador; todavía entonces, en el peristilo de Carabobo, las deserciones son tan frecuentes que ordena Bolívar que la tropa de Casanare venga a pie, trayendo cada soldado su silla a cuestas. El Libertador quiere destruir al enemigo, pero con un mínimo de riesgos para la patria, y con un mínimo de pérdidas para los suyos; por ello maniobra para evitar una batalla campal contra un ejército unido y bien coordinado.

Consecuencia de sus desvelos es Carabobo, clásico ejemplo de la *blitzkrieg,* y tanto más cuanto que el adversario había sido advertido de la fecha en la que se iniciarían las operaciones militares. En la ejecución de la campaña de Carabobo encontramos todos los elementos de la guerra relámpago, y todos utilizados con singular maestría. Como la moral es el punto débil de los españoles, conduce Bolívar una campaña de maravilla destinada a menguar la combatividad de su mando, a quebrantar en las tropas su capacidad maniobrera, y aniquilar entre los civiles toda esperanza de resistencia. Cuenta en efecto con una verdadera quinta columna, pues son muchos los "pasados", y muchos también los que quieren hacer méritos con el vencedor, incluso en la hora nona. En cuanto a sus propios cuerpos de ejército, los articula dentro de una nueva dimensión que hace pensar en la marcha de las *panzer* durante la segunda guerra mundial. Adelanta, en efecto, ejércitos relativamente débiles que encuentran en su avance mismo la fuerza que los sostiene: sólo así puede explicarse el éxito fenomenal de las maniobras encomendadas a Bermúdez, a Cruz Carrillo e incluso la de Urdaneta. La campaña de Carabobo es ejemplo de la más alta poesía de la guerra. La forma y oportunidad con la que mueve Bolívar sus cuerpos de ejército, la escogencia, para cada uno de ellos, del jefe más indicado,

y el cierre que como una malla de acero gradualmente ahoga al adversario, sin darle oportunidad de reaccionar, constituye uno de los más bellos ejemplos de lo que puede ser la guerra como creación artística. Si hablando de sus campañas en el Perú diría Bolívar que ésa fue su época clásica, de la de Carabobo diríamos que fue su época romanceresca.

Fuerte se halla el enemigo por su posición central y por la calidad y armamento de sus tropas. Bolívar, considerablemente restringido por sus necesidades logísticas, usará cada uno de sus cuerpos de ejército por separado para desnivelar, descontrolar después, y derrotar por último al adversario. Desde el Oriente, y con un puñado de hombres que pone bajo la irracional audacia de Bermúdez, lanza una desesperada ofensiva sobre la retaguardia del español. Para el ejército del norte prescribe una marcha pausada y segura, inevitable como la fatalidad, que dirige Urdaneta. Será en Barquisimeto donde se unirá éste con la Nueva Guardia, que manda Bolívar en persona, y con el ejército de Apure, casi todo compuesto de caballería y que aumentará la flexibilidad de los libertadores. A esta triple convergencia agrega Bolívar los movimientos ancilares con los que las guerrillas de Ramos y Reyes Vargas, e incluso la división de Cruz Carrillo, protegerán los principales ejércitos patriotas. Latorre queda reducido a una defensiva inocua que se centra en conservar su línea de retirada, la de Puerto Cabello. Su ejército se nos asemeja a un gran paquidermo a la merced de un adversario más pequeño y mucho más ágil que centuplica sus golpes.

El 28 de abril es la fecha fijada para iniciar las operaciones, y varios de los lugartenientes de Bolívar roban incluso unas horas a la falsa paz. Bermúdez conduce sus tropas con maestría, y su ocupación de Caracas, destruyendo de paso cuantos regimientos le opone el enemigo, es el arco sobre el que se yergue la hermosísima campaña. Hasta el cuartel general español, en Ortiz, llegan los gritos de los funcionarios coloniales, y Latorre no tiene más remedio que tomar en serio a Bermúdez. Retrocede pues hasta las cercanías de Valencia, y envía a Morales con una división. Bermúdez se defiende bien, y su retirada no le impide volver a la carga; la suerte varia de sus últimos combates no altera su éxito.

Al sentir el retiro de Latorre y percatarse de su hondura, avanza Bolívar sobre los valles de Aragua. Con una osadía que nos recuerda su Campaña Admirable, se adelanta hasta Guanara, y desde allí pasa a Ospino, después Araure y Agua Blanca, para fijarse en San Carlos, bien dentro del radio de acción del adversario, y donde a partir del 2 de junio espera sus otras divisiones. Cómo, ¿en San Carlos, al alcance del grueso de los efectivos de Latorre? ¿En

San Carlos cuando nada sabe de Urdaneta, y cuando aún no cruza Páez el Apure? Y otra vez presenciamos el arquear de cejas de los críticos, y oímos repetir que el Libertador nunca entendió la verdadera estrategia. Valga la oportunidad para decir que yo estimo profesional al soldado que por años ha batallado, y mejor aún al que ha triunfado en la gran guerra. ¿Por qué no ser tan libérrimos como en la pintura, donde a nadie interesa si Van Gogh o Modigliani fueron académicos? La guerra se aprende haciendo la guerra, decía Napoleón, y Bolívar se muestra grande por haber batallado mucho y bajo circunstancias teóricamente inimaginables. Es él por lo demás quien acertadamente aplica la teoría de la guerra: una vez quebrantada la moral del adversario, puede adelantarse hasta San Carlos, incluso con fuerzas inferiores, sin temer un contraataque. El ejército que le hacía frente, terriblemente castigado, respeta demasiado al Libertador. El sucesivo adelanto de su cuartel general, hasta situarlo a un paso de Latorre, lejos de ser un error, es prueba adicional del genio militar de Bolívar.

En San Carlos, y tras una marcha colosal, converge con el de Bolívar el ejército de Urdaneta. De Maracaibo salió el 26 de abril para tomar Coro el 11 de mayo; por territorio hasta entonces enemigo bajó hacia el sur, ocupó Carora el 7 y convergió sobre la izquierda para llegar a Barquisimeto el 13 de junio; desde allí, y siempre hacia el sureste, atravesó Gamelotal, Apartadero y Mapury para cumplir la cita de San Carlos el 18 del mismo junio. La maniobra que el Libertador conceptuó como la más difícil de la campaña se cumplió sin otro contratiempo que la salud de Urdaneta, quien se vio obligado a entregar el mando a Rangel, y retirarse por muchos años de la vida pública. Poco antes que Urdaneta, había llegado Páez: trajo jinetes espléndidos, y trajo también ganados que abastecieron los tres cuerpos del ejército libertador permitiéndole operaciones que consolidaron la victoria. Ésta se obtuvo en la llanura de Carabobo, uno de los puntos neurálgicos de la geografía militar de Venezuela, y donde Latorre había concentrado todas sus fuerzas. Ya sabiéndolo listo para la batalla —pues desde el 9 de junio tiene el Libertador indicaciones que en Carabobo lo espera el general español— todavía se atrevió Bolívar a destacar la columna de Cruz Carrillo. Le dio por encargo atacar a Valencia y amenazar la retirada de Latorre: supuso —fundadamente— que éste preferiría dividir su ejército a exponerse a quedar cortado de Puerto Cabello. Al éxito de su argucia debió Bolívar combatir contra un ejército numéricamente inferior. Bien pocos ejemplos de esta superioridad por parte de los independientes hubo en las guerras de Bolívar.

Hasta Carabobo avanzan los libertadores. Muy altos ondean sus pendones: confían en su general y están ciertos de su numen. Hacia Carabobo van, a repetir la hazaña que otros insurgentes realizaran, ocho años antes y en esa misma llanura, también bajo el mando de Bolívar. Y así como las fuerzas españolas contaron con la sombra de Boves para vencer reiteradamente en las gargantas de la Puerta, así los independientes creyeron en los fantasmas de sus héroes para aniquilar en Carabobo al ejército invasor.

La configuración de la meseta impone tácticas diversas a los contendientes: si el Libertador logra penetrar hasta la planicie con su caballería llanera, los varios cuerpos de infantería española, estrechados por todas partes, serán destruidos o rendidos. Latorre en cambio debe combatir apoyándose en la serranía que cierra la entrada de la meseta por el sur; si compele a Bolívar a efectuar un ataque frontal sobre una infantería que le es superior, puede todavía soñar con el triunfo. La segunda de Carabobo presencia pues una lucha de tácticas donde el triunfo corresponderá al general que logre imponer su propia concepción de la batalla.

Avanzó Bolívar sobre Carabobo en la mañana del 24 de junio; de inmediato reconoció los seis gruesos batallones españoles escalonados frente al abra del sur, y con sus escuadrones de caballería en la reserva. A flanquear al español por su mal defendida derecha envió Bolívar a la división de Páez. Y éste, para dar a su caballería tiempo de desplegar, adelantó los excelentes regimientos de Bravos de Apure y de Albión, a los que reforzaron los Tiradores de la división Cedeño. O Latorre no entendió la maniobra, o no se atrevió a mover sus mejores unidades, y el ataque encomendado a Páez pudo desarrollarse tal y como lo había previsto Bolívar; sus tropas derrotaron sucesivamente los batallones que uno tras otro envió Latorre a contenerlos. Sólo por unos pocos momentos, largos como siglos, pareció a los patriotas que la entrada a la llanura les estaba vedada. El Bravos de Apure pestañeó, y todo el peso de la ofensiva cayó sobre los hombres del Albión. La línea inglesa aguantó con la misma impavidez que en Waterloo frente a las arremetidas de Ney, y los patriotas se rehicieron y con una carga a la bayoneta abrieron las compuertas a la caballería infernal. Ésta se extendió como una nube, y su furioso caracoleo pronto puso a la defensiva a todos los regimientos españoles. A los cuervos, que desde lejos se disputaban los muertos, la infantería española pareció un archipiélago al que poco a poco tragaba el embravecido mar de los patriotas.

La batalla se transformó en un desgranamiento gigantesco, y la gloria consistió en rendir españoles. Los jefes patriotas se vieron entonces impulsados por un deseo de superación que había fermen-

tado durante once años, y el anhelo de hacer más que el amigo, más que el compañero (como Mellao que se empeña en adelantarse a Rondón) enlutó por lo alto el campo de los libertadores. Los generales que condujeron las tres divisiones se cubrieron todos de gloria, pero sólo Páez sobrevivió. Cedeño había cavado la única tumba que convenía al Bravo de los Bravos, y Plaza, Ambrosio Plaza, se había empeñado en probar que podía llegar más allá que Páez, que llegar hasta la muerte ideal del guerrero: en el campo, en una batalla primordial para los suyos, y victoriosa además, como la de Nelson, o la de Wolf en Quebec. Del brillante ejército que al romper el alba aguardaba sereno a los tercios bolivarianos, nada quedaba unas pocas horas después. Sólo el Valencey —el viejo regimiento de la Unión que con Morillo había hecho toda la guerra de liberación de España—, perseguido y diezmado, pero no rendido, pudo llegar hasta Puerto Cabello. El resto, acosado y estrechado dentro de la más clásica fórmula bolivariana, dejó de existir. No había más ejército español en la Tierra Firme. Los once años de lucha terminaban.* Y al entrar Bolívar en su ciudad natal, en medio del agradecimiento incrédulo de sus habitantes, se cumplía una de las etapas más caras para él y más importantes en su carrera. Carabobo se ostenta como la contraparte de Boyacá: Una y otra son las diosas que amadrinan Grancolombia.

Entre los prisioneros del campo de Carabobo se contó un oficial de nombre Renovales. Creyeron los patriotas, en un principio, que se trataba de aquel que en Rincón de los Toros capitaneó el comando que estuvo a punto de acabar con la vida de Bolívar. Lo supo éste, y ordenó de inmediato su libertad, enviándole además, un considerable obsequio. El héroe volaba entonces muy por encima de vanidades personales.

Tal y como ocurre en todas las grandes batallas bolivarianas, la de Carabobo tiene su arcano. Muchos autores, incluso favorables a Bolívar, no pueden entender cómo con tan pocos hombres —pues en el quebrantamiento del ejército español intervino sólo una quinta parte de los efectivos patriotas— y en tan corto tiempo, pudiera lograr una victoria definitiva. Incapaces de escapar a las reglas de la razón, inventan pues otra batalla que la ocurrida el 24 de junio de 1821. Ignoran, en sus hipótesis, el alma de la campaña. La guerra relámpago había roto el resorte del adversario. Bastó que triunfara la táctica de Bolívar para que cesara entre las tropas americanas que militaban por España toda voluntad de combate. No les quedó a los peninsulares más que retirarse, y bien pocos lo lograron.

* Ver el parte que rinde Bolívar en el *Apéndice XIII.*

El mismo día de su victoria está Bolívar en Valencia, y cinco días después en Caracas. Pronto obtiene, desde allí, la rendición del brigadier Pereira, que se atrinchera en La Guaira. Del inmenso frente que defendían los españoles un año antes no les quedan sino unos cuantos puntos marítimos. Fue Puerto Cabello el último, quizá para añadir al triunfo de Bolívar ese acíbar que impide a los hombres transformarse en dioses... Fue entonces, en su querida Caracas, donde sintió Bolívar algo nuevo y desconcertante, algo que fue el primer aguijonazo del tiempo... la gloria se le presenta como inmaterial y vana... luengos años de lucha heroica lo retornan a su Caracas... nada encuentra Simón que le recuerde aquella ciudad amable y acogedora donde no había otras perspectivas que la del granado del patio interior de la casa de sus padres... ninguna iglesia repite ahora la música que compuso su tío el padre Sojo... ningún cenáculo aplaude las traducciones que Bello hiciera de las tragedias de Voltaire, las favoritas de Simón... ninguna calle atestigua el paso de las comitivas de las mantuanas cuando asistían a la misa mayor... cuando cruzaban por calles bulliciosas precedidas por sus esclavas gárrulas y portadas en andas por gigantes negros, también sonrientes... nada, nada de todo esto queda... la Caracas libre no ofrece para Simón sino un inmenso desierto... sus amigos han desaparecido, y muchos de ellos militan en el campo enemigo... sólo ruinas señalan los lugares que enmarcaron su niñez... nace entonces esa tristeza bíblica que trágicamente iluminará sus últimos años... la que hace de la Elegía del Cuzco el más hondo y alucinante de sus escritos... la tristeza que señala, sin que Simón lo sepa, que 1821 es el cenit del Libertador...

IMAGINEMOS, para entender la gestación de Grancolombia, cuáles eran los sentimientos de uno de los criollos que sesionaban en el Congreso de Angostura el año de 1819. Para este legislador, que como otros muchos proviene de las antiguas clases adineradas, Bolívar es un tirano que ha impuesto una guerra sin tasa y sin sentido: "...posible habría sido entenderse con los peninsulares... pues no, que Bolívar se constituyó en gobierno e hizo una guerra desorbitada... menos mal que reconoció lo endeble de su poder y nos llamó a nosotros, nosotros que atajaremos sus locuras... hasta cierto punto, pues Bolívar siempre hace de las suyas... como ahora, que sin la autorización del Congreso se mete a guerrear en la Nueva Granada... ¿qué interés tiene para nuestro futuro lo que ocurre a aquel pueblo enfundado en sus montañas y en su niebla?... su nueva correría terminará mal, como todas las anteriores... mejor

sería establecer desde ahora un gobierno propiamente democrático... porque somos nosotros, y no esos desarrapados llaneros que luchan sin saber por qué, los que encarnamos la nación... y la nación venezolana nada quiere con esos aventureros que se meten a libertadores allende los Andes..."

Y el Congreso se reunió y los diputados hablaron contra ese tirano, ese usurpador que pretendía ser portavoz de una Venezuela que desestimaban; y decidieron derribar su gobierno, eliminando a Zea y sacando de la cárcel a Arizmendi para hacerlo presidente en ejercicio. Pero en esto llegaron las nuevas grandes victorias, y hubo que repensar todo el tinglado: "...se desagravió al César... como título personal, como propiedad de gloria se le reconfirmó el de Libertador... por conducto nuestro era la nación la que ahora lo ungía... el incienso con frecuencia distrae las ambiciones... ¡ah, pero este hombre es insoportable!... otra vez vuelve con proyectos descabellados... ahora pide que formemos un todo de Venezuela y de Nueva Granada... ¡habráse visto locura igual!... incorporar territorios inmensos, tan escasamente poblados que durante días enteros el viajero no ve un solo ser humano... hermanar poblaciones que mutuamente se antipatizan... fuera de la religión y del idioma, nada une a la América del Sur... España reconoció la realidad de las Indias al fraccionar sucesivamente los grandes virreinatos... y ahora pretende este iluso fundir lo que naturaleza e historia ya han desunido..."

Como portavoz de un pueblo fue como hizo Bolívar la revolución de la independencia. Pero ese pueblo, casi totalmente analfabeto, nada entendía de realidades que iban más allá del poblado natal o del teatro de la campaña. El hombre del llano desconfía del costeño, y éste mira con desprecio al montañero que le paga con la misma moneda. No existe una levadura popular para llevar a cabo la unión supranacional. Ni tampoco apoya la élite los proyectos de Bolívar: si el pueblo ha seguido el fulgor que despedía su negro pendón, los aristócratas han luchado por sus intereses. Vencidos al fin los españoles peninsulares, cada cual quiere gozar de la paz a su modo. Una proyección que va más allá de la nación los incomoda y los aterra, y llegan a odiar al estadista que sin cesar los hostiga para ensamblar un mundo que les es extraño y que creen hostil.

Grancolombia, sita en el corazón de América, es la piedra angular de todo el pensamiento político bolivariano; no extrañemos que llegue hasta afirmar que es ella el "objeto único" que se había propuesto desde sus primeras armas. Y con la misma dedicación y genio que puso en sus grandes campañas, se empeñó en insuflarle

vida. Entre todos los caudillos y estadistas, fue Bolívar el único que comprendió que la libertad sería vocablo hueco si no se la dotaba de raigambres internacionales. Nuestra América heredaba un fraccionamiento artificial y malévolo, pues España se había propuesto privar a cada unidad de la fuerza suficiente para independizarse. Restringir la lucha a los hitos que marcaban esas artificiales fronteras, equivalía a trocar la flamante independencia por una nueva servidumbre. Viables, y por consiguiente libres, serán aquellas naciones que cuenten con territorios y recursos, con población y con talentos.

Para un Libertador que de Boyacá desciende como el rayo, es juego de niños imponer su Grancolombia. Apenas una semana después de su retorno a Angostura, un Congreso sumiso y avergonzado aprueba la ley fundamental de la república de Colombia (Grancolombia para nosotros). (Apéndice XII.) Notemos, de paso, cómo en sus considerandos la ley acepta la estrecha concatenación bolivariana entre unión y libertad. Aprobada y promulgada (17-XII-1819), hay que transformarla en realidad política. En los territorios libres de Venezuela todo ocurre como Bolívar lo ha previsto, y nadie se atreve a susurrar la menor objeción. Queda la Nueva Granada, y allí está Santander: pero Santander ha llevado a efecto un golpe de estado...

Para entender la nueva situación empecemos por el momento en que, como vicepresidente, queda Santander encargado del poder ejecutivo de Cundinamarca. Es la suya una situación incómoda y endeble: salido de su patria desde 1815, se encuentra profundamente aislado frente a todas esas fuerzas políticas que capitularon frente a Morillo y que siguieron gobernando la Nueva Granada. Tampoco pertenece a ninguna de las grandes familias del virreinato, y los santafereños lo miran con desconfianza: ¿qué otra cosa merece quien llega como general de un ejército invasor, como lugarteniente de otro extranjero? Era el gobierno nuevo, y al alejarse el genio, Santander se siente un extraño entre los suyos. Su profundo sentido político le señala la necesidad de un golpe de fuerza que lo instaure como el único hombre capaz de defender los intereses granadinos frente a las demandas castrenses y los ideales democráticos del Libertador. Para gobernar la antigua capital del virreinato —que rehúsa transformarse en satélite de Venezuela— tiene Santander que desprenderse, pública y brutalmente, de todos sus lazos con Bolívar.

El hombre al que con justicia se apela padre de la moderna Colombia, tiene un alma de acero. Desde la asonada del florero ha hecho de la independencia su futuro. Con sin igual constancia ha seguido la suerte de la república y los días más aciagos siempre lo han hallado en su puesto. Tanto más valiosa es su constancia cuanto

que tiene para la lucha armada una incapacidad congénita. Así como hay guerreros que entran en un trance prodigioso y feérico al divisar al enemigo, así Santander se inhibe físicamente frente al adversario armado: ni siquiera su extraordinaria voluntad le permite vencer lo que va más allá de su ser de hombre. No por ello ceja en la única profesión que entonces requiere la patria, y a poco, al constituirse en Angostura el esqueleto de un verdadero ejército, encuentra en el Estado Mayor su vocación. Bolívar, que lo conoce a fondo, lo elige para comandar la vanguardia de Casanare: sabe que Santander cumplirá lo ordenado, pero sabe también que a diferencia de tantos otros caudillos, no osará guerrear por cuenta propia. Y llega la campaña de Boyacá, y otra vez esa maldita resquebrajadura interna le impide transformarse en héroe. Cuando entre los libertadores abundan los guerreros que aun gravemente heridos vuelven siempre al campo de batalla, en Gámeza una simple contusión obliga a Santander a retirarse: ¡Así no podrá nunca liberar a su patria! En Vargas nada hizo, y fue precisa la violenta sacudida que a él y a todos transmitió el Bolívar demoniaco de Duitama para obligarlo, por un momento, a combatir con acierto en Boyacá. Con gloria entró Santander en Santa Fe, y entre sus habitantes quedó —como dijera eufórico el Libertador— como otro Bolívar. Este manto es lo que más le escuece, pues Santander nunca ha compartido la política de Bolívar: incluso en varias ocasiones se ha opuesto a sus decisiones. Desde Casanare, por ejemplo, se dio maña para actuar como general de un ejército granadino auxiliar, distinto del de Bolívar. Rechaza pues el papel de servir de ejecutor de un extranjero que, además, es malquerido entre los bogotanos.

Agosto, y es Boyacá... septiembre, y es el gobierno de Bolívar... llega octubre, y queda Santander encargado del mismo gobierno de Bolívar... octubre, y tiene que actuar violentamente... octubre es su fecha, la histórica, la que le permitirá demostrar a todas aquellas rancias familias que Santander gobierna y que Santander seguirá gobernando. Por el prestigio de Bolívar y por su velocidad de acción, para cualquier otro que no fuese Santander el riesgo habría resultado excesivo. Él, sin embargo, encontró la manera de afirmarse como el caudillo indiscutido de su tierra granadina. La ejecución de los prisioneros españoles de la batalla de Boyacá fue efectuada con toda la oportunidad y violencia que requería un acto cardinal.

Hasta la fecha, azorados frente a la magnitud del hecho, y despistados por un Santander empeñado en ocultar su significado, los historiadores se han engarzado en disquisiciones absolutamente inconsecuentes. Todos sus argumentos, para condenar o justificar la ejecución de Barreiro, son improcedentes. Veamos el porqué de los

hechos. Se nos habla de los 39 jefes y oficiales del ejército español, y con una mentalidad ya condicionada por Ayacucho, imaginamos de inmediato virreyes, generales, mariscales de campo y acaso coroneles. Los 39 prisioneros forman en verdad un grupo lamentable: 7 eran capitanes, 12 tenientes y 10 subtenientes; un solo general brigadier, apenas un coronel. ¿Eran éstos los monstruos cuya existencia ponía en peligro a la república? También se nos oculta que 13 de entre ellos eran americanos, pues el propio decreto de guerra a muerte, que algunos esgrimen para justificar a Santander, salvaguardaba la vida a todos los americanos, sin importar cuáles fueran sus crímenes. Se calla también que había entre los 39 no uno, sino 5 paisanos españoles, y que éstos, al igual que 6 de entre los oficiales, estuvieron libres hasta el momento de la ejecución. ¿Era este infeliz grupo el que complotaba? ¿Éstos los hombres que la aristocrática Bogotá aceptaría para encabezar una contrarrevolución? Ahondando más, comprobaremos que no hubo proceso alguno: la ejecución la ordenó lacónicamente Santander, y se llevó a cabo de inmediato. Comprobaremos también que sobre un hecho de tamaña importancia —pues puso en entredicho toda la política humanitaria de Bolívar— Santander, siempre tan activo en su gabinete, tardó 6 mortales días en escribir su informe: fue hasta el 17 cuando fecha los mensajes por los que le participa al Libertador las ejecuciones del 11 de octubre.

Las irregularidades e inconsecuencias que presenta la ejecución de Barreiro y de sus compañeros de armas nos invitan a penetrar hasta el fondo político del acto. Es éste su carácter esencial. Sólo quienes han estudiado el asesinato del duque de Enghien como hecho político han podido interpretar su arcano. Al cerrar las puertas a todo avenimiento con los monarquistas, recibió Bonaparte el apoyo de regicidas y jacobinos e hizo posible la surgencia de Napoleón. Así Santander: al ejecutar pública y ostentosamente a Barreiro, recibió los votos de todos aquellos granadinos que odiaban a Bolívar y desconfiaban de su revolución; se erigió entonces como el gobernante nato de una Cundinamarca que si no independiente, al menos quería ser autónoma. ¡Cuántos, desde un punto de vista ético, han condenado la saña y crueldad con que se llevaron a cabo las ejecuciones! ¡Cuántos los que comentan con repulsión las arengas que casi sobre los cadáveres hizo Santander, repitiéndolas de inmediato en varias otras plazas de Bogotá! Para un hombre como él, la explicación no es emotiva. Desplante y discursos manifestaban a la población granadina que había muerto el lugarteniente de Bolívar y que tomaba el poder un granadino de vieja cepa, seguro de la independencia, firme en su gobierno, y que no se detendría ante

nada con tal de mandar. Y el pueblo y los patricios, hasta entonces ariscos, lo entendieron perfectamente. La romería que hubo esa noche en palacio, y el sinfín de gentes que vinieron a homenajearlo, eran manifestaciones al nuevo jefe. Del 11 de octubre data el nacimiento político de la Colombia actual. El acto de violencia había sido concebido y ejecutado con sin igual maestría. A hechos como éste no son aplicables las normas del catecismo del padre Ripalda; lo son aquellas que, exiliado de la Florencia de sus amores, escribió Maquiavelo a fines del siglo xv. Encargado de un estado que no tenía otras raíces que la victoria, ni más sostén que Bolívar, Santander se afirmó por medio de un acto de suprema audacia; estuvo a la altura de lo que la fortuna de Boyacá depositó en sus manos.

¿Entendió Bolívar lo que Santander había ejecutado? ¿Comprendió que su lugarteniente le había ganado de mano, y que tenía al frente, en Nueva Granada, un caudillo tan independiente y aún más fuerte que Páez? Las seis cartas en las que Bolívar comenta la ejecución de los prisioneros españoles dan una respuesta afirmativa (Bolívar a Santander, 26-X-19, 8-XI-19, 4-VI-20, 31-VII-20, 8-VIII-20, 1-XII-20). Alejándose de consideraciones éticas, desde el primer momento comenta el Libertador el juego político santanderino, y se inclina ante lo inevitable. En otras usará del sarcasmo, y hablará del "martirologio", y fijará discrepancias entre esos "asesinatos" y otros ejemplos que Santander esgrime en su favor.

Pronto se manifestó el nuevo equilibrio político. Aprobada en Angostura la ley fundamental, no bastó el "cúmplase" de Bolívar para que se ejecutara en todos los territorios libres de la república. En Cundinamarca, Santander impuso un pronunciamiento por parte de esas autoridades granadinas que encabezaba. Fue un acta de unión la que envió Santander a Bolívar, no el informe de un subordinado. Nada dejó traslucir Bolívar al recibir la adhesión; por el contrario, con la euforia de ver cristalizado su ideal político, colmó de elogios a Santander y proclamó (8-III-1820) el nacimiento de su gran nación. Ésta por cierto, ya no es bolivariana. Cundinamarca, unida bajo Santander —y sobre todo después de la destrucción terrible que ha sufrido Venezuela— es el centro más culto y poderoso de la nueva república. Los cuerpos políticos giran también alrededor del más pesado de entre ellos. Y las consecuencias del nuevo equilibrio fueron patentes al reunirse en la villa de Cúcuta, de acuerdo con lo dispuesto por los congresistas de Angostura, el constituyente de la nueva república. Pero antes había que darle a la flamante nación una aureola internacional.

Esto, en 1820, parecía terriblemente difícil: ¿y cómo podría ser de otro modo, si los negociadores españoles tenían prohibido pro-

nunciar siquiera la palabra independencia? El mejor ejemplo de su negativa a cualquier concesión de fondo es el encabezado del proyecto del tratado propuesto por Morillo, donde aparece un "don Simón Bolívar, del gobierno disidente". Más difícil aún lo parecía meses después, cuando reinició Bolívar las negociaciones, presionado por una situación militar peligrosa. Y sin embargo, sin que sepamos cómo ni por qué, las nuevas negociaciones se llevaron a cabo dentro de la igualdad, y los tratados firmados en Trujillo lo fueron por el "Presidente de la República de Colombia". Extraño resulta que haya aún quien discuta si estos instrumentos implican el pleno reconocimiento. Tratados formales, en que el representante de la metrópoli reconoce al adversario el carácter de jefe de Estado: ¿puede pedirse más? Y ni siquiera se limita el reconocimiento al armisticio, tratado por naturaleza transitorio, sino que existe también en el de regularización de la guerra: y éste implica un acuerdo entre partes iguales y soberanas, las que convienen en aplicar en su trato los principios bélicos del derecho de gentes. Con la firma de los tratados de Trujillo, Grancolombia entra a formar parte del concierto internacional.

Sólo la tremenda anarquía que permea ya toda la vida española hizo posibles estos tratados; de que nadie en la Península exigiera explicaciones a Morillo, quien claramente había sobrepasado sus instrucciones. El armisticio, duramente combatido por todos los consejeros de Bolívar, mostró ser otro ejemplo de su profundo genio político. Fue en efecto grandemente favorable a Grancolombia. Todos, y principalmente los americanos realistas, leyeron la escritura en la pared: ¿Podía alguien dudar del resultado de una lucha en que la metrópoli concedía al enemigo el tratamiento de soberano? El desmoronamiento moral del imperio no tardó, y fueron multitud las adhesiones de hombres, ciudades e incluso de provincias, que confirmaron el ocaso.

Las Cortes españolas, huyendo hacia adelante, quieren a la fuerza la paz en América. En su empeño por resolver en las colonias su lucha civil, envían nuevos emisarios. No se trata de plenipotenciarios, que estos vienen a ganar tiempo. Apellidos insólitos tienen los que llegan con tal carácter a Grancolombia: uno se llama Sartorio y el otro Espelius. ¡Qué lejos estamos de los Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla! Tal pareciera que avergonzada del término de su imperio, la metrópoli había hurgado en el desván de sus nombres viejos para extraer patronímicos que nada tenían que ver con la conquista ni con la cristianización. En fin, estos señores de extraños nombres trajeron como mensaje la solicitud de que enviara Bolívar sus plenipotenciarios; de que en territorio es-

pañol se negociara el tratado definitivo de paz. Y Bolívar convino en ello, y nombró a Echeverría y a Revenga: entre sus consejeros (porque los tenía y muy influyentes) era éste quien se había mostrado más opuesto al armisticio.

Las comunicaciones que despacha Bolívar con motivo del ciclo de negociaciones de paz nos abren una ventana sobre su internacionalismo. El 24 de enero expide sus instrucciones a la misión Revenga, y con esa misma fecha, firma una carta dirigida a Fernando VII, de la que serán portadores sus plenipotenciarios. Poco después, el 4 de febrero para ser precisos, remite una nueva comunicación al Director Supremo de Río de la Plata. Las primeras están redactadas dentro de una perspectiva política diversa de la revolucionaria. El Libertador siente profundamente la identidad de causa que congloba a los liberales de entrambas orillas del Atlántico, y pasando por sobre sus tristes experiencias coloniales, otorga a sus representantes una latitud hasta entonces insólita. Muchas concesiones pueden hacerse a un gobierno que habrá de apoyarse en las repúblicas hispanoamericanas para luchar contra los serviles europeos; y al efecto, permite a Revenga negociar sobre posibles compensaciones a algunas de las víctimas de la revolución, y conceder a los comerciantes españoles, dentro de la reciprocidad, un tratamiento igual al de los nacionales. Una misma latitud se advierte en cuestiones de límites, donde podrán los grancolombianos restringirse exclusivamente a lo que eran Venezuela y Nueva Granada, y también en cuanto a la no participación de Grancolombia en la lucha de sus otras hermanas. Con todo, sería equívoco pensar que el principio mismo de la independencia absoluta no estaba paladinamente expuesto. Todo cuanto no parta del principio de reconocimiento de Grancolombia como una república perfectamente igual a todos los demás soberanos del mundo, debe desoírse; y se declaran inadmisibles los proyectos de federación con la antigua metrópoli —que sin autorización adelantó Zea al embajador español en Londres— y se desestima de plano el de transformar a Grancolombia en una monarquía regida por una cualquiera de las casas europeas.

El segundo documento, la carta de Bolívar a Fernando, es sin duda chocante: las fórmulas de cortesanía que usa rayan en el servilismo. Sin embargo, si nos adentramos en el texto, encontraremos una firmísima defensa de la absoluta libertad e independencia de Grancolombia, y aparecen incluso expresiones que revelan la impronta de Bolívar: la existencia de Grancolombia, dice, es necesaria a la razón y a la justicia, al reposo del monarca y al bienestar de españoles como de colombianos; éstos ciertamente anhelan ofrecer

a aquéllos una segunda patria, "pero erguida, pero no abrumada de cadenas".

Ante la realidad política de la paz, Bolívar se aleja de esa posición intransigente que consideraba que una independencia ganada con sangre no podía ser objeto de ninguna concesión. Verdad es que se entra en período de transacciones: una multitud de "pasados" engrosan las filas independientes, y Bolívar se congratula de no tener que actuar como terrorista para salvar a la república. Verdad también que en esos momentos, exangüe el país, fuertes aún los ejércitos españoles, las presiones para lograr la paz deben haber sido formidables. Si se salvaba el principio, ¿por qué no ceder en lo que eran accidentes en la vida de la gran nación? Con todo, parece probable que Bolívar sintiera que había ido más allá de lo que convenía a su América, y sin contar con motivo inmediato, escribió al Director rioplatense, que ya no era Pueyrredón, pero que sí era portavoz del otro centro impulsor de la marea independiente. Tiene este documento una parte que se refiere a la política interna, que examinaremos después; en la internacional, surge potente y feliz el ideal bolivariano. La América victoriosa puede ahora exigir el reconocimiento de su independencia, y si todas las repúblicas actúan de consuno, se lo arrancarán a España. Base única de la negociación es y debe ser la independencia absoluta de todas nuestras naciones; a sus gobiernos corresponde negociar en común, pues por encima de causas, principios e intereses que ya las unen, son como hermanas que mutuamente deben sostenerse, protegerse y defenderse. El anhelo de 1821 es el mismo que servirá de antorcha al Congreso panameño; por desgracia, ni en uno ni en otro caso pudo lograrse la unidad de acción; en 1826, en Panamá, ni siquiera llegó a plantearse una acción común para imponer el reconocimiento de nuestra independencia a la antigua madre patria.

Pronto, y sin frutos, tuvieron fin las negociaciones de paz. Motivo principal y ostentoso fue la victoria de Carabobo que los españoles resintieron como una afrenta y que motivó la violenta expulsión de un Revenga que exultaba de gozo. Malo sería olvidar, sin embargo, que las Cortes mismas se encargaron de desilusionar prontamente a Bolívar sobre la posible unidad de acción entre liberales metropolitanos y americanos. Querían las Cortes seguir administrando la América como si nada hubiese ocurrido, y así, siguen enviando virreyes: a México —excusable en tanto para entonces aún no triunfaban por completo los insurgentes—, e incluso a la Nueva Granada, ignorando por supuesto los tratados por los que reconocían formalmente al presidente de Grancolombia. Llegó en efecto Mourgeon, y tomó pie en Puerto Cabello; desde allí indicó que los es-

pañoles borraban todo lo hecho en favor de la paz, y optaban, otra vez, por la guerra a muerte. Como general en jefe de las diezmadas fuerzas españolas designó a Morales, cuya única concepción estratégica era la destrucción de todo lo americano. Días de duelo aguardaban todavía a Grancolombia.

Entretanto, y con todas las dificultades propias al ejercicio de la democracia en un país en guerra, se reúne el constituyente en Cúcuta. Lentamente llegan los diputados, muchos de ellos sin recursos, y encuentran la larga espera intolerable. En actitud que mucho lo honra, se preocupó Bolívar por el bienestar de todos; además, y al saber que no podía el erario sacar de la miseria a su amigo Peñalver, dio orden para que se vendiera la poca plata y escasas alhajas que como parte de su equipaje, habían quedado en Bogotá. También la mala suerte se alió contra el Congreso: murió Roscio, el viejo patriota a la sazón vicepresidente de Grancolombia, y poco después Azuola, quien desempeñó provisionalmente el cargo. Ya los murmullos de los pasos perdidos, que culpaban por supuesto al Libertador, crecían hasta convertirse en rumor de río revuelto cuando llegó Nariño. Venía del cielo lóbrego de la prisión española, de donde lo sacó la revolución de Riego, y siquiera para hacer ver que el editor de *La Bagatela* no había muerto, publicó varios sueltos contra el recién llegado Morillo que otra vez lo hicieron reo de las iras metropolitanas. Nariño tomó esta vez la ruta de Gibraltar, después la de Angostura, y desde allí remontó los llanos. Con especial gozo lo recibió el Libertador: los plácemes que le extendió, por ser genuinos, no fueron exagerados. Retornaba en efecto el único granadino que volaba en la misma y etérea región que Bolívar, el que había entendido y pugnado por una democracia militante como motor principal de la revolución independiente, y que había fracasado por haber pensado y actuado viendo el continente como un todo. Su estirpe, sus hechos, lo hacían merecedor de un lugar privilegiado en su patria, y el Libertador lo designó de inmediato vicepresidente de Grancolombia, encargándole la apertura del constituyente.

Con mayoría simple, y con algunos meses de retraso, empezó el Congreso sus labores. Dar a Grancolombia una base de sustentación que le permitiera sobrepasar las primeras tribulaciones, hacer de la revolución una fuerza creadora, sin dejar perder las ilusiones y anhelos de las castas, era lo indispensable. Tenía para ello dos excelentes modelos. Desde Angostura, con la mirada repleta del azur de una Hispanoamérica gloriosa, la primera entre las naciones, había propuesto Bolívar instituciones fundadas en la virtud y apoyadas en sólidas medidas orgánicas destinadas a combatir las ambiciones y

menguar los vicios. Desde un punto de vista opuesto, pero igualmente válido, Nariño esbozó una constitución históricamente provisoria: que fijara sistemas y asegurara métodos de gobierno que siendo buenos, se sabían transitorios por el momento en que se adoptaban. Veía el uno la Grancolombia en toda la gloria de su ser eterno; el otro la consideraba en toda la turbulenta fuerza de su revolución, y quería un edificio que poco a poco se fuera afirmando hasta llegar a convertirse en el percibido por Bolívar. Cualquiera de estos dos proyectos habría asegurado la existencia de la república y hecho posible su felicidad.

No ocurrió esto. El proyecto de Bolívar había sido tasajeado en Angostura, y nadie quiso recordarlo en Cúcuta. En cuanto al de Nariño, los congresistas rehusaron tomarlo en consideración. Prefirieron proceder por cuenta propia. Bolívar los creyó más ilusos que malévolos. No eran en verdad ni lo uno ni lo otro. Formaban un grupo que representaba los intereses de la "criollada", de esa que había sido relegada por la fuerza democrática de la revolución. Muy cerca habían sentido el poder durante la patria boba; ahora, con mayoría absoluta en el Congreso, y contando con Santander en el ejecutivo, nunca lo abandonarán. Fue este grupo el que se enfrentó a Bolívar y a Nariño, e hizo de éste su primera víctima. Para perderlo se recurrió a toda clase de expedientes, incluso los sórdidos y miserables; se resucitó, para acusarlo ante el Congreso, el supuesto desfalco de los bienes de diezmos porque lo enjuiciara una fraudulenta administración colonial. Y la figura más pura y luminosa de la revolución granadina se hizo a un lado, para dar paso al respeto absoluto de esos derechos individuales aburguesados, ajenos a nuestro mundo, pero engarzados en la constitución norteamericana. A ellos se les sobrepuso un sistema ambiguo en que se debilitó terriblemente al ejecutivo —obligándolo a actuar como instrumento del Congreso, a menos de optar por el camino de la dictadura, prevista en el famoso artículo 128—, eternizando en cambio, la posición toral del legislativo. Con lamentable acierto calificó el Libertador esta obra legislativa diciendo que sobre cimientos góticos se había elevado un templo griego (más la imitación de Monticello que del Partenón, diríamos), todo ello sobre el borde de un volcán.

Impregnado de las realidades geopolíticas, el Libertador en sus desvelos había llegado a idear la creación de un nuevo centro que sirviera de lazo de unión entre Nueva Granada y Venezuela, que conservara el equilibrio de su Grancolombia. Un nuevo departamento se erigiría, centrado en el lago de Maracaibo y en los Andes venezolanos: se extendería en el Caribe desde Coro hasta Cartagena, y en su seno guardaría varios centros urbanos del altiplano, como lo

eran Mérida y Trujillo, Cúcuta y Ocaña. La nueva capital —fuese la Ciudad Bolívar originalmente recomendada por los congresistas de Angostura, fuese una de las ya existentes, hipótesis que parece haber adoptado el Libertador— habría coadyuvado a destruir para siempre los motivos de odio, de discordia y de disolución, los que, como bien sabía Bolívar, hacían peligrar su gran creación. Rechazaron los congresistas de Cúcuta el departamento neutro. Impusieron además una subdivisión artificial y aérea sobre las realidades de las dos grandes unidades políticas preexistentes, debilitando de hecho el centralismo que entonces adoptaron. Además, y destruyendo todo el equilibrio grancolombiano, decidieron hacer de Bogotá la capital, proporcionando a la élite bogotana una radiación supragranadina que muchos encontraron inaceptable.

La nueva nación, que saliera de la mente del Libertador como Palas Atenea, al pasar por manos de los legisladores de Cúcuta quedaba muerta. Geopolíticamente mostraba debilidades extremas, que poco después aprovechó sangrientamente Morales; su ofensiva, dirigida al corazón de Grancolombia, se apoyó en efecto sobre Coro y después Maracaibo. La región que debería haber sido el motor del nuevo estado se hallaba abandonada, y Morales puso en peligro a la nueva república precisamente porque aprovechó la miopía de los legisladores cucuteños. La nación tampoco contaba con la estructura necesaria para poder jurídicamente subsistir. Era un verdadero río revuelto en el que pescarían todos aquellos empeñados en medrar de la revolución a costa de quienes la habían impulsado con su sangre. Aún antes de que fuese formalmente constituida Grancolombia, y por medio de multitud de decisiones particulares, se instaura un nuevo régimen aún más perjudicial que el español para los desposeídos.

Los ejemplos de esta política son por desgracia abundantes en extremo. Puede incluso afirmarse que todas las medidas tomadas por Bolívar y destinadas a consolidar las conquistas de la revolución (como hoy diríamos) se desvirtuaron. La esclavitud, por ejemplo, y so pretexto del respeto a la propiedad privada, sigue su siniestra existencia; poco a poco, declaran los legisladores, la nación en su munificencia irá preparando fondos para recomprar a esos seres desgraciados, y entonces liberarlos. Coartado en su política de abolición absoluta, el Libertador pide al Congreso que como galardón a los vencedores de Carabobo decrete que ningún grancolombiano nacerá esclavo. Y el Congreso, obediente de dientes afuera, acepta el principio, pero lo vacía de contenido, condicionándolo a una servidumbre que durará hasta que los hijos de esclavos cumplan 18 años. Otro tanto ocurre con los bienes secuestrados a los españoles penin-

sulares, a los americanos realistas, y con los baldíos destinados al ejército. Aquí se extienden indebidamente las excepciones, incluso favoreciendo retroactivamente a quienes no debieran gozar de devoluciones; allá se hacen subastas cuando el ejército está en campaña y sus miembros no pueden pujar; acullá se distribuyen vales que la tropa, pagada tarde y mal, tiene que malbaratar. Casi insensiblemente, al tiempo en que triunfa la revolución, se reconstituyen bajo la república las grandes haciendas que existían en la colonia. La clase de terratenientes ha vuelto, apenas aumentada con la presencia de algunos soldados afortunados, como los grandes jefes llaneros. Para el resto de los libertadores las tierras son inasequibles. Y esta incapacidad trae serias consecuencias políticas. Birlados de las propiedades que adquirieran con el canto de sus lanzas, los grancolombianos se ven privados del derecho a voto, y la nueva ciudadanía se pierde en un piélago: por no tener, no pueden poseer, y no siendo propietarios, tampoco serán ciudadanos activos.

Serios envites sufren también las comunidades indígenas. Con la extensión de una agricultura de tipo capitalista, que medra a partir de las reformas carlinas, las tierras de los resguardos son muy codiciadas. Bolívar, que tiene como política la de innovar lo menos posible en las prácticas españolas, suprimiendo los vicios más patentes y variando sólo la directiva, respetará y reforzará los resguardos: por decreto del 20 de mayo de 1820 prescribe que del remanente de los frutos de los resguardos se establezcan escuelas. Pues hete aquí que el decreto, por medio de lo que un Libertador colérico llama una "siniestra y arbitraria inteligencia", ha servido para privar a los aborígenes (los de Coyaima) del usufructo de sus tierras.[2] No tardará el Libertador en ordenar también a Santander que cese la práctica de desplazar estas comunidades: con el pretexto de mejorarlas, se les despoja de esas tierras que habían subsistido durante la colonia, y que ahora se les cambian por otras estériles o mal situadas. Santander se inclinará ante las órdenes de Bolívar, pero se escudará en lo que decida el Congreso sobre ésas que él llama cuestiones de indios; bien sabe que la política que ha esbozado será confirmada y reforzada.

Una compleja situación política se superpone, a partir de 1820, al inmenso panorama militar que confronta el Libertador. Si ha triunfado, ha sido por el apoyo que al fin le dieron las grandes masas agrarias. Él y ellas constituyen pues una fuerza revolucionaria que aspira a convertirse en la columna vertebral de la nueva república. Pero ésta sólo puede moldearse dentro de formas jurídicas

[2] O'Leary, XVIII, núm. 41.

llamadas democráticas, y que no son otra cosa que la imposición de una estructura burguesa-liberal sobre los marcos de la vieja España. Y Bolívar se halla sin defensa para evitar que esa maquinaria jurídica juege en contra de él, en tanto Libertador, y en contra de las fuerzas revolucionarias que lo llevaron al triunfo. Se halla pues frente a un dilema trágico que se convertirá en el *leit-motif* de sus últimos años: porque, o bien rehúsa someter la revolución a una formulación jurídica que la desvirtúa, convirtiéndose en tirano y usurpador, o bien acepta someterse a esa estructura llamada liberal, pero que en su América actúa de modo antirrevolucionario. Veamos por ejemplo lo que ocurrió con respecto a la esclavitud. Desde Ocumare y como caudillo, la declara abolida: desde este momento, afirma, ya no hay esclavos en Venezuela. Una vez restablecido el Congreso, tiene que pedir o que recomendar, y también que someterse cuando la decisión, como en este caso, le es contraria. Por la fuerza de sus convicciones y por su orgullo de guerrero, esa obediencia le fue dificultosa. Como jefe de estado se inclinó, pero en lo privado, dejó alguna vez escapar acres recriminaciones; incluso llegó hasta afirmar que no era ciudadano de Grancolombia, pues al rechazar el Congreso su proyecto de constitución, que era la base de su pacto social, no tenía por qué conformarse con las nuevas leyes.

Al trastocarse el impulso revolucionario de la independencia, la Grancolombia de Bolívar deja de ser una entidad políticamente estable. Y para una mente tan perspicaz como la del Libertador surgen desde entonces dos grandes motivos de preocupación: los llaneros y los legisladores. Los primeros se habían alistado bajo los pendones de la república porque ésta ofreció solventar sus justas demandas. Al mostrarse hueras tales promesas, volvían a ser la gran masa insatisfecha, dispuesta a seguir a cualquier caudillo que les ofreciera lo que la república les había escamoteado. Los suaves filósofos del Congreso, como los llama Bolívar, eran por motivos diametralmente opuestos, tan peligrosos como los llaneros. Por su legislación contraponían la realidad social a la jurídica, y forzaban a tomar medidas fácticas a todo aquel que quisiera devolver a Grancolombia su flexibilidad social y sus anhelos revolucionarios. Si agregamos a los elementos explosivos anteriores la natural querencia del soldado a actuar con violencia en la vida civil, y a tomar por la fuerza lo que esas instituciones extrañas le niegan, tendremos los motivos por los que se mostraba Bolívar compungido al meditar sobre el futuro de su América. Combatir esta inseguridad, que priva a las nuevas repúblicas de la estabilidad indispensable a la grandeza, fue pues una de las constantes preocupaciones del Libertador. Llegó incluso a esbozar soluciones internacionales, como lo hizo en la

citada carta al director rioplatense. Sugiere allí la proscripción de los demagogos, y la recíproca obligación que tomarían las dos repúblicas de acoger a los proscritos; cree poder así reprimir el ímpetu de las pasiones y salvar la independencia. La temible secuela de las soluciones de fuerza, como único medio para guarecer y asegurar a las nuevas naciones, aparece ya: su desarrollo empañará la gloria del Libertador en sus últimos años.

¿Cuál es, nos preguntaremos, la filosofía revolucionaria que entonces inspira a Bolívar? Su genio, como el de los grandes realizadores, es pragmático. Sigue muy de cerca a Montesquieu, y si la teoría que ha aprendido en los libros se opone a la realidad, inmediatamente elabora una nueva que permita explicar el hecho americano. En su gobierno, y aunque parezca contradictorio, el Libertador es revolucionario porque se muestra conservador. Los suyos son los ideales que realmente mejoren a las clases agrarias, que realmente pongan fin a la esclavitud, que realmente eviten la doble tributación de los indígenas. Y si para ello tiene que alejarse de los preceptos que inspiran las cartas magnas española y norteamericana, lo hace sin escrúpulo. Vemos pues planteado desde 1820, el mismo dilema que lo llevará, al término de la convención de Ocaña, ocho años más tarde, a la dictadura: no obstante su origen en apariencia democrático, no puede inclinarse ante fórmulas que se muestran opuestas al interés nacional, y que en su aplicación legalista perjudican, en lugar de beneficiar, a la nación. El revolucionarismo del Libertador es el del realista, y tiene que marchar por sobre estructuras que si bien inspiradas en filosofías avanzadas, se muestran en su aplicación ineptas, y por consiguiente represivas.

El *ying* y el *yang*, las dos fuerzas cósmicas que reconocieran los chinos, se muestran vivas en la filosofía revolucionaria del Libertador. El impulso de hacer, de seguir el ímpetu que han dado las armas lo lleva, en un instante, a justificar la existencia política del ejército como la representación viva del pueblo: en él se hallan todos los ciudadanos que pueden, quieren y que obran; todos los demás son vegetativos. Poco después son sus escrúpulos democráticos los que predominan: si antes se ha apartado de Rousseau, lo sigue cuando jura en 1821 la constitución, al aceptar ante el Congreso la presidencia. Allí se muestra Bolívar demócrata convencido en el sentido tradicional, y dedica fases inmortales a las limitaciones que tiene en el cuerpo social el ejercicio de la fuerza: la espada de que se sirve la divinidad para castigar a los tiranos y escarmentar a los pueblos debe desaparecer al instaurarse la paz. Y en fórmula que el filósofo ginebrino hubiera exaltado, afirma que prefiere el título de buen ciudadano, que se apoya en la paz y por consiguiente en la

justicia, al de Libertador, que proviene de la guerra y se funda en la fortuna de las armas.[3]

Para un hombre tan infinitamente complejo como lo es Bolívar, pragmatismo y filosofía, realismo y democracia se entrelazan y ramifican hasta hacer mucho más tamizadas sus respuestas. Precisamente porque cree en las fórmulas que se desprenden de los filósofos franceses, no puede convertirse en el superhombre realista. Cuando todo su instinto político le demuestra lo perjudicial que han sido las fórmulas jurídicas desarrolladas a través de la constitución de Cúcuta, no se decide a establecer una abierta dictadura. Desde el primer momento condiciona el ejercicio del poder dictatorial en 1828 a la aprobación de una próxima constituyente, la que para todos los observadores estaba destinada a fracasar de idéntica manera a la que entonces fenecía. Revolucionario por sus hechos, Bolívar es un aristócrata por herencia, educación e inclinaciones. Nunca llega a romper con su pasado. Sigue amando, y profundamente, a sus familiares y amigos, y olvida gustoso que han estado en el campo español para llamarlos y agasajarlos. Pero una vez llegados, encontrará en ellos todos los viejos prejuicios que él, al desenvolver su ser de Libertador, ha desechado. Vendrán los Toro, pero no a apoyar a Bolívar, sino a recobrar su estatuto de grandes terratenientes; y volvería María Antonia, su hermana, aquella que se rebajó hasta pedirle una pensión al rey durante su exilio en las Antillas; pero volverá a tratar con mano de hierro a sus esclavos, porque para ella no cabe duda que la negramenta nació para el látigo y la servidumbre.

La multitud de anhelos y sentimientos, esperanzas e ideologías que vivió el Libertador, se concretan en sus actitudes frente a su reelección a la presidencia. A sus amigos en el Congreso de Cúcuta les manifestó su deseo de no servir más a una república de ingratos; pero algunos, en particular Peñalver, le repusieron que ido Bolívar, caía la república. Y aceptó Bolívar seguir al frente de una nación que precisamente porque fuerzas adversas modificaban sus anhelos, lo necesitaba con urgencia. El hecho real de su renuncia, la cual esgrimió muchas veces, se presenta con especial intensidad. Muchos críticos se complacen en señalar su aparente indecisión: si en verdad renunciaba, Bolívar debería haberse ido. Con la seguridad con que vemos el pretérito, podemos ignorar cuán indispensable era entonces su presencia. Nadie, en esos instantes, hubiera entendido como un acto de valor o de desprendimiento el retiro del Libertador. Y si la posteridad ha tratado a San Martín con benignidad, no lo hicieron

[3] Cúcuta, 3-X-1821.

así sus contemporáneos, especialmente sus conmilitones, que lo tildaron de débil y aun de cobarde. Cuando Bolívar acepta de manos del Congreso de Cúcuta la presidencia de Grancolombia, descansan en su persona los pocos soplos de vida que aún le quedan a la gran república. Y buena parte de los nuevos ciudadanos pueden soñar cuando todavía sigue a su frente el Libertador.

8

Testimonios fuera del tiempo

APÉNDICE I

Carta dirigida desde Cuzco, el 10 de julio de 1825, a su tío Esteban Palacios

Mi querido tío Esteban y buen padrino: ¡Con cuánto gozo ha resucitado Ud. ayer para mí!

Ayer supe que vivía Ud. y que vivía en nuestra querida patria. ¡Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante sobre mi mente! Mi madre ¡mi buena madre!, tan parecida a Ud., resucitó de la tumba, se ofreció a mi imagen. Mi más tierna niñez, la confirmación y mi padrino, se reunieron en un punto para decirme que Ud. era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mis juegos infantinos, los regalos que Ud. me daba cuando era inocente... todo vino en tropel a excitar mis primeras emociones... la efusión de una sensibilidad delicada. Todo lo que tengo de humano se removió ayer en mí: llamo humano lo que está más en la naturaleza, lo que está más cerca de las primitivas impresiones. Ud., mi querido tío, me ha dado la más pura satisfacción, con haberse vuelto a sus hogares, a su familia, a su sobrino y a su patria. Goce Ud., pues, como yo, de este placer verdadero, y viva entre los suyos el resto de los días que la Providencia le ha señalado, y para que una mano fraternal cierre sus párpados y lleve sus reliquias a reunirlas con las de los padres y hermanos que reposan en el suelo que nos vio nacer.

Mi querido tío: Ud. habrá sentido el sueño de Epiménides; Ud. ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces. Ud. se encontrará en Caracas como un duende, que viene de la otra vida y

observa que nada es de lo que fue. Ud. dejó una dilatada y hermosa familia; ella ha sido segada por una hoz sanguinaria. Ud. dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad, y Ud. lo encuentra todo en escombros... todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios, y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. Ud. se preguntará a sí mismo ¿dónde están mis padres?... ¿dónde mis hermanos?... ¿dónde mis sobrinos?... Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre... por el solo delito de haber amado la justicia. Los campos regados por el sudor de trescientos años, han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas?, se preguntará Ud. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas; a lo menos éste es el mío y deseo que sea el de Ud.

He recomendado al vicepresidente las virtudes y los talentos que yo he reconocido en Ud. Mi recomendación ha sido tan ardiente como la pasión que le profeso a mi tío. Dirija Ud. al Poder Ejecutivo sus miras que ellas serán oídas. Al mismo Poder Ejecutivo he suplicado mande entregar a la orden de Ud., cinco mil pesos en Caracas para que pueda Ud. vivir mientras nos veamos, lo que será el año que viene. Mi orden ha sido al ministro de Hacienda, para que de Bogotá le manden a Ud. la correspondiente libranza.

Adiós, querido tío: consuélese Ud., en su patria, con los restos de sus parientes; ellos han sufrido mucho; mas les ha quedado la gloria de haber sido siempre fieles a su deber. Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecernos, y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esa fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres; y yo los representaré a presencia de la posteridad. Ésta ha sido una dicha inaudita: la fortuna ha castigado a todos... tan sólo yo he recibido sus favores... los ofrezco a Ud. con la efusión más sincera de mi corazón.

Bolivar

APÉNDICE II

Carta fechada en Pativilca el 19 de enero de 1824, dirigida a su antiguo maestro Simón Rodríguez

¡Oh mi maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Robinson!, Ud. en Colombia, Ud. en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda es Ud. el hombre más extraordinario del mundo; podría Ud. merecer otros epítetos, pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el nuevo; sí a visitar su patria que ya no conoce, que tenía olvidada no en su corazón sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que Ud. quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda Ud. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Ud. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.

Ud., maestro mío, ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá seguido Ud. mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por Ud. mismo! Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Ud. me señaló. Ud. fue mi piloto aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, Ud. ha visto mi conducta; Ud. ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y Ud. no habrá dejado de decirse: todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna, ahora robusta, fuerte y fructífera, he aquí sus frutos; ellos son míos, yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos, porque mi derecho es imprescriptible, privativo a todo.

Sí, mi amigo querido, Ud. está con nosotros; mil veces dichoso el día en que Ud. pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios, qué destino tiene Ud.; sobre todo mi impaciencia es mortal no pudiendo estrecharle en mis brazos;

ya que no puedo yo volar hacia Ud., hágalo Ud. hacia mí; no perderá Ud. nada. Contemplará Ud. con encanto la inmensa patria que tiene, labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de los hermanos de Ud. No, no se saciará la vista de Ud. delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga Ud. al Chimborazo; profane Ud. con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo nuevo. Desde tan alto tenderá Ud. la vista; y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena podrá decir: dos eternidades me contemplan: la pasada y la que viene; y este trono de la naturaleza, idéntico a su autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo.

¿Desde dónde, pues, podrá decir Ud. otro tanto tan erguidamente? Amigo de la naturaleza, venga Ud. a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitivas; Ud. no ha visto en ese mundo caduco más que las reliquias y los desechos de la próvida Madre. Allá está encorvada con el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres; aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Creador. No, el tacto profano del hombre, todavía no ha marchitado sus divinos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes intactas.

Amigo, si tan irresistibles atractivos no impulsan a Ud. a un vuelo rápido hacia mí, ocurriré a un apetito más fuerte. La amistad invoco.

Presente Ud. esta carta al vicepresidente; pídale Ud. dinero de mi parte, y venga Ud. a encontrarme.

Bolívar

APÉNDICE III

"Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño", escrita por Simón Bolívar en Cartagena de Indias el 15 de diciembre de 1812

Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta memoria, Dignaos, ¡oh mis conciudadanos!, de aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables.

Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que

siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados.

Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicaros ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción; lisonjeándome que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República, persuadan a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.

El más consecuente error que cometió Venezuela, al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante; sistema improbado como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguedad sin ejemplo.

Las primeras pruebas que dio nuestro gobierno de su insensata debilidad, las manifestó con la ciudad subalterna de Coro, que denegándose a reconocer su legitimidad, se declaró insurgente, y lo hostilizó como enemigo.

La Junta Suprema, en lugar de subyugar aquella indefensa ciudad, que estaba rendida con presentar nuestras fuerzas marítimas delante de su puerto, la dejó fortificar y tomar una aptitud tan respetable, que logró subyugar después la confederación entera, con casi igual facilidad que la que teníamos nosotros anteriormente para vencerla; fundando la Junta su política en los principios de humanidad mal entendida que no autorizan a ningún gobierno para hacer por la fuerza libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos.

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada.

De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos, y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos, los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país, para tenerlo incesantemente inquieto y promover cuantas conjuraciones les permitían for-

mar nuestros jueces, perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes, que se dirigían contra la salud pública.

La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores que defienden la no residencia de facultad en nadie para privar de la vida a un hombre, aun en el caso de haber delinquido éste en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar: porque los gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia criminal, que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente concluido!

De aquí vino la oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruidas, a defender la libertad con suceso y gloria. Por el contrario, se establecieron innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, que además de agotar las cajas del erario nacional, con los sueldos de la plana mayor, destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus lugares, e hicieron odioso al gobierno que obligaba a éstos a tomar las armas y a abandonar sus familias.

Las repúblicas, decían nuestros estadistas, no han menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo. Grecia, Roma, Venecia, Génova, Suiza, Holanda, y recientemente el norte de América, vencieron a sus contrarios sin auxilio de tropas mercenarias siempre prontas a sostener al despotismo y a subyugar a sus conciudadanos.

Con estos antipolíticos e inexactos raciocinios fascinaban a los simples; pero no convencían a los prudentes que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos, y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras. Ellas, es verdad que no pagaban ejércitos permanentes; mas era porque en la antigüedad no los había, y sólo confiaban la salvación y la gloria de los Estados, en sus virtudes políticas, costumbres severas, y carácter militar, cualidades que nosotros estamos muy distantes de poseer. Y en cuanto a las modernas que han sacudido el yugo de los tiranos, es notorio que han mantenido el competente número de veteranos que exige su seguridad; exceptuando al norte de América, que estando en paz con todo el mundo y guarnecido por el mar, no ha tenido por conveniente sostener en estos últimos años el completo de tropa veterana que necesita para la defensa de sus fronteras y plazas.

El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo; pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a

pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes por llevarlos a la victoria. Lo que causó un desaliento general en soldados y oficiales; porque es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña. El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.

La subdivisión de la provincia de Caracas proyectada, discutida y sancionada por el Congreso federal, despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos, contra la capital: "la cual, decían los congresales ambiciosos de dominar en sus distritos, era la tiranía de las ciudades y la sanguijuela del Estado". De este modo se encendió el fuego de la guerra civil en Valencia, que nunca se logró apagar con la reducción de aquella ciudad; pues conservándolo encubierto, lo comunicó a las otras limítrofes, a Coro y Maracaibo; y éstas entablaron comunicaciones con aquéllas, facilitaron, por este medio, la entrada de los españoles que trajo consigo la caída de Venezuela.

La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales, y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores, provinciales y federales, dio un golpe mortal a la República, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda, sin otra garantía que las fuerzas y las rentas imaginarias de la Confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más, una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto, y aun ideal. El papel moneda remató el descontento de los estólidos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre.

Pero lo que debilitó más al Gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales, y constituye a las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas, y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que mejor les acomode.

El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más

opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados. Generalmente hablando todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano; virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano.

Por otra parte, ¿qué país del mundo, por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. Es preciso que el Gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible, y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes, ni constituciones, ínterin no se restablecen la felicidad y la paz.

Caracas tuvo mucho que padecer por defecto de la confederación que lejos de socorrerla le agotó sus caudales y pertrechos; y cuando vino el peligro la abandonó a su suerte, sin auxiliarla con el menor contingente. Además, le aumentó sus embarazos habiéndose empeñado una competencia entre el poder federal y el provincial, que dio lugar a que los enemigos llegasen al corazón del Estado, antes que se resolviese la cuestión de si deberían salir las tropas federales o provinciales a rechazarlos cuando ya tenían ocupada una gran porción de la provincia. Esta fatal contestación produjo una demora que fue terrible para nuestras armas, pues las derrotaron en San Carlos sin que les llegasen los refuerzos que esperaban para vencer.

Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas.

Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación entre nosotros; porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros tan ambiciosos que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votación libre y acertada; lo que ponía el Gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales. El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más de lo que las circunstancias hicieron. Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud.

El terremoto del 26 de marzo trastornó, ciertamente, tanto lo físico como lo moral; y puede llamarse propiamente la causa inmediata de la ruina de Venezuela; mas este mismo suceso habría tenido lugar, sin producir tan mortales efectos, si Caracas se hubiera gobernado entonces por una sola autoridad, que obrando con rapidez y vigor hubiese puesto remedio a los daños, sin trabas ni competencias que retardando el efecto de las provincias dejaban tomar al mal un incremento tan grande que lo hizo incurable.

Si Caracas en lugar de una confederación lánguida e insubsistente, hubiese establecido un gobierno sencillo, cual lo requería su situación política y militar, tú existieras ¡oh Venezuela!, y gozaras hoy de tu libertad.

La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas, y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil. Sin embargo, debemos confesar ingenuamente que estos traidores sacerdotes se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa porque la impunidad de los delitos era absoluta; la cual hallaba en el Congreso un escandaloso abrigo, llegando a tal punto esta injusticia que de la insurrección de la ciudad de Valencia —que costó su pacificación cerca de mil hombres— no se dio a la vindicta de las leyes un solo rebelde, quedando todos con vida, y los más con sus bienes.

De lo referido se deduce que entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su constitución, que, repito, era tan contraria a sus intereses, como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero: la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la república y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto: el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente, las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro.

Estos ejemplos de errores e infortunios, no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América meridional, que aspiran a la libertad e independencia.

La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente debe evitar los escollos que han destrozado a aquélla. A este efecto, presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada la reconquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso y quizá impracticable;

pero examinando atentamente con ojos previsivos, y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad como dejar de ponerlo en ejecución, probada la utilidad.

Lo primero que se presenta en apoyo de esta operación, es el origen de la destrucción de Caracas, que no fue otra que el desprecio con que miró aquella ciudad la existencia de un enemigo que parecía pequeño, y no lo era considerándolo en su verdadera luz.

Coro ciertamente no habría podido nunca entrar en competencia con Caracas, si la comparamos, en sus fuerzas intrínsecas, con ésta; mas como en el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política, no debió el Gobierno de Venezuela, por esta razón, haber descuidado la extirpación de un enemigo, que aunque aparentemente débil, tenía por auxiliares a la provincia de Maracaibo, a todas las que obedecen a la Regencia, al oro y la cooperación de nuestros eternos contrarios los europeos que viven con nosotros, al partido clerical, siempre adicto a su apoyo y compañero el despotismo, y sobre todo, a la opinión inveterada de cuantos ignorantes y supersticiosos contienen los límites de nuestros Estados. Así fue que apenas hubo un oficial traidor que llamase al enemigo, cuando se desconcertó la máquina política, sin que los inauditos y patrióticos esfuerzos que hicieron los defensores de Caracas lograsen impedir la caída de un edificio ya desplomado por el golpe que recibió de un solo hombre.

Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granada y formando una proporción, hallaremos que Coro es a Caracas, como Caracas es a la América entera; consiguientemente el peligro que amenaza a este país está en razón de la anterior progresión; porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentados contra los grandes maestros de la guerra, los franceses, penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional.

La España tiene en el día gran número de oficiales generales, ambiciosos y audaces, acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí, a buscar un imperio que reemplace el que acaban de perder.

Es muy probable que al expirar la Península, haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases; y particularmente de cardenales, arzobispos, canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir, no sólo nuestros tiernos y lánguidos Estados, sino de envolver el Nuevo Mundo entero en una espantosa anarquía. La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar, y

cuantos prestigios pueden obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones.

Nada se opondrá a la emigración de España. Es verosímil que la Inglaterra proteja la evasión de un partido que disminuye en parte las fuerzas de Bonaparte en España, y trae consigo el aumento y permanencia del suyo en América. La Francia no podrá impedirla; tampoco Norteamérica; y nosotros menos aún pues careciendo todos de una marina respetable, nuestras tentativas serán vanas.

Estos tránsfugos hallarán ciertamente una favorable acogida en los puertos de Venezuela, como que vienen a reforzar a los opresores de aquel país y los habilitan de medios para emprender la conquista de los Estados independientes.

Levantarán quince o veinte mil hombres que disciplinarán prontamente con sus jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados veteranos. A este ejército seguirá otro todavía más temible de ministros, embajadores, consejeros, magistrados, toda la jerarquía eclesiástica y los grandes de España, cuya profesión es el dolo y la intriga, condecorados con ostentosos títulos, muy adecuados para deslumbrar a la multitud; que, derramándose como un torrente, lo inundarán todo, arrancando las semillas y hasta las raíces del árbol de la libertad de Colombia. Las tropas combatirán en el campo; y éstos, desde sus gabinetes, nos harán la guerra por los resortes de la seducción y del fanatismo.

Así pues no queda otro recurso para precavernos de estas calamidades que el de pacificar rápidamente nuestras provincias sublevadas, para llevar después nuestras armas contra las enemigas; y formar de este modo soldados y oficiales dignos de llamarse las columnas de la patria.

Todo conspira a hacernos adoptar esta medida; sin hacer mención de la necesidad urgente que tenemos de cerrarle las puertas al enemigo, hay otras razones tan poderosas para determinarnos a la ofensiva, que sería una falta militar y política inexcusable dejar de hacerla. Nosotros nos hallamos invadidos, y por consiguiente forzados a rechazar al enemigo más allá de la frontera. Además, es un principio del arte que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo; y que las hostilidades en el territorio enemigo, siempre son provechosas, por el bien que resulta del mal del contrario; así, no debemos, por ningún motivo, emplear la defensiva.

Debemos considerar también el estado actual del enemigo, que se halla en una posición muy crítica, habiéndoseles desertado la mayor parte de sus soldados criollos; y teniendo al mismo tiempo

que guarnecer las patrióticas ciudades de Caracas, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná y Margarita, en donde existen sus depósitos; sin que se atrevan a desamparar estas plazas, por temor de una insurrección general en el acto de separarse de ellas. De modo que no sería imposible que llegasen nuestras tropas hasta las puertas de Caracas, sin haber dado una batalla campal.

Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Venezuela, se nos agregan millares de valerosos patriotas, que suspiran por vernos perecer, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros en defensa de la libertad.

La naturaleza de la presente campaña nos proporciona la ventaja de aproximarnos a Maracaibo, por Santa Marta, y a Barinas por Cúcuta.

Aprovechemos, pues, instantes tan propicios; no sea que los refuerzos que incesantemente deben llegar de España, cambien absolutamente el aspecto de los negocios y perdamos, quizás para siempre, la dichosa oportunidad de asegurar la suerte de estos Estados.

El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente escarmentar a esos osados invasores, persiguiéndolos hasta sus últimos atrincheramientos, como su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia colombiana, sus mártires y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia, como a sus redentores. Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros: no burléis su confianza; no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido, y libertad a todos.

Simón Bolívar

APÉNDICE IV

Decreto de guerra a muerte, dado en Trujillo el 15 de junio de 1813

Simón Bolívar
Brigadier de la Unión, General en Jefe del Ejército del Norte, libertador de Venezuela
A sus conciudadanos.

Venezolanos:

Un ejército de hermanos, enviado por el Soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo.

Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a establecer los gobiernos republicanos que formaban la Confederación de Venezuela. Los Estados que cubren nuestras armas están regidos nuevamente por sus antiguas Constituciones y magistrados, gozando plenamente de su libertad e independencia; porque nuestra misión sólo se dirige a romper las cadenas de la servidumbre que agobian todavía a algunos de nuestros pueblos, sin pretender dar leyes ni ejercer actos de dominio, a que el derecho de la guerra podría autorizarnos.

Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles, que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte; que han violado los derechos sagrados de las gentes; que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo la República de Venezuela a la más espantosa desolación. Así, pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre; que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia y mostrar a las naciones del universo que no se ofende impunemente a los hijos de la América.

A pesar de nuestros justos resentimientos contra los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se digna, aún, abrirles por la última vez una vía a la conciliación y a la amistad; todavía se les invita a vivir entre nosotros pacíficamente, si detestando sus crímenes y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del Gobierno intruso de la España y al restablecimiento de la República de Venezuela.

Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas; a los que presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se conservarán en sus empleos y destinos a los oficiales de guerra y magistrados civiles que proclamen el Gobierno de Ve-

nezuela y se unan a nosotros; en una palabra, los españoles que hagan señalados servicios al Estado serán reputados y tratados como americanos.

Y vosotros, americanos, que el error o la seducción os ha extraviado de la senda de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarríos, en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables y que sólo la ceguedad o la ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes, han podido induciros a ellos. No temáis la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades: el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos.

Esta amnistía se extiende hasta a los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía; y será tan religiosamente cumplida, que ninguna razón, causa o pretexto será suficiente para obligarnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes y extraordinarios que sean los motivos que nos deis para excitar nuestra animadversión.

Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.

APÉNDICE V

Manifiesto del Libertador, fechado en Carúpano el 7 de septiembre de 1814

Simón Bolívar
Libertador de Venezuela y General en Jefe
de sus ejércitos
A sus conciudadanos.

Ciudadanos:

Infeliz del magistrado que autor de las calamidades o de los crímenes de su patria se ve forzado a defenderse ante el tribunal del pueblo de las acusaciones que sus conciudadanos dirigen contra su conducta; pero es dichosísimo aquel que corriendo por entre los escollos de la guerra, de la política y de las desgracias públicas, preserva su honor intacto y se presenta inocente a exigir de sus

propios compañeros de infortunio una recta decisión sobre su inculpabilidad.

Yo he sido elegido por la suerte de las armas para quebrantar vuestras cadenas, como también he sido, digámoslo así, el instrumento de que se ha valido la Providencia para colmar la medida de vuestras aflicciones. Sí, yo os he traído la paz y la libertad, pero en pos de estos inestimables bienes han venido conmigo la guerra y la esclavitud. La victoria conducida por la justicia fue siempre nuestra guía hasta las ruinas de la ilustre capital de Caracas, que arrancamos de manos de sus opresores. Los guerreros granadinos no marchitaron jamás sus laureles mientras combatieron contra los dominadores de Venezuela, y los soldados caraqueños fueron coronados con igual fortuna contra los fieros españoles que intentaron de nuevo subyugarnos. Si el destino inconstante hizo alternar la victoria entre los enemigos y nosotros, fue sólo en favor de los pueblos americanos que una inconcebible demencia hizo tomar las armas para destruir sus libertadores y restituir el cetro a sus tiranos. Así, parece que el cielo para nuestra humillación y nuestra gloria ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros. El Ejército Libertador exterminó las bandas enemigas, pero no ha podido ni debido exterminar unos pueblos por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates. No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres, ni es libertad la que se goza bajo el imperio de las armas contra la opinión de seres fanáticos cuya depravación de espíritu les hace amar las cadenas como los vínculos sociales.

No os lamentéis, pues, sino de vuestros compatriotas que instigados por los furores de la discordia os han sumergido en ese piélago de calamidades, cuyo aspecto solo hace estremecer a la naturaleza, y que sería tan horroroso como imposible pintaros. Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares, y os han condenado a la expatriación. Vuestros clamores deben dirigirse contra esos ciegos esclavos que pretenden ligaros a las cadenas que ellos mismos arrastran; y no os indignéis contra los mártires que fervorosos defensores de vuestra libertad han prodigado su sangre en todos los campos, han arrostrado todos los peligros, y se han olvidado de sí mismos por salvaros de la muerte o de la ignominia. Sed justos en vuestro dolor, como es justa la causa que lo produce. Que vuestros tormentos no os enajenen, ciudadanos, hasta el punto de considerar a vuestros protectores y amigos como cómplices de crímenes imaginarios, de intención, o de omisión. Los directores de vuestros destinos no menos que sus cooperadores, no han tenido otro designio que el de ad-

quirir una perpetua felicidad para vosotros, que fuese para ellos una gloria inmortal. Mas, si los sucesos no han correspondido a sus miras, y si desastres sin ejemplo han frustrado empresa tan laudable, no ha sido por efecto de ineptitud o cobardía; ha sido, sí, la inevitable consecuencia de un proyecto agigantado, superior a todas las fuerzas humanas. La destrucción de un gobierno, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; la subversión de principios establecidos; la mutación de costumbres; el trastorno de la opinión, y el establecimiento en fin de la libertad en un país de esclavos, es una obra tan imposible de ejecutar súbitamente, que está fuera del alcance de todo poder humano; por manera que nuestra excusa de no haber obtenido lo que hemos deseado, es inherente a la causa que seguimos, porque así como la justicia justifica la audacia de haberla emprendido, la imposibilidad de su adquisición califica la insuficiencia de los medios. Es laudable, es noble y sublime, vindicar la naturaleza ultrajada por la tiranía; nada es comparable a la grandeza de este acto y aun cuando la desolación y la muerte sean el premio de tan glorioso intento, no hay razón para condenarlo, porque no es lo asequible lo que se debe hacer, sino aquello que el derecho nos autoriza.

En vano esfuerzos inauditos han logrado innumerables victorias, compradas al caro precio de la sangre de nuestros heroicos soldados. Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios, ha desplomado el edificio de nuestra gloria, estando la masa de los pueblos descarriada por el fanatismo religioso, y seducida por el incentivo de la anarquía devoradora. A la antorcha de la libertad, que nosotros hemos presentado a la América como la guía y el objeto de nuestros conatos, han opuesto nuestros enemigos el hacha incendiaria de la discordia, de la devastación, y el grande estímulo de la usurpación de los honores y de la fortuna a hombres envilecidos por el yugo de la servidumbre y embrutecidos por la doctrina de la superstición. ¿Cómo podría preponderar la simple teoría de la filosofía política, sin otros apoyos que la verdad y la naturaleza, contra el vicio armado con el desenfreno de la licencia, sin más límites que su alcance y convertido de repente por un prestigio religioso en virtud política y en caridad cristiana? No, no son los hombres vulgares los que pueden calcular el eminente valor del reino de la libertad, para que lo prefieran a la ciega ambición y a la vil codicia. De la decisión de esta importante cuestión ha dependido nuestra suerte; ella estaba en manos de nuestros compatriotas que pervertidos han fallado contra nosotros; de resto todo lo demás ha sido consiguiente a una determinación más deshonrosa que fatal,

y que debe ser más lamentable por su esencia que por sus resultados.

Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados, no estando en la esfera de las facultades de un general o magistrado contener en un momento de turbulencia, de choque, y de divergencia de opiniones, el torrente de las pasiones humanas, que agitadas por el movimiento de las revoluciones se aumentan en razón de la fuerza que las resiste. Y aun cuando graves errores o pasiones violentas en los jefes causen frecuentes perjuicios a la República, estos mismos perjuicios deben, sin embargo, apreciarse con equidad y buscar su origen en las causas primitivas de todos los infortunios: la fragilidad de nuestra especie, y el imperio de la suerte en todos los acontecimientos. El hombre es el débil juguete de la fortuna, sobre la cual suele calcular con fundamento muchas veces, sin poder contar con ella jamás, porque nuestra esfera no está en contacto con la suya, de un orden muy superior a la nuestra. Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con sola la pureza de nuestras intenciones, y auxiliados por los limitados medios que están a nuestro arbitrio, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos.

Yo, muy distante, de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto. La convicción de mi inocencia me la persuade mi corazón, y este testimonio es para mí el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio. He aquí la causa porque desdeñando responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe se me puedan hacer, reservo este acto de justicia, que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante un tribunal de sabios, que juzgarán con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión a Venezuela. Del Supremo Congreso de la Nueva Granada hablo, de este augusto cuerpo que me ha enviado con sus tropas a auxiliaros, como lo han hecho heroicamente hasta expirar todas en el campo del honor. Es justo y necesario que mi vida pública se examine con esmero, y se juzgue con imparcialidad. Es justo y necesario que yo satisfaga a quienes haya ofendido, y que se me indemnice de los cargos erróneos a que no he sido acreedor. Este gran juicio debe ser pronunciado por el soberano a quien he servido; yo os aseguro que será tan solemne cuanto sea posible, y que mis hechos serán com-

probados por documentos irrefragables. Entonces sabréis si he sido indigno de vuestra confianza, o si merezco el nombre de Libertador. Yo os juro, amados compatriotas, que este augusto título que vuestra gratitud me tributó cuando os vine a arrancar las cadenas, no será vano. Yo os juro que libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver segundamente a libertaros, por la senda del occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles. Esperad, compatriotas, al noble, al virtuoso pueblo granadino que volará ansioso de recoger nuevos trofeos, a prestaros nuevos auxilios y a traeros de nuevo la libertad, si antes vuestro valor no la adquiriere. Sí, sí, vuestras virtudes solas son capaces de combatir con suceso contra esa multitud de frenéticos que desconocen su propio interés y honor; pues jamás la libertad ha sido subyugada por la tiranía. No comparéis vuestras fuerzas físicas con las enemigas, porque no es comparable el espíritu con la materia. Vosotros sois hombres, ellos son bestias, vosotros sois libres, ellos esclavos. Combatid, pues, y venceréis. Dios concede la victoria a la constancia.

APÉNDICE VI

Carta de Jamaica

(Nueva versión al castellano de la traducción al inglés de una carta del general Simón Bolívar al caballero Henry Cullen, publicada por primera vez en 1818, y conocida bajo el título de *Contestación de un Americano Meridional a un Caballero de esta Isla.)*

Kingston, Jamaica, 6 de septiembre de 1815

Tengo ahora el honor de contestar su carta del 29 del mes pasado, que me fue remitida por el señor MacComb, y que recibí con la mayor satisfacción.

Sensible al interés que ha querido tomar en el destino de mi patria, agradezco profundamente la preocupación que usted expresa ante las desgracias con que ha sido oprimida por sus destructores los españoles, desde su descubrimiento hasta el presente. No soy menos sensible al afán de sus solícitas preguntas, relativas a los

acontecimientos más importantes que pueden ocurrir en la historia de una nación, aunque me encuentro en un estado de perplejidad, en un conflicto entre mi deseo de merecer la buena opinión con la que me favorece y la aprensión de que puedo fracasar en mi empeño, tanto por la falta de documentos y libros necesarios, como por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como la América.

En mi opinión es imposible responder a todas las preguntas que me ha dirigido. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud; porque si bien una parte de los datos estadísticos y algunos sucesos de la revolución son conocidos, puedo firmemente declarar que los acontecimientos más importantes han quedado oscurecidos, como rodeados de tinieblas, y sobre ellos, en consecuencia, sólo se pueden ofrecer las conjeturas más inciertas e imperfectas.

Ocioso parecería también determinar el destino y los verdaderos propósitos de los americanos, porque las características geográficas de su nación, las vicisitudes de la guerra y las directivas de la política, tanto la propia como la europea, duplican las probables combinaciones que nos depara la historia de las naciones.

Como me conceptúo obligado a prestar toda mi atención a su muy apreciable carta, debido a sus distinguidas y filantrópicas miras, me animo a dirigirle estas líneas, en las cuales, si bien no hallará ilustración alguna para esa luminosa averiguación en que desea iniciarse, al menos recibirá mis más sinceros pensamientos y mis vehementes anhelos.

"Tres siglos han transcurrido —dice usted— desde que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron contra los naturales de la América"; barbaridades que la edad presente se ha rehusado a creer, considerándolas fabulosas, pues parecen traspasar los límites de la depravación humana; y jamás hubieran sido creídas por modernos críticos si repetidos y constantes documentos no confirmaran estas infaustas verdades. El filantrópico obispo de Chiapa, el apóstol de las Indias, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve narración de ellas, extractada de las sumarias instruidas en Sevilla contra los conquistadores y atestiguadas por cuanta persona de consideración y respeto había entonces en América, y aun por los secretos procesos que los propios tiranos se hicieron entre sí, tal como lo afirman los más célebres historiadores de aquel tiempo. En una palabra, todas las personas imparciales han reconocido el celo, verdad y virtud que desplegó ese amigo de la humanidad, quien con el mayor arrojo e intrepidez, ante su propio gobierno y ante sus contemporáneos, condenó esos horribles crímenes, cometidos bajo

la influencia de un sanguinario frenesí. Nada le diré de los escritores ingleses, franceses, italianos y alemanes que han tratado de la América, pues sin duda está usted suficientemente familiarizado con ellos.

Con cuánta gratitud recorro ese párrafo de su carta donde me manifiesta "la esperanza de que el mismo éxito que entonces siguió a las armas españolas, acompañará ahora las de sus contrarios, los oprimidos hijos de la América del Sur". Yo recibo esta meritoria expectativa como un presagio favorable. Es la justicia la que decide los conflictos humanos, y el éxito coronará nuestros esfuerzos. No lo dude usted: el destino de América está fijado irrevocablemente. La opinión que antes articulaba las diversas porciones de aquella inmensa monarquía, era su única fuerza. Lo que antes las unía, ahora las divide. Más vasto es nuestro odio a la Península que el océano que la separa de nosotros, y menos difícil es juntar los dos continentes que conciliar las dos naciones.

Los hábitos de obediencia a las autoridades constituidas, un comercio de intereses y de luces, una comunidad de religión, una benevolencia recíproca, una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros antepasados; en fin, todas nuestras esperanzas, todos nuestros anhelos se centraban en España. De todo esto emanaba un principio de fidelidad que parecía eterno, aunque la mala conducta de nuestros administradores relajaba este sentimiento de lealtad a los principios de gobierno, y los transformaba en una forzada adhesión que imperiosamente nos dominaba. Ahora es a la inversa, pues esta monstruosa y desnaturalizada madrastra nos amenaza con la muerte y el deshonor, y nos corresponde con todo cuanto es agravioso y humillante. Pero el velo por fin se ha rasgado; aun cuando la España quiso mantenernos en la oscuridad ya hemos visto la luz. Hemos roto nuestras cadenas; ya somos libres y nuestros enemigos pretenden que volvamos a la esclavitud. Ahora combatimos por nuestra libertad con despecho, y rara vez ocurre que una lucha desesperada no arrastre tras de sí la victoria.

Porque nuestros éxitos han sido parciales y alternados, ¿hemos acaso de desconfiar de nuestra fortuna? En algunas partes nuestros libertadores triunfan, mientras en otras los tiranos conservan sus ventajas. Pero el resultado, ¿cuál es? El conflicto, ¿no sigue en la balanza?, ¿no vemos a todo este Nuevo Mundo en movimiento, armado para defendernos? Echemos una ojeada a nuestro alrededor y veremos cómo una lucha simultánea cubre toda la superficie de este inmenso hemisferio.

La belicosa disposición de las provincias del Río de la Plata ha purgado ese territorio, y sus armas victoriosas penetran al Perú, con-

mueven a Arequipa y siembran la alarma entre los realistas de Lima. Casi un millón de habitantes goza de su libertad en esta región.

Sin duda el más sumiso, con su millón y medio de habitantes, es el virreinato del Perú; y en favor de la causa real se le han arrancado los mayores sacrificios. A pesar de que son varias las relaciones concernientes a esa hermosa porción de la América, se sabe que dista mucho de estar tranquila, y no será capaz de detener ese irresistible torrente que amaga a las más de sus provincias.

La Nueva Granada, que puede considerarse el corazón de Sudamérica, obedece a su propio gobierno general, exceptuando el reino de Quito, cuya población contiene sus enemigos con dificultad, porque tiene una marcada preferencia por la causa de su patria; y las provincias de Panamá y de Santa Marta, que soportan, no sin descontento, la tiranía de sus amos. A través de todo este territorio están esparcidos dos millones y medio de habitantes que lo defienden contra el ejército español mandado por el general Morillo, quien probablemente será aniquilado frente a la inexpugnable plaza de Cartagena. Pero, de someterla, será a costa de tan inmensas pérdidas, que hallará el resto de su fuerza insuficiente para sojuzgar a los virtuosos y valientes habitantes del interior.

Los desastres de la heroica pero desdichada Venezuela han sido tan numerosos y han ocurrido con tan vertiginosa rapidez que, a pesar de haber sido una de esas hermosas provincias que constituían el orgullo de América, está ahora casi reducida a una absoluta miseria y a una lóbrega soledad. Sus tiranos gobiernan un desierto, y sólo pueden oprimir a los contados individuos que, habiendo burlado la muerte, arrastran una precaria existencia; unas pocas mujeres, algunos niños y ancianos, es todo cuanto queda. Por evitar la esclavitud, la inmensa mayoría de sus varones ha perecido, y los supervivientes combaten con furor en los llanos y en las ciudades del interior, decididos a morir o a precipitar al mar a sus implacables enemigos, cuyos sangrientos crímenes los hacen dignos rivales de los primeros monstruos que exterminaron la primitiva raza de América. A Venezuela se le atribuía casi un millón de habitantes, y con toda veracidad puede afirmarse que una cuarta parte ha sido sacrificada por los terremotos, por la guerra, el hambre, la peste y las migraciones; estas causas, con excepción de la primera, son todas efectos de la guerra.

Según el barón de Humboldt, en 1808 había en la Nueva España, con inclusión de Guatemala, 7.800,000 almas. Desde aquella época, sin embargo, las insurrecciones que han agitado a casi todas sus provincias han disminuido sensiblemente ese cómputo que se consideraba exacto, pues como puede usted comprobarlo en la ex-

posición del señor Walton, cuya obra describe con fidelidad los sangrientos crímenes cometidos en aquel opulento imperio, más de un millón de hombres ha perecido. A fuerza de sacrificios humanos y de toda especie, la tremenda lucha se mantiene; los españoles a nadie perdonan con tal de subyugar a aquellos cuya desgracia es la de haber nacido en ese suelo, al que condenan a ser inundado con la sangre de sus propios hijos. Pero a pesar de todo México será libre, porque sus hijos, determinados a vengar la suerte de sus padres o a seguirlos a la tumba, han abrazado la causa patria; y con Raynal dicen que al fin llegó el tiempo de pagar a los españoles suplicios con suplicios, y de ahogar a esa raza de exterminadores en su sangre o en el mar.

Muy poca dificultad tienen los españoles en conservar las islas de Cuba y Puerto Rico, cuya población, que en conjunto llega a 700 u 800,000 almas, no está en contacto inmediato con los independientes. Pero, ¿acaso no son americanos?, ¿no son vejados?, ¿es que no desean su emancipación?

Este panorama abarca una escena militar de dos mil leguas de longitud, y en su mayor ancho, de 900 leguas de extensión, en la cual, defendiendo sus derechos o doblegándose bajo la opresión de la nación española, se encuentran dieciséis millones de americanos. Si España antes poseía el más vasto imperio del universo, ahora es impotente para dominar el Nuevo Mundo, e incluso incapaz de mantenerse en el Antiguo. Y Europa, esa región del mundo tan civilizada, comerciante y amiga de la libertad, ¿permitirá acaso que una vieja serpiente, con el propósito de satisfacer su depravado y perverso apetito, arruine y destruya la más bella porción del globo? ¡Qué! ¿Está Europa sorda al llamado de su propio interés? ¿Está ciega, que no puede discernir la justicia? ¿Se ha vuelto insensible a toda compasión? Mientras más reflexiono sobre estas cuestiones más me desconcierto; casi principio a creer que su propósito es aniquilar a la América. Pero esto es imposible, porque la Europa no es la España. ¡Qué demencia la de nuestra enemiga! Pretender reconquistarnos sin marina, sin finanzas y casi sin soldados; pues su ejército es apenas suficiente para mantener a sus propios súbditos en una forzada obediencia y para defenderla de sus vecinos. Además, una nación como la España, sin manufacturas, sin producción propia, sin artes, ciencias, o siquiera una política mercantil ¿puede acaso monopolizar el comercio de la mitad del mundo? Pero supongamos que tenga éxito en su arrebatada empresa; supongamos, incluso, que obtenga una reconciliación: ¿acaso nuestra posteridad, aún unida a la de los europeos reconquistadores, no formará en

veinte años esos mismos designios, grandes y patrióticos, por los que hoy en día combatimos?

Si la Europa disuade a la España de su obstinada temeridad, indudablemente que le conferirá un gran beneficio; cuando menos, le evitará el desembolso de sus rentas y le impedirá el derramamiento de su sangre. España podrá entonces fijar su atención en ocupaciones loables y legítimas, y cimentar su prosperidad y poder sobre fundamentos más duraderos que los de conquistas siempre inciertas, de un comercio siempre precario, y de exacciones siempre violentas, pues se hacen a un pueblo remoto, hostil y poderoso. La misma Europa, fundándose en un principio de sapiencia y sagacidad, debería haber preparado y ejecutado el gran proyecto de la independencia americana, no sólo porque lo exige el equilibrio de poder entre las naciones, sino porque habría sido el método más legítimo y seguro de adquirir fuentes ultramarinas para su comercio. Libre como está de las opuestas pasiones de venganza, ambición y codicia que caracteriza a España, y autorizada por todos los principios de la equidad, le corresponde a Europa explicarle sus verdaderos intereses.

Como todos los escritores que han tratado este tema concuerdan con esta opinión, evidentemente esperábamos que todas las naciones ilustradas se adelantaran a secundarnos en la obtención de esas ventajas mutuamente benéficas a entrambos hemisferios. ¡Cuán decepcionados hemos quedado! Porque no sólo los europeos, sino aun nuestros hermanos, los norteamericanos, han sido espectadores indiferentes de esta gran contienda que por la pureza de sus motivos y los grandes resultados que persigue, es la más importante de cuantas se han sucedido en los tiempos antiguos y en los modernos; porque, ¿cómo calcular la trascendencia de la libertad en el hemisferio de Colón?

"La infamia —como usted señala— con la que Bonaparte entrampó a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esa nación que hace tres siglos apresó traidoramente a dos monarcas americanos, es concluyente ejemplo de la retribución divina, y al mismo tiempo, una prueba de que el cielo favorece la justa causa de los colonos, y de que Dios nos concederá nuestra independencia."

De lo anterior parecería que alude usted a Moctezuma, rey de México, preso y muerto por Cortés, según nos dice Herrera, aunque Solís afirma que por el pueblo; y también a Atahualpa, Inca del Perú, destruido por Francisco Pizarro y por Diego de Almagro. La diferencia que separa la suerte de los reyes españoles y los americanos es tan grande que no admite comparación; aquellos son tratados con dignidad, preservados y al fin restaurados a su libertad, y Fer-

nando al trono; en cambio, éstos sufren inauditos tormentos y padecen los vilipendios más vergonzosos. Si Cuauhtémoc, sucesor de Moctezuma, fue honrado con el ceremonial real y el copilli o corona colocada sobre su cabeza, fue por motivo de escarnio y no de respeto, a fin de que recordara su pasada grandeza antes de verse sometido a la tortura. La muerte del rey de Michoacán, Calzontzin, del Zipa de Bogotá, y de todos los príncipes, nobles y dignatarios indios que se opusieron al poder español, fue semejante al de este desgraciado monarca. El caso de Fernando VII más se parece a lo que ocurrió en Chile en 1535, cuando el Ulmen de Copiapó gobernaba aquel territorio. El español Almagro, tal cual lo hizo Bonaparte, pretextó defender la causa del legítimo soberano, y en consecuencia lo tildó de usurpador, como le sucedió a Fernando en España; aparentó restituir al legítimo monarca a sus estados, y terminó encadenando y quemando al infeliz Ulmen, sin escuchar siquiera su defensa. Pero si en el ejemplo de Fernando VII con su usurpador el monarca europeo meramente sufre el destierro, en cambio, la suerte del chileno tiene un trágico fin.

"Durante los pasados meses —me dice usted— he reflexionado sobre la situación de los americanos y sobre sus esperanzas para el futuro. Tomo un gran interés en sus triunfos, pero tengo pocos informes sobre su estado actual, o sobre aquel al cual aspiran. Tengo inmensos deseos de conocer la población de cada provincia, así como su política; saber si anhelan repúblicas o monarquías, o bien, si formarán una gran república o una gran monarquía. Estimaré como un favor muy particular todas las noticias de esta especie que pueda dispensarme, o bien señalarme las fuentes donde las pueda obtener."

Las mentes generosas se interesan siempre en el destino de un pueblo que lucha por los derechos que Dios y la naturaleza le han dado, y sólo el que ha sido alucinado por sus prejuicios y sus pasiones puede mostrarse insensible a esta tierna emoción. Usted ha pensado en mi patria y se muestra angustiado por ella. Este cordial interés lo hace acreedor a mi apasionada gratitud.

Ya he señalado cuál es la población, tal como se colige de los varios datos que se nos suministran, pero que por mil razones no pueden ser exactos; casi todos los habitantes tienen moradas campestres, y como peones, cazadores y pastores, van con frecuencia errantes; escondidos en medio de selvas densas a la par que inmensas, y esparcidos en los grandes llanos, aislados por extensos lagos y caudalosos ríos, ¿quién podrá hacer una relación completa de su número en tales comarcas? Además, los tributos que pagan los indígenas, los sufrimientos de los esclavos, los impuestos, diezmos y

servicios que pesan sobre los jornaleros, así como otros desastres, arrojan de sus hogares a los pobres americanos. Esto, sin referirme a la guerra de exterminio que ya ha segado un octavo de la población y ha dispersado a la mayor parte; cuando la tomamos en cuenta, las dificultades para llegar a una justa estimación de la población y de los recursos son insuperables, y la lista de contribuyentes estará reducida a la mitad de sus estimaciones iniciales.

Es aún más difícil vaticinar cuál será la suerte del Nuevo Mundo, establecer algunos principios sobre su constitución política, y predecir la naturaleza o clase de gobierno que finalmente adoptará. Cualquier conjetura relativa al porvenir de esta nación me parece arriesgada y aventurada. Durante sus períodos iniciales, cuando la humanidad se hallaba obnubilada por la incertidumbre, la ignorancia y el error, ¿podía acaso haberse previsto el régimen que asumiría para su preservación? ¿Quién habría osado afirmar tal nación será república, aquella monarquía, esa pequeña, la otra grande? En mi opinión, ésta es la descripción de nuestro estado. Formamos, por así decirlo, un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por diversos mares; extraños a casi todas las artes y las ciencias, aunque ya experimentados en los hábitos comunes a todas las sociedades civilizadas.

Considero que la América, en su estado actual, se asemeja al Imperio Romano cuando fue derrocado; cada desmembración formó por sí sola un sistema político conforme a su situación e intereses, o bien siguió la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones, con una notable diferencia: que las tribus dispersas restablecieron sus antiguas costumbres alterándolas según lo exigían las circunstancias y los acontecimientos. Mas nosotros, que conservamos apenas un vestigio de nuestro estado anterior, no somos indios ni europeos, sino una raza intermedia entre los aborígenes y los usurpadores españoles; en suma, siendo americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, hemos de disputar y combatir por estos intereses contrarios, y hemos de perseverar en nuestros anhelos, a pesar de la oposición de nuestros invasores, lo cual nos coloca en un dilema tan extraordinario como complicado. Es usar del don de la profecía, opinar sobre cuál será el fundamento político que la América al fin adoptará. No obstante, me atreveré a ofrecerle algunas conjeturas, que un deseo irracional arbitrariamente me dicta, dejando a un lado lo que la razón me indica como plausible.

Desde hace siglos la posición de los habitantes del hemisferio americano no tiene paralelo: sometidos a un estado inferior aun al de la esclavitud, tuvimos las mayores dificultades para elevarnos al goce de la libertad. Permítame explayarme en algunas consideracio-

nes como medio de ilustrar el tema. Las naciones son esclavas por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella; pero un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, oprime, huella y usurpa los derechos de sus ciudadanos o súbditos. Si aplicamos estos principios, hallaremos que la América no sólo ha sido privada de su libertad, sino también de la tiranía activa, o sea de su posesión. Me explicaré. En los gobiernos absolutos la autoridad de los funcionarios públicos no tiene límites: la ley suprema reside en la voluntad del Gran Sultán, del Khan, del Dey y de otros soberanos despóticos, y arbitrariamente la llevan a efecto los bajáes, sátrapas y gobernadores subalternos de Persia y de Turquía, donde se ha organizado un completo sistema de opresión, al que se somete el pueblo en razón de la autoridad de la cual emana. A estos oficiales subalternos se les confía la administración civil, militar y política, el cobro de impuestos y la protección de la región. Pero, después de todo, son persas los jefes de Ispahan, turcos los visires del Gran Señor, y tártaros los Khanes de la Tartaria. En la China no mandan buscar a sus mandarines, militares y letrados al país de Gengis Kan que la conquistó, no obstante que la raza actual de los chinos es descendiente directa de aquellas tribus a las que subyugaran los antecesores de los actuales tártaros.

Muy distinto es entre nosotros: se nos veja con un gobierno que además de privarnos de esos derechos que son nuestros, nos deja en una especie de infancia permanente en todo cuanto se relaciona con los negocios públicos. Es por esta razón por la que afirmo que estamos privados de la tiranía activa, pues ni siquiera se nos permite el ejercicio de las funciones que le son propias. Si oportunamente hubiésemos dirigido los asuntos domésticos en nuestra administración interna, al menos conoceríamos el curso y mecanismo de los negocios públicos, y gozaríamos asimismo de esa consideración personal que despierta en el pueblo ciertas formas de respeto, y que es indispensable conservar en toda revolución.

Bajo el orden español, que hoy en día se impone quizá con mayor rigor que nunca, los americanos ocupan en la comunidad el lugar de las bestias de laboreo, o cuando más, el de simples consumidores embarazados con abrumadoras restricciones; por ejemplo, se nos prohiben los productos europeos, se estancan los artículos que monopoliza el rey de España, se excluyen las manufacturas que la propia Península no posee, se extienden hasta abarcar los artículos de primera necesidad los excluyentes privilegios comerciales, y entre las provincias americanas se interponen trabas para impedirles toda comunicación y comercio. En fin, si desea usted saber cuál es nuestra condición, le diré que consiste en cultivar los campos para que

produzcan añil y grana, café y cacao, azúcar y algodón; en criar ganado; en capturar los animales selváticos para conseguir sus pieles, y en cavar las entrañas de la tierra para hallar el oro capaz de saciar a esa avarienta nación.

Nuestra condición es tan negativa que nada puedo hallar que la iguale en otras sociedades civilizadas, a pesar de que he consultado la historia de todos los tiempos y las instituciones de todas las naciones; salvo tal vez que se nos pueda comparar con los egipcios, cuyo señores son siempre los extranjeros "mamelucos". ¿Acaso no es un ultraje, una violación de los derechos de la humanidad, pretender que sea meramente pasiva una nación tan felizmente constituida, tan extensa, rica y populosa?

Como acabo de afirmarlo, estamos aislados, más aún —diría yo—, ausentes del universo en todo cuanto se refiere a la ciencia de la política y a la administración pública. Salvo causas extraordinarias, nunca somos gobernadores o virreyes; muy pocas veces obispos o arzobispos; nunca diplomáticos; militares, sólo como oficiales subalternos; nobles sí, pero sin verdaderos privilegios; nunca magistrados, nunca financistas, y en verdad casi ni mercaderes. Y todo esto, en contravención directa a nuestras instituciones.

El emperador Carlos V celebró con los descubridores, conquistadores y pobladores de la América un pacto que Guerra llama nuestro contrato social. Los reyes de España, salvaguardando expresamente las prerrogativas reales, convinieron formal y solemnemente en que fuesen aquellos quienes a su propio riesgo lo llevaran a efecto, y por esta razón les otorgaron títulos locales que los hicieron señores de la tierra. A ellos se les encomendó que tomasen a los indígenas bajo su protección como vasallos; que estableciesen tribunales y nombrasen jueces; que ejerciesen en sus propios distritos el recurso de alzada; todo lo cual, con muchos otros privilegios e inmunidades que sería prolijo detallar, se encuentra en el título IV de las Leyes de Indias. El monarca se comprometió a no perturbar jamás las colonias americanas, pues no tenía sobre ellas otra jurisdicción que la del supremo dominio y ellas constituían una especie de propiedad en manos de los conquistadores y de sus descendientes. ¿Cómo hemos de admitir, pues, que al mismo tiempo haya leyes expresas que casi sin excepción decretan que los oriundos de España recibirán todos los nombramientos civiles, eclesiásticos y financieros? Por virtud de dicho pacto los descendientes de los primeros pobladores y descubridores de la América son verdaderos feudatarios del rey, y en consecuencia la magistratura del país les pertenece como un derecho. Es, pues, con una manifiesta violación de todas las leyes y pactos en vigor como los americanos por nacimiento han sido

despojados de esa autoridad constitucional que les confirieron las Leyes de Indias.

De cuanto he dicho es fácil inferir que la América no estaba preparada para separarse de la Madre Patria como tan bruscamente lo hizo, impulsada por esas legítimas cesiones de Bayona (las cuales, en cuanto a nosotros respecta, eran nulas como contrarias a nuestra constitución), y por esas inicuas guerras que la Regencia nos declaró, sin causa alguna, no sólo contrariando la justicia sino también el derecho. Con respecto a la naturaleza de los gobiernos españoles, a sus decretos conminatorios y hostiles, y a toda la trayectoria de su desesperada conducta, existen algunos excelentes escritos publicados en el periódico *El Español,* por el señor Blanco, al que me permito referir a usted, pues trata muy hábilmente esta parte de nuestra historia.

Los americanos surgieron bruscamente, sin conocimiento de lo que iba a ocurrir, y lo que es aún más patético, sin esa práctica en los negocios públicos que es indispensable para llevar a buen fin cualquier empresa política. Digo, pues, que súbitamente avanzaron hasta ocupar las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, comisarios del tesoro nacional, diplomáticos, generales, y todas las funciones altas y bajas que forman la jerarquía de un estado regularmente constituido.

Cuando las águilas francesas, arrollando en su vuelo los impotentes gobiernos de la Península, respetaron apenas los muros de Cádiz, quedamos en la orfandad. Si antes habíamos sido entregados al arbitrio de un usurpador extranjero, ahora fuimos lisonjeados con una parodia de justicia y burlados con esperanzas siempre frustradas; al fin, inciertos sobre nuestro futuro, nos precipitamos en el caos de la revolución. Nuestro primer cuidado fue proveer a la seguridad interior contra las maquinaciones de ocultos enemigos, alimentados en nuestro seno. Después nos ocupamos de la seguridad exterior, y establecimos autoridades que sustituyeron a las depuestas, a fin de dirigir el curso de nuestra evolución y de aprovechar una coyuntura favorable para fundar un gobierno constitucional, digno de la edad presente y adecuado a nuestra situación.

Como primeras providencias, todos los gobiernos infantinos establecieron juntas populares, las cuales fijaron normas para la convocación de congresos, que a su vez produjeron importantes cambios. Venezuela erigió primero un gobierno federal y democrático, declarando previamente los derechos del hombre, manteniendo un justo equilibrio entre los poderes, y promulgando leyes generales favorables a la libertad civil, a la de prensa, así como a muchas otras. La Nueva Granada también optó por este fundamento político, así

como siguió todas las reformas hechas por Venezuela, adoptando como principio cardinal de su constitución el más exagerado sistema federal que jamás existió; lo ha mejorado recientemente, con muchas enmiendas que fortalecen el poder ejecutivo general. Según entiendo, Buenos Aires y Chile han seguido estos ejemplos; pero como nos hallamos a tanta distancia de aquellos territorios y los documentos son tan raros y los relatos tan imperfectos, no intentaré describir el curso de sus acuerdos. Entre ellos existe, sin embargo, una diferencia muy notable en un punto esencial: Venezuela y la Nueva Granada han declarado su independencia desde hace ya tiempo; hasta ahora no se sabe si Buenos Aires y Chile lo han hecho.

Los sucesos en México han sido demasiado mudables, complicados, rápidos y desdichados para permitir seguirlos a través de la revolución; carecemos, además, de documentos que nos instruyan y que nos permitan un juicio correcto. Por lo que sabemos, los independientes mexicanos iniciaron su insurrección en septiembre de 1810, y un año después habían reunido un gobierno en Zitácuaro, designando una Junta nacional bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se continuaba gobernando. Se observa, pues, un aparente sometimiento al rey y a la constitución de la monarquía, que se conserva por motivos de conveniencia; pero la Junta nacional, cuyos miembros son muy pocos, es absoluta en el ejercicio de sus funciones legislativa, ejecutiva y judicial. A consecuencia de los desastres de la guerra, esta Junta se trasladó a distintos lugares, y es muy probable que hoy continúe, con las modificaciones surgidas de la naturaleza de las actuales circunstancias. Nombran algunos al general Morelos, en tanto hablan otros del celebérrimo Rayón para el puesto de generalísimo o dictador, que se dice han creado; parece seguro que uno de estos héroes, o quizás los dos separadamente, ejercen la autoridad suprema en esas latitudes. En marzo de 1813, desde Sultepec, ese gobierno presentó al virrey un plan para la guerra y la paz muy sabiamente concebido; en él reclamaba los derechos de ciudadanía, y respecto a la América, establecía principios de incontrovertible justeza que a toda costa debían ser respetados a fin de evitar que la guerra fuese conducida a sangre y fuego, o con carnicerías desconocidas aun entre los bárbaros. Puesto que la guerra se hacía entre hermanos y conciudadanos, la Junta propuso que no fuese más cruel que entre naciones extranjeras; que los derechos del pueblo y las costumbres de la guerra, inviolables para las mismas naciones inciviles y salvajes, con mayor razón se respetaran entre cristianos, súbditos de un mismo soberano y gobernados por las mismas leyes. Propuso asimismo que los prisioneros no fuesen tratados como reos de lesa majestad, sino conservados como rehenes

para ser canjeados; pidió que no se violentara a los que rendían sus armas, sino que fuesen tratados como prisioneros de guerra; que ningún poblado indefenso y pacífico fuese incendiado, ni sus habitantes quintados o diezmados; y la Junta concluía que de rechazarse su plan, ejercería rigurosamente las represalias. A la Junta no se le respondió y su propuesta, tratada con el mayor desprecio, fue quemada públicamente en la plaza de México por mano del verdugo. Y los españoles continuaron la guerra de exterminio con su habitual furia, en tanto que ni los mexicanos, ni otra alguna de las naciones americanas, condenaban a muerte a sus prisioneros de guerra, aunque europeos.

Los acontecimientos de la Tierra Firme comprueban que las instituciones puramente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces. En Caracas el espíritu de discordia se originó en esas sociedades, asambleas y elecciones populares, de donde surgieron los partidos que nos redujeron a la servidumbre. Y en nuestra inestable situación, Venezuela, que entre nosotros ha sido la república más adelantada en sus instituciones políticas, nos ofrece un notable ejemplo de la ineficacia de un sistema gubernativo federal y democrático. En la Nueva Granada las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la carencia de vigor y de capacidad por parte del ejecutivo general, han reducido ese hermoso país al estado en que ahora lo vemos; por esta razón siempre han ardido allí las contiendas intestinas, y contra toda probabilidad sus incapaces enemigos han podido mantenerse. Hasta que nuestros patriotas adquieran esos talentos y virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos de Norteamérica, mucho me temo que nuestros sistemas populares, lejos de sernos favorables, motivarán nuestra ruina. En su debida perfección esas buenas cualidades parecen desgraciadamente muy distantes de nosotros, en tanto sigamos infectados por los vicios contraídos bajo el dominio de la nación española, la cual sólo se ha distinguido por su ferocidad, ambición, vengatividad y codicia.

Rescatar a una nación de la esclavitud es más difícil que subyugar a una libre, nos dice Montesquieu; y la historia de todos los tiempos comprueba esta verdad, pues nos ofrece muchos ejemplos de naciones libres sometidas al yugo, pero muy pocas naciones esclavas que recobran su libertad. Los habitantes de este continente, no obstante esta convicción, han mostrado el deseo de formar instituciones liberales y aun perfectas, sin duda movidos por ese instinto que todos los hombres poseen y que les hace aspirar a la mayor suma de felicidad posible, la cual sólo puede obtenerse en esas sociedades civiles fundadas sobre los grandes principios de la jus-

ticia, la libertad y la igualdad. Pero ¿acaso seremos capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Hemos de suponer que un pueblo aliviado apenas de sus cadenas puede en seguida volar hasta la esfera de la libertad? ¡Como al Icaro se le aflojarían sus alas y caería de nuevo al abismo! Semejante prodigio es inconcebible; en verdad, nunca se ha visto. No hay, en consecuencia, ningún raciocinio probable que pueda sustentarnos en esta expectativa.

Yo deseo más que otro alguno ver a la América convertida en la más grande nación del universo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro e incluso anticipo la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo será regido como una sola y gran república. Como es imposible, no lo deseo; y aún menos deseo ver a la América convertida en una sola y universal monarquía, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible: los abusos que actualmente existen no serían reformados, y nuestra regeneración sería infructuosa; estos Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas que el despotismo y las guerras les han infligido. La metrópoli, por ejemplo, podría ser México, que es el único lugar propicio, dado su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Pero aun suponiendo que lo sea el Istmo de Panamá, como punto central de este vasto continente, ¿acaso los extremos de éste no continuarían en su languidez y aun en su actual desorden? Para que un solo gobierno dé vida, anime y ponga en actividad todos los recursos de la prosperidad pública, a fin de corregir, ilustrar y perfeccionar al Nuevo Mundo, requeriría en verdad facultades divinas o, cuando menos, las luces y virtudes de toda la humanidad.

Ante la ausencia de un poder capaz de restringirlo, ese espíritu de discordia que ahora aflige a nuestros Estados ardería entonces con mayor furía. Además, los magistrados de las principales ciudades no permitirían la preponderancia de los metropolitanos, antes bien, los considerarían como a otros tantos tiranos, y sus celos los llevarían hasta llegar a compararlos con los odiosos españoles. En fin, esa monarquía sería como un diforme coloso, que a la menor convulsión se vería desplomado por su propio peso.

El abate de Pradt muy sabiamente ha dividido la América en quince o diecisiete diversos Estados, independientes entre sí, y gobernados por otros tantos monarcas. Yo estoy de acuerdo con él en cuanto a su división, pues la América constará de diecisiete naciones; en cuanto a las monarquías americanas, más asequibles pero menos útiles, no apoyo su opinión en favor de ellas. He aquí

mis razones. El interés de una república, si lo entendemos bien, se circunscribe a su conservación, prosperidad y gloria; mas no debe ejercitar esa libertad imperialmente, porque esto es, precisamente, contradecirla; ningún estímulo excita a los republicanos a extender las fronteras de su nación en detrimento de su bienestar, o con el único propósito de inducir a sus vecinos a que participen en una constitución liberal. Al conquistarlos no adquieren ningún derecho, ningunas ventajas, a menos que siguiendo el ejemplo de Roma los conviertan en conquistas, los reduzcan a colonias o aliados. Tales máximas y ejemplos están en oposición directa con los principios de justicia en los sistemas republicanos; diré aún más: están en oposición manifiesta a los intereses del pueblo; porque cuando un Estado llega a ser demasiado extenso, en sí mismo o por sus dependencias, cae en la confusión, convierte su libertad formal en una especie de tiranía y abandona los principios que debieran preservarlo; y al cabo, degenera en el despotismo. La duración es la esencia de las pequeñas repúblicas, y si la de las grandes es variable, siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas, sólo Roma se mantuvo a través de las edades; pero esto se debe a que sólo Roma era una república, y no así el resto de sus territorios, que eran gobernados por leyes e instituciones diversas.

Muy diferente es la política de un monarca, cuya atención constantemente se dirige al aumento de sus posesiones, de sus riquezas y de sus prerrogativas. Y con razón, porque su autoridad aumenta con estas adquisiciones, tanto con relación a sus vecinos como a sus propios súbditos, pues unos y otros temen el formidable poder de su imperio, el cual se conserva por la guerra y la conquista. Pienso por estas razones que los americanos, deseosos de la paz, de las ciencias, las artes, del comercio y la agricultura, preferirán las repúblicas a las monarquías, y creo que este anhelo corresponde a las miras que la Europa tiene hacia nosotros.

No apruebo el sistema federal, entre popular y representativo, que es demasiado perfecto y que requiere virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros. Por igual razón rechazo la monarquía compuesta de aristocracia y democracia, que ha elevado a la Inglaterra a tal fortuna y esplendor. Como no es posible seleccionar un sistema completo y adecuado entre repúblicas y monarquías, nos contentaremos con evitar anarquías dogmáticas y tiranías onerosas, extremos que por igual nos conducirían a la infelicidad y al deshonor, y buscaremos un justo medio. Me aventuraré, pues, a exponerle los resultados de mis pensamientos y especulaciones sobre

el mejor destino de la América: tal vez no el mejor, pero sí aquel que le será más asequible.

Por la situación, riquezas, población y carácter de los mexicanos, imagino que primero establecerán una república representativa en la cual el poder ejecutivo tendrá grandes atribuciones y estará concentrado en un individuo, de quien, si desempeña sus funciones con diligencia y con justicia, es propio suponer que conservará una autoridad duradera. Para el caso de que su incapacidad o violenta administración excite una conmoción popular que resulte triunfante, el verdadero poder ejecutivo se difundirá en una asamblea. Si el preponderante es el partido militar o aristocrático, fundará probablemente una monarquía, constitucional y limitada en un principio, pero que inevitablemente declinará en absoluta; porque debemos convenir que nada es más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta; y es igualmente cierto que sólo una nación tan patriota como la inglesa puede someterse a la autoridad real y mantener el espíritu de libertad bajo el imperio del cetro y de la corona.

Las provincias del Istmo de Panamá, hasta Guatemala, formarán tal vez una asociación. Este magnífico territorio entre los dos océanos podrá con el tiempo convertirse en el emporio del universo: sus canales acortarán las distancias del mundo, amplificarán el intercambio comercial entre Europa, Asia y América, y traerán a esa dichosa región los productos de las cuatro partes del globo. Es sólo aquí tal vez donde se asentará algún día la capital de la tierra, como lo fue Bizancio bajo Constantino para el Viejo Mundo.

La Nueva Granada se unirá con Venezuela si concuerdan en formar una república central, y por su situación y ventajas, la capital será Maracaibo. Como es mi suelo nativo, tengo el indiscutible derecho de desearle lo que en mi opinión puede serle más ventajoso. Su gobierno emulará, pues, al británico, pero como anhelo una república, en lugar de un rey tendrá un poder ejecutivo electivo, vitalicio tal vez, nunca hereditario. Su constitución será ecléctica, con lo cual se evitará que participe de todos los vicios; tendrá una cámara o senado hereditario, que en las tempestades políticas se interpondrá entre las olas de las conmociones populares y los rayos del gobierno; y otro cuerpo legislativo de libre elección, sin más restricciones que las impuestas a la Cámara de los Comunes.

Como la Nueva Granada es extremadamente adicta al federalismo, es posible que no consienta en reconocer a un gobierno central, en cuyo caso formaría por sí sola un Estado que perduraría feliz por las muy grandes y variadas ventajas que posee.

Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y Perú, pero juzgando por lo que se transluce y por las apariencias, es propio suponer que en Buenos Aires habrá un gobierno central que manejarán los militares, debido a las disensiones intestinas y a las guerras exteriores de aquellas provincias. Su constitución por fuerza degenerará en una oligarquía, o bien en una monarquía sujeta a ciertas restricciones, y cuya denominación es imposible adivinar. ¡Cuán doloroso sería que tal cosa sucediera, pues sus habitantes son acreedores a la más espléndida gloria!

El designio de la naturaleza, la singularidad de su territorio, las inocentes y virtuosas costumbres de sus habitantes, y el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, todo, todo coadyuva a que el reino de Chile goce las bendiciones que emanan de las justas y moderadas leyes de una república. Me inclino a pensar que si en alguna parte de América ese sistema de gobierno continúa por largo tiempo, ello será en Chile; jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de Europa y de Asia sólo muy tardíamente —y quizá nunca— pervertirán las virtudes de esa parte de la tierra. Lo restricto de su territorio, lo alejado que siempre estará de la contagiosa influencia del resto de la humanidad, hará que nunca se contaminen sus leyes, usos y costumbres, y que pueda conservar su uniformidad en cuanto a opiniones políticas y religiosas. En una palabra: ¡Chile puede ser libre!

El Perú por el contrario, sufre dos azotes que son los enemigos de todo régimen liberal y justo: el oro y los esclavos; el primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza el goce de la libertad racional: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas. Aunque estos preceptos pueden ser aplicables a toda la América, más lo son a Lima, por las opiniones que ya he expuesto, y por la cooperación que ha prestado a sus amos contra sus propios hermanos, los héroes de Quito, Chile y Buenos Aires. Es un axioma que quienes aspiran a recobrar la libertad, por lo menos lo intentan con sinceridad, y yo opino que las altas clases limeñas no tolerarán la democracia, ni los esclavos y libertos una aristocracia; aquéllos preferirán la tiranía de un individuo con tal de verse exceptuados de gravosas persecuciones y de establecer la regularidad en el orden de las cosas. Mucho temo que los peruanos con dificultad logren rescatar su independencia.

De todo cuanto he dicho, podemos deducir las siguientes conclusiones: las provincias americanas luchan ahora por su emancipación; al fin obtendrán éxito; algunas se constituirán regularmente como repúblicas, federales o centrales; los territorios más extensos

seguramente fundarán monarquías; y algunas echarán por tierra sus principios, ya en la pugna actual, ya en futuras revoluciones; una gran república es imposible; una gran monarquía, muy difícil de consolidar.

Qué idea más grandiosa, la de moldear al Nuevo Mundo en una gran nación, enlazada por un solo y gran vínculo; profesando la misma religión, unido por la lengua, el origen y las costumbres, debe tener un solo gobierno para incorporar los diferentes Estados que puedan formarse. Pero esto es imposible, porque lo remoto de sus regiones, lo diverso de sus situaciones, lo contencioso de sus intereses y lo diferente de sus caracteres, dividen a la América.

¡Cuán sublime sería el espectáculo si el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la dicha de instalar allí en un augusto congreso a los representantes de repúblicas, reinos e imperios, y de negociar y tratar con las naciones de las otras tres partes del globo las grandes e interesantes cuestiones de la guerra y de la paz. Esta especie de corporación muy posiblemente ocurrirá durante la dichosa época de nuestra regeneración. Cualquier otra expectativa es vana, como lo es por ejemplo, la del abate Saint Pierre, quien con laudable delirio concibió la idea de reunir un congreso europeo para decidir sobre la suerte y los intereses de aquellas naciones.

"Los esfuerzos individuales, según advierte usted en su carta, con frecuencia producen cambios felices e importantes. Entre los americanos existe una tradición que relata cómo Quetzalcóatl, el Buda o Woden de Sudamérica, renunció a su poder y se apartó de ellos, prometiéndoles que transcurrido el tiempo asignado volvería para reponer su gobierno y restaurar su felicidad. Cómo esta tradición fortalece entre ellos la creencia de que pronto reaparecerá, calcule usted, señor, cuáles serán los efectos producidos por la aparición de un individuo que personifique el carácter de Quetzalcóatl, el Buda o Woden de quien tanto han hablado las otras naciones. ¿No cree usted que resultaría en la elevación de un partido patriótico de suficiente magnitud para compeler o inducir la unión de todos? ¿Y no es la unión lo que se requiere a fin de ponerlos en condiciones de expulsar a las tropas españolas y a los otros partidarios de la corrompida España, y de establecer un poderoso imperio, con un gobierno libre bajo leyes liberales?"

Convengo con usted en que los esfuerzos individuales pueden ser causa de eventos generales, en particular durante las revoluciones. Pero Quetzalcóatl, el héroe y profeta del Anáhuac, no es el capaz de efectuar los prodigiosos beneficios que usted contempla. Este personaje es apenas conocido por los mexicanos, y no precisamente con

ventaja: porque este es el destino de los vencidos, aun cuando sean dioses. Sólo historiadores y literatos se han cuidado de investigar su origen, la verdad o falsedad de su misión, sus profecías y el fin de su carrera. Se discute si acaso fue un apóstol de Cristo o un pagano; algunos suponen que su nombre, en lengua mexicana y en la china quiere decir Santo Tomás; otros, como Torquemada, que significa serpiente emplumada; algunos más, que es el famoso profeta de Yucatán, Chilam Cambal. Sobre el verdadero carácter de Quetzalcóatl los más de los autores mexicanos, polemistas e historiadores, religiosos y profanos, han tratado con mayor o menor prolijidad. Acosta dice que estableció una religión cuyos ritos, dogmas y misterios muestran una admirable afinidad con la de Cristo, y que tal vez se le parezca más que ninguna otra. A pesar de ello, muchos escritores católicos se han ingeniado para denegar que este profeta fuese verdadero, y se han rehusado a reconocer en él a Santo Tomás, como lo afirman otros célebres autores. La opinión general es que Quetzalcóatl fue un legislador divino entre las tribus paganas del Anáhuac, lugar que poseyó el gran Moctezuma, quien derivaba de aquél su autoridad. De esto deduzco que los mexicanos no seguirán al pagano Quetzalcóatl aun cuando apareciese bajo circunstancias ideales, pues profesan una religión que es la más intolerable y privativa de todas.

Por fortuna, los promotores de la independencia mexicana han aprovechado con la mayor diligencia el fanatismo hoy en boga, proclamando a la famosa virgen de Guadalupe como reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos, y llevándola en sus banderas. Por este medio el entusiasmo político se ha unido con la religión, y ha producido un vehemente fervor por la sagrada causa de la libertad. La veneración de que goza esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro y afortunado profeta.

Por lo demás, la época de estas visitaciones celestes ha pasado; y aun si los americanos fuesen más supersticiosos de lo que realmente son, no darían crédito a las doctrinas de un impostor, quien además sería considerado como un cismático, o bien como el anti-Cristo anunciado por nuestra religión.

Para completar la obra de nuestra regeneración es ciertamente la unión la que nos falta. Nuestra división, sin embargo, no debe sorprender a usted, porque es la marca característica de todas las guerras civiles, hechura de dos partidos: los amigos de los ritos establecidos, y los reformadores. Los primeros son por lo común los más numerosos, porque el imperio de la costumbre genera la obediencia a las autoridades ya constituidas; los últimos son siempre

menores en número, pero más ardientes y entusiastas. Ocurre así que el poderío físico se equilibra con la fuerza moral, y el conflicto se prolonga con resultados inciertos. Por fortuna para nosotros, la mayoría del pueblo ha seguido sus propios sentimientos.

Yo le diré a usted lo que nos permitirá expulsar a los españoles y fundar un gobierno libre; ciertamente la unión, pero una unión consecuencia de medidas enérgicas y de bien dirigidos esfuerzos, y no de prodigios sobrenaturales. La América queda sola, abandonada por todas las naciones, aislada en el centro del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por una España que posee más elementos bélicos que cuantos podemos ahora adquirir.

Cuando los éxitos son dudosos, cuando el Estado es débil y cuando las esperanzas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones se enardecen, y todo esto es fomentado por nuestros enemigos para poder triunfar con mayor facilidad. Tan pronto seamos fuertes, estaremos unidos bajo una nación liberal que nos deparará su protección, y bajo cuyos auspicios cultivaremos las virtudes y talentos que conducen a la gloria. Entonces emprenderemos la marcha majestuosa hacia ese augusto gobierno civil que nos está destinado y que hará feliz a la América; entonces las ciencias y las artes, que nacieron en Oriente y que han ilustrado a Europa, volarán a Colombia libre, donde serán acogidas como en un santuario.

Tales son, señor, los pensamientos y observaciones que tengo el honor de someterle, a fin de que pueda usted, según su mérito, rectificarlos o aprovecharlos. Y le ruego me crea cuando le aseguro que para hacer esta exposición de mis sentimientos, más ha influido el deseo de mostrarme cortés que la convicción de mi propia capacidad para ilustrar a usted en la materia.

Soy de usted,
Simón Bolívar

APÉNDICE VII

Declaración de la República de Venezuela, suscrita por el Libertador en Angostura el 20 de noviembre de 1818

SIMÓN BOLÍVAR,
Jefe Supremo de la República de Venezuela, &., &.

Considerando que cuando el gobierno español solicita la mediación de las altas potencias para restablecer su autoridad, a título de reconciliación sobre los pueblos libres e independientes de Améri-

ca, conviene declarar a la faz del mundo los sentimientos y decisión de Venezuela:

Que aunque estos sentimientos y esta decisión se han manifestado en la República desde el 5 de julio de 1811, y más particularmente desde los primeros anuncios de la solicitud del gabinete de Madrid, es del deber del gobierno en quien reside la representación nacional, reiterarlos y declararlos legal y solemnemente:

Que esta declaración franca y sincera, no sólo es debida a las altas potencias, en testimonio de consideración y respeto, sino indispensable para calmar los ánimos de los ciudadanos de Venezuela:

Reunidos en junta nacional el consejo de estado, la alta corte de justicia, el gobernador, vicario general de este obispado sede vacante, el estado mayor general, y todas las autoridades civiles y militares, después de haber examinado detenidamente la conducta del gobierno español, hemos tenido presente:

1º Que la idea de una reconciliación cordial, jamás ha entrado en las miras del gobierno español.

2º Que habiéndosela propuesto la Gran Bretaña por dos veces desde los primeros días de las desavenencias, la ha desechado con desprecio de todos.

3º Que al mismo tiempo que se trataba de reconciliación, ella bloqueaba nuestros puertos, mandaba ejércitos contra nosotros y tramaba conspiraciones para destruirnos.

4º Que habiéndose sometido Venezuela bajo una capitulación solemne; apenas ésta depuso sus armas, cuando ella la violó en todas sus partes, sacrificando millares de ciudadanos, cuyos derechos habían jurado respetar.

5º Que haciéndonos una guerra de exterminio sin respetar el sexo, la edad, ni la condición, ha roto los vínculos sociales, y ha excitado un odio justo e implacable.

6º Que este odio se ha exaltado por las atrocidades que ha cometido, y por la mala fe con que nos mira bajo de todos aspectos.

7º Que toda la América, y muy particularmente Venezuela, está íntimamente convencida de la imposibilidad absoluta en que se halla la España de restablecer de ningún modo su autoridad en este continente.

8º Que toda la América está ya satisfecha de sus fuerzas y de sus recursos: conoce sus ventajas naturales y medios de defensa, y está segura de que no hay sobre la tierra poder bastante para ligarla otra vez a la España.

9º Que cuando lo hubiese, está resuelta a perecer primero que someterse de nuevo a un gobierno de sangre, de fuego y de exterminio.

10. Que hallándonos en posesión de la libertad e independencia que la naturaleza nos había concedido, y que las leyes mismas de España, y los ejemplos de su historia, nos autorizaban a recobrar por las armas, como efectivamente lo hemos ejecutado, sería un acto de demencia y estolidez someternos bajo cualesquiera condiciones que sean al gobierno español.

Por todas estas consideraciones, el gobierno de Venezuela, intérprete de la intención y de la voluntad nacional, ha tenido a bien pronunciar a la faz del mundo la siguiente declaración:

1º Que la república de Venezuela por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española, y constituida en un estado independiente, libre y soberano.

2º Que la España no tiene justicia para reclamar su dominación, ni la Europa derecho para intentar someterla al gobierno español.

3º Que no ha solicitado, ni solicitará jamás, su incorporación a la nación española.

4º Que no ha solicitado la mediación de las altas potencias para reconciliarse con la España.

5º Que no tratará jamás con la España sino de igual a igual, en paz y en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones.

6º Que únicamente desea la mediación de las potencias extranjeras, para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humanidad, invitando a la España a ejecutar y concluir un tratado de paz y amistad con la nación venezolana, reconociéndola y tratándola como una nación libre, independiente y soberana.

7º Últimamente declara la República de Venezuela que desde el 19 de abril de 1810, está combatiendo por sus derechos: que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos: que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos y que por mantener ilesos, como la divina providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.

Dado, y firmado de mi mano, sellado con el sello provisional de la república, y refrendado por el secretario de estado en el palacio de gobierno en Angostura a 20 de noviembre de 1818, año octavo de la independencia.

Simón Bolívar

Por S. E. el Jefe Supremo,
El Secretario de Estado,
Pedro Briceño Méndez.

APÉNDICE VIII

Discurso pronunciado por el Libertador ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, día de su instalación

Señor: ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta! Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la divina providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la nación.

Al transmitir a los representantes del pueblo el poder supremo que se me había confiado, colmo los votos de mi corazón, los de mis conciudadanos y los de nuestras futuras generaciones, que todo lo esperan de vuestra sabiduría, rectitud y prudencia. Cuando cumplo con este dulce deber, me liberto de la inmensa autoridad que me agobiaba, como de la responsabilidad ilimitada que pesaba sobre mis débiles fuerzas. Solamente una necesidad forzosa, unida a la voluntad imperiosa del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de Dictador Jefe Supremo de la República. ¡Pero ya respiro devolviéndoos esta autoridad, que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener en medio de las tribulaciones más horrorosas que pueden afligir a un cuerpo social!

No ha sido la época de la República, que he presidido, una nueva tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular; ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores; ha sido la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela. Un hombre ¡y un hombre como yo! ¿Qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones? En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del Gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre

los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela; sin embargo mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas a la censura del pueblo. ¡Representantes!, vosotros debéis juzgarlas. Yo someto la historia de mi mando a vuestra imparcial decisión; nada añadiré para excusarla; ya he dicho cuanto puede hacer mi apología. Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de Libertador que me dio Venezuela, al de Pacificador que me dio Cundinamarca, y a los que el mundo entero puede dar.

¡Legisladores! Yo deposito en vuestras manos el mando supremo de Venezuela. Vuestro es ahora el augusto deber de consagraros a la felicidad de la República: en vuestras manos está la balanza de nuestros destinos, la medida de nuestra gloria: ellas sellarán los decretos que fijen nuestra Libertad. En este momento el jefe supremo de la República no es más que un simple ciudadano; y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré sin embargo en la carrera de las armas mientras haya enemigos en Venezuela. Multitud de beneméritos hijos tiene la patria capaces de dirigirla, talentos, virtudes, experiencia y cuanto se requiere para mandar a hombres libres, son el patrimonio de muchos de los que aquí representan el pueblo; y fuera de este soberano cuerpo se encuentran ciudadanos que en todas épocas han mostrado valor para arrostrar los peligros, prudencia para evitarlos, y arte en fin de gobernarse y de gobernar a otros. Estos ilustres Varones merecerán sin duda los sufragios del Congreso y a ellos se encargará del gobierno, que tan cordial y sinceramente acabo de renunciar para siempre.

La continuación de la autoridad en un mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerle, y él se acostumbra a mandarlo; de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado, que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente.

Ya, pues, que por este acto de mi adhesión a la libertad de Venezuela puedo aspirar a la gloria de ser contado entre sus más fieles amantes; permitidme, Señor, que exponga con la franqueza de un verdadero republicano mi respetuoso dictamen en este Proyecto de Constitución que me tomo la libertad de ofreceros en tes-

timonio de la sinceridad y del candor de mis sentimientos. Como se trata de la salud de todos, me atrevo a creer que tengo derecho para ser oído por los representantes del pueblo. Yo sé muy bien que vuestra sabiduría no ha menester de consejos, y sé también que mi proyecto acaso os pareciera erróneo, impracticable. Pero, Señor, aceptad con benignidad este trabajo, que más bien es el tributo de mi sincera sumisión al Congreso que el efecto de una levedad presuntuosa. Por otra parte, siendo vuestras funciones la creación de una sociedad entera, rodeada de todos los inconvenientes que presenta una situación la más singular y difícil, quizás el grito de un ciudadano pueda advertir la presencia de un peligro encubierto o desconocido.

Echando una ojeada sobre lo pasado, veremos cuál es la base de la República de Venezuela.

Al desprenderse la América de la Monarquía española, se ha encontrado semejante al Imperio romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo; no somos europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más: nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica. Permítaseme explicar esta paradoja. En el régimen absoluto, el poder autorizado no admite límites. La voluntad del déspota, es la ley suprema ejecutada arbitrariamente por los subalternos que participan de la opresión organizada en razón de la autoridad de que gozan. Ellos están encargados de las funciones civiles, políticas, militares, y religiosas; pero al fin son persas los sátrapas de Persia, son turcos los bajáes del gran señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandarines a la cuna de Gengis Kan que la conquistó. Por el contrario la América, todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa; no permitiéndonos sus funciones en nuestros asuntos domésticos y admi-

nistración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del universo en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno.

Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido alquirir, ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido, y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia, de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil: adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos. Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud: que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor: que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes: que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad. Así, legisladores, vuestra empresa es tanto más ímproba cuanto que tenéis que constituir a hombres pervertidos por las ilusiones del error, y por incentivos nocivos. La libertad, dice Rousseau, es un alimento suculento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad. Entumidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las mazmorras, y aniquilados por las pestilencias serviles, ¿serán capaces de marchar con pasos firmes hacia el augusto templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina?

Meditad bien vuestra elección, legisladores. No olvidéis que vais a echar los fundamentos a un pueblo naciente que podrá elevarse a la grandeza que la naturaleza le ha señalado, si vosotros proporcionáis su base al eminente rango que le espera. Si vuestra elección

no está presidida por el genio tutelar de Venezuela que debe ins piraros el acierto al escoger la naturaleza y la forma de gobierno que vais a adoptar para la felicidad del pueblo; si no acertáis, repito la esclavitud será el término de nuestra transformación.

Los anales de los tiempos pasados os presentarán millares de gobiernos. Traed a la imaginación las naciones que han brillado sobre la tierra, y contemplaréis afligidos que casi toda la tierra ha sido, y aún es, víctima de sus gobiernos. Observaréis muchos siste mas de manejar hombres, mas todos para oprimirlos; y si la costum bre de mirar al género humano conducido por pastores de pueblos no disminuyese el horror de tan chocante espectáculo, nos pasmaría mos al ver nuestra dócil especie pacer sobre la superficie del globo como viles rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores La naturaleza, a la verdad, nos dota al nacer del incentivo de la libertad; mas sea pereza, sea propensión inherente a la humanidad lo cierto es que ella reposa tranquila aunque ligada con las traba que le imponen. Al contemplarla en este estado de prostitución parece que tenemos razón para persuadirnos que los más de los hombres tienen por verdadera aquella humillante máxima, que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía. ¡Ojalá que esta máxima contraria a la moral de la naturaleza, fuese falsa! ¡Ojalá que esta máxima no estuviese sancio nada por la indolencia de los hombres con respecto a sus derechos más sagrados!

Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión; pero, son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos; porque son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía. El hábito de la dominación, los hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional; y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad, bajo la tutela de leyes dictadas por su propia voluntad. Los fastos del universo proclaman esta espantosa verdad.

Sólo la democracia, en mi concepto, es susceptible de una abso- luta libertad; pero, ¿cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo poder, prosperidad y permanencia? ¿Y no se ha visto por el contrario la aristocracia, la monarquía cimentar grandes y poderosos imperios por siglos y siglos? ¿Qué gobierno más antiguo que el de China? ¿Qué república ha excedido en duración a la de Esparta, a la de Venecia? ¿El Imperio romano no conquistó la tierra? ¿No tiene la Francia catorce siglos de monarquía? ¿Quién es más grande que la Inglaterra? Estas naciones, sin embargo, han sido o son aristocracias y monarquías.

A pesar de tan crueles reflexiones, yo me siento arrebatado de gozo por los grandes pasos que ha dado nuestra república al entrar en su noble carrera. Amando lo más útil, animada de lo más justo, y aspirando a lo más perfecto, al separarse Venezuela de la nación española, ha recobrado su independencia, su libertad, su igualdad, su soberanía nacional. Constituyéndose en una república democrática, proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios: declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir. Estos actos eminentemente liberales jamás serán demasiado admirados por la pureza que los ha dictado. El primer Congreso de Venezuela ha estampado en los anales de nuestra Legislación con caracteres indelebles, la majestad del pueblo dignamente expresada, al sellar el acto social más capaz de formar la dicha de una nación. Necesito de recoger todas mis fuerzas para sentir con toda la vehemencia de que soy susceptible, el supremo bien que encierra en sí este código inmortal de nuestros derechos y de nuestras leyes. ¡Pero cómo osaré decirlo! ¿Me atreveré yo a profanar con mi censura las tablas sagradas de nuestras leyes...? Hay sentimientos que no se pueden contener en el pecho de un amante de la patria; ellos rebosan agitados por su propia violencia, y a pesar del mismo que los abriga, una fuerza imperiosa los comunica. Estoy penetrado de la idea de que el Gobierno de Venezuela debe reformarse; y que aunque muchos ilustres ciudadanos piensan como yo, no todos tienen el arrojo necesario para profesar públicamente la adopción de nuevos principios. Esta consideración me insta a tomar la iniciativa en un asunto de la mayor gravedad, y en que hay sobrada audacia en dar avisos a los consejeros del pueblo.

Cuanto más admiro la excelencia de la Constitución Federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro estado. Y según mi modo de ver es un prodigio que su modelo en el norte de América subsista tan prósperamente y no se trastorne al aspecto del primer embarazo o peligro. A pesar de que aquel pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la libertad ha sido su cuna; se ha criado en la libertad, y se alimenta de pura libertad: lo diré todo, aunque bajo de muchos respectos, este pueblo es único en la historia del género humano, es un prodigio, repito, que un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas. Pero sea lo que fuere, de este gobierno con respecto a la nación americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de los estados tan distintos como el de inglés americano y el americano español. ¿No sería muy difícil aplicar a España el

Código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del norte de América. ¿No dice el Espíritu de las Leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que debíamos consultar, y no el de Washington!

La Constitución venezolana sin embargo de haber tomado sus bases de la más perfecta, si se atiende a la corrección de los principios y a los efectos benéficos de su administración, difirió esencialmente de la americana en un punto cardinal, y sin duda el más importante. El Congreso de Venezuela como el americano participa de algunas de las atribuciones del Poder Ejecutivo. Nosotros, además, subdividimos este poder acogiéndolo sometido a un cuerpo colectivo sujeto por consiguiente a los inconvenientes de hacer periódica la existencia del Gobierno, de suspenderla y disolverla siempre que se separan sus miembros. Nuestro triunvirato carece, por decirlo así, de unidad, de continuación, y de responsabilidad individual; está privado de acción momentánea, de vida continua, de uniformidad real, de responsabilidad inmediata, y un gobierno que no posee cuanto constituye su moralidad, debe llamarse nulo.

Aunque las facultades del presidente de Estados Unidos están limitadas con restricciones excesivas, ejerce por sí solo todas las funciones gubernativas que la Constitución le atribuye, y es indubitable que su administración debe ser más uniforme, constante y verdaderamente propia, que la de un poder diseminado entre varios individuos cuyo compuesto no puede ser menos que monstruoso.

El poder judiciario en Venezuela es semejante al americano, indefinido en duración, temporal y no vitalicio; goza de toda la independencia que le corresponde.

El primer Congreso en su Constitución Federal más consultó el espíritu de las provincias, que la idea sólida de formar una república indivisible y central. Aquí cedieron nuestros legisladores al empeño inconsiderado de aquellos provinciales seducidos por el deslumbrante brillo de la felicidad del pueblo americano, pensando que las bendiciones de que goza son debidas exclusivamente a la forma de gobierno y no al carácter y costumbres de los ciudadanos. Y en efecto, el ejemplo de Estados Unidos por su peregrina prosperidad era demasiado lisonjero para que no fuese seguido. ¿Quién puede

resistir al atractivo victorioso del goce pleno y absoluto de la soberanía, de la independencia, de la libertad? ¿Quién puede resistir al amor que inspira un gobierno inteligente que liga a un mismo tiempo, los derechos particulares, a los derechos generales, que forma de la voluntad común la ley suprema de la voluntad individual? ¿Quién puede resistir al imperio de un gobierno bienhechor que con una mano hábil, activa y poderosa dirige siempre, y en todas partes, todos sus resortes hacia la perfección social, que es el fin único de las instituciones humanas?

Mas por halagüeño que parezca, y sea en efecto este magnífico sistema federativo, no era dado a los venezolanos ganarlo repentinamente al salir de las cadenas. No estábamos preparados para tanto bien: el bien, como el mal, da la muerte cuando es súbito y excesivo. Nuestra Constitución moral no tenía todavía la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un gobierno completamente representativo, y tan sublime cuanto que podía ser adaptado a una república de santos.

¡Representantes del Pueblo! Vosotros estáis llamados para consagrar, o suprimir cuanto os parezca digno de ser conservado, reformado o desechado en nuestro pacto social. A vosotros pertenece el corregir la obra de nuestros primeros legisladores; yo querría decir que a vosotros toca cubrir una parte de la belleza que contiene nuestro código político; porque no todos los corazones están formados para amar a todas las beldades; ni todos los ojos, son capaces de soportar la luz celestial de la perfección. El libro de los Apóstoles, la moral de Jesús, la obra divina que nos ha enviado la providencia para mejorar a los hombres, tan sublime, tan santa, es un diluvio de fuego en Constantinopla, y el Asia entera ardería en vivas llamas, si este libro de paz se le impusiese repentinamente por código de religión, de leyes y de costumbres.

Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emancipación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones, y por su carácter. Es imposible asignar, con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígeno se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

Los ciudadanos de Venezuela gozan todos por la Constitución, intérprete de la naturaleza, de una perfecta igualdad política. Cuando esta igualdad no hubiese sido un dogma en Atenas, en Francia, y en América, deberíamos nosotros consagrarlo para corregir la diferencia que aparentemente existe. Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema, depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela. Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos para la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud y no todos la practican; todos deben ser valerosos, y todos no lo son, todos deben poseer talentos, y todos no los poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales, en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social. Es una inspiración eminentemente benéfica la reunión de todas las clases en un estado, en que la diversidad se multiplica en razón de la propagación de la especie. Por este solo paso se ha arrancado de raíz la cruel discordia. ¡Cuántos celos, rivalidades, y odios se han evitado!

Habiendo ya cumplido con la justicia, con la humanidad, cumplamos ahora con la política, con la sociedad, allanando las dificultades que opone un sistema tan sencillo y natural, mas tan débil que el menor tropiezo lo trastorna, lo arruina. La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración.

El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política. Por las leyes que dictó el primer Congreso tenemos derecho de esperar que la dicha sea el dote de Venezuela; y por las vuestras, debemos lisonjearnos que la seguridad y la estabilidad eternizarán esa dicha. A vosotros toca resolver el problema. ¿Cómo, después de haber roto todas las trabas de nuestra antigua opresión podemos hacer la obra maravillosa de evitar que los restos de nuestros duros hierros no se cambien en armas liberti-

cidas? Las reliquias de la dominación española permanecerán largo tiempo antes que lleguemos a anonadarlas: el contagio del despotismo ha impregnado nuestra atmósfera, y ni el fuego de la guerra, ni el específico de nuestras saludables leyes han purificado el aire que respiramos. Nuestras manos ya están libres, y todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre. El hombre, al perder la libertad, decía Homero, pierde la mitad de su espíritu.

Un gobierno republicano ha sido, es, y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo: la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía, y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas, y las costumbres públicas. Luego extendiendo la vista sobre el vasto campo que nos falta por recorrer, fijemos la atención sobre los peligros que debemos evitar. Que la historia nos sirva de guía en esta carrera. Atenas la primera nos da el ejemplo más brillante de una democracia absoluta, y al instante, la misma Atenas, nos ofrece el ejemplo más melancólico de la extrema debilidad de esta especie de gobierno. El más sabio legislador de Grecia no vio conservar su república diez años, y sufrió la humillación de reconocer la insuficiencia de la Democracia absoluta, para regir ninguna especie de sociedad, ni aun la más culta, morigera y limitada, porque sólo brilla con relámpagos de libertad. Reconozcamos, pues, que Solón ha desengañado al mundo; y le ha enseñado cuán difícil es dirigir por simples leyes a los hombres.

La República de Esparta que parecía una invención quimérica, produjo más efectos reales que la obra ingeniosa de Solón. Gloria, virtud, moral, y por consiguiente la felicidad nacional, fue el resultado de la Legislación de Licurgo. Aunque dos reyes en un Estado son dos monstruos para devorarlo, Esparta poco tuvo que sentir en su doble trono: en tanto que Atenas se prometía la suerte más espléndida, con una soberanía absoluta, libre elección de magistrados, frecuentemente renovados, leyes suaves, sabias y políticas. Pisístrato, usurpador y tirano fue más saludable a Atenas que sus leyes; y Pericles aunque también usurpador, fue el más útil ciudadano. La República de Tebas no tuvo más vida que la de Pelópidas y Epaminondas; porque a veces son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos. Los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!

La Constitución Romana es la que mayor poder y fortuna ha producido a ningún pueblo del mundo; allí no había una exacta

distribución de los poderes. Los cónsules, el Senado, el pueblo, ya eran legisladores, ya magistrados, ya jueces; todos participaban de todos los poderes. El ejecutivo, compuesto de dos cónsules, padecía del mismo inconveniente que el de Esparta. A pesar de su deformidad no sufrió la República la desastrosa discordancia, que toda previsión habría supuesto inseparable de una magistratura compuesta de dos individuos, igualmente autorizados con las facultades de un monarca. Un gobierno cuya única inclinación era la conquista, no parecía destinado a cimentar la felicidad de su nación. Un gobierno monstruoso y puramente guerrero, elevó a Roma al más alto esplendor de virtud y de gloria; y formó de la tierra un dominio romano para mostrar a los hombres de cuánto son capaces las virtudes políticas; y cuán indiferentes suelen ser las instituciones.

Y pasando de los tiempos antiguos a los modernos encontraremos la Inglaterra y la Francia, llamando la atención de todas las naciones, y dándoles lecciones elocuentes de todas especies en materia de gobierno. La revolución de estos dos grandes pueblos como un radiante meteoro, ha inundado al mundo con tal profusión de luces políticas, que ya todos los seres que piensan han aprendido cuáles son los derechos del hombre y cuáles sus deberes; en qué consiste la excelencia de los gobiernos y en qué consisten sus vicios. Todos saben apreciar el valor intrínseco de las teorías especulativas de los filósofos y legisladores modernos. En fin, este astro, en su luminosa carrera, aun ha encendido los pechos de los apáticos españoles, que también se han lanzado en el torbellino político; han hecho sus efímeras pruebas de libertad, han reconocido su incapacidad para vivir bajo el dulce dominio de las leyes y han vuelto a sepultarse en sus prisiones y hogueras inmemoriales.

Aquí es el lugar de repetiros, legisladores, lo que os dice el elocuente Volney en la Dedicatoria de sus ruinas de Palmira: "A los pueblos nacientes de las Indias castellanas, a los jefes generosos que los guían a la libertad: que los errores e infortunios del mundo antiguo enseñan la sabiduría y la felicidad al nuevo mundo." Que no se pierdan, pues, las lecciones de la experiencia; y que las secuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles. No olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teórica, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye.

Roma y la Gran Bretaña son las naciones que más han sobresalido entre las antiguas y modernas; ambas nacieron para mandar y ser libres: pero ambas se constituyeron no con brillantes formas

de libertad, sino con establecimientos sólidos. Así, pues, os recomiendo, representantes, el estudio de la Constitución británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan; pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil. Cuando hablo del Gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de republicanismo, y a la verdad ¿puede llamarse pura monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta, y cuanto es sublime en la política? ¿Puede haber más libertad en ninguna especie de república? ¿Y puede pretenderse a más en el orden social? Yo os recomiendo esta constitución popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, como la más digna de servir de modelo a cuantos aspiran al goce de los derechos del hombre y a toda la felicidad política que es compatible con nuestra frágil naturaleza.

En nada alteraríamos nuestras leyes fundamentales, si adoptásemos un Poder Legislativo semejante al Parlamento británico. Hemos dividido como los americanos la representación nacional en dos Cámaras: la de representantes y el Senado. La primera está compuesta muy sabiamente, goza de todas las atribuciones que le corresponden, y no es susceptible de una reforma esencial, porque la Constitución le ha dado el origen, la forma y las facultades que requiere la voluntad del pueblo para ser legítima y competentemente representada. Si el Senado en lugar de ser electivo fuese hereditario, sería en mi concepto la base, el lazo, el alma de nuestra República. Este cuerpo en las tempestades políticas pararía los rayos del gobierno, y rechazaría las olas populares. Adicto al gobierno por el justo interés de su propia conservación, se opondría siempre a las invasiones que el pueblo intenta contra la jurisdicción y la autoridad de sus magistrados. Debemos confesarlo: los más de los hombres desconocen sus verdaderos intereses, y constantemente procuran asaltarlos en las manos de sus depositarios: el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad. Por tanto, es preciso que en todos los gobiernos exista un cuerpo neutro que se ponga siempre de parte del ofendido, y desarme al ofensor. Este cuerpo neutro para que pueda ser tal, no ha de deber su origen a la elección del gobierno, ni a la del pueblo; de modo que goce de una plenitud de independencia que ni tema, ni espere nada de estas dos fuentes de autoridad. El Senado hereditario como parte del pueblo, participa de sus intereses, de sus sentimientos, y de su espíritu. Por esa causa no se debe presumir que un Senado hereditario se desprenda de los intereses populares, ni olvide sus deberes legislativos. Los senadores

en Roma, y los lores en Londres han sido las columnas más firmes sobre que se ha fundado el edificio de la libertad política y civil.

Estos senadores serán elegidos la primera vez por el Congreso. Los sucesores al Senado llaman la primera atención del gobierno, que debería educarlos en un colegio especialmente destinado para instruir aquellos tutores o legisladores futuros de la patria. Aprenderían las artes, las ciencias y las letras que adornan el espíritu de un hombre público; desde su infancia ellos sabrían a qué carrera la providencia los destinaba, y desde muy tiernos elevarían su alma a la dignidad que los espera.

De ningún modo sería una violación de la igualdad política la creación de un Senado hereditario; no es una nobleza la que pretendo establecer porque como ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber, y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura de las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada. Por otra parte los libertadores de Venezuela son acreedores a ocupar siempre un alto rango en la república que les debe su existencia. Creo que la posteridad vería con sentimiento, anonadados los nombres ilustres de sus primeros bienhechores: digo más, es del interés público, es de la gratitud de Venezuela, es del honor nacional, conservar con gloria hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que superando todos los obstáculos, han fundado la República a costa de los más heroicos sacrificios. Y si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre, y no lo será jamás.

Un Senado hereditario, repito, será la base fundamental del Poder Legislativo, y por consiguiente será la base de todo gobierno. Igualmente servirá de contrapeso para el gobierno y para el pueblo: será una potestad intermedia que embote los tiros que recíprocamente se lanzan estos eternos rivales. En todas las luchas la calma de un tercero viene a ser el órgano de la reconciliación, así el Senado de Venezuela será la traba de este edificio delicado y harto susceptible de impresiones violentas: será el iris que calmará las tempestades y mantendrá la armonía entre los miembros y la cabeza de este cuerpo legislativo.

Ningún estímulo podrá adulterar un Cuerpo Legislativo investido de los primeros honores, dependiente de sí mismo sin temer

nada del pueblo, ni esperar nada del gobierno; que no tiene otro objeto que el de reprimir todo principio del mal, y propagar todo principio de bien; y que está altamente interesado en la existencia de una sociedad en la cual participa de sus efectos funestos o favorables. Se ha dicho con demasiada razón que la Cámara alta de Inglaterra, es preciosa para la nación porque ofrece un baluarte a la libertad; y yo añado que el Senado de Venezuela, no sólo sería un baluarte de la libertad, sino un apoyo para eternizar la república.

El Poder Ejecutivo británico está revestido de toda la autoridad soberana que le pertenece; pero también está circunvalado de una triple línea de diques, barreras y estacadas. Es jefe del gobierno, pero sus ministros y subalternos dependen más de las leyes que de su autoridad, porque son personalmente responsables, y ni aun las mismas órdenes de la autoridad real los eximen de esta responsabilidad. Es generalísimo del ejército y de la marina; hace la paz, y declara la guerra; pero el Parlamento es el que decreta anualmente las sumas con que deben pagarse estas fuerzas militares. Si los tribunales y jueces dependen de él, las leyes emanan del Parlamento que las ha consagrado. Con el objeto de neutralizar su poder, es inviolable y sagrada la persona del rey; y al mismo tiempo que le dejan libre la cabeza le ligan las manos con que debe obrar. El soberano de la Inglaterra tiene tres formidables rivales: su gabinete que debe responder al pueblo y al Parlamento; el Senado que defiende los intereses del pueblo como representante de la nobleza de que se compone; y la Cámara de los Comunes que sirve de órgano y de tribuna al pueblo británico. Además como los jueces son responsables del cumplimiento de las leyes, no se separan de ellas, y los administradores del Erario —siendo perseguidos no solamente por sus propias infracciones, sino aun por las que hace el mismo gobierno— se guardarán bien de malversar los fondos públicos. Por más que se examine la naturaleza del Poder Ejecutivo en Inglaterra, no se puede hallar nada que no incline a juzgar que es el más perfecto modelo, sea para un reino, sea para una aristocracia, sea para una democracia. Aplíquese a Venezuela este Poder Ejecutivo en la persona de un presidente, nombrado por el pueblo o por sus representantes, y habremos dado un gran paso hacia la felicidad nacional.

Cualquiera que sea el ciudadano que llene estas funciones, se encontrará auxiliado por la Constitución: autorizado para hacer bien, no podrá hacer mal, porque siempre que se someta a las leyes, sus ministros cooperarán con él; si por el contrario pretende infringirlas, sus propios ministros lo dejarán aislado en medio de la re-

pública, y aun lo acusarán delante del Senado. Siendo los ministros los responsables de las transgresiones que se cometan, ellos son los que gobiernan, porque ellos son los que las pagan. No es la menor ventaja de este sistema la obligación en que pone a los funcionarios inmediatos al Poder Ejecutivo de tomar la parte más interesada y activa en las deliberaciones del gobierno, y a mirar como propio este departamento. Puede suceder que no sea el presidente un hombre de grandes talentos ni de grandes virtudes, y no obstante la carencia de estas cualidades esenciales, el presidente desempeñará sus deberes de un modo satisfactorio; pues en tales casos el ministerio, haciendo todo por sí mismo, lleva la carga del Estado.

Por exorbitante que parezca la autoridad del Poder Ejecutivo de Inglaterra, quizás no es excesiva en la República de Venezuela. Aquí el Congreso ha ligado las manos y hasta la cabeza, a los magistrados. Este cuerpo deliberante ha asumido una parte de las funciones ejecutivas contra la máxima de Montesquieu que dice que un cuerpo representante no debe tomar ninguna resolución activa; debe hacer leyes, y ver si se ejecutan las que hace. Nada es tan contrario a la armonía entre los poderes, como su mezcla. Nada es tan peligroso con respecto al pueblo como la debilidad del ejecutivo y si en un reino se ha juzgado necesario concederle tantas facultades, en una república son éstas infinitamente más indispensables.

Fijemos nuestra atención sobre esa diferencia, y hallaremos que el equilibrio de los poderes debe distribuirse de dos modos. En las repúblicas el Ejecutivo debe ser el más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el Legislativo porque todo conspira en favor del monarca. La veneración que profesan los pueblos a la Magistratura Real es un prestigio, que influye poderosamente a aumentar el respeto supersticioso que se tributa a esta autoridad. El esplendor del trono, de la corona, de la púrpura; el apoyo formidable que le presta la nobleza; las inmensas riquezas que generaciones enteras acumulan en una misma dinastía; la protección fraternal que recíprocamente reciben todos los reyes, son ventajas muy considerables que militan en favor de la autoridad real, y la hacen casi ilimitada. Estas mismas ventajas son, por consiguiente, las que deben confirmar la necesidad de atribuir a un magistrado republicano, una suma mayor de autoridad que la que posee un príncipe constitucional.

Un magistrado republicano es un individuo aislado en medio de una sociedad; encargado de contener el ímpetu del pueblo hacia la licencia, la propensión de los jueces y administradores hacia el abuso de las leyes. Está sujeto inmediatamente al Cuerpo Legislativo, al Senado, al pueblo: es un hombre solo resistiendo el ataque

combinado de las opiniones, de los intereses, y de las pasiones del estado social, que como dice Carnot, no hace más que luchar continuamente entre el deseo de dominar, y el deseo de sustraerse a la dominación. Es en fin un atleta lanzado contra otra multitud de atletas.

Sólo puede servir de correctivo a esta debilidad, el vigor bien cimentado y más bien proporcionado a la resistencia que necesariamente le oponen al Poder Ejecutivo, el Legislativo, el Judiciario, y el pueblo de una república. Si no se ponen al alcance del Ejecutivo todos los medios que una justa atribución le señala, cae inevitablemente en la nulidad o en su propio abuso; quiero decir, en la muerte del gobierno, cuyos herederos son la anarquía, la usurpación y la tiranía. Se quiere contener la Autoridad Ejecutiva con restricciones y trabas; nada es más justo; pero que se advierta que los lazos que se pretenden conservar se fortifican, sí, mas no se estrechan.

Que se fortifique, pues, todo el sistema del gobierno, y que el equilibrio se establezca de modo que no se pierda, y de modo que no sea su propia delicadeza, una causa de decadencia. Por lo mismo que ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez; y sus instituciones consultarse para la estabilidad. Si no es así, contemos con que se establece un ensayo de gobierno, y no un sistema permanente: contemos con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica y no con un establecimiento social, donde tengan su imperio la felicidad, la paz y la justicia.

No seamos presuntuosos, legisladores; seamos moderados en nuestras pretensiones. No es probable conseguir lo que no ha logrado el género humano: lo que no han alcanzado las más grandes y sabias naciones. La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas. Echad una mirada sobre las repúblicas antiguas, sobre las repúblicas modernas, sobre las repúblicas nacientes; casi todas han pretendido establecerse absolutamente democráticas, y a casi todas se les han frustrado sus justas aspiraciones. Son laudables ciertamente hombres que anhelan por instituciones legítimas y por una perfección social; pero ¿quién ha dicho a los hombres que ya poseen toda la sabiduría, que ya practican toda la virtud, que exigen imperiosamente la liga del poder con la justicia? ¡Ángeles, no hombres, pueden únicamente existir libres, tranquilos, y dichosos, ejerciendo todos la Potestad Soberana!

Ya disfruta el pueblo de Venezuela de los derechos que legítima y fácilmente puede gozar; moderemos ahora el ímpetu de las pre-

tensiones excesivas que quizás le suscitaría la forma de un gobierno incompetente para él. Abandonemos las formas federales que no nos convienen; abandonemos el triunvirato del Poder Ejecutivo; y concentrándolo en un presidente, confiémosle la autoridad suficiente para que logre mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación, al estado de guerra que sufrimos, y a la especie de los enemigos externos y domésticos, contra quienes tendremos largo tiempo que combatir. Que el Poder Legislativo se desprenda de las atribuciones que corresponden al Ejecutivo; y adquiera no obstante nueva consistencia, nueva influencia en el equilibrio de las autoridades. Que los tribunales sean reforzados por la estabilidad, y la independencia de los jueces; por el establecimiento de jurados; de códigos civiles y criminales que no sean dictados por la antigüedad, ni por reyes conquistadores, sino por la voz de la naturaleza, por el grito de la justicia, y por el genio de la sabiduría.

Mi deseo es que todas las partes del gobierno y administración, adquieran el grado de vigor que únicamente puede mantener el equilibrio, no sólo entre los miembros que componen el gobierno, sino entre las diferentes fracciones de que se compone nuestra sociedad. Nada importaría que los resortes de un sistema político se relajasen por su debilidad si esta relajación no arrastrase consigo la disolución del cuerpo social, y la ruina de los asociados. Los gritos del género humano en los campos de batalla o en los campos tumultuarios claman al cielo contra los inconsiderados y ciegos legisladores, que han pensado que se pueden hacer impunemente ensayos de quiméricas instituciones. Todos los pueblos del mundo han pretendido la libertad; los unos por las armas, los otros por las leyes, pasando alternativamente de la anarquía al despotismo o del despotismo a la anarquía; muy pocos son los que se han contentado con pretensiones moderadas, constituyéndose de un modo conforme a sus medios, a su espíritu, y a sus circunstancias.

No aspiremos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada. Hagamos que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben: que la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala: que una Legislación civil y criminal, análoga a nuestra actual Constitución domine imperiosamente sobre el Poder Judiciario, y entonces habrá un equilibrio, y no habrá el choque que embaraza la marcha del estado, y no habrá esa complicación que traba, en vez de ligar la sociedad.

Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos cardinales, moderar la voluntad general, y limitar la autoridad pública: los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son de una difícil asignación; pero se puede concebir que la regla que debe dirigirlos, es la restricción, y la concentración recíproca a fin de que haya la menor frotación posible entre la voluntad y el poder legítimo. Esta ciencia se adquiere insensiblemente por la práctica y por el estudio. El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces.

El amor a la patria, el amor a las leyes, el amor a los magistrados, son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano. Los venezolanos aman la patria, pero no aman sus leyes; porque éstas han sido nocivas, y eran la fuente del mal: tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inicuos, y los nuevos apenas son conocidos en la carrera en que han entrado. Si no hay un respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo; es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo.

Para sacar de este caos nuestra naciente república, todas nuestras facultades morales no serán bastantes, si no fundimos la masa del pueblo en un todo: la composición del gobierno en un todo; la Legislación en un todo y el espíritu nacional en un todo. Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla; nuestra Constitución ha dividido los poderes, enlacémoslos para unirlos; nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos; que este edificio monstruoso se derribe, caiga y apartando hasta sus ruinas, elevemos un templo a la justicia; y bajo los auspicios de su santa inspiración, dictemos un código de leyes venezolanas. Si queremos consultar monumentos y modelos de legislación, la Gran Bretaña, la Francia, la América septentrional los ofrecen admirables.

La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una república, moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales

una fuente de virtud, demos a nuestra república una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la república; que acuse la ingratitud, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos; debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público. La jurisdicción de este tribunal verdaderamente santo, deberá ser efectiva con respecto a la educación y a la instrucción, y de opinión solamente en las penas y castigos. Pero sus anales, o registros donde se consignen sus actas y deliberaciones, los principios morales y las acciones de los ciudadanos, serán los libros de la virtud y del vicio. Libros que consultará el pueblo para sus elecciones, los magistrados para sus resoluciones, y los jueces para sus juicios. Una institución semejante por más que parezca quimérica, es infinitamente más realizable que otras que algunos legisladores antiguos y modernos han establecido con menos utilidad del género humano.

¡Legisladores! Por el proyecto de Constitución que reverentemente someto a vuestra sabiduría, observaréis el espíritu que lo ha dictado. Al proponeros la división de los ciudadanos en activos y pasivos, he pretendido excitar la prosperidad nacional por las dos más grandes palancas de la industria, el trabajo y el saber. Estimulando estos dos poderosos resortes de la sociedad, se alcanza lo más difícil entre los hombres, hacerlos honrados y felices. Poniendo restricciones justas y prudentes en las asambleas primarias y electorales, ponemos el primer dique a la licencia popular, evitando la concurrencia tumultuaria y ciega que en todos tiempos ha imprimido el desacierto en las elecciones y ha ligado por consiguiente, el desacierto a los magistrados y a la marcha del gobierno; pues este acto primordial, es el acto generativo de la libertad, o de la esclavitud de un pueblo.

Aumentando en la balanza de los poderes el peso del Congreso por el número de los legisladores, y por la naturaleza del Senado, he procurado darle una base fija a este primer cuerpo de la nación, y revestirlo de una consideración importantísima para el éxito de sus funciones soberanas.

Separando con límites bien señalados la Jurisdicción Ejecutiva de la Jurisdicción Legislativa, no me he propuesto dividir sino

enlazar con los vínculos de la armonía que nace de la independencia, estas potestades supremas cuyo choque prolongado jamás ha dejado de aterrar a uno de los contendientes. Cuando deseo atribuir al ejecutivo una suma de facultades superior a la que antes gozaba, no he deseado autorizar un déspota para que tiranice la república, sino impedir que el despotismo deliberante no sea la causa inmediata de un círculo de vicisitudes despóticas en que alternativamente la anarquía sea reemplazada por la oligarquía, y por la monocracia. Al pedir la estabilidad de los jueces, la creación de jurados y un nuevo código, he pedido al Congreso la garantía de la libertad civil, la más preciosa, la más justa, la más necesaria; en una palabra, la única libertad, pues que sin ella las demás son nulas. He pedido la corrección de los más lamentables abusos que sufre nuestra Judicatura, por su origen vicioso de ese piélago de Legislación española que semejante al tiempo recoge de todas las edades y de todos los hombres, así las obras de la demencia como las del talento, así las producciones sensatas como las extravagantes, así los monumentos del ingenio como los del capricho. Esta enciclopedia judiciaria, monstruo de diez mil cabezas que hasta ahora ha sido el azote de los pueblos españoles, es el suplicio más refinado que la cólera del cielo ha permitido descargar sobre este desdichado imperio.

Meditando sobre el modo efectivo de regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía y la guerra nos han dado, me he sentido la audacia de inventar un Poder Moral, sacado del fondo de la oscura antigüedad, y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron algún tiempo, la virtud entre los griegos y romanos. Bien puede ser tenido por un cándido delirio mas no es imposible, y no me lisonjeo que no desdeñaréis enteramente un pensamiento que mejorado por la experiencia y las luces, puede llegar a ser muy eficaz.

Horrorizado de la divergencia que ha reinado y debe reinar entre nosotros por el espíritu sutil que caracteriza al Gobierno Federativo, he sido arrastrado a rogaros para que adoptéis el centralismo y la reunión de todos los estados de Venezuela en una república sola, e indivisible. Esta medida, en mi opinión, urgente, vital, redentora, es de tal naturaleza, que sin ella, el fruto de nuestra regeneración será la muerte.

Mi deber es, legisladores, presentaros un cuadro prolijo y fiel de mi administración política, civil y militar, mas sería cansar demasiado vuestra importante atención y privaros en este momento de un tiempo tan precioso como urgente. En consecuencia, los secretarios de Estado darán cuenta al Congreso de sus diferentes departamentos exhibiendo al mismo tiempo los documentos y archivos

que servirán de ilustración para tomar un exacto conocimiento del estado real y positivo de la república.

Yo no hos hablaría de los actos más notables de mi mando, si éstos no incumbiesen a la mayoría de los venezolanos. Se trata, Señor, de las resoluciones más importantes dé este último período.

La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la humanidad, y luego la redención disipó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos, y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de libertad. Sí, los que antes eran esclavos, ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de una patria. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida, es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los Helotas, de Espartaco y de Haité; cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre, y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas, y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida, y la vida de la república.

Representaros la historia militar de Venezuela sería recordaros la historia del heroísmo republicano entre los antiguos; sería deciros que Venezuela ha entrado en el gran cuadro de los sacrificios hechos sobre el altar de la libertad. Nada ha podido llenar los nobles pechos de nuestros generosos guerreros, sino los honores sublimes, que se tributan a los bienhechores del género humano. No combatiendo por el poder, ni por la fortuna, ni aun por la gloria, sino tan sólo por la libertad, títulos de libertadores de la república, son sus dignos galardones. Yo, pues, fundando una sociedad sagrada con estos ínclitos varones he instituido el orden de los libertadores de Venezuela. ¡Legisladores!, a vosotros pertenecen las facultades de conceder honores y decoraciones, vuestro es el deber de ejercer este acto augusto de gratitud nacional.

Hombres que se han desprendido de todos los goces, de todos los bienes que antes poseían, como el producto de su virtud y talentos; hombres que han experimentado cuanto es cruel en una guerra horrorosa, padeciendo las privaciones más dolorosas, y los tormentos más acerbos; hombres tan beneméritos de la patria, han debido llamar la atención del gobierno. En consecuencia he mandado recompensarlos con los bienes de la nación. Si he contraído para con el pueblo alguna especie de mérito, pido a sus representantes

oigan mi súplica como el premio de mis débiles servicios. Que el Congreso ordene la distribución de los Bienes Nacionales, conforme a la ley que a nombre de la república he decretado a beneficio de los militares venezolanos.

Ya que por infinitos triunfos hemos logrado anonadar las huestes españolas, desesperada la corte de Madrid ha pretendido sorprender vanamente la conciencia de los magnánimos soberanos que acaban de extirpar la usurpación y la tiranía en Europa, y deben ser los protectores de la legitimidad, y de la justicia de la causa americana. Incapaz de alcanzar con sus armas nuestra sumisión, recurre la España a su política insidiosa: no pudiendo vencernos, ha querido emplear sus artes suspicaces. Fernando se ha humillado hasta confesar que ha menester de la protección extranjera para retornarnos a su ignominioso yugo ¡a un yugo que todo poder es nulo para imponerlo! Convencida Venezuela de poseer las fuerzas suficientes para repeler a sus opresores, ha pronunciado por el órgano del gobierno, su última voluntad de combatir hasta expirar, por defender su vida política, no sólo contra la España, sino contra todos los hombres, si todos los hombres se hubiesen degradado tanto que abrazasen la defensa de un gobierno devorador, cuyos únicos móviles son una España exterminadora, y las llamas de la Inquisición. Un gobierno que ya no quiere dominios, sino desiertos, ciudades, sino ruinas, vasallos sino tumbas. La declaración de la república de Venezuela es el acta más gloriosa, más heroica, más digna de un pueblo libre; es la que con mayor satisfacción tengo el honor de ofrecer al Congreso ya sancionada por la expresión unánime del pueblo de Venezuela.

Desde la segunda época de la república nuestro ejército carecía de elementos militares: siempre ha estado desarmado: siempre le han faltado municiones: siempre ha estado mal equipado. Ahora los soldados defensores de la independencia no solamente están armados de la justicia, sino también de la fuerza. Nuestras tropas pueden medirse con las más selectas de Europa, ya que no hay desigualdad en los medios destructores. Tan grandes ventajas las debemos a la liberalidad sin límites de algunos generosos extranjeros que han visto gemir la humanidad y sucumbir la causa de la razón, y no la han visto tranquilos espectadores, sino que han volado con sus protectores auxilios, y han prestado a la república cuanto ella necesitaba para hacer triunfar sus principios filantrópicos. Estos amigos de la humanidad son los genios custodios de la América, y a ellos somos deudores de un eterno reconocimiento, como igualmente de un cumplimiento religioso a las sagradas obligaciones que con ellos hemos contraído. La deuda nacional, legisladores, es el depósito

de la fe, del honor, y de la gratitud de Venezuela. Respetadla como el Arca Santa, que encierra no tanto los derechos de nuestros bienhechores, cuanto la gloria de nuestra fidelidad. Perezcamos primero que quebrantar un empeño que ha salvado la patria, y la vida de sus hijos.

La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande estado, ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado, y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana: ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad empuñando el cetro de la Justicia; coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.

Dignaos, legisladores, acoger con indulgencia la profesión de mi conciencia política, los últimos votos de mi corazón y los ruegos fervorosos que a nombre del pueblo me atrevo a dirigiros. Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad.

Señor, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías.

Simón Bolívar

APÉNDICE IX

Al Excmo. señor Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín Pueyrredon

Excmo. señor:

Tengo el honor de contestar el despacho que con fecha de 19 de noviembre de 1816, se ha servido V.E. dirigirme, y cuyo retardo, aunque harto sensible, no ha podido disminuir el inexplicable júbilo de mi corazón, al ver iniciadas las relaciones, que mucho tiempo ha deseábamos establecer. V.E., salvando los inconvenientes que la distancia, la incomunicación y la falta de vías directas presentaban, ha adelantado un paso que da una nueva vida a ambos gobiernos haciéndonos conocer recíprocamente.

V.E. hace a mi patria el honor de contemplarla como un monumento solitario que recordará a la América el precio de la libertad, y renovará la memoria de un pueblo magnánimo e incorruptible. Sin duda Venezuela, consagrada toda a la santa libertad, ha considerado sus sacrificios como triunfos. Sus torrentes de sangre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones del hombre, y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en las aras de la patria.

Nada es comparable a la bondad con que V.E. me colma de elogios inmerecidos. Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera a que mi patria me guía. No he sido más que un débil instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos. Yo tributo a V.E. las gracias más expresivas por la honra que mi patria y yo hemos recibido de V.E. y del pueblo independiente de la América del sur: de ese pueblo que es la gloria del hemisferio de Colón, el sepulcro de los tiranos y conquistadores, y el baluarte de la independencia americana. Acepte V.E. los votos de admiración que me apresuro a tributar a las virtudes cívicas, a los talentos políticos y a los timbres militares del pueblo de Buenos Aires y su ilustre director.

La proclama que V.E. se ha dignado dirigirnos es una brillante prueba de los sentimientos fraternales y altamente generosos de nuestros hermanos del sur. Con la mayor satisfacción retorno a V.E. la respuesta cordial que por mi órgano han querido transmitir mis conciudadanos a los hijos del Río de la Plata. En ella sólo deben apreciarse los sentimientos de tierna solicitud que animan a todos los venezolanos hacia sus dignos compatriotas meridionales.

V.E. debe asegurar a sus nobles conciudadanos, que no solamente serán tratados y recibidos aquí como miembros de una república amiga, sino como miembros de nuestra sociedad venezolana. Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad.

Excmo. señor: Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, y la madre de las repúblicas. Yo espero que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente á la perfección del edificio político á que hemos dado principios desde el primer día de nuestra regeneración.

Dios guarde a V.E. muchos años.—Excmo., señor.

Angostura, 12 de junio de 1818.—8º

Bolívar

Pedro B. Méndez, Secretario.

APÉNDICE X

Simón Bolívar, Jefe Supremo de la República de Venezuela, &, &, &.

Habitantes del Río de la Plata!

Vuestros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros la gloriosa carrera que desde el 19 de abril de 1810 ha hecho recobrar á la América la existencia política de que la habían privado los tiranos de España. Venezuela ha visto con gozo y admiración vuestra sabia reforma, vuestra gloria militar y vuestra felicidad pública. Ella no ha podido lisonjearse de haberos igualado en fortuna; pero sí en los principios y en el objeto. En todo hemos sido iguales. Sólo la fatalidad, anexa a Venezuela, la ha hecho sucumbir dos veces y su tercer período se disputa con un encarnizamiento de que únicamente nuestra historia suministra ejemplo. Ocho años de combates, de sacrificios y de ruinas han dado a nuestra patria el derecho de igualarse a la vuestra, aunque infinitamente más espléndida y dichosa.

La sabiduría del Gobierno del Río de la Plata en todos los departamentos de su administración; sus transacciones políticas con las naciones extranjeras, y el poder de sus armas en el fondo del Perú y en la región de Chile, son ejemplos elocuentes que persuadirán á los pueblos de la América á seguir la noble senda del honor y la libertad. Venezuela, aunque de léjos, no os perderá de vista.

Habitantes del Río de la Plata!

La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea unidad en la América meridional.

Cuartel General de Angostura, a 12 de junio de 1818.—8º

Bolívar

APÉNDICE XI

Parte del triunfo de Boyacá.

Bogotá, 14 de agosto de 1819

Al Excmo. señor Francisco Antonio Zea,
Vicepresidente de la República.

Desde que concebí el proyecto de adelantar mis marchas á lo interior de este reino, conocí que un temor alarmante debía poner en acción todos los recursos de los mandatarios españoles. En efecto, esta idea apoyada sobre la experiencia de mis observaciones, la confirmé más cuando por los estados que se le aprehendieron al virrey D. Juan Sámano, hallé que una fuerza superior, bien organizada y puesta en disciplina, era el muro en que se intentaba que viniese a estrellarse el valiente Ejército Libertador.

Yo calculaba, sin embargo, que la imagen de tantos males con que estos pueblos habían sido y aun eran afligidos, habría preparado el espíritu de ellos para abrazar con gusto a sus heroicos defensores. Y á la verdad, apenas di mis primeros pasos de este lado de la cordillera que divide el llano de los terrenos quebrados, limítrofes con la provincia de Casanare, cuando oí resonar delante de mí las bendiciones de unos hombres que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la libertad, como un remedio a las calamidades e infortunios que les habían llevado hasta el último grado de exasperación.

Un jefe experto al frente de un ejército de cuatro á cinco mil guerreros, es lo primero que se me presenta en el campo de batalla.

El general D. José María Barreiro, encargado de su dirección; apura sus esfuerzos, mueve todos los resortes del valor, y él me ha presentado acciones que faltaban a la República para el lleno de sus glorias.

La disciplina de sus tropas, su buena organización, las ventajosas posiciones que ocupaba, y la multitud de recursos que oportunamente se había proporcionado, me hizo creer que esta empresa sólo era propia de la intrepidez y denuedo de las armas de la República.

La jornada de Boyacá, la más completa victoria que acabo de obtener, ha decidido la suerte de estos habitantes; y después de haber destruido hasta en sus elementos el ejército del rey, he volado a esta capital, por entre las multitudes de hombres que a porfía nos prodigaban las expresiones de la más tierna gratitud; y que precipitándose entre las partidas dispersas de los enemigos, no hacían caso de su propia indefensión por cooperar activamente a su absoluto exterminio, tomando las armas y haciendo un gran número de prisioneros. Los pormenores de este triunfo los hallará V.E. consignados en los impresos que remito adjuntos.

No poco se ha conmovido mi sensibilidad al llegar a esta capital de la Nueva Granada, en donde todavía se ven marcadas la depredación y la crueldad de los prosélitos de la Península.

El virrey Sámano, unido a todos los empleados, a la mayor parte de los españoles, y al resto de las fuerzas que le quedaron, salió precipitadamente fugitivo a la primera noticia que tuvo de la última victoria, y antes de mi llegada a esta capital, hice marchar algunas divisiones hacia el sur y occidente de ella, que es la ruta que han tomado, con la fundada esperanza de aprehenderlos a ellos, y a una numerosa emigración.

A pesar de la devastación general que ha sufrido este reino, la República puede contar con un millón de pesos en metálico, fuera de la cuantiosa suma que producirán las propiedades de los opresores y malcontentos fugitivos.

Yo trabajo con actividad en el arreglo de su economía interior, y las bellas disposiciones de estos pueblos, en donde apenas se cuenta un enemigo, me hacen presentir que el poder de los tiranos quedará confundido en la nada.

Reciba V.E. y toda la República mis tiernas felicitaciones, y los sinceros votos del ilustre pueblo granadino, que sólo aspira a una felicidad común con el venezolano; dignándose igualmente presentar los triunfos de las armas de mi mando al Supremo Congreso como un tributo de mi deber.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Bolívar

APÉNDICE XII

Ley fundamental de la República de Colombia

El Soberano Congreso de Venezuela, a cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada, recientemente libertados por las armas de la República,

Considerando:

1º Que reunidas en una sola República las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada tienen todas las proporciones y medios de elevarse al más alto grado de poder y prosperidad.

2º Que constituidas en Repúblicas separadas, por más estrechos que sean los lazos que las unan, bien lejos de aprovechar tantas ventajas, llegarían difícilmente a consolidar y hacer respetar su soberanía.

3º Que estas verdades, altamente penetradas por todos los hombres de talentos superiores y de un ilustrado patriotismo, habían movido los gobiernos de las dos repúblicas a convenir en su reunión, que las vicisitudes de la guerra impidieron verificar.

Por todas estas consideraciones de necesidad y de interés recíproco, y con arreglo al informe de una comisión especial de diputados de la Nueva Granada y de Venezuela, en el nombre y bajo los auspicios del Ser Supremo, ha decretado y decreta la siguiente ley fundamental de la República de Colombia:

Art. 1º Las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada, quedan desde este día reunidas en una sola, bajo el título glorioso de República de Colombia.

Art. 2º Su territorio será el que comprendían la antigua capitanía general de Venezuela, y el virreinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extensión de 115 000 leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias.

Art. 3º Las deudas que las dos Repúblicas han contraído separadamente, son reconocidas insolidum por esta ley como deuda nacional de Colombia, a cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del Estado, y se destinarán los ramos más productivos de las rentas públicas.

Art. 4º El Poder Ejecutivo de la República será ejercido por un presidente, y en su defecto por un vicepresidente, nombrados ambos interinamente por el actual Congreso.

Art. 5º La República de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá

las provincias de la Nueva Granada cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santafé.

Art. 6º Cada departamento tendrá una administración superior y un jefe, nombrado por ahora por este Congreso, con título de vicepresidente.

Art. 7º Una nueva ciudad, que llevará el nombre del Libertador Bolívar, será la capital de la República de Colombia. Su plan y situación se determinarán por el primer Congreso general, bajo el principio de proporcionarla a las necesidades de los tres departamentos, y a la grandeza a que este opulento país está destinado por la naturaleza.

Art. 8º El Congreso general de Colombia se reunirá el 1º de enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta, que por todas circunstancias se considerará el lugar más bien proporcionado. Su convocación se hará por el Presidente de la República el 1º de enero de 1820, con comunicación del reglamento para las elecciones, que será formado por una comisión especial y aprobado por el Congreso actual.

Art. 9º La Constitución de la República de Colombia será formada por un Congreso general, a quien se presentará en clase de proyecto la que ha decretado el actual, y que con las leyes dadas por él mismo, se pondrá, desde luego, por vía de ensayo, en ejecución.

Art. 10. Las armas y el pabellón de Colombia se decretarán por el Congreso general, sirviéndose entretanto de las armas y pabellón de Venezuela por ser más conocido.

Art. 11. El actual Congreso se pondrá en receso el 15 de enero de 1820, debiendo procederse a nuevas elecciones para el Congreso general de Colombia.

Art. 12. Una comisión de seis miembros y un presidente quedará en lugar del Congreso, con atribuciones especiales que se determinarán por un decreto.

Art. 13. La República de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos, con fiestas y regocijos públicos, verificándose en esta capital el 25 del corriente diciembre, en celebridad del nacimiento del Salvador del mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada reunión, por la cual se regenera el Estado.

Art. 14. El aniversario de esta regeneración política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional, en que se premiará como en las de Olimpia las virtudes y las luces.

La presente ley fundamental de la República de Colombia será promulgada solemnemente en los pueblos y en los ejércitos, inscrita en todos los registros públicos y depositada en todos los archivos de los cabildos, municipalidades y corporaciones, así eclesiásticas como seculares.

Dado en el palacio del Soberano Congreso de Venezuela en la ciudad de Santo Tomás de Angostura, a diez y siete días del mes de diciembre, del año del Señor, mil ochocientos diez y nueve, noveno de la independencia.

El presidente del Congreso,

Francisco Antonio Zea

Juan Germán Roscio, Manuel Cedeño, Juan Martínez, José España, Luis Tomás Peraza, Antonio M. Briceño, Eusebio Afanador, Francisco Conde, Diego Bautista Urbaneja, Juan Vicente Cardoso, Ignacio Muñoz, Onofre Basalo, Domingo Alzuru, José Tomás Machado, Ramón García Cádiz. El Diputado Secretario, *Diego de Vallenilla.*

Palacio del Soberano Congreso de Venezuela en Angostura, a 17 de diciembre de 1819. 9º

El Soberano Congreso decreta que la presente ley fundamental de la República de Colombia sea comunicada al Supremo Poder Ejecutivo, por medio de una diputación para publicación y cumplimiento.

El Presidente del Congreso,

Francisco Antonio Zea

El Diputado Secretario, *Diego de Vallenilla.*

Palacio del Gobierno en Angostura, a 17 de diciembre de 1819. 9º

Imprímase, publíquese, ejecútese, y autorícese con el Sello del Estado.

Simón Bolívar

Por S.E. el Presidente de la República,
El Ministro de lo Interior y de la Justicia,

Diego B. Urbaneja

APÉNDICE XIII

El Libertador da parte del triunfo de Carabobo al Presidente del Congreso

Valencia, 25 de junio de 1821

Excmo. señor Presidente del Congreso
General de Colombia.

Excmo. señor:

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la república de Colombia.

Reunidas las divisiones del ejército libertador en los campos del Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el cuartel general enemigo, situado en Carabobo, en el orden siguiente. La primera división, compuesta del bravo batallón británico, del Bravos del Apure y 1 500 caballos a las órdenes del señor general Páez. La segunda, compuesta de la segunda brigada de la Guardia, con los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el escuadrón Sagrado que manda el impertérrito coronel Aramendi, a las órdenes del señor general Cedeño. La tercera, compuesta de la primera brigada de la Guardia con los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, a las órdenes del señor coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros, que nos separaban del campo enemigo, fue rápida y ordenada. A las once de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos, atravesamos un riachuelo que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro general Páez a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo, que en media hora todo fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón británico, mandado por el benemérito coronel Farriar, pudo aun distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del general Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo ha hecho acreedor al último rango en la milicia y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de general en jefe del ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón Tiradores de la Guardia que manda el benemérito comandante Heras. Pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dio sólo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del Bravo de los Bravos de Colombia. La república ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz o guerra. Ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este general al Congreso Soberano para que le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la república por la muerte del intrepidísimo coronel Plaza, que lleno de un entusiasmo sin ejemplo se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El coronel Plaza es acreedor a las lágrimas de Colombia y a que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fue tal que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército. El boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de 6 000 hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. 400 hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.

El ejército libertador tenía igual fuerza que el enemigo; pero no más de una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos.

El coronel Rangel, que hizo como siempre prodigios, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso Soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser con la más alta consideración de V.E. atento humilde servidor.

Simón Bolívar

CRONOGRAFIA

Año	*Bolívar*	*América*	*España*	*Europa*	*Ciencias, Artes*
1783	Nace en Caracas. el 24 de julio.	La revuelta de Túpac Amaru es finalmente ahogada en sangre. Tratado de Versalles: Inglaterra reconoce la independencia de Estados Unidos.	El Conde de Aranda propone a Carlos III la creación de tres reinos americanos gobernados por infantes españoles.	Ministerio de Pitt el joven en la Gran Bretaña. En Austria, José II abole la servidumbre. Catalina II se apodera de Crimea.	Lavoisier logra analizar el agua. Ascensión en globo de Montgolfier. Primera representación de las "Bodas de Fígaro" de Beaumarchais. Kant publica sus "Prolegómenos". Nacen: Stendhal y Washington Irving. Inicio de la Expedición Botánica en la Nueva Granada.
1784			Nace en El Escorial el futuro Fernando VII.		
1785	El Presbítero Aristiguieta, tío materno, establece un mayorazgo en su favor.			El "caso del collar" sacude los fundamentos de la monarquía francesa. José II inicia su política anticlerical en el Imperio austrohúngaro.	Berthollet logra analizar el amoníaco. Zarpa la expedición de La Pérouse. Primera fábrica de textiles a vapor, en Nottingham. Mozart compone "Las Bodas de Fígaro". Nace Manzoni.
1786	Fallece en Caracas el padre de Simón, don Juan Vicente Bolívar y Ponte.	Apertura de los principales puertos de la América española al comercio libre con España.		Muerte de Federico II, de Prusia. Le sucede su sobrino, Federico Guillermo II.	Primera ascensión al Monte Blanco. Nace Arago.
1787		Creación de la Real Audiencia en Caracas. Creación de la Audiencia de Cuzco. La convención de Filadelfia		Guerra ruso-turca. Miranda le es presentado a la emperatriz Catalina II, en Crimea, y la sigue hasta San Petersburgo.	Bernardino de Saint Pierre: Paul et Virgine. Schiller: don Carlos. Mozart: Don Giovanni.

1788		Entra a regir la Constitución Federal en Estados Unidos.	Muerte de Carlos III. Le sucede su hijo, Carlos IV. El conde de Floridablanca continúa como primer ministro. Se inicia la privanza de Manuel Godoy.	Primera regencia del [illegible] Jorge IV ante la locura de su padre Jorge III de Inglaterra. La guerra ruso-turca arrastra a Austria-Hungría y a Suecia. Extensos motines en Francia: convocación de los Estados generales. Primer ministerio Necker.	[illegible] Londres. Monge: Tratado de Estadística. Nace Byron.
1789		George Washington electo primer presidente de los Estados Unidos.	Dificultades con Inglaterra sobre la colonización de América Noroccidental.	En Francia se reúnen los Estados Generales y se inicia la revolución: Toma de la Bastilla. Regreso de Necker. Abolición de los privilegios. Declaración de los Derechos del Hombre. Nacionalización de los bienes del clero. Fundación del Club de los Jacobinos.	Jassien publica sus trabajos botánicos. Lavoisier su "Tratado de Química". David pinta "Le serment du Jeu du Paume".
1790			Conflicto anglo-español sobre la bahía de Nootka (Vancouver). España reclama la ayuda de Francia: tibieza de la Asamblea Nacional. Ruptura del Pacto de Familia. España cede ante Inglaterra: tratado de El Escorial.	Inicio del movimiento contrario a la Revolución Francesa. Burke publica sus "Reflexiones". Leopoldo II accede al trono austro-húngaro. En Francia: reforma agraria y constitución civil del clero. Venta de bienes eclesiásticos.	Priestley: Trabajo sobre la composición del aire. Kant: Crítica del Juicio. Goethe: Fragmentos de Fausto. Mozart: Cosi fan tutte. Nace Lamartine.
1791		Levantamiento de los esclavos de la colonia francesa de Santo Domingo, hoy Haití. Estados Unidos aprueba las primeras diez enmiendas a la Constitución. Se reconoce la autonomía a los canadienses de origen francés.		Paz austro-turca y preliminares de paz ruso-turca. La Santa Sede condena la constitución civil del clero. Declaración de Pillmitz (Austro-prusiana) contra la Revolución Francesa. En Francia, la Constituyente termina sus labores. Fuga fracasada de Luis XVI. Decretos contra los emigrados. Supresión de las corporaciones.	Volney: Las minas. Thomas Paine: Los derechos del hombre. Mozart: La flauta encantada, Requiem. Muerte de Mozart. En Bogotá se publica el primer papel periódico. Nace Faraday.
1792	Fallece en Caracas, la madre de Simón, doña Concepción Palacios y Blanco. Simón queda bajo la tutela de su abuelo materno.		Caída de Floridablanca. Breve Ministerio de Aranda. Godoy es nombrado Primer ministro.	Ventajosa paz rusa con Turquía. Nuevo reparto de Polonia. Asesinato de Gustavo III de Suecia por los nobles. Hostilidades contra la Francia revolucionaria. "Alien Bill" en Inglaterra.	Galvani: primeros trabajos sobre la electricidad. Schiller: historia de la guerra de 30 años. Fichte: Crítica a la revolución. Rouget de L'Isle: La Marsellesa.

Año	*Bolívar*	*América*	*España*	*Europa*	*Ciencias. Artes*
				Ultimátum austriaco y declaración de guerra por Francia. Manifiesto de Brunswick. En Francia: Caída de los girondinos. La patria en peligro: masacre de septiembre. La convención proclama la república. Victorias francesas: Valmy y Jemmappes.	Nacen: Shelley, Víctor Cousin y Rossini.
1793	Simón Rodríguez, amanuense del abuelo de Simón, se ocupa de su educación. A la muerte del abuelo materno, el tío Carlos Palacios se hace cargo de la pingüe tutoría.	En Bogotá Nariño traduce "Los Derechos del Hombre" y los circula; es encarcelado. Inglaterra interviene, sin éxito, en la revuelta de los esclavos haitianos. La Convención Francesa aprueba un Decreto contra la Trata.	La Convención francesa declara la guerra a España. Alianza anglo-española. Primeras victorias españolas: asedio de Perpignan, ocupación conjunta anglo-española de Tolón.	Nuevo reparto de Polonia. La Convención francesa declara la guerra a Inglaterra. En Francia: juicio y ejecución de Luis XVI y después de María Antonieta. Sublevación de la Vendea. Defección de Dumouriez. El Comité de Salud Pública permite la dictadura de Robespierre. Asesinato de Marat. Fiesta de la Razón. Triunfo en Tolón sobre los invasores: Napoleón entra en la historia.	Decreto de la Convención protegiendo las obras de arte en Francia. Fichte: Rectificaciones a los juicios del público sobre la Revolución Francesa. Whitney inventa la máquina para desgranar algodón. Volney: Catecismo del ciudadano.
1794		Inglaterra ocupa las Antillas francesas. La Convención decreta la supresión de la esclavitud en las colonias francesas. Proceso contra Nariño: se le acusa falsamente de malversación.	Ofensiva francesa: caen Fuenterrabia y San Sebastián.	Tratado Jay: se inicia la "entente anglo-americana". Dictadura antirrevolucionaria en Inglaterra: Pitt suspende el "Habeas Corpus". Francia: ejecución de los Hebertistas —El Terror—. Reacción: caída y ejecución de Robespierre. Desaparece de hecho el Comité de Salud Pública.	Lavoisier y Andrea Chenier, guillotinados. Condorcet: Cuadro de los Progresos del Ingenio Humano. Fichte: Doctrina general de la ciencia.
1795	Tribulaciones ante los opuestos intentos de sus parientes más cercanos por manejar su herencia. Se confirma la tutoría de Carlos Palacios.		Fin de la guerra franco-española: Paz de Basilea: Godoy Príncipe de la Paz.	Tercer reparto de Polonia. Ejecución de patriotas húngaros. Gran Bretaña: sigue la dictadura antirrevolucionaria; suspensión del derecho de reunión. Reacciones monárquicas en Francia. Se adopta la Constitución del año III. Se inicia	Creación de la Escuela Central de Ingenieros por la Convención Francesa.

1796		Nariño es enviado preso a Cádiz. Estados Unidos inicia su expansión hacia el Medio Oeste.	Vuelve la Alianza Francesa: tratado de San Ildefonso. Declara la guerra a Inglaterra.	Muerte de Catalina la Grande; Pablo I, su hijo, inicia una política francófila. Bonaparte inicia la Campaña de Italia. Primeras grandes victorias.	Laplace: Sistema del mundo. Joseph de Maistre: Consideraciones sobre Francia. Bonald: Teoría del poder. Chateaubriand: Ensayo sobre las Revoluciones. Nace Corot.
1797	Recibido como cadete en el Batallón de Milicias de Blancos del Valle de Aragua.	La superioridad naval británica corta las comunicaciones con la metrópoli española. Trinidad es ocupada por los ingleses. Languidece el comercio hispanoamericano. En Caracas, conspiración de Gual y España.	Derrota de la flota española frente al Cabo de San Vicente: Nelson ingresa en la historia.	Muere Federico Guillermo de Prusia: le sucede Federico Guillermo III. Las grandes victorias de Bonaparte sobre ejércitos austriacos en Italia originan la paz de Campo Formio.	Goethe: Hermann y Dorotea. Nacen Schubert y Vigny.
1798	Recibe clases particulares en su casa: Andrés Bello imparte bellas letras y geografía; el padre Andújar (que pone una "academia"), matemáticas. Nombrado subteniente del Batallón de Milicias de Blancos de Aragua.	Plan Mirandino para la independencia hispanoamericana, bajo auspicios anglo-americanos. Muere Washington. Estado de beligerancia entre Francia y Estados Unidos.		Expedición francesa contra el cantón de Berna. El botín permite organizar la expedición de Bonaparte a Egipto. Ocupa Alejandría y derrota a los Mamelucos en la Batalla de las Pirámides. Nelson aniquila la flota francesa en Aboukir. Rebelión de Irlanda. Surge la República Romana.	Woodsworth: Baladas. Haydn: La Creación. A consecuencia de la expedición de Bonaparte nace la Egiptología. Nacen Leopardi, Augusto Comte, Delacroix, Michelet.
1799	Se embarca para España en el navío de guerra "San Ildefonso"; escalas en Veracruz (desde donde viaja brevemente a la ciudad de México) y La Habana. Llega a España por el puerto de Santoña el 31 de mayo; pasa a Madrid. Se aloja con sus tíos Pedro y Esteban Palacios; éstos caen en desgracia al terminar la privanza del venezolano Manuel Mallo. Simón reside en casa del Marqués de Ustariz.	Flotilla a cargo de Alcalá Galiano que rompe el bloqueo inglés en el Atlántico. Humboldt inicia un viaje por la América española.		En Inglaterra continúa la dictadura anti-revolucionaria. Fracaso de la expedición anglorusa contra los franceses en Holanda. Bonaparte abandona su ejército en Egipto, y ya en Francia, lleva a cabo el golpe de estado de 18 Brumario. Constitución del año VIII.	Monge: Tratado de Geometría. Beethoven: La Patética. Nacen: Pushkin, Balzac, Heine.
1800	Inicia su noviazgo con María Teresa Rodríguez del Toro.	Devolución de la Luisiana a Francia por España. Cesan las hostilidades franco-americanas.		Acta de unión entre Irlanda y el Reino Unido.	Volta inventa la pila. Mme. de Stael, "De la literatura". Cuvier inicia sus lecciones de anatomía comparada.

Año	Bolívar	América	España	Europa	Ciencias, Artes
				Inglaterra se anexa la isla de Malta, antes bajo la soberanía de los Caballeros de San Juan, orden disuelta por Bonaparte. Pío VII es electo Papa en Venecia; regresa a Roma. Los países nórdicos se unen contra Inglaterra mediante la Liga de Neutralidad. En Francia la Constitución del Consulado es apoyada por plebiscito. Bonaparte cruza los Alpes para derrotar a los austriacos en Marengo. Desastroso final de la Expedición a Egipto, tras el asesinato de Kleber.	Bichat: Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte. Nace Macaulay.
1801	Incidente en la Puerta de Toledo: la policía madrileña pretende registrar a Simón. Prisión de Esteban Palacios. Bolívar pasa a residir a Bilbao; allí conoce a Mariano y Teresa Tristán, padres de Flora.	Jefferson es electo como tercer presidente de Estados Unidos.	Tratado de Aranjuez, que funda el reino de Etruria en favor de la familia real, en tanto España se compromete a secundar a Francia en su empresa contra Portugal. Guerra "de las naranjas" y festinada paz que otorga Godoy a Portugal.	Asesinato de Pablo I de Rusia: le sucede su hijo Alejandro I. Nelson destruye la flota danesa frente a Copenhague. La Liga de Neutralidad queda disuelta. Renuncia de Pitt, Inglaterra ocupa a Egipto. Bonaparte firma el concordato. Tratado de Luneville.	Chateaubriand: Atala. Schiller: La doncella de Orleáns. Lord Elgin trae a Londres los mármoles del Partenón.
1802	Primera visita a Francia: París y las ceremonias de la paz en Amiens. Contrae matrimonio con María Teresa Rodríguez del Toro. Los recién casados se instalan en Caracas.	A consecuencia del Tratado de Amiens, España pierde Trinidad. Bonaparte envía la expedición del general Leclerc a Haití: se somete Toussaint Louberture, quien es preso y enviado a Francia. Los franceses procuran restablecer la esclavitud: Dessalines, Christophe y Petion encabezan la resistencia.	Breve período de paz y de libertad de comercio con las colonias.	Alejandro I es proclamado protector de los principados rumanos. Creación de la república italiana bajo Bonaparte. Fulgores del consulado bajo la paz de Amiens. Amnistía a los emigrados. Se instituye la Legión de Ho-	Chateaubriand: Genio del cristianismo. Fóscolo: Últimas cartas de Jacobo Ortiz. Gérard: Retrato de Madame Recamier. Nace Víctor Hugo.

1803	Muere en Caracas María Teresa Toro de Bolívar (enero) Regreso de Simón a Europa: en diciembre desembarca en Cádiz.	Capitulación de los franceses en Haití. Napoleón abandona sus proyectos americanos: venta de la Luisiana a Estados Unidos. Inglaterra ocupa las pequeñas Antillas. Rusia sigue su expansión hacia el este: ocupa Alaska. Muere en su prisión en Francia Toussaint Louverture. Dessalines establece el primer gobierno negro en Haití.	Aliada a Francia. España soslaya sus obligaciones militares mediante fuertes contrapartidas pecuniarias.	Rusia anexa Georgia. Rompimiento de la paz entre Inglaterra y Francia: se reinician las guerras de la revolución y del Imperio. Medidas de Bonaparte contra el comercio inglés. Prepara el ejército de invasión.	Jean Batista Say: Tratado de Economía Política. Savigny: El derecho de propiedad. Nacen Berlioz, Merimée, Edgar Quinet.
1804	Tras breve estancia en Madrid, fija su residencia en París; vida fastuosa y mundana, alternada con los serios estudios del americanista. Conoce a Humboldt y a Bompland. Amores con Fanny Dervieu du Villars. Reencuentro con Simón Rodríguez.	Se reimpone a Hispanoamérica el aislamiento producto de la superioridad naval británica.	Inglaterra ejerce actos de agresión que obligan a España a declararle la guerra.	Insurrección servia contra los turcos. Alianza austro-rusa y anglosueca contra Napoleón. Guerra de la Tercera Coalición. Napoleón hace asesinar al duque d'Enghien y se proclama emperador. Es coronado por Pío VII en Notre Dame (diciembre).	Fourier: Armonía universal. Schiller: Guillermo Tell. Beethoven: Sinfonía Heroica.
1805	Violenta oposición al Emperador. Larga visita a Italia, en Roma (15-VIII), jura libertar a la América española.	Dessalines se proclama emperador de Haití.	La marina española desaparece de entre las grandes bajo el impacto de Trafalgar.	Napoleón se proclama rey de Italia, se anexa Génova y destrona a los Borbones de Nápoles. La "Grande Armée" marcha hacia el norte: Ulm y Austerlitz. Tratado de Presburgo. Nelson alcanza la insigne victoria de Trafalgar sobre las flotas combinadas de España y Francia.	Invención de la máquina tejedora Jacquard, Chateaubriand: René. Walter Scott: The day of the last Minstrel. Nace Tocqueville.
1806	Regreso a París. Ingreso a la Masonería. Cambio de vida: modesta y estudiosa. Viaja hasta Hamburgo para embarcarse para Charleston, Va. en octubre.	Orfandad de la América española después de Trafalgar. Intentos británicos de sustituir a España: Expedición de Miranda contra Venezuela y de Popham contra Buenos Aires. Ambos fracasan. Los EUA principian una guerra comercial contra la Gran Bretaña. Ocupación de Surinam por Inglaterra.	Satisfacción por las victorias contra los ingleses en América: Santiago de Liniers es nombrado Virrey de Buenos Aires.	Muerte de Pitt: sucédele el gabinete Granville-Fox. Guerra ruso-turca: los servios ocupan Belgrado. Napoleón ocupa Varsovia; liquida al Sacro Imperio romano-germánico; forma la Confederación germánica. Cuarta Coalición: Iena, y Anerstaedt; toma de Berlín. Los Bonaparte ocupan los tronos de Nápoles y Holanda	Hegel: Fenomenología del espíritu. Se erige la columna de la plaza Vendome en París. Beethoven: Concierto para violín (op. 61). Napoleón crea la Universidad Imperial. Termínase la ruta transalpina del Monte Cenis. Nace Stuart Mill.

Año	Bolívar	América	España	Europa	[illegible]
1807	Desembarca en Charleston, Carolina. Viaja por Estados Unidos. Llega a Caracas (junio). Sufre el ostracismo por parte de la sociedad colonial.	Segunda expedición inglesa contra Río de la Plata: toma de Montevideo, fracaso ante Buenos Aires, y capitulación de las tropas británicas. Ocupación de las Antillas Holandesas por Inglaterra. La familia de los Braganza con toda la corte portuguesa, se instala en Rio de Janeiro. Jefferson decreta la neutralidad activa prohibiendo a los buques norteamericanos tocar puertos beligerantes.	Guerra franco-portuguesa: con el apoyo español, Napoleón invade Portugal. Junot ocupa Lisboa. Adhesión de España al bloqueo continental. Fatales veleidades de Godoy con Napoleón.	Batallas de Eylau y Friedland. Rusia acepta la paz napoleónica. Tratado de Tilsitt. Créase el Gran Ducado de Varsovia. Nuevo trono para un Bonaparte en Westphalia. La flota inglesa bombardea Copenhague y realiza la alianza franco-danesa. En Inglaterra toma el gobierno el gabinete Portland. Supresión por Inglaterra de la Trata.	Gay-Lussac: estudios sobre la mediación de los gases. Mme. de Staél: Corinne. Fichte: Discurso a la nación alemana. Fulton: Inicia el servicio regular de buques de vapor en el Hudson Gros: Batalla de Eylau. Chateaubriand se exilia de la Francia napoleónica.
1808	En la Capitanía General de Caracas se devela la supuesta conspiración de Matos: los Bolívar son exiliados a sus haciendas.	Estados Unidos apoya la prohibición de la Trata. Un sacudimiento profundo recorre a toda la América española ante los acontecimientos en la Península. Los primeros intentos de autonomía son ferozmente reprimidos por la administración colonial: nuevos mártires de la independencia.	Motín de Aranjuez: caída de Godoy y abdicación de Carlos IV, Fernando VII asume el trono. Intervención de Napoleón, cuyas tropas en tanto aliados ocupan ya buen número de ciudades y plazas fuertes. Las renuncias de Bayona y la imposición de José Bonaparte como Rey de España e Indias. Levantamiento del pueblo de Madrid e insurrección de España contra los Bonaparte. Dupont y su ejército capitulan en Bailén y José abandona España hasta el Ebro. Apoyo británico a las Juntas Españolas que se unifican bajo una Junta Central que es reconocida en toda América española. Napoleón conduce personalmente al "Gran Ejército" y pulveriza las defensas españolas; en diciembre ocupa Madrid y reimpone a José en el trono.	Rusia ocupa Finlandia. Servia virtualmente independiente de Turquía. Se funda en Prusia la Liga de la Virtud para luchar contra Napoleón. Ante la adversa situación en España, Napoleón celebra un nuevo acuerdo con Alejandro I en Erfut. Napoleón rompe con la Santa Sede: ocupación de Roma. Los franceses son expulsados de Portugal por los británicos.	Beethoven: Sinfonía Pastoral. Constable: Institución de la Eucaristía. Humboldt: Ensayo político sobre la Nueva España. Goya: El 2 y el 3 de mayo. Nacen: Gerard de Nerval, Daumier, Barbey d'Aurevile. Muere: José Celestino Mutis. Reorganización de la Universidad Imperial Francesa.
1809		Madison, presidente de Estados Unidos. Fórmase la primera Junta Revolucionaria en Chuquisaca; otra en Quito. En la Nueva Granada, Camilo Torres redacta el "Memorial de Agravios".	El ejército inglés que comanda Moore, desvía hacia La Coruña, la ofensiva napoleónica. Soult, después de derrotarlo, avanza hasta Oporto, para verse a su vez expulsado de Portugal por Wellington.	Quinta coalición contra Napoleón: Victorias de Eckmull y Wagram. Tratado de Schoembrun. Divorcio de Napoleón. El Papa, prisionero en Fontainebleau.	Chateaubriand: Los mártires. Goethe: Afinidades electivas. Goya: La romería de San Isidro. Nacen: Poe, Gogol, Mendelssohn, Darwin, Courbet, Proudhon.

			Toma de Zaragoza por los franceses. El avance de José hacia el sur es detenido por el ejército anglo-español en Talavera de la Reina. Los españoles pretenden tomar la ofensiva y son derrotados en Ocaña.		
1810	No participa en el movimiento del 19 de abril. Con el grado de coronel, es enviado a Londres como representante de la Junta, acompañado de Andrés Bello y de López Méndez. Negociaciones infructuosas con el Marqués de Wellesley sobre reconocimiento y ayuda a la Junta de Caracas. En contra de sus instrucciones invita a Miranda a regresar a Venezuela. Al finalizar el año se reintegra a Venezuela.	Levantamiento general de la América española, sin precisar todavía la idea de independencia. 19 de abril en Caracas (Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII); 25 de mayo (Buenos Aires); 20 de julio, Junta de Santa Fe de Bogotá; 15 de septiembre: grito de Dolores, que da el cura Hidalgo y que inicia la revolución de independencia en la Nueva España; creación en Chile de una Junta de Gobierno. Madison restablece la libertad de comercio con Francia, incurriendo en la hostilidad británica.	Tras la derrota de Ocaña, José ocupa las Andalucías; sólo Cádiz resiste al francés. Cae la Junta Central; se convocan las Cortes del Reino, aunque toda resistencia parece acabada.	Napoleón procura consolidar su dinastía con el matrimonio austriaco. Bernadotte es elegido príncipe heredero de Suecia. Holanda anexada al imperio francés. Alejandro se aleja de la alianza francesa.	Gérard inventa una máquina para hilar lino. Napoleón ordena destruir el manuscrito de Mme. Staél sobre Alemania. Joseph de Maistre: Ensayo sobre el principio de las constituciones políticas. Beethoven: Egmont. Nacen: Chopin, Schumann, Musset. Fundación de las fábricas de Krupp en Essen.
1811	Como miembro de la Sociedad Patriótica contribuye a la Declaración de Independencia de Venezuela. Toma parte en las campañas contra los realistas, bajo el mando de Miranda; participa en la toma de Valencia.	Distanciamiento de Estados Unidos con Inglaterra por la imposición del bloqueo. Primeros movimientos revolucionarios en Guatemala. Carrera establece una dictadura republicana en Chile. Independencia del Paraguay. Cartagena de Indias se proclama república independiente. Prisión y muerte del cura Hidalgo en México. En Venezuela, el Congreso decreta finalmente la independencia, que se proclama el 5 de julio. Por toda América se fortalece la reacción española, a la que contribuyen varias expediciones de la Metrópoli.	Tras su triunfo sobre los austriacos, Napoleón pone el "Gran Ejército" a las órdenes de Massena y le ordena expulsar a los ingleses de Portugal. Massena fracasa, y frente a la línea de Torres Vedrás decide retirarse: principia el ocaso del imperio napoleónico. Las Cortes de Cádiz inician una revolución liberal en contra de la Monarquía Borbónica.	Nacimiento del rey de Roma. Se proclama la Regencia del Príncipe de Gales (futuro Jorge IV) en Inglaterra. Distanciamiento de Francia con Rusia por el bloqueo continental.	Schlegel: Ensayo sobre la Historia Moderna. Nariño en Bogotá funda el periódico "La Bagatela", modelo de diario político. Nacen: Theophile Gautier, Franz Liszt.

Año	Bolívar	América	España	Europa	Cultura
1812	Ante el terremoto del 26 de marzo que arrasa a la República de Venezuela, es Bolívar el único vidente que se eleva sobre el desastre. Recibe de Miranda la comandancia de Puerto Cabello. No logra impedir la traición y entrega del puerto a los monarquistas, precipitando la caída de Miranda. Después del armisticio, procura infructuosamente, y mediante un golpe de estado, reiniciar la lucha. Miranda cae en manos del español y Bolívar se exilia. Tras una escala en Curazao, llega a Cartagena; publica su "Manifiesto", su primer gran documento político. Es nombrado por el gobierno de Cartagena al secundario puesto de comandante en el pueblo de Barranca.	Guerra anglo-americana: nace una nueva potencia naval. Victorias de Belgrano en Tucumán y Solta. Campañas victoriosas de Morelos en el sur-oeste de México. Lucha civil entre federalistas y centralistas en Nueva Granada: Nariño y Camilo Torres, las personalidades más relevantes. En Venezuela se generaliza la lucha entre partidarios de la Metrópoli y los independientes: un gran terremoto, desfavorable por la fecha y por sus efectos para la República, siembra el desconcierto. Miranda, electo generalísimo, es proclamado dictador. No impide las victorias del español Monteverde. Capitulación de Miranda y fin de la primera República de Venezuela.	Las Cortes de Cádiz aprueban la constitución liberal española. Wellington inicia su ofensiva en España: batalla de los Arapiles y liberación de Madrid; los franceses inician la evacuación de Andalucía y de Castilla.	Gabinete Liverpool en Inglaterra: Castlereagh, Ministro de Relaciones. Napoleón anula el Concordato; declara la guerra a Rusia; invasión de ésta por el "Gran Ejército". Toma e incendio de Moscú. Fatal retirada de Napoleón: desaparece el "Gran Ejército". Convenio de neutralidad ruso-prusiano.	Cuvier: Trabajos sobre los fósiles. Byron: Childe Harold. Bentham: Catecismo en favor de la reforma parlamentaria. Grimm: cuentos infantiles. Nacen: Charles Dickens, Robert Browning.
1813	Desde Barranca, limpia de realistas el Magdalena. Nombrado Brigadier por el Congreso Granadino. Camilo Torres y Nariño lo secundan para fortalecer su ejército. Inicia su "campaña admirable". Proclamado Libertador en Mérida. En Trujillo expide el "Decreto de guerra a muerte". Tras una serie de brillantes victorias (Cúcuta, Niquitao, Taguanes) entra victorioso en Caracas (6-VIII).	De la Nueva Granada parte un ejército que comanda Bolívar, que derrota a Monteverde y establece la Segunda República de Venezuela. Por el oriente, Mariño encabeza la reacción patriota, derrotando a Monteverde frente a Maturin y es proclamado libertador. En Nueva Granada sigue la lucha entre federalistas y centralistas. Morelos procura consolidar la independencia reuniendo el Congreso de Chilpancingo. Fracasa la invasión bonaerense en el Alto Perú; constitución de las Provincias Unidas de Río de la Plata.	La batalla de Vitoria convierte en desastre la invasión napoleónica, y permite la invasión del sur de Francia por Wellington, en la cual coadyuva un ejército español que comanda Pablo Morillo. Por el tratado de Valencey (2-XI) Napoleón reconoce a Fernando VII como soberano español.	Toda Europa se levanta contra Napoleón: Alejandro toma la ofensiva, ocupa Varsovia y recibe el apoyo prusiano; los aliados avanzan hasta Hamburgo y Dresde. La ofensiva de Wellington se extiende, y Burdeos cae en poder de los anglo-españoles. Tras infructuosas negociaciones de paz, Austria se une a la coalición antinapoleónica. El Emperador francés pierde la batalla de Leipzig (llamada de las naciones).	Jane Austen: Orgullo y prejuicio. Nacen: Kierkegaard, Claude Bernard, Wagner y Verdi.

	Los realistas se hacen fuertes en la Costa (Puerto Cabello y Coro); y si bien victorioso en varias acciones (Bárbula, Araure), es incapaz de aniquilarlos. La municipalidad de Caracas le ratifica el título de Libertador.	Paraguay se proclama independiente; se inicia el gobierno consular del Dr. Francia. Fracasa en Cuzco un levantamiento revolucionario; guerra angloamericana: toma e incendio de Washington.			
1814	Se ve obligado a luchar en dos frentes: el de la Costa, contra los españoles (1ª victoria de Carabobo) y el de Los Llanos contra las castas; triunfa en San Mateo, pero es derrotado en La Puerta. Ante el victorioso Boves se retira al oriente; es nuevamente derrotado en Aragua de Barcelona. Desconocido por Ribas y por Piar, que se proclaman los nuevos duunviros de Venezuela, publica su Manifiesto de Carúpano (7-IX). En unión de Nariño se refugia en la Nueva Granada: toma el mando de las tropas venezolanas salvadas del desastre; se justifica ante el Congreso Granadino, y acepta participar en la lucha civil que entonces divide a la Nueva Granada.	Continúa la guerra angloamericana: victoria de Perry en el lago Erie, y saqueo de Toronto. Artigas proclama la independencia de la Banda Oriental. Las disensiones entre los Carrera y O'Higgins permiten a los realistas ocupar Santiago de Chile. Se consolida el Dr. Francia como dictador de Paraguay. Morelos continúa sus campañas: promulga la Constitución de Apatzingán. Primera ley sobre libertad de los esclavos en Nueva Granada. La campaña de Mariño hacia Pasto termina en desastre: queda preso por los realistas, quienes ocupan el Valle del Cauca. Boves y sus llaneros ponen fin a la Segunda República de Venezuela. Los criollos republicanos abandonan Caracas. Boves triunfa en Oriente: Bolívar y Mariño se refugian en Cartagena. El Congreso granadino exonera a Bolívar y le pide finiquitar la guerra civil ocupando a Bogotá. Bolívar la toma por asalto, y concede una honrosa capitulación (12-XII).	Regreso de Fernando VII. Lleva a cabo un golpe de estado, proclamándose rey absoluto (4-V). Tratados con Inglaterra y Francia.	Continúa la ofensiva contra Napoleón: los aliados invaden el norte de Francia; reafirman sus propósitos políticos por medio del Tratado de Chatillon; capitula París (30-III); abdica Napoleón (6-IV). Retorno de los Borbones; Luis XVIII promulga la Carta (4-VI). Por medio del Tratado de París y de las negociaciones preliminares del Congreso de Viena; los aliados pretenden organizar una nueva Europa. Bernardotte se consolida en el trono de Suecia y arrebata Noruega a los daneses. Pío VII regresa a Roma; restablece la Compañía de Jesús.	Ampère: estudios sobre átomos y moléculas. Stephenson inventa la locomotora. Byron: El corsario. Walter Scott: Waverley. Ingres: La gran odalisca. Goya: Versiones finales del 2 y 3 de mayo. Nace Lermontov.
1815	Como capitán general de la Confederación Granadina, inicia la campaña contra Santa Marta. Los cartageneros le niegan toda colaboración.	Triunfo de los realistas en toda América: fusilamiento de Morelos, consolidación del imperio en Venezuela y en Perú.	Política absolutista: derrota de Mina, ejecución de Porlier. Una gran expedición es enviada para consolidar el imperio en América bajo el mando de Pablo Morillo.	Graves dificultades del Congreso de Viena para reorganizar la Europa antirrevolucionaria. Francia ocupa su lugar como una de las 5 grandes potencias.	Savigny. La posesión en derecho romano. Von Haller: Sobre la restauración.

Año	Bolívar	América	España	Europa	Ciencias, Artes
	Se ve involucrado en un conflicto local que le impele a emprender una desastrosa ofensiva contra Cartagena. Tiene que renunciar al mando, embarcándose para Jamaica. Mal recibido en esta isla, sufre una gran miseria. Escribe la llamada "Carta de Jamaica" (6-IX) otro de sus grandes documentos políticos. Fallido intento de asesinarlo, que fue perpetrado por su esclavo negro Pío (10-XII). Sale para Haití, adonde en Puerto Príncipe se entrevista con el Presidente Petión (31-XII).	Llega a Venezuela la Expedición Pacificadora. Morillo es bien recibido en Caracas. Parte para reducir la Nueva Granada: pone sitio a Cartagena; la toma tras largo sitio (18-VIII a 7-XII). Brasil erigido en reino. Se firma la paz entre Inglaterra y EUA y fracasa, al final de la guerra, la expedición contra Nueva Orleáns, cuya defensa dirigió Jackson.	España no logra ser reconocida como gran potencia en el Congreso de Viena. Rehúsa firmar el Acta final del Congreso. Por un protocolo secreto, las potencias aliadas le otorgan una indemnización de guerra.	Los cien días: Coalición unánime contra Napoleón. Luis XVIII huye a Bélgica. Los aliados finiquitan el Congreso de Viena, Waterloo (18-VI). Prusia e Inglaterra constituyen el nuevo eje europeo. Santa Alianza (26-IX). Tras la segunda abdicación de Napoleón (22-VI) los Borbones se consolidan en toda Europa. Segundo Tratado de París (20-XI) con terribles imposiciones sobre Francia. Ministerio Richelieu, que se apoya en Rusia. Pérdida de la frontera del Rhin para Francia.	Fresnel: Teorías sobre la óptica. Proust: Trabajos sobre los átomos. Smith: Mapa geológico de Inglaterra. Manzoni: Himnos.
1816	Con el apoyo del presidente Petión y de Luis Brion, es reconocido como jefe supremo de los insurgentes de la Costa Firme. Organiza una pequeña expedición, que lleva armas a Margarita, al oriente, y que logra introducir una fuerte columna por Ocumare, que entra en contacto con las guerrillas del llano y logra las victorias de Juncal y del Alacrán. No obstante lo anterior, se ve obligado a retornar a Haití, tras varias tribulaciones que culminan con su violenta expulsión de Corúparo provocada por Bermúdez (22-VIII). En Haití recibe el llamado de los patriotas de Margarita, y de los de la Costa Firme (que han logrado apoderarse de Barcelona) para que vuelva a capitanearlos. Al frente de una segunda expedición —igualmente pequeña que la primera— parte de Haití; el 31 de diciembre desembarca	Pueyrredón proclama la independencia argentina en Tucumán (9-VII). Principian las dificultades fronterizas entre Argentina y Brasil: ésta ocupa la banda oriental. Morillo completa la ocupación de la Nueva Granada: entra en Bogotá (6-V) e impone una política de sangrienta retribución: son ejecutados Camilo Torres y el sabio Caldas. Arizmendi se levanta contra España en la isla de Margarita; es secundado por la pequeña expedición que desde Haití lleva Bolívar, el que después se traslada a la tierra firme para apoyar la guerrilla de los llanos. Poco después, y con el mismo objeto, conduce Bolívar una segunda expedición que también parte de Haití. El doctor Francia se proclama dictador perpetuo de Paraguay.	Protesta de España por la ocupación de Montevideo por Brasil.	Se reafirma la política antiliberal en las grandes potencias. En Francia los moderados triunfan en las elecciones y apoyan la política de Richelieu. Francia sufre la ocupación de las tropas aliadas. Iníciase el Tugen Bund, movimiento universitario alemán de tendencia nacionalista.	Cuvier: El reino animal. Bronssais: Examen de la doctrina médica. Laennec inventa el estetoscopio. Benjamín Constant: Adolfo. Rossini: El Barbero de Sevilla. Grimm: Leyendas alemanas.

1817	Centra unas operaciones en Barcelona. Efectúa un ataque secundario sobre Clarines que fracasa. Recibe los auxilios de Mariño y de Bermúdez, con quienes se reconcilia. Deja a Barcelona como señuelo y logra transportar su ejército hasta Guayana, donde encuentra el que previamente había conducido Piar. Deja que éste libre la batalla de San Félix en tanto se ocupa de hacer cruzar el Orinoco a las tropas de Barcelona (27-IV). Se encarga del asedio de las plazas de Angostura y Santo Tomás. Con los auxilios navales de Brion y de los margariteños toma Angostura (17-VII). El dominio de Guayana le permite hacer una guerra regular contra Morillo. Crea el Consejo de Estado. Piar se rebela; es capturado, juzgado y fusilado (16-X).	Se acentúa la actividad independiente, que alcanza sus primeros grandes triunfos: San Martín atraviesa los Andes, obtiene la victoria de Chacabuco (12-II) y ocupa Santiago. Tras varias campañas en la costa atlántica, y tras la victoria de San Félix obtenida por Piar el 11 de abril, Bolívar libera el Orinoco, y se apoya en Guayana para continuar la lucha. En cambio, el caudillo liberal español Francisco Mina fracasa en su empeño de liberar a México; hecho preso es fusilado. Rebelión de Pernambuco en Brasil; James Monroe es electo presidente de Estados Unidos. Se confirma el convenio Rush-Bagot, que regulariza las relaciones anglo-americanas.	Los buenos oficios británicos evitan el choque con Portugal por la posesión de la Banda oriental: ambos gobiernos firman un convenio (octubre) que reconoce la soberanía española. Mediante el pago de importante compensación por parte de Inglaterra, España acepta la abolición de la Trata. Tratado de Reversión de los ducados italianos. Fracaso del pronunciamiento de Lacy en Cataluña.	Ante el conservatismo de los gobiernos (el británico aprueba los "coertion acts") ocurren las primeras reacciones: motín estudiantil en Iena, sociedades secretas en Rusia. Virtual independencia de Servia.	Lammenais: Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión. Nace José Zorrilla.
1818	Se entrevista con Páez en Cañafístolo y es reconocido como jefe supremo por el ejército llanero del Apure. Desde Guayana, conduce su ejército hasta Calabozo, donde sorprende a Morillo infligiéndole fuerte derrota. En Villa de Cura proclama nuevamente la libertad absoluta de los esclavos. Sin la caballería de Páez, quien rehúsa adelantarse hasta los valles de Aragua, presiona a Morillo, es contraatacado por éste e inicia su retirada hacia el sur.	Renovada expansión de Estados Unidos; tratado con la Gran Bretaña sobre Oregón; tratado Adams Onís, por el que España cede las Floridas (II). Tras la derrota de Cancha Rayada, San Martín aniquila las fuerzas españolas en Maipú (IV); Chile proclama su independencia, O'Higgins es director supremo. Bolívar lleva a cabo su primera gran campaña contra Morillo; tras iniciales victorias, tiene que retirarse a Guayana.	La oposición británica hace ineficaz el apoyo franco-ruso en el Congreso Aix-La-Chapelle; España fracasa en su empeño de obtener una mediación europea que apoyaría su soberanía en América. Convenios de París sobre indemnización a España por perjuicios de guerra (III y IV). Abortado pronunciamiento de Vidal en Valencia.	Desvanecida la amenaza de Napoleón, la Europa se reorganiza en el Congreso Aix-La-Chapelle (IX). Richelieu obtiene la desocupación del territorio francés y la admisión de Francia entre las grandes potencias. Es reemplazado por Desolles como primer ministro.	Shelley: La rebelde del Islam. Keats: Endymia. Geoffroy de Saint Hilaire: Filosofía Anatómica. Nacen: Karl Marx y Turguenev.

	Le presenta batalla en el Semén, donde se le escapa la victoria. Con los restos de sus fuerzas es sorprendido en Rincón de los Toros donde apenas salva la vida. A su regreso a Angostura convoca a elecciones; prepara la campaña de Boyacá, enviando a Santander a Casanare.				
1819	Inaugura en Angostura las labores del Congreso Constituyente, pronunciando el famoso discurso (II). Inicia su segunda gran campaña contra Morillo que conduce en términos de desgaste. Una vez iniciadas las lluvias, conduce a su ejército a través de los llanos inundados, se reúne al cuerpo del ejército de Santander en Casanare, y traspone los Andes cruzándolos por el Páramo de Pisba. Tras las acciones de Gámeza y Vargas, aniquila al ejército español del Nuevo Reino en Boyacá. El virrey Sámano huye y Bolívar consolida la liberación de gran parte del territorio granadino. Deja a Santander encargado del poder ejecutivo en Bogotá, y regresa a Angostura donde apaga una conspiración en su contra, recibe del Congreso el título de Libertador como propiedad de gloria, y promulga la Ley Fundamental de la República de Colombia.	Desde Chile, y con la ayuda del inglés Cochrane, quien destruye la flota española en el Pacífico, San Martín prepara la invasión de Perú. Buenos Aires inicia negociaciones en Europa para ser reconocida como monarquía independiente bajo un príncipe francés. Tras burlar a Morillo, Bolívar logra trasponer los Andes granadinos, y tras varios encuentros preliminares, obtiene la decisiva victoria de Boyacá (7-VIII). Regresa a Angostura donde obsequiando sus deseos, el Congreso proclama la República de Colombia.	Ante la neutralidad de la Europa occidental, y con el apoyo ruso, Fernando prepara una nueva e inmensa expedición pacificadora que pone bajo el mando del mariscal Calleja, antiguo virrey de la Nueva España. El ejército en medio de general malestar, es acantonado en Cádiz.	Se recrudece la represión contra la llamada agitación: en Gran Bretaña y tras la masacre de Peterloo, el Parlamento aprueba la legislación contra motines. En Austria se promulgan los decretos de Carlsbad contra la llamada agitación liberal-nacionalista; la vigencia de los Decretos se extiende a todos los estados alemanes. Se crea la Unión Aduanera Alemana (Zollverein). En Francia gobierna el Ministerio Decazes.	Primer viaje trasatlántico en navío de vapor. Gay-Lussac: estudios sobre la solubilidad de los sólidos. Laennec publica su libro sobre la auscultación. Walter Scott: Ivanhoe. Schopenhauer: El mundo como voluntad y como representación. Sismondi: Principios de la Economía Política. Ricardo: Principios sobre la Economía Política. Gericault: La balsa de la Medusa. Nacen: George Elliot, Whitman y John Ruskin.

	da, pero no logra reiniciar la ofensiva contra Morillo. El armisticio entre colombianos y españoles se firma en Trujillo (25-XI) al mismo tiempo que un tratado que regulariza la guerra. A petición de Morillo los dos jefes se entrevistan en Santa Ana. Los tratados favorecen considerablemente la causa independiente y Bolívar regresa a la Nueva Granada.	men constitucional tiene profundas repercusiones en Hispanoamérica: Se firma en Venezuela un armisticio y Morillo se retira del mando del ejército pacificador. En Perú el ejército español se pronuncia contra el virrey Pezuela, proclamando en su lugar al mariscal La Serna; Bolívar obtiene el reconocimiento "de facto" de Colombia. San Martín aprovecha la ocasión para invadir el Perú y ocupar Lima (10-VII) en tanto los españoles se retiran a la Sierra.	americana, acantonadas en Cádiz, se pronuncian. Riego convierte el pronunciamiento en rebelión y el movimiento contra el absolutismo se extiende a toda España. Fernando se ve obligado a restablecer la Constitución de Cádiz: la jura en Madrid (III.) Se reúnen las Cortes: inician profundas reformas por medio de numerosas y variadas leyes.	ma en órgano represivo: el Congreso de Troppau (a pesar de la oposición inglesa) proclama el derecho de intervención. Al morir Jorge III, y tras una larga regencia, Jorge IV accede al trono británico. El asesinato del duque de Berry provoca en Francia la caída del Ministerio Decazes. Richelieu vuelve a ser primer ministro. En Nápoles una revolución expulsa a los Borbones. En Portugal aborta un levantamiento militar en Oporto.	nica. Arago realiza la imanación por electricidad. Lamartine: Las meditaciones Shelley: Prometeo. Benthan: Ensayo sobre el radicalismo. Nacen: Engels y H. Spencer.
1821	Desde Bogotá, dirige las negociaciones de paz con España, refuerza la campaña en el Magdalena (que culmina con la ocupación de Cartagena y Santa Marta). Consolida el gobierno colombiano, nombrando vicepresidente a Nariño y reuniendo el constituyente de Cúcuta. Reasume la ofensiva contra los españoles en Venezuela: Bermúdez desde oriente ocupa Caracas, en tanto Bolívar prepara y obtiene la concluyente victoria de Carabobo (24-VI). Los restos de las fuerzas españolas se retiran a Puerto Cabello. Entrada triunfal en Caracas. El Congreso de Cúcuta lo elige Presidente por cuatro años; a Santander, vicepresidente. Prepara la campaña del sur: envía a Sucre a Guayaquil, a Pedro León Torres al Cauca. Primeras misiones diplomáticas hispanoamericanas, base del Congreso de Panamá.	Las Cortes españolas ratifican el tratado Adams-Onis: Estados Unidos queda libre para proseguir una política continental. Rusia acentúa su expansión en Alaska: busca fijar avanzadas hasta California. Brasil: don Juan VI regresa a Portugal; queda don Pedro como regente. Anexión de la Banda oriental. San Martín proclama la independencia del Perú y se declara su protector (VII). Iturbide, en México, encabeza una acción conservadora que proclama la independencia (IX). El último virrey O'Donojú, la reconoce, y firma los tratados de Córdoba, que otorgan el trono a un miembro de la familia real española. Centroamérica se une a México y se proclama también independiente. Bolívar, que apoya la independencia de Maracaibo, rompe el armisticio y conduce la victoriosa campaña que culmina con la batalla de Carabobo, que asegura la independencia de la Tierra Firme.	Nueva legislación; entre ellos ley agraria sobre baldíos y realengos. Las Cortes se apoyan en medios de presión extraconstitucionales para vencer la oposición real: se agudiza el conflicto entre ejecutivo y legislativo. Adquieren gran influencia las sociedades masónicas. Ministerio de Martínez de la Rosa.	El Congreso de Laybach confirma el carácter conservador e intervencionista de la Santa Alianza. Austria usa la fuerza en el norte de Italia para aniquilar, de acuerdo con el Papa, a los "carbonarios". La desintegración del imperio turco se acentúa: insurrecciones en Valaquia y Moldavia; los griegos inician la lucha por su independencia: sublevación de Morea. Rusia interviene en favor de los insurrectos de los Balkanes. Muerte de Napoleón en Santa Elena.	Fundación de la Sociedad de Geografía en París. Inicia su publicación el "Manchester Guardian". Hegel: Fundamentos para una filosofía del Derecho. Saint Simon: El sistema industrial. Nacen: Flaubert y Dostoievski.

Nota bibliográfica

La investigación sobre la cual se asienta la presente biografía, puede dividirse en dos partes: la referente a la historia del período, principalmente española, y la relativa a los actos y pensamientos de Bolívar.

Tuve oportunidad, para la primera, de contar con la Biblioteca Municipal de la ciudad de Nueva York, ubicada al otro lado de la calle en que se encuentra la Misión Permanente de México ante las Naciones Unidas, donde presté mis servicios muchos años. La Biblioteca neoyorquina es particularmente rica en textos y documentos que cubren la llamada por los españoles "guerra de independencia", y que debiera más bien intitularse "guerra de liberación", de 1808 a 1814. Como muestreo de los libros y documentos consultados en esa sala de lectura que don Daniel Cosío Villegas bautizara como la selva de las lámparas verdes, y para cubrir el período que abarcan las dos primeras partes de la vida de Bolívar, citaré los siguientes:

A. Danvila y Collado, Reinado de Carlos III, Madrid, 1893-6.

J. F. Yela Utrilla, España ante la independencia de Estados Unidos, Lérida, 1925.

Hispanic-American Review, vol. 17, pág. 289, y vol. 18, pág. 445, sobre el Memorándum de Aranda.

F. Rousseau, Regne de Charles III d'Espagne, París, 1907.

J. Becquer, Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX, Madrid, 1924.

G. de Jovellanos, Elogio de Carlos III, en Biblioteca de Autores Españoles, vol. 46, Madrid, 1858.

Wm. Coxe, Memoirs of the Kings of Spain of the House of Bourbon, 1700-788, London, 1815.

P. Nicolás del Techo, Historia de la Provincia del Paraguay, Madrid, 1897.

J. A. de Lavalle, Estudios históricos, Lima, 1936.

Marqués de Lema, La política exterior española a principios del siglo XIX, Madrid, 1935. Antecedentes políticos y diplomáticos de los sucesos de 1808, Madrid, 1911.

A. Sorel, L'Europe et la Revolution Francaise, 2ª edición, París, 1887.

A. Fugier, Napoleón et l'Espagne, París, 1930.

S. F. Bemis, Pinckney's Treaty, Baltimore, 1926.

P. Zavala y Lera, España bajo los Borbones, 3ª edición, Barcelona, 1936.

C. F. López, Juan Picornell y la Revolución de Guay y España, Caracas-Madrid, 1955.

A. Flórez Estrada, An impartial examination of the dispute between Spain and her American colonies, trad. W. Burton, Londres, 1812.

Sydney, Letters on the affairs of Spain and Spanish America with observations on the revolutions of the continent, London, 1809.

Américo Castro, La realidad histórica de España, México, 1954.

W. R. Marqués de Villa-Urrutia, Relaciones entre España e Inglaterra durante la guerra de independencia, Madrid, 1911-4.

Proclama de la Suprema Junta de Sevilla al pueblo de Madrid, con motivo de lo acaecido en el día 2 de mayo de 1808.

Pedro Cevallos, Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España y los medios que el emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla, Madrid, en la imprenta Real, 1808.

Carta de un americano al periódico "El Español" sobre su número 20, Londres, 1811.

Fco. Espoz y Mina, Memorias del General..., Madrid, 1851.

Gaspar de Jovellanos, Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta Central y se da razón de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad, Coruña, 1811.

M. de Pradt, Memoires historiques sur la revolution d'Espagne, París, 1816.

Manifiesto que hace la Junta Suprema de Observación y Defensa del reino de Valencia de los servicios y heroicos esfuerzos prestados por ésta desde el 23 de mayo de 1808.

Karl Marx, Oeuvres politiques, trad. J. Molitor, tome VIII, París, 1930.

Geoffroy de Grandmaison, L'Espagne et Napoleon, París, 1908. Les débuts de Joseph Bonaparte a Madrid, en Revue des questions historiques, 42eme, annee, tome XXXIX, París, 1908. Talleyrand et les affaires d'Espagne, misma revista, núm. 68, París, 1900.

Conde de Toreno, Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, París, 1838.

J. Lucas-Dubreton, Napoleón devant l'Espagne, París, 1947.

Juan Neillerto (Llorente), Memorias para la historia de la revolución española, París, 1814.

Rocha Martins, Episodios da guerra peninsular, Lisboa, 1944.

Miguel Artola, Los afrancesados, Madrid, 1953.

R. Salillas, En las Cortes de Cádiz, Madrid, 1910.

Representación de la diputación americana a las Cortes de España, del 1º de agosto de 1811, Londres, 1812.

L. Alayza y Paz Soldán, La constitución de Cádiz, el egregio limeño Morales y Duaraz, Lima, 1946.

J. Bécquer, La reforma constitucional en España, Madrid, 1923.

Agustín de Argüelles, Examen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes, Londres, 1835.

Actas de la diputación general de España que se juntó en Bayona el 15 de junio de 1808, Madrid, 1874.

A. Grasset, La guerre d'Espagne, Nancy-París, 1914.

M. S. Foy, Histoire de la guerre de la Peninsule sous Napoleón, París, 1827.

Archivo del general Miranda, vols. 1 a 24, Caracas, 1829 y después, La Habana, 1950.

W. S. Robertson, La vida de Miranda, trad. J. E. Payró, publicaciones del cuadricentenario de Caracas.

Representación y manifiesto que algunos diputados a las Cortes ordinarias firman en los mayores apuros de su opresión... presentado a Su Majestad en Valencia (denominado el de Los Persas), Madrid, 1814.

M. J. de Azanza y *G. O'Farrill,* Memoria sobre los hechos que justifican su conducta, Biblioteca de Autores Españoles, núms. 97 y 98, Madrid, 1º

A. Rodríguez Villa, Don Pablo Morillo, Madrid, 1910.

P. Morillo, Memoires du General, París, 1826.

R. Sencourt, The Spanish Crown 1808-1931, N. Y., 1932.

A. Lobanov Rostowsky, Russia and Europe 1789-1825, Dunham, 1947.

V. Castañeda Alcover, La rebelión de Riego, Madrid, 1943.

E. Astur (Infanzón), Riego, estudio histórico-político de la revolución del año 20, Oviedo, 1933.

J. Puyol y Alonso, La conspiración de Espoz y Mina, Madrid, 1932.

Ph. Coolidge Brooks, Diplomacy and the Borderlands (Adams-Onís treaty), Univ. of California Press, 1939.

Anónimo, Examen crítico de las revoluciones de España, de 1820 a 23, y de 1836, París, 1837.

M. J. Quin, A visit to Spain (1822 y 23), London, 1823.

Luis de Onís, Memoria sobre las negociaciones entre España y EUA que dieron motivo al tratado de 1819, reimpreso en México en 1826.

M. de Saralegui y Medina, Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando VII, Madrid, 1904.

A. de Letamendi, Notas históricas sobre la revolución de España (1814 hasta 1823), Charleston, 1826.

Elías O. de la Torre, Papeles de Ugarte, Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, año XVI, 1934.

R. de Santillán, Memorias, en Colección "Historia general de Navarra", Pamplona, 1960.

F. Rousseau, Les societés secretes et la revolution espagnole, en 1820, Revue des Etudes Historiques, 1916.

V. de la Fuente, Historia de las Sociedades Secretas, tomo I, Barcelona, 1933.

Ma. del Carmen Pintos Vieitas, La política de Fernando VII entre 1814 y 1820, Pamplona, 1958.

A. Flórez Estrada, Representation to HCM Ferdinand VII in defense of the Cortes, trad. de Ch. Toplis, en The Pamphleteer, London, 1819.

Marqués de la Fuensanta del Valle, Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo CXII, Madrid, 1895.

Federico Suárez, La crisis política del antiguo régimen en España, Madrid, 1950.

Wm. Walton, The Revolutions of Spain from 1808 to 1836, London, 1837.

J. L. Comellas, Los primeros pronunciamientos en España, 1814-20, Madrid, 1958.

Muy otro es el problema que presenta la bibliografía bolivariana. Aquí encontramos un océano de literatura, pero es un océano ficticio, pues en número inmenso las obras son pseudo-líricas, meramente argumentativas, repetitivas, de fuentes de segunda mano y, con pocas excepciones, carentes de la meditación sobre la que debe fundarse ese juicio que nos permita entender e interpretar debidamente un gran acontecimiento histórico. Después de más de treinta años de reflexionar sobre la epopeya de nuestra independencia, encuentro muy pocos que se han tomado el trabajo de estudiar a fondo y en su plenitud el Archivo del Libertador, y menos aún los que han querido o podido desprenderse de las nociones preconcebidas con las que crecieron, pues la vida de Bolívar es chapitel de nuestra historia y sigue siendo motivo de agudas controversias.

La presente biografía se centra en el Archivo del Libertador, publicado bajo el equívoco nombre de "Memorias del general O'Leary", volúmenes 1 a 32 y publicado en Caracas de 1879 a 1888; para el manejo de esta colección, se cuenta además con índice preparado por el doctor Pérez Vila. Escaso en cuanto a las llamadas "cartas", el Archivo debe completarse con la edición que hizo don Vicente Lecuna, llamada "Cartas del Libertador" o bien "Obras completas", y de las cuales hay abundantes ediciones. Obra de igual mérito es la iniciada a partir de 1964 por la Sociedad Bolivariana de Venezuela bajo el nombre de "Escritos del Libertador" y de la cual se han publicado hasta la fecha once volúmenes. Colecciones complementarias de la de O'Leary son las de Yanez-Mendoza, "Documentos relativos a la vida pública del Libertador", Caracas, 1826-33, y la de Blanco-Azpurúa, "Documentos para la historia de la vida pública del Libertador", Caracas, 1875-8.

De los escritores contemporáneos de Bolívar, no obstante que les fue imposible consultar el Archivo, debemos destacar la de J. M. Restrepo, "Historia de la revolución de la república de Colombia", Besancon, 1858; la de J. M. Groot, "Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada", Bogotá, 1869, y la de R. M. Baralt y J. Díaz, "Resumen de la historia de Venezuela", París, 1841.

De entre las numerosas memorias de la época hemos de citar las de J. D. Díaz, "Recuerdos sobre la rebelión de Caracas", Caracas, 1961; las de T. Cipriano de Mosquera, "Memoria sobre la vida del general Simón Bolívar", Bogotá, 1940; el "Diario de Bucaramanga", de L. Perú de Lacroix (en la edición crítica de Monseñor Navarro, Caracas, 1935); las del anónimo soldado británico que aparecieron en París en 1835 bajo el título de "Campagnes et Croisieres", y por acuciosidad, las muy calumniosas de H. L. V. Ducoudray-Holstein, "Memoires of Simon Bolivar", editadas por primera vez en Boston, en 1829.

Entre los autores recientes, a más de las obras de Vicente Lecuna (Crónica razonada de las guerras de Bolívar, N. Y., 1950) y de Rivas Vicuña (Las guerras de Bolívar, Bogotá, 1934), que cubren el aspecto castrense, deben citarse las de Marcos Falcón Briceño (Teresa, la confidente de Bolívar, y El juramento del Monte Sacro y su probable origen, ambas publicadas en Caracas, en 1955 y 1973 respectivamente) que son modelo

en su género, y la de J. L. Busaniche, "Bolívar visto por sus contemporáneos", Fondo de Cultura Económica, 1960. De entre las infinitas biografías, recomendaría la de Francisco A. Encina, "Bolívar y la independencia de la América española". Santiago de Chile, 1957, y la bien conocida aunque incompleta de Mancini, que lleva el mismo título y cuya primera traducción data de 1914. Valga la ocasión para agradecer las contribuciones de tantos callados investigadores que sin pretender abarcar la biografía de Bolívar, han aportado excelentes acervos documentales sin los cuales el trabajo del generalista sería punto menos que imposible. De entre esta larga lista mencionaré con agradecimiento a don Vicente Lecuna, a Carlos Pereyra cuya "Juventud Legendaria de Bolívar" sentó pautas, y las numerosas y utilísimas publicaciones de Enrique Uribe White.

Indice onomástico*

A

Acosta, José de, 388
Adams, John Quincy, 318, 435, 437
Adriano, 39
Afanador, Eusebio, 421
Agamemnón, 224, 262
Aguilar, José Gabriel, 67
Alamán, Lucas, 19, 100, 223
Alba, duque de, 58
Alcalá Galiano, Antonio, 63, 89, 98, 310, 427
Alcudia, duque de, 46
Aldama, general español, 233, 234, 235
Alejandro
  I, zar de Rusia, 103, 224, 225, 428, 430, 431, 432
  Magno, 197, 259
Almagro, Diego de, 375, 376
Alzuru
  Domingo, 421
  Juan Eligio, 210
Amestoy, Félix, 181, 182, 183, 187
Ampère, Andrés María, 433, 437
André, Marius, 276
Andújar, fray Francisco de, 427
Aníbal, 263
Antígona, 161
Antoñanzas, coronel realista derrotado en Cumaná, 146
Anzoátegui, José Antonio, 157, 195, 210, 237, 253, 271, 291-305, 321, 325
Aquiles, 301
Arago, Francisco, 424, 437
Aramendi, coronel, 273, 422
Aranda, conde de, 5, 8, 9, 10, 11, 41, 42, 47, 49, 50, 65, 144, 424, 425
Areche, José de, 26
Argüelles, Agustín, 135, 217
Aristiguieta
  familia, 114
  sacerdote, 424
Aristóteles, 254
Arizmendi, Juan Bautista, 151, 169, 205, 206, 207, 241, 245, 246, 273, 275, 336, 434
Artigas,
Atahualpa, 375
Auchmunty, general inglés, 72
Aury, Luis, 189, 191, 195, 200, 204
Austen, Jane, 432
Austrias, familia, 23, 275, 306
Azanza, Miguel José de, 218
Azara, Félix de, 59
Azuola, Luis Eduardo, 344

B

Baillío, Juan, 139, 194, 207, 210
Balboa, familia, 81
Balzac, Honorato de, 427
Baralt, Rafael María, 257, 328
Baraya, Antonio, 163
Barbey d'Aurevile, 430
Barradas, jefe de una fallida expedición española contra México, 227
Barreiro, José María, 294, 296, 300-305, 338, 418
Basalo, Onofre, 421
Bayardo, Pedro du Terrail, 114
Beauharnais, Alejandro de, 79
Beaumarchais, Pedro Agustín, 424
Beckett, Tomás, 239
Beethoven, Ludwig van, 427, 429-431
Belgrano, 432
Beluche, Renato, 204
Bello, Andrés, 86, 100, 107, 108, 335, 427, 431
Bemis, 48
Benavente, Jacinto, 217
Bentham, Jeremías, 432, 437
Berbeo, Francisco, 67
Beresford, William Carr, 72
Berlioz, Héctor, 429
Bermúdez, José Francisco, 124, 155, 169, 171, 184, 186, 190, 195, 200, 205, 212, 213, 233, 234, 241, 258,

* No se incluye a Simón Bolívar por estar citado en casi todas las páginas del libro.

273, 291, 296, 330, 331, 434, 435, 437
Bernadotte, Jean, 431, 433
Bernard, Claude, 432
Berthier, 114
Berthollet, Claudio Luis, 424
Berry, duque de, 437
Bianchi, Giuseppe, 156
Bichat, Xavier, 428
Bideau, 210
Blancas, comandante, 271
Blanco, sacerdote, 238, 239, 246, 250, 380
Bolívar
  Carlos, 90
  María Antonia, 84, 350
  y Ponte, Juan Vicente, 84, 85, 424
Bompland, Aimé, 429
Bonald, Luis de, 427
Bonaparte
  José, 82, 103, 106, 140, 211, 218, 220, 430
  Luciano, 56, 57
  Napoleón, 45, 51-55, 58, 60, 62, 72-82, 88, 92,-95, 98, 99, 101, 103-106, 113, 128, 141, 145, 165, 167, 219-222, 236, 243, 268, 277, 292, 315, 332, 339, 363, 375, 376, 426-432, 433, 435, 437
Borbones, familia de los, 1, 3, 13, 16, 19, 23, 28, 31, 34, 42, 45, 48, 51, 53, 78, 81, 93, 94, 99, 103, 141, 166, 173, 221, 306, 316, 429, 433, 434, 437
Boves, Tomás, 88, 124, 136-139, 146-160, 162, 163, 169, 170, 181, 199, 215, 223, 231, 243, 245, 251, 268, 271, 306, 317, 333
Bovril, Juana, 195
Braganza
  Bárbara de, 23
  familia, 430
Briceño
  Antonio M., 421
  Justo, 293
  Méndez, Pedro, 101, 132, 137, 172, 176, 194, 325-328, 391, 416
Brion, Pedro Luis, 184, 187, 188, 192, 194, 213, 215, 240, 242, 249, 253, 274, 285, 324, 434
Bronssais, examinador de la doctrina médica, 434
Brouning, Robert, 432
Buckingham, Jorge, duque de, 277
Buda, 157, 387
Burke, Edmund, 425
Buroz, Eulalia, 236
Byron, George Gordon, lord, 425, 432, 433

C

Cáceres, Luisa, 153
Caldas, Francisco José, 105, 189, 434
Calzada, Sebastián de la, 230, 267, 322
Calzontzin, rey azteca, 376
Calleja del Rey, Félix María, 312, 436
Campanella, Tomás, 179
Campo Elías, Vicente, 149
Canning, Jorge, 64
Canterac, José, 158, 241, 242, 252
Carabaño, Miguel, 123, 128
Carbonell, capitán general, 69
Cardoso, Juan Vicente, 421
Carlos
  el Hechizado, 2
  III, 1, 3, 4, 8, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 22, 23, 25, 28, 29, 33, 39, 41, 43, 50, 65, 66, 100, 310, 424, 425
  IV, 30, 31, 33, 34, 40, 43, 54, 66, 72, 74, 78, 89, 375, 425, 430
  V, 90, 96, 97, 179, 379
Carlyle, Tomás, 86
Carnot, Lázaro, 279, 407
Carvajal, Lucas, 301
Carreño, José María, 253
Carrera, familia chilena, 144, 254, 433
Casandra, hija de Príamo, 279
Casas
  Bartolomé de Las, 97, 135, 138, 178, 276, 280, 371
  comandante de La Guaira, 123, 124
Castaños, Francisco Javier, 167
Castillo y Rada, Manuel, 128, 129, 164, 171, 184
Castlereagh, Enrique Roberto, 167, 432
Catalina II, 34, 110, 424, 427
Catari, Tomás, 28
Ceballos, coronel realista, comandante de la plaza de Coro, 51, 145, 151
Cedeño, Manuel, 130, 232, 244, 252, 264, 267, 270, 272, 329, 334, 421, 422, 423
Cerdas, legisladores, 341
César, emperador, 74, 75, 336
Cevallos, ministro de relaciones de España, 219
Clemente
  Lino de, 154
  XIV, papa, 22
Cleopatra, 211
Cochrane, Tomás A., 111, 204, 227, 436
Colón, Cristóbal, 110, 415
Comte, Augusto, 427
Conde, Francisco, 253, 421

Condorcet, Antoine Caricat, marqués de, 426
Constant, Benjamín, 434
Constantino, el Grande, 385
Córdoba
  Gonzalo de, 292
  José María, 262, 319, 324
Coriolano, 283
Cornwallis, Carlos, 168
Corot, Camilo, 427
Cortés
  Campomanes, 70, 144
  hermanos, 48, 168, 198
  Hernán, 21, 375
  Madariaga, Joseph, 113, 205, 206, 245, 247, 248, 250, 252
  Martín, 138
Correa, Ramón, 139, 239
Coubert, Gustavo, 430
Cousin, Víctor, 426
Crawford, general inglés, 72
Cruz Carrillo, jefe de división del ejército patriota, 330, 331, 332
Cuauhtémoc, rey azteca, 376
Cullen, Henry, 176, 177, 370
Cuvier, Jorge, 427, 432

CH

Chamberlain, oficial jamaiquino de Bolívar, 235
Chateaubriand, Federico, 86, 94, 427-430
Chenier, Andrea, 426
Chilam, Cambal, 388
Chirinos, José, 67
Chirón, 263
Choiseul, Esteban Francisco, 5, 37
Chopin, Federico, 431
Christophe, Enrique, 193, 201, 428
Churrucay Elorza, Damián, 98

D

Dalla Costa, 212
Dante Alighieri, 298
Darío
  Rubén, 179
  III, 197
Darwin, Carlos Roberto, 430
David, Luis, 92, 97, 146, 425
De Gaulle, Charles, 309
De la Cruz, Juana Inés, sor, 179
Décasés, ministro de la marina de Napoleón, 62, 436, 437
Decazes, *véase* Décasés
Delacroix, marqués, 65, 427
d'Elhuyar, Luciano, 164
Dessalines, Juan Jacobo, 193, 428, 429
Díaz
  Antonio, 242
  José Domingo, 116, 119, 152, 158, 253, 275
Dickens, Charles, 432
Diderot, Denis, 137, 310
Docoudray-Holstein, Luis, 144, 171, 189, 191, 195, 201, 205, 209
Dostoievski, Fedor, 437
Drake, William, 133
Dumouriez, Carlos Francisco, 38, 426
Dupont, Pedro Antonio, 104, 200, 430
Duroc, diplomático francés, 43, 55, 56, 78, 79, 80

E

Echeverría, José Tiburcio, 342
Elgin, Tomás, 428
Elliot, George, 436
Emparán, Vicente, 101
Engels, Federico, 437
Enghien, Luis Antonio, duque de, 94, 399, 429
English, coronel, 291
Enrile, Pascual, 185, 313
Enrique
  II, 239
  VIII, 90
Epaminondas, 156, 401
Epiménides, 353
España, José, 421
Espartaco, 412
Espelius, 341
Espinosa, José María, 305
Espoz y Mina, Francisco Javier, 215, 222, 223, 433, 435
Esquilo, 236, 283
Estévez, José María, 157

F

Fabio Cunctáctur, el Contemporizador, 295
Faetón, 247
Faraday, Miguel, 425
Faraón, 233
Farnesio, Isabel, 3, 6
Federico Guillermo II, 5, 29, 76, 424, 427
Felipe
  II, 15, 16, 29, 58, 188
  V, 3, 4, 10, 19, 166
Fernández Vinoni, Francisco, 121, 306
Fernando
  VI, 6, 11, 20

VII, 53, 78, 79, 80, 104, 106, 107, 118, 134, 140, 141, 143, 144, 165, 166, 169, 216, 217, 218, 222, 224, 225, 227, 306-316, 318, 322, 342, 375, 381. 413, 424, 431, 432, 433, 436, 437
Fichte, Johann Gotllieb, 426, 430
Fingal, 147
Fitzherbert, 38
Flaubert, Gustavo, 437
Floridablanca, José, conde de, 7, 9, 16, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 41, 47, 65, 116, 144, 425
Fóscolo, Hugo, 428
Fourier, Charles, 429
Francia, José Gaspar, 433, 434
Francisco I, 90
Franklin, Benjamin, 10
Freites, Pedro, 234, 235
Fresnel, Agustín Juan, 434
Freud, Sigmund, 92
Fuentes, virrey, 36
Fulton, Roberto, 430

G

Galán, José Antonio, 67
Galindo, Vicente, 253
Galvani, Luis, 425
Gálvez, José, 21
Gamarra, Agustín, 90
Garay, Martín de, 308
García Cádiz, Ramón, 421
Garcilaso de la Vega, el Inca, 26, 179
Gardoqui, 40, 47
Garibaldi, Anita, 92
Gautier, Teophile, 431
Gay-Lussac, 430, 436
Gengis Kan, 147, 378, 394
Gérard, Francisco, 428, 431
Gericault, Teodoro, 436
Gibbon, Eduardo, 110
Girardot, Atanasio, 86, 132, 139, 145, 149, 190, 305, 324
Gluck, Cristóbal Willibald, 92
Godoy, Manuel, 31, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 56, 57, 58, 60, 61, 62, 65, 66, 74, 75, 76, 78, 79, 80, 81, 89, 90, 103, 166, 223, 425, 426, 428, 430
Goethe, Johann Wolfgang, 148, 425, 427, 430
Goffroy de Saint Hilaire, 435
Gogol, Nicolás, 430
Gómez
  Cecilia, 303
  Labrador, embajador español en Viena, 219, 220
González, Lucas, 300, 302
Goya y Lucientes, Francisco de, 165, 430, 433
Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, 51, 101
Granville-Fox, estadista inglés, 429
Grimaldi, 5, 7, 66
Grimm, Federico Melchor, 432, 434
Grocio, Hugo, 151
Gual
  Pedro, 164, 317, 427
  soldado, 69, 87
Guevara Vasconcelos, capitán general en La Guaira, 69
Guillermo de Normandía, 62
Gustavo III, 425
Gutiérrez de Pineres, visitador, 67, 129, 164
Guzmanes, los, 341

H

Habsburgos, familia de los, 1, 3, 15, 27, 31, 97
Haydn, Francisco José, 427
Hegel, Jorge Guillermo Federico, 429, 437
Heine, Enrique, 427
Hepaistos, 160
Hércules, 83
Herrera y Tordesillas, Antonio de, 375
Hidalgo, Miguel, 26, 144, 431
Hipólita, 85
Hippisley, Alejandro, 274, 291
Home, Popham, sir, 71
Homero, 194, 305, 401
Howe, general inglés, 168
Hugo, Víctor, 428
Huidobro, 72
Humboldt, Alejandro von, 86, 88, 96, 99, 199, 239, 371, 429
Hyslop, Maxwell, 181, 186, 188

I

Ibarra, Andrés, 263
Icaro, 240, 383
Infante, Julián, 272
Ingres, Dominique, 433
Iriarte, diplomático español, 46
Irvine, Bautista, 285, 286
Isabel, la Católica, 18, 27, 141, 222
Iturbe, Francisco, 124
Iturbide, Agustín de, 437
Izquierdo, enviado español en París, 44, 75-81

J

Jackson, Andrew, 198, 318, 434
Jassien, botánico, 425
Jay John, 10, 40
Jefferson, Tomás, 60, 428, 430
Jenofonte, 162
Jiménez de Enciso, Salvador, monseñor, 239
Johnson, Lyndon B., 309
Jorge
III, 425, 437
IV, 425, 431, 437
José II, 424
Josefina, esposa de Napoleón, 79
Jovellanos, Gaspar de, 50, 106, 218, 280, 282
Juan VI, 437
Julio César, 195
Junot, Andoche, 78
Junst, jefe militar de Napoleón, 430

K

Kant, Emmanuel, 91, 424, 425
Keats, John, 435
Kierkegaard, Soren, 432
Kino, sacerdote, 22
Kleber, Juan Bautista, 428
Krupp, Alfredo, 431

L

Labatut, Pierre, 127
Laboulaye, Eduard, 24
Lacepéde, Esteban de, 44
Lacy, 435
Laennec, científico francés, inventor del estetoscopio, 434, 436
Lafayette, María José, marqués de, 7
Lagarde, embajador francés, 221
Lamartine, Alfonso de, 425, 437
Lammenais, Felicité Robert de, 435
Lannes, Juan, duque, 292
Laplace, Pedro Simón, 427
Lara, Jacinto, 132, 239, 324
Lardizábal, José de, 218
Larrazábal, Antonio, 125
Latorre, Miguel de, 158, 237, 238, 240, 243, 256-259, 267-272, 321, 324, 328-333
Lavelaye, *véase* Laboulaye
Lavoisier, Antonio Lorenzo de, 424, 425, 426
Leclerq, Carlos, 54, 60, 95, 192, 428
Lecuna, Vicente, 202, 237, 250, 269
Lema, marqués de, 61
Lenin, Vladimir, 316
Lenoit, Anita, 149
León Torres, Pedro, 157
Leopardi, Giacomo, 427
Leopoldo
de Austria, 40
II, 425
Lermontov, Miguel, 433
Licurgo, 401
Liniers, Santiago, 72, 429
L'Isle, Rouget de, 425
Liszt, Franz, 431
López
Méndez, Luis, 107, 109, 243, 256, 270
Rafael, 271, 272
Segundo, 210
Louverture, Toussaint, 429
Luis
XV, 148, 192
XVI, 37, 45, 168, 425, 426
Luna Pizarro, Francisco Javier de, 206
Lutero, Martín, 41

M

Macaulay, Thomas Babington, lord, 428
MacComb, comerciante domiciliado en Kingston, que intervino en el envío de la carta de Jamaica, 176, 370
MacIntosh, Juan, 291, 303
Macpherson, James, 147
Machado
José Tomás, 421
Josefina, 148
Pepita, 201
Madariaga, Salvador de, 218
Madison, James, 430
Magin, general, 266
Mahan, estratega naval estadounidense, 227
Maistre, Joseph de, 427, 431
Maiz, congresista, 249
Mallo, Manuel, 89
Manriques, los, 341
Manzoni, Alejandro, 424, 434
Maquiavelo, Nicolás, 340
Marat, Juan Pablo, 426
Marco
Antonio, 211
Bruto, 146
María
Antonieta, 426
regente de España, 23
Luisa, reina, 32, 34, 55, 76, 89
Marimón, Juan, 165, 200

Marín, Josefa, 83
Mariño, Santiago, 130, 131, 139, 146, 149, 150, 152, 157, 163, 195, 205, 213, 233, 234, 236, 241, 245, 248-255, 273, 291, 294
Marión, Ignacio, 194
Martell, notable nadador del ejército patriota, 263
Martí, José, 100, 158
Martin, capitán, 13
Martínez
de la Rosa, Francisco, 437
Hervás, 52
Juan, 421
Marx, Carlos, 216, 308, 313, 435
Massena, Andrés, 140, 200, 431
Matos, Manuel, 105, 430
Maurepas, los, 31
Maza, Hermógenes, 132, 305, 324
McGregor, Gregor, 211, 258, 291
Melpómene, 93
Mellao, jefe militar patriota, 334
Mendelssohn, Félix, 430
Mendoza, Cristóbal, 150
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 28, 217
Mérida, Diego, 150, 195
Merimée, Ernesto, 429
Metternich, Clemente Lotario Wenceslao, 44
Michelet, Jules, 427
Mijares, señora que amamantó a Bolívar hasta la llegada de su nodriza, 85
Mill, Stuart, 429
Mina, Francisco, 214, 216, 221, 223, 433, 435
Mirabeau, Honoré-Gabriel, 37
Miranda, Francisco, 64, 71, 73, 97, 99, 100, 109, 110, 112, 114, 115, 117, 120, 121, 122, 123, 125, 127, 130, 136, 138, 171, 180, 211, 278, 424, 429, 431, 432
Mires, José, 123, 140
Moctezuma, rey azteca, 187, 375, 376, 388
Modigliani, Amadeo, 332
Moisés, 134, 233
Moloch, 306
Moltke, Helmuth, 277
Monagas, José Tadeo, 159, 210, 232, 244
Moncey, mariscal, 103
Monge, Gaspard, 425, 427
Monroe, James, 60, 64, 286, 318, 435
Montalvo, Juan, 91, 147
Montesdeoca, Julián, 324
Montesquieu, Carlos de Secondat, 178, 279, 280, 349, 382
Monteverde, Domingo, 116, 118, 120, 121, 122, 124, 125, 130, 132, 136, 137, 145, 257, 432
Montgolfier, hermanos, 424
Montilla
Mariano, 124, 171, 191, 195, 200, 214, 326, 328
Tomás, 123, 150
Monzón, oficial encargado de custodiar a los capuchinos asesinados en Carhuanchi, 239
Moore, comandante del ejército inglés, 106, 430
Morales, Antonio, 155, 158, 159, 194, 198, 205, 209, 211, 233, 268, 302, 331, 344-347
Morelos y Pavón, José María, 144, 250, 381, 432
Morillo, Pablo, 115, 124, 138, 146, 152, 158, 159, 167, 168, 169, 170, 184, 185, 187, 189, 192, 195, 196, 198, 199, 200, 206, 207, 211, 218, 221, 226, 231, 233, 238-244, 248, 252, 256-271, 275, 289-297, 312, 321-328, 334, 337, 341, 344, 373, 432, 433-437
Moro, 179
Mosquera y Figueroa, José María de, 105, 182
Motolinía, Toribio de, 29
Mourgeon, Juan de la Cruz, 343
Moxó, jefe realista, 198, 211, 233, 240, 313
Mozart, Wolfgang Amadeo, 92, 424, 425
Muñoz
Ignacio, 421, 422
Tébar, 151
Murat, Joaquín, 80
Murray, Thomas, 72
Musset, Alfredo de, 431
Mutis, José Celestino, 430

N

Nariño, Antonio, 131, 344, 345, 426, 427, 431, 432, 435, 437
Necker, Jacobo, 425
Nelson, Horacio, 35, 242, 334, 427-429
Nenguirú, Nicolás, 25
Nerval, Gerard de, 430
Ney, Miguel, 140, 255, 263, 333
Niehbur, Bertoldo Jorge, 281
Núñez, Fernán, 37, 38, 44

O

Obando
Antonio, 302, 303, 322
José María, 238
O'Donnell, Leopoldo, 312
O'Donojú, Juan, 319, 437
O'Higgins, Ambrosio, 110, 254, 435
Olavide, Pablo, 29, 30
O'Leary, Daniel Florencio, 85, 148, 154, 195, 197, 253, 257, 264, 266, 277, 279, 291, 292, 296, 302, 324, 327, 328
Olmedo, José Joaquín, 86
Onís, ministro español, 214, 224, 319, 435, 437
Ortiz, Jacobo, 428
Oudinot, 93
Ouvrard, 52

P

Pacificador, *véase* Morillo, Pablo
Páez, José Antonio, 146, 157, 158, 159, 190, 197, 230, 234, 238, 243-246, 256-273, 289-297, 310, 313, 322, 329, 332-335, 422, 435
Paine, Thomas, 425
Pajol, 21
Pakenham, 198
Palacio(s)
Carlos, 426
Esteban, 427, 428
Fajardo, 279
Florencio, 171, 191
Pedro, 427
y Blanco, Concepción, 85, 425
Palas, Atenea, 346
Palma, Ricardo, 183
Pantocrator, 208
Peleo, 131, 213
Peña, Miguel, 123
Peñalver, Fernando, 137, 276, 344, 350
Peraza, Luis Tomás, 421
Pereira, brigadier español, 335
Pérez
impresor, 275
Nonato, 293
Pericles, 401
Pérouse, Juan Francisco de La, 424
Peru de Lacroix, Luis, 148, 182, 237, 263
Perry, almirante, 241, 286, 433
Petión, Alejandro, 181, 184, 188, 192, 193, 194, 196, 198, 201, 210, 213, 434
Pezuela, Joaquín de la, virrey, 437
Piar, Manuel, 130, 155, 156, 190, 194, 195, 205, 229-240, 292, 435
Picornell, 69, 70, 317
Pinckney, diplomático estadounidense, 47, 60, 223
Pinzones, hermanos, 81
Piñango, 253
Piñeres, los, 234
Pío VII, 428, 429, 433
Pisístrato, 401
Pitt, William, 35, 36, 44, 62, 424, 426, 428, 429
Pizarro
Francisco, 375
Gonzalo, 138
hermanos, 48, 168
Plantagenet, dinastía inglesa, 151
Plaza, Ambrosio, 334, 422, 423
Poe, Edgar Allan, 430
Pombal, Sebastián, 12, 23
Popham, Home, 99, 429
Poro, rey indio, 197
Pozzo di Borgo, embajador ruso en París, 225
Pradt, abate, Domingo Dufour, 383
Preste, Juan, 308
Priestley, José, 425
Prometeo, 274
Proudhon, Pedro José, 430
Proust, Marcel, 434
Pueyrredón, Juan Martín, 286, 343, 415, 434
Pulido, Ignacio, 253
Pushkin, Alejandro, 427

Q

Quero, jefe realista, 210
Quetzalcóatl, dios azteca, 387
Quijote, don, 90, 97, 154, 253, 267
Quinet, Edgar, 429
Quintana, Manuel José, 134
Quiroga, Antonio, 311, 313

R

Raleigh, Walter, 229
Ramos, Remigio, 328, 331
Rangel, lugarteniente de Urdaneta, 332, 423
Raynal, Guillermo, abate, 95, 138, 192, 374
Rayón, Ignacio, 381
Real, jefe español, 233, 234
Recamier, madame, 428
Rendón, Anastasio, 272
Renovales, Tomás, 272, 334

Restrepo, José Manuel, 186, 211, 233, 242, 257, 266
Revenga, José Rafael, 342, 343
Revillagigedo, conde de, 21, 36, 67
Reyes Vargas, llanero, 328, 331
Ribas, José Félix, 107, 114, 115, 124, 132, 139, 146, 149, 152, 157, 254
Ricardo(s)
David, 436
y Carrillo, Antonio, 46
Ricaurte, Antonio, 131
Richelieu
cardenal, 249
duque de, 17, 225, 434, 435, 437
Riego, Rafael del, 306, 313, 316, 322, 323
Ripalda, Jerónimo, sacerdote, 340
Robertson, John, 154, 172, 174, 176
Robespierre, Maximilien de, 426
Rochambeau, J.B. de Vimeur, 95, 168, 193
Roderick, Andrés, 275
Rodó, José Enrique, 181
Rodríguez
del Toro, María Teresa, 427, 429
Simón, 97, 355, 425, 429
Romana, marqués de la, 76
Rondón, Juan José, 301, 303, 334, 422
Rooke, Jaime, 291, 303
Roscio, Juan Germán, 107, 108, 113, 276, 344
Rosete, jefe realista, 136, 146
Rossini, Joaquín, 426, 434
Rousseau, Juan Jacobo, 16, 86, 91, 92, 137, 178, 279, 349, 395
Ruskin, John, 436

S

Saavedra, Francisco, 50, 51
Sáez, Manuela, 90
Saint
Pierre, Bernardino de, 387, 424
Simon, Luis de Rouvroy, 437
Salom, Bartolomé, 191, 195, 201, 210
Sámano, Juan, 230, 292, 301, 417, 436
San
Francisco de Borja, 24
Martín, José de, 181, 293, 350, 435-437
Santander, Francisco de Paula, 86, 137, 171, 237, 262, 271, 293-297, 321, 337-341, 345-348, 436, 437
Santo(s)
Antonia, 302
Tomás, 388
Savary, 80
Savigny, autor de *El derecho de propiedad* y *La posesión en derecho romano,* 429, 433
Say, Jean, Batista, 429
Scott, Walter, 429, 433, 436
Schiller, Federico, 424, 425, 428, 429
Schlegel, Guillermo von, 431
Schopenhauer, Arturo, 436
Schubert, Franz, 427
Schuman, Roberto, 431
Sebastián, Andrés, 70
Séneca, 281
Serna, José de La, 437
Serviez, Manuel Roergas de, 190
Shakespeare, William, 171
Shelley, Percy Bisshe, 426, 435, 437
Sigfrido, 160
Silva, José Laurencio, 114, 132
Sismondi, Leonard Simonde de, 436
Smith, autor del mapa geológico de Inglaterra, 434
Sobremonte, Rafael de, virrey, 72
Sojo, sacerdote, tío del Libertador, 335
Solano López, los, 23
Solón, 401
Soublette
Carlos, 114, 132, 195, 209, 211, 253, 299
Isabel, 148, 202, 209, 211
Soult, Jean de Dieu, 430
Spencer, Herbert, 437
Spínola, Antonio de, 309
Stael, Madame de, 427, 430, 431
Stendhal, Henri Beyle, 424
Stephenson, Jorge, 433
Sucre, Antonio José de, 329, 437
Sutherland, Robert, 194, 213
Swengal, 147

T

Talleyrand, Perigord, Carlos Mauricio de, 38, 219
Tang, emperador, 212
Tanuci, dinastía, 51
Timur, el cojo, 147
Tízcar, jefe español, 139
Tocqueville, Alexis de, 100, 429
Toreno, José María, conde, 135, 220
Toro
María Teresa, 90, 91, 92
marqueses del, 85, 113, 170, 172, 350
Torquemada, Juan, 388
Torres
Camilo, 115, 131, 161, 163, 172, 189, 432
Pedro León, 163, 253, 256

Torroellas, sacerdote realista que se pasó a la causa libertadora, 328
Toussaint, Louverture, 95, 192
Toynbee, Arnold, 2
Tristán
  Flora, 88, 91, 98, 428
  Mariano, 92, 428
  Teresa, 428
Trobriand
  barón de, 92, 99
  los, 93
Túpac-Amaru, 26, 28, 67
Turgueniev, Iván, 435

U

Ucrós, José de, 253
Ugalde, jefe rebelde del Cuzco, 67
Ugarte, 309
Ulises, 101, 223
Unamuno, Miguel de, 25
Urbaneja, Diego Bautista, 421
Urdaneta, Rafael, 131, 149, 162, 204, 235, 246, 262, 269, 291, 295, 329-333
Urquijo, Mariano Luis de, 51
Ustariz, marqués, 90, 427

V

Valdés, Manuel, 322, 324
Valois, familia, 262
Vallenilla, Diego de, 421
Van Gogh, Vicente, 332
Vargas, Pedro Agustín, 301
Vattel, notable internacionalista, 327, 329
Velásquez de Cuéllar, Diego de, 187
Verdi, Giuseppe, 432
Vergennes, 7, 37
Vidal, rebelde español, 435
Vigny, Alfred de, 427
Villa Urrutia, marqués de, 219
Villaret, conductor de una flotilla de auxilio enviada a Bolívar desde Haití, 232
Villars, Fanny du, 92, 93, 98
Vizcardo y Guzmán, sacerdote peruano, 22, 110
Volney, Constantino, 402, 425, 426
Voltaire, Francisco María, 41, 86, 174, 335
Von
  Clausewitz, 155
  Haller, 433
  Paulus, mariscal, 311

W

Wagner, Ricardo, 432
Walton, autor que describe los crímenes de la dominación española en México, 374
Wall, diplomático, inspirador de la alianza franco-española, 5, 66
Washington
  Irving, 424
  Jorge, 60, 398, 425, 427
Wellesley, marqués de, 108, 431
Wellington, Arturo Wellesley, duque de, 73, 99, 106, 108, 140, 168, 184, 198, 220, 289, 430, 432
White 295
  Blanco, 217
Whitman, Walt, 436
Whitney, Eli, 426
Wilson, mercenario inglés propulsor de la rebelión de Páez, 273
Wolf, *véase* Wolfe
Wolfe, James, 334
Wright, general, 304

Y

Yang-Kuei-fei, 212
Yáñez, jefe realista, 136, 145, 253

Z

Zaraza, jefe patriota llanero, 130, 210, 232, 244, 256, 257, 264, 271, 290, 310
Zazuola, jefe realista, 136
Zea, Francisco Antonio, 86, 93, 193, 200, 249, 264, 270, 286, 336, 342, 421
Zerveriz, jefe realista, 136
Zorrilla, José, 435

Indice geográfico

A

Aboukin, 427
Achaguas, 148, 296
África, 399
Agua Blanca, 331
Aguadita, 260
Aix-La-Chapelle, 435
Alacrán, 434
Alaska, 429, 437
Alcalá de Henares, 221
Alcudia, 42
Alejandría, 427
Alemania, 311
Algarbes, 62
Algeciras, 50
Alpes, montes, 428
Amazonas, río, 229
América, 2, 5, 6, 8, 9, 11, 13, 18, 21, 26, 33, 34, 37, 45, 50, 52, 54, 63, 64, 66, 71, 73, 77, 84, 85, 88, 95, 97, 104, 107, 116, 123, 129, 135, 138, 140, 141, 148, 154, 158, 161, 165, 166, 168, 172, 173, 175, 177, 178, 181, 182, 188, 194, 196, 197, 201, 206, 213, 215, 216, 218, 219, 221, 228, 230, 241. 243, 247, 265, 269, 274, 277, 280, 282, 286, 291, 305, 307, 310, 314, 317, 321, 322, 336, 341, 343, 348, 357-387, 389, 390, 392, 394, 397, 399, 400, 402, 409, 413-417, 424-437
  del Sur, 336, 372, 415
  Española, 98, 264, 427
Amiens, 40, 51, 58, 90, 428
Andalucías, las, 106, 140, 168, 431, 432
Andes, cordillera de los, 162, 170, 190, 293, 299, 303, 306, 324, 336, 345, 436
Anerstaedt, 429
Angostura, 93, 117, 148, 194, 202, 204, 206, 212, 225, 231, 238, 244, 269, 272-281, 284, 286, 294, 301, 310, 321, 323, 325, 329, 335-341, 344, 345, 389, 391, 417, 421, 435-436
Antigua, 231, 238, 242
Antillas
  Francesas, 426
  Holandesas, 430
  islas, 245, 350, 429
  mar de las, 69, 202, 204, 227
Antioquia, 127, 305
Apartadero, 332
Apeninos, montes, 166
Apure, río, 147, 230, 257-264, 269, 270, 273, 277, 289-300, 322, 324, 332, 435
Aquisgrán, 225, 226
Arabiles, 432
Aragua, 103, 117, 155, 176, 210, 211
  río, 260, 290, 331, 435
Araguaquén, potrero, 260
Aranjuez, 34, 56, 226, 314, 316, 428, 430
Arapiles, 140
Araube, 433
Arauca, río, 255, 259, 260, 289, 294, 299
Arauco, 386
Araure, río, 145, 260, 331
Arco del Triunfo, 111
Arenosa, puerto de la, 260
Areópago, 282, 409, 410
Arequipa, 373
Argel, 7
Argelia, 309
Argentina, 118, 434
Argos, 320
Ariporo, río, 299
Aroa, 85
Asia, 50, 385, 386, 399
Asturias, 42, 147
Atenas, 279, 400, 401
Atlántico, océano, 7, 15, 54, 95, 99, 113, 135, 168, 317, 342, 427
Atlántida, 229
Auerstaedt, 77
Austerlitz, 62, 74, 292, 429
Austria, 4, 424, 432, 436, 437
  -Hungría, 425
Ayacucho, 86, 114, 118, 130, 305, 339
Azincourt, 151

B

Badajoz, 57, 75, 140
Bailén, 103, 105, 167, 211, 265, 430
Bajo Magdalena, 191
Balkanes, 437
Baltimore, 214
Bárbula, 145, 305, 433
Barcelona
  España, 129, 130, 139, 210, 213, 214
  Venezuela, 229, 231-238, 244, 292, 313, 364, 434, 435
Barinas, 152, 230, 243, 328, 362, 364
Barlovento, 290
Barquisimeto, 331
Barranca, 127, 129, 432
Basilea, 40, 46, 55, 426
Bastilla, la, 425
Bayona, 43, 53, 80, 103, 140, 219, 224, 315, 380, 430
Beata, isla de la, 201, 204
Bélgica, 434
Belgrado, 429
Belice, 6, 8
Berlín, 77, 429
Berna, 427
Bilbao, 90, 428
Boca del Infierno, 259
Bocachica, 150
Bogotá, 128, 162, 175, 199, 292, 301, 303-307, 321, 325, 339, 342, 346, 354, 376, 425, 426, 436, 437
Bolívar, ciudad, 346
Bomboná, 114, 197
Bosco, 153
Boyacá, 146, 148, 154, 160, 202, 208, 292, 299, 304-307, 311, 312, 320-323, 334, 337-340, 417, 418, 436
Brasil, 23, 78, 434, 437
Brunswick, 426
Bucaramanga, 148
Buenos Aires, 72, 99, 144, 169, 225, 286, 307, 381, 386, 415, 429, 431, 436
Burdeos, 140
Busaco, 140

C

Cabrian, 204
Cabruta, 260
Cachicamo, estero del, 298
Cádiz, 13, 27, 91, 103, 106, 107, 121, 124, 132, 133, 136, 140, 167, 227, 308, 309-317, 322, 380, 427, 429, 431, 432, 436, 437
Caicara, río, 260, 295
Calabozo, 150, 231, 256, 257, 261, 264, 266, 268, 270, 272, 289, 293, 296, 435
Cali, 127
California, 22, 40
Calpurobo, caño, 260
Campo
  de Oro, 90
  Formio, 51, 427
Canadá, 192
Cancha Rayada, 435
Cañafístolo, hato, 260, 435
Carabobo, 167, 197, 199, 205, 305, 320, 321, 330, 332, 334, 343, 346, 422, 433, 437
Caracas, 25, 67, 87, 88, 100, 106, 107, 108, 109, 113, 118, 121, 130, 136, 144, 148, 149, 150, 152, 156, 170, 190, 233, 236, 240, 243, 247, 218, 257, 259, 266, 329-336, 353-364, 367, 382, 424-429, 431, 432, 434
Carhuanchi, 238
Cariaco, 248, 249, 253, 291
Caribe, mar, 111, 113, 120, 122, 139, 158, 169, 173, 201, 202, 215, 223, 232, 241, 242, 255, 258, 324, 345
Carolinas, del Norte y del Sur, 100
Carora, 332
Cartagena, 107, 127, 128, 129, 160, 161, 164, 169, 170, 174, 175, 176, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 194, 200, 204, 205, 211, 221, 322, 324, 326, 345, 356, 373, 431-437
Carúpano, 117, 160, 171, 175, 204, 207, 210, 328, 366, 433
Carraca, 124
Casa Fuerte, 235
Casacoima, 119, 250
Casanare, 190, 262, 277, 293, 296, 297, 299, 300, 338, 417, 436
Castilla, 15, 84, 341, 432
Cataluña, 435
Cauca
  provincia de, 437
  río, 322, 323
Caujural, 260
Caura, río, 259
Cayos, Los, 148, 185, 189, 191, 194, 197, 198, 199, 203, 214
Centroamérica, 437
Cercano Oriente, 54
Cerro de los Patos, 272
Ceuta, 245, 247
Ciudad Rodrigo, 140
Clarines, 185, 232, 233, 236, 238, 435
Cojedes, 300
Colombia, 93, 110, 225, 337, 340, 355, 363, 389, 419-423
Concepción, hato de la, 260
Constantinopla, 194, 399
Copenhague, 46, 428, 430
Copiapó, 376

Córdoba, España, 437
Corinto, 387
Coro, 67, 113, 118, 143, 144, 332, 345, 357, 359, 362, 433
Coruña, La, 313, 430
Corúparo, 434
Coyaima, 347
Crimea, 424
Cuba, 20, 182, 193, 202, 225, 374
Cúcuta, 128, 130, 146, 160, 162, 297, 300 321-326, 340, 344, 345, 350, 364, 432, 437
Cuchivero, río, 260
Cuiloto, río, 299
Cumaná, 211, 234, 244, 364
Cumanacoa, 274
Cundinamarca, 293, 298, 301, 303, 321, 324, 325, 337, 340, 393, 419
Curazao, 127, 246, 432
Curiepe, 121
Cuzco
  ciudad, 67, 353
  nevado, 335, 433

CH

Chacabuco, 226, 229, 311, 435
Chacachacare, 130, 245
Chaguaramas, 257, 274, 292
Chamartín, 315
Charalá, 302
Charleston, 99, 430, 433
Chiapa, 371
Chicamocha, río, 301
Chile, 111, 118, 144, 229, 268, 293, 376, 386, 417, 431, 436
Chilpancingo, 432
Chimborazo, 263, 356
China, 378, 394, 396
Chira, río, 299
Chocó, 305
Choroní, 210
Chuquisaca, 430

D

Damasco, 94
Diamante, paso del, 260
Dien-bien-fu, 311
Dolores, 431
Dominicana, 171
Dresde, 432
Duitama, 301, 303, 338

E

Ebro, río, 430
Eckmull, 430
Egipto, 427, 428
Eguía-Tatischef, 227
Elba, río, 77
Erfurt, 79, 81, 105
Erie, lago, 286
Escorial, el, 38, 424, 425
España, 1-11, 12-18, 21-26, 29, 31, 33, 36, 37, 38-45, 49-66, 72-82, 88-92, 95, 98, 99-101, 103-109, 115, 116, 128, 129, 132, 133-137, 140-143, 159, 162, 165, 167, 173, 178, 179, 184, 198, 215, 217, 218, 219, 220-228, 238, 247, 249, 284, 302, 306-318, 322, 326, 328, 334, 337, 343, 348, 362, 363, 365, 372-381, 387-393, 397, 413, 416, 424-437
Esparta, 396, 401, 409
Esquilache, 21
Essen, 431
Estados Unidos, 10-13, 33, 39, 45, 47, 56, 59, 60, 64, 71, 96, 99, 110, 112, 116, 168, 179, 212, 216, 223, 228, 284, 286, 309, 317, 322, 398, 425, 427-431, 435, 437
Etruria, 55, 56, 77, 78, 428
Europa, 3, 13, 24, 25, 31, 33, 34, 35, 38, 41, 43, 46, 48, 51, 52, 53, 59, 74, 77, 88, 91, 93, 108, 110, 135, 147, 178, 179, 198, 203, 220, 221, 225, 226, 228, 265, 270, 276, 279, 322, 355, 374, 384-389, 391, 413, 424-437
Extremo Oriente, 15, 24
Eylatt,
Eylau, 430

F

Falmouth, 176
Filadelfia, 100, 113
Finlandia, 430
Florencia, 340
Florida, 8, 48, 56, 61, 71, 109, 224, 318, 435
Fontainebleau, 430
Frailes, Los, 204, 205
Francia, 3, 5, 6, 8, 9, 10, 31, 33-39, 40, 45-48, 49, 52, 56-63, 69, 71, 76, 80, 90, 92, 93, 100, 111, 114, 167, 169, 199, 214, 216, 219, 220, 221, 224, 309, 363, 396, 402, 409, 425-437
Friedland, 430
Fuenterrabia, 426

G

Gales, 431
Galicia, 106
Galveston, 222

Gamarra, 295
Gamelotal, 332
Gámesa, 300, 338, 436
Gante, 29
Génova, 358, 429
Georgia, 429
Gibraltar, 4, 8, 63, 311, 344
Golfo de México, 6, 9, 39, 47, 56
Grafton Street, 109
Gran Bretaña, 4, 5, 9-12, 35, 36, 50, 64, 73, 74, 107, 108, 224, 225, 390, 402, 409, 424, 426, 435, 436
Grancolombia, 118, 157, 204, 213, 215, 228, 230, 264, 275, 277, 279, 283, 320, 324, 325, 327, 334-337, 431-451
Grecia, 121, 236, 358, 401
Grita, La, 131
Guadalquivir, 53
Guaira, La, 69, 89, 105, 122, 123, 128, 151, 170, 231, 335, 364
Guajira, 320
Guanajuato, 21, 144
Guanara, 331
Guaratura, caño de, 260
Guárico, río, 130, 147, 256, 257, 259, 292
Guasdualito, 297, 298
Guastalla, 3
Guatemala, 373, 385, 431
Guayana, 117, 198, 204, 211, 213, 229-236, 238, 241-253, 256-259, 264, 269, 273-277, 284, 289, 292, 329
Guayaquil, 437
Güiría, 124, 212, 213, 252

H

Habana, La, 5, 89, 99, 427
Haití, 67, 159, 184, 186-194, 196, 201-204, 208, 209-215, 230, 231, 235, 245, 248, 292, 425, 428, 429, 434
Hamburgo, 99, 429, 432
Haya, La, 46
Hispaniola, 189, 192
Hispanoamérica, 1, 10, 11, 17, 18, 42, 64, 68, 69, 82, 96, 229, 281, 344, 429
Hogaza, La, 258, 260, 269
Holanda, 3, 36, 52, 71, 358, 427, 429
Hudson Gros, 430

I

Iena, 435
India(s), la(s), 13-17, 28, 36, 61, 63, 71, 77, 104, 174, 336
Indochina, 157
Inglaterra, 3, 5, 8, 12, 15, 35, 39, 46, 47, 54, 59, 61, 64, 73, 74, 76, 81, 88, 99, 104, 111, 167, 175, 220, 223, 258, 307, 318, 396, 398, 402, 405, 406, 425-435
Irlanda, 427
Ispahan, 378
Italia, 3, 10, 49, 51, 54, 56, 94, 427, 429

J

Jamaica, 10, 159, 171, 173, 174, 180, 182, 183, 201, 248, 370
Janeiro, Rio de, 82, 430
Japón, 237
Jay, 47
Jena, 77
Juan Griego, 205, 242
Juncal, 210, 233, 238, 292, 434
Junín, 130, 197, 305

K

Kentucky, 39, 198
Kingston, 173, 174, 176, 181, 182, 187, 370

L

Labranza Grande, 297
Laybach, 437
Leipzig, 145, 432
León, isla, 140, 313
Lima, 29, 437
Lipe, río, 299
Lisboa, 78, 88, 119, 430
Liverpool, 432
Loeben, 51
Londres, 85, 88, 99, 108, 109, 110, 121, 122, 135, 174, 214, 227, 243, 425, 428, 431
Luisiana, 6, 48, 52, 55, 60, 71, 192, 223, 319, 427, 429

LL

Llano(s)
Los, 199
Miguel, 302

M

Madrid, 10, 13, 38, 47, 51, 52-58, 79, 80, 89, 90, 100, 103, 105, 140, 166, 168, 170, 220, 225, 312, 314,

316, 390, 413, 427, 429, 430, 432, 437
Magallanes, estrecho de, 311
Magdalena, río, 129, 204, 237, 300, 322, 323, 325, 432, 437
Magueyes, 157
Maguncia, 202
Maipó, 311
Maipú, 435
Malta, isla de, 52, 428
Malvinas, islas, 7
Mallorca, 3
Mancha, La, 62
Manchester, 175
Maniapure, caño de, 260
Manila, 5, 99
Mantecal, 296, 298
Mapury, 332
Mar Rojo, 233
Maracaibo, ciudad, 204, 322, 329, 332, 345, 346, 359, 362, 364, 385, 437
Marengo, 209, 268, 428
Margarita, 156, 169, 190, 195, 198, 200, 203, 204, 206, 211, 212, 227, 241, 242, 243, 249, 251, 273, 277, 364, 434
Mariquita, 305
Marruecos, 7
Maturín, 130, 132, 155, 157, 190, 251, 261, 291
Mediterráneo, 3, 12, 48, 58, 221
Menorca, 4, 6, 8, 10
Mérida, 326, 346, 365
Meta, 255
México, 52, 89, 118, 144, 214, 223, 227, 312, 317, 319, 343, 374, 375, 381, 383, 388, 427, 431, 432, 435, 437
Michoacán, 376
Milán, 77, 94
Misiones, 237
Misisipí, río, 6, 8, 39, 48, 60, 223
Moldavia, 437
Mompox, 129
Monte
  Blanco, 424
  Cenis, 429
  de los Olivos, 212
  Sacro, 355
Montevideo, 72, 430, 434
Monticello, 345
Morea, 437
Moscú, 78, 432
Mosquitos, reino de los, 73
Mucuritas, 146, 230

N

Nápoles, 51, 429, 437
Navarra, 214, 300
Neerwinden, 111
Negro, río, 229
Neiva, 127, 305
Nilo, río, 52
Niquitao, 132
Nootka, bahía de, 36, 38, 39, 425
Norteamérica, 7, 17, 48, 82, 363, 382
Noruega, 433
Notre Dame, 94, 429
Nottingham, 424
Nubia, 263
Nueva
  España, 19, 20, 36, 67, 80, 96, 222, 225, 373, 431, 436
  Granada, 67, 115, 128-129, 130, 131, 148, 157, 160, 162, 171, 172, 174, 176, 177, 184, 189, 195, 199, 243, 256, 290, 293, 297, 299, 307, 322, 323, 336-346, 356, 361-365, 369, 373, 380-386, 414, 418, 419, 424, 430-434, 437
  Orleáns, 48, 60, 198, 434
  York, 100
Nuevo
  México, 48
  Mundo, 3, 10 ,11, 23, 36, 42, 71, 82, 99, 316, 362, 372, 374, 377, 383, 387
  Reino de Granada, 419
Nutrias, 294, 297

O

Ocaña, 128, 320, 346, 349, 431
  España, 106, 133
Ocumare, 71, 185, 208, 209, 210, 213, 229, 233, 235, 258, 274, 348, 434
Ohio, 39
Olimpo, 131
Olivenza, 57
Oporto, 430, 437
Orán, 35
Oregon, 435
Orinoco, río, 20, 88, 199, 204, 229-244, 246, 249, 251, 259, 278, 286, 294, 323, 435
Ortiz, pueblo, 269, 270, 289, 331
Ospino, 331
Oxford, 85

P

Pacífico, océano, 36
Países Bajos, 221
Palais Royal, 92
Palmira, hoy Tadmor, 402
Palmito, 298
Pampatar, 206, 207

Pamplona, 127, 129, 305, 313
Panamá, 100, 324, 343, 373, 383, 385, 387, 437
Pantano de Vargas, 301, 303
Pao, río, 115, 259
Paraguay, 20, 21, 23, 24, 26, 118, 431, 433, 434
Paria, península de, 241
París, 44, 46, 60, 61, 75, 91, 92, 93, 95, 98, 101, 220, 224, 428, 429, 433, 434, 435
Parma, 3
Partenón, el, 345, 428
Pasto, 127, 131, 239, 300
Pativilca, 97, 119, 355
Pátzcuaro, 21
Pauta, río, 299
Pavía, 105
Paya, 297, 299
Pelópidas, 401
Pernambuco, 435
Persia, 378, 394
Perú, 6, 20, 26, 144, 169, 171, 206, 225, 241, 307, 308, 311, 317, 331, 373, 375, 386, 432, 433, 437
Pichincha, 305
Pirineos, montes, 16, 35, 40, 46, 59, 99, 104, 105, 140, 166, 220
Pisba, páramo, 297, 299, 436
Pitayó, 324
Placencia, 3
Po, río, 53
Polonia, 425, 426
Popayán, 127, 305, 322, 324
Pore, 296, 299
Portland, 430
Portobelo, 211, 291
Portugal, 5, 9, 21, 23, 55, 61, 75, 77, 78, 80, 104, 106, 140, 309, 428, 430, 431, 435, 437
Potosí, 54, 199, 202, 215, 240
Presburgo, 429
Prusia, 36, 424, 427, 430, 434
Puerta, La, 117, 145, 152, 176, 232
Puerto
  Cabello, 120, 121, 122, 128, 132, 143, 144-145, 150, 151, 155, 221, 306, 322, 331-336, 343, 364, 423, 432, 433, 437
  Príncipe, 184, 187, 194, 214
  Rico, 20, 182, 374

Q

Quebec, 334
Quebrada Seca, 210
Queseras del Medio, 146, 295
Quito, 20, 373, 386, 430

R

Rastadt, 51
Rastro, 265
Reino Unido, 17, 51, 77, 216
Rhin, río, 111, 123, 434
Rincón de los Toros, 124, 271, 334, 436
Río
  de la Plata, 22, 64, 71, 82, 99, 168, 169, 286, 310, 342, 372, 415, 416, 432
  Hacha, 324
Roma, 320, 355, 358, 384, 402, 428, 429, 430, 431, 433
Rosellón, El, 45, 79
Rubicón, 109, 188
Rusia, 77, 140, 219, 224, 225, 227, 428-432, 434, 437

S

Sabanilla, 324
Sacramento, 22
Sacubón, isla, 259
Sagunto, 302
Sáhara, 84, 199
Salto del Tequendama, 263
San
  Blas, 70
  Carlos, 17, 331, 332, 360
  Diego Cabrutica, 257
  Félix, 226, 229, 238-240, 242, 245, 252, 253, 292, 435
  Fernando de Apure, 230, 256, 261-269, 271, 286, 289, 296
  Ildefonso, 48, 49, 51, 55, 60, 89, 427
  Jacinto, 119
  Jaime, 173
  Juan de Payara, arenal de, 260, 262, 263
  Lorenzo, 47
  Luis de la Paz, 21
  Luis Potosí, 21
  Mateo, 91, 105, 107, 149, 155
  Miguel, poblado de, 250
  Petersburgo, 424
  Sebastián, 426
  Telmo, 122
  Thomas, isla de, 311
  Vicente, Cabo de, 427
Santa
  Ana, 327, 437
  Elena, 99, 437
  Fe, 67, 88, 127, 144, 162, 170, 185, 230, 255, 291, 311, 322, 338
  Marta, 93, 127, 170, 191, 204, 215, 324, 364, 373, 437
  Sede, 425, 430

Santiago de Chile 435
Santo
  Domingo, 46, 54, 425
  Tomás, 148, 435
Santoña, 427
Schoembrun, 430
Semén, 159, 267-272, 291, 300, 304
Sena, río, 96
Serbia, 435
Setenta, aldea del, 297, 298
Sevilla, 104, 371
Sierra Morena, 29
Socorro, El, 66, 300, 302, 305
Socha, 299, 301
Sogamoso, valle del, 299
Sombrero, pueblo, 146, 266, 270
Sonora, 14, 144
Spanish Town, 174
Stalingrado, 311
Sudáfrica, 71, 99
Sudamérica, 373
Suecia, 425, 431, 433
Suiza, 358
Sultepec, 381
Surinam, 429

T

Tacuragua, isla de, 259-260
Taguanes, 132, 432
Talavera de la Reina, 106, 431
Tame, 299
Tartaria, 378, 394
Tennessee, 39
Texas, 48, 61
Tierra Firme, 229, 245, 308, 312, 325, 334, 382
Tigre,
  campo del, 190, 260
  el, 130
Tilsitt, 77, 81, 103, 430
Tinaquillo, 422
Tlaxcaltecas, 21
Tocaira, río, 299
Toledo, 428
Tolón, 45, 426
Tolosa, 140
Tópaga, 300
Toreno, conde de, 217
Toronto, 433
Tortuga, isla, 206
Torres Vedras, 140, 431
Toscana, 31
Trafalgar, 55, 62, 63, 64, 71, 74, 82, 99, 167, 227, 310, 429
Trinidad, 50, 58, 64, 69, 71, 88, 130, 134, 154, 243, 427, 428
Tropeau, 437
Trujillo, ciudad, 137, 138, 141, 151, 223, 326, 341, 346, 364, 432
Tucumán, 434
Tunja, 127, 131, 301, 303
Turbaco, 326
Turquía, 12, 378, 425, 430

U

Ulm, 429
Upata, 246
Urica, 157, 159, 190
Uruapan, 21
Utrecht, 3, 6, 13

V

Valaquia, 437
Valencia, Venezuela, 113, 115, 149, 218, 359, 361, 422, 431, 435
Valmy, 41, 426
Valladolid, 21
Valle
  de Aragua, 427
  del Cauca, 433
Valledupar, 324
Vancouver, 36, 425
Vargas, 338
Varsovia, 429, 432
Vela de Coro, 71, 112, 122
Veliky-Louky, 224
Vendea, 426
Venecia, 358, 396, 428
Venezuela, 19, 41, 67, 68-72, 83, 85, 88, 90, 91, 98, 104, 109, 111-118, 120, 124, 128-133, 139, 142-155, 159-162, 169-172, 180, 181, 185, 195, 199, 200, 211, 213, 230, 231, 238, 243-248, 250-254, 265, 270, 274-277, 281, 283, 285, 286, 290, 294, 300, 317, 324-342, 345, 348, 354-370, 373, 380, 389-402, 404-408, 415-421, 429, 432, 433, 437
Veracruz, 89, 427
Versalles, 1
Victoria, 140, 210
Viejo Mundo, 355, 385
Viena, 31, 43, 88, 219, 433
Villa de Cura, 435
Villeneuve, 62
Vincennes, 214
Vitoria, 432

W

Wagram, 140, 430
Washington, ciudad de, 61, 214, 224, 284, 286, 318, 433
Waterloo, 78, 95, 107, 177, 220, 230, 333, 434
Westphalia, 430
Woodsworth, 427

Y

Yaguaparo, 252
Yucatán, 388

Z

Zaragoza, 103, 302, 313, 431
Zitácuaro, 250, 381

Indice de documentos

Carta de Jamaica, 370.

Carta dirigida desde Cuzco, el 10 de julio de 1825, a su tío Esteban Palacios, 353.

Carta enviada por Bolívar al Excmo. señor, Supremo Director de las Provincias Unidas del río de la Plata, Juan Martín Pueyrredón, 415.

Carta enviada por Bolívar a los habitantes del río de la Plata, 416.

Carta fechada en Pativilca el 19 de enero de 1824, dirigida a su antiguo maestro Simón Rodríguez, 355.

Cronografía, 424.

Declaración de la República de Venezuela suscrita por el Libertador, en Angostura, el 20 de noviembre de 1818, 389.

Decreto de guerra a muerte, dado en Trujillo, el 15 de junio de 1813, 364.

Discurso pronunciado por el Libertador, ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, día de su instalación, 392.

Ley fundamental de la República de Colombia, 419.

Libertador, El, da parte del triunfo de Carabobo, al Presidente del Congreso, 422.

Manifiesto del Libertador, fechado en Carúpano, el 7 de septiembre de 1814, 366.

"Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño", escrita por Simón Bolívar en Cartagena de Indias, el 15 de diciembre de 1812, 356.

Parte del triunfo de Boyacá, 417

La segunda edición de *Bolívar en el tiempo,* de Francisco Cuevas Cancino, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1982, en Ediciones Griver, Av. 10, Núm. 130, Col. Ignacio Zaragoza. La portada fue impresa por Rossete y Asociados Artes Gráficas, S.A., Calzada de los Misterios 591, México, D.F. Se tiraron 2 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Diseñó la portada Mónica Diez-Martínez. Cuidó de la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

Son infinitas las biografías de Simón Bolívar. Esta, que ahora publica El Colegio de México en su segunda edición, tiene características propias.

Resultado de treinta años de investigaciones y meditaciones del autor sobre todo el período histórico que abarca desde la revolución de Norteamérica hasta el fin de las guerras Napoleónicas, otorga al tema una proyección internacional sin precedente. Este, que recibe mayor relevancia con la cronología final, hace ver el papel que nuestra América, y el que fue entonces su principal portavoz, desempeñaron en el proceso de desarrollo de la civilización cristiano-occidental.

En segundo lugar, y aunque siempre avalado por hechos y documentos —sobre todo de aquéllos que trascienden esos testimonios que no por escritos dejan de ser afirmaciones parcializadas y con frecuencia dolosas— propone una serie de explicaciones que con frecuencia riñen con las tradicionales. A esto se debe (y es éste el tercer motivo de la nueva edición) el voto de censura que en contra de la obra emitió la Academia Colombiana de la Historia, quien llegó hasta pedir que el libro fuera retirado de circulación. El Colegio estima que esta sola razón es suficiente para hacerlo asequible a los lectores de habla española de todos los países.

A través de esta biografía —que cubre la vida de Bolívar hasta la liberación de lo que hoy son Venezuela y Colombia— el autor presenta un retrato multifacético (y apasionante) de quien fue el hombre más luminoso de la historia de la América.

El Colegio de México